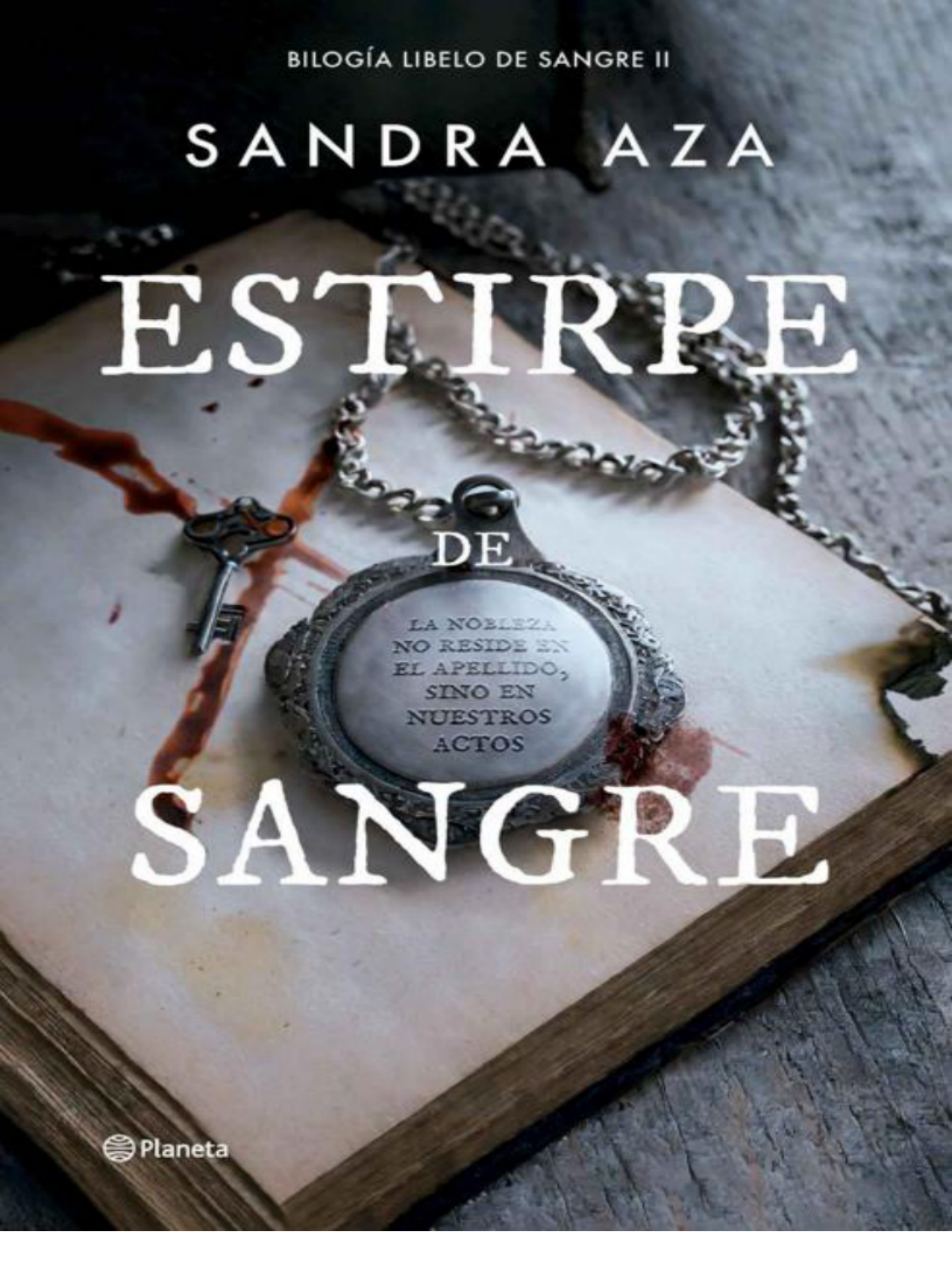

BILOGÍA LIBELO DE SANGRE II
SANDRA AZA
ESTIRPE
DE
SANGRE
LA NOBLEZA
NO RESIDE EN
EL APELLIDO,
SINO EN
NUESTROS
ACTOS
Planeta

Índice

Sinopsis

Tras el auto de fe que le ha dejado huérfano, Alonso acude a la Inclusa para recuperar a su hermano Diego, pero allí enfrenta la peor de las noticias cuando le comunican que el niño murió al poco de ingresar. Roto de pena, se apoya en sus amigos, Juan y Antonio, quienes le ayudan a superar esta nueva pérdida introduciéndole en el duro pero fascinante mundo de la picaresca.

Una noche rescatan de un atraco a don Gonzalo Soto de Armendía, marqués de Velarde, quien los recompensa incorporándolos al servicio de su casa. Este nuevo vuelco en la vida de Alonso le abrirá las puertas de otro Madrid muy distinto al que conoce, el de la aristocracia; le sumergirá en un sinfín de aventuras y desventuras; le pondrá en el camino a personas que marcarán su futuro y también su pasado, y, sobre todo, le brindará la oportunidad de consumar su venganza y al fin restaurar el honor de los Castro.

Estirpe de sangre

Sandra Aza



Tuve sed y hallé en tu boca
el dulce néctar del vino,
esa otra mitad que invoca
dos almas y un mismo sino.
Sentí entonces roca en mi piel
disuelta con olas de amor;
silencio que un verso hizo miel,
camino con huellas en flor,
pues ola, verso y huella fiel,
mi vida, erais vos.

Para ti, Manolo,
mi gentil caballero;
mi todo; mi siempre.

1

MISIÓN DE VIDA

Villa de Madrid, mayo del año 1621 de Nuestro Señor

Alonso González de Armenteros, otrora Alonso Castro, atravesó la Puerta del Sol y se dirigió a la calle de los Preciados, donde se ubicaba la Inclusa de Madrid.

Aunque acababa de cumplir catorce años, su elevada estatura sugería dieciséis y hasta diecisiete. De ojos verdes, cabello castaño con reflejos dorados, indómitos rizos, nariz griega y una pícara sonrisa que le fabricaba un hoyuelo en la mejilla derecha, destilaba atractivo e hidalguía. Lástima que apenas luciera tan apuestos rasgos embozado como iba siempre en una enorme capa y un sombrero más grande todavía que le conferían un aspecto torvo muy difícil de engarzar en ningún calificativo amable. Pero, dado que no aspiraba a gustar a nadie, sino a sobrevivir, lejos de desagradarle su lóbrega fachada, la bendecía. Gracias a ella, había conseguido salir adelante cuando seis meses antes, en diciembre de 1620, la Inquisición irrumpió en su hogar, arrestó a sus padres, Sebastián Castro y Margarita Carvajal, y él quedó solo, al raso y acarreando a su hermano Diego, un bebé que pronto comenzó a llorar de hambre. Tras semanas de incesantes berrinches reclamando un alimento que no llegaba, el pequeño agotó lágrimas y vigores. Al verlo marchito e inerme, Alonso lo creyó en el umbral de la muerte y, en un desesperado intento de salvarlo, lo introdujo en el torno de la Inclusa.

Solventadas las cuitas de Diego, trató de demostrar la inocencia de sus padres, a quienes la Inquisición acusaba de los polémicos Crímenes del Ritual. Llamó a cuantas puertas pudo, arriesgó vida y libertad, cometió auténticas temeridades, luchó hasta desfallecer, nunca se rindió… Pero todo fue en vano. Después de un tortuoso peregrinaje repleto de peripecias, el 21 de marzo de 1621, una

hoguera vil e injusta devoró a los Castro.

Alonso devino huérfano, indigente y prófugo del Santo Oficio. Los dominicos le pensaban un hereje judaizante y llevaban persiguiéndolo desde la Navidad del año anterior, asedio que lo había obligado a cambiar de identidad. A mayor desastre, el abandono de Diego le atormentaba la conciencia de un modo encarnizado y pertinaz. No se perdonaba semejante canallada y a menudo los remordimientos lo empujaban a visitar el hospicio. Siempre acudía resuelto a averiguar si el niño continuaba vivo, pero lo asustaba tanto obtener una respuesta luctuosa que nunca lograba formular la pregunta. Prefería beber en las fuentes de la duda. Esas aguas sabían a esperanza y a ella se aferraba. El problema surgió cuando dejaron de calmar su sed de conocer la verdad. Entonces decidió encararla y en tales andaba aquella mañana de mediados de mayo.

Mientras se arengaba a sí mismo con un «¡Coraje, Alonso!» e imploraba a la Virgen una buena noticia, aldabeó el portalón de la Inclusa. Le abrió sor Casilda, la monja encargada de custodiar el torno en horario nocturno hasta hacía poco y, a la postre, la que recogió a Diego cuando Alonso lo metió en el cilindro maldito. Tras demasiadas vigilias, ahora la habían adscrito al turno de día, lo cual mejoró sus condiciones laborales, pero no un talante rezongón e irascible que, pese a todo, resultaba simpático y la mar de cómico.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó recelosa al ver la sordidez del recién llegado.

Aunque esa voz cascada y achacosa era la misma que le habló a través del torno antes de que este girase con Diego en su interior, Alonso no la identificó. A fuego la tenía grabada en la memoria, pero, como una religiosa achaparrada y famélica no encajaba en el gruñido cavernoso que escuchó aquella noche, la palanca del recuerdo no se le activó.

—A la paz de Dios, hermana —saludó a la vez que se descubría la cabeza en el ánimo de suavizar sus foscos mimbres—. Desearía pediros una merced.

—Denegada —le cortó sor Casilda, que, no bien reparó en su juventud, le apeó el tratamiento—. Ve a San Felipe. Los frailes reparten la sopa boba a las once. Nosotras apenas podemos alimentar a los de dentro, ¡como para sacar la olla fuera!

—No se trata de eso. Necesito información sobre el ingreso de

un…

—Denegado también —volvió a interrumpirle la mujer con el cuello arqueado hacia arriba, pues ni siquiera le alcanzaba el pecho—. La Inclusa solo admite infantes y, aunque sin ese chapeo descomunal, te intuyo escasas primaveras, tú ya estás crecidito. ¡Mucho, además! ¡Qué estatura, pardiez! ¡Si pareces un escolta del Altísimo! Y nunca mejor dicho. —Riendo su propio chascarrillo, se dispuso a darle con la puerta en las narices—. ¡Ea! Mueve el talón, que aquí no se te ha perdido nada.

—Se me ha perdido un bebé —aclaró Alonso al tiempo que metía la bota en el quicio para impedir la abrupta despedida—. Se llama Diego e ingresó en febrero con nueve meses. Llevaba una mantilla roja y un rosario que tenía su nombre tallado en la cruz. Os lo suplico. Reportadme sobre él.

Sor Casilda, que ni de lejos recordaba aquella funesta madrugada, pues en tierra de torno todas eran igual de horribles, lo miró desconcertada. A lo largo del montón de lustros que ya acumulaba en la Inclusa, nadie había mostrado interés por ningún expósito ni, mucho menos, el desasosiego que aquel mozo evidenciaba. La sorpresa, quizá el sentirse a salvo, porque, sin el sombrero, Alonso se le antojó más desangelado que endemoniado, o tal vez la suma de ambas cosas la ablandaron.

—¿Cómo se apellida el interfecto? —inquirió después de lanzar un suspiro resignado.

—No trajo apellido. Solo se llama Diego.

—¡Estupendo! Hemos de encontrar a un interno que entró hace tres meses y que «solo se llama Diego». ¿Piensas que recibimos un pituso cada muerte de obispo? Nos llegan riadas de ellos a diario, de modo que o ahondas en detalles o no podré complacerte.

—¿Qué más detalles precisáis? Se llama Diego, tenía nueve meses en febrero, una mantilla roja y un rosario con su nombre grabado en la cruz. ¿Os parecen sucintas referencias? De seguro exceden las de la mayoría. ¿Tan difícil os resulta rastrear a alguien de esas características entre las «riadas» de chiquillos abandonados en febrero?

—Pues, si lo demandas con esos humos, ciertamente, lo cual pone punto final a esta conversación —sentenció sor Casilda, airada—. Márchate o avisaré a los alguaciles. Tu aspecto de malandrín me

indica que los prefieres lejos, así que ¡cuidadito!

Decidido a no desistir hasta saber de Diego, Alonso extrajo un puñado de monedas de una faltriquera, lo depositó en la esquelética mano de la mujer y habló en tono sumiso.

—Gasto angustia, hermana, no humos. Ayudadme y os entregaré el resto de la talega.

Los cuartos surtieron un efecto fulminante. Sor Casilda se los guardó en el bolsillo del hábito y adoptó un gesto de circunspecta condescendencia.

—Comprendo que la congoja envilece la cortesía, pero merezco un respeto. Otra impertinencia y te echo a la calle. Pasa, anda. Revisaremos los registros.

Cuando Alonso accedió a la sala del torno y experimentó la amargura que emanaban aquellas decrépitas paredes, la culpa de haber dejado allí a Diego le golpeó con tal fiereza que se tambaleó. Ajena a su desazón, sor Casilda se instaló frente a un escritorio y empezó a hojear un grueso libro.

—Febrero —leyó, alejando el rostro del papel, pues la vista le fallaba en las distancias cortas—. José de la Virgen, Gabriel González, Diego de la Mantilla, Raúl de la Luna...

—¿Diego de la Mantilla? ¡Mirad! «Folio 1255. Impedimenta: rosario».

—Permíteme un instante. Estos añejos ojos apenas me funcionan ya.

—¿Qué sucede? —preguntó Alonso cuando la monja chasqueó la lengua.

—Fíjate en el final del epígrafe. Dice que falleció el 6 de febrero.

—No es posible —balbuceó Alonso, trémulo—. Diego no puede haber muerto.

—Hemos sufrido un invierno gélido y casi no disponíamos de nodrizas —se excusó sor Casilda, afligida—. Frío y hambre por separado mortifican lo suyo, pero en comandita arrasan, y pocas criaturas resisten el doble envite.

—Continuad buscando, os lo ruego. Debe tratarse de otro Diego.

—Compruébalo tú mismo. En el listado de febrero solo hay un Diego y se ajusta a tu descripción. La calentura lo venció a las cinco lunas de ingresar.

—A lo mejor no lo inscribisteis en el libro —aventuró Alonso,

incapaz de encajar el mazazo—. Recogéis muchos niños. Quizá en aquel momento se os amontonó la faena y olvidasteis hacerlo.

—En verdad recibimos torrenteras de desgraciados, pero, asomen diez o asomen cien a la vez, el protocolo no varía. Les adjudicamos folio, les colocamos una medalla con el número de ese folio y después los trasladamos al lazareto. Como el galeno rechaza al que le llega sin colgante, en el muy improbable caso de que a nosotras se nos pasase cursar el alta, él se percataría y nos exigiría cumplimentar el trámite antes de atenderlo.

—¿De veras no existe ni un mínimo margen de error?

Sor Casilda se acarició el mentón en ademán reflexivo.

—Me temo que no, pero hay una manera de constatarlo. Aguarda aquí. Ahora vuelvo.

Salió de la estancia y al poco regresó con una caja de madera roída que tendió a Alonso. Cuando este la abrió e identificó el rosario de Diego y la mantilla roja que perteneció a Margarita, palideció. De modo instintivo, hundió el semblante en la tela e inhaló el añorado aroma materno.

—Son las posesiones del difunto y, viendo tu reacción, presumo que las has reconocido —infirió sor Casilda, consternada—. Lo lamento. Dios tenga en su gloria al querubín.

—¡No me habléis de Dios! —bramó Alonso, fuera de sí—. ¡Lo aborrezco! Igual que él me odia a mí, yo le odio a él. Me ha arruinado la vida, ¡maldito sea!

—Aparca las blasfemias y serénate. Dios no odia a nadie. Te ama y también amaba a Diego; tanto que, en su infinita piedad, lo mudó al paraíso no bien advirtió cuánto padecía en la tierra. Allí está mucho mejor. ¿No te alivia saberle contento y libre de fatigas?

—En absoluto —contestó Alonso, cuya ira se había convertido en llanto—. Era lo único que me quedaba. Ese Dios que, según vuesa merced, me ama se ha ensañado conmigo. Me lo ha arrebatado todo. ¡Todo!

—Aunque sus caminos nos resulten inescrutables, en ellos siempre late un fundamento, hijo mío. Ignoro qué negruras arrastras, pero te garantizo que tienen un propósito y que ese propósito forma parte de tu misión de vida.

Alonso, que sollozaba abrazado a la mantilla de Margarita, levantó el rostro sorprendido.

—¿Mi misión de vida? No… no os entiendo.

—Has de saber que los humanos venimos al mundo con una misión y que, en el afán de ayudarnos a cumplirla, el Señor nos fabrica avatares. Unas veces orquesta situaciones jubilosas que nos alegran el corazón, y otras, lances infaustos que nos lo rompen. De tu aflicción deduzco que gozabas de un hogar y que lo has perdido, combinación de regalía y descalabro indicativa de que tu misión reclamaba sacarte del nido donde eras feliz.

—¿Y en qué consiste esa misión mía? Singular la presumo cuando ha demandado destruir mi mundo entero, arramplar con todos mis sueños y arrebatarme a las personas que daban razón a mi existencia.

—Tal vez tu mundo debía derrumbarse para posibilitar la construcción de uno nuevo y permitir la llegada de otra gente que también cobrará importancia para ti —sugirió sor Casilda—. Me figuro que las personas de tu pasado son incompatibles con las que han de integrar tu futuro y que, solo si pierdes a las unas, recorrerás el camino que te conducirá a las otras.

—Dudo que nadie logre llenar el vacío de haber perdido mi hogar —se dolió Alonso.

—Nunca se sabe, joven. Hasta el peor quebranto oculta luz en sus entretelas. Busca la tuya. Prendió cuando caíste en la penumbra y ahora está en alguna parte aguardándote. Localízala y permite que te ilumine. Verás entonces el objeto de tu misión y comprenderás por qué ha sucedido lo que hoy te impide sonreír.

Aquellas palabras espolearon la curiosidad de Alonso y le instaron a escudriñar su interior. Al principio solo halló el luto que lo devastaba, pero, al cabo de un rato, tenues destellos empezaron a titilar en medio de la oscuridad.

Creía que no le quedaba nada y estaba equivocado. Le quedaban los recuerdos; recuerdos de una infancia deliciosa, una familia entrañable, momentos cálidos, cariño a raudales… Atesoraba numerosas remembranzas que en no pocas ocasiones habían templado el frío de la soledad y que de seguro continuarían haciéndolo.

Luego pensó que sor Casilda no desvariaba al sostener que la pérdida de Margarita, Sebastián y Diego lo había conducido a gente que, como ellos, daban razón a su existencia. De no haberse terciado el drama que culminó en la muerte de los tres, no tendría relación ni con Juan ni con Antonio, ambos punta de lanza en su escalafón de

afectos. Además, aunque la tragedia había destrozado la feliz burbuja en la que despertaba cada día, algunos de sus sueños sí se habían salvado; en especial, tres nacidos a raíz de los acontecimientos: estudiar Leyes, convertirse en abogado y restituir el honor de los Castro. Se lo había jurado a Sebastián y no cejaría hasta dar buen puerto a esa promesa. Cuando lo lograse, estaría en condiciones de desterrar el González de Armenteros. Ansiaba pregonar el orgullo de ser hijo de Sebastián y Margarita, dos cristianos de intachable comportamiento a quienes endilgaron las vilezas de Enrique Valcárcel y el soldado Márquez. Y en lo concerniente a aquella pareja de luzbeles, demostraría que cometieron los Crímenes del Ritual y se regodearía en la estampa de verlos arder en la hoguera.

En este cúmulo de pequeñas grandes luces cosechadas en las entretelas de sus quebrantos encontró algo de consuelo y también la fuerza que necesitaba para presentar batalla. Ni sucumbiría a la pena ni se rendiría. Al contrario. Lucharía a tumba abierta. Lo haría por Sebastián, por Margarita, por Diego, por Juan, por Antonio, por los desconocidos que lo aguardaran en el camino, por sí mismo y por sus sueños. Por todo eso pelearía y por todo eso vencería.

—Dios os bendiga, hermana —sonrió al tiempo que se enjugaba las lágrimas—. Habéis logrado serenarme un poco y de corazón os lo agradezco.

—Esas gratitudes han de tintinear —repuso sor Casilda con la mano extendida—. Te comprometiste a darme el resto de la talega si te ayudaba, así que afloja la mosca.

—Tomadla —accedió Alonso, tendiéndole la faltriquera—. Bien la meritáis.

—¡Cuánta pana! —silbó sor Casilda al calibrar su peso—. ¿De dónde la has sacado?

—De los naipes. Trampeé a un curtidor del Rastro y conseguí desplumarlo.

—Ya te dije que todos tenemos una misión en este mundo. La de ese bienaventurado consiste en calmar las hambres de los expósitos, pero, como pretendía esquinarla, el Señor te envió a disuadirlo. Aunque ahora reniegue del varapalo, se alegrará cuando la espiche, recale en el paraíso y san Pedro le explique que se lo han adjudicado en compensación a las redondas donadas al hospicio merced a las malas artes de un fullero.

—Hiláis fino, hermana —apreció Alonso, divertido—. Me gustaría escuchar vuestras disquisiciones si echásemos una partida y perdierais la bolsa merced a mis «malas artes».

—¿Qué desatinos parloteas? Aquí no hay timbas. Somos decentes, deslenguado.

—No mintáis, que luego habréis de confesaros. Nadie ignora que las monjas apostáis hasta las cuentas del rosario.

—Apea las insolencias o de una coz te despacho a la calle —rezongó sor Casilda.

—¿Dónde enterráis a los bebés fallecidos? —inquirió Alonso, recobrando la seriedad.

—Pertenecemos a la demarcación de San Ginés y allí efectuamos bautizos y sepelios. En su cementerio hay una fosa común asignada a los incluseros.

—Comprendo —murmuró Alonso, turbado al imaginar a Diego metido en un agujero anónimo—. ¿Podría conservar la mantilla y el rosario?

—No está autorizado, pero supongo que no descabalaré la contabilidad de la institución. Alegaré que los has comprado. No caeré en embuste porque acabas de entregarme una suculenta suma a cambio.

—Lástima que no nacierais hombre. Habríais sido un magnífico abogado.

—¿Cómo voy a nacer hombre, cebollino? ¡Soy una esposa del Señor!

—Si todas sus esposas se parecen a vuesa merced, el Señor debe de andar contentísimo.

—Ahórrate las zalamerías e indícame a quién diriges estos dineros que me has dado.

—¿Dirigir? ¿A qué os referís?

—Las caridades se destinan al conjunto global de nuestros expósitos o a uno en concreto. Si el donante especifica beneficiario, consagramos los cuartos al afortunado y, si no, los invertimos en la comunidad. Habiendo perecido Diego de la Mantilla, ¿deseas adjudicar tu ofrenda a la institución en general?

Alonso iba a asentir, pero entonces se acordó de Luisa, la joven madre salvajemente violada por Márquez, Salcedo y otros dos soldados. La halló agonizante la madrugada que abandonó a Diego en

el torno y, tras contarle lo ocurrido e implorar venganza, le rogó que, cuando regresase a la Inclusa a por su hermano, buscase a Gabriel, su bebé.

«Decidle que él auspició mi última sonrisa; la más bonita de todas —musitó al borde ya de la muerte—. Decidle que lo adoré en cuanto pisó este mundo y que solo por amor lo encomendé a las monjas. Decidle que nunca me alejaré de su vera y que siempre le brindaré mi amparo».

Recordar aquel episodio en ese preciso momento reveló a Alonso cómo debía actuar. Juró a Luisa que la vengaría y, en buena medida, lo había hecho esquilmando a Márquez y Salcedo la noche que Juan y él multiplicaron la Bolsa de la Esperanza en la casa de apuestas de Márquez. También le prometió localizar a Gabriel y quizá en ese aspecto ahora podía complacerla.

—Previo a contestaros, necesito saber de otro expósito —demandó cuando sor Casilda le tiró de la capa reclamando una respuesta—. Se llama Gabriel González.

—¡Hum! —frunció el ceño la monja mientras se encaminaba al escritorio de nuevo para repasar el libro de entradas—. Creo haberle citado justo antes que a Diego.

—No me extrañaría —adujo Alonso—. Ambos ingresaron el 1 de febrero.

—1 de febrero... 1 de febrero... ¡Te lo dije! «Gabriel González. Folio 1254. Impedimenta: medalla de la virgen del Carmen. Fray Benito, de la Ronda del Pan y el Huevo, posibilita la identificación manifestando que con tal recado le envía la madre».

—¿Se menciona si vive?

—No consta fecha de defunción. Eso significa que continúa en este valle de lágrimas.

—Entonces, le otorgo la mitad de mi donativo —anunció Alonso en tono resuelto—. El resto que lo disfrute la comunidad.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó sor Casilda, confundida —. ¿Lo conoces?

—A él no, pero conversé con su madre la noche que lo dejó en el torno.

—Si así lo estipulas, así obraremos. Informaré al administrador.

—¿Me permitiríais verle? Antes de morir, la madre me suplicó que le transmitiese un mensaje capaz de aliviarle las tristezas. No

importa que no me comprenda. Basta con que mis palabras se le graben en la memoria del alma.

—Lo que se le grabará es tu terrorífica estampa. ¿Tú te has mirado? Con tamaña estatura y embalado en esos trapos patibularios, pareces un acólito de Lucifer.

—Acabáis de compararme con un escolta del Altísimo —rio Alonso.

—Porque eres altísimo, gañán. Pero prueba a visitar el cielo. Apuesto el hábito a que, en cuanto asomes el hocico, sacan la cruz grande para curarse en salud.

—Presentadme a Gabriel, por favor. Quizá le tome afecto y engrose mis donaciones.

—Aunque la cristiana obligación de auxiliar al prójimo no requiere de afectos, te lo traeré. Ojalá de veras te encariñes con él y lo adoptes. Nos urge reducir la parroquia.

—Me temo que eso supera mis posibilidades económicas. Apenas subsisto yo. ¿Cómo me voy a encargar de una criatura?

—Como nuestra comunidad lo hace de unas dos mil: con empeño y oración —aseveró sor Casilda para luego enarbolar la faltriquera que Alonso le había dado—. Además, si puedes obtener mochilas de este fuste, puedes sustentar a un churumbel. Pero no intentaré persuadirte. Allá te las compongas cuando el Supremo te emplace en el juicio final. Aguarda un momento. ¡Y las manos quietas! Las intuyo igual de largas que tus piernas y no te conviene pasearlas en mis dominios.

Al cabo de un buen rato regresó con un bebé moreno y rechonchón de unos tres meses que lloraba de un modo atronador.

—Aquí lo tienes. Gabriel González para servirte.

Sin previo aviso, lo colocó en el regazo de Alonso. El espontáneo gesto pilló a este tan desprevenido como la añorada sensación de acunar a un rorro. Lo miró arrobado y acusando en el semblante las feroces arremetidas de la nostalgia. Aquel canijo regordete y sollozante le recordaba mucho a Diego.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. ¿Le duele algo?

—Echa en falta a Raúl, su hermano de leche —explicó sor Casilda —. Duermen juntos, comen juntos y respiran juntos. No toleran ni una breve separación. De no percibir cerca al otro, empiezan a berrear y no callan hasta que vuelven a reunirse.

—En ese caso, id en su busca. Me acongoja oírle.

—Alégrate, entonces, de no residir ahí dentro. Una jaula de grillos resulta más apacible que la perpetua salmodia de nuestros huéspedes. Uno en solitario abruma, pero la cencerrada de todos gimoteando a coro día y noche atora las mientes.

—Traed al tal Raúl o este pobre chiquillo morirá atragantado —se alarmó Alonso cuando Gabriel agudizó la rabieta y las mejillas se le amapolaron de puro arrebato.

—De ninguna manera —graznó sor Casilda, que ahora intentaba recuperar al niño—. No pienso pasarme la jornada de Belén a Nazaret para satisfacer tus caprichos. Solicitaste conocer a Gabriel y lo has hecho. Fin del cuento.

—¡Un momento! —se resistió Alonso en tanto se zafaba de las garras de la mujer—. Olvidáis que Gabriel y yo hemos de tratar un asunto de suma importancia.

—Es un lechón, zagal. Lo único importante para él brota de los pechos de su nodriza.

Impasible a las protestas de la monja, Alonso aproximó los labios al oído de Gabriel.

—Tu madre se llamaba Luisa y tú forjaste su sonrisa más bonita —le susurró—. Te adoraba y te dejó aquí para protegerte de hombres malos. Te cuida desde el cielo, así que no te sientas solo en el mundo porque siempre la tendrás caminando junto a ti.

De inmediato Gabriel interrumpió el berrinche y emitió un gorjeo.

—Os dije que mi mensaje lo consolaría —alardeó Alonso ante una atónita sor Casilda.

—¿Y en qué consiste la vaina? Si sirve para cerrarle el pico al resto del barco, no vacilaremos en ponerla en práctica.

—Le he hablado de su madre. Ahora sabe que lo quiere y que, desde el cielo, lo cuida, de modo que congratulémonos. Hemos propiciado el contacto de este querubín con la mujer que le regaló la vida.

—¡Menuda vida le regaló! —masculló sor Casilda, que, al fin, consiguió quitarle a Gabriel de los brazos—. ¡De expósito! ¡A mí mejor me tiran al mar!

—Gabriel me ha conmovido, hermana. Aunque carezco de medios para adoptarle, donaré parte de mis ingresos a la Inclusa y los destinaré a su manutención.

—Dios te conserve la memoria y la intención de tan desprendido propósito.

—No es un propósito; es una promesa, y yo nunca olvido mis promesas. Vendré cada cierto tiempo a entregaros mis limosnas.

—Pues amén para que sepa a rezo —decretó sor Casilda—. ¿Planeas largarte en algún momento del día o pretendes continuar dándome la lata?

—Ya marcho —contestó Alonso antes de besar a Gabriel en la mejilla—. Te veré pronto, pequeño. Gracias, hermana. Me habéis ayudado mucho y eso tampoco lo olvidaré.

—No olvides tú todo lo que te he dicho —replicó sor Casilda con ternura—. Confía en la vida y aprende de ella; de sus rosas y, en particular, de sus espinas. Que la Virgen de la Soledad te proteja y acompañe, hijo.

En cuanto Alonso salió a la calle y se alejó del terapéutico influjo de sor Casilda, los remordimientos le asaetearon la conciencia de nuevo. Azogado, se dirigió al lugar donde acudía cuando necesitaba desahogarse: a la colina que, pasada la Puerta de Alcalá, se alzaba frente al brasero inquisitorial y desde cuya cima presenció el ajusticiamiento de los Castro. Trepó la pendiente y, ya en la cumbre, cayó de rodillas. Roto de pena, escondió el rostro en la mantilla de Margarita y le pidió perdón por haberla defraudado. Ella le confió a Diego, le suplicó que lo amparase. Pero no lo había logrado. Al revés. El niño acabó enterrado en una fosa común sin nombre ni flores.

Después de un largo rato llorando e increpándose a sí mismo, consiguió calmarse. Sumido en la melancolía, se arremangó para observar la marca que le rotulaba el antebrazo izquierdo. Parecía una luna menguante y motas de color chocolate la rodeaban. Diego tenía una igual, y los dos la habían heredado de Margarita, quien, reacia a considerarla una imperfección cutánea, aseguraba que era una caricia de luna. Alonso solía burlarse de aquella metáfora porque, a su entender, la mancha no merecía otro calificativo que el de tara amorfa, pero, tras el auto de fe, había cambiado de opinión. Ahora lo consolaba mirarla e imaginar que, en efecto, se trataba de una caricia; aunque no de la luna, sino de su madre. Entristecido, la besó como si la besara a ella mientras clavaba los ojos en el brasero y retrocedía a la aciaga noche de la ejecución.

El fuego no solo había quemado a sus padres. También le calcinó

los cinco sentidos.

El tacto murió cuando cerró los puños intentando retener los tiempos felices y fracasó, pues, pese a apretarlos hasta llagarse las manos, aquellos bellos días se colaron entre sus dedos y el viento se los llevó. El gusto se acorchó bajo el amargo sabor a polvo de piel que, suspendido en el aire, se le pegó en los labios para siempre. El penetrante hedor a carne chamuscada le saturó el olfato, y los oídos se le quedaron atrapados en una horrísona rapsodia compuesta de aullidos de dolor y chasquidos de leña candente.

El mayor impacto lo había recibido la vista. Se le extravió ante la imagen de sus padres atados a una estaca, en llamas y convulsionando. Después el humo se había intensificado tanto que le impedía distinguir nada; luego la escena reapareció. Sin embargo, la notó cambiada. Las piras ya no recortaban el horizonte. Sus ocupantes tampoco. Todo se había desmoronado y yacía en el suelo. Huesos y troncos se mezclaban en un confuso lienzo negro. La vida extinta de los unos y la savia coagulada de los otros ayermaban la tierra convertidos en dunas de ceniza.

Cuando aquella hoguera maldita se apagó, Alonso lo hizo con ella. Lloró hasta secarse. Al principio pensó que, diezmado su embalse personal de lágrimas, nunca más podría volver a derramar ninguna, pero luego comprendió que se regeneraban. Resignado a la idea de pasar años achicando agua de duelo, en cuanto percibía el caudal a punto de desbordarse, regresaba a la colina donde todo terminó y lo vaciaba de nuevo.

Esa tarde, tras enterarse del fallecimiento de Diego, escurrió el dique de sus miserias por enésima vez. No le aliviaba saber a su hermano en el paraíso. Todos los Castro moraban allí ahora; todos, excepto él. ¿Por qué Dios no se apiadaba y le permitía marchar también? «Porque tienes una misión de vida», le pareció escuchar a sor Casilda.

—Supongo que pronto averiguaré en qué consiste esa misteriosa misión —caviló abatido y, al tiempo, expectante—. Mientras, intentaré seguir el consejo de la monja. Confiaré en la vida y aprenderé de ella; de sus rosas y, en particular, de sus espinas.

2

CONVERSACIONES DE CASA EN LA CASA DE CONVERSACIÓN

El 31 de marzo, diez días después del auto de fe que mató a los Castro, unas cruentas fiebres hicieron lo propio con Felipe III. Huérfano de madre y ahora también de padre, Felipe IV, de apenas dieciséis años, se volcó en la complicada labor de reconstruir un territorio colosal pero desmoralizado y enfermo. Comenzó su reinado limpiando la Villa de miseria y corrupción, para lo cual ordenó la expulsión de miles de indigentes, destituyó a los integrantes del gobierno anterior, otorgó dignidades a los del recién constituido y visó el retorno a la Corte de los muchos ilustres desterrados por el duque de Lerma y el de Uceda, los dos validos de su padre.

La política del momento giraba como una peonza. A diario, alguna eminencia caía defenestrada o algún defenestrado medraba a eminencia. A raíz de ello, el alto estamento andaba entre el miedo y la ilusión, pues, según el bando de militancia, el horizonte refulgía o relampagueaba. Así, los simpatizantes del antiguo gobierno aguardaban represalias; los del nuevo, regalías, y los neutrales, acontecimientos. Deseosos de estar al corriente de las novedades, todos acudían a las casas de conversación, locales privativos del patriciado donde los principales se enteraban de la actualidad mientras cataban vinos caros, celebraban tertulias, jugaban al ajedrez u organizaban timbas de naipes en las que unos pocos ganaban fortunas y demasiados las perdían.

La casa de conversación de Fernando Padilla se ubicaba en la calle de la Luna. Construida en ladrillo y mampostería, la fachada mostraba la sobriedad ornamental característica de los edificios madrileños, pues el Alcázar acaparaba las excelencias arquitectónicas y nadie osaba hacer la competencia al rey, ni en cuestiones inmobiliarias ni en ninguna otra. La cosa cambiaba en el interior. Tras

aquellos muros, nada era austero. Al revés. Imperaban un lujo y un hedonismo que la sencillez del exterior en absoluto sugería.

Una mañana, don Gonzalo Soto de Armendía, marqués de Velarde y conde de Valdemayor, y don Rodrigo Salazar y Hernández de Somoza, duque de Villasolano y grande de Castilla, se citaron en uno de sus reservados.

Don Rodrigo, un aristócrata de impresionante estatura e imponente prestancia, irradiaba una autoridad intimidante aunque afable. Su cabello era un bosque de rebeldes bucles de color castaño oscuro que, pese a tratar de domeñar con goma e intensos alisados, siempre conseguían escapar del encierro, lo cual le daba un aspecto entre aniñado y varonil exasperante para él pero harto seductor para muchos y, en especial, para muchas. Aquel indómito cielo de rizos coronaba un semblante arrebatador dotado de nariz aguileña, mandíbula marcada y unos irresistibles ojos grises que emanaban bondad e inteligencia. La perilla ocultaba un mentón partido, el bigotillo confería seriedad a una sonrisa pícara de perfecta dentadura, y los pómulos, altos y prominentes, exhibían una piel tersa e impecablemente rasurada. Semejante rosario de atractivos rasgos unido a un montón de títulos nobiliarios generaba una enorme fascinación en la gente. De ahí que nunca pasara desapercibido y captase la atención de todos en cuanto asomaba.

Bastante más menguado y menos esbelto, don Gonzalo no gozaba de tan impactante porte, circunstancia que en absoluto abreviaba su indiscutible hidalguía. El escaso cabello rubio anunciaba canas en la raíz, profundas arrugas le rotulaban la frente, la nariz presentaba surcos laterales, y las flácidas mejillas se camuflaban tras los extremos de un frondoso mostacho entiesado a base de alquitira. Si bien los años empezaban a dejar huella en su rostro, la sonrisa, simpática pero guardiana de aviesos secretos, mantenía una lozanía inmune al calendario. También sus ojos, azules y chispeantes, rebosaban juventud. Prodigaban, además, inteligencia, la misma que los de don Rodrigo, aunque no había en ellos igual nobleza.

Renqueaba de la pierna derecha, tara que adquirió en la batalla de Cabo Corvo, donde combatió junto a don Rodrigo y bajo las órdenes del duque de Osuna. En el transcurso de la contienda, un sarraceno derribó a don Rodrigo y, cuando ya se disponía a matarlo, don Gonzalo interpuso la espada y lo degolló, no sin antes recibir un

tajo en el muslo. La herida se infectó y a punto estuvo de mandarlo al camposanto, pero, tras varias semanas de calentura, su robusta salud logró rescatarlo de una mortaja inminente. Aunque la heroicidad le reportó una cojera irreversible, también le granjeó la eterna gratitud de don Rodrigo. La amistad de ambos hombres cobró tal solidez que, tiempo después, acordaron transformarla en lazos familiares y, al efecto, concertaron el matrimonio de sus primogénitos, Beltrán e Isabel.

En aquella etapa bélica conocieron a don Pelayo Valcárcel, el desdichado caballero cuyas últimas voluntades arruinaron un buen número de vidas, incluida la suya propia. Seis meses antes, en noviembre de 1620, acudió a la escribanía de Sebastián Castro para derogar un testamento previo y otorgar otro donde se confesaba padre de Miguel Valcárcel, un muchacho de trece años a quien había endilgado la condición de sobrino cuando, en realidad, nació de una infidelidad. Doña Francisca Cabrera de Montilla y Enrique Valcárcel, su esposa e hijo, detestaban al chico y, consciente de que, en cuanto él muriese, lo desampararían, don Pelayo decidió legarle una sustanciosa cuota del patrimonio familiar en detrimento de Enrique, heredero universal de la boyante casa Valcárcel. Aunque proyectaba silenciar el cambio testamentario de manera que doña Francisca y Enrique se enterasen tras su deceso, los remordimientos lo empujaron a contárselo, error de funestas consecuencias porque, lejos de someterse al arbitrio patriarcal, madre e hijo urdieron un contubernio destinado a truncarlo. Primero eliminaron el nuevo testamento incautando la copia, robando el documento original de la escribanía de Sebastián y quemando ambos ejemplares. Después neutralizaron a todos los involucrados en su otorgamiento: envenenaron a don Pelayo, sobornaron a dos de los tres testigos, aplaudieron la muerte en prisión del tercero, Lorenzo Santiesteban, el oficial de Sebastián, y fraguaron un libelo de sangre contra este último que prendió la hoguera. Destruidas la verdadera última voluntad de don Pelayo y las personas al corriente de ella, ejecutaron el testamento primitivo de modo que Enrique acaparó la entera fortuna Valcárcel sin ceder nada a Miguel.

Aunque, tras volver del frente, las vastas propiedades de don Pelayo obligaban a este a realizar constantes viajes y apenas le permitían frecuentar a don Gonzalo y don Rodrigo, el cariño que el trío se profesaba nunca se marchitó. De ahí que el repentino deceso de

don Pelayo hacía cuatro meses, el 6 de enero, hubiera sumido a los otros dos en una tristeza que no aflojaba y que mantenía muy vivo el recuerdo del amigo añorado.

—Magnífico jerez, don Fernando —alabó don Rodrigo mientras alzaba una primorosa copa de cristal de Murano con pie de plata—. Acabo de pasar una larga temporada en el sur y este vino me ha hecho evocar tan hermosas tierras.

—Es un Pedro Ximénez, su excelencia, y, en efecto, procede de Andalucía —respondió el dueño del lugar, que gustaba de atender en persona a los más insignes.

—Yo no tengo cuerpo para almíbares —gruñó don Gonzalo—. Tomaré uno de mayor contundencia. De Toro o de Jaca. O mejor: de la Mancha. Un esquivias o un membrilla.

—Si su ilustrísima desea un caldo bravo, os recomiendo probar el de Tudela. Ayer recibí una remesa extraordinaria de mis proveedores navarros. También puedo ofreceros un cazalla sevillano capaz de resucitar a un difunto o el tinto elaborado en San Martín de Valdeiglesias, que es una delicia y, además, madrileño.

—Lo autóctono nunca defrauda, así que me decanto por el de San Martín. Agradezco vuestro consejo, señor Padilla. No os llevéis la botella, os lo ruego. De seguro repetiré.

El aludido les sirvió y, junto a la botella, dejó un estuche repleto de rapé, el exquisito polvo de tabaco traído de las Indias que distribuía la fábrica de Sevilla. Su prohibitivo precio lo convertía en un capricho propio de las cumbres y, en consecuencia, tan inasequible como envidiado en los bajos fondos, donde predominaba el llamado «tabaco cucarachero», una variedad mezclada con óxido de hierro de pésima calidad y peor sabor. A continuación, Padilla removió el cisco del brasero de plata que templaba la temperatura, pues, no obstante lo avanzado de mayo, el frío se empeñaba en aterir la primavera. Finalmente, se inclinó en una ceremoniosa reverencia y se retiró.

Tan pronto desapareció, don Gonzalo, que había estado conteniéndose en su presencia, dio rienda suelta al nerviosismo. Primero se bebió su copa de un trago. Esparció entonces un pequeño montón de rapé sobre una bandejita de plata, cogió un poco y lo inhaló por la nariz hasta provocarse un placentero estornudo, objetivo principal de esta afición. Después se llenó la copa de nuevo y volvió a vaciarla de un tirón.

—Quizá así olvide infaustos aconteceres —explicó a don Rodrigo, que observaba sorprendido su frenética actividad.

—¿Estimáis infausto un monarca que en menos de dos semanas ha fulminado a medio Alcázar y a vos todavía no os ha tocado?

—Decís bien. No me ha tocado... todavía.

—Ni lo hará, Gonzalo. Ha nombrado sumiller de corps al conde de Olivares y de él dependemos ahora como gentileshombres del rey. Si nos pensara afines al duque de Lerma o al de Uceda, ya nos habría despachado.

—De vos no prescindirá. En cambio, yo sí temo caer.

—Supongo que os referís al arresto de Beltrán —adivinó don Rodrigo, pesaroso.

—¿A qué si no? Le imputan traición a la Corona y yo soy su padre. Bien podrían extender el reproche a mí.

—Insisto: si tal planeasen, ni una luna habría tardado Olivares en expulsaros del Alcázar y, en lugar de eso, os ha confirmado en el cargo. Dejad, pues, de lamentar problemas imaginarios y ocupaos del real. ¿Habéis recibido noticias de Beltrán?

—Llegó de Nápoles hace unos días y lo han confinado en el monasterio de Uclés junto a Francisco de Quevedo, otro de los detenidos.

—Siento la desventura del poeta, pero me alegra que comparta el cautiverio de Beltrán —apuntó don Rodrigo—. Al menos, no estará solo en tan adversa tesitura.

—Poco le va durar la compañía. En breve trasladarán a Quevedo a Torre de Juan Abad, un señorío de su propiedad donde me figuro lo mantendrán en régimen de arresto domiciliario hasta que se resuelva este embrollo.

—Entonces, Beltrán quedará desamparado en Uclés. ¡Qué desastre!

—¡El primogénito de los Soto de Armendía acusado de traicionar a España! —masculló don Gonzalo con los hombros desmoronados y la moral en gemela comparsa—. No lo digiero, Rodrigo. ¡Es que ni siquiera consigo tragarlo!

Los sucesos de aquella Semana Santa de 1621 habían supuesto un cataclismo para los Soto de Armendía y la situación tenía a don Gonzalo en un ay. Todo comenzó el 7 de abril, Miércoles Santo. Aún estaba caliente el cadáver de Felipe III cuando Baltasar de Zúñiga, el

jefe del nuevo Gobierno, decretó el prendimiento de Pedro Téllez-Girón, duque de Osuna. Amén de atribuirle una exhibición inmoral de riquezas y malversación de fondos públicos, lo culpó de pretender autoproclamarse soberano de Nápoles, la colonia española cuyo virreinato ostentaba. No eran más que calumnias propagadas por la alta sociedad napolitana, que consideraba al virrey un extranjero advenedizo, arrogante e indigno de ocupar el trono de su ciudad, pero a Zúñiga le dio igual. Vio la oportunidad de desembarazarse de aquel peligroso bastión del régimen anterior y no la desperdició. También encarceló a los más cercanos de Osuna: Francisco de Quevedo, su secretario e íntimo amigo, y Beltrán Soto de Armendía, un aprendiz de soldado que comenzó luchando bajo sus órdenes y terminó convertido en un asistente de lealtad inquebrantable. El joven idolatraba a su capitán. Él y cuantos le servían, porque, aparte de ejercer una autoridad ecuánime y magnánima, sus estrategias militares solían llevar el sello de la gloria. De hecho, las trascendentales victorias que proporcionó a España y las numerosas revueltas en Flandes, Sicilia y Nápoles sofocadas gracias a su excepcional intendencia le reportaron aluviones de laureles y el alias de Gran Duque de Osuna.

Su arresto solo era una de las cinco drásticas medidas con las que Baltasar de Zúñiga se estrenó al frente del gobierno. Empeñado en despedazar a los dirigentes de la Administración anterior por haber sumido al Imperio en una tolvanera de libertinaje y corrupción, no dejó ileso a ninguno: enjauló a Osuna, confiscó el patrimonio del duque de Lerma, condenó a muerte a la mano derecha de este, Rodrigo Calderón, desterró al duque de Uceda y forzó a fray Luis de Aliaga a renunciar al cargo de inquisidor general.

—Osuna nunca conspiraría contra España —comentó don Rodrigo—. Casi pierde la pierna defendiéndola y un judas no se conduce así. Además, sus ejércitos lo veneran, y esos hombres mueren por el rey. No reverenciarían a quien pretende traicionarlo.

—Beltrán no lo haría, desde luego —replicó don Gonzalo, consternado.

—No os preocupéis. Lo liberaremos.

—Los nuevos inquilinos del Alcázar saben de su fidelidad hacia el duque de Osuna y, como este era ministro de Lerma y Uceda, lo creen simpatizante de ambos. Me temo que la situación no invita a la esperanza.

—No digáis enormidades. Zúñiga anda encalabrinado en aplastar a los ministros del Tercer Felipe, y Osuna forma parte de esa triste cuadrilla. Ciertamente le auguro tiempos duros, pero Beltrán es un simple soldado sin ninguna trascendencia política. Os garantizo que, en cuanto las aguas se calmen, lo soltarán.

—Dadas las circunstancias, entendería que ya no lo estimaseis digno de los Salazar y rescindierais su compromiso con vuestra hija Isabel.

—Cuando concertamos los esponsales, sellamos un pacto de caballeros, y un acuerdo de esa naturaleza tiene valor de ley —arguyó don Rodrigo en tono grave—. No lo quebrantaré porque los paladines de hoy quieran prodigar moral purgando las cabildadas que perpetraron los de ayer y que ellos mismos repetirán mañana.

—Lo culpan de traición, camarada. No deseo lastrar vuestro linaje con un yerno desacreditado.

—Esa acusación me parece una solemne ridiculez fruto de intrigas palaciegas que en nada atañen al muchacho. Beltrán se ha limitado a servir a su patria y obedecer a su capitán; un comportamiento loable, no punible. En consecuencia, no es, a mis ojos, un hombre desacreditado, sino un corajudo leal e íntegro que, orgulloso y complacido, acogeré en mi familia.

—Podría pasar lustros en prisión, Rodrigo. Quizá os interese un candidato menos idílico, pero capaz de desposar a Isabel a una edad razonable.

—Mi hija cumplirá catorce años en julio y en las capitulaciones matrimoniales estipulamos celebrar el enlace a sus diecisiete. No albergo ninguna duda de que Beltrán recuperará la libertad antes de tres inviernos.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si Isabel cumple los diecisiete y continúa cautivo?

—En ese improbable caso, estudiaríamos las alternativas. Por de pronto, considero de mayor provecho pensar en el rescate que en el casorio.

Al oír aquellas palabras, una mezcla de aprecio, respeto y culpa abrumó a don Gonzalo. El aprecio estaba a la altura del que profesaría a un hermano, pues así sentía a don Rodrigo; el respeto lo suscitaba la nobleza de este, la misma de la que él se sabía huérfano, y todo ello le generaba una inmensa culpa porque no era el caballero honorable que

su amigo creía, sino un contrabandista que delinquía a placer. Y esa peculiar faceta suya sí que haría recular a don Rodrigo. Cierto que insistía en mantener el compromiso, lo cual ya suponía un logro importante porque el apuro de Beltrán no era baladí y otro lo habría roto en el acto, pero, de averiguar los ilícitos trasiegos de su futuro consuegro, no vacilaría en repudiar a los Soto de Armendía y, entonces, adiós a la magnífica oportunidad de emparentar con un grande de Castilla. Por fortuna, don Gonzalo lo tenía todo bien atado y no temía filtraciones. Podía, pues, serenarse y continuar dispensando a don Rodrigo un cariño fraternal, su más sincero respeto y la impostura del villano que fingía no ser. Pese al amargo regusto de los remordimientos, resistiría los envites de la conciencia. Formaban parte de la senda que había escogido y estaba acostumbrado a capearlos cuando, como en aquel momento, arreciaban. Y así, resignado a los inconvenientes de bordear el abismo y aferrado a los formidables beneficios que le reportaba hacerlo, alzó la copa.

—En nombre de mi hijo y en el mío propio, os agradezco vuestro aval en este triste lance de los Soto de Armendía. Brindo por un caballero de noble espuela y por el mejor de los amigos. Brindo por vos.

—Desde que tenéis más eneros en los huesos que pelos en la cabeza, soltáis unas pazguaterías que no hay quien os aguante —bromeó don Rodrigo, aunque la efusiva declaración del astuto marqués lo había emocionado de veras—. Yo prefiero brindar por el retorno a Madrid del conde de Villamediana. El Cuarto Felipe ha abolido el destierro que le impuso el gobierno anterior y en breve comenzará a regalarnos sus cómicas locuras. ¡Que se preparen Zúñiga y el conde de Olivares! Arremeterá contra ellos en cuanto compruebe que, aunque haya nueva partida, nada ha variado en el ajedrez cortesano. Hoy igual que ayer, las piezas blancas se enfrentan a las negras con el mismo objetivo: comerse al rey.

—De seguro el exilio le ha aplacado los bríos y regresará más prudente.

—¿Prudente el de Villamediana? —rio don Rodrigo—. ¡Fabuláis! De hecho, le auguro una fugaz estancia en Madrid. Tan pronto empiece a verter sobre Zúñiga y Olivares las sátiras que ya dedicó a Lerma y a Uceda, los unos responderán de idéntica forma que los otros: desterrándolo.

—En ese caso, correré a visitarlo —aseveró don Gonzalo—. Busco pareja a mi bereber y deseo comprar una de sus espléndidas yeguas.

—Lamento deciros que el conde no vende sus caballos. Alardea de poseer los mejores del Imperio y solo los regala a gente que aprecia. Habréis, pues, de arrullarle los afectos, porque, faltriquera en ristre, vuestro bereber continuará pastando en mustia soltería.

—No suelo prodigar ni mieles ni lisonjas, pero sí apuestas, de modo que lo retaré a los naipes. Aunque los maneja como un pez las aletas, un servidor lo hace como un pescador la caña. El pececillo picará mi anzuelo y obtendré gratis un ejemplar único.

—Me alivia saber que el desafío se terciará baraja mediante y no sobre un tablero de ajedrez, porque en ese arte sois más inútil que escupir al cielo. Vuestra lastimosa maña dejaría al bereber sin novia y, si me apuráis, a vos sin bereber. Llevamos años midiendo fuerzas una tarde a la semana y todavía no me habéis matado ni un humilde peón.

—¡Agradeced que no haya cancelado esas tediosas partidas, charlatán! Ojalá el Altísimo os pusiera en el camino a otro trastornado del dichoso jueguecito y redimiese a este pobre penante de vuestra legendaria pesadez.

Don Rodrigo se echó a reír divertido. Era un maestro del ajedrez y anhelaba encontrar a alguien capaz de batirle, pero, como el ansiado personaje no aparecía, se conformaba con don Gonzalo, un rival torpe y poco aficionado que le aburría hasta el sopor.

Tras el ángelus, ambos se despidieron y marcharon a casa. Don Rodrigo lo hizo al calor de las conciencias tranquilas. Dueño de una aguda inteligencia, extraordinariamente diplomático y estratega innato, se movía bien en el taimado entorno del trono. Los giros gubernamentales rara vez lo turbaban, pues siempre hallaba la manera de sustraerse a los enredos cortesanos y mantenerse neutral ante los distintos dirigentes, los de ayer, los de hoy y los de mañana. En su opinión, no debía subestimarse a nadie. El poder fluctuaba mucho y lo mismo exterminaba personalidades en pleno apogeo de popularidad que resucitaba cadáveres políticos, encarcelaba a héroes de guerra o indultaba a criminales confesos. Encumbraba o hundía, loaba o escarnecía, besaba o mordía. En definitiva, daba o quitaba a capricho y, a ojos de don Rodrigo, eso convertía a cualquiera en alguien que quizá le resultase crucial en el futuro. Consciente de ello, no cultivaba relaciones en el Alcázar; ni buenas ni malas. Era un amigable conocido

de todos y un conocido amigo de ninguno. Había rendido pleitesía al duque de Lerma y al de Uceda e idéntico trato dispensaría ahora a Zúñiga y al conde de Olivares: cordial y diligente, pero dejando claro que su lealtad al rey no estaba en venta. De escucha amplia, verbo discreto e incorruptible honradez, gustaba de adquirir gratitudes, no servidumbres. Si concedía un favor, lo olvidaba; si lo recibía, lo recordaba; si abría puertas, jamás las cerraba, y, si le proponían cruzar umbrales prohibidos para obtener riquezas ilícitas, no aceptaba porque eso implicaría mancillar la reputación de los Salazar y él prefería morir a emponzoñar su estirpe. Tras heredar de su padre un linaje egregio y una fabulosa fortuna, se había volcado en la tarea de enaltecer lo primero e incrementar lo segundo, pero siempre sin apartarse ni de las normas ni del estricto código ético por el que se regía, proceder inmune a chantajes e intentos de soborno, pues no se puede amenazar con penitencias a quien no ha pecado.

Don Gonzalo no andaba igual de tranquilo. Si vivir al margen de la ley ya era peligroso, los vaivenes políticos agudizaban el riesgo porque los nuevos gerifaltes solían buscar miserias en la labor de los antiguos y esas cacerías a menudo salpicaban a terceros. Los últimos acontecimientos le tenían más atribulado de lo habitual. Sus turbios negocios requerían esquinar las habladurías, pero, desde que la presunta traición de Beltrán se cosía y descosía en los mentideros, era el centro de ellas.

Angustiado, en lugar de regresar a casa, decidió visitar a Bernardo Núñez de Belmonte, un auténtico prestidigitador del derecho que, si bien comenzó ejerciendo de manera honesta, las turbulencias del azar lo internaron en sendas oscuras y acabaron convirtiéndolo en un profesional de toga vil. Los madrileños le llamaban «el Abogado de las Causas Imposibles», un título que engañaba porque no aludía a heroicas batallas judiciales, sino a pleitos abyectos en los que el reglamento deontológico de la abogacía prohibía intervenir. Obviando el veto, Bernardo los aceptaba y, capaz como era de convencer al juez de que el agua no mojaba, no había uno que no ganara. Aunque aquel desafío a la ética del oficio le supuso el rechazo del gremio y la marginación de la alta sociedad, halló su hueco entre los ladrones de guante blanco, un colectivo integrado por poderosos que en público lo denostaban, pero en privado le pagaban minutas exorbitantes a cambio de legalizar menesteres muy poco legales.

Don Gonzalo era uno de sus principales clientes. Hombre de una codicia rayana en la demencia, poseía incontables señoríos, inmuebles, dignidades administrativas, molinos, ganado, viñedos, tierras, juros y censos que se traducían en riadas de dinero. Sin embargo, nunca tenía suficiente y utilizaba sus múltiples actividades lícitas como tapadera para blanquear los ingresos que le procuraban otras componendas bastante más cuestionables.

Muchos de esos beneficios irregulares procedían de la Carrera de Indias, un negocio tan rentable que casi ningún ilustre se resistía a invertir en él. Si bien una minoría lo hacía asumiendo el leonino sistema tributario que la Real Casa de Contratación de Sevilla aplicaba a las transacciones marítimas, la mayoría lo estimaba abusivo e intentaba soslayarlo a través del contrabando. Afiliado al grupo de los insurrectos, don Gonzalo evadía impuestos trampeando en el tráfico de esclavos y mercaderías, aunque donde de veras obtenía rendimientos hiperbólicos era en la compraventa de azogue. Se trataba de una empresa tan lucrativa como peligrosa, porque la Corona monopolizaba este producto y comerciar con él implicaba robar al rey, delito de lesa majestad que acarreaba el cadalso. Dado el riesgo, un mínimo sentido de la prudencia aconsejaba plantearse otras maneras de llenar las arcas, pero el azogue generaba tal aluvión de monedas que don Gonzalo no prestaba atención ni a riesgos ni a prudencias. Además, Bernardo gestionaba el asunto con una meticulosidad obsesiva y en esa certeza envolvía sus miedos.

Efectuaban las expediciones usando dos navíos: el Arcángel Gabriel y el Nuestra Señora de los Ángeles. El primero constaba en su haber y con él realizaban las operaciones legales. En cambio, el Nuestra Señora de los Ángeles estaba a nombre de Guzmán Cañete, un compañero de universidad de Bernardo que, pese a llevar años muerto, ante la ley todavía respiraba y tenía una ajetreada vida empresarial. Bernardo conseguía eludir los controles de ambos barcos y, a la sazón, un sinfín de tasas e impuestos sobornando a los inspectores de Sevilla, Sanlúcar, Cabo Verde y Veracruz.

Aquel mes de mayo de 1621, don Gonzalo aguardaba impaciente el regreso a Sevilla de la Flota de Indias y, muy en particular, los miles de ducados que ello le traería. Cuando entró en el estudio de Bernardo y este le dijo que un barco correo recién recalado en Sevilla había anunciado la pronta llegada de la Flota, aplaudió entusiasmado.

—Han logrado salvar el peligroso cabo de San Vicente y no hay riesgo de ataque pirata —informó Bernardo—. Podemos, pues, arrellanarnos en el optimismo, mi señor.

—No precipitemos el entusiasmo, licenciado. Aún deben superar la barra de Sanlúcar. Esa condenada maraña de algas y lodo que se forma en la desembocadura del Guadalquivir provoca constantes percances. Lo último que necesito es un naufragio y las pesquisas que tamaño desastre suscitaría sobre los dueños de las naos siniestradas. Los Soto de Armendía ya protagonizamos todas las tertulias a causa del arresto de mi primogénito. Imaginad lo que ocurriría si se destapasen mis batidas indígenas.

—Lamento lo sucedido, su ilustrísima. Ni el duque de Osuna ni Quevedo ni, desde luego, vuestro hijo merecen un vilipendio de ese calado.

—Aunque estoy tanteando el modo de liberar a Beltrán, no me atrevo a presionar. Zúñiga y Olivares podrían creerme simpatizante de Osuna e investigarme.

—Que lo hagan —retó Bernardo en actitud indolente—. No hallarán nada, así que alejad los nublados porque no ha de llover. No obstante, hacéis bien en no forzar las cosas. Mostraos preocupado por don Beltrán y ansioso de rescatarlo, pero sin vehemencias; al menos, hasta el término del periplo indígena y la distribución del cargamento en Madrid.

—Preocupación, voluntad de rescate y mesura —recapituló don Gonzalo—. Tales serán mis consignas de momento. Os agradezco tan halagüeñas nuevas y también vuestras palabras de consuelo. A fe que las necesitaba.

3

TRÍO DE PÍCAROS

Después del auto de fe que se saldó con la vida de los Castro, Alonso halló consuelo en Juan de la Calle y Antonio.

Juan era un muchacho de trece años, huérfano de madre y víctima de un padre violento cuyas constantes palizas, aparte de desollarle la espalda y romperle los dientes, habían transformado en terror el cariño que una vez le profesó. Un día trabó amistad con Mateo y Antonio, dos hermanos sin familia ni hogar, pero seis meses atrás, en noviembre de 1620, encontraron el cadáver de Mateo junto al de Candela Bouza, una criada de los Valcárcel que desapareció mientras servía en la fiesta de cumpleaños del primogénito, Enrique Valcárcel. A él le arrancaron el corazón y a ella la forzaron hasta finarla, asesinatos conocidos como los Crímenes del Ritual.

El deceso de Mateo dejó solo en el mundo a su hermano Antonio, un niño de siete años, mudo y un poco retrasado a quien Juan se propuso cuidar, pía obra que le obligó a abandonar a su padre, vagar por las calles junto a Antonio y empezar a trabajar como fullero en el local de apuestas propiedad de Márquez, un soldado cuya oferta de empleo aceptó sin saber que estaba involucrado en el asesinato de Mateo.

Antes de erigirse en protector de Antonio, asistía a la escuela de don Martín Valdiviesa y compartía aula con Alonso, a quien tenía por un pusilánime acomodado indigno de las simpatías de un tipo duro como él. Al fallecer Mateo y creer a los Castro culpables de su muerte, esa animadversión se convirtió en odio, pero cambió de opinión cuando Antonio, único testigo de los Crímenes del Ritual, le describió a los asesinos de Mateo y constató que ni Sebastián ni Margarita encajaban en el retrato. Decidió entonces apoyar a Alonso y lo hizo de tan noble e incondicional forma que entre los muchachos germinó uno de esos afectos capaces de resistir las tormentas de la vida sin

cuartearse.

Juan y Antonio cerraron filas en torno a Alonso durante el calvario de los Castro y, cuando los ejecutaron, le ofrecieron uno de los mejores pañuelos para enjugar las lágrimas: el de la amistad. Superados los momentos iniciales de la pérdida, Alonso hubo de afrontar la orfandad y la indigencia, penoso trance en el que de nuevo Juan y Antonio supusieron un sólido baluarte no solo a nivel emocional, sino también práctico, pues ambos se volcaron en la tarea de enseñarle los secretos de la picaresca.

El aprendiz de pillo se estrenó como porteador de sillas de manos, un oficio que congregaba a muchos malandrines de Madrid. Al alba partía rumbo a la plaza de Herradores, sede del gremio, y pedía faena a sus miembros. Al principio todos se la negaron porque, como su estatura desnivelaba el vehículo, el compañero cargaba mayor peso desde abajo que él desde arriba y esa disparidad constituía un abuso inadmisible. Encima el desequilibrio menoscababa los ingresos, pues, una vez cubierto el trayecto, la astuta clientela se quejaba de viajar en una cuesta y marchaba sin abonar el servicio.

Ante el rechazo de los porteadores bajitos, Alonso probó suerte entre los altos y, tras localizar a uno de talla similar a la suya, le propuso unir fuerzas. Huelga decir que, cuando aquel par de juncos izaba la silla, el pasajero creía estar en el carajo del galeón, inconveniente que habría arruinado el negocio si Alonso no hubiera amenizado la singladura con fragmentos de las novelas que solía prestarle don Martín, su maestro de escuela. Y es que gastaba el mozo tal pericia en el campo de la narrativa que, lejos de hundirse, la empresa adquirió fama. La gente los buscaba y todos quedaban tan satisfechos que pagaban viaje e historia. Pero, como hasta la idea más original pronto deja de serlo, el público no tardó en considerar al trovador incluido en el importe del paseo. Entonces los beneficios se enfriaron, el dúo también, y, al final, se disolvió.

El éxito de su persuasiva verborrea hizo que Alonso continuase explotándola, aunque ya no la dirigía a exaltar la imaginación de los usuarios de silla, sino la compasión de los asiduos de iglesia; o, mejor dicho, de las asiduas.

Consciente de que, en el mundo del galanteo, la dama prodigaba la piedad, y el caballero, la caridad, cada mañana se apostaba en la Victoria, el templo preferido de las señoritas de alta cuna, abordaba a

las que llegaban escoltadas por un enamorado y, tras describirles una existencia repleta de fatalidades, les rogaba una limosna. El ardid no fallaba. Conmovidas, ellas miraban a su pretendiente con ojos llorosos y un mohín conminatorio que este no podía obviar si quería seguir pretendiendo algo.

Recolectado un montante aceptable, Alonso se acercaba a la calle Mayor, donde Juan le aguardaba para la tarea de la tarde: sangrar faltriqueras. Solían actuar refugiados en la turba que siempre se apiñaba en torno al mentidero de las Gradas de San Felipe. Se arrimaban al objetivo y, mientras Juan le distraía, Alonso se valía de la habilidad prestidigitadora que tanto le rendía en los naipes para registrarle la ropa hasta hallar la bolsa y vaciarla.

En días de feria, cuando la Villa se llenaba de forasteros, rondaban las posadas distinguidas, ubicaban la habitación donde se hospedaba la víctima elegida, vigilaban sus salidas y calculaban el tiempo de ausencia. Así, en cuanto el infeliz marchaba, escalaban la pared, se colaban por la ventana de la pieza y la desvalijaban. También sisaban comestibles en el mercado de la Plaza Mayor. En ocasiones, se permitían el descaro de restituir lo hurtado al tendero y explicarle que no habían cazado al ladrón, pero sí el botín. Aunque el plan solía fracasar y se veían obligados a correr, a veces el vendedor picaba el anzuelo y los premiaba con parte del género birlado e incluso unos maravedís extra. Gustaban, asimismo, de personarse en bodegones postineros simulando servir en un palacete, llevarse vitualla y ordenar que lo anotasen en la cuenta de tal o cual conde, duque o marqués. Como la aristocrática prestancia de Alonso daba una enorme veracidad a la comedia, siempre la interpretaba él, y muy bien, además, pues realizaba los pedidos con tanta autoridad que ningún dependiente osaba discutirle. No obstante, hubo de comprarse un atuendo refinado de segunda mano porque, según Juan, «vestido de Satán, ni el rey de los zoquetes os creerá el criado de nadie». Pese a todo, los comerciantes madrileños no olvidaban la cara de quien alguna vez los timó y eso, amén de poner fecha de caducidad a la treta, exigía no repetir bodegón so pena de terminar descalabrados.

Cuando reunían capital suficiente, ejercían de «listos postales», un negocio muy lucrativo gracias al régimen de correos vigente.

Dado que el envío de una carta no se abonaba en origen, sino en destino, el remitente la cursaba sin desembolsar un real, el erario

público adelantaba el coste y al receptor solo se le entregaba si reintegraba ese anticipo. Al llegar a Madrid, los emisarios transferían la correspondencia a la Casa de Postas, sita en la calle homónima. Después de apartar los mensajes oficiales, un empleado del organismo salía al exterior e iniciaba el pregón postal, el cual consistía en vocear el nombre de los que tenían correo. Un nutrido escuadrón de cotillas asistía a la proclama para averiguar quién recibía carta y, de ser posible, quién se la mandaba; los indiferentes a la vida ajena, grupo este bastante menos numeroso que el anterior, no comparecían y, a la postre, muchos no se enteraban de que el heraldo los había mencionado; y unos cuantos, fisgones o no, sí acudían y, en consecuencia, sí se enteraban, pero, como no querían o no podían apoquinar, renunciaban a la misiva. Concluido el pregón, el funcionario claveteaba en los muros de la Casa de Postas la lista de los destinatarios ausentes, filón monetario para pícaros y granujas que incluso auspició un alias: *listos* o *listillos*.

Tras examinar esta relación de personas, seleccionaban las que intuían interesadas en recabar sus cartas, se plantaban en la Casa de Postas, saldaban lo adeudado y se las agenciaban. No les pedían identificarse porque, como el erario público perseguía recuperar lo gastado en la expedición, importaba que alguien recogiera el correo, no quién lo hiciera. Si era el destinatario, perfecto; si se encargaba un listo, que le aprovechase, y si, como ocurría a menudo, cuando el primero iba, el segundo ya venía, se despachaba la reclamación del afectado con un: «La próxima vez, apremiad».

Conseguidas las misivas, los pícaros las abrían y buscaban información susceptible de chantaje. Si no la hallaban, las llevaban a casa del interfecto, cobraban el porte y solicitaban un suplemento en concepto de servicio a domicilio. Pero, en caso de saltar la liebre, añadían un tercer epígrafe a la factura: el silencio. En ocasiones rentaba más dirigirse a alguien distinto al destinatario. Un marido cornudo pagaba a precio de oro la carta del amante a la esposa y lo mismo hacía un patrón ante la prueba escrita de un subalterno confabulado con la competencia.

Alonso y Juan eran listos honestos, aunque por diferentes motivos. La impronta de Sebastián impedía a Alonso rebasar ciertas fronteras de carácter moral y extorsionar al prójimo formaba parte de esa línea roja. En cambio, la integridad de Juan nacía más de la

obligación que de la ética. Su lamentable talento en la lectura requería de Alonso, pero, como este se negaba a quebrantar su código deontológico, la recaudación se restringía a los gastos de porte y del servicio a domicilio. El ridículo supremo se sucedía cuando, poco proclive a recibir cartas ni, desde luego, a costearlas, el destinatario les cerraba la puerta en las narices y los dejaba con un sobre estéril en la mano, el bolsillo vacío y el pícaro vocacional recriminando al accidental tanta santurronería.

Aunque aquel surtido de tunantadas sedaba el duelo de Alonso, en absoluto lo sanaba. Sus tristezas se desbocaban de continuo, pero, resuelto a no extraviarse en el inútil erial de la autocompasión, intentaba embridarlas retrocediendo a los tiempos de hogar y chocolate, lo cual solía empujarle hasta la calle del Espejo y la de San Salvador, donde los Castro tuvieron su casa, y Sebastián, su escribanía. Allí deambulaba consternado entre rescoldos de ayer, porque a eso, a polvo carbonizado, habían quedado reducidos ambos inmuebles cuando, tras el auto de fe, la Inquisición ordenó quemarlos y esparcir sal en las ruinas para purificar la herejía perpetrada.

Después se acercaba a la iglesia de Santiago y comprobaba si los sambenitos de Sebastián y Margarita colgaban de los muros. De este degradante modo perpetuaba el Santo Oficio la memoria de los reos de hoguera: clavando sus túnicas en la fachada de la parroquia a la que pertenecían y elaborando otras idénticas no bien la intemperie deterioraba las anteriores. Como la exposición de esas telas con el nombre de sus padres encima de un abominable «judaizaron y asesinaron» soliviantaba a Alonso, acudía de madrugada y les prendía fuego. Ya llevaba cuatro asaltos y, pese a saber que al siguiente podían capturarle, reincidiría cuantas veces se encartase. No toleraría más ultrajes a los Castro y, si eso demandaba arrasar la iglesia entera, ni un ápice dudaría en proceder.

El dolor de la pérdida no solo amainaba cuando se regodeaba en el pasado. También le ayudaba hacer planes de futuro. Retomar los estudios, ingresar en la universidad, graduarse en Leyes y servirse de ellas para limpiar el honor familiar eran los peldaños de su particular escalera hacia el cielo. El problema estribaba en que ignoraba cómo subirlos, así que, mientras buscaba una manera de lograrlo, se dedicaba a leer y releer la única copia existente del testamento de Pelayo Valcárcel y, a la sazón, el único medio de probar la inocencia

de los Castro e inculpar a los verdaderos asesinos. Sebastián se lo entregó la noche del arresto y su texto le condujo a la morada de don Pelayo, donde conoció a Enrique Valcárcel, el hijo y heredero de este. Los glaciales ojos azules de Enrique le suscitaron una aversión instintiva que, aunque de primeras lo desconcertó, pues nunca le había visto, cobró sentido tan pronto ató cabos y dedujo que, junto al soldado Márquez, aquel sujeto de aviesa mirada había cometido los Crímenes del Ritual. Ansiaba derramar la sangre de ambos, pero, como prometió a Sebastián esgrimir leyes en lugar de espadas, no le quedaba otra que arrellanarse en la paciencia y esperar a servir frío el plato de la venganza.

Curiosamente, esta involuntaria tregua surcaba derroteros bastante paradójicos porque, mientras aspiraba a convertirse en abogado y honrar la ley, lo cierto era que de momento la vulneraba a placer. Eso sí, nunca infligía daño a nadie, aunque a menudo la supervivencia se imponía y algún pendenciero le obligaba a elegir entre matar o morir.

Le inspiraban especial temor los capistas, título atribuido a los ladrones de capas. Estos individuos actuaban con una violencia extrema y no vacilaban en liquidar a quienes opusieran resistencia. Él ya había sufrido dos agresiones de uno que se hacía llamar el Cid Capeador. En el primer envite, salió bien parado, pues logró arrearle tal derechazo que lo tumbó, pero, en el segundo, el caco le arrancó su preciada capa y la cosa habría terminado en tragedia si Juan no hubiera intervenido. Dueño de una extraordinaria puntería, lanzó un cuchillo al muslo del rufián y, cuando justo ahí se lo clavó, le recomendó no porfiar porque a la próxima apuntaría al corazón y acababa de comprobar que donde ponía el ojo ponía el dardo. La amenaza surtió efecto y, aunque el bribón no desistió de aterrorizar a los madrileños, aprendió a mantenerse lejos de la capa de Alonso y, sobre todo, del cuchillo de Juan.

Inmerso en aquella espiral de bellacos e intrigas callejeras, Alonso tenía tantas oportunidades de ejercitar su innata genialidad en lo relativo a los naipes que ya era un auténtico portento de la técnica y, en particular, de la flor, gentil seudónimo de la poco gentil trampa. Pese a ello, seguía fiel al ajedrez. Lo dominaba con maestría, pero, para su desencanto, apenas podía practicarlo. ¡Extrañaba tanto un contrincante de la categoría de su padre! Era el único capaz de

vencerlo y a menudo se preguntaba si volvería a toparse con otro virtuoso que le brindase una de esas partidas para el recuerdo.

Mientras él perfeccionaba el arte de la picaresca, Juan continuaba empleado en la casa de apuestas de Márquez. Aunque conocía la implicación del soldado en la muerte de su amigo Mateo, estaba decidido a no abandonarlo, pues, según decía, eso le permitía acecharlo y orquestar un desquite acorde a su canallada.

Cuidado y mimado por sus dos protectores, Antonio crecía dichoso y, como igual de feliz progresaba la devoción que profesaba hacia la raza equina, interpelaba a Juan con más asiduidad de la que este habría deseado sobre el Paraíso de los Caballos.

Cuando Mateo falleció, Juan empezó a regalarle fruslerías diarias en el ánimo de aplacarle la pena. Lo denominaba la Zarandaja de la Sonrisa y, para hacerle entrega de ella, cada noche montaba un teatrillo que colmaba de ilusión al niño. Una de esas veces, el obsequio consistió en una figura de madera con forma de corcel. El juguete emocionó tanto a Antonio que un enternecido Juan le prometió llevarle al Paraíso de los Caballos, un sitio atestado de rocines de carne y hueso. Consciente de que nunca hallaría nada parecido, se arrepintió en el acto de haber jurado una quimera y rogó a la Providencia que sembrase amnesia en la memoria del crío. Por desgracia, lejos de olvidar, Antonio no se cansaba de preguntar si ya había encontrado el edén prometido. Incómodo, él contestaba que aún no; que hablaban de una prebenda de envergadura y eso requería tiempo. La hueca explicación convencía poco a Antonio y divertía mucho a Alonso, que asistía al diálogo sin dejar de carcajearse y asegurar que, antes de que Juan diese con el Paraíso de los Caballos, se secaría el mar.

Así, rodeado de pillerías y amistad, Alonso recorría el tortuoso camino que los hados le habían marcado. Intentaba amoldarse al presente, añoraba el pasado hasta el desgarro y, sobre todo, le intrigaba el futuro. Sor Casilda le había dicho que incluso el peor quebranto ocultaba una luz, que la suya le aguardaba en alguna parte y que debía localizarla para descubrir el objeto de su misión y comprender por qué había sucedido lo que hoy le impedía sonreír. Expectante, no cesaba de escudriñar el oscuro horizonte, pero, de momento, el faro de su vida seguía apagado.

4

RAÚL DE LA LUNA

A pesar de lo que indicaba el libro de registros de la Inclusa, el hermano de Alonso no había muerto. Sí falleció un niño al que, debido a las pésimas condiciones en las que había ingresado, le pusieron el rosario y la toquilla roja de Diego, pero, en realidad, se trataba de otro bebé al cual metieron en el torno justo después de que tal hiciera Alonso con él. Así, el «Diego» grabado en la cruz del rosario que rodeaba el cuello del moribundo y la mantilla que lo arropaba le valieron el nombre de Diego de la Mantilla. En cuanto a Diego Castro, el santo del día sumado a la luna menguante que, gemela a la de Alonso, le marcaba el brazo izquierdo auspiciaron su nueva identidad: Raúl de la Luna.

Al cabo de escasas jornadas, Diego de la Mantilla se transformó en ángel y partió rumbo a predios celestiales. En cambio, Raúl de la Luna luchó hasta vencer el envite y ya había cumplido su primer año en el mundo. No obstante, era de justicia añadir que quizá se habría rendido si no hubiera tenido cerca a Gabriel González, un rorro de tres meses convertido en su hermano de leche tras lactar de la misma nodriza. Entraron en la Inclusa casi a la vez y, desde entonces, no se habían separado. Los unía un cariño entrañable y de tal calidez que, pese a morar en los gélidos lares del olvido, nunca habían sentido frío. Nacieron en sitios, momentos y circunstancias tan diferentes que, de no haber escorado la existencia de los Castro, probablemente jamás se habrían conocido. Sin embargo, el destino enhebró sus caminos sirviéndose de Luisa, la madre de Gabriel, y de Alonso, el hermano de Diego. La primera expiró en el regazo del segundo y ahora este acababa de apadrinar a Gabriel. Veleidades del azar o quizá renglones de una historia ya escrita, pues trenzar las huellas de dos hermanos de leche bien podía promover el reencuentro de dos hermanos de sangre.

Una mañana de mayo, sor Horacia, una religiosa de la Inclusa

compañera de sor Casilda, llevó a ambos niños ante don Federico, el galeno de la institución. Cada primavera, el buen doctor clausuraba la temporada de invierno realizando un examen médico a los internos y en tal piedad andaba por aquellos días.

—Esta pareja goza de una salud extraordinaria —comentó al terminar de explorarlos.

—Se debe a la adoración que se profesan —apuntó sor Horacia—. Son inseparabl...

Se interrumpió en seco y corrió hacia Diego, que, sentado en el suelo, había cogido una navaja del maletín de don Federico y se disponía a metérsela en la boca.

—¡Raúl! —lo reprendió mientras le quitaba el arma—. Te he repetido hasta hartarme que los cuchillos no se tocan.

Asombrado de cuán rápido le habían decomisado el juguete, Diego la miró, pero, en vez de gimotear, se levantó, caminó en dirección a la monja con la torpeza de quien aún está en fase de aprendizaje, le agarró el hábito, alzó la cabeza y sonrió.

—Desiste de zalamerías porque a mí no me vas a engatusar —le regañó sor Horacia, que intentaba en vano mostrarse severa—. Este tunante ha cautivado a la congregación entera, don Federico. ¡Incluso se ha camelado a Dulce!

—¿A la nodriza? —exclamó el galeno—. Mis parabienes, muchachito. ¡Excelentes mañas de seductor las tuyas si has conseguido ablandar el corazón de esa arpía!

Diego palmoteó alborozado al tiempo que emitía un soniquete. Aunque su lengua de trapo lo balbuceaba a trompicones y sin armonía alguna, era evidente que se trataba de una melodía. En concreto, la nana gallega con que Margarita solía arrullarlo y que tantas veces Alonso le susurró al oído para calmarlo cuando, tras el arresto de los Castro, ambos quedaron al raso, faltos de alimento ni manera de obtenerlo.

—¿Está cantando? —farfulló don Federico, atónito.

—Empezó a hacerlo al poco de ingresar —confirmó sor Horacia —. Este zagal es como un chiste en un velorio. Aquí todos berrean, excepto él. Cuando no anda carcajeándose sin motivo aparente, tararea. Eso sí: su repertorio peca de pobre porque siempre interpreta la misma tonadilla. Me figuro que su madre acostumbraba a entonarla y el infeliz se aferra al único recuerdo que tiene de ella. Muchos críos

se comportan así cuando llegan, pero luego el olvido se impone y la pena los atrapa. Entonces aparcan los cánticos y se suman a la llantina colectiva. Sin embargo, este es inasequible al desaliento. Lleva esa serenata grabada en la memoria y no se le cae de la boca.

—Mejor para él, hermana —repuso don Federico mientras acariciaba el regordete carrillo de Diego—. Quien canta sufre poco y llora menos, ¿verdad, jovencito?

Sin cesar el canturreo, el niño adoptó una encantadora expresión tan similar a la de Margarita que cualquier cercano a la familia habría advertido la filiación de inmediato. Ambos se parecían mucho. Amén de heredar las hechuras menudas y delicadas de su madre, el porte del pequeño destilaba la misma elegancia. El cabello, liso y dorado, recordaba a la melena materna, sus grandes ojos color miel eran clavados a los de Margarita y, cuando sonreía, su mejilla derecha se hundía en un hoyuelo idéntico al de ella y, por añadidura, también al de Alonso. El innegable ángel de sus rasgos, aquel atractivo hoyuelo y la nana cascabelera que, de un modo inconsciente e incansable, le brotaba de los labios y del alma le granjeaban múltiples simpatías. Además, nada le amohinaba, ni siquiera las tarascadas de su nodriza Dulce, una mujer brusca y desabrida que dispensaba a los niños un trato muy distinto al implícito en su nombre. Sus lactantes la temían tanto que, en lugar de mamar, sollozaban asustados. Al principio, Diego experimentó el mismo terror, pero aprendió a cerrar los ojos a los vapuleos e insultos de aquella bruja y centrarse en la leche que le manaba de los pechos, curiosamente, la más sabrosa de la Inclusa. Por eso, mientras el resto de las criaturas estaban demacradas, famélicas y tristes, él lucía sonrosado, saciado y risueño. Solo lloraba si lo separaban de Gabriel, otro ejemplo de optimismo que también crecía rollizo, sonreía a menudo y estallaba en un desesperado berrinche tan pronto sentía lejos a Diego.

—¿Cómo andáis de nodrizas? —inquirió don Federico—. He notado un incremento en las filas hospicianas. ¿Acaso ya no entregáis cachorros a amas de cría externas?

—Nadie se postula, y no me extraña —se lamentó sor Horacia—. Los paupérrimos jornales que podemos ofrecer no despiertan ningún interés. No nos llegan aspirantes y las veteranas devuelven a los pitusos alegando que no les queda leche; eso si los devuelven, porque la mayoría se limita a desatenderlos o a matarlos de hambre.

—Pero ¿de qué se quejan? Vuestros salarios son más que aceptables. Encima también les procuráis ropa y leña. El aguador, la lavandera o las nodrizas internas reciben la mitad y faenan el doble, por no mencionar al capellán y a un servidor, que no olemos ni un real.

—Me consta y nos avergüenza abusar así de vuestra misericordia. Pero miradnos a nosotras. Apenas probamos bocado y solo tenemos este picajoso hábito que nos congela en invierno y nos asfixia en verano. Sufrimos escasez de todo. Hasta la fe empieza a faltar.

—No me malinterpretéis, hermana. Nada recrimino a las monjas de esta abnegada casa. De sobra conozco vuestras fatigas.

—Muchas son, amigo mío, y muy duras —suspiró sor Horacia al tiempo que mecía a un adormilado Gabriel sin quitar ojo a Diego, quien practicaba su rudimentario caminar deambulando alrededor de ella al compás de la sempiterna nana gallega—. Resulta indignante que, mientras decenas de chiquillos padecen privaciones y miseria aquí dentro, el nuevo rey se dedique a engordar su vanidad derrochando guita a espuertas en ceremoniales tan fastuosos como inútiles. Con el dinero que cuesta uno de esos festejos, nuestros expósitos comerían en condiciones durante dos inviernos.

—Lejos está la Corona de merecer vuestra condena. Consagra abundantes recursos al hospicio. Y no es la única. Muchas organizaciones públicas y privadas también lo hacen.

—Y de corazón lo agradecemos, pero no nos alcanza para saciar la inmensa cantidad de estómagos a nuestro cargo. Los hospicianos solo catan sopa aguada, abadejo, berzas y cebollas. Los pobres parecen sacos de huesos. Al menos los lactantes se alimentan de las nodrizas, aunque, considerando el exiguo condumio que proporcionamos a esas mujeres, no entiendo cómo siguen produciendo leche. Al lado de tamaño prodigio, el milagro de los panes y los peces se me antoja un chascarrillo.

—Debemos esforzarnos en mantener la ilusión —alentó don Federico mientras achuchaba a Diego, que en ese momento estaba abrazado a sus piernas—. Si estos churumbeles se empeñan en reír, nosotros no podemos claudicar.

—En su alegría hallamos el coraje para no desfallecer —señaló sor Horacia, tendiendo la mano al pequeño sin dejar de acunar a Gabriel, profundamente dormido ya—. En fin, me llevo al catre a este

par de malandrines, que les toca siesta. Os agradezco la escucha y la paciencia, don Federico. Sírvase Dios de bendeciros y haceros merced.

5

FIN DEL DESTIERRO

Tras abolir el testamento de don Pelayo Valcárcel y deshacerse de él y de todos los involucrados en su otorgamiento, su viuda, doña Francisca Cabrera de Montilla, y el hijo de ambos, Enrique Valcárcel, habían pasado momentos de enorme inquietud porque, después de ejecutar a los Castro, comenzó a rumorearse que Sebastián había culpado a un ilustre de cometer los Crímenes del Ritual. Como el chisme no especificaba ninguna identidad, las elucubraciones se desataron, pero nadie descifró el nombre del misterioso sospechoso; nadie, excepto doña Francisca, que adivinó el nombre y hasta el apellido.

Los datos encajaban como sotana en fraile. Cuando secuestraron a Candela Bouza, los Valcárcel estaban celebrando el dieciocho cumpleaños de Enrique y este permaneció ausente durante parte de la velada. Tan pronto surgió la idea de neutralizar a Sebastián, él propuso orquestar un libelo de sangre e incriminarlo, estrategia que ya parecía tener diseñada. Necesitados de un corazón infantil, se agenció uno en lo que el hielo hiela y, para colmo, hallaron al niño dueño del órgano desgajado junto al cadáver de Candela.

Aunque la cuestión no admitía duda, imaginar a su hijo capaz de una salvajada de ese alcance la estomagaba tanto que había optado por no hacer preguntas. Además, habían conseguido destruir el opulento legado que su marido instituyó en favor de un bastardo y las ventajas de semejante logro bien merecían cubrir de hierba el fango. Cierto que habría preferido solucionar el asunto de una manera menos dramática, pero no se arrepentía de haber urdido la conspiración. La fortuna de los Valcárcel descansaba en la de los Cabrera de Montilla y, antes de consentir que se destinara a purgar los pecados de un esposo traidor, gustosa volvería a intrigar contra los Castro o contra la entera cristiandad si fuera menester.

Aferrada a este argumento, había dejado pasar un tiempo a la espera de que las conjeturas sobre el notable a quien Sebastián acusaba aflojaran. Pero sucedió lo contrario. El comadreo arreció y, al ver que las víboras de mentidero podían hincar los colmillos en su hijo, había decidido sacarlo de Madrid. Precisaba, no obstante, un pretexto justificativo de tan repentina marcha y lo obtuvo gracias a las influencias de Ramiro Hernández de Miranda, conde de Robledal.

Consagró todo su atractivo a seducirlo. El objetivo era complicado, pues andaba tan falta de encantos como sobrada de dinero e inteligencia, y estas virtudes conquistaban corazones más interesados que enamorados. Por fortuna, la Providencia había concedido idénticas cartas al conde de Robledal e, igual de rico, listo y feo, se prendó de ella. Doña Francisca no perdió el tiempo y a tal punto lo manipuló que, al poco de iniciar relaciones, recabó un puesto para Enrique como intendente del tesorero de la Real Casa de Contratación de Sevilla. Este se había resistido alegando que la alta sociedad no trabajaba y, de darse la circunstancia, lo hacía impartiendo órdenes, no recibiéndolas.

—Has de abandonar la Villa y precisas una excusa que explique tu súbita partida —lo acorraló doña Francisca—. De lo contrario, la gente podría vincularla y vincularte a los Crímenes del Ritual. Es primordial que marches antes de que alguien te señale.

—¿Y por qué me van a señalar? Yo no he hecho nada.

—No me obligues a entrar en detalles, te lo ruego. No pienso debatir tus últimas... travesuras, pero ambos sabemos que debes desaparecer.

—No deseo que me confinen en un despacho y me pongan a rellenar formularios absurdos. Los principales no nos dedicamos a componendas tan anodinas.

—Tampoco nos enredamos en intrigas como las que están en boca de todo Madrid. ¿Acaso prefieres que te encierren en una cárcel inquisitorial en lugar de en un despacho?

Aterrado ante la posibilidad, Enrique se tragó el orgullo y viajó a Sevilla. Al cabo de dos meses, Felipe IV subió al trono y el pueblo, absorto en las turbulencias políticas que el acontecimiento había provocado, acabó olvidando los Crímenes del Ritual. Solo entonces doña Francisca declaró concluido el destierro de Enrique y le visó el regreso.

Una tarde de finales de mayo, poco después del ansiado retorno, madre e hijo conversaban en uno de los salones de la mansión Valcárcel. Fiel a la tradición de comer barro para mantener el cutis níveo, ella masticaba trocitos de búcaro. Por su parte, Enrique sostenía una jícara de chocolate donde mojaba rosquillas de las monjas de Santa Clara.

—Gracias por propiciar mi vuelta, madre. Extrañaba mi tierra y también a vuesa merced.

—Agradéceselo al conde de Robledal —apuntó doña Francisca—. Primero te colocó en la Casa de Contratación y ahora ha explotado la influencia que ejerce sobre Baltasar de Zúñiga para proporcionarte una buena posición en el Alcázar.

—¿Buena? Decid mejor insuperable. ¡Me ha convertido en colaborador directo del mismísimo conde de Olivares!

—Lo tengo a mis pies y, no bien le participé cuánto echaba de menos a mi retoño, le habló a Zúñiga de ti —se vanaglorió la mujer con una sonrisa coqueta.

—Aunque es feo como un demonio, reconozco que sus contactos resultan de una belleza abrumadora —se chanceó Enrique.

—No es feo, mequetrefe; es un galán gentil y muy agradable —defendió doña Francisca, que, contra todo pronóstico, había caído en las redes de su romeo.

—No os lo discuto, pero eso no le hace apuesto. Aunque, si os gusta, mi opinión sobra. Yo me limitaré a rendirle pleitesía por la espléndida oportunidad que me ha brindado. Trabajar a la vera del conde de Olivares me permitirá ascender en el escalafón del Alcázar y cosechar dignidades equiparables a las que heredará mi futura esposa: Isabel Salazar.

—¿Todavía continúas empecinado en matrimoniar con ella?

—Nunca desistí de esa dicha y ahora tengo más posibilidades que antes —se regocijó Enrique—. El arresto de Beltrán Soto de Armendía me ha dejado el camino despejado. Si bien el padre de Isabel no lo cree un traidor y de momento mantiene el acuerdo de esponsales, al final claudicará. En el Alcázar aseguran que los leales al duque de Osuna penarán años en presidio y la heredera de los Salazar no puede pasarse la vida atada a un recluso. Cuando don Rodrigo lo comprenda, revocará el compromiso.

—Lo dudo. Ese hombre se rige por un código ético muy estricto y

otorga un enorme valor al honor del caballero. Si añadimos su estrecha relación con Gonzalo Soto de Armendía, la cosa se complica. No veo a Rodrigo Salazar rompiendo su palabra, mucho menos, tras habérsela dado a un íntimo amigo.

—El linaje prevalece sobre la palabra empeñada y preservar la reputación del suyo le forzará a ceder. Prestadme mientes, madre. La suerte cabalga a mi lado.

—A la suerte hay que ayudarla, hijo. Como bien dices, el arresto de Beltrán supone una ocasión fabulosa de conquistar a Isabel e instarla a doblegar la voluntad de su íntegro padre, pero, en vez de aprovecharla, ¿qué haces tú? Desperdiciarla cortejando a comediantas indecentes y batiéndote en duelo por la ventanera de Huertas.

Enrique quedó turbado. Andaba tras una belleza cordobesa domiciliada en la calle de las Huertas que cada mañana se asomaba a la ventana prescindiendo de celosía, procacidad detonante del ignominioso «ventanera» utilizado por doña Francisca. Riadas de galanes se agolpaban bajo la reja para presenciar la sensual exhibición sin dejar de silbar, proferir obscenidades, empujarse unos a otros e insultarse, exaltaciones artífices de no pocas discordias.

Días atrás Enrique había provocado una y la polémica se enconó tanto que el agraviado le lanzó el guante. Él lo recogió con la indolencia de quien no teme caer, y no gracias a su talento en el arte de la espada, sino en el de las trampas. Además, siempre lo acompañaba Márquez, el cual contemplaba la contienda cruzado de brazos hasta notar que, no obstante raposear a placer, Enrique empezaba a sucumbir. Entonces desenvainaba el acero y hundía el filo en la espalda del adversario. Así había sucedido en aquella ocasión, pero eso era un secreto. Dada la naturaleza ilícita de los duelos y su artero proceder en ellos, Enrique nunca los aireaba y, como Márquez también callaba, le desconcertó que su madre estuviera al corriente.

—Muda ese gesto de espanto, anda —exhortó esta, disgustada—. Nadie más lo sabe.

—¿Y cómo lo ha averiguado vuesa merced?

—Uno de mis informadores te vio enzarzado con otro guzmán bajo el balcón de esa descarriada y le oyó citarte en armas en los campos de San Blas. Sin embargo, el muy estúpido me reportó tarde y, cuando le mandé a impedir la calaverada, ya te habías marchado. Solo halló los cadáveres de tu rival y su padrino. No te preguntaré qué hizo

este para merecer una estocada por detrás porque soltarás alguna cernicalada que prefiero no escuchar. Ahora bien, te prohíbo que vuelvas a cometer un desvarío semejante y desprestigies nuestro apellido comportándote como un vulgar valentón de taberna.

Enrique suspiró aliviado. La mujer conocía la existencia del duelo, no la forma en que había transcurrido ni, a la sazón, sus métodos en las agarradas caballerescas. No le causaba ningún sonrojo servirse de ellos, pero tampoco era cuestión digna de jactancias.

—Y todo por culpa de ese miliciano tullido —rezongó doña Francisca—. Tenía la esperanza de que en Sevilla le olvidases y ahora resulta que lo frecuentas más que antes. ¿En serio ese desharrapado te parece simpático o solo le tratas para encorajinarme?

—¿De nuevo arremetiendo contra él? Os repito que mis amigos no os incumben.

—No lo harían si abandonases ese talante propio del adolescente atolondrado que ya no eres. Pero, como tan venturoso gozo ni está ni se le espera, me obligas a intervenir. Acaudillas el mayorazgo de los Valcárcel y asistes al conde de Olivares. Integras el gabinete privado de su majestad, hijo. ¿No comprendes que un hombre del rey no puede alternar con gandumbas de tan sórdida ralea? Debes cuidar tu imagen.

—Márquez no es ningún gandumbas. Es un piquero de los Tercios españoles al que aprecio y respeto. Ni me avergüenzo de él ni creo que nuestra amistad menoscabe mi imagen. En consecuencia, disfrutaré de su compañía cuanto guste.

—Si pretendes conquistar a Isabel Salazar con ese serpentino pegado a tus costuras, vas aviado —espetó doña Francisca, frustrada.

—Rendiré su corazón y la desposaré. De hecho, me dispongo a reanudar el cortejo que hube de interrumpir cuando me despachasteis a Sevilla para ejercer de donnadie. Esta tarde iré a la rúa y la veré. Ahí comenzaré a ganarme sus sonrisas.

—Hazte un favor y no aparezcas junto al tullido o, lejos de arrancarle risa alguna, la pobre muchacha romperá a llorar del susto. Advertido quedas.

6

GALANTEOS DE RÚA

La caída del sol inauguraba el paseo vespertino de la jornada, acontecer que, como todo en Madrid, tenía nombre. Se llamaba «hacer la rúa». El itinerario iba de las Gradas de San Felipe a Santa María y viceversa, aunque, en verano y también en invierno si el frío no arreciaba, se prolongaba hasta el Prado. El punto álgido del recorrido estaba en la calle Mayor. Era allí donde cobraba sentido el auténtico fin del paseo, el cual no consistía en salir un rato a tomar el aire como sugería la lógica, sino en mirar y admirar o en ser mirado y admirado. Y, dado que aquella avenida, la más distinguida de la ciudad, congregaba el grueso de ambas facciones, en su coso los primeros repartían loas o críticas, y los segundos las recibían.

Carruajes, literas, sillas de manos y rocines sumían la calzada en una marea humana que solo permitía internarse en su lenta deriva y dejarse llevar. No había manera de sortear al de delante ni, mucho menos, sobrepasarle. Con todo, a nadie parecía ni extrañar ni molestar tan impresionante atasco que, encima, avanzaba a paso cochinero. Y es que en la rúa no cabían las premuras. Al revés. Cuanto más se alargase el trayecto, más posibilidades había de presumir, alternar, galantear e incluso concertar citas clandestinas.

Aquella tarde en que la primavera había logrado derrocar al frío y al fin las temperaturas se ajustaban al calendario, la rúa se presentaba agradable. Enrique recorría el Prado de Recoletos a lomos de un soberbio cartujano de pelaje castaño y envuelto en carísimos ropajes negros, pues Felipe IV se mostraba tendente a la sobriedad y empezaba a imponer el luto a su círculo más cercano. Solo las espuelas de plata recién bruñida, los puños de encaje blanco que emergían en cascada de las mangas, un alfiler de diamantes en el ferreruelo y la esmeralda del sombrero coloreaban su atuendo. La angelical cabellera rubia, corta y elevado el flequillo en el copete

frontal que tan de moda estaba le confería una muy sofisticada prestancia incrementada por su atractivo semblante. La intensa mirada azul, la nariz recta, los marcados pómulos, el varonil bigotillo y la cuidada perilla le proporcionaban una agraciada fachada que, amén de camuflar sus turbias entrañas, proyectaban la estampa de un adonis gentil, gallardo, de alcurnia y rico, sinfonía de virtudes que gestaba no pocas pretendientas.

A su lado cabalgaba Márquez, cuyo ajado porte ni recordaba a un adonis ni, mucho menos, coleccionaba pretendientas. Lo único que coleccionaba aquel tenebroso individuo era pelo de mujeres. Tras violarlas y asesinarlas, les arrancaba un mechón para luego engancharlo en la esclavina de su capa y, como perpetraba esta villanía con bastante frecuencia, ya acumulaba tal selva que a buen seguro le aguardaba una desapacible eternidad en los dominios de Belcebú. Naturalmente, silenciaba el auténtico origen del lóbrego jardín capilar y explicaba a quien le preguntase que las guedejas pertenecían a herejes caídos en Flandes bajo su acero. Solo revelaba la verdad a los íntimos, reducida cuadrilla que Enrique integraba porque, siendo este otro almanegra de sangrientas inclinaciones, lejos de reprobar tan escabrosa afición, la imitaba e incluso andaba empeñado en recolectar más trofeos que el soldado.

La sombría pareja hacía la rúa comentando el fiasco amoroso de Enrique con María de Córdoba, una popular actriz cuya hermosura le había granjeado el alias de la Bella Amarilis. Tan pronto la vio y constató lo apropiado del apodo, Enrique se propuso seducirla. La colmó de requiebros y ostentosos regalos, pero, para su desencanto, solo recibió a cambio recatadas sonrisas. Al final, la dama abandonó la Villa rumbo a otros escenarios dejándole con la moral hundida y la faltriquera esquilmada.

—No estéis triste —animó Márquez—. Según he oído, el rey se ha encaprichado de esa putita y no tardará en reclamarla. Entonces volverá a Madrid y se asentará.

—Se asentará ¿dónde? —masculló Enrique, rabioso—. ¿Encima del monarca? Porque, en tal caso, un servidor se retira. No me crearé problemas en el Alcázar por una lagarta. Si yo no le intereso a ella, ella tampoco me interesa a mí.

—Pues para no interesaros, la habéis feriado de notable suerte —bromeó Márquez.

—¡Y tanto! Hasta una sortija de rubíes le compré. Primero la agarró a la velocidad del rayo y luego, como si el agasajo le pareciese mediano, me dedicó un «Agradecida» más seco que baba de momia. ¡Zorra aprovechada!

—En mi opinión, no manejáis bien el arte del cortejo porque solo frecuentáis a rameras que no discuten nada, excepto el precio del enhebrado. En el mundo de las damas decentes, la cuestión no consiste en soplar y mover la veleta, socio. Horadar el pudor requiere armarse de paciencia mientras se traga orgullo y se vomita parné.

—¿Qué majaderías habláis? Domino a la perfección la técnica del galanteo, pero no me gusta perder el tiempo. Cuando festejo a una hembra, pretendo intercambiar fluidos, no miraditas arrobadas que encienden y no apagan.

—¡A eso aspiramos todos! —se mofó Márquez—. Sucede que coronar la montaña exige trepar algunos cerros, y aguantar miraditas arrobadas no es de los más empinados.

—Por mi parte, la montaña de la Bella Amarilis puede irse al infierno. Yo le habría fabricado noches memorables, pero, si prefiere a un adolescente, ella sabrá lo que hace.

—Si el adolescente ocupa el trono de las Españas, ¡vive el Divino Verbo que sabe lo que hace! No todos los días se tiene el privilegio de retozar con su majestad.

—No se considerará ninguna privilegiada cuando se canse de fornicarla y la recluya en un monasterio. El rey no permite que sus rescoldos prendan otras hogueras.

—Miel sobre hojuelas, pues. En cuanto mude de histriona a novicia, podréis colmarla de pasión y, encima, obtendréis doble placer. Resulta más estimulante beneficiarse a una esposa del soberano celestial que a la furcia del terrenal.

—¡Ah, las novicias! —suspiró Enrique, deleitado—. En Sevilla rondé a una hasta que, harto de sus remilgos, me colé en el convento para tomar a la fuerza lo que se resistía a darme en voluntad. Por supuesto, le corté un mechón. Mi colección va camino de superar la vuestra, compadre. Tengo tantos que necesito etiquetarlos con el nombre de la dueña.

—¿Cómo se os ocurre etiquetar el objeto del delito, insensato? —bizqueó Márquez—. Si os trincan, estáis perdido.

—Vos lleváis la prueba de vuestras picardías colgando de la capa

y a la vista de todos.

—Pero oculto su procedencia, no la escribo en un papel, ¡cabeza de alcornoque! —rebatió Márquez—. No cometáis el error de creeros infalible, camarada. Nadie lo es.

—Yo sí. No en vano guardo mi colección en un escondrijo imposible de encontrar.

—Haceos un favor y quemad las etiquetas. Podrían hundiros en la miseria.

—Al revés. Me suben al cielo. Gracias a ellas, identifico a qué potra monté en cada cabalgada y eso me ayuda a revivir el momento. ¿Sabéis cuál es mi guedeja predilecta?

—La de la menesterosa de anoche —aventuró Márquez—. ¡Menuda orgía! Estuvimos horas metiéndosela. Hasta Salcedo, que siempre tiene para todas, quedó seco.

—Porque le pirran las niñas vírgenes y la de ayer todavía no había cumplido los doce.

—Le hicimos un buen servicio a la moza. No sobrevivió al lance, pero al menos ha dejado este mundo habiendo catado una verga poderosa.

—Una no; tres —apostilló Enrique sin exhibir el menor remordimiento para luego arrimar su caballo al del soldado y hablarle en susurros—. Aunque mi mechón favorito no es el suyo, sino el de Candela Bouza. ¿Os acordáis de aquella farra? ¡Gloria bendita! El simple recuerdo ya me activa, ¡no os digo más!

—¿Os referís a la criadita de vuestra casa? —musitó Márquez, bajando también la voz—. ¿La de los Crímenes del Ritual?

—La misma —confirmó Enrique mientras separaba de nuevo el corcel.

—Conste que me birlasteis su reliquia —refunfuñó Márquez—. Yo se la podé y la prendí en mi capa, pero, a la mínima que me despisté, aprovechasteis para quitármela.

—El trofeo corresponde a quien organiza la parranda —reivindicó Enrique—. Os lo agenciasteis a traición, y, al traidor, traidor y medio, amigo mío.

—Recuerdo que era un mechón diferente. Tenía un rizo canoso y varios morenos alrededor. Esa peculiaridad os permitió reconocerlo al instante entre el bosque que llevo en la capa e ir derechito a él. De no haberos movido tan rápido, os habría cortado la mano.

—El vencido amenaza; el vencedor actúa —rio Enrique.

—¿Qué vencedor ni vencedor? Me lo robasteis, ¡tramposo del demonio! ¡Eh! ¿Dónde vais?

Enrique obvió la pregunta y cruzó la calzada a trote apresurado en dirección a un fastuoso carruaje negro fileteado en oro y tirado por una pareja de percherones blancos. Tupidas cortinas pertrechaban las ventanillas, pero, como en ese momento estaban descorridas, se distinguía la seda verde adamascada del interior y unos cojines dispuestos encima de los bancos no solo para almohadillar el asiento, sino también para tapar los agujeros por donde se aliviaban urgencias orgánicas.

A bordo viajaba Isabel Salazar, hija de don Rodrigo, prometida de Beltrán Soto de Armendía y amante furtiva del hermano de este, Álvaro. La acompañaba Mencía Soto de Armendía, hija de don Gonzalo, hermana de Beltrán y Álvaro, íntima de Isabel y única persona al corriente del romance que mantenía la muchacha con su futuro cuñado. Aunque castos mantos les cubrían el rostro, la transparencia del tejido no ocultaba la arrolladora hermosura de ambas.

A sus trece años, Isabel poseía una belleza que eclipsaba a la mismísima Afrodita. Tenía una espectacular melena de color azabache, altos pómulos, nariz elegante, un cutis de nívea porcelana, boca diminuta, perfecta dentadura y unos ojos grises arrebatadores. De idéntica edad que Isabel, Mencía era otro primor de cabello rubio, largo y ondulado, tersas mejillas teñidas de un rubor natural y pequeños labios en forma de corazón, los más deseados por toda fémina. Una simpática hilera de pecas atravesaba el puente de la señorial nariz y, bajo las doradas cejas, dos enormes ojos de un precioso y chispeante azul hechizaban a quien posaba la mirada en ellos.

Merced a la amistad de Pelayo Valcárcel con don Gonzalo y don Rodrigo, sus respectivos hijos, Enrique, Álvaro, Mencía e Isabel, se conocían desde niños. De hecho, el pasado noviembre, los tres últimos habían asistido a la fiesta del dieciocho cumpleaños de Enrique, durante la cual Isabel negó un baile a este por haber insultado a su amado Álvaro. Aquel rechazo encorajinó tanto a Enrique que, junto al soldado Márquez, abandonó la recepción, secuestró a una criada llamada Candela Bouza, la violó hasta matarla y luego asesinó a

Mateo, el mozo que los sorprendió en plena fechoría.

Isabel y Mencía ruaban sin sus dueñas. Obtener la autorización paterna para pasear libres de estas ancianas, que custodiaban a las señoritas casaderas con el fin de impedir devaneos e invalidar así cualquier duda sobre su castidad, les había llevado varias jornadas. Con todo, ni prometiendo por los Evangelios que no se terciaría ningún atentado contra el decoro, Isabel había logrado evitar que don Rodrigo, propietario del carruaje, encomendase a un ejército de escuderos atalayar el vehículo cual fortín frente al enemigo.

Enrique consiguió sortearlo y situar su caballo al lado del coche. En cuanto reparó en él, Mencía torció el gesto. Le parecía un grimoso petulante y, como no desperdiciaba ocasión de evidenciárselo dedicándole asperezas, ridiculizándolo o afrentándolo, Enrique tampoco la soportaba. De haberse tratado de un varón, ya le habría sajado el gaznate, pero, siendo una aristócrata y encima íntima de su musa, se obligaba a morderse la lengua e intentar caerle en gracia, empeño en el que fracasaba sin remedio. A Isabel, en cambio, sí le resultaba agradable. Aunque sabía que la galanteaba, no le concedía importancia porque lo consideraba un inofensivo flirteo huérfano de aspiraciones formales; Enrique conocía su compromiso con Beltrán y no lo creía tan imprudente de arriesgarse a encolerizar a los poderosos Soto de Armendía pretendiéndola en serio. Además, ella amaba a Álvaro; en consecuencia, no le interesaban los afectos de nadie distinto a él.

—Buenas tardes, señoritas —saludó Enrique tras deponer el sombrero.

Isabel se asomó a la ventanilla y asintió en actitud tranquilizadora al jefe de la patrulla que la escoltaba, quien ya se disponía a espantar al moscardón.

—Buenas tardes. ¿Dónde os habíais metido? Hace tiempo que no os veía.

Satisfecho de que la joven lo hubiera echado en falta, Enrique decidió no airear su condición de subalterno en la Casa de Contratación. Esbozó una sonrisa fatua mientras armaba una historia menos denigrante.

—He estado en Sevilla. Poseo señoríos en Andalucía y debía ordenar algunos asuntos.

—¡Qué extraño! —intervino Mencía en tono mordaz—. Juraría

que, en lugar de ordenar nada, os pusieron a las órdenes del tesorero de la Casa de Contratación.

—Confieso que también me requirieron allí, aunque no en calidad de intendente, sino como alto comisionado del presidente del Consejo de Indias —rebatió Enrique antes de fulminarla con la mirada —. Confía tanto en mi criterio que me habría retenido unos meses más, pero el conde de Olivares solicitó mi asesoramiento en las tareas del nuevo gobierno. ¡Cuán gentil pugna libraron ambos notables por este humilde súbdito de su majestad!

Frustrada, pues carecía de información suficiente para desbaratar la retrechería de aquel cretino, Mencía no pudo replicarle.

—Pero no hablemos de mí —propuso Enrique con la altivez del vencedor—. Frente a los últimos aconteceres, mis dignidades resultan banales. Isabel, lamento lo sucedido a vuestro prometido. Mencía, como hermana de Beltrán, aceptad también mis condolencias.

—Agradecidas —contestó Isabel de manera educada.

—Sí, mucho —añadió Mencía con un retintín hostil que no se molestó en disimular.

—Imagino que el arresto de Beltrán supondrá el fin de vuestro compromiso, Isabel.

—Mi hermano ha servido a España y al rey con honor —se encrespó Mencía—. Esa acusación de traición es una vil infamia y no acarreará la rescisión de ningún compromiso.

—No se arresta a un ilustre sin pruebas sólidas —aseveró Enrique en el tono condescendiente de quien se dirige a un niño—. Quizá antepuso su lealtad por el duque de Osuna a la debida al monarca.

—Si mi padre o mi hermano Álvaro escucharan tamaña calumnia, os citarían en armas, pero como no están presentes y, pese a sobrarme las ganas, yo no puedo hacerlo, os conmino a retractaros de inmediato.

Enrique no quería irritar a Isabel y, dado que tal conseguiría si mandase al infierno a su inaguantable amiga, resolvió fingir arrepentimiento y recular.

—Dispensadme. No era mi intención faltar a Beltrán. Le considero un aguerrido militar y siento la espinosa situación que atraviesa.

—Me conmueven vuestros desvelos, pero no son necesarios —concilió Isabel—. Por fortuna, nuestro compromiso continúa vigente.

—Lo celebro, pues os profeso una estima sincera a los dos. Ahora he de marchar, aunque antes quisiera rogaros una merced. ¿Me permitís esperaros mañana en la iglesia de la Victoria y saludaros al término del oficio?

—Proceded como gustéis —accedió Isabel, ruborizada—. Será un placer.

—El placer será mío. De hecho, sabed que consagraré la misa a agradecer a Dios la dicha de compartir el tiempo con tan adorable compañera de tertulia.

—Os recuerdo que «tan adorable compañera de tertulia» es la prometida de mi hermano —espetó Mencía—. Quizá deberíais agradecer a Dios que él no se encuentre en disposición de desagraviar vuestro descarado cortejo.

—¡Mencía! —amonestó Isabel—. Un inocente saludo no encierra ningún cortejo y tampoco me parece un pecado brindar amabilidad a quien la pretende.

—Algo más pecaminoso que tu amabilidad pretende —rumió la otra de forma inaudible en tanto se cruzaba de brazos y miraba hacia su lado de la calzada para luego alzar la voz—. Prosigue tu «inocente» plática. No la enturbiaré con suspicacias absurdas.

—Perdonadla, Enrique —intercedió Isabel—. Los últimos reveses nos desazonan en extremo y tenemos los nervios desgobernados.

—Soy yo quien ha de disculparse —repuso el mentado, decidido a vengarse de aquella insolente en cuanto le surgiese la ocasión—. He desmesurado la manifestación de mis afectos y os he importunado. Reitero mis excusas a ambas. Buenas tardes, señoritas.

Cuando quedaron solas, Isabel se volvió a Mencía en ademán recriminatorio.

—¿A qué ha venido semejante despliegue de grosería? Me he sentido muy incómoda.

—¿De verdad? Pues qué curioso porque yo te he notado de lo más distendida. Incluso le has aceptado una cita.

—He aceptado saludarlo en la iglesia. De ahí a una cita media un abismo y lo sabes. ¿Qué te sucede con él? No comprendo la tirria que le tienes. Salvo las destemplanzas que dedicó a Álvaro y a su primo Miguel durante los festejos de su cumpleaños, no le recuerdo ninguna otra irreverencia. Al contrario. Siempre se conduce de un modo irreprochable.

—Su mirada me resulta escalofriante, por no mencionar la fama de depravado que arrastra. Gasta cuidado, Isabel. Enrique te ronda en serio y me inquieta. La situación de Beltrán es muy complicada y el compromiso podría anularse. Si alientas las expectativas de esa sierpe, te arriesgas a que formule una oferta nupcial sustanciosa y la cosa prospere.

—No alentaré las expectativas de nadie. Mi corazón pertenece a Álvaro y a ningún otro. Lamento el brete de Beltrán, pero, si destruye nuestro compromiso, lo bendeciré.

—Aunque vuestra boda se cancele, no te dejarán casar con Álvaro. Eres la heredera de un grande de Castilla y tu padre solo te entregará al primogénito de una dinastía igual de eminente. Beltrán reúne los requisitos; Álvaro no. Nació el segundo y don Rodrigo nunca admitirá que un segundo acaudille el excelso linaje de los Salazar.

—Nos amamos desde que tengo memoria. ¿Por qué no puede desposarme él? ¿Por qué he de unirme a un hombre al que no quiero?

—Porque nuestros padres manejan nuestro destino y ellos no nos buscan un marido a quien amar, sino un apellido ilustre. Les da igual que el dueño de ese apellido sea un añoso o un mocoso, que nos encante o nos repugne, que nos caliente la sangre o nos la hiele, que nos arranque sonrisas o la piel a tiras... Solo les importa que ostente unos blasones capaces de encumbrar los suyos y ni nosotras ni nuestro parecer les preocupa. Somos monedas de cambio e interesamos por lo que valemos, no por lo que sentimos.

—¡Cómo te envidio! —suspiró Isabel, entristecida—. Tú no estás prometida a nadie.

—Lo estaré —gruñó Mencía—. En cuanto se aclare el desaguisado de Beltrán, me endilgarán a alguien sin consultarme ni pedirme opinión. La idea de compartir lecho con un extraño hasta que la guadaña nos enlute a uno de los dos me solivianta. Aunque peor sería hacerlo con un conocido a quien detesto. Se me ocurre Enrique. ¡Qué horror! Antes de verme en el altar al lado de tamaño escolimoso, me corto las venas.

—No lo lances al viento porque podría golpearte en la cara. Tiene fortuna, prestigio y contactos en el Alcázar, bondades idóneas para encumbrar el apellido Soto de Armendía.

—¡Por favor, Isabel! ¡Ahora sí que me has amargado el paseo!

Mientras tanto, Enrique ya había regresado junto a Márquez.

—¡Esa víbora de Mencía me exaspera de tal manera que la mataría a correazos!

—¿Os referís a la trigueña? —inquirió el soldado, embelesado—. A mí me parece una auténtica beldad. Pero contadme. ¿Cómo os ha ido con la que pretendéis?

—¡De guinda! Me ha mostrado un interés explícito e incluso me ha defendido cuando la estomagante Mencía ha empezado a destilar veneno. Nos reuniremos mañana en la Victoria. La alejaré de su dueña y, en privado, le propondré matrimonio.

—¿Matrimonio? Pensaba que ya tenía un esposo en ciernes.

—Por poco tiempo. A ese compromiso le queda un jesús. ¡Vayamos a Casa Botín! Os invito a un cochinillo asado para celebrar mi inminente casorio.

7

EL PLAN DE ISABEL

El convento de Nuestra Señora de la Victoria estaba al principio de la Carrera de San Jerónimo y era el hogar de los monjes pertenecientes a la Orden de San Francisco de Paula, también conocida como Orden de los Mínimos porque, en el colmo de la humildad, sus miembros se autoproclamaban los más insignificantes del clero. Justo enfrente, a la entrada de la calle de Alcalá, se ubicaba la iglesia-hospital del Buen Suceso, y en el extremo opuesto, al comienzo de la calle Mayor, se enclavaba la de San Felipe el Real.

El trío parroquial cercaba la Puerta del Sol, una explanada donde imperaba un caos extraordinario debido a la perpetua riada de personas, animales y vehículos que hormigueaban por aquel suelo siempre empantanado de polvo, barro e inmundicias. Los amplios atrios vallados de las iglesias del Buen Suceso y de la Victoria multiplicaban la algarabía reinante, pues propiciaban tertulias cuyo colosal número de participantes dejaba en paños menores al mentidero oficial de la Villa instalado en las gradas de la tercera en discordia: San Felipe el Real. Contribuía al frenesí la tropa de caballeros que se arremolinaba en torno a la puerta de los tres santuarios a la espera de la entrada o salida de la amada. El enamorado enjambre resultaba particularmente denso en la Victoria; no en vano era el templo favorito de las damas ilustres, y ello debido a dos peculiaridades: la brevedad de los oficios religiosos y la distribución del interior.

En honor al pseudónimo de sus frailes, los «mínimos», las misas de la Victoria duraban eso, lo mínimo. Tan poco se demoraban que, cuando en San Felipe o en el Buen Suceso cantaban una eucaristía, en la Victoria ya habían despachado tres. Y es que a los pobres victorios les sobraban razones para andar con la motivación a rastras porque, aunque los hombres se colocaban en las tribunas masculinas y las

mujeres en las femeninas conforme a la preceptiva separación de géneros, el aire de aquella iglesia olía más a romance que a incienso. El tráfico de miradas soslayadas, sonrisas arrobadas y suspiros insinuantes que coreaban el rito sagrado alcanzaba tales niveles de impudicia que, en vez de mostrar el camino del cielo, al sacerdote solo le apetecía aldabear las puertas del infierno y cursar el ingreso de unos cuantos.

La distribución interna de la Victoria constituía la segunda causa de su enorme popularidad. Consistía en un recinto diáfano cuyas descomunales dimensiones posibilitaban a las damas desembarazarse de sus dueñas y alegar después que las habían perdido entre la multitud. De otro lado, sus muros se abrían en discretas salidas a la calle que permitían escapar en mitad del oficio, acudir a citas clandestinas y regresar antes del amén. Disponía, además, de numerosas capillas privadas idóneas para celebrar reuniones bastante alejadas de ningún menester espiritual.

Isabel Salazar llegó a la Victoria acompañada de Herminia Maldonado de Valdés, la añeja mujer que la cuidaba desde niña y la escoltaba cual sombra al cuerpo. Por fortuna, no la ataba en corto. Al menos, no demasiado. Cierto que era de moral estricta y rigurosa, pero quería tanto a Isabel que a esta le bastaba una carantoña para camelársela. Vestía el monjil típico de dueñas y viudas, atuendo así llamado porque, tratándose de un hábito negro combinado con una toca blanca que envainaba la cabeza, un agnusdéi al cuello y un manto oscuro, construía la imagen propia de una esposa de Dios.

Isabel, en cambio, distaba un mundo de parecer una monja. Ataviada de un verde cegador, irradiaba una belleza casi irreal y, aunque el manto que la tapaba de arriba abajo tenía la misión de impedir escrutinios lascivos, la exagerada transparencia de aquella cascada de encaje, más que disuadir de mirar, incitaba a hacerlo. Para colmo, a medida que avanzaba, iba dejando una embriagadora estela procedente de sus guantes adobados en ámbar. Era esta una fragancia curiosa porque se elaboraba con las heces diarreicas del cachalote, surtidores de un olor intenso que, una vez penetraba en el tejido, tardaba mucho tiempo en desaparecer. Esta técnica de aromatización, exclusiva de las fábricas españolas, ostentaba una fama superlativa en toda Europa y no había linajudo, ni oriundo ni extranjero, que prescindiera de los carísimos y codiciados guantes patrios.

Los chapines que calzaba acentuaban su arrebatador aspecto. Estos zapatos eran la quintaesencia de la distinción femenina. Consistían en unos zuecos forrados de lujosos tejidos que se elevaban sobre una plataforma de un mínimo de cinco planchas de corcho y un máximo de ocho. Andar subida en tamaña virguería sin descrismarse exigía una pericia digna de aplauso, un sirviente en el que apoyarse y tal lentitud que, antes de tocar puerto las señoritas, un caracol disponía de tiempo suficiente para darse un garbeo por el cielo, otro por el infierno e incluso repetir. Por eso, aquella bonita mañana de mayo Isabel atravesó el atrio de la Victoria encaramada en sus estilosos chapines, a paso de tortuga y agarrada a doña Herminia. Un tropel de tenorios comenzó a lisonjearla. Henchida de vanidad, la muchacha respondía con inclinaciones de cabeza y amplias sonrisas que, gracias a la claridad del manto, el sector galante vislumbraba perfectamente.

—No me parece apropiado que te pongas chapines —gruñó doña Herminia—. No tienes edad para esas frivolidades. Sin mencionar que solo las casadas pueden usarlos.

—También las prometidas y yo lo estoy a Beltrán desde los siete años —rebatió Isabel, sonriendo por enésima vez a los varones que la requebraban—. Y sí tengo edad. Cumpliré los catorce en julio. Además, los chapines derrochan elegancia, y lo elegante no puede tildarse de frívolo.

—Los tildo de frívolos porque lo son y una servidora no los aprueba. Como tampoco apruebo que tu padre te consienta estas excursiones. En el palacio ducal dispones de un oratorio privado ideal para asistir al culto en el recato propio de una dama decente. Pero, lejos de aprovecharlo, insistes en venir aquí y exhibirte frente a una cuadrilla de haraganes sin otra faena que proferir groserías a doncellas inocentes a las puertas de un santuario.

—No hay nada malo en acudir a la iglesia, doña Herminia.

—Sí lo hay si entras en ella con un manto tan transparente que ni manto es, contoneando las caderas y prodigando el descaro de una casquivana. ¡Encima eliges la Victoria! Madrid atestado de templos y a la señorita se le antoja el más inmoral de todos.

—Y también el que oficia las misas más cortas. Por eso mi padre lo prefiere al resto; porque, cuanto antes termine, antes regresaré. Le enerva saberme fuera de casa.

—¡Lógico! El lugar de una mujer honesta está en su casa.

—Me aburro recluida allí el día entero, aya. Tanta celosía me ahoga.

—Resides en un palacio gigante y ¿las celosías te ahogan? ¡Ángela María! ¡Qué generación de caprichosas, deslenguadas y atrevidas! Nadan en libertades y todavía se quejan. Si hubieras vivido en mi época, valorarías tu suerte.

En ese momento, Enrique Valcárcel las interceptó. Decidido a acicalarse acorde con la feliz perspectiva nupcial que acariciaba, había aparcado el luto cortesano e iba envuelto en sedas de alegres tonos malva y añil. Según se doblaba en una reverencia, se retiró de la cabeza un sombrero de castor gris que, al rasgar el aire bajo los rayos del sol, lanzó destellos procedentes del cintillo de diamantes que rodeaba la copa.

—Buenos días, señorita Salazar. De nuevo llenáis de luz las calles de Madrid.

—Sean buenos y también santos —contestó Isabel—. Doña Herminia, ¿recordáis a don Enrique Valcárcel? Mi padre y el suyo, tristemente fallecido en enero, lucharon juntos en el frente. Allí entablaron una honda amistad.

—Celebro la amistad y lamento la defunción —replicó el aya en ademán adusto—. Avancemos, niña. Es tiempo de rezos, no de parlamentos.

—Esperad un instante, doña Herminia —interrumpió Enrique—. ¿Me concedéis la alteza de acompañaros dentro y escoltar la oración de la señorita?

—La señorita ya dispone de mi persona para escoltar su oración y lo que sea menester.

—Me sentiría privilegiado si me permitieseis protegeros. Mirad en derredor. Numerosos buitres acechan a vuestra encantadora pupila.

—¿Y vos qué sois? ¿El mirlo blanco del lugar?

—Admito que no encajo en tan candoroso calificativo, pero tampoco me considero un ave de rapiña —rio Enrique, divertido—. Este humilde vasallo de vuestros respetos solo ansía complaceros.

—Apartaos de nuestro camino y lo haréis. El oficio empezará en breve, el templo rebosa gente y aún hemos de buscar ubicación.

—Me he tomado la licencia de delimitar con almohadas un espacio de la tribuna femenina. Las he traído pensando en vuesa

merced, doña Herminia. Me sorprende que los lacayos acarreen acomodo para las damas y no para sus esforzadas dueñas cuando acaso lo precisan en mayor medida.

El detalle de almohadillar el suelo no era baladí porque, en el ánimo de congregar la máxima cantidad de fieles y cabiendo más gente de pie que sentada, en las iglesias no había ni sillas ni bancos. Segura de que doña Herminia mordería el anzuelo del victimismo, Isabel reprimió una sonrisa. No se equivocaba. La anciana miró al astuto portador de la caña con ojos de mártir y emitió un suspiro agónico.

—¡Cuánta razón lleváis, joven! Mis pobres huesos acumulan demasiados inviernos y nadie parece reparar en ello. Muy agradecida. Podéis acompañarnos al interior, pero desistid de romances. La señorita está prometida y no toleraré ni zalamerías ni galanteos.

Cuando cruzaron el umbral de la iglesia, Enrique mojó los dedos en la pila de agua bendita y los ofreció a Isabel, quien, tras rozarlos, se santiguó. Enrique las condujo entonces al sitio que había reservado en el sector femenino y, después de ayudar a doña Herminia a arrellanarse entre los cojines, tendió el brazo a Isabel para asistirla también.

—Al inicio de la homilía, acudid a la capilla de la Soledad —le susurró—. Me urge referiros algo de vital importancia.

Isabel lo miró intrigada y luego asintió. No sería la única en escapar durante la liturgia. Previo al comienzo de esta, las damas permanecían quietas junto a sus dueñas. Sin embargo, en cuanto el cura ocupaba el altar, pretextaban la necesidad de encomendarse a alguna imagen santa del templo y marchaban a prodigar fervor, aunque no precisamente a una imagen ni, mucho menos, santa.

Y de esta guisa transcurrió el arranque de aquella eucaristía. La aparición del sacerdote desencadenó un sigiloso frufrú de faldas que empezaron a dispersarse. Isabel se sumó al contingente de fugitivas. Quizá precipitaba la evasión, porque Enrique la había citado al inicio de la homilía y aún faltaba bastante, pero la ínfima velocidad que le permitían los chapines recomendaba no confiarse. Así, tan pronto el clérigo trazó en el aire la señal de la cruz que abría el acto, se zafó de doña Herminia y partió.

Enrique, que la aguardaba apoyado en una de las columnas del claustro, quedó subyugado cuando la vio. Sus insólitos ojos grises, la

seductora cabellera de color azabache y las adolescentes curvas que el traslúcido manto en absoluto escondía lo excitaban de un modo irreprimible. Demasiado acostumbrado a copular con cualquier mujer de su agrado, quisiera ella o no, hubo de hacer ímprobos esfuerzos para controlarse.

—Mi estimada Isabel, no imagináis la dicha que me regaláis al concederme esta entrevista —repuso en tanto se acercaba más de lo que aconsejaba la formalidad.

—Estoy prometida y no puedo reunirme en privado con hombres distintos a mi futuro esposo —reconvino ella, apartándose—. Si he atendido vuestro requerimiento es porque habéis dicho que os urgía referirme algo capital. ¿De qué se trata?

—El conde de Olivares me ha comentado que Beltrán sufrirá un largo encierro. Aunque vuestro padre se resista a rescindir el acuerdo de esponsales, al final claudicará. Resulta absurdo manteneros vinculada a un presidiario que lo será durante años. Además, cuando salga..., si sale, la sombra de la traición, real o inventada, lo acompañará siempre, y vos no merecéis uniros a alguien lastrado con semejante estigma.

—¿Os importaría abordar el motivo de este encuentro? —se impacientó Isabel—. Presumo que no me habéis convocado para ilustrarme sobre los envites judiciales de Beltrán y la supuesta fragilidad de nuestra relación. ¿Qué es eso tan transcendental que os ha llevado a interrumpir mis cumplimientos con Dios?

—Una ilusión que albergo en el corazón desde hace ya demasiadas lunas. Deseo que me autoricéis a comparecer ante don Rodrigo para explicarle el sombrío horizonte de Beltrán, la conveniencia de revocar el convenio nupcial y luego solicitarle vuestra mano.

Al confirmar los vaticinios de Mencía sobre las verdaderas intenciones de Enrique, Isabel palideció y el rosario que sostenía entre los dedos se le cayó.

—¿Mi mano? —exclamó—. ¿Se os ha vaciado el juicio?

—Anulado lo tengo desde que vuestra deliciosa persona se adueñó de él —manifestó Enrique mientras le tendía el rosario que se había apresurado a recoger del suelo—. Os amo. Lo que siento por vos late con tal fuerza dentro de mí que me nubla el entendimiento. Fijaos si ando cautivo de vuestras ternuras que, pese a saberos de Beltrán,

me he atrevido a galantearos. ¿Es que no os habéis percatado?

—Claro que sí, pero pensé que se trataba de un inocente cortejo destinado a halagarme, no a desposarme.

—Antes carecía de lógica hablaros de casorio porque pertenecíais a un hombre sin tacha ni demérito. Ahora las cosas han cambiado. Triplicaré las arras de los Soto de Armendía y don Rodrigo me aceptará. Solo preciso vuestro beneplácito. Os lo suplico. Brindadme la oportunidad de consagrar mi existencia a procuraros felicidad.

Isabel guardó silencio. Estaba absorta en una idea que se le había ocurrido al escuchar la inaudita propuesta. Sabía que su padre mantenía el compromiso porque, como no daba crédito a la presunta traición de Beltrán, confiaba en una absolución inminente. Ahora bien, ¿y si surgiera otro pretendiente a la altura de los Salazar y le comunicase que, lejos de excarcelar pronto al soldado, tardarían lustros en hacerlo? Sería magnífico, desde luego, pero bastante improbable porque, mientras aquel maldito compromiso perdurase, ningún caballero cometería la imprudencia de interferir en él y menoscabarlo. Eso implicaría arruinar la provechosa alianza del poderoso Gonzalo Soto de Armendía con un grande de Castilla y nadie cabal osaría meterse en semejante charco. Así pues, necesitaba lo contrario: alguien descabalado. Y, aunque ni en sus mejores fábulas esperaba encontrar tan temerario romeo, he ahí que, sin buscarlo ni ambicionarlo, la fortuna acababa de depararle uno. Enrique se mostraba dispuesto a asumir el reto y, aunque pocas, alguna probabilidad de éxito sí tenía. El insigne linaje de los Valcárcel, unas arras generosas, influencia en el Alcázar y el patrocinio del conde de Olivares lo convertían en un sólido aspirante a encabezar la dinastía Salazar. Cierto que, si todo transcurría conforme a lo previsto, se libraría de Beltrán para quedar presa de Enrique, pero, según Mencía, este llevaba una vida desordenada. Resultaría sencillo tenderle una trampa que le instase a incurrir en alguna tropelía capaz de provocar el repudio de don Rodrigo. No obstante, aquello constituía la segunda parte del plan. De momento primaba romper las cadenas que la ataban a Beltrán. Ya urdiría después la manera de desembarazarse también de Enrique. Quebrados dos compromisos, ningún caballero la pediría en matrimonio por miedo a incrementar la lista de trasquilados. «Ninguno, excepto Álvaro», pensó a la vez que refrenaba una sonrisa maquiavélica.

—¿Qué contestáis? —preguntó Enrique en tono apremiante.

—Desmantelar mi enlace con Beltrán supondrá una afrenta para los Soto de Armendía y de sobra sabéis cuán peligroso resulta enfadar a un apellido tan principal. ¿En serio estáis dispuesto a sufrir su cólera por mí?

—Por vos, enfrentaría la cólera del mismísimo Lucifer.

—El temperamento de Gonzalo Soto de Armendía puede ser bastante más destructivo que el de todos los demonios del infierno juntos, Enrique.

—Estoy bajo el aura del conde de Olivares, mi dama. La ira de don Gonzalo ni me intimida ni, mucho menos, me destruirá. Confiad en mí. Conseguiré que don Rodrigo derogue el compromiso y me conceda el honor de desposaros.

—En mi opinión, todavía no ha nacido el hombre capaz de lograr que mi padre rompa su palabra, pero, si vos creéis encarnar a ese virtuoso de la persuasión y no os importa granjearos la enemistad perpetua de los Soto de Armendía, yo no me opondré.

—¿Habláis de veras? —se asombró Enrique porque no esperaba triunfar tan rápido—. Apiadaos de este pobre esclavo de vuestros suspiros y no os burléis de mis afectos.

—No acostumbro a burlarme de los afectos de nadie —objetó Isabel, consciente de que sí lo estaba haciendo y, además, de una forma muy cruel—. Derribad la gruesa muralla que nos separa y quizá al otro lado encontremos un futuro en común.

—Lo encontraremos —se entusiasmó Enrique—. Os ruego, no obstante, un período de prórroga. Antes de visitar a vuestro padre, he de consolidar mi posición en el Alcázar. Aunque soy la mano derecha del conde de Olivares, aspiro a ganarme la entera confianza del rey y me llevará un tiempo lograrlo. Además, esa moratoria nos favorecerá porque demostrará a don Rodrigo que la situación de Beltrán ni mejora ni tal ventura anuncia.

—Tomaos el tiempo que preciséis —dispensó Isabel con una mezcla de altivez e indiferencia—. Si en verdad un confinamiento prolongado aguarda a Beltrán, tiempo no nos ha de faltar. Ahora debo irme. Doña Herminia estará enloquecida buscándome. Os deseo suerte en vuestro empeño. A fe que también es el mío.

8

FLORES PARA EL PRETENDIENTE

El jueves 10 de junio, festividad del Corpus Christi, la ciudad amaneció bajo un cielo prístino y los fulgores de un sol que no anunciaba temperaturas piadosas. El recorrido procesional ya lucía engalanado e impoluto. No en vano los barrenderos llevaban desde el alba limpiando, regando y alisando la arena del suelo para luego esparcir sacos enteros de tomillo, romero y lavanda que impregnaban en el ambiente un agradable perfume campestre. Espectaculares tapices, reposteros y brocados pendían de todos los balcones, decenas de altares adornaban las avenidas y, en aras de aliviar el intenso calor que se auguraba, las calles estaban entoldadas con telas humedecidas.

La bucólica fragancia a hierbas silvestres se mezclaba con el aroma que despedían las bolas de Mojigón, los dulces típicos del Corpus llamados así en honor a un personaje del desfile cuyo atuendo multicolor tenía unos botones con la misma forma. De masa seca y compacta, o se mojaban en vino, o no había cristiano capaz de masticarlas, traba que no impedía a los madrileños ni adorarlas ni consumir cantidades pantagruélicas de ellas.

En la procesión del Corpus solo podían desfilar hombres y, además, de alcurnia. De hecho, era la única en la que intervenía el rey. De ahí que los dueños de los palacios ubicados a lo largo de la carrera invitasen a las damas ilustres a presenciar el acto desde sus miradores. Las agasajaban con aloja o aguas frutales y les proporcionaban cestos llenos de pétalos y papelillos perfumados para que los lanzasen al paso de los penitentes.

Mencía e Isabel aguardaban el arranque de la ceremonia en un balconcillo del palacio de los marqueses de Cañete, en la calle Mayor. Era tan diminuto que solo cabían ellas y apretujadas, pero casi mejor. Así nadie escucharía sus confidencias. Abajo, en la calzada, el pueblo llano también se apelotonaba tras los palenques sin dejar de reír,

comer, beber e insultar a los alguaciles, que no paraban de empujar a los obcecados en saltar la cerca.

La procesión salió de Santa María de la Almudena a las nueve en punto de la mañana. Seguido de una banda que interpretaba alegres melodías, apareció el popular Mojigón. Agitaba un palo del que colgaban dos vejigas de carnero infladas y, al descargarlas sobre el público, provocaba una barahúnda de carcajadas.

A continuación, asomó la Tarasca. Se trataba de una enorme talla de cartón mitad dragón mitad serpiente que tenía una barriga mayúscula, grandes garras, larguísimo cuello, monstruosas fauces y unos ojos horripilantes. Viajaba en una estructura de cuatro ruedas de la cual pendía una cortina negra para ocultar a los dos operarios responsables de moverla y a un tercero que manipulaba unos palos conectados mediante hilos al flexible cuello de la bestia. Con encomiable habilidad, lo acercaba a los espectadores, le quitaba el sombrero a alguno y lo depositaba en la cabeza del vecino, bufonada que multiplicaba las risas generadas por el Mojigón y sus vejigazos.

Sobre el lomo de la Tarasca se alzaban unas muñecas llamadas «tarasquillas», y tras ella marchaban varias figuras de madera muy espigadas denominadas «gigantones». Afamados profesionales habían peinado, maquillado y vestido a unas y otros con abalorios, afeites e indumentarias que marcarían la moda de la próxima temporada.

Concluido el folclórico preludio, comenzó la fase más solemne del desfile. Salieron las órdenes religiosas, las militares, el Concejo, los Consejos Reales, los gentileshombres del rey y los grandes de Castilla, todos de luto aliviado merced a la licencia del monarca en atención a las altas temperaturas y las casi siete horas de procesión. Mencía e Isabel aplaudieron a sus padres, quienes participaban en calidad de gentileshombres del rey, e igual recibimiento dispensaron a Álvaro, que había logrado colarse en el acto gracias a las influencias de don Gonzalo.

Detrás de la custodia de Cristo sacramentado, una impresionante joya de plata que era el orgullo de los madrileños, comparecieron los bastiones del Alcázar: Baltasar de Zúñiga, jefe del Gobierno; el duque del Infantado, mayordomo mayor del rey, y el conde de Olivares, sumiller de corps, los tres acompañados de sus más estrechos colaboradores. Cuando Enrique Valcárcel, miembro del exclusivo grupo, pasó bajo el mirador de Mencía e Isabel, levantó el rostro y, al

divisar a esta última, le dedicó una sonrisa e inclinó la cabeza. Ella contestó lanzándole un puñado de pétalos.

—¿Me equivoco o acabas de agasajar al gomoso de Enrique? —se sorprendió Mencía.

—No empieces con tus suspicacias porque no es lo que parece.

—Parece que la novia de Beltrán Soto de Armendía está dando alas al cortejo de otro. Si, como dices, no es eso, entonces, ¿qué es?

—Un plan secreto que me obliga a rendir cierta pleitesía a Enrique —musitó Isabel—. Él romperá mi compromiso y me brindará la oportunidad de unirme a Álvaro.

—¿Cómo? —bizqueó Mencía—. Explícate porque no lo entiendo.

Isabel le refirió su encuentro con Enrique en la Victoria y el contubernio que había urdido a raíz de la oferta nupcial de este.

—¡Te lo advertí! —balbuceó Mencía, descompuesta—. Te dije que sus intenciones trascendían el mero coqueteo y que debías embridarlas, no azuzarlas.

—Si persuade a mi padre de anular el acuerdo, no tendré que casarme con Beltrán.

—¡Pero habrás de hacerlo con él, alma de cántaro!

—Ahora mismo ese es el menor de mis problemas —arguyó Isabel en tono despectivo.

—¿En serio consideras un problema menor quedar atada a ese gaznápiro repugnante?

—Comparado con lo difícil que resulta desligarme de Beltrán, sí. ¡Este condenado compromiso parece granítico, Mencía! Es que ni una acusación por traición lo ha tambaleado. Frente a eso, desarticular el de Enrique se presenta más simple que un juego de niños.

—Yo que tú lo cavilaría despacio. No creo que te resulte tan sencillo abortarlo.

—He investigado a Enrique y tus crónicas sobre su cuestionable manera de distraerse no andan erradas. Me serviré de esas inclinaciones y le tenderé una trampa que le incite a cometer alguna calaverada. Mi padre descubrirá que no es el santo varón que finge ser y lo repudiará. ¿No te parece menos complicado que zafarse de Beltrán?

—Pues no. Si Enrique consigue arrancar un juramento nupcial a don Rodrigo, se confinará en un convento hasta el día del casorio para eludir conjeturas inconvenientes.

—No le imagino entre rosarios y cilicios —objetó Isabel—. Según mis indagaciones, su afición a la jarana roza la adicción. Aunque logre engatusar a mi padre, tarde o temprano, tropezará, y ahí estaré yo presta a denunciarlo. Tras dos compromisos fracasados, ningún caballero se aventurará a engrosar la colección. Ninguno, excepto Álvaro, claro. Además, al visar nuestro enlace, mi padre resarciría a los Soto de Armendía porque la ansiada alianza de ambas familias se consumaría igual.

—¿Y si no sucede así? ¿Y si, después de Enrique, te surge otro pretendiente? Eres una heredera muy codiciada, Isabel. No descartes que algún valiente encare el desafío.

—¿Con dos noviazgos fallidos en mi haber? ¡Ni de chanza! La cancelación de una boda supone una humillación de calado para un hombre y ninguno se expondrá a sufrirla.

—En mi opinión, asumes un riesgo enorme —aseveró Mencía, preocupada—. Un mínimo descuido te llevará al altar junto a Enrique, y que Dios te proteja entonces. He oído historias horribles sobre sus apetencias de alcoba. Cuentan que disfruta apaleando a las mujeres durante el..., bueno..., ya sabes...

—¡Habladurías! —desdeñó Isabel—. No le concibo siervo de esas violencias. Conmigo siempre gasta una educación exquisita.

—¿Y qué educación quieres que gaste? Cuando se galantea a una dama, se extreman las deferencias. ¿O acaso pretendes que te corteje a machetazos?

—No pretendo que me corteje de ningún modo y, aunque de momento he de permitírselo, te aseguro que ni él ni sus prácticas íntimas cruzarán el umbral de mis aposentos. En consecuencia, no me incumben porque no las compartiré.

—De todas formas, ¡vaya tragaderas las tuyas! —resopló Mencía antes de arrugar la nariz asqueada—. Me produce náuseas pensar en las ternuras de ese grimoso.

—Si contribuyen a materializar mi sueño de pasar la eternidad junto a Álvaro, merecen la pena —suspiró Isabel—. Entonces, ¿me ayudarás a sacar mi plan adelante?

—Más que un plan, lo considero la chaladura de una trastornada, pero, como temo que cometas alguna zopencada, intentaré serte útil. Así podré vigilarte. De lo contrario, acabarás casada con Enrique y los remordimientos me atormentarán el resto de mi vida.

—¡Magnífico! —aplaudió Isabel mientras la abrazaba—. Por fin vislumbro sol en el horizonte y eso me colma de esperanza.

—Yo, en cambio, intuyo una tronada antológica —rezongó Mencía.

—No dramatices y confía en mí. Triunfaremos y, cuando mi amado Álvaro me despose, lo celebraremos. Ahora centrémonos en la procesión. ¡Mira! Ahí viene el rey.

9

LUNA DE SAN JUAN

Tras el Corpus, llegó la Noche de San Juan y, como los madrileños no perdían ocasión de escurrir la jarana hasta secarla, empezaron a celebrarla a primera hora de la mañana. Así, cumplimentado el ángelus, el Prado se llenó de joviales huestes dispuestas a cultivar el noble arte de la holganza durante el resto de la jornada, madrugada incluida.

Las hogueras crepitaban exultantes y, mientras los niños las saltaban, los adultos se apostaban alrededor para comer, beber, sestear, jugar a los naipes, cantar o bailar. Sobre todo para bailar. Porque, aunque el Concejo no cesaba de recordar el luto todavía en vigor por la muerte de Felipe III y la prohibición de música bullanguera, la gente, harta ya de aquel condenado duelo que a pocos había dolido, aderezó la algarabía con chaconas y zarabandas, dos danzas en extremo licenciosas. Al compás de frenéticas guitarras y letrillas pornográficas, mujeres y hombres zapateaban y tocaban las castañuelas al tiempo que trenzaban los cuerpos de tan sensual manera que los clérigos se llevaban las manos a la cabeza.

Los notables, en cambio, honraban la Noche de San Juan de una guisa menos cascabelera. Se limitaban a colocar en los jardines de sus mansiones altares repletos de flores y cirios, mesas con comida y pequeños escenarios donde los mejores músicos interpretaban suaves melodías. Invitados los unos por los otros, la mayoría pasaba la velada de casona en casona presentando respetos, admirando altares y degustando gollerías. Todo parecía el súmmum de la ceremonia y la sobriedad, pero hasta lo más envarado necesita destensarse alguna vez y eso ocurría en aquellos aristocráticos ágapes cuando, satisfechas las cortesías, los de sangre azul teñían de rojo plebeyo sus refinadas costumbres bajando en secreto al Manzanares para observar el jubileo popular. A menudo, incluso se sumaban a él y ejecutaban las liturgias

típicas de la fiesta que el pueblo llano, libre de cinchas cortesanas, inauguraba no bien la luna se adueñaba del cielo: escribir en un papel infortunios o plegarias para quemar los primeros y lanzar las segundas al Manzanares rogando al Bautista que se las concediera; dar baños purgadores de maleficios a los bebés, o intentar divisar en el lecho del río el rostro del futuro cónyuge, práctica esta última más propia de solteras que de solteros.

La Noche de San Juan ilusionaba por igual a los de arriba y a los de abajo, pero quienes la esperaban con impaciencia eran las damas de cuna señorial. No en vano se trataba de una de las pocas en que padres, maridos o novios aliviaban la obsesión de vigilarlas y eso les permitía zafarse de ellos escudándose en el deseo de rendir tributo al altar de algún amigo o allegado. Por supuesto, lejos de hacer la visita anunciada, se arrebozaban en tupidos mantos y partían rumbo a otra clase de pleitesías bastante menos espirituales.

Entre aquel batallón de doncellas presas tras las celosías de la virtud, estaba Isabel. Se había citado con Álvaro a medianoche en el Manzanares y aguardaba el momento de marchar víctima de la histeria. Álvaro llevaba días esquivándola y eso la tenía en un ay. Para colmo, no había acudido junto al resto de los Soto de Armendía a la gala de San Juan que los Salazar ofrecían en los jardines del palacio ducal.

—No sé dónde está, pero, como me ha confirmado vuestra cita, en breve podrás interrogarle a placer —contestó Mencía cuando la joven preguntó por él.

—Le noto distante. ¿Y si anda cortejando a otra?

—¡Fabulas! Mi hermano te idolatra.

—Pues últimamente lo disimula muy bien. En la rúa ni me mira y ayer me envió una misiva alegando que no le apetecía nuestra reunión de hoy. ¿Qué te parece la gentileza? La única noche del año que mi padre baja la guardia y al señorito no le apetece.

—No le eches cuentas —desdeñó Mencía antes de dar un sorbo al agua de guindas que un lacayo acababa de escanciarle en la copa—. Tan pronto te vea, se excusará.

—Vendrás conmigo al río, ¿verdad? —inquirió Isabel.

—¡Ni de chanza! ¿Qué pinto yo en un encuentro romántico? No pienso pasarme la víspera de San Juan metida en un coche mientras vosotros os susurráis naderías al oído.

—No tienes que esperar en el coche. Apéate y pasea tranquila. Mis criados te cuidarán. Puedes contemplar el paisaje. Hay luna llena y la vista desde allí abajo debe de ser espectacular. Prueba también a mirar la superficie del río. ¿Quién sabe? Quizá distingas la cara del caballero que te desposará y te enamores de él antes de conocerle.

—No quiero enamorarme de ningún caballero —refunfuñó Mencía—. Comprobadas las congojas que te procura el tuyo, prefiero seguir gozando de mi apacible celibato.

—Acompáñame, te lo suplico. Diremos que vamos a visitar el altar de los Medina de Rioseco. Su palacio queda lejos de aquí y eso justificará el tiempo que tardaremos en volver. ¡Por favor! Compadécete de mí. Si hoy no veo a Álvaro, me moriré.

—Lo dudo y de veras lo siento porque difunta no resultarías tan cansina. De acuerdo. Iré contigo. De lo contrario, no pararás de lloriquear y terminarás amargándome la fiesta.

—¡Gracias, gracias! —bailoteó Isabel, alborozada—. Espérame aquí. Pediré permiso a mi padre y partiremos. Utilizaremos mi silla de manos.

—¿Las dos en una silla de manos? ¿No viajaríamos menos apretadas en un carruaje?

—El cochero es fiel a mi padre y le dirá dónde nos lleva. Los silleteros no lo harán. Les cedo las limosnas de la iglesia y así me agencio su discreción. No te preocupes. Mi silla de manos tiene un interior holgado y nos acogerá a ambas sin estrecheces.

Junto a una auténtica turba de madrileños, Alonso, Juan y Antonio pasaron la mañana refrescándose en un meandro del Manzanares próximo al Molino Quemado. Luego se secaron al sol y después dormitaron tumbados en la orilla hasta bien entrada la tarde.

Los tres resplandecían. El prolongado baño fluvial había logrado despegar la costra de mugre incubada durante el invierno y salieron del agua tan impolutos que les costó reconocerse mutuamente. Además, llevaban atuendo nuevo. La tradición dictaba estrenar ajuar por San Juan y, para ello, habían invertido las ganancias de una partida de naipes en una tienda de la calle Toledo donde despachaban trapos usados pero muy pintureros.

Juan cubría su esquelético cuerpo con un jubón gris perla de una

tela llamada sempiterna porque se mantenía en excelentes condiciones toda una eternidad. Encima, vestía una saltambarca, blusón de amplio vuelo abierto en la trasera que le descendía más allá del muslo hasta taparle parte de las calzas gris marengo. El trío de prendas acumulaba tal cantidad de remiendos, parches y zurcidos que tildarlas de nuevas pecaba de un optimismo admirable, pero componían el traje de mayor calidad que el muchacho había tenido en su entera existencia y por eso, lejos de fijarse en las imperfecciones, lo paseaba como si fuera la quintaesencia del estilismo. Idéntico entusiasmo exhibía Antonio, a quien habían comprado un sayo de recio cáñamo que, pese a quedarle inmenso, no albergaba chinches. Al menos, de momento.

Alonso lucía gallardo. El hambre y la pena le habían consumido tanto las carnes que ahora parecía más alto de lo que ya era. Su rostro también acusaba la tragedia sufrida. Las facciones habían perdido la redondez infantil y adquirido una marcada angulosidad que le confería un aire varonil tremendamente atractivo. El baño había devuelto a sus rizos, largos e indómitos como nunca, el brillo y los reflejos dorados; el hoyuelo que le asomaba en la mejilla al sonreír se distinguía mejor libre de churretes, y los ojos verdes habían reconquistado la alegría desvanecida, aunque no del todo porque, tras el auto de fe que lo dejó huérfano, las umbrías del dolor plantaron bandera en ellos y a menudo los nublaban.

Vestía un jubón de fino paño blanco y una ropilla de ante tostado de cuyos hombros emergían rígidos brahones que le realzaban el torso. Los calzones color chocolate eran de una tela tosca y bastante humilde que, sin embargo, ni un ápice mermaba la genuina hidalguía del joven. Las flamantes botas le llegaban a la rodilla y la badana impermeable de su fábrica resultaba idónea para vadear el río durante el verano.

Después de la siesta, los tres amigos recorrieron una vereda arbolada y, en los aledaños de la Puente Segoviana, se unieron al tropel de paisanos que abarrotaban la zona. Juan y Antonio empezaron a saltar fogatas riendo a carcajadas y empujándose el uno al otro. Alonso los observaba en la distancia. Odiaba las hogueras desde que la estampa de sus padres desintegrándose en las entrañas de una se le clavó en la memoria. De noche los veía en las pesadillas que le atormentaban sin tregua ni piedad, y de día no toleraba la imagen de ninguna lumbre. Cuando encaraba alguna, aunque fuera la cálida

de una chimenea, se sumía en un pavoroso delirio del que le costaba un mundo escapar.

Al oscurecer, los alrededores del Manzanares se convirtieron en un hervidero, y nunca mejor dicho porque, aparte de gente, había fuego por doquier. Incapaz de resistir tanta llama, roto de tristeza y abismado en la nostalgia de otras Noches de San Juan disfrutadas en familia, Alonso bordeó la ribera del río hasta llegar a una tranquila alameda. El lugar estaba desierto y la paz imperante consiguió serenarle. Olía a espliego y lavanda, solo el leve rumor del agua alteraba el silencio, y una enorme luna llena reinaba en el cielo.

Mientras él huía de sus miedos, Álvaro Soto de Armendía se disponía a enfrentarlos. No muy lejos de allí, aguardaba a Isabel apoyado en un olmo centenario. Tenía quince años, el pelo rubio como Mencía y los ojos del color de la miel. Cordial y risueño, pocas veces torcía el gesto, aunque aquella noche parecía ser una de esas «pocas veces» porque, cuando Isabel llegó y corrió a abrazarlo, la apartó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, segura ya de que algo no iba bien—. Apenas os dirigís a mí, intentáis eludir este encuentro, no acudís a la fiesta de mis padres y ahora me rechazáis. ¿A qué se debe tanto desapego? ¿Es que habéis dejado de amarme?

—Todavía no, pero espero curarme pronto de esa enfermedad —replicó Álvaro en tono glacial—. Carece de sentido entregar el corazón a quien no lo quiere.

—¿Qué tonterías estáis diciendo? Yo sí quiero vuestro corazón.

—¿También queréis el de Enrique Valcárcel? ¿Por eso os escolta en misa? ¿Por eso rozáis sus dedos simulando tomar agua bendita y luego os citáis con él en la capilla de la Soledad? ¿Por eso os reverencia en la procesión del Corpus y vos le correspondéis lanzándole flores? Confieso que vuestro empeño en reunirnos hoy me ha desconcertado. Me figuré que preferiríais pasar la romántica Noche de San Juan en su regazo.

—¿Cómo lo habéis averiguado? —farfulló Isabel, ruborizada—. Nadie lo sabe.

—Por suerte para vos. De lo contrario, tendríais que rendir cuentas ante mi padre, el vuestro y, muy en particular, ante mi hermano.

—No me habéis respondido: ¿cómo os habéis enterado?

—Porque una mañana me vencieron las ganas de veros y me personé en la Victoria, pero, al descubrir vuestros devaneos con el de Valcárcel, me abstuve de saludar. Y en lo relativo a las recíprocas deferencias que os dispensasteis durante la procesión del Corpus, quizá nadie las captó, excepto este pobre idiota que, incapaz de apartar los ojos de vos, quedó descabalado al sorprenderos cebando el galanteo de ese mequetrefe.

—Estáis equivocado y me duele mucho que dudéis de mí —musitó Isabel, afligida.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? ¿Acaso de vuestro comportamiento no se desprende que habéis mudado los afectos y que ya no los inspira un servidor?

—Os amo a vos y, además, con locura. Precisamente por eso he actuado así.

—¿Espoleáis la coba de Enrique Valcárcel porque me amáis a mí? —vaciló Álvaro, mitad aliviado al confirmar que Isabel no planeaba abandonarlo, mitad inquieto, pues temía sus desatinos cual nublado otoñal—. Aunque intuyo un desvarío de los vuestros y me aterra preguntar, supongo que no tengo opción, de manera que adelante. Contadme en qué os habéis enredado ahora.

La silla de manos de Isabel se hallaba a una distancia considerable. La joven siempre ordenaba a los silleteros detenerse antes de llegar al lugar previsto para que no identificasen a su romeo y luego cubría a pie el resto del trayecto. Arrellanada en el interior, una resignada Mencía sudaba a mares. Sin dejar de maldecir su insulso papel en aquella comedia de amores furtivos, intentaba aplacar el sofoco sacudiendo con brío un finísimo abanico veneciano. El calor exterior achicharraba al más friolero, pero dentro del habitáculo la temperatura era tal que, al final, abrió la portezuela y se apeó.

Enfrascados en una partida de naipes, los silleteros ni la miraron. Ella tampoco les prestó atención, tan subyugada quedó ante la insólita luna llena que prendía el cielo y derramaba rayos de plata sobre el lecho del Manzanares. Reacia a prescindir de la protección que le brindaban los criados, se propuso recrearse en la impresionante vista sin moverse de allí, pero, como los reiterados exabruptos de los hombres le estaban arruinando el deleite, se armó de valor y, embozada en el manto, empezó a caminar.

Contenta de calzar las zapatillas planas propias de una doncella soltera y sin compromiso, se internó en una vereda cuya frondosidad no habría podido atravesar encaramada a chapines o ponlevíes. Desembocó en una pequeña playa donde el río acariciaba la arena con suaves olas. Al contemplar el agua e imaginar su frescor, se le ocurrió una idea; era muy atrevida, pero no había un alma en derredor y nadie la sorprendería. Además, ella también tenía derecho a disfrutar de la Noche de San Juan.

Primero se despojó del manto, las zapatillas y las medias. Luego se subió la basquiña y el verdugado de debajo hasta que los aros de este se cerraron cual fuelle en torno a su cintura. Aunque únicamente los zaragüelles y una faldilla le cubrían las piernas, evitó pensar en lo indecoroso de su conducta e, indultándose a sí misma de todo amago censor, se mojó los pies. Tanto le agradó la sensación que emitió un sonoro suspiro de placer. En ese celestial instante se encontraba cuando recordó la sugerencia de Isabel: buscar en la superficie del Manzanares el semblante del caballero que la desposaría. ¿Y si su amiga estaba en lo cierto? ¿Y si averiguaba el aspecto de su futuro marido y se enamoraba de él? Decidida a probar suerte, clavó los ojos en el lecho del río.

Mientras, Álvaro desorbitaba los suyos.

—¿Qué habéis hecho qué? ¡Por mis barbas! ¿Os habéis desnortado?

—Nunca he estado tan cuerda —se defendió Isabel en actitud soberbia—. Me parece una manera muy inteligente de librarme de Beltrán.

—¿En serio creéis que jurando amor a Enrique os desembarazaréis de mi hermano?

—No le he jurado amor. Solo he aceptado que me pida en matrimonio.

—¿Y acceder a semejante cosa no es un voto de amor? ¿Qué merita entonces ese título? ¿Invitarlo a vuestros aposentos?

—Sobran las impertinencias, Álvaro. Intento luchar por nosotros. Es bastante más de lo que hacéis vos. Me habláis de un futuro juntos, pero pasan los días y continuáis de brazos cruzados.

—No arremetáis contra mí, porque no soy yo quien anda rondando a otra. Debisteis consultarme antes de actuar.

—De haberlo hecho, os habríais negado.

—¡Pues claro que me habría negado! —se enervó Álvaro—. ¿No comprendéis que, si Enrique fuera vuestro novio, ni podríamos vernos ni tendríamos el tiempo que nos proporciona el arresto de Beltrán para buscar una solución?

—Desligarme de él resultará muy sencillo. Mi padre es un devoto contumaz del honor y no tolerará que nada ni nadie mancille el de los Salazar. En cuanto le descubra involucrado en componendas licenciosas, lo denostará, y yo me encargaré de que lo sorprenda en alguna.

—¿Y cómo lo haréis? ¿Vais a disfrazaros de varón y pisarle el sayo hasta los antros que frecuenta? ¿O quizá os montaréis en el carruaje familiar y le diréis al cochero: «Seguid a mi prometido»? Considerando que el hombre a quien le pedís acosar es su próximo patrón y que, si le pillase, le cortaría el pescuezo, dudo que acate la orden.

—No menospreciéis mis técnicas de evasión, Álvaro. Me permiten acudir a nuestras citas y pocas veces me han fallado. Igual que sorteo el celo de mi padre para reunirme con vos, esquinaré el de Enrique para rastrearle la pista y atraparle en alguna flaqueza.

—Vuestras argucias funcionan porque Beltrán no está en Madrid. Pero Enrique sí. Puede vigilaros y os garantizo que lo hará como perro a rebaño.

—En ese caso, solicitaré a mis silleteros que le investiguen en mi lugar.

—¿Y con qué les pagaréis? —se mofó Álvaro—. ¿Con las limosnas de la iglesia?

—A cambio de una de esas limosnas que tanto despreciáis, hoy me han traído aquí.

—Ignoran la identidad del galán que os espera, Isabel. Si supieran que se trata de vuestro cuñado en ciernes, encarecerían su silencio de tal forma que no podríais asumirlo. Además, se conducirán de idéntico modo que el cochero. Rechazarán espiar al sucesor de la Casa Salazar y, a la sazón, su próximo jefe.

—Ya desobedecen al actual colaborando en mis paseos furtivos. ¿Por qué iban a temer a Enrique más que a mi padre?

—De acuerdo. Supongamos que os ayudan y lográis destapar las picardías de Enrique ante don Rodrigo. ¿Qué creéis que haría? ¿En serio le pensáis tan iluso de admitirlas?

—No, pero ¿qué importa? A mi padre le bastará mi palabra.

—¿Y si no le basta? ¿Y si desestima vuestras acusaciones? O peor: ¿y si no conseguís cazarlo en nada reprochable? ¿Os dais cuenta de que habríais de casaros con él?

—Como eso no va a pasar, ni me lo planteo —impugnó Isabel, que, aunque intentaba mostrarse categórica, su contundencia comenzaba a agrietarse.

—Pues deberíais porque existe un riesgo cierto de que pase —bramó Álvaro—. ¡Dios! Apenas soporto que mi hermano os despose, pero imaginaros a la vera de Enrique Valcárcel... Antes de permitir que os roce, lo mato. ¡Os juro que lo mato!

Consciente ahora de las peligrosas fisuras de su plan y amedrentada por la violenta reacción de Álvaro, Isabel rompió a llorar.

—Entonces, ¿qué proponéis? Yo no me resigno a separarme de vos y, como no intervengamos, justo eso acabará sucediendo.

Álvaro respiró hondo para tratar de serenarse y luego la abrazó.

—Si nos sinceramos con don Rodrigo, quizá consienta nuestra unión. Os adora y a mí también me quiere. Es mi padrino y siempre me ha profesado un afecto especial.

—Antepone la Casa Salazar a todo y a todos, incluidos nosotros dos. Se debe a ella, Álvaro. Atesora siglos de historia y, aunque yo la herede, mi esposo ostentará el gobierno. Solo aceptará al primogénito de un linaje célebre. Los Soto de Armendía están a la altura, pero vos no sois el primogénito.

—Si Beltrán continúa preso, el compromiso se rescindirá igualmente. No precipitemos los acontecimientos presentando otro candidato.

—Es nuestra única oportunidad. O la aprovechamos o la perderemos.

—Os estáis metiendo en la boca del lobo, Isabel —se resistió Álvaro con el gesto de quien empieza a claudicar—. ¿Y si Enrique se toma licencias románticas e insiste en llevarlas más allá del traje?

—No lo hará y, de intentarlo, sabré lidiarlo.

—Por su bien, así lo deseo. Como se propase siquiera un poco, ¡le parto el alma!

Alonso vagaba tan sumido en la melancolía que no reparó en una lujosa silla de manos hasta tropezar con ella. Confundido, oteó el alrededor en busca del dueño, pero solo encontró a los silleteros. Estos se hallaban concentrados en una partida de cartas y le ignoraron, así que reanudó la marcha.

Después de atravesar una vereda, recaló en una pequeña playa. Se disponía a cruzarla y seguir adelante cuando algo lo frenó en seco. ¿Desvariaba o había una mujer con las faldas levantadas en mitad del Manzanares? Se quitó el sombrero para ver mejor y, al confirmar que no se equivocaba, la curiosidad le animó a adentrarse en el río. Lo vadeó en completo silencio hasta colocarse detrás de la desconocida, pero esta, del todo ensimismada en el agua, ni se inmutó. Preguntándose qué le suscitaba tanto interés, Alonso se arrimó más a ella y se asomó por encima de su hombro.

Absorta en las novelescas expectativas que Isabel le había metido en la cabeza, Mencía no se percató de la presencia que tenía a la espalda. Aunque la lógica le aseguraba que, salvo pausadas ondas argentadas de luna, el transparente cauce no proyectaría nada ni, mucho menos, a nadie, la ilusión de que se obrara el milagro, o quizá el simple aburrimiento, la instaba a estudiarlo con hipnótica avidez. Su afán devino en conmoción cuando, de pronto, trazo a trazo, muy lentamente, la sutil marejada empezó a bosquejar un varón de atractivos rasgos y cabello rizado. Parpadeó desconcertada. Luego miró de nuevo el agua y, al comprobar que le devolvía la misma imagen, arqueó las cejas patidifusa. Aquellos ojos la observaban. Incluso percibió una chispa traviesa en ellos. Además, los labios sonreían y, para su mayor estupor, de repente, ¡hablaron!

—¿Esperáis que el santo Bautista emerja del fondo y os cristianice, señorita?

Mencía pegó un respingo y, presta a echar a correr, se giró. Situado justo detrás e igual de sobresaltado, Alonso abrió los brazos de manera instintiva para detener la embestida y, cuando la aterrorizada joven chocó contra su pecho, volvió a cerrarlos en un segundo acto reflejo. Ella alzó el rostro; él lo bajó, y ambos se perdieron en los ojos del otro. Así transcurrió un instante efímero pero mágico cual estrella fugaz. El suave ulular del viento les dedicó una melodía de amor, las olas los mecieron al ritmo de una danza tenue, casi etérea, y sus siluetas, oscuras y enlazadas, dibujaron un corazón en la luna llena

que, regia e imponente, se erguía tras ellos.

Pese a ser la primera en escapar de la ensoñación, a Mencía le costó un auténtico triunfo lograrlo. Gustosa habría prolongado el momento hasta el amanecer, pero el recato pronto amordazó sus anhelos y le exigió deshacer el abrazo. A regañadientes, se retiró. Al tiempo que trataba de ocultar cuán cautivada estaba, se acondicionó los mojados ropajes y emprendió viaje a la orilla esforzándose en adoptar un porte digno, objetivo que, dadas las circunstancias, se presentaba de complicada conquista. Sentía tal ridículo que, al no encontrar una forma plausible de capearlo, decidió disfrazar la humillación de enojo y defenderse atacando. Así, no bien pisó tierra firme, volteó el cuerpo y se envaró altanera.

—¿Estimáis cortés aproximaros a mi persona con el sigilo de una raposa y casi infartarme del susto?

Plantado en mitad del río, Alonso no respondió. Estaba encandilado contemplando aquella beldad rubia de deslumbrantes ojos azules que, pese a su destartalado aspecto, parecía un ángel caído del cielo. Cuando consiguió recuperarse de la impresión, salió del agua, se apoyó en el tronco de un roble y, sin articular palabra, continuó disfrutando del delicioso cuadro.

El inquisitivo examen azoró tanto a Mencía que se inspeccionó a sí misma y quedó petrificada al advertir su desaliño. La arrugada valona mostraba el pronunciado escote, algunos botones del jubón se habían desabrochado, y la basquiña estaba enredada en los aros del verdugado. Además, como había extraviado el garbín que encofraba su cabello, el recogido se había soltado y una cascada de dorados tirabuzones le alfombraba la espalda. Presa de la zozobra, quiso camuflar el desastre arrebozándose en el manto, pero, al no localizarlo, se centró en apañar la vestimenta. Para su desgracia, había demasiadas cosas pendientes de arreglar y, obcecada en acometerlas todas a la vez, inició un estrambótico baile de muecas y aspavientos que Alonso presenciaba la mar de entretenido.

—¿Se puede saber que miráis? —espetó ella, ruborizada—. ¿Dónde os habéis dejado la educación? Resulta de una grosería supina escrutar a una dama con esa desfachatez.

—Os ruego me dispenséis —se disculpó Alonso, rompiendo al fin su mutismo—. No es la desfachatez lo que me induce a miraros, sino un pequeño dilema. Intentaba discernir si sois un ángel fugado del

paraíso o la versión femenina del Mojigón. Aunque, al veros en el río bañada en rayos de luna, presumí lo primero, vuestro cabriolear me obliga a concluir lo segundo. Admito, no obstante, que sois la mojigona más bella que he tenido el placer de estrechar en mis brazos.

—Hemos colisionado porque, en un derroche de zafiedad inexcusable, estabais adherido a mí como el musgo a la piedra. Me parece bastante presuntuoso equiparar tan infausta tesitura a un estrechamiento de brazos. ¡Un momento! ¿Me habéis comparado con…? ¿Cómo os atrevéis a insultarme llamándome mojigona?

—No os he insultado. Me he limitado a describiros.

—Considerando que vuestras descripciones resultan ofensivas, sí lo habéis hecho. Además, son muy poco cómicas. Desde luego, Dios os obvió cuando repartió ingenio porque no tenéis ninguna gracia.

Un enorme desconcierto embargó a Alonso cuando una legión de mariposas le alborotó el estómago. ¿Qué significaba eso? Nunca antes había sentido algo así. Aquella muchacha le parecía preciosa y simpática, dos virtudes que, excepción hecha de su madre, jamás había atribuido a ninguna mujer. Con todo, el sarcástico comentario de la joven le divirtió tanto que no pudo evitar echarse a reír.

—Se me escapa qué os provoca tan buen humor —gruñó Mencía —. Después de irrumpir en mi espacio personal y dedicarme toda clase de irreverencias, deberíais manifestar desolación, no hilaridad.

Alonso apretó el sombrero que sostenía en la mano para obligarse a permanecer apoyado en el árbol. Aunque un impulso irresistible le empujaba a aproximarse a ella y expresarle un sentimiento bien distinto a desolación o hilaridad, la prudencia le decía que, lejos de acortar distancias, más le valdría ampliarlas y largarse. No acertaba a comprender lo que le estaba sucediendo, pero, fuera lo que fuese, lo intuía fuente de problemas y de esos ya tenía bastantes. Con todo, ni podía ni quería marchar, así que resolvió continuar junto a ella, aunque dando cumplida réplica a sus exabruptos, pues de ninguna manera permitiría que estos lo intimidasen.

—El río es de todos —arguyó en tono irónico—. Si no deseáis perturbaciones, os recomiendo suprimir los chapuzones durante la víspera de San Juan. Hay muchas probabilidades de que medio Madrid irrumpa en vuestro «espacio personal».

—¿Acaso veis a medio Madrid por aquí? —rebatió Mencía—. Porque yo solo veo a un impertinente empecinado en fastidiarme la

noche. Además, este «río de todos» que es el Manzanares ocupa una vasta superficie y no considero disparatado pretender disfrutar de un ínfimo recodo en privado.

—Lleváis tanto abalorio encima que ni un océano podría acoger vuestra privacidad.

—¡Qué delicadeza! ¡Mis más sinceros parabienes! En verdad gastáis una exquisitez pasmosa. ¿Siempre desplegáis ese incomparable caudal de refinamiento cuando os dirigís a una dama o soy la única privilegiada que recibe vuestras gentiles maneras?

—Reconozco que sois la única —contestó Alonso, acariciándola con la mirada—. Y también yo debo de serlo para vos. De lo contrario, vuestros denodados esfuerzos por cubriros habrían alcanzado los pies. Os agradezco el sensual favor que me brindáis.

Mencía se apresuró a verificar el dato para comprobar consternada que, en efecto, el verdugado se había enganchado en la faldilla interior y dejado expuestos sus pies desnudos. Eran una parte sumamente erótica de la anatomía femenina y exhibirlos entrañaba un gesto muy lascivo e incitador. De ahí que las mujeres nunca los enseñasen a nadie, excepto al esposo o amante y siempre en el decurso de una apasionada intimidad.

—¿Habéis reparado en mi despiste desde el principio y me avisáis ahora? —protestó mientras corría a calzarse las medias y las zapatillas.

—Os habéis demorado tanto en abandonar mi regazo que no me ha parecido un despiste, sino una sutil invitación. Pero calmaos. He quedado demasiado atrapado en vuestros lindos ojos como para prestar atención al detalle de los pies.

—¡Ni os he invitado a nada ni he tardado en apartarme de vos! Lo he hecho al instante.

—Admitid que ese «instante» no ha sido tan instantáneo como pretendéis —refutó Alonso con tal gracejo que habría derretido una montaña de hielo—. Incluso diría que os habéis separado a disgusto. Quizá otros lo considerarían indecente, pero a mí me halaga despertar vuestro interés y os garantizo que, de no haberos retirado, ahí continuaríamos. Es más: si me concedierais la dicha de regresar a mi regazo, procuraría manteneros en él por toda la eternidad.

Aquel descarnado reportaje de la verdad ofuscó a Mencía al punto de fabricarle una rabia cruel. Muy encorajinada consigo misma

por ser un libro abierto, afiló la lengua y disparó contra el que acababa de mondar la piel de sus emociones.

—¿Quién demontres os creéis para pontificar con esa petulancia? ¿El adonis del Manzanares? Pues lamento decepcionaros porque me he alejado de vos presta e impaciente, no me interesáis en absoluto y ni loca consentiré que volváis a tocarme.

La daga acertó de lleno en Alonso y, de inmediato, el globo de su carisma se desinfló. Las ganas de chanza también se desvanecieron dejando tras de sí colgajos de donaire que dibujaron en su rictus un consenso achantado.

—Opino lo mismo. Un ángel nunca se prendaría de este pobre diablo. Excusad mis patéticas vanaglorias. En mi defensa, alegaré que las ha causado el impacto de nuestro encuentro. Me confieso aturdido, señorita. Mi noche se presentaba sombría y esperaba pasarla entre tristes soledades, no junto a la muchacha más bonita de Madrid.

Mencía guardó silencio y aprovechó la tregua para observarle. Era muy alto, de planta esbelta y, no obstante su humilde atuendo, destilaba una elegancia innata. Gracias a la claridad del cielo, distinguió un semblante de marcadas facciones, el hoyuelo que le rotulaba la mejilla cuando sonreía y unos arrebatadores ojos verde esmeralda. ¿A quién pretendía engañar? ¡Claro que le interesaba! Le parecía extraordinariamente apuesto. Incluso podría enamorarse de él. Si es que no lo había hecho ya.

En ese momento Alonso se despegó del árbol y avanzó hacia ella. Estaba tan absorta en sus cavilaciones que el movimiento la pilló desprevenida y dio un paso atrás.

—Tranquila —dijo Alonso antes de doblar la rodilla en una respetuosa genuflexión—, solo quiero reverenciar a la dama que ha hechizado mis sentidos.

—No os tengo miedo —repuso Mencía con un mohín altivo—. Vos, en cambio, haríais bien en cuidaros de mi galán porque, como me ataquéis, saldréis muy malparado.

—¿Vuestro galán? —preguntó Alonso en tanto miraba en derredor convencido de que no existía tal—. ¿Y dónde para ese dechado de cortesía capaz de abandonaros en mitad del bosque y a merced de cualquier desalmado? No deberíais trasegar estos lares sin escolta. Os exponéis a sufrir un percance serio. En la víspera de San Juan ocurren múltiples desgracias y gravosas deshonras.

—¿Y qué haréis vos? —desafió Mencía—. ¿Desgraciarme o deshonrarme? Preparad el féretro si planeáis una cosa o la otra.

—Jamás dañaría a una mujer ni, mucho menos, la mancillaría, pero admito que me intriga averiguar ante quién he de aprestarme a morir —adujo Alonso mientras se acercaba a ella—. Si es a manos de vuestro misterioso compañero, prefiero marchar, que no me apetecen pleitos. En cambio, si la tarea de matarme os corresponde a vos, acepto encantado. Al fin y al cabo, ya me habéis herido de fatal suerte el corazón.

Ambos volvían a estar a un palmo de distancia. Mencía elevó la barbilla y lo miró, víctima de un embeleso que le impedía frenar el cortejo e imponer un poco de decencia. Alonso le rodeó la cintura y hundió el rostro en su cuello.

—Decidme algo, mi bella señorita: ¿de veras no deseáis regresar a mi regazo?

Mencía se estremeció. Nunca había vivido un romance y la sensación le parecía sublime. La proximidad de aquel guapo donjuán le encapotaba la lucidez y, aunque la razón la conminaba a reportarse, una fuerza ingobernable la inducía a dejarse llevar.

—No lograréis embaucarme —trató de resistirse—. Ni siquiera os conozco.

—Se me ocurre un muy placentero modo de solucionar ese pequeño inconveniente —sugirió Alonso para luego empezar a recorrerle la cara con los labios.

Mencía intentaba recobrar el juicio, pero no lo conseguía. Segura de que claudicaría si la perturbadora boca que ya rondaba la suya llegaba a puerto, en cuanto percibió la inminencia del momento, se aferró a un minúsculo quicio de cordura y se apartó.

—¡Deteneos de inmediato! ¿Y vos afirmáis que jamás mancillaríais a una mujer? Entonces, ¿cómo llamáis a lo que os proponéis hacer?

Alonso estaba atónito. ¿Qué demonios le pasaba? No se reconocía en aquel amapolo garambaina. Había lisonjeado a una extraña soltándole unas perogrulladas impropias de un tipo duro como él, la había abrazado, acariciado y, de haber podido, por el Divino Verbo que también la habría besado.

—Lo lamento —balbuceó aturullado—. Yo... no... no acostumbro a conducirme así. Disculpadme, os lo ruego. No comprendo lo que me

ha sucedido.

—Al punto os lo explico —ironizó Mencía, presa de una excitación que no le permitía respirar—. Habéis tratado de seducirme y yo me he apresurado a abortar vuestra osadía.

—Bueno, eso de que os habéis apresurado… —sonrió Alonso—. Me temo que de nuevo exageráis la velocidad de vuestras prisas.

—No seguiré escuchando las memeces de un mamarracho que se piensa rocío de mayo y solo es un asno arrogante. Os aconsejo reflexionar sobre vuestra forma de abordar a una dama. Resulta vulgar y, si no la pulís, os auguro una soltería perpetua.

—Quizá mi soltería no se alargue tanto. Os hallé escudriñando el agua, imagino que a la espera de divisar el reflejo de vuestro futuro esposo. Entonces aparecí yo. ¿No os indica nada esa maravillosa coincidencia?

—¡Mencía! ¡Mencía! —se oyó gritar a lo lejos a Isabel—. ¿Dónde te has metido?

—Mi bella señorita, nuestra entelequia ha concluido —se despidió Alonso—. Marcho feliz, pues mi ángel de luna llena ya tiene nombre; uno tan bonito como su dueña: Mencía. Rogaré a san Juan que este encuentro sea el prólogo de una hermosa historia de amor.

—¡Hermana! —chilló Álvaro—. Responded, por favor.

Tirando de toda su fuerza de voluntad, Mencía consiguió desanclar la mirada de aquellos cautivadores ojos y giró la cabeza. Cuando la volteó de nuevo, Alonso se había esfumado. Inmersa en una mezcla de añoranza e ilusión, se internó en la arboleda y, al poco, se topó con Álvaro e Isabel. Acongojada y al borde de las lágrimas, esta la abrazó.

—Estoy bien, querida —calmó Mencía—. Hacía un calor espantoso y salí a pasear.

—¿Sola por aquí y en unos festejos como estos? —la reprendió Álvaro—. ¿Sabéis la cantidad de desgracias que ocurren durante la víspera de San Juan?

—Muchas; y gravosas deshonras también —contestó con nostalgia—. Pero no me ha sucedido nada. Me he limitado a disfrutar la noche. Bella noche en verdad.

—Algo te habrá pasado cuando asomas desastrada y chorreando —apuntó Isabel.

—Quise refrescarme en el río, tropecé y me caí. Mañana te

contaré los pormenores. Ahora debemos regresar y pergeñar alguna excusa que justifique nuestra tardanza.

Oculto tras los matorrales, Alonso observaba a Isabel intrigado. Le resultaba familiar, pero no entendía el motivo, pues no la conocía. Además, al verla, un acto reflejo lo había impulsado a llevarse la mano al pecho para agarrar el relicario de plata que su madre le puso justo antes del arresto inquisitorial. Tenía una cerradura diminuta, adornos florales alrededor y un proverbio latino al dorso: *Non domo dominus, sed domino domus honestanda est*; la nobleza no reside en el apellido, sino en nuestros actos. Custodiaba dos mechones de cabello. Uno, rubio y liso, era de Margarita; el segundo, castaño oscuro y rizado, del aristócrata con quien esta mantuvo un idilio secreto antes de conocer a Sebastián y que fructificó en Alonso. Pero el muchacho no manejaba este dato. Pese a mediar un abismo entre sus rasgos y los de Sebastián, ni se imaginaba hijo de otro padre ni, mucho menos, miembro de un linaje blasonado.

Cada madrugada acariciaba el relicario hundido en el dolor de la orfandad y esa rutina le había grabado en la memoria los detalles de la joya. Aunque solo los exteriores, pues la había recibido cerrada y sin llave e ignoraba lo que ocultaba en el interior. Incontables veces se había planteado forzar la cerradura, pero, como temía dañar la pieza, acabó resignándose a permanecer en la inopia, lo cual le evitaba zozobras porque no le obligaba a enfrentar incógnitas muy inquietantes que, de momento, nadie le podía aclarar.

Lo escondía bajo las ropas y nunca se lo quitaba. Durante el arresto y también cuando la visitó en la cárcel, Margarita insistió en que se lo entregase a alguien, pero la falta de tiempo primero y de fuerzas después no permitieron a la mujer facilitarle ningún nombre. Así las cosas, Alonso había resuelto dejar correr el asunto, aunque lo cierto era que tras esa decisión latía una razón bien distinta. Percibía a su madre en aquel objeto y no deseaba renunciar a tan reconfortante sensación dándoselo a nadie.

Lo apretó contra su pecho absorto en la convulsión que le había provocado la imagen de Isabel. Concluyó que, en realidad, no se debía a ella, sino a la intensa experiencia vivida junto a Mencía. Cuando recordó a la joven, suspiró. Le costaría olvidarla, pero no le quedaba otra porque probablemente no volvería a verla. ¿O sí? ¿No le había dicho la monja de la Inclusa que perder a la gente de su pasado le

conduciría a la que integraría su futuro? ¡Claro! Mencía era una de esas personas. Sonrió esperanzado. El destino los cruzaría de nuevo y muchos más encuentros seguirían al que habían compartido bajo la mágica luna de San Juan.

10

VOLVER A NACER

A finales de junio, los calores arreciaron. El aire se secó, una densa nube de polvo envolvió Madrid y, como el frío ya no congelaba las inmundicias, ahora se pudrían, lo cual generaba un hedor que, si bien las encallecidas narices oriundas apenas notaban, las foráneas lo padecían hasta el vómito. Cierto que los vientos de la sierra del Guadarrama aligeraban las asfixiantes temperaturas, pero lo hacían tan de cuando en vez que los sofocos no dejaban de estragar el buen vivir y también el buen dormir, porque allí no había cristiano que lograse conciliar el sueño.

Con todo, la gente prefería las molestias propias de la época estival a los quebrantos invernales, pues, aunque agosto calcinase el cuerpo, enero lo mataba, y eso tenía peor solución. Además, durante los meses cálidos se sucedían cosas muy apetecibles. De un lado, las decenas de tenderetes levantados en casi cada esquina despachaban limonada, helados y agua de anís, de canela o de azahar. De otro lado, las alojerías ampliaban su horario comercial para favorecer el consumo de aloja, una refrescante mezcla de agua, miel y especias que arrasaba en los veranos de la Villa.

Pero no solo el mercado de bebedizos alegraba a los lugareños. Muchos más detalles lo hacían. El Manzanares ofrecía agradables chapuzones, los exuberantes árboles verdeaban el entorno, las flores lo aromatizaban, la siesta sentaba a gloria, la rúa también, la luna se demoraba en relegar al sol, las salidas se prolongaban, los idilios proliferaban, nacían ilusiones, morían aflicciones y, en general, todo el mundo andaba de mejor humor.

Alonso, Juan y Antonio recibieron el cambio estacional con el entusiasmo de quien de veras sufre el frío y, empeñados en sacarle el máximo partido, apenas pasaban tiempo en la covacha de Santa Isabel. Consagraban el día a picarear o chapotear en el río, y la noche,

a dormir bajo las estrellas. No obstante, desde los festejos de San Juan, Alonso había añadido una actividad nueva a su rutina diaria: localizar a Mencía.

Convencido de que la muchacha era de alcurnia, todas las tardes acudía a la rúa y examinaba los carruajes más lujosos, pero siempre se iba de vacío porque, si la colosal turba de paseantes que abarrotaba el itinerario ya complicaba en extremo las pesquisas, el arrebozado de las damas convertía la empresa en una triste vanidad.

Juan asistía patidifuso a la transformación de su amigo. Ahora le obsesionaba bañarse y, cuando se zambullía en el río, en lugar de divertirse como antes, se restregaba la piel hasta casi arrancársela. Después se acicalaba de una manera que no conocía precedentes y partía rumbo al Prado, donde se dedicaba a escrutar los vehículos con la avidez de un náufrago en busca de playa. Semejante actitud ya apestaba a romanza, pero la tarde en que lo sorprendió revolcándose entre los arbustos de lavanda que jalonaban la ribera del Manzanares lo confirmó. Tanta tontería tenía nombre de mujer.

Una mañana, tras dejar a Antonio limosneando en la Victoria, invitó a Alonso a un vino de los caros, gentileza de un tahonero de Vallecas que le propuso una partida de dados, apostó alto y la pifió. Compraron un cuartillo de Cazalla con torreznos en una tasca de la calle Tudescos y, así avituallados, llegaron a la plazuela de Santo Domingo. Se celebraba allí una almoneda que dos ilustres arruinados a causa de los vaivenes gubernativos habían organizado para subastar sus pertenencias. El aciago acontecer permitía al personal agenciarse valiosos enseres a precios irrisorios, razón por la cual el lugar estaba a rebosar y sumido en un bullicio ensordecedor. Sentados en el brocal de la fuente que presidía el recinto, Juan y Alonso charlaban animados mientras degustaban las viandas. Cuando Alonso comentó su intención de visitar un barbero, Juan estalló en carcajadas y tales bríos cobraron estas que, al final, se atragantó.

—No comprendo qué gracia le encontráis —rezongó Alonso, centrado en palmear la espalda de su medio ahogado amigo—. Pretendo adecentarme. ¿Tan cómico os parece?

—Extravagante, más bien —contestó Juan a trompicones, pues no lograba frenar ni el ataque de risa ni el de tos—. Los indigentes no nos adecentamos. La tarea de sobrevivir nos tiene demasiado ocupados.

—¡Valiente ansarada! Se puede ser pobre y a la vez limpio.

—Y para muestra un botón —señaló Juan, de nuevo desternillado—. Sois el pobre más limpio de Madrid. ¿Qué digo Madrid? ¡De todo el Imperio! De un tiempo acá, me recordáis a una flor. Oléis, os regáis y ahora queréis podaros como una. La palomita que os ha desmadejado el cerebro estará contenta. ¡Menuda metamorfosis, compadre!

—¿De qué habláis? —se ruborizó Alonso—. No existe ninguna palomita.

—¡Y una de abelarda! Lleváis meses apestando y nunca os ha molestado. En San Juan desaparecéis, reaparecéis transformado en un suspiro con piernas encalabrinado en atufar a lavanda y ¿nadie ha provocado la chifladura? ¿Me pensáis estúpido?

—Hasta decir basta, ciertamente —replicó Alonso—. Y, como no me apetece seguir escuchando sandeces, me largo a buscar un barbero.

—Pero ¿qué os vais a rasurar? —inquirió Juan mientras se acercaba a él y le escrutaba el rostro—. ¡Si apenas tenéis barba!

—¿Os importaría despegaros de mí? —lo apartó Alonso de un manotazo—. ¿He dicho yo la palabra «barba»? Quiero cortarme el pelo. ¿Venís conmigo o marcháis al infierno?

—Me tienta el del tridente —bromeó Juan—. Lo prefiero al baldragas amerengado en que os habéis convertido. No obstante, os acompañaré. Capaz sois de pedirle al barbero que os ponga lazos de colores en los rizos y ¡eso sí que no! El menda tiene un prestigio y he de preservarlo. Antes de irnos, dejadme comprar en la almoneda uno de esos palos terminados en cabeza de caballo con que juegan los infanzones de sangre azul. Antonio se la pasa trotando en un jamelgo imaginario y me gustaría materializar la montura. Miré en las covachuelas de San Felipe, pero las cabezas de allí están tan estropeadas y deformes que, en lugar de tiernos rocines, parecen demonios. Quizá aquí encuentre una postinera. El roto que le hice ayer al tahonero de Vallecas nos permite darle un capricho al canijo.

—¡Qué bonito! —jeringó Alonso—. Como no podéis cumplir el juramento de llevarle al edén de los caballos auténticos, lo arregláis a base de ejemplares falsos. Primero lo embaucasteis comprándole uno de madera y ahora le endilgáis un palo con crines.

—Solo quiero alegrarle el día, bocamuelle —refutó Juan, fastidiado—. Y aparcad ya la cantinela del paraíso equino, ¡caramba!

La mencionáis más que el interesado.

—A llorar a la iglesia, que a mí no me dais ninguna pena. Absteneos de prometer quimeras y no habréis de aguantar cantinelas.

—¡Qué ganas de avinagrarme la ilusión! —gruñó Juan según se levantaba y se dirigía a la almoneda—. Idos al barbero y que os acompañe vuestra lengua viperina. Yo marcho a comprar un caballo a mi amigo. Aunque inerte y absurdo, él sí sabrá apreciarlo.

—Prefiero que me acompañéis vos —concilió Alonso, afectuoso —. Además, debéis protegerme de mí mismo. Me seduce la idea de peinarme con cintas rojas y verdes.

—Planeaba invitaros esta noche a un festín, pero creo que restringiré el agasajo a Antonio —anunció Juan en actitud chinchorrera.

—¿Deseáis compartir mesa con un «baldragas encalabrinado en atufar a lavanda»? —contraatacó Alonso—. Cuidado, socio. Podríais terminar oliendo tan bien como yo.

—¡Ni de chanza! Os mantendré lejos de mí y solucionado. Entonces, ¿aceptáis?

—Gustoso lo hago. Busquemos el caballito. Aprovecharé para comprarme un jubón.

—¿Qué? ¡Pero si estrenasteis uno en San Juan! ¿Acaso los pobres, aparte de bañarse y perfumarse a diario, también renuevan ajuar cada semana?

—He crecido, cenutrio. Suele pasar a nuestra edad.

—Vos no crecéis. Acumuláis montañas en los pies. Entre los rizos y ese estiramiento de esqueleto que sufrís, parecéis una escoba.

—Pues esta escoba necesita un jubón. El que llevo huele a rayos.

—¿Y qué importa, por el amor de Dios? Nadie se muere de mal olor.

—¡Qué cansino resultáis! Vos hospedáis una legión de piojos en la cabeza que brincan a la mía en cuanto os arrimáis y yo no me quejo tanto. Os quiero igual.

—¿Os quiero? —se escandalizó Juan—. ¿Habéis dicho «os quiero»? ¡La Virgen nos ampare! Volved a soltarme esa mentecatada y, de una catorce en el gaznate, os mando al cielo. ¡No resisto vuestras pazguaterías de amembrillado ni un día más!

El resto de la jornada transcurrió envuelta en la excitación de la inminente pitanza. Al repique de las nueve campanadas, los tres

amigos llegaron al bodegón de Zacarías Gargallo. Se ubicaba en la calle de San Antón y, aunque tenía una clientela de humilde hacienda, nunca le escaseaba gracias al trío de ases que ofrecía: raciones abundantes, de calidad tolerable y a precios asumibles.

Un entusiasmado Antonio exhibía su caballito nuevo; Juan, el ufano gesto del anfitrión potentado, y Alonso, nada porque, pese a las tórridas temperaturas, ocultaba los recién cortados rizos bajo el sombrero e iba embozado en su sempiterna capa.

Primero pidieron sopa de capirotada, consistente en vetas superpuestas de torrijas de pan condimentado, lomo porcino, salchichas y perdices, huevos estrellados encima y queso fundido con ajo y azafrán. Después tomaron cazuela moxí, una especie de tortilla de berenjenas, queso, pan rallado y miel, y luego salpicón de vaca, un fiambre elaborado a base de carne picada, cebolla, ajo, sal, vinagre y pimienta. De postre degustaron ginebradas, unas tortas de hojaldre cuyos bordes se levantaban formando un cacillo donde se vertía leche cuajada. Regaron el banquete con vino de Arganda para los mayores, aloja para Antonio y, al final, compartieron un helado de chocolate.

Pletóricos y empachados, abandonaron el bodegón y se dirigieron a la Puente Segoviana prestos a dormir a orillas del Manzanares, pero, próximos a la Puerta del Sol, decidieron restituir sus haberes, depauperados tras los últimos dispendios, echando unos naipes en alguna de las muchas casas de apuestas que había por la zona.

Don Gonzalo Soto de Armendía entró en la mancebía Las Dolorosas y, al hallarla llena hasta las cruces, sonrió satisfecho. Era el más rentable de sus negocios, tanto que rivalizaba con los dos mejores prostíbulos de Madrid: Las Soleras y el de la calle Francos.

Tres motivos animaban a numerosos aristócratas a invertir en el mercado del amor. Primero, en pocos meses se triplicaba el desembolso inicial; segundo, actuaba de tapadera en la higienización de ingresos ilícitos, y tercero, permitía regalar los favores de alguna ninfa a inspectores, regidores, oidores o alcaldes a cambio de cerrar los ojos a componendas vidriosas o conceder prebendas administrativas.

Pese a tratarse de una actividad legal, los notables no aireaban su participación en este tipo de empresas, pues se movían en círculos

sociales donde la moral imperante no recomendaba admitir que se traficaba con la lujuria.

La mancebía de Las Dolorosas se emplazaba en la calle de la Primavera, apelativo idóneo para una costanilla refugio de incontables casas llenas de flores dispuestas a abrirse de pétalos si las regaban con monedas. Clemente Alguacil ejercía de «padre de mancebía», como aludía la normativa al gerente de todo local venusino. Su tarea consistía en alimentar a las señoritas, vestirlas, organizarles los turnos de trabajo, asignarles clientes, protegerlas de aquellos propensos a maltratarlas, procurarles atención sanitaria... En resumen, se ocupaba de gobernarlas y lo hacía, dicho sea de paso, impartiendo una disciplina más acorde a su apellido que a su nombre. También se encargaba de acreditar ante el juez que todas reunían los cinco requisitos exigidos para ejercer la prostitución: carecer de familia, tener una alcoba donde prestar los servicios, haber perdido la virginidad, ser mayor de doce años y de raza blanca, pues la ley no permitía ni a mulatas ni a negras profesar en la fe carnal.

No obstante, la realidad difería bastante de la apariencia porque, entre declarar que se observaba el precepto y hacerlo de veras, mediaba un trecho largo. Así, las disposiciones relativas a la falta de parentela, edad y alcoba individual se cumplían a rajatabla en Las Dolorosas. Lo de la virginidad y la raza era otro cantar. Ambas cualidades cotizaban al alza y, cuando concurrían en la misma afrodita, el coste de sus ternuras se disparaba. Los acaudalados ansiaban internarse en pieles exóticas nunca antes exploradas y, como podían asumir el exorbitante precio de aquellas fantasías, don Gonzalo encomendaba a Clemente captar vestales de tez morena y ofrecerlas bajo cuerda a los devotos de lo prohibido.

Aparte de administrar la mancebía, el fiel gerente también colaboraba en las intrigas contrabandistas del marqués y era el responsable de ocultar en el sótano el abultado fruto de estas durante el tiempo que el Abogado de las Causas Imposibles tardaba en blanquearlo.

Esa noche don Gonzalo visitó el establecimiento para inspeccionar el cargamento recién llegado de las Indias y dar a Clemente algunas directrices al respecto. Satisfechas las labores de supervisión e instrucción, hundió la mano en una de las arcas, extrajo un generoso puñado de monedas de oro, lo metió en una faltriquera e

introdujo esta en la landre de su capa, un bolsillo camuflado que se confeccionaba en los entresijos de ciertas prendas para esconder dinero u otros objetos de valor. No ignoraba cuán peligroso resultaba transitar la madrugada madrileña acarreando semejante suma, pero necesitaba efectivo y siempre evitaba ir a Las Dolorosas en pleno día. Mientras las incursiones nocturnas hablaban de apetitos pasionales, lo cual no le incomodaba, las diurnas sugerían intereses financieros, y esa clase de suspicacias sí le preocupaban. Nadie sabía que era el dueño del burdel y, considerando la estrecha vinculación de este con sus ilícitas expediciones indígenas, le convenía preservar el secreto.

Tras despedirse de Clemente, prendió la vela de una linterna y marchó a lomos de un magnífico bereber africano de pelaje negro, no sin antes abrir la vaina del tahalí para poder desenfundar la espada rápidamente en caso de atraco. No temía sufrir ninguno. Realizaba esas excursiones a menudo y nunca le había sucedido nada, pero el trayecto a su casa requería pasar cerca de la calle de la Greda, una angosta travesía siempre infestada de facinerosos donde no estaba de más extremar la prudencia.

De poco le sirvieron las cautelas en aquella ocasión porque, cuando cruzó la Carrera de San Jerónimo y se adentró en la calle de Cedaceros rumbo a la de Alcalá, dos caballos emergieron de las tinieblas y empezaron a perseguirle. Espoleó el suyo, pero entonces otros dos salieron del malhadado callejón de la Greda y lo interceptaron. Contuvo el aliento. Cuatro jinetes embozados acababan de acorralarle. Uno saltó al suelo, se sacó una daga del talabarte y se aproximó a él con una actitud que indicaba liderazgo sobre el resto.

—¡Desmontad!

—Fuera de mi camino. Soy hombre del rey. Atentad contra mí y tendréis problemas.

—He dicho que desmontéis —repitió el caco con voz cavernosa.

Consciente de que, como pisara tierra, le robarían el dineral que llevaba encima, don Gonzalo irguió el torso desafiante, pensando que así intimidaría al bandido. Se equivocó. Lejos de achantarse, aquel alarde de soberbia enervó tanto al tipo que se abalanzó sobre él y le clavó la daga en el muslo.

—¡Que desmontéis, hideputa!

La súbita arremetida lo pilló desprevenido y no logró esquivarla. Soltó un aullido de dolor y cayó del caballo. El otro lo desarmó y le

puso una espada en el cuello.

—Entregadme la bolsa —le exigió.

Don Gonzalo masculló una maldición al comprobar que le habían herido la pierna sana. La coja le impedía correr y la recién lisiada le restaría muchos puntos en una pelea. Pese a las exiguas posibilidades de superar el lance y hacerlo de una pieza, la rabia venció al miedo y no le dejó claudicar.

—¿Me creéis tan necio de ruar la noche con un morral al cinto?

—Os creo necio si esperáis que me trague esa floraina —le replicó el maleante para luego pinchar la punta del acero en su garganta hasta que un hilillo sanguinolento borboteó—. Entregadme la bolsa o hincaré la filosa del todo y ya no habré de insistir más.

Al notar el viscoso líquido surcándole la piel, don Gonzalo comprendió que aquellos desalmados no vacilarían en asesinarlo y, dado que la faltriquera poco le aprovecharía en el ataúd, la sacó y se la tendió al ladrón. A un gesto de este, otro de los hombres se situó tras el marqués y le colocó un cuchillo en el gaznate. Solo entonces el jefe de la banda depuso la espada, cogió la linterna de don Gonzalo, enfocó la elegante escarcela de finísima cabritilla y, al examinar el contenido, silbó alborozado.

—¡En verdad pecáis de necio! Si pasear la talega a hora de brujas es insensato, llevarla repleta de amarillos me parece de una idiotez mayúscula.

—Idiotez la vuestra porque, antes de gastar una sola de esas redondas, moriréis —se sulfuró don Gonzalo—. Tened por cierto que la Parca os ronda, desgraciado.

—Es a vos a quien acecha, amigo —sonrió el rufián con una displicencia insultante—. Y muy de cerca, además. Así que encomendaos a Dios. En breve le rendiréis cuentas.

Y, mirando al que mantenía la daga en el cuello de don Gonzalo, decretó el desenlace.

—¡Rebanadle el pescuezo! Si de veras frecuenta el Alcázar, debemos liquidarlo.

Alonso, Juan y Antonio abandonaron la casa de apuestas con las finanzas solventadas gracias a la extraordinaria habilidad de Alonso en el arte de la trampa. Comentaban entre carcajadas las geniales

fullerías de este cuando enfilaron la Carrera de San Jerónimo en dirección al Manzanares y, a la altura de la calle de Cedaceros, oyeron un grito. Interrumpieron en seco risas y tertulia. Tras apagar el humilde torzal que les alumbraba, se parapetaron en la esquina y, al asomarse, divisaron cuatro sujetos en torno a otro que yacía en el suelo. La virulencia de la escena trajo a la memoria del pequeño Antonio el crimen de Mateo y, como le ocurría desde entonces cada vez que enfrentaba un cuadro similar, palideció, desorbitó los ojos y comenzó a temblar.

—Vámonos, Alonso —susurró Juan en cuanto lo advirtió.

—No podemos irnos. Esos leviatanes pretenden apiolar a un pobre infeliz.

—Si atendemos al soberbio rocín que aguarda a su vera, no me lo barrunto ni pobre ni infeliz. Es un sangre azul y, antes de ayudar a nadie de su calaña, yo me corto las manos. Uno de ellos masacró a Mateo y provocó la quema de los Castro. Por mí, que los metan a todos en una conejera y llamen al lobo.

—Entonces, me encargaré yo —zanjó Alonso antes de arrebozarse en la capa, calarse el sombrero y rescatar un madero de una montaña de basura—. Cuidad de Antonio.

—Son cuatro y vos ni siquiera sabéis empuñar una tizona —insistió Juan con voz tenue—. Os van a fabricar un siete en las precordias. ¡Alonso! ¡Regresad!

Pero Alonso ya estaba dentro del callejón madero en ristre. Como no había luna, la única luz procedente de la linterna de don Gonzalo apenas alcanzaba un palmo, su negro atuendo lo mimetizaba con la penumbra reinante y él caminaba pegado a la pared, consiguió acercarse al grupo sin que ni víctima ni victimarios se percatasen. Agachado y sigiloso cual zorro al acecho de su presa, se apartó del muro, se instaló detrás del que ya se aprestaba a degollar a don Gonzalo y le propinó tal garrotazo en la sien que lo tumbó.

En cuanto sintió el cuello libre de yugos, don Gonzalo recuperó su espada y encaró a los demás, que al instante lo embistieron. Empezó así un combate en el que lo tenía todo en contra. Por muy veterano de guerra que fuera, un hombre solo, de cana avanzada, cojo de una pierna y herido en la otra no doblegaría a tres adversarios robustos, en plena forma física, acostumbrados a las escaramuzas, sin nada que perder y mucho que ganar. Pese a su evidente desventaja,

presentó batalla. Esquivaba mandobles, los asestaba y hasta se permitió alguna floritura. Pero tan encendidos bríos pronto se apagaron. Exhausto y bañado en sudor, hubo de asumir la cruda realidad: no volvería a ver el sol.

Alonso contemplaba su paulatino declive desesperado de impotencia. ¿Cómo podía socorrerlo? No tenía espada y, si se inmiscuía en la reyerta enarbolando un triste palo, lo eliminarían en un amén. Sin embargo, permanecer allí, acoquinado e inmóvil, tampoco era viable. El ilustre no tardaría en sucumbir y entonces irían a por él, de modo que una de dos: o se largaba o intervenía. Mientras calibraba los pros y los contras de cada opción, se fijó en el individuo al que había abatido y halló la respuesta al dilema en la daga que este todavía sostenía en la mano. Se apresuró a cogerla y ya entraba en la lid con ella armado cuando, de repente, alguien se la arrebató. Al girarse sorprendido, descubrió que un enfurruñado Juan agarraba el cuchillo por la hoja, lo lanzaba y, fiel a su infalible puntería, lo incrustaba en el corazón de uno de los facinerosos.

Alonso bizqueó maravillado y le palmeó el hombro para transmitirle su agradecimiento. Después se centró de nuevo en la contienda y notó alarmado que don Gonzalo estaba en el umbral de la rendición. Sin titubear ni un momento, blandió el mismo madero de antes y golpeó a otro de los villanos en la espinilla. El sujeto cayó de rodillas y, en cuanto lo tuvo así postrado, le atizó un estacazo en la nuca.

Derribados sus tres compañeros, el jefe de la banda se vio en minoría y decidió esfumarse. Buscó su caballo y, al no localizarlo, pues el alboroto había espantado a todos, excepto al bereber de don Gonzalo, se volteó presto a salir corriendo. Pero ni una zancada logró dar. Extraviado en la imagen de Mateo vomitando sangre, Antonio continuaba petrificado en mitad del callejón y provocó tan brusca colisión que ambos besaron el suelo. Mientras el rufián intentaba desenredarse del niño, un don Gonzalo en el límite de sus fuerzas lo abordó y le hundió la espada en el pecho.

Un abrumador silencio siguió al jaleo del conflicto. Los cuatro embozados yacían inertes en círculo, dos muertos y los otros dos inconscientes. De pronto, estos últimos comenzaron a espabilarse y, ni corto ni perezoso, don Gonzalo les cercenó la garganta. Luego registró las ropas del líder y recobró su faltriquera. Después se anudó un

pañuelo en el muslo herido para detener la hemorragia y se arregló la indumentaria. Fue entonces cuando se dirigió a su juvenil público, que observaba atónito tan frenética actividad.

—¿Quiénes sois? —les preguntó jadeante a causa del sofoco que lo ahogaba.

—Nadie de interés —eludió Alonso mientras se encasquetaba el sombrero hasta ocultar el semblante por completo.

—A mí me interesáis. Me habéis salvado de una muerte segura.

—Tal parece, pero os recomiendo economizar los parlamentos —aseveró Alonso—. Esa pierna sangra mucho y os urge un galeno. Marchad y llevad cuidado. Demasiado desaprensivo pulula por la Villa. Aunque hayáis esquinado a estos cuatro, otros podrían asomar y no se suele escapar de la guadaña dos veces en la misma luna. Con Dios, señor.

Juan lo escuchaba incapaz de asimilar que planease renunciar a una bonificación en pago de su heroico proceder. Como si le hubiera leído el pensamiento, don Gonzalo interceptó la partida del chico.

—¡Aguarda! Deseo compensar vuestro auxilio.

—No tenéis por qué. Es de buen cristiano ayudar al hermano.

—También es de bien parido ser agradecido —terció Juan en tono cínico al tiempo que fulminaba con la mirada a su amigo.

—Estoy de acuerdo —secundó don Gonzalo—. Os ofrecería dinero, pero me parece insuficiente.

—Pues a mí no se me ocurre mejor manera de premiarnos —rebatió Juan—. El metal mueve este caro y cruel mundo, caballero.

—Supongo que vivís al raso y me gustaría saber por qué —inquirió don Gonzalo sin hacer caso al comentario.

—Porque unos nacen de cara al cielo, y otros, de cara al infierno —intervino Alonso—. A nosotros nos ha tocado lo segundo.

Don Gonzalo lo estudió intrigado. Catalogar a Juan como el típico pícaro vagabundo le había llevado un pestañeo, pero Alonso le chirriaba en ese rango. Aunque apenas lo distinguía bajo la capa y el sombrero, rezumaba donaire y tenía un porte imponente que no casaba ni con su endrino aspecto ni, mucho menos, con un golfillo de fugaz presencia y pronto olvido. La forma de expresarse denotaba escuela; el intrépido socorro prestado, nobleza, y el desprecio a la recompensa, orgullo, mas no el del pobre, sino el de alguien a quien un día no le preocupó el dinero. Arrugó el ceño desconcertado. Nada

en aquel extraño doncel hablaba de lo que parecía ser y todo sugería lo que parecía no ser.

—Me figuro que tú naciste en el cielo y algún infortunio te transportó al infierno —insinuó en el ánimo de confirmar sus conjeturas—. ¿Me equivoco?

—Os equivocáis al pensar que acostumbramos a satisfacer la curiosidad de desconocidos —señaló Alonso con acritud.

—Si mis preguntas te han incomodado, excúsame. No ambiciono hurgar en vuestra intimidad. Solo intento averiguar si vivís en la indigencia porque me gustaría recompensaros sacándoos de ella. Os propongo trabajar en mi casa. Dispondréis de un techo acogedor, yantar diario y un jornal justo.

La inesperada oferta impactó sobre Alonso y Juan como piedra de catapulta. Ambos se miraron aturdidos.

—¿Qué me decís? —interpeló don Gonzalo, expectante—. En mi opinión, es una solución excelente.

—¿Os parece excelente retribuir nuestra ayuda poniéndonos a faenar en lugar de procurarnos guita que nos permita aplacar los envites del buche? —saltó Juan, muy nervioso ante la posibilidad de perder su preciada libertad.

—Me lo parece, porque con este dinero comeréis durante unas cuantas semanas, pero luego volveréis a penar hambre. En cambio, yo os ofrezco saciarla de manera indefinida. En cualquier caso, de continuar debatiendo, la pierna se me infectará. Pretendía compensaros abriéndoos las puertas de mi hogar, pero, si solo queréis que os abra el bolsillo, sea. Tomad la faltriquera y disfrutadla. Bien que la meritáis.

—¿Nos dispensáis unos instantes, caballero? —interrumpió Alonso, que había permanecido en silencio intentando discernir la mejor opción desde la perspectiva de Juan, de la suya propia y, en especial, de la de un niño huérfano e impedido como Antonio—. Mi amigo y yo precisamos hablar en privado.

—Adelante —accedió don Gonzalo—. No obstante, apremiad. Necesito un galeno.

—Hemos de aceptar, Juan —susurró Alonso cuando se hubieron alejado—. Es una magnífica oportunidad de abandonar la calle y agenciarnos un empleo honrado.

—No quiero ni lo uno ni lo otro.

—Eso pensáis ahora que el verano nos permite dormir en el exterior. Pero ¿qué sucederá cuando empiece a helar? ¿De veras os apetece vivir esperando el día en que el frío y el hambre nos derroten?

—Nos sobra maña para esquivar ambas cosas.

—Y también para crearnos apuros muy serios —apostilló Alonso —. Mirad, si no, esta noche. Hemos podido morir a manos de unos miserables.

—Porque sois un cabezota empecinado en meter el hocico en lo que no os concierne.

—Por lo que sea, pero ¿y si nos hubieran matado? ¿Y si alguien a quien hayamos floreado en los naipes o sisado la mochila lo consigue? ¿Cómo se apañaría Antonio? Hemos de facilitarle un cobijo que le ayude a sobrevivir sin nosotros. ¿Cuántas veces me habéis dicho: «Si no lo hacéis por vos, hacedlo por el canijo»? Pues aplicaos el cuento.

—No soporto la idea de perder mi libertad, Alonso —se resistió Juan.

—Es un trabajo, no una cárcel. Si no nos gusta, cogemos el portante y en paz.

Muy a su pesar, Juan comprendió que aquel arreglo aseguraría el futuro de Antonio y, como la felicidad del pequeño le importaba más que la suya propia, capituló.

—De acuerdo. Por el canijo lo que haga falta.

—¿Os decidís o qué? —acució don Gonzalo—. Al final, nos sorprenderá el alba.

Alonso y Juan regresaron junto al marqués. Como atraídos por un mismo imán, los ojos de ambos se clavaron en Antonio, quien, ajeno a la conversación, se lo estaba pasando en grande prodigando incesantes caricias al bereber de don Gonzalo.

—Trato hecho —contestó Alonso.

—¡Estupendo! Escoltadme ahora hasta mi casa. Así sabréis dónde queda. Mañana al mediodía personaos en el zaguán y preguntad por mí. Soy Gonzalo Soto de Armendía y Fresneda de Peralta, marqués de Velarde y conde de Valdemayor.

—¡Menuda retahíla! —farfulló Juan—. ¿Se puede ser marqués y conde a la vez?

—Se puede —rio don Gonzalo—. Acumulo más títulos, pero, si enumerase la lista completa, cantaría el gallo y aún no habría terminado. ¿Me permitís vuestros nombres?

—Alonso González de Armenteros para serviros.

—Yo me llamo Juan de la Calle, y el canijo, Antonio. No habla, tiene mermado el seso y, como veis, adora a los jamelgos.

—Un placer conoceros, muchachos, y que Dios os bendiga. Habéis arriesgado el pescuezo para salvar el mío y esa es prebenda que nunca hallará sequías en mi memoria.

Apoyado en Juan, don Gonzalo cojeó hasta el caballo y, no sin dificultad, logró montar. Luego indicó a Alonso que aupase a Antonio y lo instalase a su vera, demanda que el mentado satisfizo entre los entusiasmados aplausos del chiquillo.

Y así partieron los cuatro, cada uno abismado en muy dispares reflexiones. Alonso se preguntaba qué le deparaba ahora el destino; Juan caminaba convencido de estar cometiendo un craso error; Antonio iba abrazado al cuello del bereber, y don Gonzalo intentaba digerir lo sucedido. Esa noche había vuelto a nacer. Y no solo él. En cierto modo, los tres jóvenes también lo habían hecho porque, a partir de la mañana siguiente, sus vidas cambiarían para siempre.

11

GALOPINES Y PANIAGUADOS

A principios de junio, los Soto de Armendía se instalaban en su mansión de recreo para pasar los meses estivales. Estaba en la calle del Barquillo, una zona situada en los confines orientales de Madrid cuyos frondosos jardines y frescas brisas propiciaban una atmósfera menos opresiva que la reinante en el centro urbano. No se oía bullicio, sino el trino de los pájaros; la perpetua peste a excrementos e inmundicias trocaba en olor a flores y hierba recién cortada, y no se respiraba ni polvo ni caos; solo hálito de bosque y paz.

Tan bucólicas cualidades hacían del lugar un enclave muy del gusto aristócrata, pues, amén de relajantes paseos, también ofrecía extensas parcelas donde los opulentos poseían segundas residencias destinadas al asueto veraniego. Todas ellas circundaban el denominado «Prado de Madrid», surgido cuando el Prado Viejo, como el pueblo aludía al conjunto de los de Atocha y San Jerónimo, se conectó con el Prado Nuevo, título popular asignado al de Recoletos. Se habilitó así un bulevar festoneado de álamos, sauces, fuentes y bancos de descanso, provisto de veredas laterales que separaban vehículos de peatones y salpicado de puentecillos encargados de salvar los innumerables arroyuelos que surcaban el terreno. Una detrás de otra, se alzaban fastuosas mansiones rodeadas de jardines, ocultas tras paredones de altura uniforme por decreto consistorial y con la entrada ubicada en las costanillas adyacentes, disposición de elementos que daba a la avenida un aspecto peculiar: una alameda ocupaba la parte central, a un lado había bancales cuyo fondo regaba el arroyo Abroñigal, y en el opuesto, tapias hidalgas.

Cerca del Prado de Recoletos se extendía la calle del Barquillo, y muchos pudientes tenían allí sus casas de verano. La de los Soto de Armendía era de ladrillo, se elevaba sobre un zócalo de sillares de piedra y tenía el emblema de las casas nobles de Madrid: una

torrecilla rematada con chapitel de aguja.

Un zaguán dividía el edificio en dos franjas: la occidental y la oriental. La descripción de ambas encajaba en la misma frase, aunque, según se aludiera a una u otra, el orden de las palabras se alteraba. Así, mientras las huestes de aguadores, panaderos, carboneros, lavanderas, confiteros, alojeros, pasteleros, cereros y un sinfín de oficios más que hormigueaban por el oeste hablaban de trabajo sin descanso, el soberbio jardín que resplandecía allá donde nacía el sol sugería descanso sin trabajo.

Alonso, Juan y Antonio se personaron en el zaguán al mediodía. Vara en mano y con librea de seda verde, el custodio de la entrada arrugó la nariz en cuanto los vio.

—Don Gonzalo Soto de Armendía espera nuestra visita —anunció Alonso.

—¿Su ilustrísima espera la visita de tres desharrapados? —espetó el portero en actitud despectiva—. ¿Me piensas estúpido? Abandonad estos fueros de inmediato.

—Lo lamento, pero, siendo don Gonzalo quien nos ha citado, solo nos retiraremos si él nos lo requiere. Hacednos, pues, favor y gracia e informadle de que hemos llegado.

—Hacedme a mí favor y gracia regresando al muladar del que os habéis escapado.

—Suavizad los modales, maese —dijo Alonso mientras miraba al portero bajo el ala del sombrero—. Os hemos trasladado nuestra solicitud de una manera cortés y nos habéis replicado increpándonos sin causa. Así las cosas, ¿quién os parece ciudadano de muladar? ¿Nosotros, que gastamos ceremonias, o vos, que derrocháis grosería?

—¿Me estás llamando grosero, infeliz?

—En absoluto. Me he limitado a formular una pregunta. ¿Vuesa merced entiende la diferencia entre pregunta y afirmación? ¿O solo sabéis escupir destemplanzas?

—¡Cretino del demonio! —bramó el portero al tiempo que alzaba la vara—. Largo de aquí o vive mi credo que os santiguo las muelas.

—A mal naipe envidaréis como lo rocéis siquiera —intervino Juan, sacando la daga—. Atreveos y quizá sean vuestras muelas las que se conviertan en cuentas de rosario.

—¿Qué ocurre, Cornelio? —inquirió don Gonzalo, que, apoyado en dos bastones, había emergido del zaguán.

El portero pegó un respingo y, como movido por un resorte, se cuadró.

—Menudencias cotidianas, su ilustrísima. Estos menesterosos ya marchan.

—No son menesterosos, sino personas de mi total confianza —corrigió don Gonzalo, enojado—. Ayer ordené al vigía nocturno que te advirtiese de su llegada para que me la comunicases en el acto y, en lugar de proceder conforme a lo estipulado, te encuentro polemizando con ellos. ¿Quién me ha desobedecido, entonces? ¿El vigía nocturno, porque no te avisó de mi decreto, o tú, porque, pese a conocerlo, no lo has acatado?

—Culpadme a mí —mintió Cornelio, reacio a delatar el despiste del otro cancerbero—. El compañero me lo comentó, pero, como su señoría no frecuenta sociedades tan desacordes a vuestra excelencia, desestimé la crónica.

—¿Y en qué momento se te ha otorgado venia para opinar sobre mis amistades y ofenderlas de semejante modo? —rugió don Gonzalo.

Pálido e incapaz de ofrecer una explicación plausible, Cornelio guardó silencio. Ya intuía la reanudación del rapapolvo cuando un lacayo salió del zaguán llevando de las riendas al bereber del marqués. Ajeno a la tensión reinante, Antonio corrió a abrazar al animal, el cual lo reconoció y respondió con alegres relinchos. Mediante señas, el niño pidió que lo subieran a lomos de su nuevo amigo como la víspera.

—Ahora no, pillastre —sonrió don Gonzalo—. Primero he de acomodaros.

El pasmo de Cornelio ante aquel insólito despliegue de obsequiosidad se transformó en desazón cuando don Gonzalo se dirigió a él y le habló en tono agrio.

—La próxima vez que organices una refriega de este cariz, te despediré y luego me encargaré de describir tu singular forma de atender visitas a cualquier incauto con planes de contratarte. Cuida de mi rocín mientras gestiono el aposentamiento de los chicos. Y procura desmayar las tonterías o te arrepentirás.

Después miró al criado que sostenía las riendas del caballo.

—Lisardo, guía a estos jóvenes a la sala de cumplimiento y dile al licenciado Cisneros que comparezca allí de inmediato. Muchachos, acompañad a mi lacayo. Yo iré en breve.

Tras dedicar una última mueca furibunda al pobre Cornelio, desapareció en el interior del zaguán. Al instante, el amedrentado portero dejó pasar a Alonso, Juan y Antonio, que, bastante intimidados también, se apresuraron a seguir al tal Lisardo.

El zaguán era una elegante galería revestida con azulejos policromados cuya holgada anchura permitía el avance de un carruaje hasta el extremo opuesto, donde un portalón se abría a un enorme patio que llevaba a las cocheras y a las caballerizas. Dos puertas muy dispares entre sí horadaban los muros laterales del zaguán. La de la izquierda consistía en una humilde tronera y conducía al área de servicio; la situada a la derecha era de nogal labrado y daba acceso a la zona señorial.

Lisardo franqueó esta última y entró en un opulento distribuidor. Tenía por techo una impresionante cúpula de cristal a través de la cual se veía el cielo, y el pavimento, adoquinado en mármol ajedrezado, reverberaba bajo el sol que se colaba por el vidrio de la transparente bóveda. Pese a la sofocante temperatura exterior, el lugar estaba fresco y sumido en un agradable aroma primaveral. El frescor procedía de la fuentecilla que se alzaba en el centro, y del perfume se ocupaban varios jarrones instalados sobre pilastras de alabastro negro. Todos rebosaban tulipanes holandeses, las flores más caras del mercado y símbolo de un gran poderío, pues un simple bulbo se vendía a precio de oro.

Lisardo cruzó la pieza y condujo a su maravillada comparsa hasta un gabinete donde tampoco hacía calor gracias a los guadamecíes de las paredes, la mayoría representativos de escenas pastoriles. Un juego de jamugas y fraileros rodeaban un bufetillo de caoba taraceada, y tres pebeteros sahumaban algalia. En las esquinas había velones de plata, aunque estaban apagados porque las cortinas de dos balcones se hallaban descorridas. A través de los cristales se divisaba un encantador jardín con flores, fuentes y hasta un estanque.

—¡Por las esparteñas de mis difuntos! —exclamó Juan cuando el lacayo se retiró después de decirles que el licenciado Cisneros no tardaría—. ¿Esto es una casa o la hemos espichado y nos han traído al paraíso?

—Es una casa y nos han traído a la sala de cumplimiento —repuso Alonso igual de fascinado mientras cogía la mano de Antonio, que miraba en derredor también perplejo—. Aunque dudo que en el

paraíso haya tanta riqueza.

—¡Qué primor de muebles! —silbó Juan, acariciando una papelera de ébano y marfil—. Este debe valer más que la guerra de Flandes.

—¡No toquéis nada! Solo nos faltaba que rompierais algo y nos echasen.

—Ojalá el cielo nos diera tan buen suceso. ¡Esta choza apesta a cuartos! Pongamos pies al viento, Alonso. Nosotros no pintamos un carajo en un sitio así.

—Ya lo hemos discutido. Pensé que estábamos de acuerdo.

—Y lo estamos, pero…

Calló cuando entraron don Gonzalo y otro hombre de cuerpo grande, cabeza pequeña, expresión grave, ropajes negros e impoluta golilla blanca. Don Gonzalo tomó la palabra.

—Os presento al licenciado Francisco Cisneros, mayordomo mayor de la casa y responsable de todo lo que a su gobierno concierne, incluido lo relativo al personal doméstico. Después de mí, ostenta la máxima autoridad. En consecuencia, le rendiréis los respetos que su rango merita. Licenciado, ellos son Alonso González de Armenteros y Juan de la Calle. El niño se llama Antonio y no puede hablar.

—Un placer, caballeros —saludó el aludido en ademán circunspecto.

—Ahora habréis de disculparme, pero me han requerido en el Alcázar y ando apurado —se excusó don Gonzalo—. Cisneros, indicadles sus obligaciones, salario y cualquier otra cuestión que necesiten conocer. Os ruego les dispenséis una amabilidad proporcional a la honda estima que les profeso. Quiero que se sientan a gusto y a vos atribuiré el triunfo o fracaso de ese objetivo.

—Marchad tranquilo. Actuaré con el celo que dictamináis.

—Agradecido. Muchachos, bienvenidos a mi hogar, desde hoy también el vuestro.

—Perfecto —dijo Cisneros cuando don Gonzalo abandonó la estancia—. Sabed que su ilustrísima no se ocupa de asuntos tan pedestres como la selección de los criados ni, mucho menos, los recibe en persona, en la sala de cumplimiento y prodigando este surtido de gentilezas. Espero, pues, que apreciéis la solícita atención que os ha brindado porque tamaña deferencia al vulgo resulta excepcional.

—Igual de excepcional resulta que el vulgo salve la pelleja de su ilustrísima —matizó Juan en tono mordaz.

—Mesura los humos, jovencito. Según me refieren, te has enzarzado con el portero e incluso has osado empuñar una daga. Te comunico que, sean cuales sean las simpatías de su ilustrísima hacia vosotros, no toleraré ese tipo de baladronadas ni tampoco sarcasmos similares al que acabas de proferir.

—Entonces, enfadaréis a su ilustrísima —rebatió Juan con una sonrisita altanera—. Os ha ordenado colmarnos de almíbar y, lejos de hacerlo, destiláis vinagre. Cuidado, maese. De advertir al capitán del barco que no nos place ni su nave ni el timonel, os meteríais en problemas.

—Como no embrides las impertinencias, el único que enfrentará problemas eres tú. Me han exigido amabilidad, no indolencia en el desempeño de mis funciones. Y, primando entre ellas la disciplina, disciplina impartiré; con afecto, pero también con firmeza, pues no andan en liza ambas diligencias. Don Gonzalo ha recompensado vuestra ayuda sacándoos de la indigencia. A partir de ahí, considerad la deuda saldada. Ahora os corresponde trabajar y obedecer. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor —claudicó Juan, muy arrepentido de haber emprendido una aventura que, ya desde sus albores, asomaba en extremo desventurada.

—Seréis peones rasos y realizaréis las labores que se os demanden —apuntó Cisneros—. Todos los oficios de la casa podrán reclamaros de día o de noche. Quedáis bajo la jurisdicción de mi persona, del camarero de su ilustrísima, del maestresala y del capellán. Colaboraréis en las tareas de los jefes de despensa, botillería, repostería, cerería, caballerizas, cocinas y lavandería. Cada uno tiene sus respectivos asistentes, quienes, al igual que el resto, están legitimados para requeriros en cualquier momento. Solo los esclavos ostentan una jerarquía inferior a la vuestra. Ahora mandaré que os entreguen una indumentaria apropiada.

—No será necesario —rechazó Alonso, que, reacio a prescindir de su lóbrego ajuar, se caló el sombrero para evidenciarlo—. Nuestras telas cumplen bien.

—En primer lugar, descúbrete la cabeza. No gusto de hablar con gente sin cara.

A regañadientes, Alonso obedeció. Emergió entonces una cascada de rizos limpios y brillantes, feliz secuela de los chapuzones en el Manzanares.

—Mucho mejor —ponderó Cisneros, satisfecho—. En segundo lugar, reitero lo dicho: guardarás esas ropas y te pondrás las que yo te dé. Los empleados de esta casa representan al insigne linaje de los Soto de Armendía y no consentiré que lo abochornes portando esos mimbres de tragaalmas.

—No trago almas, pero tampoco sapos —se revolvió Alonso, tocado en su amor propio—. Y la imposición de uniforme es un sapo que no me pienso trag...

—En tercer lugar —cortó Cisneros de manera contundente—, y esto va por los dos, tragaréis los sapos que se os ordene tragar y lo haréis la mar de contentos, pues así debéis sentiros sirviendo a uno de los blasones más conspicuos del Reino. ¿Comprendido?

—Sí, señor —musitaron Alonso y Juan, achantados.

—Sentadas las bases de vuestra condición, sigamos. Viviréis como paniaguados y...

—¿Paniaguados? —interrumpió Juan—. ¿Acaso nos tendréis a pan y agua?

—Nada de eso. Así se denominan los criados que residen en la casa donde faenan. Os domiciliaréis aquí y los tres compartiréis aposento. Está en el desván, único espacio que, junto con el área de servicio, pisaréis. Excepto mandato expreso de algún jefe de oficio, bajo ningún concepto accederéis a la zona noble ni os dirigiréis a los miembros de la familia, salvo que ellos lo hagan primero. Recibiréis doscientos maravedís mensuales, tres raciones diarias de pan, vino y carne, camastro individual, una manta, un arcón, un candil de garabato y un brasero. ¿Alguna pregunta?

Alonso y Juan negaron, aunque más animados ya. Cierto que el jornal no los sacaría de pobres, pero, al menos, disfrutarían de comida decente y de una habitación cálida.

—De acuerdo, pues —concluyó Cisneros—. Empezaréis asistiendo a don Angelo Baldani, jefe de cocinas. Ahora iremos allí y os lo presentaré. Él os asignará vuestras tareas más inmediatas. Acompañadme, por favor.

Tras regresar al zaguán, franqueó la tronera de enfrente y los guio a través de un estrecho pasillo abovedado que moría en las

cocinas, un complejo de gigantescas dimensiones compuesto de numerosas dependencias accesorias que operaban en torno a una principal. Tenía esta el techo muy alto y artesonado con alfarjías de olivo. Aunque el suelo era de canto rodado, los rincones lucían embarrados porque los albañales, responsables de acopiar el agua sucia y evacuarla al exterior, parecían atascados. El sol inundaba la pieza gracias a una ventana enrejada que la abría a la calle. Junto a ella se erigía una mesa provista de utensilios para elaborar pan. Un mancebo trabajaba una pella con las manos metidas en la artesa y los bríos de quien caza mariposas, embobado como estaba mirando a una doncella de la mansión vecina que solía pasar por delante del postigo y siempre le lanzaba besos furtivos. Una oronda mujer embutida en un sayo pardo entró desde el patio y, al reparar en las tristes mañas del risueño tahonero, le asestó un capón.

—¿Te piensas amasando las curvas de esa haragana? La hora del almuerzo en ciernes, el pan sin hacer y tú de galanteos. ¡Apremia o de un sartenazo te apago los ardores!

Ruborizado, el chico se enfrascó en la faena y, al poco, cinco hogazas aguardaban una expedición al horno, situado en uno de los anejos del lugar.

Al lado de la ventana, una puerta de doble hoja sufría un caótico embotellamiento de gente que entraba, salía, se empujaba e intercambiaba gritos, algunos de saludo y la mayoría de imprecación. Acarreando cestas repletas de carne, pescado, fruta, verdura, harina, huevos, legumbres, encurtidos, nieve, leche, azúcar, aceite, vino, leña, carbón, velas y un infinito etcétera, todos se aproximaban a una báscula para mostrar sus capachos a dos hombres allí apostados. Eran el veedor y el escribano de raciones, oficios esenciales en una casa de alcurnia encargados el uno de pesar los alimentos e inspeccionar su calidad, y el otro, de anotar en un libro los productos adquiridos y el importe abonado. Después de pesar el contenido de las cestas, el veedor lo examinaba, invariablemente tildaba el género de «indigno de su ilustrísima» y luego exigía un descuento. Si el proveedor se negaba, lo echaba alegando que buscaría uno «menos aficionado a timar al personal» y, si transigía, ordenaba al escribano registrar la recepción de la mercancía y el precio final.

Una segunda puerta comunicaba con un patio en cuyo centro se alzaba un pozo y, junto a él, una muela donde afilar cuchillos. En

aquel punto concreto, el jefe de despensa recibía las cestas que el veedor admitía mientras sus ayudantes las trasladaban a los diferentes almacenes que agujereaban los muros perimetrales del recinto.

Presidía la estancia una mesa alargada rodeada de sillas y taburetes. Sobre el madero descansaban humeantes fuentes que en breve recogerían los lacayos responsables de llevar el condumio a los patrones. El menú consistía en sopa a la lombarda, potaje de lebrada, riñonada de carnero, torreznos al vino, besugo asado, perdices escabechadas y pastelillos de ternera. De postre había sandía, queso, aceitunas, suplicaciones, artaletes de manjar blanco, buñuelos de nata, hojaldres y empanadillas de cuajada.

Semejante festín hipnotizó tanto a Alonso, Juan y Antonio que los tres dejaron de prestar atención al trajín reinante para devorar cada plato con los ojos. El espectáculo terminó cuando un criado empezó a tapar las fuentes y luego les puso un candado. Alonso recordó haber leído que en las casas principales la comida viajaba a la sala de destino bajo cerrojo para evitar que en el trayecto los porteadores la engulleran o envenenasen. Lo arrancó de sus conjeturas la aparición de un hombre de mediana estatura, formidable barriga, atuendo gris, gesto angustiado y un aire autoritario que lo delataba como jefe de aquella locura. En cuanto el recién llegado vio a Cisneros, que permanecía estacionado en una esquina junto a los muchachos, se acercó a él.

—*Mio caro* don Francesco, esto es un desastre —protestó en un castellano italianizado—. Los *spagnoli* miran mucho y trabajan poco.

Se fijó entonces en un adolescente que acababa de asomar con dos melones en el regazo y aspaventó iracundo.

—*Santa Madonna!* ¿Por qué has comprado eso? Te mandé a por pichones.

—Me pedisteis melones. ¿Cómo se dice «pichón» en vuestro extravagante verbo? Os pasáis el día escupiendo palabras raras y el menda no comprende nada.

—¡Pedí dos pichones y te llamé *testa di melone* porque tal eres, mamarracho! —tronó el cocinero en tanto agarraba una escoba y arremetía contra el mozo—. O me traes dos pichones o te escalfaré en agua hirviendo. ¿Entiendes ahora mi extravagante verbo?

El zagal a duras penas pudo esquivar los escobazos, pues el incesante trasiego de gente entrando y saliendo casi no le permitía

moverse. Al final, logró huir, aunque no sin haber recibido una buena tunda.

—*Ilcaos,don Francesco!* —bufó el cocinero cuando regresó junto a Cisneros y su escolta, la cual contemplaba la escena temerosa de lo que le deparaba el futuro—. ¡Los españoles siempre tienen respuesta *per tutto!* ¡Cuánto extraño *lamia* amada *Venezia!*

—Señor Baldani, os presento a Alonso, Juan y Antonio, tres peones rasos que se incorporan hoy a instancia directa de su ilustrísima —anunció Cisneros, indiferente a los lamentos del otro—. Aunque están a disposición de todos los oficios de la casa, se estrenarán como galopines de cocina bajo vuestra jurisdicción.

—¡Tres asistentes nuevos a la vez! —celebró don Angelo con una sonrisa radiante—. Mil gracias por tan valioso regalo, don Francesco. Bienvenidos a mi reino, *ragazzi.*

—Pernoctarán en el desván en régimen de paniaguados —estipuló Cisneros—. Marcho ahora a diligenciar el arreglo de su habitación. Muchachos, os dejo al cuidado de don Angelo. Os deseo un feliz principio.

—*Molto bene!* —suspiró el señor Baldani cuando el licenciado desapareció—. Os iniciaréis con un cometido sencillo. Desplumad las perdices de esta banasta.

En ese momento un lacayo le comunicó que los patrones habían pedido el almuerzo y, en el acto, se olvidó de ellos para comenzar a organizar el transporte de los platos entre chillidos histéricos y escobazos. Alonso, Juan y Antonio clavaron una mirada hambrienta en una bandeja de pastelillos de ternera que aún no tenía ni tapa ni candado.

—No penéis —les susurró un esclavo de piel oscura—. Los amos son de apetito frugal y parte de esta pitanza retornará intacta para gloria de nuestras muelas. ¡Alegrad esas caras! Aquí doblaréis la raspa hasta la extenuación, pero os tratarán bien y cataréis gollerías de emperador.

—¿Qué hacéis ahí de cháchara? —les gritó el señor Baldani—. *Andiamo, andiamo!* No perdáis el tiempo y a trabajar.

El corrillo se dispersó al instante. El esclavo salió al patio y los flamantes galopines se sentaron alrededor de un odre repleto de perdices. Aunque aturdidos ante el repentino vuelco de sus vidas y asustados por el colérico carácter del italiano, les bastó imaginar las

exquisiteces que pronto degustarían para vencer el miedo y vestirlo de ilusión.

12

EL PARAÍSO DE LOS CABALLOS

Alonso, Juan y Antonio se sumieron en una rutina en verdad rutinaria, pues se reducía a faenar y dormir. Ni siquiera las tareas variaban porque, pese a estar a disposición de cualquier oficio de la casa, el señor Baldani los acaparó de tal forma que nadie osaba reclamarlos.

A la vera del italiano, el mundo de los muchachos menguó. Pasaron de vivir en la calle a no pisarla; de mirar el cielo en el espejo del Manzanares a verlo reflejado en los charcos del patio; de contemplar las puestas de sol desde los cerros del Molino Quemado a evocarlas, y de respirar el aire serrano a añorarlo. Madrid desapareció del horizonte, dejando tras de sí recuerdos de libertad y tres recintos de una mansión: la cocina, el patio y un cuarto en el desván. Con todo, no era una prisión pequeña. Cierto que el cuarto no destacaba en tamaño, pero la cocina y el patio ocupaban la planta baja del ala oeste al completo, un formidable perímetro digno de mapa y brújula.

Los pisos superiores se alcanzaban mediante dos escaleras. Una estaba en la cocina, llevaba a la zona noble y solo podía utilizarla el personal habilitado; la segunda se encontraba en el patio y tenía un tramo ascendente que conducía directamente al desván. El trecho que bajaba concluía en una cueva de piedra donde se conservaban tinajas de aceite, productos de matanza, jamones, piezas de carne, aves, encurtidos, quesos, sebo para velas y demás género necesitado de temperatura fresca. Un mueble similar a un panal albergaba botellas de diferentes tipos de vinos, todos carísimos. También se apilaban cajas de cerveza, un bebedizo fermentado con cereales no muy del gusto popular, pero bastante consumido en los círculos exclusivos.

Aparte de la escalera, el patio alojaba dependencias accesorias. Tres de las cuatro paredes que lo acotaban acogían el granero, la despensa, el gallinero, la leñera, la carbonería y la lavandería. La cuarta consistía en un portalón que brindaba paso a las cocheras y a

un sitio de enorme interés para Antonio: las caballerizas.

Las descubrió al día siguiente de llegar allí. El señor Baldani lo envió a la despensa en busca de un costal de harina e iba a cumplir el mandado cuando el portalón se abrió y de él emergió un lacayo que sostenía las riendas de una bella jaca burgalesa. Fascinado, intentó acercarse al animal, pero el lacayo enfiló hacia el zaguán a tal velocidad que no pudo. Aprovechó entonces que el portalón había quedado entornado y lo franqueó expectante porque un pálpito le decía que, cruzado el umbral, se toparía con más caballos.

Recaló en una planicie empedrada donde se alzaba una nave de madera, muy larga, de techo abovedado y abierta en sus dos extremos. El que tenía delante daba al área de servicio, y el opuesto, a una suerte de recinto deportivo que los Soto de Armendía usaban para practicar equitación, realizar ejercicios de adiestramiento militar o actividades del estilo.

La nave no tenía ni ventanas ni luz artificial, circunstancias ambas que sumían el interior en una intensa penumbra. Temeroso de rebasar el umbral, Antonio lo escudriñó desde fuera, pero, como solo distinguió un abismo negro, la curiosidad venció al miedo y decidió avanzar. Al cabo de escasos pasos, sus ojos se acostumbraron a las tinieblas y empezaron a captar una vista maravillosa.

Alineadas a diestra y siniestra, unas cincuenta cabinas cobijaban la colección de caballos que tanto enorgullecía a don Gonzalo. Y no carecían sus ínfulas de fundamento porque en cada uno de los ejemplares concurrían las tres ces siempre presentes en unas caballerizas de blasón hidalgo: codiciados, complicados de conseguir y caros; muy caros.

Antonio anduvo por la galería cabeceando de derecha a izquierda. Totalmente hipnotizado, suspiró. Al fin Juan había cumplido su promesa y lo había traído al Paraíso de los Caballos, el único lugar de la tierra donde el llanto no existía. De repente, el bereber africano lo reconoció y relinchó a modo de saludo. Antonio entró en su garita con el semblante arrobado de puro embeleso y se abrazó al cuello del animal tan extasiado que olvidó el encargo del señor Baldani.

Cuando, un buen rato después, este amenazó con descuartizar «al *bambino*» por haber ido al «quinto *inferno*» a coger un saco de harina, Juan y Alonso empezaron a buscarlo. Tras batir en balde todos los

almacenes, probaron a cruzar el portalón y alcanzaron las caballerizas. Y allí lo encontraron, dormido en el regazo del bereber, que a su vez se había recostado para guarecerlo.

—¡Antonio! —lo sacudió Juan—. ¿Qué haces aquí planchando la oreja? Si te trinca el veneciano, te descrisma de un escobazo.

El pequeño se incorporó y extendió los brazos como abarcando el pabellón entero. Luego se llevó la mano al pecho, señaló a Juan e inclinó el torso en un gesto de gratitud. Alonso y Juan lo miraron desconcertados. Su nueva realidad los apabullaba tanto que no habían reparado en lo que significaría para el niño vivir en una casa con unas cuadras así.

—¡El Paraíso de los Caballos! —exclamó Juan al comprender mientras Antonio aplaudía eufórico—. ¡Misión cumplida! Bienvenido al cielo, amigo.

Desde aquella jubilosa jornada, Antonio se escabullía a diario rumbo a las caballerizas. Después de brindar un saludo personalizado a cada rocín, barría sus cuadras, les arreglaba la paja, les daba agua, los cepillaba o los achuchaba. A veces, se limitaba a sentarse junto a ellos e iniciaba conversaciones gestuales que los corceles parecían entender, pues, tiesas las orejas, lo observaban fijamente y luego asentían con vehemencia. Al final, los animales se acostumbraron a sus frecuentes visitas y, en cuanto asomaba, lo recibían en medio de una algarabía de alborozados relinchos. Los allí empleados también celebraban su llegada porque se mostraba tan ansioso de colaborar en cualquier tarea que ninguno perdía ocasión de encargarle las menos gratas.

Mientras Antonio flotaba en una nube de dicha, seguro de haber hallado su lugar en el mundo, Juan se hundía en un pozo de amargura, convencido de que el suyo quedaba muy lejos de aquellas paredes. Encima, estaba atentando contra los tres pilares de su existencia: libertad, venganza e independencia. Cuando, tras años de brutales palizas, consiguió huir del yugo paterno, se prometió que jamás, por nada ni por nadie, prescindiría de la libertad y, sin embargo, se había confinado en una jaula donde le faltaba el aire. Al averiguar que un sangre azul había asesinado a Mateo, juró desabrochar las tripas de ese canalla y de todos sus compañeros de estamento, pero, en vez de hacerlo, se dedicaba a almibarar el transitar de uno de ellos. Y, en el colmo de la traición a su evangelio

vital, pese a saber que para saciar el hambre no precisaba ni trabajar ni aguantar los caprichos de un patrón, helo ahí: faenando de sol a sol sometido a las extravagancias de un foráneo bilioso e histriónico que ni siquiera dominaba el castellano. Se sentía un renegado de sí mismo y solo la felicidad de Antonio lo ayudaba a esquivar los dardos de la conciencia.

Por su parte, Alonso sufría tal mareo tras afrontar demasiados cambios seguidos que no lograba discernir si había hallado su lugar en el mundo como Antonio, si su mundo no estaba en aquel lugar como le sucedía a Juan o si simplemente no había lugar en el mundo para él. Junto a los Castro, había vivido; sin ellos, había sobrevivido; sumido en la indigencia, creyó revivir, y, cuando la cosa parecía haberse estabilizado, el desembarco en pagos de riqueza había vuelto a ponerlo todo del revés. Ya no sabía si vivía, sobrevivía, revivía, malvivía o lo mismo había muerto y vagaba en una especie de purgatorio mientras Dios decidía concederle un escaño a su diestra o mandarlo con Lucifer. Andaba, en definitiva, igual de desmoralizado que Juan y, como él, se aferraba a la felicidad de Antonio para resistir. Aunque, siendo honesto, había algo más que le incitaba a permanecer en aquella casa. Percibía en ella un sendero misterioso en cuyo fondo titilaba una débil luz. Cierto que, de momento, solo una humilde escalera de servicio trazaba su camino diario, pero una corazonada le decía que no se desanimase porque el reflejo del sol en los charcos de un patio no era lo único que mantenía encendida la llama de la esperanza.

13

LUCES

Una tarde, Alonso ayudaba a una esclava a labrar cacao. La chica descascarillaba los granos recién tostados y los ponía en una piedra abarquillada llamada «metate» donde él los molía con un rodillo para derretirlos y obtener una pasta. De rodillas y absorto en la tediosa labor, no reparó en la entrada de un hombre envirotado e impecablemente vestido hasta que este le habló con una voz aflautada que recordaba al gorgorito de un jilguero.

—¿Eres Alonso González de Armenteros, el nuevo galopín?

—Sí, señor —contestó al tiempo que se levantaba—. Para servir a vuesa merced.

—Soy Pedro López Zorita, jefe de botillería, y preciso que me asistas en el repostaje de vinos. Acompáñame a la cueva.

—*Caro* don Pietro, no podéis llevároslo —protestó el señor Baldani, reacio a consentir que le birlaran a uno de sus vasallos más eficientes—. La señora marquesa ha ordenado el agasajo de la tarde y el *ragazzo* trabaja el chocolate *molto bene*.

—Lo lamento, don Ángel, pero...

—Angelo, *per favore* —cortó el cocinero con una sonrisa conminatoria—. Mi nombre es Angelo Baldani.

—Y el mío es Pedro, no Pietro ni *caro* Pietro —replicó el otro, airado—. Si queréis vuestro nombre en italiano, pronunciad el mío en español.

—Excusadme, don Pedro. Os decía que...

—Os decía yo, don Angelo, que hoy habréis de prescindir de Alonso —estipuló el botillero—. El licenciado Cisneros me comunicó que los jefes de oficio disponemos de tres nuevos peones y que uno de ellos es muy alto. Algunas jarras están en estanterías elevadas y ningún mozo las alcanza, excepto mi ayudante habitual. Pero, como se encuentra en cama enfermo, me urge un sustituto de idénticas

hechuras y, dado que Alonso las tiene, se viene conmigo. Si tenéis quejas, trasladadlas al licenciado Cisneros y que él decida. En tanto lo hace, nosotros marchamos.

Tieso cual vara de alguacil, se dirigió a la escalera del patio que bajaba a la cueva. Atrapado en aquel pulso de mandos, Alonso miró al señor Baldani y, solo cuando este asintió sin dejar de mascullar exabruptos en italiano, corrió tras don Pedro.

En la gruta frigorífica, el botillero le señaló los vinos a repostar y él colocó las correspondientes botellas en una bandeja. Luego regresaron a la cocina, subieron la escalera que conducía a la zona noble y accedieron a un pasillo donde, de repente, el mundo cambió. Los cantos rodados del suelo tornaron en baldosas de mármol rosáceo, y la cal de los muros, en una sucesión de cuadros rebosantes de azul. Este color entusiasmaba a los acaudalados, y no por bonito, que también, sino porque se sacaba del lapislázuli, una piedra preciosa y, a la sazón, muy cara. Cualquier obra pictórica que llevara tonos celestes valía una fortuna y eso, amén de la vanidad, contribuía a engordar el pedigrí social de su propietario.

Una hilera de puertas horadaba las paredes, umbral todas ellas de distintas estancias con un armario en el interior que almacenaba jarras de cristal veneciano y copas a juego. Don Pedro describió a Alonso los secretos de la botillería a la vez que iban recorriendo un sinfín de gabinetes, a cual más lujoso que el anterior. Visitaron la sala de respeto; la de asueto; la de descanso, cuya diferencia con la de asueto Alonso no acertó a discernir; la de juegos, que multiplicó la confusión; el despacho y la capilla. Le tocó entonces el turno a una pieza que borró de un plumazo el creciente sopor de Alonso: la biblioteca. De planta cuadrada, acogedoras dimensiones y decoración exquisita, uno de los tabiques estaba forrado de arriba abajo por varios módulos de estanterías pletóricas de libros.

Cuando Alonso vio aquellos anaqueles repletos de papel y letras, distinguió en ellos una llama con tal nitidez que se creyó víctima de un delirio. Fue cuestión de un instante. Un parpadeo y ya había desaparecido. Pero no importaba. La identificó de inmediato. ¡Era la luz que tanto había buscado! La que, según sor Casilda, le aguardaba. Refrenó el impulso de ponerse a brincar de júbilo. Al fin había encontrado el lugar. ¡Su lugar! Allí se prepararía para ingresar en la universidad y estudiar Leyes.

Arrobado el semblante de emoción, paseó la vista en derredor con una mezcla de duda y certeza. No tenía ni idea de cómo un miserable galopín de cocina obtendría paso franco en la biblioteca privada de un marqués, pero, si de veras el faro destinado a iluminar su misión moraba entre esas cuatro paredes, ya se ocuparía Dios de abrirle camino.

La voz de don Pedro lo devolvió a la realidad.

—Aquí efectuarás el repostaje sin mis instrucciones. Comprobemos si mi magisterio ha caído en tierra fértil.

Presa todavía del impacto sufrido, Alonso se concentró y logró ejecutar la encomienda respetando el protocolo a renglón exacto.

—¡Espléndido! —aplaudió don Pedro cuando acabó—. Ágil, minucioso y firme; un trío que nunca defrauda. ¡Felicitaciones, jovencito! Ahora retorna los licores sobrantes a la cueva y ni se te ocurra afanar una gota. Fiscalizo las botellas puntillosamente y, como detecte una ínfima rebaja en alguna, te denunciaré. Confío en ti. No me decepciones.

—Descuidad —repuso Alonso, contento de haber aprobado el examen—, no lo haré.

—Me consta; de lo contrario no te permitiría marchar solo. Cuando termines en la cueva, acude al jardín y dile de mi parte al jefe de floricultura que organice el cambio de jarrones en las dependencias de su ilustrísima. Hay demasiadas flores mustias y urge un reemplazo. Pero apura el trámite, te lo ruego. No quiero otro pleito con el señor Baldani.

Después de colocar las botellas en la cueva, Alonso marchó a las caballerizas y recorrió la nave hasta desembocar en el patio de entrenamiento. Lo cruzó, franqueó el portillo de servicio y salió al jardín. Aunque ya lo vio de refilón desde la sala de cumplimiento el día que llegaron a la casa, nunca antes lo había pisado y, pese a la prisa que tenía, no pudo evitar detenerse un instante para admirarlo.

Era una paradisíaca explanada repleta de flores, árboles, fuentes y veredas adoquinadas por las que pasear. En la zona trasera había un estanque con pececillos de colores y, más allá, en las lindes del recinto, se erigía la tapia que acotaba la propiedad. En la esquina izquierda de esta, se elevaba la torrecilla típica de las residencias aristócratas de Madrid, y, clavado en el pico del chapitel, un gallardete flameaba al viento el escudo de los Soto de Armendía.

Mientras se regodeaba en el placer de volver a sentir el césped bajo sus pies e imaginar que no era el particular de un ilustre, sino el público y muy añorado de la frondosa vega madrileña, Alonso buscó al jefe de floricultura, un hombre afable que solía visitar las cocinas y, en concreto, a una de las lavanderas. No le localizó. Ni a él ni a nadie. De hecho, el lugar parecía desierto.

Al fondo, pasado el estanque, vislumbró un cobertizo. Se dirigió hacia allí, pero tampoco había un alma. Ya se planteaba retroceder e informar al botillero cuando se fijó en la torrecilla. Aunque, dadas sus dimensiones, más meritaba el rango de «torreón». Tenía un aspecto augusto y, a la vez, decrépito. Muchas de sus piedras estaban desencajadas, demasiadas se habían resquebrajado, unas cuantas se habían caído originando brechas bastante inquietantes y, quizá en prevención de un derrumbe, el acceso al interior se hallaba precintado. Con todo, Alonso no la vio camino del desplome. Al revés. Le pareció de esqueleto sólido y en absoluto peligrosa. Decidido a comprobar tan festiva valoración, palpó el pedregoso muro de la estructura, alrededor de la cual proliferaba una maraña de malas hierbas. De repente, al tocar un trozo oculto tras la maleza, su mano perdió apoyo y traspasó la pared. Intrigado, apartó la hojarasca y descubrió un boquete no muy ancho pero sí lo suficiente como para sortearlo.

Aunque le convenía dejarse de bobadas, transmitir el recado de don Pedro al jefe de floricultura y apremiar la vuelta a las cocinas, la tentación de curiosear le venció. Salvó el hueco y, dentro ya de la espadaña, escudriñó las tinieblas hasta distinguir una escalera de caracol. La subió y, en la cima, se topó con una portezuela. En medio de un estridente crujido de goznes, la abrió y salió a un espacio abalconado, circular e inundado de una agradable sombra gracias al chapitel. Al asomarse, quedó sin aliento ante el paisaje que la Villa regalaba a las alturas.

Justo debajo crecía un olmo centenario de tan exuberante e inmensa copa que daban ganas de saltar al vacío porque era imposible matarse con aquel mullido colchón en mitad del trayecto. A lo lejos, el perfil asimétrico pero señorial de Madrid recortaba el horizonte. Entre torres nobles y campanarios clericales, se alternaban páramos de tierra, bosques en flor, calzadas polvorientas, estrechas costanillas, bulevares, plazas, plazuelas, cerros, el Alcázar en la cúspide de uno de

ellos, el Manzanares regando el fondo, los rayos del sol refulgiendo en su cauce y, en la lontananza, las nevadas cumbres serranas.

Acodado en el pretil y absorto en el mágico cuadro, Alonso se olvidó del recado de don Pedro, del señor Baldani y hasta de la biblioteca. Todo descendió a un segundo plano. Solo tenía ojos para la dorada luz que el atardecer escanciaba sobre la ciudad.

Transcurrido un rato excesivo y, por ende, de difícil justificación, abandonó la torre decidido a volver a visitarla en cuanto le surgiera la ocasión. Tapó el acceso con la maleza circundante y reanudó la búsqueda del jefe de floricultura, a quien al fin localizó podando los rosales. Después de participarle el decreto de don Pedro, partió hacia la zona de servicio a un ritmo lánguido. Disfrutar a hurtadillas del Madrid que antes garbeaba en libertad había enardecido sus nostalgias y le costaba un triunfo recluirse en las cocinas. Todavía renuente a marchar, se giró para mirar la espadaña de piedra que le había proporcionado un momento tan especial y musitó un «gracias». Alicaído, se giró de nuevo rumbo a su cárcel, pero las rejas aún habrían de esperar porque, al virar los talones e ir a dar la primera zancada, chocó con alguien que estaba tras él. La alegría pulverizó sus pesadumbres cuando identificó a la persona que tenía en el regazo... otra vez.

Como en la Noche de San Juan, ambos divorciaron el cuerpo mucho después de lo que dictaba el decoro e, igual que entonces, fue Mencía la primera en retirarse.

—Pero ¿qué...? —balbuceó, atónita—. ¿Qué... hacéis vos aquí?

Incapaz de articular palabra, Alonso no contestó. La observaba con una combinación de pasmo, emoción y deleite. Ante todo, deleite. Si nimbada de luna ya le había parecido un ángel, bajo el sol se le antojó una diosa. Admiró su melena rubia, recogida en un moño del que dos mechones ondulados se habían soltado y le enmarcaban el delicado óvalo del rostro. Se recreó en la tersura de un cutis suave como el terciopelo y reprimió el anhelo de delinear con los dedos la hilera de pecas que le moteaban el puente nasal, peculiaridad de complicado engarce en los cánones de belleza vigentes, pero que él estimó adorable. Luego surcó el cielo azul de sus ojos para aterrizar sobre aquellos labios en forma de corazón que pedían a gritos un beso.

—Os he preguntado qué hacéis aquí —insistió Mencía—. Estáis en una propiedad privada. No tenéis ningún derecho a deambular por

su suelo.

Tirando de no poca voluntad, Alonso logró recomponerse, y ello pese a andar sumido en la misma incógnita. ¿Qué hacía allí su ángel de luna llena?

—Considerando que he de barrerlo, tengo más obligación que derecho —respondió con un deje sarcástico.

—¿Qué significa eso? —bizqueó Mencía, que tampoco entendía nada—. Esta es mi casa y nunca os he visto en ella.

—¿Vuestra casa? —palideció Alonso—. ¿No seréis… la hija de don Gonzalo?

—Correcto —ratificó ella, satisfecha de su pequeña victoria—. ¿Continuaréis ahora escupiendo bufonadas? ¿O vais a disculparos por vuestro abominable comportamiento?

Alonso se debatía entre agradecer a los duendes tamaña casualidad o maldecirlos. Cortejar a una doncella de acomodada condición siendo un triste paniaguado ya requería grandes dosis de optimismo, pero rondar a la hija de un marqués para quien, encima, faenaba era una utopía, fuente además de un montón de problemas.

—Lo siento —se excusó, todavía anonadado—. Acabo de incorporarme al servicio de su ilustrísima y trabajo en las cocinas. Me figuro que por eso no sabíais de mi llegada.

Mencía se enderezó y alzó una barbilla altanera.

—En efecto, lo ignoraba. Y, francamente, se me escapa en qué andaba pensando el licenciado Cisneros cuando os contrató. Siempre selecciona empleados de exquisita educación, pero con vos se ha estrellado. Aprovecho para añadir que vuestra manía de invadir mi espacio y abusar luego de la tesitura empieza a trascender lo tolerable. Dos veces hemos colisionado y en las dos habéis desplegado los tentáculos.

—Diría que en esta ocasión ha sucedido al revés —rebatió Alonso en tono pícaro—. Yo me he girado y ahí estaba vuestra deliciosa persona esperándome cual pulpo feliz.

—¡Eso no es cierto! —impugnó Mencía, aunque su rubor la delataba—. Ni os estaba esperando ni, mucho menos, lo hacía feliz. ¿Cómo estarlo si me sulfuro tan pronto os arrimáis?

Alonso esbozó una sonrisa traviesa y se aproximó a ella.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué no os apartáis ahora?

Estremecida al percibirle tan cerca, Mencía levantó la cabeza y se

sumergió en la mirada esmeralda de aquel donjuán capaz de embrujarla hasta el extremo de olvidar que estaban en mitad del jardín y a la vista de cualquiera.

—Sois un deslenguado y un petulante —susurró embobada.

—Y vos, la muchacha más bonita del mundo conocido y por conocer.

—Si planeáis purgar vuestras groserías a golpe de requiebro, exprimíos el magín y urdid alguno menos trillado —atacó Mencía, tratando en vano de recobrar la cordura y alejarse—. Resultáis demasiado previsible.

—En ese caso, prometo esforzarme —murmuró Alonso—. Cultivaré mi pobre verbo hasta ponerlo a la altura de vuestra hermosura y poder así trovarla con la originalidad que merece. Por suerte, un mañana en común nos aguarda, de modo que tengo toda una eternidad para conseguirlo.

—Lo único común que nos aguarda es la muerte —replicó Mencía, muy consciente de la gran diferencia social que se interponía entre ellos.

—Yo, en cambio, estoy convencido de que lazos menos fúnebres trenzan nuestro futuro. De lo contrario, el destino no se empecinaría en reunirnos. ¡Menuda coincidencia! Sospechaba que san Juan escucharía nuestros rezos y orquestaría un reencuentro, pero no imaginaba que lo haría de una manera tan extravagante.

—¿Nuestros rezos? ¡Fabuláis! Nunca he rogado nada relativo a vos.

—Mentís, mi bella señorita. Compartir techo con la protagonista de mis fantasías me llena de júbilo, y en vuestros ojos leo idéntica dicha.

La contundente afirmación actuó cual pica de espuela en el amor propio de Mencía y la liberó del hipnótico hechizo que la había enajenado. Con un resoplido, retrocedió.

—¡Qué ínfulas, por favor! Mi dicha se activará cuando abandonéis mi casa, cosa que haréis en breve porque pienso ordenar vuestro despido de inmediato.

Una anciana salió de la mansión llamándola a voz en grito y, tan pronto la ubicó, emprendió una carrera achacosa pero enérgica hacia ella. Era Úrsula Ortiz de Morillo, la dueña de la muchacha.

—¿Qué haces aquí fuera sin cobija, niña? —jadeó sofocada al

llegar—. Si no te cubres, tus pecas se acentuarán y solo una piel tostada supera en zafiedad a la salpicada de lunares. Tú sigue así y terminarán confundiéndote con una vulgar campesina.

—Mis pecas son de nacimiento, aya. No se irán ni lijándolas.

—¿Y este quién es? —inquirió doña Úrsula al tiempo que examinaba a Alonso de arriba abajo con gesto despectivo.

—Un criado nuevo —se sonrojó Mencía—. Yo..., bueno..., le estaba...

—Me estaba indicando el tipo de flores que desea en los jarrones de sus aposentos, mi señora —la socorrió Alonso.

—¿Y acaso eres sordo, gavilán? —increpó doña Úrsula—. Porque para oír los mandados de la dama no precisas arrimarte tanto. ¡Alivia presto las estrecheces!

—¡Aya! —saltó Mencía—. Yo nunca consentiría algo así. ¿Por quién me tomáis?

—¡Por una tarambana descocada y respondona! Y cierra la boca o informaré a tu padre de la familiaridad que dispensas a los criados.

—Excusadme, señorita Mencía —intervino Alonso—. Se me encoge el corazón ante la posibilidad de haberos importunado.

—Se te encogerá de veras como te vuelva a sorprender adherido a sus costuras —advirtió doña Úrsula—. Niña, don José Quintana acaba de llegar acompañado de sus hijas Adolfina e Isidra. Mientras su ilustrísima atiende al uno, haz tú lo propio con las otras.

—¿En serio han venido de nuevo? Ayer padecí sus pazguaterías toda la tarde y creí morir de aburrimiento. ¿Qué le ocurre a don José? Nadie acude a reuniones de negocios con la prole a cuestas. ¿Es que no puede respirar sin ese par de memas pisándole el sayo?

—¡Mencía! ¿Y tus modales? ¿Te parecen formas de tratar a tus invitadas?

—No lo son porque yo no las he invitado. Además, los modales los han extraviado ellas presentándose en casa ajena sin cita ni aviso.

—O aparcas en el acto ese burdo talante de chiquilla malcriada y caprichosa, o la tendremos de verdad. Otra impertinencia y notificaré a don Gonzalo tu actual afición a cuestionar sus decretos prodigando encima una grosería inconcebible en una señorita.

La llegada de Álvaro truncó la discusión. Lo escoltaba un caballero de cuerpo enjuto, piel cetrina e infestada de arrugas y cabello antaño moreno y abundante pero ahora ralo e inmerso ya en

las nieves de la vejez. Aunque un selvático bigote entiesado hacia arriba brindaba trinchera a su avinagrado rictus, los ojos, diminutos e inquisitivos, rezumaban acritud. El luto del atuendo no contribuía a dulcificarle; tampoco la golilla, pues, pese a llevarla almidonada e impecable, lucía tan envirotada y rígida como él.

—Hermanita, ¿dónde parabais? —reclamó Álvaro mientras daba un cariñoso abrazo a Mencía—. Os he estado buscando.

Alonso, que había asistido divertidísimo al pleito entre dueña y pupila, reconoció al joven que llamaba angustiado a Mencía la Noche de San Juan. Lo estudió de soslayo y le bastó un instante para otorgarle un sobresaliente. Dos o tres años mayor que él y varios palmos menos alto, sus afables rasgos le inspiraron una simpatía inmediata. Además, se parecía mucho a Mencía y eso sumó puntos a la nota final.

—Buenas tardes, hermano —saludó la muchacha antes de besarle en la mejilla—. Madre y yo hemos visitado a la marquesa de Jarandilla. Desde las muertes de su esposo y su primogénito, la pobre mujer está hecha un dolor.

—No me extraña —secundó Álvaro—. La pena de tan cercanas pérdidas debe de resultar abrumadora.

—Lamento interrumpir, pero las hijas de don José Quintana han venido y Mencía ha de atenderlas —terció doña Úrsula—. Por favor, niña. Tus invitadas te aguardan.

—¿Otra vez están aquí? —se carcajeó Álvaro—. ¡Demontres, hermanita! ¡Vaya suerte la vuestra! Os auguro una velada de hondo calado intelectual.

—¡Muy gracioso! —masculló Mencía—. Si les insinuase que andáis prendado de alguna, declinarían mi agasajo y solicitarían el vuestro. ¿A quién preferís? ¿A Adolfina o a Isidra? Yo me inclino por Adolfina. Es igual de simple que vos. Congeniaríais seguro.

Alonso presenciaba la familiar escena apartado del corrillo. Como todos le ignoraban y no sabía si, conforme a las normas de protocolo, debía retirarse sin más o esperar a que le dispensaran, decidió aprovechar para empaparse la retina con las facciones de Mencía.

—¿Quién sois? —le preguntó Álvaro de pronto—. No os conozco.

—Alonso González de Armenteros, mi señor. Acabo de incorporarme al servicio de la casa.

—Mi padre nos contó que ofreció empleo a tres indigentes para

recompensarlos por haberle librado del cajón y destacó el arrojo de un tal Alonso —infirió Álvaro, que, pese a manifestar una admiración incipiente, le apeó el tratamiento no bien descubrió que hablaba con un siervo—. ¿Se refería a ti?

—Diría que sí —refrendó el aludido, exultante al advertir el asombro de Mencía—. No obstante, la intervención de mis amigos resultó crucial.

—¿Tú eres el que salvó a mi padre? —farfulló ella, impresionada.

—¡Y echándole unos arrestos que ni David frente a Goliat! —se adelantó su hermano—. Perdóname, Alonso. Conocerte me ha exaltado tanto que he olvidado mis modales. Me llamo Álvaro Soto de Armendía, y este caballero es mi ayo, don Hugo Mayoral de Palacios.

—A los pies de vuesas mercedes —contestó Alonso, doblándose en una reverencia.

Una corriente de intensa afinidad surgió entre Álvaro y él casi al instante. Don Hugo, en cambio, experimentó el mismo rechazo que doña Úrsula. Aquel ramplón le parecía un gallito de corral con demasiados aires de grandeza. Encima, había captado las risueñas miradas del joven a Mencía y ese descaro enconó la ojeriza.

—Yo no comprendo tanto aplauso —impugnó sin disimular su desprecio—. Tengo entendido que embistieron al enemigo por la espalda. En mi opinión, ese comportamiento sugiere más cobardía que arrestos y, desde luego, no lo estimo acreedor de laureles.

—¿Qué importa por dónde atacaron? —se revolvió Álvaro—. Evitaron una tragedia.

—Loemos entonces su mediación, no una valentía que apenas exhibieron.

—¿A qué responde esa rudeza, ayo? —censuró Álvaro mientras guiñaba el ojo a un desconcertado Alonso para que obviase las asperezas del hombre—. Iban a rebanar el pescuezo a mi padre y ellos le ayudaron sin prestar mientes a que en el afán podían caer. Demostraron bizarría, generosidad e inteligencia, tres virtudes dignas de encomio.

—Disculpadme de nuevo, caballeros —volvió a cortar doña Úrsula y en ademán taxativo se dirigió a Mencía—. Acude ahora mismo al encuentro de Adolfina e Isidra o no te arriendo las ganancias cuando participe a don Gonzalo tu deplorable conducta.

—Álvaro también ha de marchar —dijo don Hugo—. El maestro

de danza le espera.

—Os veré en la rúa, hermana —se despidió este, impasible a la mirada incendiaria que le lanzó el ayo—. Alonso, recibe mi eterna gratitud y bienvenido a nuestro hogar.

—No apruebo la camaradería con que tratáis a los criados —lo amonestó don Hugo cuando ambos partieron rumbo a la casa—. Debéis mantener las distancias. La chusma necesita disciplina y mano dura. En cuanto percibe debilidad en el amo, desorbita la sinvergonzonería y se toma licencias que no le corresponden.

—¿De qué camaradería habláis? —objetó Álvaro—. Alonso ha impedido que me dejen huérfano de padre y yo se lo he agradecido.

—Al guiñarle un ojo, me habéis desacreditado delante de él.

—Vuesa merced se ha desacreditado a sí mismo enfangando de manera gratuita y despótica un proceder ejemplar. Vuestras destemplanzas han estado fuera de lugar. Alonso no os ha ofendido en nada. Al revés. Ha mostrado una cortesía intachable.

—No la ha mostrado; la ha impostado, que no es lo mismo —arguyó don Hugo, cuya tirria hacia Alonso terminó de enquistarse a causa del humillante rapapolvo—. Ese bracero no me gusta. Me parece bravucón y soberbio.

—Discrepo de medio a medio —se obstinó Álvaro—. Adivino muy nobles entrañas en Alonso. A mí sí me agrada. Y mucho, además.

—¡Me importa un ardite que discrepes o compartas mis apreciaciones! —explotó don Hugo, víctima de tal acceso de ira que asignó al joven el *tú* que le aplicaba de niño—. Te he ordenado aplacar las complicidades con la servidumbre y obedecerás, ¡caray! Soy el responsable de tu educación y pienso inculcártela por las buenas o por las malas. Y apura el paso o llegarás tarde a la lección de danza.

Por su parte, Alonso se hallaba de regreso en las cocinas. Estaba tan deslumbrado que a duras penas podía pestañear. No solo había encontrado la luz que guiaría su destino, sino la de un Madrid que creyó perdido y la de un amor que nunca pensó ganar. Conquistaría las tres. Se colaría en la biblioteca para estudiar, en el jardín para subir al torreón, y en el corazón de Mencía para enamorarla. Sería complicado, pero no tenía miedo. Ya no.

14

CONFIDENCIAS DE ALCOBA

Aquella noche, Alonso y Juan se hallaban en el habitáculo del desván. El uno yacía en su camastro con los brazos bajo la cabeza y una sonrisa bobalicona en la cara; el otro se frotaba los riñones maldiciendo al señor Baldani, y ambos esperaban a Antonio, que nunca se retiraba sin antes visitar las cuadras y despedirse hasta mañana de su pandilla equina.

El trío compartía una pieza bastante humilde. La humedad de las paredes y el suelo de tierra batida en absoluto sugerían que, en el piso de abajo, la vida transcurría entre mármoles. Numerosos invertebrados asediaban las esquinas inferiores en busca de algún residuo comestible, y de las superiores colgaban varias telarañas cuyas tejedoras acechaban a las futuras víctimas que surcaban las llanuras. El techo abuhardillado no estorbaba ni a Antonio ni a Juan, pero atizaba un cocotazo a Alonso cada vez que este olvidaba agacharse. El mobiliario se reducía a tres jergones de paja con sus mantas, un arcón destartalado, un braserillo que siempre moría demasiado rápido y dos candiles.

Alonso se incorporó para asomarse por un ventanuco que, aunque angosto, ofrecía unas vistas espectaculares de Madrid.

—Es tan bonita, tan primorosa, tan... divina —suspiró.

—¿El qué? —bostezó Juan—. ¿La moza o la biblioteca? Es que, como habláis de ambas a la vez, no me ubico. ¿De veras vivimos en el mismo castillo? Porque, mientras yo creo penar en el infierno, vos parecéis empadronado en el cielo.

—Justo allí he pasado la tarde —replicó Alonso con la barbilla apoyada en una mano—. Rodeado de una quimera y recolectando luces de ilusión.

Boca arriba en su jergón, Juan se tapó la cara con la manta y soltó un bufido.

—¿Luces de ilusión? ¡La Virgen! ¿Quién sois vos y qué le habéis hecho a mi compadre? Recuerdo un tipo de aspecto perverso que asustaba a Belcebú, pero una aciaga Noche de San Juan metió el caletre en un tarro de almíbar y empezó a proferir tonterías de azuceno amartelado. Si os lo cruzáis, decidle que le extraño y que vuelva de inmediato.

—¡Si la vierais! Un instante frente a su hermosura y también os hechizaría.

—Insisto, ¿la hermosura de quién? ¿De la moza o de la biblioteca? ¡Necio de mí! ¡Si es que no sé ni para qué pregunto!

—La de Mencía —contestó Alonso, embelesado—. Lleva el sol en el cabello, y el firmamento en los ojos. ¡Qué dos luceros! Uno se sumerge en esa inmensidad azul y viaja al paraíso. Cuando choqué con ella de nuevo... ¡Hum! ¡No imagináis lo que sentí!

—Después de escuchar el reencuentro las siete veces que me lo habéis descrito, os aseguro que me hago una idea. Así que absteneos de repetir el cuento o no vacilaré en talaros la lengua. ¡Menuda mudanza la vuestra! De negar a la palomita como Pedro a Jesús a no apearla de la conversación.

—Ayer Mencía era una entelequia. ¿Para qué comentar algo condenado a extinguirse en el recuerdo? Hoy las cosas han cambiado. He descubierto que duerme a unos cuantos escalones de mí y eso sí es digno de mención. ¡Todavía no salgo de mi asombro! Nunca pensé que mi ángel de luna llena reaparecería convertida en la hija del marqués.

—Tampoco yo. De haber siquiera sospechado tamaña calamidad, por san Junco que os corro a zapatazos antes de permitiros socorrer a su padre.

—Nuestra historia estaba escrita —señaló Alonso, dibujando un corazón en el aire.

—Pues cuidado con el siguiente capítulo porque trata del monumental batacazo que os vais a dar. ¿No comprendéis que este desván queda más lejos del piso de abajo que de las Indias? No podréis cortejarla. Es una dama de alcurnia, y vos, un galopín a las órdenes del hermano italiano de Lucifer.

—Estaremos juntos. Me lo dicen las entrañas. Cuando os enamoréis, lo entenderéis.

—Ni de chanza cometeré esa insensatez. Si me sorprendéis bizqueando frente a una mujer, cosedme los párpados de inmediato.

—Si por tal tenéis a la sota de copas, ya mismo me pongo a zurcir —bromeó Alonso.

—¡Qué ganas de volver a acariciar su esbelta silueta! —exclamó Juan en tono histriónico—. Desde que desembarcamos en esta maldita choza, no hemos jugado ni una triste partida. Lo pienso y se me saltan las lágrimas. ¡Larguémonos! No compensa deslomarnos día tras día a cambio de un mísero camastro. Cuatro timbas bien floreadas y una incursión en el mesón del Peine nos procurarían mucho más.

—¿A eso aspiráis? ¿A robar y trampear de por vida?

—¿Y a qué aspiráis vos? —rebatió Juan—. ¿A pasar vuestros mejores años sirviendo a empingorotados como el que arrancó las precordias a Mateo y luego os dejó huérfano?

—Mis mejores años están por llegar —masculló Alonso, cuya expresión acaramelada dirigida a Mencía se endureció hasta construir una mueca de odio profundo—. Comenzarán a correr en cuanto Enrique Valcárcel y Márquez se enfrenten a la Justicia.

—Impartámosla nosotros. Los emboscamos, desabrochamos sus carnes y arreglado.

—Solo recobraré mi identidad cuando un juez los condene y absuelva a mis padres.

—Pero ¿por qué no matarlos primero? —se obstinó Juan—. Ya probaremos después que ellos perpetraron los Crímenes del Ritual.

—Únicamente tenemos el testimonio de Antonio y un testamento. Nada de eso me permitió en su momento salvar a dos inocentes y tampoco ahora me posibilitará acusar a los culpables. Precisamos que confiesen y, si los matamos, callarán para siempre.

—¿Y acaso hablarán si los dejamos vivos?

—Por mi credo que lo harán —juró Alonso, apretando la mandíbula—. Llegará el día en que vomitarán todas y cada una de sus canalladas. Además, me niego a regalarles una muerte rápida y exenta de penurias. Quiero que sufran lo mismo que mis padres. Que se pudran en una celda hedionda y se consuman entre ratas e inmundicias hasta transformarse en esqueletos vivientes que suplican el abrazo de la Parca porque no soportan el martirio. Y luego, cuando el Santo Oficio falle en su contra, me regodearé en el cuadro de sus cuerpos atados a una pira, envueltos en llamas, convulsionando de dolor, roncos de tanto chillar y reducidos a un montón de cenizas negras como su estancia en este mundo. Aunque el empeño demande

el resto de mis lunas, palabra de honor que esos dos recibirán una réplica proporcional al daño que nos han infligido.

—Suena a música celestial, pero, si hemos de esperar a que terminéis la universidad, antes moriremos de viejos. Aceleremos la diligencia, por favor. No me obliguéis a permanecer en barbecho la eternidad que tardaréis en ser un justinio célebre.

—Si les rajamos el gaznate en un callejón oscuro, los convertiremos en las víctimas de un asalto, Juan. Y no perseguimos que se les recuerde como pobres mártires, sino como los depravados autores de los Crímenes del Ritual. Además, de vengarnos así, yo nunca recuperaré mi nombre y vos mancharéis la memoria de Mateo con la sangre de sus verdugos, algo que de seguro él no celebraría.

—Aunque os garantizo que Mateo se revolcaría jubiloso en las vísceras de Enrique y Márquez, admito que escabecharlos os supondría perpetuar el González de Armenteros —se resignó Juan—. Yo abomino de esa justicia que a vos no se os cae de la boca, pero, como sí confío en vuestra cabeza de pedernal y sé que no pararéis hasta lavar la afrenta, me armaré de paciencia y aguardaré a que os graduéis. Ahora bien, me pregunto de qué forma pretendéis obrar el milagro porque, labrando chocolate y desplumando perdices, el único título que obtendréis es el de vasallo obediente.

—Lo haré utilizando la biblioteca del marqués —anunció Alonso en actitud triunfal.

—¡Pues aviados vamos con el plan! ¡Pero si tenéis prohibido pisar la planta noble, infeliz! ¿Es que no veis que apencando para esta panda de doños estamos desperdiciando un tiempo precioso? Marchémonos y pensemos un modo viable de retomar los estudios.

—Mi camino está en esta casa, Juan. La luz que auguró la monja del hospicio se me apareció entre los libros de don Gonzalo y algo me dice que lograré acceder a ellos.

—¿Me tomáis por memo? Os escudáis en la floraina de la luz mística, pero el auténtico motivo es humano y lleva faldas.

—¡Que no! —se enrocó Alonso—. La luz existe y se oculta en la biblioteca. Solo si continúo aquí, averiguaré en qué consiste mi misión.

—En cambio, la mía me reclama en la posada de las estrellas —repuso Juan, afligido—. ¡Me ahogo aquí dentro! Necesito desplegar las alas y volar; sin cepos ni horarios ni rutinas ni regaños. Echo de menos

sestear en el prado de Leganitos, ver atardecer en los peñascos del Molino Quemado, dormir en las playas del Manzanares... Miro a través de este condenado ventanuco y diviso los paisajes que ayer me pertenecían y que hoy... Hoy me los han arrebatado, ¡maldita sea!

—Os entiendo y de ninguna manera pretendo encadenaros a mi empresa. Me consta cuánto valoráis vivir a vuestro aire y os ruego que no supeditéis eso a mí.

—¿Y qué otra opción tengo? Vos no deseáis emigrar y me falta corazón para sacar al canijo de su venerado paraíso de caballos. Prefiero perder mi libertad que a vosotros dos y, si me voy, sé que lo haré.

—No os pongáis trágico, que os sienta fatal. Vayáis donde vayáis, nunca nos perderéis. No pasa nada si queremos cosas distintas que nos llevan a lugares distintos. Ni Antonio ni yo nos sentimos presos en este sitio. Vos sí y es injusto que nuestras ilusiones os aten a él. No os sacrifiquéis por nosotros, amigo. Os hará desgraciado y eso forja rencores. Algún día nos lo recriminareis y ciertos reproches lastiman demasiado. Merecéis surcar los cielos que elijáis y disfrutar de ello. Si creéis que estas paredes son reja y no viento para vuestros sueños, abandonadlas. Me entristecería mucho, pero os aprecio como a un hermano y no quiero veros sufrir.

—Más me dolería deciros adiós, así que me quedaré —zanjó Juan con gesto grave.

—Si lo tenéis claro, de acuerdo —festejó Alonso, contentísimo—. Me alegra en gordo, ¿para qué os voy a engañar? ¡A mis brazos!

Juan pegó un respingo como si, en vez de un achuchón, temiera una estocada mortal.

—Apartaos de mí al punto. ¡Demontres! Desde que andáis enamorado, gastáis unas vainillas inaguantables. ¡Galán de pacotilla!

15

EN EL CORRAL DE COMEDIAS

—No te figuras la desfachatez que gasta —bisbiseó Mencía a Isabel—. ¡Es un arrogante de lo peor!

Ambas se encontraban en el corral del Príncipe y, pese al bullicio, hablaban en voz baja para evitar que doña Herminia y doña Úrsula, sentadas tras ellas, las escucharan. Era 28 de julio de 1621, una jornada muy especial en Madrid porque el rey había aliviado el luto por la muerte de Felipe III y ordenado la reapertura de los corrales de comedias, buena nueva que el corral del Príncipe celebró estrenando *Dios hizo los reyes, y los hombres, las leyes*, de Lope de Vega.

Aunque las jóvenes ya aguardaban el comienzo de la obra degustando altramuces en sus plazas, una marea humana todavía se agolpaba a las puertas del edificio, lo cual garantizaba un éxito rotundo. También las montañas de excrementos que expulsaban los caballos de quienes llegaban cabalgando o en carruajes. De hecho, esta escatológica coyuntura constituía un claro augurio de triunfo, ya que la afluencia de público se calculaba según la cantidad de heces amontonadas en la entrada del teatro; de ahí la expresión con la que, en el futuro, se desearía suerte a los actores: «mucha mierda».

Mencía e Isabel ocupaban uno de los confortables reservados donde solía instalarse la aristocracia, pues su precio era tan desorbitado que solo las faltriqueras más abultadas podían permitírselo. Pese a todo, doña Herminia y doña Úrsula no dejaban de rezongar. Ora se quejaban del alboroto imperante, ora censuraban la exposición de sus pupilas ante tantos hombres, ora devolvían la lluvia de regalos que estas recibían de sus admiradores. Isabel solo retuvo la caja de confites obsequio de Enrique, quien la observaba desde la zona adjudicada a las autoridades públicas. Seguía cortejándola en secreto y ella fingía corresponderle conforme al plan de utilizarlo para desligarse de Beltrán. Le agradeció el agasajo con una inclinación de

cabeza y luego regresó su atención a Mencía, cuya pertinaz cháchara sobre Alonso discurría entre cuchicheos imposibles de captar por las siempre entiesadas orejas de las dueñas.

—Es un descarado de tomo y lomo —le decía esta—. Un zafio y un soberbio.

—¡Caray! ¡Sí que te ha encandilado! —bromeó Isabel sin aflojar el susurro.

—¡Fabulas! ¿Me crees tan cándida como tú, que te prendaste de mi hermano a la primera cucamona? Conquistarme a mí no es igual de fácil. Ese insolente lo tiene crudo.

—Considerando que su nombre no se te cae de la boca, me hago una idea —rio Isabel.

—Tus ironías sobran, querida. Hemos chocado dos veces y una de ellas era de noche. No puede gustarme alguien cuya cara apenas he visto.

—Pues me lo has descrito con tal detalle que, de topármelo, lo identificaría en el acto.

—¡Qué exagerada! —protestó Mencía—. Pero si te he contado lo mínimo.

—Es muy alto, apuesto y gallardo —musitó Isabel, imitando los mohines embelesados de la otra—. Emana una hidalguía impropia de un simple bracero. Sus rizos castaños lanzan reflejos dorados y le caen sobre la frente de un modo tan varonil. Tiene la mandíbula marcada, una nariz perfecta, un hoyuelo adorable en la mejilla cuando sonríe y unos ojos… ¡Dios mío, Isabel! ¡Qué ojos! De un hechizante verde esmeralda que irradian dulzura, nobleza y honor.

—¡Hilarante! —gruñó Mencía, roja como las amapolas—. Me muero de la risa.

—¿Acaso no luce así el galán?

—Sí, pero yo no he soltado esa sarta de tonterías.

—Admite que te ha cautivado. Aunque tranquila. No eres su única víctima. Álvaro también habla maravillas de él y de la bravía forma en que salvó a don Gonzalo.

—Y ahora resulta que trabaja para nosotros. ¡A poco me desmayo cuando lo vi en mi jardín! ¿No te parece una casualidad insólita?

—Y de un romántico estremecedor —suspiró Isabel con una sonrisa risueña—. Un abrazo furtivo a la luz de la luna, los labios de un guapo desconocido en mi cuello, un beso sin consumar… ¡Hum!

¡Qué manera de iniciar un apasionado idilio!

—Me temo que el idilio ha terminado antes siquiera de empezar —se lamentó Mencía—. Es un criado. Mi padre no lo consentiría. Además, comprobadas las congojas que te provoca tu romance imposible con Álvaro, ni loca me involucraría en uno igual. No me apetece sufrir y sé que, como me descuide, lo haré.

—No lograrás sustraerte a los designios del destino —profetizó Isabel—. Sobre todo, cuando este parece haber accionado ya el engranaje de sus contubernios.

—¿A qué te refieres?

—En mi opinión, se trata de una conjura de los hados. Ellos manejan los hilos de esta historia. Os desean juntos. De ahí que enhebren vuestros caminos una y otra vez.

—Entonces, los desenhebraré distanciándome de él —decidió Mencía—. No será difícil. Faena en las cocinas y yo nunca voy por allí.

—Poco importa cuánto te escondas. No tiene caso discutir con los hados. Siempre llevan las de ganar e intuyo que una buena escuadra anda encastillada en maridar vuestras huellas. De nada te servirá ignorar lo que te inspira Alonso ni aferrarte a la prudencia. Cuando el corazón se pronuncia, la razón queda desarmada, aunque eso nos cause pesares. Te aconsejo que luches por tus sentimientos, no contra ellos. Experimenta el amor, amiga. Disfrútalo. Y hazlo agradecida porque todo apunta a que vas a gozar de su mejor versión.

—¿Y cuál es? —preguntó Mencía, hipnotizada ante la arenga de Isabel.

—La del amor correspondido —contestó esta en ademán soñador —. He ahí la felicidad más sublime: saber que el corazón de tu caballero late por ti.

—¡Silencio, niñas! —conminó doña Herminia—. La función ya empieza.

16

LA CONJURA DE LOS HADOS

Un mediodía de principios de agosto, Juan se encontraba en la cueva colocando varias tinajas de aceite recién llegadas de Córdoba. Mientras, Alonso fregaba el patio arrodillado bajo el sol abrasador, pero presto a entrar en acción tan pronto el señor Baldani empezase a vociferar el nombre de Antonio, quien, con demasiada frecuencia, escapaba a las cuadras en mitad de la jornada y allí se olvidaba del mundo. Cuando el italiano se percataba y estallaba en improperios contra el niño, Juan y Alonso intentaban cubrirle distrayendo uno al cocinero y corriendo el otro en su busca.

Aquella mañana el crío llevaba desaparecido mucho rato y la tormenta era inminente. Sin embargo, capearla se presentaba complicado porque, aislado en la cueva, Juan no se enteraría de la explosión y Alonso habría de apañárselas solo. Al poco, comenzó a tronar.

—¡Antonio! —gritó don Angelo—, ¿dónde andas? Me tienes la chimenea hecha un asco. ¡Antonio! *Per la mia Venezia* que, cuando te coja, te rompo la *testa*.

Alonso se incorporó de un brinco y acudió al rescate.

—Antonio está barriendo las cocheras, patrón.

—¿Y por qué? Su trabajo se reduce a las cocinas y al patio.

—Supongo que considera las cocheras parte del patio —improvisó Alonso.

—¿Me crees imbécil? Los tres lleváis tiempo a mis órdenes y sabéis perfectamente que cocheras y patio son cosa distinta. ¡A mí ese malandrín no me engaña! Se finge retrasado con lo que no le gusta, pero bien que *capisce* lo que le interesa.

—Palabra de honor que sufre una tara mental y la mudez tampoco ayuda. Si me autorizáis, iré a por él y le aclararé el ámbito de sus tareas.

—De acuerdo, pero apremia, que todavía no has *finito* la tuya.

Alonso partió a las caballerizas y halló al fugado en el establo de un poni escocés.

—¡Antonio! Esta costumbre tuya de esfumarte cuando se te antoja terminará granjeándonos un apuro serio. Se nos agotan los pretextos para excusarte. Algunos suenan tan absurdos que no hay quien se los trague.

El chiquillo le abrazó las piernas, alzó la barbilla y le regaló una sonrisa radiante. Él se agachó hasta ponerse a su altura.

—No trates de engatusarme a mí porque tu problema no soy yo. Como el veneciano te trinque limpiando las cuadras en lugar de las cocinas, querrá tundirte a escobazos, pero ni Juan ni yo lo vamos a consentir. Le cuartearemos el cuerpo no bien te roce, y ¿sabes lo qué ocurrirá entonces? Que nos echarán y tú te quedarás sin Paraíso de los Caballos.

Antonio se hincó los dientes en el dorso de la mano imitando a un perro rabioso y luego negó con la cabeza. Alonso lo entendió: el señor Baldani ladraba, pero no mordía.

—Ese salvaje hace ambas cosas, así que deja de tentar a la suerte o lo lamentarás. Ahora camina delante de mí y aligera. Aún no he acabado de fregar el maldito patio.

Ya tiraba del pituso e iniciaba el regreso cuando este lo detuvo y señaló el extremo del pabellón que desembocaba en el recinto deportivo de los señores. Después extendió los brazos para emular unas faldas, entornó los párpados y empezó a besuquear el aire.

—¿Mencía está ahí fuera? —infirió Alonso, azorado.

Antonio afirmó divertido y, tras guiñarle un ojo, marchó en dirección a las cocinas montado en su sempiterno rocín imaginario.

Plantado en el centro de la galería, Alonso observó el ajetreo de los que allí faenaban. Andaban enfrascados en sus cometidos y nadie le prestaba atención. Nervioso y dubitativo, miró hacia la salida noble. Excepto autorización expresa, los mozos de cocina tenían prohibido traspasarla. Cierto que él desobedecía cada vez que visitaba el torreón, pero siempre lo hacía de madrugada, no en pleno día. Con todo, más le valdría moderar la asiduidad de esas excursiones. Las realizaba demasiado a menudo y eso multiplicaba el riesgo de manera exponencial. Sin embargo, ni se lo planteaba. Desde la muerte de los Castro, sufría horribles pesadillas y la mayoría de las noches

despertaba aterrorizado. Antes de descubrir el torreón, no le quedaba otra que permanecer tumbado y clavar los ojos en el techo para no sucumbir de nuevo al sueño. En cambio, ahora se levantaba y, no sin cerciorarse de que Juan y Antonio dormían, acudía al abrigo de su flamante amigo de piedra. Subía la escalera de caracol, salía al balcón y se zambullía en el mapa de un Madrid que, vestido de hora bruja, lograba serenarlo. Por desgracia, las pesadillas no amainaban y de ahí la temeraria frecuencia de sus clandestinas incursiones. Las mínimas probabilidades de resultar sorprendido bajo las estrellas lo envalentonaban, pero desacatar las órdenes con el sol en lo alto atentaba contra la prudencia más elemental. Aun así, saber a Mencía a solo unos pasos le anuló cualquier atisbo de cautela. Anhelaba verla y le importaba un ardite si la luna prendía el cielo o aún aguardaba su turno de luz. Indiferente a las advertencias del sentido común, enfiló el pasillo rumbo al umbral prohibido y, al llegar, se asomó.

El patio de entrenamiento era una enorme explanada adoquinada en piedra. Dos grandes dianas encajadas cada una en un caballete ocupaban una pared entera. Un par de ballestas colgadas del caballete de una de ellas hablaba de un uso reciente; las escasas flechas incrustadas lejos del blanco, de una puntería muy mejorable, y las decenas desperdigadas en derredor, de una mediocridad poco digna de jactancias.

Un rectángulo dibujado en el pavimento del flanco derecho formaba una cancha consagrada al juego de pelota, deporte consistente en golpear un pequeño esférico bien con la mano bien con una pala de madera y lanzarlo por encima de una red medianera o contra un muro para que el rival replicase. El resto del espacio estaba despejado y abarcaba tales dimensiones que permitía ejercitar la equitación de un modo desahogado.

Justo de esa actividad disfrutaba Mencía en aquel momento. Montaba una yegua lusitana con pelaje «palomino», un precioso tono caramelo que, en las crines y en la cola, albeaba hasta adquirir un blanco brillante, casi argénteo. Se trataba de un ejemplar único, muy cotizado y de un valor tan exorbitante que no habría más de diez en todo Madrid. Un purasangre inglés trotaba tras ella y le miraba las ancas con el mismo embeleso que Alonso vertía en Mencía. La joven cabalgaba a horcajadas, estilo impropio de una dama aunque tolerable en la intimidad del hogar. Sofocada, se quitó el sombrero de paja que

la protegía del sol y se recolocó la cascada de tirabuzones dorados que, caídos sobre la espalda, habían dejado embobado a su furtivo admirador.

Álvaro también estaba allí y practicaba el juego de pelota junto a un hombre de edad madura pero musculado e imponente. Ambos tenían un aspecto bastante desastrado, en especial Álvaro. Su ropilla lucía desabrochada; las medias, arrugadas; la rubia cabellera, alborotada, y los pies, metidos en unas alpargatas de cuero negro cubierto de polvo.

—Cuarenta y cinco a nada —anunció, entusiasmado—. Buscaré otro contrario, don Leandro. Os he ganado todas las rondas y la presente acabará igual.

—Entonces, zanjémosla ya —rezongó el mentado—. Soy vuestro instructor militar, no un vulgar compañero de chueca y trinquete. Necesitáis perfeccionar el manejo de la ballesta. ¡Mirad las dianas! ¡Ni un ápice os acercáis al centro! Cuando el señor marqués se entere de vuestros tristes progresos, censurará mi magisterio.

—No le falta razón, hermano —bromeó Mencía a lomos de su yegua—. Vuestra puntería es deplorable. Ni un hurón tuerto dispararía peor.

—¿Alguien os ha invitado a intervenir en la conversación? —refunfuñó Álvaro—. Preocupaos mejor por doña Úrsula. Sus dardos sí suelen hacer blanco y tirará a matar cuando averigüe que cabalgáis a horcajadas y sin sombrero.

Alonso observaba la escena deleitado. Debía largarse cuanto antes, pero no lograba desenganchar los ojos del rostro de Mencía.

Álvaro reanudó el partido arrojando la pelota a don Leandro. Resignado, el maestro intentó devolvérsela, pero falló. La bola rodó entonces hasta el área hípica en el preciso instante en que el purasangre pasaba por ahí. La pisó y, al saltar hacia delante para no trastabillar, embistió a la yegua. Espantada ante el súbito empellón, esta elevó las patas y alcanzó tal verticalidad que Mencía quedó en horizontal. La joven tensó las riendas, presión que terminó de encabritar a su montura, la cual empezó a brincar y dar coces.

—¡Don Leandro, sujetad al purasangre y calmadlo! —gritó Álvaro —. Hermana, no tiréis de las riendas. Procurad mantener los pies en el estribo y apretad las piernas.

Después abrazó el cuello de la yegua y, mientras pirueteaba al

mismo ritmo endiablado que ella, arrimó los labios a sus crispadas orejas y, con una voz todo lo pausada que permitían las circunstancias, la conminó a detenerse. Pero no funcionó. Lejos de obedecer, la desquiciada lusitana multiplicó las corcovetas en fuerza y en número. Aferrada al borrén del fuste, Mencía se afanaba en conservar el equilibrio. Pese a temblar de miedo, pues un batacazo a esa altura la mataría, no chillaba. De nada serviría, así que se centró en permanecer erguida y bascular al compás de las cabriolas.

Alonso presenciaba el percance sumido en un mar de dudas. Deseaba ayudar, pero, si le descubrían en zona restringida, lo expulsarían y no podía arriesgarse. En ese dilema se debatía cuando Álvaro tropezó con la pelota responsable del accidente y cayó bajo los traseros de la yegua, que, de inmediato, los alzó despavorida. Al ver que los cascos iban a pisotear el cráneo de Álvaro y que este no reaccionaba, Alonso se decidió. Salió al patio, se lanzó en plancha y, de un empujón, lo apartó. Como la maniobra lo dejó a tiro de coz, se apresuró a reptar sobre los codos. De pronto, sintió un fuerte impacto en la frente y luego el mundo desapareció.

Alertados por el escándalo, varios braceros emergieron del interior de las caballerizas, rodearon a la yegua y, entre todos, lograron apaciguarla. Mencía desmontó y se dirigió a Álvaro, que tenía un dedo en la nariz de Alonso para comprobar si respiraba.

—¡Qué susto! —balbuceó, exaltada—. Creí que esa jaca tonta me dejaba sin hermano.

—De no ser por este mozo, lo habría hecho. Lástima que él haya corrido peor suerte.

Alonso yacía en medio de un charco de sangre cuyo diámetro iba expandiéndose de manera alarmante. Una profunda brecha perforaba su sien y una segunda hemorragia le manaba de la nuca.

—¡Pero si es Alonso! —exclamó Mencía con el semblante demudado—. ¿No os acordáis? El muchacho que salvó a padre.

—¡Caramba! ¡Es verdad! Todo ha sucedido tan rápido que ni me he fijado.

—Le urge un galeno —acució ella mientras se arrodillaba al lado de Alonso y, muy dulcemente, le retiraba los rizos de la cara.

—Don Leandro ha ido en busca de uno. Imagino que llegarán en breve.

Consciente de que exteriorizar su angustia despertaría sospechas,

Mencía se esforzaba en dominarse y reprimir el llanto.

—Sangra mucho, hermano —musitó—. ¿Creéis que morirá?

—No pinta bien, pero debemos confiar en Dios—repuso Álvaro, consternado—. Alonso ha arriesgado la vida por el prójimo en dos ocasiones que nosotros sepamos. Alguna merced divina ha de recabar tan desprendida generosidad.

—Le dispensaré cuantos cuidados necesite. Ha salvado a dos de las personas que más quiero y, como me faltan palabras para agradecérselo, lo haré velándole de día y de noche.

—Y yo te ayudaré. Incluso padre se sumará al batallón de enfermería. Cuando se entere de que nos ha librado de la tragedia por segunda vez, lo colmará de reverencias.

17

EL PRINCIPIO DEL CAMINO

Un dolor punzante le martilleaba la sien. Se sentía en llamas y sudaba. Alguien le colocó un paño de agua fría en la frente y luego un líquido amargo le mojó los labios.

—Bebed, Alonso —susurró una voz femenina—. Hemos de bajar la fiebre como sea.

Esa voz le sonaba. Es más, estaba convencido de que su dueña significaba mucho para él. Intentó abrir los ojos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía? Sacudió la cabeza desesperado. De repente la oscuridad empezó a girar. Entonces volvió a desmayarse.

Al cabo de unos días, recuperó la consciencia. Yacía en un mullido colchón, rodeado de almohadones a cuál más sedoso y bajo suaves sábanas a juego con un cobertor de damasco color crema que alguien había apartado para mitigarle el calor. A través del cortinaje de una cama cuyas esquinas se alzaban en cuatro columnas salomónicas, divisó una pieza cuadrada. Frescos guadamecíes tapizaban las paredes y unos visillos blancos colmados de sol cubrían un amplio ventanal. Había jarrones con camelias y un agradable aroma a hierbabuena flotaba en el ambiente. Alonso no salía de su asombro. ¿Dónde estaba? Se esforzaba en descifrar esa incógnita cuando Mencía emergió de un cuarto adyacente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, alborozada—. ¡Al fin despertáis!

Alonso la miró atónito. Aunque los nublados mentales comenzaban a disiparse y los últimos acontecimientos ya le titilaban en la memoria, no comprendía por qué se hallaba postrado en aquel lujoso lecho ni, desde luego, qué hacía ella allí. Ajena a su confusión e inmersa en la tarea de recomponerle las sábanas, Mencía inició un atropellado relato de lo sucedido que enfatizaba con muecas y aspavientos.

—La herida de la nuca curó rápido, pero la brecha de la sien se

infectó y la calentura subió mucho. Quemabais tanto que los paños sumergidos en nieve humeaban cuando os rozaban la piel. Pensábamos que no resistiríais e incluso el capellán os administró la extremaunción. ¡Qué miedo he pasado! ¡Y cuánto he rezado! Me he encomendado al santoral entero. Por suerte, mis plegarias han prosperado. ¿Tenéis hambre? Ordenaré que traigan comida. Lleváis demasiado tiempo sin probar bocado y solo faltaría que, después de superar lo peor, murierais de desnutrición. Si veis que sudáis, no os alarméis. Ya no se debe a las fiebres, sino a este verano tórrido que derrite las piedras.

—Excusadme, pero no os conozco —la cortó Alonso, atrapando al vuelo el exiguo instante en que calló para coger aire—. ¿Quién sois?

—¿Cómo? —balbuceó Mencía, parando su frenética actividad—. ¿No os acordáis?

—No, aunque sí me resultáis familiar. Esos bailes caóticos y la incontinencia gestual me recuerdan a... la versión femenina del Mojigón.

El semblante de Mencía mudó del pálido asustado al rojo amapola cuando captó la broma.

—¡Bruto insensible! —masculló en tanto reanudaba el arreglo del lecho, pero ahora con unos bríos poco recomendables para un recién resucitado—. Os cuido sin descanso y ¿lo primero que se os ocurre al despertar es chancearos de mi congoja?

—Si me habéis dispensado estos efusivos ímpetus, considero milagrosa mi mejoría —rio Alonso mientras saltaba de un lado a otro a causa de los zarandeos que su enojada enfermera le propinaba al acomodarle los almohadones.

—He derrochado un esmero exquisito en vos, mastuerzo. Ya podíais agradecérmelo en vez de soltarme las desternillantes bufonadas que os surgen no bien me tenéis delante.

—Y lo hago —contestó Alonso, muy serio—. Aunque si Dios me brindase el placer de continuar disfrutando de vuestras ternuras, no me importaría permanecer inconsciente toda la eternidad. El placer me parecería idílico, y la eternidad, demasiado breve.

Como Mencía estaba alisando el embozo, él aprovechó para acariciarle la mejilla.

—Y os diré algo, mi bella señorita —musitó—: cuando os tengo delante, no son bufonadas lo que me nace ofreceros.

Descendió los dedos al cuello de Mencía y lo presionó con sutileza invitándola a acercarse más. Rendida al hechizo, ella sucumbió. Ambos rostros eliminaron la distancia que los separaba. Cerraron los ojos y sus labios se rozaron.

Justo entonces la puerta se abrió de par en par y Álvaro entró como una exhalación. Lo seguía don Hugo, su ayo, a quien se le notaba descompuesto de rabia. En su opinión, uno de los deberes del siervo era proteger al amo y no acertaba a digerir las deferencias que los Soto de Armendía otorgaban a aquel patán por conducirse como se le suponía. La vertiginosa reacción de Alonso y Mencía evitó que los descubrieran. Álvaro no se percató de nada y, aunque don Hugo sí percibió cierto arrobo en Alonso, lo atribuyó a la lógica fascinación de un criado ante los insólitos agasajos de una aristócrata.

—¡Aleluya! —aplaudió Álvaro, entusiasmado—. ¡Menos mal! Todo indicaba el peor de los desenlaces. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien —respondió Alonso, aún aturdido tras el beso truncado y la súbita irrupción—. Solo me duele un poco la cabeza.

—Natural —arguyó Álvaro—. Recibiste un arreón de calado.

—Tómate esto, Alonso —conminó Mencía, tendiéndole una taza a la vez que sustituía el *vos* propio de las parejas por el *tú* reservado a la servidumbre—. Es piedra bezal infusionada en agua de azahar, el mejor remedio para la calentura.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó el chico tras beber el brebaje.

—Diez días, y cada uno parecía el último —aseveró Álvaro—. El galeno insistió en aplicarte sanguijuelas y casi te manda con la Virgen María. Como la fiebre arreciaba, mi padre lo despidió y llamó a otro. El nuevo rechazó las sangrías argumentando que tu situación era muy delicada y no las resistirías. Recetó baños de vino, sarmiento y romero e infusiones de piedra bezal. Y no falló. A partir de ahí, empezaste a sanar.

—¡Diez días! —se sorprendió Alonso—. ¿Tan fuerte me golpeó la yegua? Habría jurado que me moví rápido y no me alcanzó.

—¡Vaya si lo hizo! Te atizó una coz que te puso el norte en el sur.

De pronto, Alonso miró azorado bajo las sábanas y, al advertir que solo llevaba una camisa de lino, se apresuró a palparse el pecho. Cuando tocó el relicario de Margarita, su primer gesto de pánico se transformó en uno de distensión manifiesta. Álvaro, que no captó el

auténtico motivo de ambos mohínes, los vinculó al pudor de pensarse desnudo ante los patrones y el alivio de comprobar que no lo estaba. Sonrió divertido.

—No te apures, que ningún Soto de Armendía te ha visto en cueros. Dos esclavos se encargaban de asearte y cambiarte. Como usamos la misma talla, ordené que te vistieran con camisas mías. Te quedan cortas porque eres más alto, pero en horizontal no se nota.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso esta vez a don Gonzalo. Lo acompañaba un hombre que lucía los mimbres típicos del médico: barba blanca, una loba de color pardo, capa negra, golilla almidonada, sombrero de ala ancha y un anillo en el pulgar.

—¡Bienvenido a la vida, joven Alonso! —saludó don Gonzalo—. En cuanto me han comunicado la buena noticia, he requerido el examen de don Gastón Uribe. Es el galeno que, contra todo pronóstico, te ha librado del cajón.

—Muchas gracias —dijo Alonso al mentado, que ya estaba revisándole los vendajes—. Don Álvaro y doña Mencía me han referido cuán difícil ha resultado curarme.

—Dedica tus devociones al Creador y a tu juventud. Sin la ayuda del uno y el vigor de la otra, mi terapia no habría funcionado. Has pisado el umbral de la muerte, mozalbete.

—Nuestras piedades deben de satisfacer a Dios porque parece habernos adjudicado un ángel de la guarda en exclusiva —apuntó don Gonzalo en tono afectuoso—. No sé cómo te las apañas, pero siempre estás en el lugar y las circunstancias en que uno de nosotros necesita auxilio.

—Añadid las agallas —apostilló Álvaro—. De nada sirve asomar cuando hace falta si no se tiene el valor de plantar cara a la guadaña.

—Cierto —convino don Gonzalo—. De nuevo meritas mis reverencias, Alonso. Impediste que me degollaran y nunca lo olvidaré, pero, si yo hubiera fallecido, otros me habrían llorado. En cambio, de haber muerto Álvaro, me habría tocado penar a mí y no concibo mayor tristeza que la de enterrar a un hijo. No se me ocurre una recompensa a la altura. Quedo, pues, al albur de tus deseos. Pide lo que quieras y te lo concederé.

—No es menester —declinó Alonso, turbado—. Premiasteis nuestro socorro en el asalto proporcionándonos faena y cobijo. Ahora don Gastón me ha salvado la vida en correspondencia a la de don

Álvaro. A mis ojos, estamos en paz.

—¿Y si lo convertimos en mi paje, padre? —sugirió Álvaro de repente.

Hasta ese momento don Hugo se había mantenido en un respetuoso aparte. El protocolo le vetaba intervenir en una tertulia de los patrones, excepto invitación de estos y, pese a bullir de envidia ante tantas loas, guardaba silencio intentando convencerse de que eran flor de un día. Alonso se recuperaría del accidente, retornaría a las cocinas y aquella vomitiva pantomima de gentilezas llegaría a su fin. Al oír la propuesta de Álvaro y reparar en cuánto se equivocaba, sufrió tal acceso de cólera que se atrevió a transgredir las normas e inmiscuirse en la conversación.

—Disculpen sus señorías la injerencia —terció tras emitir una leve tosecilla—. Álvaro, os sobran los pajes. Ya disponéis de una docena y a ninguno prestáis mientes.

—Porque me aburren. Se limitan a mesarse el pelo y comentar las últimas tendencias de París. No soporto tanto melindre. A mí me divierte debatir sobre temas masculinos: armas, caza, torneos... Solo Fernando de Aguasdulces estimulaba mi intelecto y me abandonó para marchar a la guerra. Desde entonces busco un sustituto de iguales virtudes y creo que Alonso las reúne. Además, no será paje. Lo nombraré mi asistente personal.

—¡Pero ese cargo lo ejerzo yo! —reivindicó don Hugo, airado.

—No os subestiméis, ayo —repuso Álvaro en actitud conciliadora —. Vuesa merced es mi maestro, mi mentor y mi guía. El título de asistente personal os viene pequeño.

—Y a él le viene grande —rebatió don Hugo, cuya frustración iba en aumento—. Vuestros pajes, asistentes o como queráis llamarlo os representan en sociedad. Por eso solo admitimos a miembros de linajes eminentes. Un vulgar galopín carece de instrucción y la mayoría desciende de arrieros que, en vez de hablar, rebuznan. No podéis comparecer ante la élite en compañía de un analfabeto. Os avergonzará en cuanto abra la boca.

—Os repito que Alonso no... —defendió Álvaro.

—Este vulgar galopín domina la lectura, la escritura e incluso el latín —lo interrumpió Alonso, encrespado—. También he recibido educación. De ahí que no acostumbre a escarnecer al prójimo, en particular, a aquellos de quienes apenas conozco el nombre. Mis

padres no rebuznaban, señor. Ningún humano, con o sin escuela, lo hace. Así se expresan los burros, y esos animales nadan en nobleza. No les sucede lo mismo a los hombres. Aunque todos manejamos el arte del lenguaje, mientras algunos lo honramos, otros lo emponzoñan. Analizad a qué grupo pertenece vuesa merced porque quizá descubráis que tenéis mucho que aprender de los burros y su hidalguía. En cualquier caso, volved a vilipendiar a mi familia y voto a Bríos que lo lamentaréis.

Un impresionado silencio siguió a su diatriba. Mencía lo miraba alelada; Álvaro, fascinado; don Gonzalo reprimió una sonrisa al comprobar que la arrogancia de don Hugo acababa de encontrar la horma de su zapato; el ayo temblaba de bochorno e ira, y el médico corrió a palpar la sien del enfermo, pues solo un afiebrado osaría manifestarse con semejante elocuencia frente a los Soto de Armendía.

—Se me escapa si el muchacho de veras domina las letras, pero, constatadas sus aptitudes oratorias, tiendo a creerle —determinó don Gonzalo, que trataba de permanecer serio—. Intuyo en él un magnífico asistente personal, hijo mío. Además, sabiéndole a tu vera, respiraré tranquilo. Parece destinado a rescatarnos del hoyo una y otra vez.

—Como preceptor, os ruego que sopeséis mi discrepancia —insistió don Hugo.

—La he desestimado —espetó don Gonzalo—. Y os recomiendo suavizar vuestra prepotencia. Colecciono quejas sobre el despótico trato que dispensáis a la servidumbre y a mí solo me complace coleccionar caballos o libros. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, su ilustrísima —musitó el ayo, furibundo al verse ninguneado, insultado y, en el colmo de la humillación, amonestado.

—Alonso, te nombro asistente personal de Álvaro —decretó don Gonzalo—. Aunque resulta obvio que posees escuela, precisas ampliarla. Acompañar a mi hijo supone formarse como caballero, de modo que trabajarás duro para convertirte en uno digno de él. Al efecto, te asignaré sus mismos maestros y estaré pendiente de tus avances.

—L-lo que esti-tipule su ilus-trí-trí-sima —tartamudeó Alonso, apabullado ante la perspectiva de reanudar los estudios y, a mayor felicidad, en un contexto aristócrata.

—Y modera esa lengua, jovencito —añadió don Gonzalo con

severidad—. Me parece ingeniosa pero insolente. Sospecho que no la gobiernas y, si quieres controlar las situaciones, más te vale hacerlo. De lo contrario, las situaciones te controlarán a ti.

—Si infaman a mi familia, yo… —empezó Alonso.

—¡Ni he terminado ni te he autorizado a replicar! —atajó don Gonzalo en absoluto dispuesto a que aquel respondón se le subiera a las barbas—. El asistente personal de Álvaro es su imagen frente al mundo y ha de comportarse como él. Eso demanda prodigar tibieza y economizar acritud, escuchar casi siempre y hablar casi nunca y, sobre todo, pensar lo que se dice, no decir lo que se piensa. Aplaca, pues, el genio y no me busques las vueltas. Te garantizo que mi labia supera la tuya, amén de que estamos en mi casa y aquí mando yo. ¿Alguna pregunta?

Alonso frunció el ceño. Sí tenía una, pero no se atrevía a formularla. Don Gonzalo malinterpretó su gesto y arqueó las cejas extrañado.

—¿Qué sucede? Te he promocionado de cabo a sargento. Auguraba risas, no muecas.

—Se trata de mis amigos. ¿Habría posibilidad de mejorar sus labores? Antonio venera vuestros caballos. Si faenase junto a ellos, no escatimaría ni en mimos ni en atenciones.

—Conozco los mutuos afectos que se profesan el querubín y mis rocines. Aunque el jefe de caballerizas ensalza su abnegación, el de cocinas alega que se evade de continuo y que nunca acude a sus llamados. No me parece un proceder acreedor de laureles.

—Se escapa a los establos. No va a otro sitio. En realidad, no desea estar en otro sitio. Movedlo allí y ganaréis un empleado obediente, voluntarioso e infatigable.

Don Gonzalo lo miró apreciativo. Le gustaba aquel zagal. En su situación, pocos pensarían en los demás. Sin embargo, él se arriesgaba a enojar al amo e instarle a recular pidiendo regalías que no redundaban en su beneficio, sino en el de sus amigos. Si peleaba en favor de Álvaro con idéntico arrojo y generosidad, sería un paje excepcional.

—De acuerdo —aceptó—. Habilitaré el traslado de Antonio a las caballerizas.

—¿Y Juan, mi señor? —postuló Alonso—. Tiene una puntería sobresaliente. Lo comprobasteis la noche del asalto. Podría ayudar al

maestro de armas de don Álvaro.

—¿Me estás diciendo cómo organizar mi hacienda? —bizqueó don Gonzalo.

—¡No, no! Es que Juan se desvive por los suyos. Protegerá a don Álvaro cual madre a cachorro. Os lo suplico. Dadle la misma oportunidad que a mí de demostrar cuánto vale.

—Cuando los dos me salvasteis, a ambos recompensé. Ahora tú has impedido la desgracia de mi hijo y solo tú mereces premio. Sería injusto que Juan cosechase las glorias de tu gesta y ni me placen las injusticias ni acostumbro a cometerlas. En consecuencia, tú disfrutarás de tu trofeo ejerciendo de escudero, y Juan lo hará del suyo como galopín. Fin del pleito. Álvaro, dispón su mudanza a una pieza aneja a tus aposentos.

—¿Cómo? —saltó Alonso, consternado—. ¿No seguiré en la habitación del desván?

—Me temo que no. Tu encomienda consiste en atender a Álvaro en todo lo que precise, lo cual implica permanecer junto a él de día y de noche.

—Os ruego que no me obliguéis a abandonar el desván. Debo cuidar de mi gente.

—Sin perjuicio de que desde hoy es de mi hijo de quien debes cuidar, te recomiendo que de momento cuides de ti mismo cerrando la boca, porque, de porfiar en las petitorias, olvidaré mis gratitudes y tú y «tu gente» marcharéis de mi casa con viento fresco. Así podréis cuidar los unos de los otros cuanto gustéis y de la manera que gustéis.

Consciente de que don Gonzalo había dictado sentencia, Alonso claudicó. Además, se sentía exhausto e incapaz de perseverar. ¡Menudo despertar estaba teniendo!

—Regreso a mis quehaceres —zanjó el marqués—. ¿Qué haces ahí escondida?

Al girarse rumbo a la puerta, había reparado en Mencía, que, refugiada en un rincón, celebraba en secreto el ascenso de Alonso porque, como escudero de Álvaro, lo vería a diario.

—Yo… no quería molestar —se excusó con las mejillas arreboladas—. Ya me voy.

—Todos deberíamos salir —exhortó el galeno—. El enfermo necesita reposo.

Cuando Alonso quedó a solas, se desplomó sobre la cama.

Estremecido de la emoción, percibió el orgullo de Sebastián y la alegría de Margarita. Había llegado. Ya estaba al principio del camino, allá donde empezaba a morir el de Enrique Valcárcel.

18

SEPARACIÓN

—Entonces, ¿os marcháis? —murmuró Juan, apesadumbrado.

—Solo me voy al piso de abajo —respondió Alonso, intentando destensar la situación.

—Ni un océano os llevaría más lejos. Es el fin. Aquí nos separamos.

—No digáis enormidades. Nada ni nadie conseguirá abrir brecha entre nosotros.

—Los de esta choza sí lo harán. Las alturas acaparan todo lo que les gusta y los Soto de Armendía se han prendado de vos. Sus afanes de posesión son tales que ni siquiera nos dejaron veros cuando agonizabais. La Parca os rondaba, Alonso. Si os hubiera trincado, esos canallas nos habrían negado el último abrazo. ¡Al canijo y a mí! ¡Vuestros hermanos! «Los peones no tienen acceso a la zona noble». Así contestaban a nuestros ruegos. ¡Idiotas! ¡Me apetece menos pisar la condenada zona noble que el mismísimo averno! Solo pretendíamos velaros. Nos correspondía a nosotros, no a ellos, ¡mal rayo los calcine!

—No os envenenéis la sangre y disfrutemos de este rato juntos. Os extrañaba mucho y, tan pronto me han permitido levantarme, he corrido a vuestro encuentro.

—Os agradezco la pleitesía, excelentísimo señor —masculló Juan.

—¿A qué viene eso? —protestó Alonso—. No fui yo quien os prohibió cuidarme. Además, me consta que os informaban de mi evolución a diario.

—¡Solo faltaría! Me llegan a mantener en la inopia y por san Junco que les quemo el castillo. Antonio y yo estábamos desesperados. Nuestro compadre a punto de espicharla y esos culitiernos del demonio aferrados a sus perogrulladas de palacio.

—Lamento que hayáis sufrido por mi culpa.

—A vos, en cambio, no se os ve muy preocupado por nosotros —

espetó Juan—. Os ofrecen vivir entre mármoles y aceptáis sin siquiera concedernos un pensamiento.

—No es cierto. Os he tenido presente en todo momento. Obtuve el traslado de Antonio a las caballerizas e idéntico empeño puse en vuestra suerte.

—Idéntico no habrá sido cuando envían al canijo a sus amadas cuadras mientras el menda ha de continuar bajo el yugo del veneciano.

—Tiré de la cuerda hasta el límite, pero el marqués se hartó y me ordenó cerrar el pico so pena de echarnos a los tres. ¿Qué queríais que hiciera?

—Lo que habríais hecho antes de convertiros en un pusilánime: mandarle al infierno.

—Entonces, nos habría expulsado. Y sabéis mejor que nadie que perder el Paraíso de los Caballos destrozaría a Antonio.

—Aflojad la pose de santo varón porque apesta —se encrespó Juan—. Los sentimientos de Antonio os importan un carajo y los míos también. Solo os interesa medrar y no habéis parado hasta lograrlo.

—¿Creéis que me provoqué la coz de una yegua encabritada pensando que, en lugar de diñarla, me nombrarían paje? —saltó Alonso, muy dolido—. ¿Y la sandez de que me importáis menos que medrar? ¿Eso soy a vuestros ojos? ¿Un arribista miserable y avaricioso? ¡Porque parco crédito me otorgáis, entonces!

—El crédito no se otorga; se gana.

—¿Y no lo he hecho? ¿No me lo he ganado colmándoos de amistad?

—Siempre la habéis subordinado a vuestros propósitos —declaró Juan.

—¿Cómo? —titubeó Alonso sin comprender—. ¿Qué… qué significa eso?

—Que me habéis utilizado. Que habéis estado a mi lado mientras os he resultado ventajoso. Primero para refugiaros en mi socorro durante el trance de los Castro, luego para llorar el desenlace en mi hombro y después para subsistir en la indigencia. Fingíais gozar con la clase de vida que yo os ofrecía, pero en el fondo la despreciabais. A ella y a mí. Ansiabais colaros en feudos principales y, en cuanto el marqués os tendió el puente, recurristeis a lo que sabíais me doblegaría: el cariño que profeso hacia Antonio. Me indujisteis a

transigir esgrimiendo su bienestar y volvisteis a ordeñar mi afecto por él cuando os imploré virar el talón. Y, tras embaucar a este pobre necio que a ciegas confiaba en vos, hoy os quitáis la máscara y reveláis vuestra auténtica faz. Alguien más provechoso os ha acercado la gran zanahoria al hocico y, como ya no os sirvo, me dais la patada.

—¿En serio os merezco esa opinión? —balbuceó Alonso, pálido de la conmoción—. ¿De veras me consideráis capaz de manipularos así?

—Nada distinto me indica vuestra conducta. Ni un instante habéis dedicado a barajar la posibilidad de rechazar el ascenso y seguir con nosotros.

—¿Y por qué he de renunciar a algo que deseo? ¿Ha declinado Antonio el trabajo que le apasiona? ¿Se lo habéis recriminado? ¿Le habéis soltado la sarta de barbaridades que acabáis de escupirme a mí?

—No es lo mismo —se enrocó Juan.

—¿Y dónde está la diferencia? Tras muchas penurias, al fin encuentro un modo de materializar mis sueños. ¿No os alegra? Si os supiera camino de conquistar los vuestros, yo lo celebraría. Os animaría a perseguirlos, a luchar por ellos.

—Mi sueño era irme de aquí y me incitasteis a olvidarlo, no a pelear por él.

—¡Mentira! Os recomendé marchar y vivir vuestra vida. Os advertí que desistir de la libertad en favor de mis ilusiones os forjaría rencores y terminaríais echándomelo en cara. Y no me equivocaba. Los reproches ya han germinado entre nosotros.

—Ojalá pudiéramos retroceder a la noche del asalto —murmuró Juan en actitud derrotada—. Si hubiéramos cogido la bolsa del marqués, nada habría cambiado.

—Pero decidimos no hacerlo —replicó Alonso—. Decidimos entrar en su mundo; un mundo rebosante de experiencias nuevas y diferentes. ¿No os gustaría probarlas?

—Lo que rebosa ese mundo que tanto os fascina son cagaoros y, como uno de ellos asesinó a Mateo, la única experiencia que me gustaría probar es el deleite de separar la sombra del cuerpo de quienes lo habitan y vengar así la muerte de mi amigo.

—¿Otra vez con esa cantinela? —se impacientó Alonso—. Ni los plebeyos monopolizan la bondad, ni los patricios, la maldad. De

ambas hay en las cumbres y en los charcos. No juzguéis al prójimo por las prendas materiales, sino por las del alma. Muchas personas tienen un corazón tan grande como su bolsillo y merece la pena conocerlas.

—A mayor riqueza, mayor vileza, zagal. La grandeza del bolsillo y del corazón de un doño solo me merece la pena si puedo sangrar el uno y desangrar el otro. Ni loco me apoltronaré aquí para confraternizar con ellos. Ahuecaré el ala en cuanto me surja la ocasión.

—Sea, pues —musitó Alonso, pesaroso—. No he de insistir más.

—Molestaos, al menos, en disimular las ganas de deshaceros de mí —estalló Juan, aterrorizado al verlo capitular—. ¡Caray con el señorito! Recién subido de cuchara a cucharón y este piojoso ya le sobra en su flamante realidad de terciopelo.

—¡Idos al infierno! —bramó Alonso antes de empezar a recoger sus cosas—. Me acusáis de pusilánime, egoísta, codicioso, de impostar mis afectos, de usarlos en mi beneficio... Francamente, no comprendo vuestro duelo. Debería alegraros la partida del leviatán que, al parecer, soy. ¡Me largo! Me he cansado de escuchar estolideces.

—¡Arread, que pronto es tarde! La posada de las estrellas no os extrañará. Detestamos a los desertores que solo bailan al son de la plata. Ahogaos en ese mágico mundo atestado de brillos e imperios. A ver si los notables os acogen y protegen como nosotros. Lo dudo, ¿me oís? ¡Lo dudo mucho! Ellos no se arriman a despanados y os despreciarán. Entonces, retornaréis implorándome otra oportunidad, pero ya no me encontraréis. Ni a mí ni a quienes un día os ofrecieron lo poco que tenían. Nadie os querrá. Ni los de arriba ni los de abajo. Y un servidor lo festejará porque, para el amigo traidor, ni perdones ni piedades.

—¿Dónde ocultabais toda esa inquina, Juan? Ríos de ella debéis acumular si os empuja a vapulear nuestra amistad de una forma tan salvaje.

—¿Yo vapuleo nuestra amistad? ¿Y lo decís vos que pretendéis aventaros para jugar a ser prócer dejándome a mí en las porquerizas? ¡Menudo cinismo!

—¿Cinismo por qué? ¿Porque no os acompaño a vivir la vida que os agrada? ¿Acaso os exijo lo mismo? ¿Os conmino a que aprendáis letras y me sigáis a la universidad? ¿Os humillo e insulto cuando os negáis? Si no me seducen vuestros planes de futuro, os traiciono, pero

vos repudiáis los míos y yo he de respetarlo. ¿Quién peca de cínico aquí?

—¡Buitre rastrero y felón! —gritó Juan cuando, atrapado en su propio argumento, se vio sin ningún otro con el que rebatir—. ¡Ahí os quedáis! Disfrutad de la élite. Antes de lo que imagináis, volveréis a la cloaca de los pobres.

Dicho esto, salió dando un portazo. Alonso se dejó caer sobre el camastro. Se sentía apabullado y muy confundido. ¿De veras traicionaba a Juan al aceptar el ascenso? ¿Honrar el cariño que le profesaba requería regresar a la calle y rechazar la oportunidad de estudiar? ¿Reclamaba frustrar la última voluntad de un condenado a muerte que expiró tranquilo porque su hijo le juró demostrar su inocencia? No concebía que aquel a quien consideraba un hermano le impusiera semejante sacrificio. Un amigo capaz de obligarle a elegir entre sus sueños y él no era un amigo. Para colmo, ni siquiera podía elegir. La promesa a Sebastián primaba sobre todo lo demás. No defraudaría a su padre. Por nada ni por nadie. Tampoco por Juan.

Desanimado, se incorporó y terminó de hacer el equipaje. Después, con la tristeza en alza y la ilusión a cuestas, partió rumbo al piso de abajo.

19

LA VIDA EN EL PISO DE ABAJO

Cuando Alonso se mudó, pasó de la miseria a la opulencia. Le adjudicaron una alcoba adyacente a la de Álvaro e igual de fastuosa. Su aspecto también dio un giro radical al desterrar las ropas de galopín y ponerse las que, por encargo de don Gonzalo, un equipo de sastres le confeccionó a medida. Además, un barbero se presentaba en su habitación cada mañana presto a amargársela. Odiaba tanto esas sesiones que no concebía haber pagado una después de conocer a Mencía. El responsable de alisar aquella selva de caracolillos sufría lo indecible porque, no bien se acercaba a Alonso con una plancha de hierro candente en la mano, este retrocedía mientras le ordenaba detener el avance so pena de tragarse el artilugio. Indiferente a las protestas del estilista, solo le permitía atusarle los rizos y engomárselos lo suficiente para no parecer una escarola. El afeitado le suponía otro tormento. Tenía una pelusilla rubia e imperceptible que, aunque, según el profesional, resultaba de una chabacanería intolerable, a sus ojos, ni le afeaba ni exhibía desaliño, más que nada porque no se veía. Para colmo, el trámite le dejaba la piel roja e infestada de erupciones bastante más indecorosas que siete pelos invisibles.

Impecablemente vestido, peinado de manera cuestionable y rasurado sin necesidad, se encaminaba al gabinete donde desayunaba el personal de escaleras arriba. Disponía de un vasto surtido de delicias, pero, en lugar de ingerirlas, las envolvía en un hatillo que, concluida la jornada, llevaba al cuarto de Juan y Antonio. Sabía que no les hacía falta. El frugal apetito de los patrones deparaba opíparos festines a los criados y ninguno pasaba ni hambre ni gula. Sucedía que echaba de menos a sus amigos y, además, quería reconciliarse con Juan. Por desgracia, nunca lo encontraba, pues, al decir de Antonio, salía a hurtadillas todas las noches y no regresaba hasta la amanecida.

Finalizado el desayuno, comenzaban las clases. Se adiestraba en las seis disciplinas propias de un caballero: armas, equitación, danza, música, canto y humanidades. Empezó entusiasmado ante la expectativa de emular a su admirado don Quijote, pero se desinfló al descubrir que la caballería no se había inventado para él.

Las armas le fascinaban desde que tenía recuerdos y siempre aspiró a manejarlas con gloria y pericia, fábula que ahora se revelaba abocada a seguir siéndolo porque en el campo de batalla no se mostraba ni tan devastador ni tan épico. En equitación tampoco destacaba. Podía cabalgar de guisa normal, pero ejecutar piruetas a lomos del corcel embutido en una armadura mientras sujetaba un escudo, levantaba una lanza, esgrimía una espada y tiraba flechas de ballesta superaba en mucho sus habilidades. En música, el barco también se hundía, pues no conseguía extraer un sonido decente ni al arpa ni a la vihuela; el canto se le atravesó hasta la abominación, y, en danza, rompió la baraja.

—¡No, no, no y mil veces no! Aborten música.

Don Luis Abellán, el maestro de danzar, enfatizó la petición al cuarteto que acompañaba la lección con un campanudo giro de muñeca. Luego se aproximó a Alonso blandiendo de manera amenazadora el bastón que utilizaba para marcar el ritmo.

Más que un hombre, parecía una exhalación. De escasa estatura, era tan delgado que, de perfil, apenas se le distinguía. Cada mañana llegaba a la mansión Soto de Armendía hecho un pincel. Ese día iba vestido de un verde cegador y con el cuello enclaustrado en una lechuguilla de tales dimensiones que, como no le permitía torcer la cabeza, le obligaba a rotar el cuerpo entero cuando quería mirar hacia los puntos cardinales que no encaraba. Siempre mantenía el meñique izquierdo tieso cual palo de escoba y, entre los dedos restantes, sostenía un pañuelito que agitaba histriónicamente o se arrimaba a la nariz, según le agradase o no el entorno. Toda su persona resultaba tan verde, invertebrada y erecta que, al verle acercarse en actitud nada cordial, Alonso se sintió ante una mantis presta al ataque.

—La gallarda se inaugura en reverencia y adelantando el pie izquierdo —le oyó decir en tono peligroso—. ¿Por qué insistís en sacar el derecho?

—Porque… bueno… Es el que uso cuando echo a andar.

—Se da la circunstancia de que os halláis en mitad de una danza,

no peregrinando a Jerusalén —objetó don Luis—. Galanteáis a una dama y ella os mira insinuante. Vos le hacéis una reverencia. Sonriendo. Siempre sonriendo. Después brincáis de dicha al saberos correspondido. Un, dos, tres; un, dos, tres. Once pasos en total. Requerimiento y rechazo, requerimiento y rechazo. Después de un tenaz cortejo, el idilio prospera. Rompéis la mudanza con el pie derecho y levantáis a la señorita por el talle. Giráis cuatro veces festejando el romance, la bajáis e hincáis rodilla. Y sonriendo. Siempre sonriendo. ¿Lo tenéis claro?

—¿Y no podríamos reducir el número de pasos? —solicitó Alonso, que no había entendido gran cosa, salvo que debía sonreír sí o sí—. Tengo las piernas muy largas. Si doy once pasos, me estamparé contra la pared y ya no habrá más baile.

—¿Cómo os atrevéis a llamar «baile» a mi asignatura? —chilló don Luis, que se tapó las orejas con el espanto de quien acaba de escuchar el rugido de un dragón—. La gallarda es una danza de cuenta, no un zafio baile de cascabel propio del populacho. ¡Ni se os ocurra equiparar ambos conceptos! Ahora procedamos. Y, os lo suplico, colocad los pies en *dehors*.

—¿En dónde? —bizqueó Alonso, desesperado.

—La posición básica de la danza se llama *dehors*. Consiste en juntar los talones y rotar los tobillos desde la cadera. ¿No os lo ha enseñado vuestro preceptor de destreza?

—¿Os referís a mi maestro de espada? Nunca ha mencionado nada semejante. Y no me extraña. En un choque de aceros, uno se pone en guardia, no en *jors*.

—Se dice *dehors* —rectificó don Luis con gesto frustrado—. Y, para vuestra información, la danza y la destreza, que no «espada», como de tan iletrada forma denomináis esta disciplina, comparten una indiscutible afinidad. Amén de elegancia, talento y astucia, ambas ciencias exigen un juego de pies ágil, coordinación y mucha elasticidad corporal. Viendo la funesta manera en que os manejáis durante mis lecciones, no me sorprende que también suspendáis en destreza.

En ese momento llegó Álvaro. Todavía no había entrado y las carcajadas ya le bullían en la garganta. Al principio siempre presenciaba aquellas clases. El precario salero de Alonso y sus constantes polémicas con el maestro le divertían tanto que se pasaba

la sesión entera desternillado de la risa. El circo hartó a don Luis y acabó apercibiéndole de que, o asomaba al final e inmerso en un silencio cartujo, o recurriría a don Gonzalo.

—Buenos días —saludó, haciendo hercúleos esfuerzos por preservar la seriedad—. ¿Cómo progresa mi paje, don Luis? ¿Podrá venir conmigo a algún festejo próximo?

—Si es mortuorio y transcurre con él metido en el féretro, igual sí. De lo contrario, os recomiendo sopesar la compañía de un tronco de árbol; se mueve bastante mejor. Los brazos y piernas de vuestro paje son un completo atropello al buen gusto. Temo que su ilustrísima me achaque el fiasco de este experimento.

—Alonso ha evolucionado mucho en pocas jornadas y eso no habla de un docente mediocre. Más bien al contrario. Marchad tranquilo. No habrá ni fiasco ni reproches.

Don Luis cerró los ojos, se llevó una mano al pecho de modo afectado e inclinó la cabeza levemente, pues la descomunal lechuguilla apenas le permitía una ligera escora.

—¿Por qué os empeñáis en jeringarle, Alonso? —inquirió Álvaro cuando el hombrecillo abandonó la estancia con paso triste.

—Intento amoldarme a sus mandados, pero es más sencillo verle la sombra al viento que arrancarle un mínimo aplauso. Solivianta a la mismísima templanza.

—Soliviantado hallaréis a don Leandro como no apuréis —rio Álvaro—. Vuestro entrenamiento militar os espera. Disfrutadlo. Me consta cuánto os gusta.

—¿Bromeáis? —bufó Alonso—. Prefiero a la astilla repeinada de don Luis que a ese lucifer vestido de guerrero y emperrado en asesinarme poco a poco. Afirma que no parará hasta dejarme «los músculos más duros que la muralla de Madrid». ¿Para qué necesito yo tamaña desmesura? Me han encargado asistiros, no comandar el ejército imperial.

—Las clases de ambos están obrando maravillas en vos. Llegasteis siendo una torre de rizos, esmirriada, desmañada y carente de fuste. Miraos ahora. Vuestras maneras han adquirido garbo gracias a la danza, y el birrioso cuerpo que trajisteis empieza a entonarse.

Tal como relataba Alonso, don Leandro Ríos de Balaguer, maestro de equitación y armas, se había propuesto transformarle en un soldado de formidable planta y, al efecto, diseñó un programa de

adiestramiento que lo dejaba derrengado. Con objeto de habituarle a lo que él denominaba «los rigores de la guerra», le obligaba a calzarse una armadura y a permanecer en posición de firmes bajo el sol de agosto. Cuando ya se derretía, le ordenaba recorrer el patio embutido en los hierros, a ritmo militar y cada vez más rápido.

—¡Aligerad, recluta, aligerad! —gritaba a un Alonso que avanzaba a trompicones—. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Sois un águila real de vuelo poderoso y temible. ¡Un, dos! ¡Un, dos!

Huelga decir que aquella águila de vuelo menos majestuoso e imponente de lo pretendido solía acabar besando el suelo. Allí despatarrado, confinada la cabeza en el interior del claustrofóbico yelmo, casi asfixiado e incapaz de moverse, escuchaba a don Leandro que, de rodillas junto a él, le chillaba enloquecido.

—¡Levantaos y corred! ¡Por la gloria! ¡Por la victoria! ¡No desistáis del combate!

—Pero ¿de qué combate habla? —jadeaba Alonso, buscando una rendija en su prisión facial para coger aire del exterior—. ¡Si no estoy en ninguna maldita batalla!

Ya sin armadura, don Leandro le colocaba una roca enorme en cada mano y le forzaba a mantener los brazos en cruz. Mientras lo tenía cual Cristo en el madero, construía un circuito lleno de obstáculos para realizar «operaciones bélicas». Alonso debía zigzaguear entre ladrillos, saltar un tronco apoyado en caballetes, hacer flexiones con los nudillos, escalar una soga y un sinfín de maniobras más al tiempo que esquivaba palos, pelotas o cubos de agua que don Leandro le lanzaba a modo de flechas enemigas. A continuación, lo sometía a la «banqueta invisible». Se trataba de pegarse a la pared, bajar hasta alcanzar una posición sedente y ahí, con los cuádriceps a punto de reventar, quedarse fosilizado. Tras un exiguo descanso, tocaba agacharse de nuevo y así una y otra vez. Demasiados descensos después, un desesperado Alonso rogaba una clemencia que nunca llegaba porque, según su torturador, tenía los muslos fofos y aquel sillón imaginario era un método de robustecimiento infalible. Superado el calvario y para pasmo del exhausto cadete, don Leandro declaraba el «fin del calentamiento» y el inicio del «auténtico desafío». Entonces le daba una espada y empezaba a asestarle mandobles que él intentaba parar sin éxito, pues, a esas alturas, ni podía sostenerse a sí mismo ni, mucho menos, una

tizona. De ahí que el torneo siempre terminase con el águila real en tierra.

Aparte de baldarle el esqueleto, don Leandro también le enseñaba equitación; en concreto, la monta en sus dos estilos: la brida y la jineta.

—La monta a la brida nació en una época de frecuentes guerras —le explicó—. Las huestes acudían a la batalla con tanto hierro encima que abatían escuadrones enteros en una única carga, pero, como la armadura les impedía doblar las piernas, empleaban estribos largos que les permitían estirarlas y mantenerse en la silla durante las arremetidas.

—La jineta es mejor —expuso Alonso—. Llevar los estribos cortos y las rodillas pegadas al rostro facilita el manejo del arma. Suprimamos las clases de brida. Es anticuada y está en desuso.

—¿Deseáis manifestar alguna otra preferencia o podemos continuar la lección? —masculló don Leandro, irritado.

—Al menos, apiadaos de mí y eliminemos la armadura. Comprended que encerrarse en esa jaula de metal en pleno agosto raya la heroicidad.

—Entonces, seréis un héroe porque montaréis a la brida y con armadura —sentenció don Leandro—. Nieve, llueva o se abra el cielo y escupa lenguas de fuego, lo haréis.

Así de tortuosas transcurrían las lecciones artísticas y bélicas para Alonso. Suerte que en humanidades sí destacaba. Y de un modo sobresaliente, además. Al principio, compartía las clases con Álvaro, consistentes estas en latín, retórica, poética, filosofía, historia, geografía y matemáticas. El joven no cabía en sí de felicidad. Era crucial dominar esas asignaturas para no ir a la zaga en la universidad y estudiarlas junto a un preceptor privado no tenía precio. El futuro se le presentaba, pues, cual firmamento soleado e impoluto, pero tanta dicha resultó efímera, porque al poco llegaron las nubes y empezó a llover.

Don Hugo lo aborrecía y envidiaba la creciente camaradería que Álvaro le dispensaba. Los chicos se entendían a las mil maravillas y derrochaban tanta complicidad que el ayo se sentía desplazado. Consumido por los celos, se dedicaba a sembrar cizaña en don Gonzalo acusando a Alonso de no guardar las distancias debidas, de tomarse demasiadas confianzas, de prodigar una soberbia inexcusable

y de cuantas faltas se le ocurrían.

Impasibles a sus intrigas, Álvaro y Alonso seguían alimentando una relación más rayana en la de dos amigos que en la de señor y escudero. En la intimidad, incluso erradicaban el tuteo y el «vuesa merced» propios de su dispar condición y se voseaban como los de igual cuna. La tormenta estalló cuando don Hugo se enteró y corrió a contárselo a don Gonzalo. Sabedor del encono que el ayo profesaba hacia Alonso, este apenas le prestaba atención, pero, como sí juzgó abusivo apear el tratamiento al amo, acotó las fronteras suprimiendo las lecciones conjuntas y reduciendo la instrucción letrada de Alonso a las únicas materias exigidas a un paje: latín, retórica y poética.

Aunque entristecido por el recorte, Alonso hizo de la necesidad virtud. Cierto que dominar el resto de asignaturas le habría facilitado la estancia en la universidad, pero la admisión solo requería aprobar un examen de latín y esa clase se mantenía vigente. En cuanto a las ciencias restringidas, ya encontraría la forma de cultivarlas.

Su maestro era Leonardo Nicoletta da Testa, un reputado humanista idéntico a don Hugo en muchas cosas y por completo diferente en una. Ambos descendían de familia humilde, tuvieron que trabajar para pagarse la educación, se habían licenciado en la prestigiosa Universidad de Bolonia y progresaron gracias al tesón, no a las influencias. Sin embargo, el éxito forjó dos talantes opuestos. Don Leonardo respetaba a quienes, como él, intentaban abrirse camino a base de esfuerzo y sacrificio. En cambio, don Hugo los despreciaba. Por eso el afecto del primero hacia Alonso aumentaba a la misma velocidad que la ojeriza del segundo.

Una mañana de agosto, don Hugo entró en la sala que se utilizaba como aula y halló a Alonso repasando la lección mientras aguardaba a don Leonardo. Su inmaculado aspecto y esa gallardía genuina que ni siquiera él podía negar lo enervaron. Acto seguido llegó don Leonardo y saludó a su pupilo con tanta efusividad como laconismo mostró al ayo. Ciego de rabia al sentirse excluido, este se fingió absorto en sí mismo y comenzó a destilar veneno.

—¡Oh, exquisitez! Amargas lágrimas derramáis cuando os fuerzan a tragar vulgaridad.

Don Leonardo le lanzó una mirada reprobatoria. No entendía su empeño en arremeter contra Alonso. El chico siempre trataba de evitar el altercado, pero a veces las ofensas alcanzaban tales cotas que

terminaba perdiendo los estribos y enfrentándose a él. Suspiró al intuir que estaba a punto de presenciar una de aquellas veces.

—¿Qué significa eso, don Hugo? —preguntó Alonso, enojado.

El ayo reprimió una sonrisa ladina satisfecho de haber conseguido encabritarlo y, simulando abandonar un estado de honda introspección, parpadeó desorientado.

—Disculpadme, caballeros. Divagaba en silencio, pero me figuro que el entorno ha enardecido a mis musas y las elucubraciones me han brotado en voz alta.

—¿Seguro que es el entorno vuestra fuente de inspiración? —receló Alonso—. Porque tengo la impresión de que os referíais a mí.

—Lamento decirte que el universo no gira alrededor de ti —respondió don Hugo, recalcando el tuteo con un desdén manifiesto—. Te sugiero analizar ese complejo de inferioridad que te hace vislumbrar agravios en una inocente reflexión filosófica. No obstante, te comprendo. Alguien habituado a los ambientes de arrabal no debe de sentirse cómodo entre tanta distinción.

Alonso iba a soltar una insolencia, pero se refrenó. Las malicias de don Hugo ya le habían perjudicado mucho y temía empeorar las cosas si entraba en sus provocaciones y desmandaba los modales. Por desgracia, el ayo no parecía dispuesto a dejar de pincharle.

—¿Me permites compartir contigo otra reflexión filosófica que podría serte de provecho? —le preguntó.

—Adelante —accedió Alonso, que hacía lo posible por controlarse.

—En mi opinión, Dios ha estructurado el mundo en perfecta armonía instaurando dos estamentos: patricios y plebeyos —comenzó don Hugo en ademán erudito—. Los nobles nacen rodeados de vasallos porque deben formarse para encumbrar el linaje. En cambio, los vasallos siempre están a las órdenes de algún noble, pues su única misión consiste en servir; lo cual requiere sumisión, no cultura. Cuando, ansiosos de adquirirla, empiezan a estudiar, la armonía se rompe. Los nobles ya no disponen de vasallos prestos a obedecer sin rechistar, sino de agitadores que, creyéndose lo que no son, tienden a sublevarse. Y lo harán. No en vano las insurrecciones se gestan a partir de unos cuantos analfabetos con ínfulas que se consideran dueños de todos los derechos y de ninguna obligación.

—Curiosa teoría viniendo de vuesa merced porque no residís en

el mejor hemisferio de ese armónico mundo —coligió Alonso, incapaz de continuar mordiéndose los labios—. Servís a don Álvaro, así que os presumo inmerso en el analfabetismo del vulgo.

—¡Zafio arrogante! —se reviró don Hugo cuando su propia burla se volvió contra él—. No entiendo en qué pensaba su ilustrísima cuando te nombró paje de Álvaro. ¡Un arrastracueros representando a los Soto de Armendía! ¡Qué desatino!

—Contención, señores —concilió don Leonardo.

—¿Me pedís contención cuando me está insultando? —espetó don Hugo, furioso.

—Vos lo habéis hecho primero.

—¿En qué le he faltado? Ha mostrado interés en mis cavilaciones y se las he trasladado. Mientras alguien con modales habría comentado el asunto de manera relajada, él lo ha sacado de contexto y ha empezado a atacarme.

—Nadie, ni educado ni burdo, se relaja cuando lo colman de escarnios y sátiras —reconvino don Leonardo—. Sabíais que vuestras palabras le iban a encorajinar.

—Ni sé qué encorajina a este andurriasmo ni me importa. Ahora resulta que no puedo expresarme con libertad no sea que el señorito se disguste.

—Expresarse con libertad no implica ni afrentar ni zaherir. Sois una eminencia, don Hugo. ¿No comprendéis que esas observaciones punzantes y arbitrarias laceran más vuestra reputación que la susceptibilidad de Alonso?

—Mi reputación está muy consolidada y un pendenciero de baja estofa carece de fuste para siquiera aspirar a lastrarla. Os aconsejo que, en vez de enmendarme la plana a mí, enseñéis al gallofero a comportarse en sociedad. Dudo que lo logréis. El hábito no hace al monje y, aunque se forre el cuerpo de terciopelo, continuará rezumando ordinariez. Os dejo a su vera. Y no aliviéis la guardia; la rusticidad se contagia. Buenos días.

Dicho esto, elevó una barbilla altanera y se retiró.

—*Nihil silentio utilius*; nada hay más provechoso que el silencio —susurró don Leonardo, a solas ya con un embravecido Alonso—. En ocasiones, es la mejor respuesta.

—Las guerras no se ganan cerrando la boca, maestro.

—Si blandiéramos silencios en lugar de espadas, habría muchas

menos. Todos manejamos el arte de la réplica, pero pocos practican el de sellar los labios y, para saber hablar, antes se ha de aprender a callar. Dos no riñen si uno se niega. Ignorad sus ataques y la pelea morirá antes de nacer.

—Me increpa de continuo y sin causa, don Leonardo. No puedo ignorarlo y fingir que no me afecta.

—Pues justo eso es lo que más le escocería. Hoy se propuso encresparos y triunfó, lo cual le demuestra el poder que ejerce sobre vos. Dad la callada por respuesta. Mientras la indiferencia refleja confianza en uno mismo y aplomo, los arrebatos sugieren flaqueza e inseguridad. Cuanto más exacerbéis el nervio, más debilidad mostráis y eso os convierte en un blanco fácil. Gritad y quizá venzáis a don Hugo en alguna batalla; adargaos en un silencio indolente y ganaréis la guerra.

—No me veo capaz, maestro. El genio me pierde.

—Moderación, Alonso. He ahí la clave del éxito. Ni los ardores ni los hielos reportan glorias porque el fuego quema, pero la nieve también. Debéis aferraros al término medio y gobernar las emociones. Una hoguera dominada entibia, y el frío controlado refresca. Desmadrados, ambos aniquilan. Cuando el corazón se calcina merced a témpanos o incendios, se envilece, e intuyo que en el vuestro hace mucho calor.

—Mucho —admitió Alonso, consternado—. El mismísimo infierno llevo en el pecho.

—Derrocháis nobleza, pero no la usáis en vuestro favor. Siempre dais la cara, y eso denota valentía, no inteligencia. Yendo de frente no se cosechan victorias. Además, se corre el riesgo de espolear la soberbia de bastantes y la estupidez de demasiados. Sumergíos en los honorables ministerios del cinismo y procurad poneros de perfil.

—¿Acaso hay honor en el cinismo?

—En el decente sí, porque ni lastima al prójimo ni permite que este te lastime a ti.

—Apuesto la diestra a que ese venturoso doblete se obtiene guardando silencio —bromeó Alonso.

—Ganáis el envite y la mano —sonrió don Leonardo, divertido—. El silencio daña menos que algunas declaraciones y, paradójicamente, suele expresar más. Hay mutismos que lo dicen todo y testimonios que, o no dicen nada, o devastan en un instante afectos cultivados

durante años. Nunca apresuréis el verbo. Siempre tendréis oportunidad de pronunciaros, pero recordad que las palabras son como el agua: una vez derramada, ya no se puede recoger. Hablad solo para construir, Alonso, no para destruir.

—Prometo intentarlo; aunque, tratándose de don Hugo, me parece imposible.

—*Nihil impossibile volenti*: nada es imposible si de veras se desea —sentenció don Leonardo—. Y os aconsejo poner la máxima voluntad en desear la paz con el ayo. Una existencia tranquila en esta casa demanda no enfrentaros a él.

—Me temo que ya estamos más enfrentados que reyes de ajedrez —resopló Alonso, desanimado—. En cualquier caso, agradezco vuestras recomendaciones. No las olvidaré.

La bronca con don Hugo inflamó la rebeldía de Alonso. El verano avanzaba y su formación continuaba restringida. Aunque Álvaro había intercedido por él ante don Gonzalo, este se negaba a derogar el recorte educativo. El problema amenazaba con perpetuarse en el tiempo y eso entorpecía los secretos propósitos de Alonso. Las lecciones de latín le garantizaban superar la prueba de ingreso en la universidad, pero, una vez dentro, necesitaría tener conocimientos de matemáticas, geografía, filosofía e historia para seguir el ritmo de las clases. Truncada la oportunidad de adquirirlos bajo la cátedra de un preceptor, retomó su primitiva idea de recurrir al lugar donde descubrió la luz anunciada por sor Casilda. La biblioteca del marqués.

Pese a no ver otra alternativa, tampoco le atraía demasiado la única que parecía existir. Don Gonzalo veneraba su colección de libros y, como le sorprendiera utilizándolos sin autorización, montaría en cólera. Aunque se planteó pedirle permiso, desestimó la opción. Don Hugo volvería a envenenarle el ánimo y, lejos de otorgarle venia, quizá le prohibiera el acceso, calamidad que debía evitar a toda costa. La falta de norma expresa le dejaría margen para alegar que la ignoraba, pero, si don Gonzalo establecía un veto explícito y él lo vulneraba, quedaría huérfano de defensa y lo expulsarían. Calibrada la situación, resolvió actuar en la sombra. Precisaba estudiar y, con don Hugo emperrado en lastrarle el camino, no encontraba mejor manera de conseguirlo.

Y así, más por fuerza que por capricho, Alonso se convirtió en un ladrón de letras.

De madrugada, se colaba a hurtadillas en la biblioteca, se llevaba un libro y lo leía durante las constantes vigilias que le fabricaban sus pesadillas. Al terminar, lo devolvía y seleccionaba otro. Los tratados de geografía, historia, filosofía y matemáticas inauguraron aquella cadena de efímeros secuestros. Luego le siguieron obras de retórica, música, cetrería, diplomacia, biografías e incluso un volumen del Digesto de Justiniano.

Aparte de ciencia y cultura, la estancia acogía algo más que le llamaba mucho la atención: un tablero de ajedrez y, muy en especial, la partida que sobre sus escaques se terciaba. Tenía comprobado que, aunque se renovaba de una semana a otra, siempre quedaba inconclusa y eso le intrigaba. Un aficionado nunca dejaba una batalla a medias. Podía suceder de forma esporádica, pero no por sistema. También le chocaba que los jugadores la interrumpiesen justo cuando el alfil blanco jaqueaba al rey negro. A pesar de que este podía desbaratar la amenaza valiéndose de su caballo y, de paso, poner a tiro de la torre al rey blanco, nunca lo hacía. Cierto que se trataba de una combinación de movimientos digna de un veterano y ningún novato sabría pergeñarla, pero no entendía por qué la misma situación se daba una y otra vez. Y es que, aunque cada semana las piezas restantes aparecían diseminadas sobre el tablero de manera diferente, las posiciones de los dos reyes, del caballo y de la torre negros y del alfil blanco permanecían inalterables.

Quizá el jugador negro no era, en efecto, un versado y el blanco se aprovechaba de ello deteniendo la lid antes de enfrentar un jaque a su rey. O tal vez ambos contendientes habían renunciado a ganar y solo perseguían alcanzar tan singulares tablas. De ahí que, no bien lo lograban, zanjaran la partida y, cuando se reencontraban, empezaran una nueva. Alonso pensaba que, si de veras las cosas ocurrían así, él podría realizar el movimiento que salvaría al rey negro, pero, como ignoraba las auténticas pretensiones de los jugadores, no se atrevía a intervenir. Con todo, ansiaba hacerlo y necesitaba aferrarse a su entera fuerza de voluntad para mantener las manos quietas.

20

SECRETOS DE AMOR

Aunque el misterio de las partidas de ajedrez inacabadas roía la curiosidad de Alonso, otro mucho menos trivial le estaba ulcerando el buen humor. Como paje de Álvaro, había esperado ver a Mencía de continuo, feliz estampa que, para su tremendo chasco, el horizonte apenas le regalaba. En ocasiones, se la encontraba en el patio de entrenamiento o en el jardín, pero su fastidiosa dueña siempre la escoltaba y ni un saludo les consentía. Si Álvaro lo hubiera reclamado en la rúa, habría disfrutado más de ella, pues solía acompañarle. Sin embargo, no lo hacía y justo ahí radicaba el enigma. ¿Por qué le requería en todas las salidas, excepto en las que efectuaba junto a Mencía? ¿Intuiría los sentimientos que le inspiraba su hermana? ¿Le habría prevenido doña Úrsula contra él? Quizá, pero la actitud del muchacho no transmitía recelos y, de habérselos sembrado la dueña, se lo habría comentado. Debía existir otra explicación. Algo sucedía durante el paseo que Álvaro no deseaba participarle, lo cual le desconcertaba y, en mayor medida, le dolía. La relación de ambos había rebasado la frontera laboral para transformarse en amistad y no entendía aquella falta de confianza.

Con todo, ¿qué derecho tenía a hacerle reproche alguno si, en lo concerniente a callarse cosas, él era el gran maestre? ¿O acaso no le había ocultado un sinfín de datos sobre sí mismo? Frente a su lógico cuestionario a propósito de la familia, se había inventado una historia truculenta en torno a una madre fallecida en el parto que lo trajo al mundo y un padre que, tras criarlo, murió de nostalgia dejándole a merced de la caridad. Cuando le preguntó la causa de su infatigable entusiasmo en las clases de latín, se limitó a responder que la lengua de los clásicos le gustaba, pues sabía que los aristócratas como Álvaro ni digerían las ambiciones intelectuales de sus vasallos ni solían secundarlas. También falseó la edad y aprovechó su elevada estatura

para adjudicarse dieciséis años en lugar de los catorce que había cumplido el 4 de mayo anterior. De esta forma eludía cualquier vinculación con los Castro; en particular, con el vástago evadido y, a la sazón, prófugo inquisitorial. Finalmente, cuando Álvaro husmeó en sus amoríos, negó tenerlos, seguro de que, si descubría que un vulgar paje rondaba a la princesa de la casa, no dudaría en separarlo de ella y, entonces, ni podría frecuentarla ni, desde luego, cortejarla. En definitiva, le había contado tal sarta de embustes que, a veces, necesitaba concentrarse para no caer en contradicciones y, como semejante bagaje le confiscaba toda legitimidad para censurar nada a su patrón, descartó la idea de pedirle explicaciones y se resignó a gozar de la bella Mencía en la distancia.

Así, mientras los hermanos partían rumbo a la rúa en jubilosa comparsa, él trataba de animarse estudiando o visitando a Antonio en las caballerizas. También invertía las horas en indagar sobre Juan. Pese a sus constantes tentativas, no había vuelto a verlo y aquella ausencia pertinaz le preocupaba. Nunca lo hallaba en el desván y lo más chocante era que apenas pisaba las cocinas. Eso lo averiguó una mañana en que interrogó al señor Baldani y este se quejó de que no acudía al trabajo y que, de dignarse a ello, lo hacía desaliñado e impasible a las amonestaciones. El italiano se lo refirió tan enfadado que, temeroso de empeorar la situación, optó por no volver a fisgonear en las cocinas y restringir el radio de búsqueda al desván. Algunas noches, cuando Álvaro se acostaba, subía allí, se tumbaba en su antiguo camastro y lo aguardaba mientras charlaba con Antonio o velaba el descanso del niño. Pero Juan no aparecía y, al alba, regresaba a la planta noble preguntándose dónde diablos pasaba las madrugadas.

Ni de lejos imaginaba cuánto tendría que regar el árbol de la paciencia, pues aún tardaría mucho en desnudar los secretos de Juan. Suerte que ahondar en los de Álvaro le llevó bastante menos tiempo.

Sucedió poco después. Un jueves de finales de septiembre, el joven hidalgo marchó a la rúa, pero esta vez prescindió de escudero y también de Mencía. Cuando Alonso reparó en ello, pensó que la cosa iba de mal en peor. Álvaro detestaba salir solo. ¿Tan tediosa le parecía su compañía que prefería la soledad? Quizá su escaso talento en el manejo de armas y caballos lo habían defraudado y ya no le consideraba alguien interesante, sino un melindres como los demás

pajes con quien no le apetecía estar. O puede que la novedad de su persona hubiera dejado de serlo y se hubiera cansado de él. Los ilustres tenían un carácter veleidoso y lo que hoy adoraban mañana les aburría. Con todo, las piezas no acababan de encajar. Álvaro le rehuía exclusivamente a la hora de la rúa. El resto de la jornada no se despegaba de él y le dispensaba una camaradería nada acorde a la esquiva conducta que exhibía cada tarde.

Confundido y desmoralizado, decidió salir a cabalgar un rato. Necesitaba airearse y, de paso, practicaría su torpe equitación. Pese a la extrema docilidad del pura raza gallego que le habían asignado, no lograba adquirir soltura, ineptitud causante de incesantes reprimendas por parte de don Leandro y, al parecer, origen ahora de la decepción de Álvaro. Con el talante compungido de quien se siente un estorbo desechable y desechado, se dirigió al Prado. El lugar no lucía igual de apagado que él. Al revés. Resplandecía.

Las hileras de frondosos árboles que dividían la avenida y los innumerables arroyos de alrededor moderaban las achicharrantes temperaturas. El trino de los pájaros amenizaba el entorno al compás de las suaves melodías que emergían de la torrecilla de la música, una estructura ubicada en la confluencia de los Prados de San Jerónimo y de Atocha donde una banda de ministriles contratada por el Concejo tocaba hasta la anochecida. Siglos después, justo ahí se erigiría una monumental fuente dedicada al dios Neptuno, pero de momento las más próximas se extendían a lo largo del Prado de San Jerónimo. Destacaban en popularidad la del Caño Dorado, la de la Sierpe, la del Piojo, la del Olivo y la del Peñasco, todas atestadas siempre de paseantes que bebían de sus grifos, se refrescaban o se sentaban en el pilón a echar un párrafo con el vecino.

Los perros ladraban a los rocines, estos relinchaban, los hombres conversaban a gritos y las mujeres también. Los menesterosos pedían dinero para agenciarse algún masticable en los tenderetes que salpicaban la alameda, y los chiquillos lo suplicaban para comprar golosinas a los ambulantes. Por todas partes se escuchaban risas, bromas, chascarrillos, exabruptos e infantiles berridos que, mezclados con el perezoso rodar de los vehículos y el ruido de la vida, creaban una muy agradable atmósfera de alegría y costumbre.

En la cercana Huerta de Juan Fernández no cabía un alma. Era un parque público que nació gracias a un regidor del Concejo así

llamado. Hogar de parterres, senderos arbolados, fuentes y un lago, de día lo frecuentaban los amantes de la naturaleza, y de noche, los amantes a secas, pues ofrecía abundantes rincones donde celebrar encuentros clandestinos. Alonso cabalgaba por las inmediaciones del recinto cuando divisó a Álvaro frente al acceso principal. Se removía nervioso sobre la silla del caballo y llevaba un estuche de confites. Alonso arrugó el entrecejo. Un galán azogado y con dulces bajo el brazo a las puertas de la Huerta de Juan Fernández olía a romance, pero, hasta donde él sabía, Álvaro no tenía novia.

Apareció entonces un carruaje cerrado, de cuero negro y fileteado en oro. Dos percherones blancos lo remolcaban, un postillón con librea azul lo conducía, y tupidas cortinas preservaban la privacidad de sus ocupantes. Alonso pensó que tanta discreción mataría de un síncope a quien viajara dentro porque, si el calor era insoportable al aire libre, en el interior de esa cabina oscura y hermética de seguro se respiraba fuego.

El coche se detuvo junto a Álvaro, y una doncella oculta bajo un manto semitransparente descorrió el visillo. El chico esbozó una sonrisa arrobada que mudó a mueca interrogante cuando, al momento siguiente, la dueña de la joven también se asomó.

Al comprender lo infundado de sus temores, Alonso se relajó. Álvaro no le había relegado ni por melindres ni por torpe. El motivo no era así de negro. En realidad se aproximaba más al rosa, porque resultaba evidente que tenía una cita. Ahora bien, esta no se perfilaba dichosa, pues la presencia de la tercera en discordia, a todas luces, imprevista e indeseada, parecía haberla desbaratado antes siquiera de estrenarse.

Reprimiendo las carcajadas, observó la sucesión de ademanes que, en orden militar, fueron surcando el rostro del pretendiente. Primero manifestó júbilo; después frunció el ceño; luego se ruborizó; a continuación, resopló, y, tras tan gráfica secuencia de visajes, el infeliz consiguió componer el típico gesto de falsa sorpresa que solía preceder al manido «¡qué casualidad!». Los aspavientos de la dueña no le iban a la zaga en expresividad. La pobre mujer, que sudaba a mares bajo el recio monjil, se aferraba a la ventanilla y boqueaba como pez fuera del agua.

Con una idea en la cabeza que quizá salvase la cita, Alonso adquirió dos vasos de aloja y una ración de cerezas en uno de los

puestos circundantes. Así pertrechado, acercó su montura al carruaje.

—Buenas tardes, patrón; un placer encontraros por estos lares —saludó a Álvaro en tono jovial e, indiferente a la mirada atónita de este, se dirigió a las pasajeras del vehículo—. Buenas tardes tengan también vuesas mercedes. Soy Alonso González de Armenteros, asistente personal de don Álvaro. Quedo al servicio de vuecencias.

Sin recordar que era un jinete mediocre tirando a malo ni advertir que sujetar las riendas con dos cuencos rebosantes de líquido y un plato de cerezas agudizaría el problema, terminó de arreglarlo cuando se descubrió la cabeza e hizo una reverencia. La osadía de sumar el sombrero al exceso de cosas que ya acumulaba en las manos le acarreó nefastas consecuencias, pues bastó un leve meneo de su rocín para que todo se le cayera al suelo.

La doncella soltó una risita divertida; la dueña, un gemido al ver el ansiado refrigerio mojando la calzada; Álvaro, una exclamación incrédula, y Alonso, una maldición contra el caballo traidor. Se apresuró a desmontar para, al menos, recuperar el chambergo, porque la gente ya había pisoteado la fruta y un perro lamía la aloja derramada.

—Os ruego dispenséis mi torpeza —balbuceó sonrojado—. Intentaba aplacaros el calor, pero me temo que mi rocinante tiene el día gracioso.

—No culpéis al animal; quizá quisisteis abarcar demasiado —contestó la doncella desde el interior del coche—. En cualquier caso, os agradecemos el agasajo.

Alonso la identificó en el acto. Era la muchacha que, junto a Álvaro, llamaba a Mencía la Noche de San Juan e, igual que entonces, le resultó muy familiar.

—Aunque de forma bastante singular, Alonso ya se ha presentado, permitidme hacer lo propio con vuesas mercedes —intervino Álvaro, todavía patidifuso—. Alonso, las damas son doña Isabel Salazar y su dueña, doña Herminia Maldonado de Valdés.

Alonso parpadeó perplejo. Álvaro le había hablado del compromiso entre su hermano Beltrán y una tal Isabel Salazar. ¿Se trataría de la misma? ¡Un momento! ¿Acaso...? ¡Pues claro! Ahora lo entendía. Los cuñados mantenían un idilio y, como Mencía lo sabía, paseaba con su amiga para dar ocasión a Álvaro de adherirse a ella y, de paso, a Isabel sin escamar a las ayas. ¡Lógico que no lo reclamase

en la rúa! Deseaba proteger el secreto y no le extrañaba tanto celo en hacerlo. De salir a la luz esa relación, temblaría el Misterio.

Ovillar la madeja lo sumió en tal abstracción que no se percató del estudio al que Isabel lo estaba sometiendo. Al fin conocía al famoso Alonso, el criado que había conquistado a Mencía y Álvaro. No pudo por menos que alabar el gusto de los hermanos. Le pareció simpático, muy atractivo y, para colmo de bondades, su cómica aparición había mitigado el ridículo de acudir a una cita romántica con la carabina a cuestas.

Llevaba días organizándola. Había elegido una tarde en que don Rodrigo debía personarse en el Alcázar, trayecto que realizaría en el carruaje de verano y con su fiel cochero a las riendas. Eso le brindaba a ella la posibilidad de requerir al suplente, que, a diferencia del titular, sí admitía sobornos, y de usar el vehículo de invierno, donde el calor incitaría a doña Herminia a quedarse en casa. La primera parte del plan había funcionado. La segunda no. La idea de viajar en un horno rodante no había disuadido a su dueña y, aunque la prudencia recomendaba plantar a Álvaro, las ganas de verlo la habían empujado a encarar el bochorno de comparecer con la chaperona por sombra.

Mientras Isabel lo escrutaba, Alonso terminó de atar cabos, pero, lejos de condenar el adulterio, lo estimó una pillería de Cupido ajena a la voluntad de los implicados. El antojadizo querubín gustaba de disparar sus flechas sin orden ni concierto y, a menudo, estas hacían más mal que bien. Para muestra, ahí estaba él, prendado de la hija de un marqués que, a mayor desastre, era su jefe. No tenía, pues, patente de crítica y cualquiera que le surgiera sobre los sentimientos de Álvaro chocaría con lo ilícito de los suyos. Al abrigo de estas deliberaciones, embridó juicios y prejuicios y reanudó su cruzada particular de salvar la cita. Miró a doña Herminia y le dedicó una sonrisa encantadora.

—Excusad el apunte, mi señora, pero os percibo en estado febril. ¿Me concedéis el privilegio de invitaros a un paseo y a un segundo vaso de aloja? Prometo que correrá mejor suerte que el primero.

En otras circunstancias, la aludida jamás habría desatendido a su pupila, pero, convencida de morir asfixiada si no abandonaba de inmediato aquella jaula ígnea, no lo dudó. Abrió la portezuela y se apeó a una velocidad inaudita en alguien de su edad.

—Acepto complacida. Mi decrépito esqueleto no resiste estas sofoquinas.

—No habléis de vuestra gentil persona en tan injustos términos —la aduló Alonso al tiempo que le ofrecía el brazo—. Pocos descienden de un carruaje con tamaña agilidad. Me habéis dejado fascinado.

—Quien tuvo retuvo, mi zalamero amigo —rio doña Herminia—. En mis años mozos, fui una experta amazona.

—¿De veras? —exclamó Alonso antes de guiñar un ojo a Álvaro, que contemplaba la escena pasmado—. Contadme, por favor. Acabáis de comprobar mis tristes aptitudes en equitación y vuestros consejos me resultarían muy provechosos.

—Niña, estoy un poco mareada y una breve caminata junto a este amable caballero me ayudará a recuperarme —anunció la anciana a Isabel, que también asistía estupefacta a la comedia de Alonso—. Regresaré en un ratito. Don Álvaro, ¿podéis entretenérmela mientras? Y, os lo suplico, no consintáis que ningún devorafaldas se le arrime.

—Id tranquila —dijo Álvaro, mirando agradecido a su paje—. Yo la cuidaré.

Alonso pasó así de faltar en todas las rúas a no perderse ni una. Su destreza en la tarea de distraer a las dueñas devino esencial para Álvaro e Isabel, y su mera presencia, en un enorme aliciente para Mencía. Si desembarazarse de doña Úrsula ayer convenía, ahora era cuestión de vida o muerte. Por fortuna, el reuma que la mujer sufría la postraba con frecuencia y la compelía a delegar su labor en Álvaro o doña Herminia.

A veces, Isabel visitaba a Mencía antes de la rúa y soportaba estoica sus caóticos preparativos de cara al reencuentro con Alonso. Inmersa en un parloteo emocionado, se probaba mil atuendos, dudaba entre varios, volvía a probárselos y volvía a dudar. Cuando al fin se decidía por uno, se lo calzaba sin aflojar ni la cháchara ni el entusiasmo y, cuando ya lucía perfecta, ordenaba a sus doncellas sorber agua de ámbar y escupírsela encima. A falta de pulverizadores, de ese peculiar modo se perfumaban las damas.

—Ignoro el motivo, pero Alonso me inspira mucha cercanía —le comentó Isabel una de esas tardes—. Siempre deseé tener hermanos. De poder elegir uno, lo escogería a él.

—Para ti, sus fraternales atenciones; para mí, las restantes —bromeó Mencía.

—No comprendo por qué no se lo cuentas a Álvaro. No pondrá

trabas.

—En según qué asuntos, tu romeo piensa igual que mi padre. No dejará que me enrede con un plebeyo. Lo tildará de obsceno e indecente.

—¡Claro! —ironizó Isabel—. Porque lo que él se trae con su cuñada es muy púdico.

—Prefiero no arriesgarme, así que ni una palabra. Marchemos ya. Doña Úrsula tampoco vendrá hoy. Está peor de sus achaques y el galeno le ha prescrito reposo. Conste que no me alegro, pero tu dueña nos crea menos problemas. El traqueteo del carruaje siempre la duerme. ¡Si supiera todo lo que ocurre mientras sueña con los angelitos!

—Apuesto a que uno de esos angelitos se llama Alonso —repuso Isabel, divertida—. La tiene encandilada desde que se la llevó de paseo la tarde en que nos conocimos. ¡Si le hubieras visto aparecer con un sinfín de bártulos en las manos, basculando sobre el caballo e intentando mantener el equilibrio! Creí morir de la risa. Espero por tu bien que gaste más talento besando que cabalgando.

—Quizá se le den mejor otro tipo de monturas —aventuró Mencía en tono travieso.

—Aplaca, amiga, que te arrebatas —se carcajeó Isabel en tanto se dirigía a la puerta—. Y, si pretendes preservar tu secreto, procura moderar los suspiros. Soplan fuertes cual huracán de enero y en esta época solo los vientos del abanico pasan desapercibidos.

21

CASTILLO DE SUEÑOS

Una mañana de comienzos de octubre en que las nubes alfombraban el cielo, y hojas caducas, la hierba de los jardines, Mencía e Isabel asistieron a misa en la Victoria acompañadas de sus respectivas dueñas.

Mencía se había enjaezado el talle con una espectacular pretina de oro y brillantes. Su idolatrada abuela materna, finada meses atrás, se la había regalado justo antes de fallecer y, como aquel día habría cumplido años, así había querido la joven honrar su recuerdo.

—Este pequeño tesoro nos mantendrá unidas cuando el Señor me reclame —le dijo la anciana al dárselo—. A ti te corresponde uno de sus cabos, y a mí, el otro. En medio de ambos hallarás oro, porque mucho hay sembrado en el camino que te aguarda, y brillantes, pues como ellos resplandecerá la dicha de la que gozarás durante el transitar. Si alguna vez el camino se tuerce o el transitar se ensombrece, agarra tu extremo de la pretina. Allá donde yo me encuentre, cogeré el mío y juntas lograremos que vuelvas a sonreír.

Al poco, expiró y entonces para Mencía la pretina ascendió de presente especial a único. Temía tanto perderla que nunca se la ponía. Se limitaba a sacarla de su arquilla antes de acostarse y, mientras la abrazaba, murmuraba una letanía que, a fuerza de repetirla, se había convertido en una especie de oración: «Serenaos, abuela. No veo curvas en el camino ni sombras en el transitar. Solo deseo comprobar que continuáis ahí». Luego cerraba los ojos, se concentraba un momento y después suspiraba satisfecha. La sentía a su vera. Podía dormir tranquila.

Luciendo la pretina en la cintura y una honda melancolía en el semblante, Mencía rindió culto al oficio religioso e inició el regreso a casa. Consciente de su pena, Isabel se propuso animarla y la convenció de pasear hasta la Puerta de Guadalajara, visitar las múltiples platerías

de allí e informarse de las últimas tendencias.

La Puerta de Guadalajara era el tramo de la calle Mayor donde se ubicaba la sede de los joyeros, aunque, como a estos se les llamaba «plateros», sus comercios se denominaban «platerías». Aparte de ostentosas alhajas, expendían género menos oneroso pero igual de apetecible. Tocas repletas de perlas cosidas, ligas de encaje, camisolas de seda, zapatillas pespunteadas con hilo de oro, abanicos napolitanos, puños, vueltas, randas, valonas y un inagotable surtido de complementos inflamaban los antojos femeninos e incendiaban los bolsillos masculinos.

Mientras las joyas se exponían en los escaparates sin ningún pudor, el resto de la mercancía debía ocultarse a causa de la normativa vigente. Empeñado en mesurar el exagerado lujo imperante en la indumentaria de la alta sociedad madrileña, el Consejo de Castilla ya había promulgado varias pragmáticas que prohibían engarzar en la ropa adornos de oro y plata o gemas de cualquier clase. Se censuraron así cadenillas, gurbiones, pasadillos, granujados, cintillos, pretinas, apretadores, herretes, lomillos, botones, bandas, torcidos, franjas, guarniciones… En definitiva, toda galanura portadora de metales preciosos era ilícita, y su venta, sancionable. De ahí que los plateros las escondieran y solo las enseñaran a interesados clandestinos, los cuales, dicho sea de paso, abundaban, porque en Madrid ni se concebía un vestido carente de aliño ni se acataba ninguna norma de esa índole. Lógico, pues, que, entre rebeldías manifiestas y transacciones furtivas, las pragmáticas mudasen de papel firmado a papel mojado.

Pese a las flagrantes y reiteradas transgresiones, el Consejo de Castilla guardaba silencio, tácita aquiescencia más nacida del miedo que de la dejadez. Considerando que únicamente el alto estamento podía permitirse semejantes excesos, a ver qué valiente se atrevía a torpedear los caprichos de un duque o un marqués. Aunque el valiente en cuestión tardó en asomar, pues el pulso ya duraba dos décadas, aquella mañana de octubre de 1621, algún burócrata debió de amanecer corajudo y, tras proclamar que infringir un decreto del Consejo de Castilla implicaba ningunear al rey de las Españas, ordenó la observancia de la ley, incomodase a quien incomodase.

Mencía, Isabel y sus dueñas se encontraban en el local de Josef de Ontiveros, uno de los plateros más caros de la ciudad, cuando

estalló el caos. Al grito de «¡Obedézcanse los mandados del Consejo Real de Castilla!», un escuadrón de alguaciles empezó a recorrer la calle Mayor asaltando las joyerías e incautando el género ilegal. Tres de ellos entraron en el establecimiento de Ontiveros de un modo tan virulento e intempestivo que Mencía e Isabel pegaron un respingo, sus ayas chillaron asustadas y el dependiente corrió en busca del patrón. Ante la mirada estupefacta de las cuatro mujeres, los guardias comenzaron a abrir cajones e introducir el contenido en morrales de cuero.

—¿Qué sucede? —preguntó Ontiveros cuando emergió de la trastienda—. ¡Que el cielo nos asista! ¡Deteneos, por piedad! ¿Por qué me hacéis esto?

—El Consejo Real de Castilla ha insistido hasta el tedio en que los plateros de la Villa respetéis la legislación suntuaria, pero, como no le obedecéis, ha ordenado requisar los artículos irregulares de todas las platerías —explicó el que parecía ejercer de adalid del grupo.

—Pero... esas normas se dictaron hace lustros y ni siquiera sus artífices las acatan —balbuceó Ontiveros, que miraba consternado la destrucción de su próspero negocio—. ¿A qué viene ahora imponerlas con este ensañamiento?

—Vuestra insumisión lo ha provocado. El lujo de la vestimenta madrileña ha de moderarse y, lejos de contribuir a ello, los del gremio os dedicáis a azuzarlo. Y sabed que también nos han ordenado prender a quien oponga resistencia, así que cerrad el pico y dejadnos trabajar o procederemos en consecuencia.

La amenaza de cárcel pesó más que la rabia e impotencia que embargaban a Ontiveros y, bajando la cabeza para ocultar las lágrimas, guardó silencio. De pronto, el alguacil se fijó en la gorguera de encaje bordada con rubíes que Mencía sostenía en las manos y, de un violento zarpazo, se la arrebató.

—El Consejo Real de Castilla prohíbe adquirir esto —anunció en tono despectivo.

—¿Cómo osáis agredir a una dama, animal? —saltó doña Úrsula, iracunda.

—No la he tocado, vieja —replicó el hombre sin molestarse siquiera en mirarla, pues, clavados los ojos en el talle de una paralizada Mencía, extendió el brazo, tiró de la pretina y se la arrancó —. Además, ni puede comprar género ilegal ni puede lucirlo.

—¿Habéis perdido la cabeza? —exclamó Mencía, horrorizada al verse despojada de su bien más preciado—. Devolvédmela de inmediato.

—Imposible, señorita —denegó el alguacil con una sonrisa petulante—. Atenta contra la Pragmática de la Moral Suntuaria y, en virtud de su letra y tenor, he de confiscarla.

—Esa pretina me pertenece y no forma parte de la mercancía que se ha de incautar.

—Debemos decomisar todo artículo ilícito que encontremos en una platería. Este objeto reúne ambas condiciones. Queda, pues, requisado.

—Os han ordenado actuar en el comercio, no embestir a sus clientes. Me habéis robado, señor. Eso también infringe la ley, y de seguro la relativa a los atracos supera en jerarquía a la pragmática tras la que escudáis este atropello.

—A protestar al Alcázar, comadre. ¡Andando, muchachos! Aquí hemos terminado.

Mencía, cuya posición social la envalentonaba y no temía acabar entre rejas como Ontiveros, se plantó delante de la puerta y les bloqueó el avance.

—¡Identificaos! —conminó al alguacil—. ¿Quién sois?

—La autoridad —escupió este—. Y, como tal, os exijo despejar la salida.

—Me habéis vapuleado y robado —denunció Mencía sin arredrarse—. Tan execrable comportamiento excede las atribuciones de las que alardeáis. Revelad vuestro nombre. Mi padre se encargará de aclararos la diferencia entre ejercer el poder y abusar de él.

—¿Y de qué modo piensa ilustrarme? —se mofó el otro—. ¿Me citará en armas?

—Tenedlo por cierto. Y ni un instante vacilará en mandar al infierno a un cobarde capaz de golpear y desvalijar a una dama indefensa. ¡Identificaos de una maldita vez!

—Acabo de hacerlo —contestó el alguacil, arrastrando las palabras peligrosamente—. Soy la autoridad y, en el desempeño de mis funciones, os lo repito: despejad la salida.

—No me moveré hasta que me restituyáis lo que es mío —se encrespó Mencía.

—Apartaos o pasaremos por encima de vuestra persona.

—¡Atreveos y lo lamentaréis!

El hombre le propinó tal empujón que la derribó. Tirada en el suelo, acongojada e impotente, lo vio desaparecer con el legado de su abuela. Presa de la ansiedad, ni siquiera advirtió que Isabel la ayudaba a levantarse y la conducía al exterior.

La calle era una auténtica locura. Decenas de guardias cabalgaban enardecidos llevando zurrones repletos de abalorios mientras el gremio joyero abominaba de aquella cabildada desde el umbral de sus masacrados negocios.

Seguidas de doña Herminia y doña Úrsula, Mencía e Isabel sortearon la muchedumbre y lograron llegar a la Puerta del Sol. Allí, Mencía detuvo el caballo de un alguacil.

—Señor, ¿qué destino aguarda a la mercancía incautada?

—Construirán una pira frente a las Gradas de San Felipe y a medianoche le prenderán fuego —respondió el interpelado que, dicho esto, espoleó su montura y se alejó al galope.

—La pretina me mantiene unida a mi abuela —jadeó Mencía, aterrorizada—. Si la queman, el vínculo se romperá y ya no podremos contactar. La perderé del todo.

—Con o sin pretina, doña Petronila continuará cuidándote —trató de calmarla Isabel.

—No lo entiendes. Desde que falleció, apenas la había utilizado y hoy solo me la he puesto para honrar su cumpleaños. Ayúdame a recuperarla, por favor.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? Te la han requisado.

—La rescataremos de la hoguera —propuso Mencía con ojos enajenados—. Nos disfrazaremos de hombre. En mi alcoba escondo atuendos de mis hermanos y dos capas muy grandes. Esta noche cabalgaremos hasta aquí y la buscaremos en la pira. Sé que habrá cientos de aderezos, pero hemos de intentarlo.

—¿Te has desnortado? No permitiré que cometas ese disparate.

—¡Te lo suplico! —sollozó Mencía—. ¡He de intentarlo! No debería habérmela puesto y por mi culpa arderá en una fogata. Tengo que recuperarla. De lo contrario, defraudaré a mi abuela y no puedo hacerlo. Ella me necesita y yo a ella.

—Doña Petronila jamás te pediría que asumieras tamaño riesgo por un simple cinturón —argumentó Isabel, abrazándola—. No precisas alhajas para mantenerla a tu lado. Su espíritu vive en tu

corazón, no en un objeto. Aunque ese bruto te haya quitado la pretina, nadie te privará de los recuerdos y, mientras doña Petronila los presida, su esencia no se marchitará. Resérvale un pensamiento diario y te garantizo que nunca marchará.

—Cierto —musitó Mencía con gesto derrotado—. Si cada madrugada imagino que le acaricio la mejilla como antaño, no se irá.

—Te huelo a distancia y a mí no me engañas —receló Isabel, extrañada ante la rápida capitulación—. No estarás planeando actuar por tu cuenta, ¿verdad?

—Descuida. La zozobra me ha hecho desvariar. Aunque saber entre brasas el símbolo de mi abuela me corta la respiración, tendré que resignarme. Supongo que, andando el tiempo, asimilaré tan tremenda pérdida.

—¡Claro que sí! —dijo Isabel, convencida ya de su rendición—. Y comprobarás que no necesitas cosas materiales para sentir a doña Petronila junto a ti. ¡Vamos! Te llevaré a casa. Cuando descanses y te tranquilices, lo verás todo de otra manera.

Mencía la escuchaba distraída. Tal como Isabel había sospechado, estaba mintiendo. No claudicaría tan fácilmente. Si su amiga no quería ayudarla, obraría en solitario. Inmersa en un desasosiego que iba en aumento, se encerró en su recámara y ahí pasó toda la tarde. Cerca de las once de la noche, vestida de varón, arrebujada en una capa enorme y oculto el rostro bajo un chambergo de ala ancha, atravesó un portillo secreto ubicado en un recoveco del jardín. Fuera la esperaba su yegua y un criado muy bien recompensado.

Mientras la joven abandonaba la mansión, Alonso cabalgaba rumbo a ella. Harto de subir al desván en busca de Juan e irse de vacío, había resuelto batir los tugurios que ambos solían frecuentar cuando vivían en la calle. Para su exasperación, la idea tampoco prosperó. Después de noches enteras peregrinando por los lares del juego e interrogando a conocidos y amigos, concluyó que el chico había cambiado las rutinas porque, al parecer, ya no entraba en los lugares de donde otrora no salía.

La situación le preocupaba mucho; en particular, desde la última crónica de Antonio. Según el niño, antes se escabullía de madrugada y regresaba al alba, pero lo hacía ileso. Ahora volvía tundido a golpes y con la cara amoratada. A raíz de este dato, pensó que, hundido en la añoranza, quizá se hubiera refugiado en el regazo de su padre.

Temeroso de que este todavía gustase de levantar la botella y también la mano, vigiló durante varios días el chamizo de la calle Leganitos, antiguo hogar de Juan. De nuevo fracasó, lo cual vino a enconar el desconcierto. No lo comprendía. Si las magulladuras no procedían de las zurras paternas, ¿quién se las provocaba entonces? Aunque no conseguía discernir en qué andaba metido, de algo sí estaba seguro: fuera lo que fuese, no se trataba de nada bueno.

Esa noche había centrado las pesquisas en los parajes preferidos de Juan: los cerros del camino del Molino Quemado y las huertas aristócratas de alrededor, cuyas tapias el muchacho acostumbraba a saltar para afanar viandas. Cosechado el enésimo fiasco, espoleó su caballo desmoralizado y emprendió la vuelta a casa. En torno a las Gradas de San Felipe, halló una multitud que esperaba la quema de los ornamentos confiscados a las joyerías en el transcurso de la mañana. Sabía por el maestro de armas que el altercado había sorprendido a Mencía e Isabel en el interior de una, pero ignoraba los detalles y no había tenido ocasión de preguntar ni a Álvaro ni a las afectadas.

Como la turba se arracimaba en la calle Mayor, la de Alcalá estaba desierta y sumida en la penumbra. La enfiló después de encender la vela de su linterna y ya iba a mitad de camino cuando divisó una yegua lusitana palomina. Se acercaba en dirección contraria y la montaba un embozado que, pese a transitar sin luz, parecía saber bien la ruta a seguir. Frunció el ceño. El pelaje ocre del alazán y el blanco plateado de sus crines eran inconfundibles. Había pocos ejemplares así en Madrid y don Gonzalo poseía uno de ellos. Al cruzarse ambas monturas, acertó a distinguir el emblema de los Soto de Armendía marcado a fuego en el anca del animal. Perplejo, se fijó en el jinete. No eran ni Álvaro ni don Gonzalo ni, desde luego, Mencía, habitual usuaria de esa yegua. Convencido de hallarse ante un ladrón, dio media vuelta, le adelantó y lo interceptó.

—¡Alto! Este caballo pertenece al marqués de Velarde. Exijo una explicación.

Escondido el semblante bajo el chapeo, el sujeto ni se movió ni contestó.

—He dicho que os expliquéis.

Aunque el interpelado continuó estático, Alonso notó un leve temblor en la capa. Intrigado, se aproximó e intentó avistarle el rostro,

pero, como no lo consiguió, desenvainó y le puso la espada en el pecho.

—Responded o ateneos a las consecuencias —insistió en actitud intimidatoria.

Una voz soñada emergió entonces de la oscuridad del sombrero.

—¿Cómo se os ocurre amenazarme con un arma, zoquete?

—¿Mencía? —titubeó Alonso, estupefacto.

—¿Quién si no? —bufó esta, descubriéndose—. ¿Reconocéis a la yegua y a mí no?

—Lamento no haberos identificado disfrazada de hombre, ensabanada en una nube negra y sepultada bajo un chambergo ciclópeo. ¡Qué torpeza la mía!

—¿Os importaría aliviar el sarcasmo y apartaros? —reclamó Mencía, erguida sobre la silla en ademán altanero—. Tengo prisa.

—¿Prisa? —bizqueó Alonso—. Ahora mismo me vais a aclarar qué hacéis aquí, de noche, sola y vistiendo arreos masculinos.

—No os concierne.

—Por descontado que sí —reivindicó Alonso mientras se apeaba del caballo—. Desmontad de inmediato.

—¿Estáis sordo? Acabo de deciros que ando apurada —se opuso Mencía, desafiándole con la mirada—. Además, ¿en serio creéis que os voy a obedecer?

—No me cabe ninguna duda —sentenció Alonso para luego cogerla en volandas y bajarla al suelo.

—¡Quitadme las pezuñas de encima, asno irreverente! —demandó Mencía en tanto se desasía a cachetadas de los brazos que la atrapaban—. ¡No toleraré semejante grosería! ¿Quién sois vos para darme órdenes?

—El que os ha sorprendido yendo Dios sabe dónde, sin escolta, con calzones y caído el sol. ¿Tenéis idea del riesgo que corréis? Podéis morir de mil maneras horribles.

—¿De nuevo augurándome infortunios? Cuando nos conocimos, vaticinasteis lo mismo: «En la víspera de San Juan ocurren múltiples desgracias y gravosas deshonras, señorita». ¿Me pasó algo? No, ¿verdad? Pues esta vez tampoco, de modo que dejadme en paz y ocupaos de vuestros asuntos.

—Fabuláis si esperáis que marche y os abandone a vuestra suerte. No me agotéis la paciencia, Mencía. ¿Adónde os dirigíais?

—Os repito que no es de vuestra incumbencia.

—Responded o informaré a don Gonzalo. De seguro a él sí le atañe la cuestión.

—¡No os atreveréis!

—Ponedme a prueba —retó Alonso al tiempo que se cruzaba de brazos.

—¡Chantajista metomentodo! —increpó Mencía, fastidiada—. Iba a la hoguera de la calle Mayor. ¿Contento? Esta mañana un alguacil me requisó una pretina de oro y necesito recuperarla. Mi abuela me la regaló antes de fallecer y lo es todo para mí. Renunciar a ella supondría perder a mi abuela otra vez y no soportaría un segundo duelo.

Alonso se tocó el pecho y palpó el relicario. Margarita también se lo entregó antes de morir y también percibía su presencia cuando lo aferraba. Si se lo quitasen, no vacilaría en cometer cualquier dislate con tal de recobrarlo.

—No me quedaré quieta mientras calcinan el recuerdo de mi abuela —gimió Mencía—. Imagino que os resultará difícil comprender mi apego a un ridículo objeto. Ni siquiera Isabel, que sabe cuánto lo valoro, se ha hecho cargo de mi desazón. Pero no importa. No tratéis de entenderme. Simplemente, ¡ayudadme!

—Lejos de lo que pensáis, sí os entiendo, de modo que contad conmigo —resolvió Alonso, enternecido al verla llorar—. No obstante, rogad a vuestra abuela que nos ilumine desde arriba porque, de lo contrario, vamos aviados. De camino aquí, he divisado la pira y localizar nada en tamaña santabárbara me parece quimérico.

—¡Oh, gracias! —aplaudió Mencía eufórica en tanto se ponía de nuevo el chambergo y subía a la yegua—. Jamás lo olvidaré. Palabra de honor que no lo haré.

En la calle Mayor el gentío rodeaba una inmensa pila de complementos hacinados. Ricos y pobres aguardaban la cremación. Los unos contemplaban afligidos el exterminio de la belleza en nombre de una mesura en la que nadie creía; los otros chillaban exaltados ante la quema de la opulencia y, a la postre, de la desigualdad social.

Alonso y Mencía se situaron en primera fila justo cuando tres

alguaciles prendían la gavilla. Poco a poco, aquella montaña de pompas y primores empezó a arder. El olor a metal derretido y telas socarradas se adueñó del ambiente y saturó el olfato de todos: de los patricios, que juraban venganza en silencio, y de los plebeyos, que lo festejaban a voz en grito. Al tiempo que una columna de humo trepaba por el aire en vertical para nublar un cielo cuajado de estrellas, la ensordecedora barahúnda del público se expandía en horizontal cual ola encrestada presta a arrasar una tierra llena de envidias y vanidades.

Clavada la mirada en Mencía, Alonso sujetaba las riendas de los caballos. Ella escudriñaba la falla absorta en la tarea de encontrar lo perdido. El tono rojo y naranja de la lumbre le incendiaba el rostro mientras sus ojos, en cuyo azul cabrioleaban las llamas, se movían anhelantes de arriba abajo y de izquierda a derecha. De repente, se abalanzó hacia la pira, apartó algunos abalorios y agarró uno. Flameaba tanto que, de no haber llevado guantes, se habría chamuscado las manos. Alonso, que había soltado los caballos para seguirla, se apresuró a arrebatarle la tea y la pisoteó hasta sofocar el fuego. Desolada, Mencía cayó de rodillas, tomó los restos carbonizados de la joya y prorrumpió en llanto.

—¿A qué ha venido esa estolidez, descerebrados? —los amonestó un alguacil—. Largo de aquí los dos o daos presos.

Alonso incorporó a una Mencía que sollozaba desconsolada y, tirando de ella y de las monturas, se dirigió a la fuente del Buen Suceso. Avanzaba tambaleante y totalmente trastornado. La hoguera, los chasquidos de la leña, el humo, el clamor de una turba enfervorecida, los aullidos de Mencía... La pesadilla lo había atrapado. Se hallaba de regreso en la cima de aquella colina, frente al brasero, presenciando el martirio de los Castro. Cuando alcanzaron la fuente, quitó los guantes a Mencía y, pese a no verle llagas en las manos, se las sumergió en el agua. Sin amainar los lloros, ella se dejó hacer.

—¡Podía haberla salvado! ¡Maldita sea! He estado a punto de lograrlo. Le he fallado, Alonso. He fallado a mi abuela. Me señaló el lugar exacto, pero tardé demasiado. No me perdonaré haberla defraudado.

Echándole coraje y no poca voluntad, Alonso consiguió vencer sus nubarrones para enfocarse en la joven.

—No se defrauda a aquel por quien se lucha a tumba abierta y

vos lo habéis hecho por vuestra abuela. Apuesto a que anda orgullosísima de su intrépida nieta.

—Yo no percibo ni su orgullo ni a ella —negó Mencía, rota de dolor—. Sin la pretina, no la noto cerca y necesito tener esa sensación. Solo así puedo sobrellevar su ausencia.

—Cuando superéis el impacto, la sentiréis de nuevo. Alguien me dijo una vez que hasta el más intenso quebranto oculta luz en sus entretelas. Y no se equivocaba.

—En mi caso, sí. Sufrí mucho con la muerte de mi abuela y la única luz que sedaba la pena residía en la pretina. Ahora que se ha apagado, me he quedado a oscuras.

—Os prometo que volverá a prender. Yo me encargaré. De momento, prendamos mi fanal. Aliviaremos la penumbra que tanto os angustia. ¿No os parece un inicio alentador?

Mencía curvó los labios hacia arriba en un amago de mostrar alegría.

—¡Al fin sonreís! —aplaudió Alonso—. Demos un paseo. Os serenará el ánimo.

Abismados en sus respectivas tribulaciones, deambularon en un silencio cómplice. Cerca ya de casa, Mencía se detuvo y dedicó a Alonso esa mirada añil que lo embelesaba.

—Os agradezco vuestro auxilio y consuelo. De corazón lo digo.

—Correría al cielo en plena tormenta para raptar el arcoíris y ponerlo a vuestros pies.

—Entonces, ojalá llueva pronto —susurró Mencía mientras alzaba el rostro y entornaba los párpados en una clara invitación que, aunque a regañadientes, él declinó.

—Vivo prendado de vos desde que os conocí y no quisiera sellar ese sentimiento con un beso empañado en lágrimas. Esta noche pertenece a vuestra abuela. Necesitáis llorarla y yo no he de interferir en ese duelo.

—Me conmovéis. Solo un caballero de verdad prodigaría tanto respeto a mi aflicción.

—Un caballero de verdad… enamorado —apostilló Alonso con gesto travieso—. Eso significa que ambiciono dispensaros respeto y… otro tipo de atenciones menos luctuosas.

—La fortuna os sonríe, entonces, pues nada anhelo más.

—En ese caso, elijamos una noche y hagámosla nuestra. Pasado

mañana habrá luna llena. Sus rayos enhebraron nuestro presente en el Manzanares y nos tejieron un futuro en común. Empecemos a construirlo igual: bajo la luz de una luna llena.

—Ella nos ayudará a levantar un castillo de sueños —suspiró Mencía, emocionada.

—Ya existe uno. Cuando me desvelo, lo visito y allí sueño con vos.

—¿Cómo vais a soñar conmigo sin dormir? Solo se sueña durmiendo.

—Si el sueño lo protagoniza un sueño hecho mujer, ni cerrar los ojos preciso.

—Sois un zalamero —rio Mencía, halagada—. Y decidme, ¿dónde está ese castillo?

—A tiro de ballesta —respondió Alonso, señalando el torreón—. Helo ahí.

—¿La torrecilla? ¡Pero si no se puede entrar! Al poco de nacer yo, mi padre la declaró ruinosa y mandó tapiar la puerta.

—Su decrepitud engaña. No entraña peligro y proporciona una impresionante vista de la Villa. La maleza oculta un acceso. Dentro hay una escalera que desemboca en un balconcillo. Allí os espero pasado mañana, a medianoche.

—No he de faltar —afirmó Mencía, vibrante de ilusión.

—Destinad los próximos dos días a llorar a vuestra abuela, mi bella señorita, porque después me ocuparé de que el cielo de vuestros ojos no vuelva a encapotarse.

—Si permanecéis a mi vera, no habrá tempestad capaz de hacerlo —repuso Mencía antes de alejarse—. Hasta pasado mañana, mi gentil caballero.

Esa noche Alonso no tuvo pesadillas y, por primera vez, soñó con ella mientras dormía.

22

SIEMPRE

Rayaba la medianoche cuando Mencía subió la escalera del torreón y salió al balconcillo. Se vio en mitad de un recinto circular bajo un firmamento cuajado de estrellas donde, rutilante y nacarada, reinaba una enorme luna llena. El espacio estaba decorado con lirios, un montón de velas lo iluminaban y telas de seda azul alfombraban el suelo. En un lateral había dos copas, un jarrillo de vino, una fuente de dulces y varios cojines en torno a una manta de terciopelo. Sobre uno de ellos, descansaba una pretina confeccionada a base de gardenias y cuentecillas de colores. No refulgía como la recién destruida, pero era delicada y muy bonita. Temblando de asombro y emoción, Mencía la cogió, la apretó contra el pecho e inspiró hondo para concentrarse. Al rato, asintió jubilosa. ¡Volvía a percibir a su abuela! Hasta creyó escucharla.

«Me place este muchacho, niña. Cuídale y permanecerá a tu vera toda la vida».

Con mil mariposas revoloteando en su estómago, miró en derredor buscando al artífice de aquel despliegue de afectos. Lo encontró apoyado en la puerta y hecho un brazo de mar. Iba elegantemente vestido, llevaba los rizos bien peinados y olía a lavanda. Sus ojos verdes la acariciaban y una sonrisa le bailaba en los labios.

—¿Os gusta? —le oyó preguntar.

—Mucho. En verdad me siento en un castillo de sueños. Os agradezco tan linda sorpresa y también esta pretina. Sabed que, en cuanto la he abrazado, he vuelto a notar la cercanía de mi abuela.

—Dijisteis que la única luz capaz de mitigar la pena de su ausencia residía en la anterior, pero que se apagó tras la quema. Prometí encenderos una nueva llama de ilusión. ¿Debo entender que lo he conseguido?

—Por cierto que sí.

—Engarcé cada cuenta en un beso y encomendé a las gardenias que os ciñan el talle con la misma ternura con que lo harían mis manos.

—Besos y ternura —susurró Mencía, arrobada—. No se me ocurre mejor yesca y pedernal para iluminar un corazón triste. ¿La habéis fabricado vos?

—No del todo. Pedí a una de las abridoras de cuellos del portal de Pañeros que cosiera las cuentas a una cinta dejando una pequeña separación entre ellas. Luego pegué vuestra flor favorita en los huecos. Comparado con la alhaja que perdisteis, es un humilde oropel, pero me temo que mi bolsillo no permite mayores dispendios.

—A mí me parece sublime y conmovedor. No creo que exista nada más bello.

—Lamento diferir en ese punto. En mi opinión, nada ni nadie hay más bonito que vos.

—No lo lamentéis —bromeó Mencía—. Si vuestras discrepancias implican tan gratas lisonjas, podéis disentir cuanto gustéis.

—Hablo en serio. Siempre lucís radiante, pero hoy resplandecéis. Estáis preciosa.

—Ya me extraña porque mi jornada ha transcurrido en medio de tal frenesí que apenas he tenido tiempo de arreglarme —mintió Mencía, adoptando una pose de altiva indiferencia, pues ni bajo tormento reconocería que había dedicado el día entero a prepararse para él—. He cogido lo primero que ha expulsado el arcón.

—¿De veras? —sonrió Alonso, divertido y sin tragarse el embuste —. Entonces, mis felicitaciones al arcón. Lo primero que ha expulsado os sienta de maravilla.

—Me miráis con ojos en exceso obsequiosos —arguyó Mencía, complacida.

—Decid mejor hechizados. Tanto que no logro apartarlos de vos.

—Pues habréis de hacerlo. ¿O vais a quedaros en la puerta hasta que marchemos?

Alonso se aproximó a ella y le ofreció el brazo para ayudarla a sentarse.

—Por descontado que no. Acomodaos, os lo ruego.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —inquirió Mencía mientras se arrellanaba en los cojines—. Flores, velas, viandas... No

falta ni un detalle.

—Celebro que os agrade —contestó Alonso, ya instalado a su lado—. El vino es de Membrilla y me lo despacharon en el cajón que opera en Santo Domingo. Los hojaldres proceden de Casa Botín, el huevo hilado, de la pastelería de Mesón de Paredes, y los confites, del Valenciano.

—¿Y qué hay de las telas, el cobertor y las almohadas?

—De mi alcoba —explicó Alonso con aire sugerente—. Como planeo pasar la noche aquí junto a mi bella señorita, creí oportuno acondicionar el lugar.

—Me hacéis sentir especial —murmuró Mencía, bajando la cabeza apocada.

Alonso le apoyó el índice en la barbilla y la instó a mirarle.

—Porque lo sois —declaró—. Los ángeles no suelen fugarse del paraíso; sin embargo, el más primoroso de todos decidió visitar la tierra y desembarcar en mi regazo. A mi entender, eso os convierte en alguien muy especial.

Acercó los labios a los de Mencía presto a saborearlos, pero ella, renuente a clausurar tan pronto la magia de los preámbulos, cogió un hojaldre y le dio un remilgado mordisquito en el ánimo de frenar el avance del galán.

—Aunque no negaré que habéis organizado una velada deliciosa, mis arrumacos cotizan al alza —anunció en actitud digna—. Os halláis ante una plaza inexpugnable y harto difícil de conquistar, mi gallardo trovador.

—Decidme qué echáis en falta y os lo traeré. Por vuestros favores, cruzaría el Manzanares caminando sobre las aguas.

—Considerando su pobre caudal, más vale que penséis otra proeza —se chanceó Mencía—. Esa no merita ni loas ni mieles.

—Poca gesta es porque, desde luego, no me ahogaría —rio Alonso—. Ilustradme, pues: ¿qué exigís a cambio de un beso?

—Muy sencillo. Contadme el secreto que celáis. Un menesteroso no prodiga vuestros modales. ¿Quién sois en realidad y de dónde venís?

Alonso, que no esperaba semejante envite, quedó noqueado al encarar el dilema de sincerarse con Mencía y ponerla a merced del Santo Oficio o mentirle para evitarle problemas. Su conflicto interno era tan grande que tardó un buen rato en decidirse entre las dos

opciones. Ninguna le gustaba, pero, como le pareció menos peligrosa la segunda, esa escogió. Odiaba sembrar de engaños los primeros momentos con ella, pero no podía confiarle su auténtica identidad. Debía protegerse y protegerla. Aparte de arriesgarse a terminar en la hoguera, colocaría en el foco inquisitorial a cualquier conocedor de la verdad. Y no expondría a nadie más. Ya involucró a Juan e incluso Antonio corría peligro. No continuaría escribiendo nombres en esa lista negra; mucho menos, el de su amada.

—No tengo modales de menesteroso porque no siempre lo fui —alegó sin mentir—. La muerte arrasó mi hogar y solo me dejó intemperie e infinitos recuerdos.

—¿Qué provoca vuestro desmedido interés en el estudio? Según Álvaro, dormís abrazado a las obras de los clásicos.

—Y no desatina, salvo en un matiz: no duermo. Como ya os comenté, el sueño me esquiva. Muchas noches, vengo aquí; otras aprovecho para preparar las lecciones de latín.

—¿Destináis vuestras vigilias exclusivamente a eso? ¿A venir aquí y a estudiar latín?

—¿A qué otra cosa las iba a dedicar? —respondió Alonso desolado porque, aunque no quería cebar su ya nutrido repertorio de patrañas e invenciones, los derroteros de la conversación le obligaban a ello.

—Lo mismo me pregunto yo desde que os sorprendí violentando la biblioteca de mi padre —señaló Mencía en un tono de reproche que suavizó al reparar en el alarmado rostro de Alonso—. Tranquilizaos. Solo yo conozco vuestras incursiones.

—¿Y cómo las habéis descubierto?

—Porque a veces Morfeo también reniega de mí. Una de esas noches insomnes acudí a la biblioteca en busca del *Cancionero* de Petrarca y os vi salir con un libro bajo el brazo. Parecía evidente que lo estabais robando, pero me resistí a creeros súbdito de semejantes vilezas. En la esperanza de hallar una explicación menos decepcionante, os vigilé durante varias madrugadas. Entonces comprobé que cogéis un ejemplar y después lo devolvéis. A pesar de mi desconcierto, decidí callar y aguardar la ocasión de pediros cuentas.

—Os agradezco la discreción y vuestra fe en mi honestidad —balbuceó Alonso, rojo de la vergüenza.

—Lo que no comprendo es el motivo que os induce a comportaros así. Me lo barrunto de enjundia porque, de averiguarlo mi padre, os echaría a la calle, y me figuro que no ambicionáis eso.

Ocupado en urdir una historia coherente, Alonso no contestó.

—No me contéis un cuento, por favor —exhortó Mencía, adivinándole la intención—. Debí denunciaros y me abstuve. ¿No os parece que merezco vuestra franqueza?

Tras un rápido replanteamiento de la situación, Alonso le confesó el proyecto de graduarse en Leyes, la oportunidad que don Gonzalo le había brindado al permitirle asistir a las clases de Álvaro y la idea de formarse en la biblioteca después del recorte educativo merced a las malas artes de don Hugo. Omitió, no obstante, el auténtico objetivo de sus aspiraciones universitarias. De este modo, no la comprometía ante el Santo Oficio, pues, si no mencionaba su vinculación con los Castro, los dominicos no podrían acusarla de encubrir a un prófugo inquisitorial. Ella le escuchaba con el pasmo grabado en el semblante.

—¿Y decís que mi padre ignora vuestros verdaderos propósitos? —farfulló, atónita.

—Todos lo hacen, excepto vos ahora.

—¿También Álvaro?

—Bueno... —titubeó Alonso—. Los aristócratas denuestan los empeños personales de sus siervos y me inquietaba que tratase de entorpecer los míos.

—Mi hermano es noble de sangre, pero, sobre todo, de corazón —reivindicó Mencía—. Nunca truncaría las ilusiones de nadie; mucho menos, las vuestras. Os considera un amigo, no un vasallo.

—Aun así, he de extremar las precauciones. Don Hugo no pierde ocasión de entiesar la oreja y espiar nuestras conversaciones. Si se enterase, me delataría a don Gonzalo y no albergo ninguna duda de que él sí reprobaría los anhelos de un plebeyo.

—Erráis de nuevo. Mi padre no condenaría vuestros afanes universitarios, sino a vos por ocultárselos. Como le llegue el chisme a través de otros cauces, se sentirá traicionado y, cuando alguien defrauda la confianza de Gonzalo Soto de Armendía, no existe rugido más intimidante que el suyo. Os recomiendo sopesar la posibilidad de solicitarle audiencia y referirle lo que acontece.

—Me ha otorgado privilegios que eran quiméricos para mí, Mencía. No deseo abusar de su generosidad y, de sincerarme con él,

pensará que eso persigo.

—Habéis salvado su vida y la de su hijo. No os juzgará tan severamente. Quizá incluso os apoye y, entonces, no tendréis que conduciros cual vulgar ladrón.

—¿Y si no me apoya? O peor: ¿y si decide hacerlo, pero luego don Hugo logra disuadirle? —vaciló Alonso, sumido ahora en un mar de dudas—. Ese marrullero me detesta y se le da de guinda manipular al marqués. Sus enfermizos celos no dejan de ponerme palos en las ruedas.

—Aunque creo que arriesgáis menos confesando que callando, en cierto modo, os entiendo —admitió Mencía—. Don Hugo es correoso y no parará de intrigar contra vos.

—Entonces, ¿me guardaréis el secreto?

—Mi boca está sellada. Pero aclaradme algo: ¿por qué habéis elegido la abogacía?

—Quiero conseguir justicia para la gente que, mereciéndola, no la obtiene, y ello sin beneficiarme de su desgracia —expuso Alonso con ardorosa vehemencia—. Nunca condicionaré mi socorro al bolsillo de mis clientes. El de posibles que me pague, y el harapiento que me dé lo que pueda o tenga. Aceptaré todo lo que proceda de la buena fe.

—En Madrid, el término «gratis» resulta muy peligroso —aseveró Mencía.

—Me repugna manchar la justicia de dinero. Debería ser como la palabra de Dios: universal y regalada. Os aseguro que muchos de los ahorcados en la Plaza Mayor enfrentaron una soga que no les correspondía porque no tenían recursos para contratar un jurista que intentase demostrar su inocencia. A eso aspiro yo. A impedir que nadie, rico o pobre, muera a destiempo purgando fechorías de otros.

—Ojalá conquistéis vuestras nobles metas, aunque imploro a la Providencia que mi padre no se entere del camino que habéis elegido para lograrlo, pues en absoluto lo considerará noble. Extremad el tiento, Alonso. Si os caza, os expulsará y tamaño desastre dejaría mi corazón sumido en tal penumbra que ni la pretina de mi abuela ni la vuestra trabajando en comandita volverían a encender la luz.

—¿De veras mi partida os apenaría? —aventuró Alonso, acercándose aún más—. ¿Me equivoco o la bandera blanca ya ondea en esta plaza inexpugnable?

—No cantéis victoria todavía, soldado —repuso Mencía altanera,

aunque ni un ápice se apartó esta vez—. Vuestra marcha me afligiría tanto como la de cualquier criado valioso. No conviene prescindir de los buenos profesionales y vos lo sois.

—En estos momentos mi único oficio consiste en rendir pleitesía a un ángel que lleva el cielo de Madrid en los ojos y los rayos de su sol prendidos en el pelo —musitó Alonso.

Mientras la besaba en el cuello, las mejillas y la frente, hundió los dedos en su cabellera y le quitó las horquillas. Uno a uno, los dorados tirabuzones fueron cayendo.

—¿Me dais permiso para beber de vuestros labios? —le preguntó con voz queda.

—Bebed, mi gentil caballero —jadeó Mencía, estremecida—. Bebed cuanto gustéis.

Así, entre las almenas de aquel castillo de sueños bañado de luna, Alonso la besó. Juntos embarcaron en un galeón capitaneado por todos los sentidos menos el común. Surcaron los mares del aquí y del ahora, sortearon olas de decoro y se sumergieron en la marejadilla del placer. Allí, en las playas de la piel, los cuerpos se trenzaron. Las manos acariciaron lugares nunca antes explorados. Él vibraba; ella desfallecía. Las emociones se exaltaron y la sensatez claudicó. Los rincones íntimos rogaron más y recibieron más. Pero les supo a poco y, cuando, reacios a resignarse, barajaron cruzar fronteras, la prudencia se alzó en armas. El edén habría de esperar.

Al alba, la entelequia comenzó a disiparse, y ellos, a añorarla. Arrebujados en la manta, abrazados y felices, exprimieron los últimos instantes compartiendo confidencias.

—Habéis comentado que una madrugada fuisteis a la biblioteca en busca del *Cancionero* de Petrarca —curioseó Alonso—. Ignoraba que leíais poesía.

—También la escribo. Son poemas lúgubres. Solo me inspiro cuando estoy triste.

—¿Podría leer alguno? Las lágrimas gestan versos desgarradores pero muy hermosos.

—Me temo que no —rechazó Mencía—. Nunca los he enseñado a nadie. Mi alma late en esos renglones y únicamente la ofrendaré a quien se adueñe de ella.

—¿Y no me consideráis el afortunado?

—Quizá en un futuro, pero prefiero no precipitarme. Antes de

concederos tan grande prenda, debo cerciorarme de que sois el adecuado.

—Os demostraré que lo soy. Me entregaréis vuestra alma y, cuando lo hagáis, consagraré mi entera existencia a adorarla.

—De momento, habréis de conformaros con mi corazón —objetó Mencía mientras enredaba el índice en uno de los alborotados rizos del muchacho—. Esta noche os lo he regalado y ya os pertenece. En cuanto al alma, Dios proveerá. Además, hace tiempo que no escribo. En concreto, desde que os conocí. Como os digo, solo me surge mojar la pluma en el tintero si arrastro pesares, y vuestra llegada a mi vida los ha eclipsado todos.

—A mí me sucede lo mismo. Yo era invierno y vos me trajisteis la primavera.

—Lástima que no asome cálida porque está abocada al frío de la separación —vaticinó Mencía con un deje melancólico—. Mi padre no cederá mi mano a nadie que no sea duque o marqués.

—Lo que nos une nunca morirá. Hoy ha nacido nuestro *siempre* y lograremos consumarlo. Nos casaremos y juntos recorreremos el resto del camino. Os lo prometo.

—*Siempre*. ¡Qué palabra más bonita si vos moráis en sus letras!

—Grabémosla en la alianza de boda al lado de la fecha nupcial —propuso Alonso—. Será como el espejo de nuestros anhelos.

—En él me miraré cada día y cada noche hasta que podamos transformar su reflejo en una realidad —suspiró Mencía—. Así se tercie y así se cumpla, mi gentil caballero.

23

UNA VIDA NORMAL

Meses atrás, aprovechando la estancia estival en la residencia del Prado, don Gonzalo había iniciado una profunda reforma en su palacete de invierno sito en la calle del Sacramento. Tenía previsto rematar las obras a finales de septiembre para poder mudarse en otoño, pero, como la lentitud de los trabajos lo había imposibilitado, resolvió permanecer en la mansión veraniega y, a mediados de octubre, ordenó adaptarla al frío.

El licenciado Cisneros organizó la metamorfosis del lugar. Cálidos tapices reemplazaron a los ligeros guadamecíes que cubrían los muros; las chimeneas dejaron de hospedar vasijas con aguas perfumadas que refrescaban el ambiente para acoger leña, y los braseros empezaron a quemar cisco y también huesos de aceituna cuya fragancia neutralizaba el hedor del carbón. La seda de los guardarropas sucumbió a la lana, las mosquiteras de las camas trocaron en cortinajes de terciopelo, las pieles de vaca que mitigaban el calor de las noches agosteñas desaparecieron de los colchones y fastuosas alfombras turcas enmoquetaron el mármol del suelo.

Mientras la casa interpretaba melancólicas cadencias de invierno, el ánimo de Alonso componía jubilosas odas a la primavera. Clásicos, danzas y armas lo formaban como caballero desde el gallo hasta la medianoche; entre el repique de esta y el canto de aquel, preparaba su ingreso en la universidad, y, en ese ajetreado pero feliz pentagrama de azúcares y mieles, aún le restaban tiempo y aliento para añadir sonrisas, pues, ora cascabeleaba amistad junto a Álvaro, ora tañía el arpa del amor a dúo con Mencía.

Isabel y doña Herminia también pisaban fuerte en la melodía de sus afectos. Una desconcertante y muy entrañable fraternidad lo vinculaba a la primera. Ignoraba el motivo, pero la sentía como a Diego, una hermana menor, y eso le generaba un potente instinto de

protección. Continuaba asistiéndola en su romance clandestino con Álvaro y, a la vez, le agradecía que no revelase a este el idilio que, igual de furtivo, le unía a Mencía. Doña Herminia le inspiraba un aprecio sincero y la dueña le correspondía. Le llamaba «su rizada majestad» porque, según ella, aquel doncel de caracoleada pelambrera irradiaba una aristocracia que sugería raíces de alcurnia. Reía complacida sus zalamerías y le relataba historias de mocedad. Al menos eso creía ella, pues, en realidad, siempre le refería la misma. Un enternecido Alonso fingía no conocerla y la escuchaba como si nunca antes la hubiera oído. Luego la comentaba, hacía preguntas e incluso se mostraba sorprendidísimo con las respuestas que ya se sabía de memoria.

Las simpatías de doña Herminia hacia Alonso eran inversamente proporcionales a las de doña Úrsula. Acólita de don Hugo, la mujer detestaba al joven y no perdía ocasión de criticarle. También vigilaba sus confianzas con Mencía a la caza de vecindades sospechosas o miradas risueñas que denunciar, pero no captaba nada comprometido porque, gracias a los encuentros en el torreón, la pareja no sufría de pasiones reprimidas y eso les permitía dispensarse una indiferencia en absoluto delatora de apegos prohibidos.

No obstante la ojeriza de don Hugo y doña Úrsula, Alonso estaba pletórico. Solo el distanciamiento de Juan empañaba su dicha. Aunque no había dejado de subir al desván, ni de esperarle durante madrugadas enteras, ni de buscarlo en garitos, casas de tablaje y tabernas, no lograba localizarle.

Tras la colérica reacción del señor Baldani cuando bajó a las cocinas y preguntó por él, le daba miedo reintentarlo y granjear más problemas a su amigo. Sin embargo, viendo que el tiempo pasaba y la frustración crecía, una mañana, cansado ya de aquella ridícula cruzada, decidió probar de nuevo en las cocinas. Al fin, la fortuna le sonrió. Tras sermonearle a propósito de lo improcedente que resultaba la presencia en el área de servicio de un empleado de escaleras arriba, don Angelo le comunicó que ese «condenado *ragazzo*» estaba en la leñera organizando la provisión invernal de madera.

Juan ni le saludó. Al revés. Le dio la espalda, aunque no tanto para ningunearlo, que también, sino para ocultarle el rostro tundido a golpes y, de paso, su debacle.

Desde la separación, vivía atrapado en un abismo negro. Mientras

Alonso le buscaba sin descanso, él se había dedicado a espiarlo. A la hora de la rúa, escapaba de las cocinas, lo seguía y contemplaba cuánto se divertía con Álvaro. Ciego de celos e impotencia, había volcado su decepción en el juego, pero la ira le mermó la pericia y comenzó a perder. Pidió entonces un préstamo al dueño de un antro donde se celebraban peleas ilegales y, como no pudo pagarlo, este le propuso saldar la deuda luchando en los combates nocturnos del local. De primeras, se había negado. Luego, cuando el otro le explicó que o franqueaba aquella oscura puerta o le abriría las del camposanto, hubo de ceder. Aunque manejaba bien los puños y batía al adversario bastante a menudo, también recibía palizas contundentes. He ahí la causa de su desastroso aspecto y de que Alonso no le hallase en las casas de apuestas habituales. Durante la época de común indigencia, nunca habían ido a tugurios de esa índole y el muchacho no los conocía.

—Largaos de aquí, Alonso —le espetó sin dejar de esconder el semblante.

—¿Por qué me despreciáis así? ¿Qué pecado he cometido para merecer tanto rencor?

—Lo sabéis perfectamente. Me habéis abandonado en este averno.

—Llevo semanas subiendo a vuestros aposentos y pateándome todo Madrid tras de vos. ¿Os parece eso normal cuando se abandona a alguien?

—¡Aposentos! —se burló Juan—. Quizá vuecencia goce de «aposentos», pero el menda duerme en un cuartucho miserable, el mismo que su señoría ocupaba no hace mucho.

Harto de hablarle a una espalda, Alonso lo cogió de los hombros y le obligó a volverse.

—¡Por mis barbas! —balbuceó al ver sus ojos amoratados, el labio partido, una brecha en la ceja, la nariz inflamada y magulladuras en las mejillas—. ¿Qué os ha ocurrido?

Rojo de vergüenza, Juan lo apartó de un empujón.

—Nada que os concierna, de modo que dejadme en paz —masculló.

—¡Ni de chanza! No consentiré que vuestras estúpidas componendas de ricos y pobres destruyan nuestra amistad. Ni tampoco que os maten mientras invertís las noches en Dios sabe qué

borricada. ¡Que soy yo, Juan! Soy Alonso y sigo aquí. Nunca me marché.

—¡Claro que lo hicisteis! Me dejasteis en la estacada. ¡A mí! Al que os consideraba un hermano. Y no lo vais a arreglar subiendo a «mis aposentos» de cuando en cuando ni donando las migajas de los suculentos festines con que ahora os miman las muelas.

—No son migajas. Se trata de mi comida y solo pretendo compartirla y degustarla en vuestra compañía. Y os visito a diario, no de «cuando en cuando». Me preocupáis, y eso excede en mucho a lo que yo noto en vos. Desde mi traslado, ni un mínimo desvelo habéis exhibido hacia mí, hacia el que también os llamaba hermano y que por tal os tiene todavía.

—No me interesan los ilustres avatares de un fachendoso emperrado en agarrapatarse a un mundo que no le corresponde y en fingir ser lo que no es.

—¿A qué os referís? Yo no finjo ser lo que no soy.

—¿De veras, Alonso... González de Armenteros? —escupió Juan, sardónico.

—¡Qué ataque más ruin, compadre! Precisamente vos, que sabéis cuánto me ha costado renunciar a mi apellido.

—Vuestras imposturas trascienden el nombre. Esa elegante vestimenta enmascara a un lamecharcos que ha robado, embaucado y fulleado hasta el tedio. Me figuro que os cuidáis mucho de mostrar tamaño caudal de virtudes a los aterciopelados del piso de abajo, y eso también implica aparentar ser lo que no sois.

—¿Y creéis que, de averiguarlo, me repudiarían? Porque quizá comprendieran mis razones y continuasen estimándome.

—O quizá os acusarían de embustero y os mandarían al infierno.

—¿Y de dónde sacáis semejante certeza? —se sulfuró Alonso—. No todos dispensan los endebles afectos que, al parecer, prodigáis vos. ¿Qué tipo de amigo sois que trocáis cariño en odio de la noche a la mañana solo porque la promesa hecha a mi padre en la antesala de su final me demanda recorrer un camino diferente al vuestro?

—Soy quien os cobijó y os enseñó a sortear las penurias de la indigencia. El que se la jugó frente a Márquez para multiplicar la Bolsa de la Esperanza. El que os animó a perseverar y a no claudicar. El que os procuró el último abrazo a los Castro, recogió vuestras lágrimas mientras los quemaban y después os rescató del pozo en el

que caísteis. El que custodia vuestros misterios y el que ni bajo tormento los revelaría. El que os apoyó sin condiciones ni reservas y habría muerto por vos. Ese tipo de amigo soy yo.

De un furioso manotazo, se secó el llanto y reanudó la tarea de apilar gavillas de leña.

—No tenéis que recordarme cuánto me habéis ayudado porque nunca lo olvidaré —susurró Alonso, atribulado ante tan amargo discurso—. Pero ahora sois vos el que necesita auxilio. Permitidme brindároslo.

—Sucede que no os quiero cerca. Id, pues, con vuestra nueva familia y no os entrometáis más en la mía. Vuestro abandono ha reducido la de Antonio a un servidor y me toca atenderle. No debo pecar de los «endebles afectos» que me atribuís cuando no dudo en sacrificar mi libertad para cuidar de los míos. ¿Podéis vos alardear de lo mismo?

—¿Atenderle? —saltó Alonso, enervado—. ¿Y cómo lo hacéis? ¿Ignorándole? ¿Jaraneando hasta el alba y dejándole solo noche tras noche? Así no se cuida de la familia, Juan. Al revés. Así se destroza. Y tal parecéis perseguir vos: aniquilar la nuestra ahogando los lazos que nos unen en rencores absurdos y pataletas infantiles. Antonio no precisa un protector que, andando el tiempo, le reprochará sus piedades y lo denostará no bien manifieste ambiciones distintas a malvivir en la condenada posada de las estrellas.

—Meted la húmeda dentro del cofre y aventaos o terminaré arpando esa asquerosa cara de lechuguino venido a más que se os ha puesto.

—¿Tanto os encorajina enfrentar verdades que llegaríais al extremo de levantarme la mano por decirlas? Entonces, afilad las uñas porque ahí va una de calado: no es cuidar de Antonio lo que os retiene en esta casa, sino el placer de ganar un jornal honesto que os redime de robar para poder comer. En realidad, os gusta pensar que es vuestro sudor y no el de otros el que os proporciona techo y comida.

—Callaos o no respondo —silabeó Juan, encajando la mandíbula.

—Continuáis aquí porque hay algo que ansiáis más que una familia y la libertad: una vida normal —insistió Alonso sin arredrarse —. Ese anhelo os llevaba cada mañana a la escuela de don Martín, os ayudaba a soportar las zurras de vuestro padre convenciéndoos de que su violencia procedía del afecto, os instó a ampararnos a Antonio y a

mí. No os vais porque vos sí fingís ser lo que no sois. Bajo esas trazas de bellaco siniestro, ocultáis un alma noble y la mejor persona que conozco; alguien que solo quiere tener una vida normal. Pero el orgullo os impide admitir que no la hallaréis en la calle, sino entre estos muros. He ahí la verd…

Un salvaje puñetazo en el estómago lo interrumpió. Cayó al suelo y, cuando un tirón de pelos le obligó a alzar la cabeza, se topó con los ojos de Juan. Casi rozaban los suyos. Consternado, observó que chispeaban bilis, encono y desesperación.

—Yo no finjo nada, imbécil —le oyó rugir—. Mi facha de quiebragaznates es auténtica y me encantaría honrarla tronchando el vuestro. Destilo maldad, Alonso Castro o González de Armenteros o como diablos os llaméis. ¡No imagináis cuánta! Absteneos, pues, de juzgarme. Aparte de mear fuera del tiesto, no sois nadie para hacerlo. Ya no.

—Tranquilo, que no he de importunaros más —resolló Alonso, medio asfixiado—. ¿No me queréis cerca? ¡Estupendo! Quedad con Dios.

Cuando desapareció, Juan trató de mantenerse estoico, pero al poco se dobló sobre sí mismo y rompió en llanto. Se sentía solo, desplazado y preso de una rabia que no cesaba de fabricarle soberbia. Alonso no merecía su rechazo y así habría querido transmitírselo. Le habría gustado poder mostrarle afecto, decirle que le echaba de menos, darle un abrazo, pedirle que volviese. Pero, en lugar de eso, ¿qué había hecho? Despacharlo a coces. Incitarle a irse. Y lo había conseguido. Se había ido para siempre.

24

ENCUENTRO CON EL DESTINO

No fue hasta mediados de octubre que el otoño empezó a cobrar tronío y los nublados se apoltronaron en el calendario. Pero el mal ya estaba hecho. La tardía llegada del relente había retrasado tanto la maduración de las encinas que las bellotas, propias de septiembre, se resistían a brotar. Felipe IV intuyó que, debido a la escasez de su comida predilecta, encontraría al jabalí hambriento y con la guardia baja e, impaciente por inaugurar la temporada de caza, decretó la celebración de una montería en el Real Sitio de El Pardo.

Notificada la orden, los monteros reales marcharon hacia allí para confirmar que el número de jabalíes existente satisfaría las apetencias del soberano. Luego averiguaron sus lugares favoritos de comida y descanso, lo que la jerga llamaba «querencias», efectuaron el «concierto», consistente en acotar el radio de acción, e inhabilitaron los pasos de huida.

Entretanto, el alcalde de El Pardo se ocupó del avituallamiento con arreglo a las estimaciones del despensero mayor de palacio. Cien fanegas de cebada, doscientas de harina, trescientas piezas de carne, cinco arrobas de manteca de vaca, vinos preciosos y un pantagruélico arsenal de dulces deleitarían el paladar de los más de mil cristianos que asistirían a la montería. De esa turba, solo cazarían unos cincuenta, pues tal cifra sumaban el rey y los aristócratas, los únicos autorizados a ello. El resto iría en calidad de auxiliares, auxiliares de los auxiliares, auxiliares de los auxiliares de los auxiliares y así sucesivamente porque, en aquel pequeño cosmos, hasta el oficio de menor rango disponía de un subalterno. Cierto que, al final, había más gente ayudando a matar al jabalí que haciéndolo, pero no importaba. Blandiesen un arcabuz o una escoba, todos comerían, y el éxito de la excursión dependía en gran medida de un estómago saciado.

En su condición de gentileshombres del rey, don Rodrigo y don

Gonzalo recibieron invitación. A solicitud de este último, también convocaron a Álvaro, quien decidió aprovechar la ocasión para presentar a Alonso en sociedad.

La noticia afectó a los muchachos de distinta forma. Álvaro nunca había participado en una montería y la idea lo entusiasmaba. Alonso, en cambio, estaba aterrado. Se estrenaría como escudero de un ilustre ante las cumbres del Alcázar, magna prueba que temía no superar. Aunque don Leandro, su instructor de armas, le aseguró que, si aplicaba lo aprendido en los últimos meses, no surgirían problemas, él sí los auguraba. Poseía mucha teoría, pero ninguna práctica, y tamaña bisoñez no animaba a fabular glorias.

La comitiva partió al alba bajo un cielo encapotado que anunciaba un día frío y plomizo. Don Gonzalo y don Rodrigo la encabezaban junto a prohombres de igual preeminencia. Álvaro y Alonso viajaban más rezagados. El uno parloteaba ilusionado; el otro cabalgaba hecho un manojo de nervios y sumido en el mutismo.

Dejaron atrás el Alcázar y enfilaron el camino de El Pardo. Mientras varios arroyos sin nombre regaban el lateral derecho del sendero, a lo largo del izquierdo se imponía el Manzanares. Una nutrida colección de molinos harineros salpicaba la ribera fluvial, aunque, como solo funcionaban desde Todos los Santos hasta San Juan, sus ruedas todavía no habían empezado a ensortijar las aguas.

Llegados a destino, entraron en la explanada que precedía al pabellón de caza donde el rey y su séquito paraban a reposar o almorzar durante las jornadas cinegéticas. Desperdigados por el recinto, los aristócratas departían en corrillos mientras aguardaban la inauguración de la jornada. Todos lucían guantes de gamuza, gorra de ante verde y el tabardo típico del cazador, una prenda de abrigo con aberturas laterales por donde sacar los brazos y de un tono aceituna idóneo para camuflarse en el follaje.

En un rincón, los monteros reales custodiaban varias rehalas de perros. Alonso distinguió lebreles y sabuesos. Aunque ambas razas se encargaban del rastreo de piezas, los primeros, de rostro perfilado, ojos enormes y cuerpo estilizado, lo hacían utilizando su infalible agudeza visual, y los segundos, de hocico romo y cabeza apaisada, explotando su avezado olfato. Al lado, dogos y alanos gruñían con gesto torvo. De anatomía fornida, cabeza considerable y mirada inquietante, se ocupaban del «agarre». En cuanto la presa resultaba

herida, la embestían hasta derribarla, pero como esta, lejos de rendirse, presentaba batalla, todos exhibían terribles costurones en el lomo. En un extremo y bastante menos exaltados, se alineaban los podencos, responsables de limpiar los bosques de gatos monteses, zorros, hurones y demás alimañas que perjudicaban la caza.

—¡Aleluya! —saltó Álvaro, que llevaba un rato oteando el derredor en busca de algún conocido—. Allá veo a mi padre y a mi padrino. Vayamos a saludarlos.

Don Gonzalo y don Rodrigo se encontraban en compañía de Baltasar de Haro, recién investido gentilhombre de boca del rey. El trío parlamentaba sobre la condena a muerte de Rodrigo Calderón y los rumores relativos a la inminencia del ajusticiamiento.

—Buenos días, padre —dijo Álvaro—. Padrino, ¡a mis brazos!

—¡Ahijado querido! —respondió don Rodrigo—. Al fin tu padre te embarca en empresas de adultos. Temía que te dejase entre cunas y sonajeros hasta la ancianidad.

—Apiadaos de mí y no empecéis a jeringarme ya desde por la mañana, Rodrigo —rezongó don Gonzalo—. El muchacho ha estado aprendiendo las disciplinas del caballero en que se ha convertido. Ahora y no antes lo estimo preparado para esta clase de eventos.

Ajeno a la amena plática, Alonso miraba fijamente a don Rodrigo. Se le escapaba el motivo, pero la imagen de aquel hombre le había removido las entrañas. No logró calcularle la edad. Acaso rondase los cuarenta o quizá algunos más, aunque no demasiados, pues el medio siglo parecía quedarle lejos. Lo asombró su formidable prestancia y, en particular, la estatura. Nunca precisaba izar la barbilla para dirigirse a alguien y en esta ocasión hubo de hacerlo. En su cabello, de color castaño oscuro y peinado hacia atrás, advirtió los mismos caracolillos recalcitrantes que sufría él porque, pese a tratar de mantenerlos lisos con arrobas de goma, se le ondulaban sin remedio.

En cuanto lo tuvo delante, su mano viajó al pecho en busca del relicario que ocultaba bajo la ropa. Ya le pasó cuando vio a Isabel por primera vez, pero ahora la sensación ganó intensidad. Le embargó una necesidad acuciante e inaplazable de establecer ese contacto. Además, ocurrió otra cosa sorprendente. El recuerdo de Margarita lo asaltó con tal virulencia que se le cortó la respiración.

—Caballeros, os presento a mi asistente personal, Alonso

González de Armenteros —anunció Álvaro, ufano.

Todos se volvieron hacia el pobre mentado, que no acertaba a recuperarse del impacto. Permanecía rígido, con la mano en el tórax y los ojos clavados en don Rodrigo. Las miradas de ambos se enhebraron y quedaron enganchadas. Aunque nunca se habían visto, sintieron que se conocían desde hacía mucho tiempo.

—Alonso, este caballero es don Baltasar de Haro, gentilhombre de boca del rey —continuó Álvaro sin percatarse de nada—. También me complace presentarte a don Rodrigo Salazar, duque de Villasolano, grande de Castilla, íntimo de los Soto de Armendía, mi padrino y padre de Isabel Salazar, la amiga de mi hermana Mencía.

Tras hacer un enorme esfuerzo por recomponerse, don Rodrigo carraspeó para eliminar el extraño nudo que le oprimía la garganta y esbozó una sonrisa.

—Añade a esa retahíla de privilegios el de futuro suegro de tu hermano Beltrán.

—Ejem... Bueno, sí... Claro, claro —refrendó Álvaro atragantado y a trompicones—. Alonso, ya te he referido que Beltrán y la señorita Isabel están prometidos.

Su turbación indujo a Alonso a marginar cuánto le había impresionado don Rodrigo e intervenir en la conversación para desviarla a otro tema y así ayudar a su amigo.

—Un placer, caballeros —dijo antes de destocarse e inclinarse en una reverencia.

—El placer es nuestro —contestó don Rodrigo, que aún lo escrutaba con el ceño fruncido—. Tu rostro me resulta muy familiar. ¿Te he visto en alguna otra parte?

—No lo creo, pero sí habéis oído hablar de él —terció don Gonzalo—. Se trata del valiente que nos libró del cajón a vuestro ahijado y a mí.

—¿De modo que eres el ángel de la guarda de los Soto de Armendía? —inquirió don Rodrigo, cuyo interés acababa de multiplicarse—. Ya tenía ganas de conocerte. Te agradezco el rescate de Álvaro. En cuanto a su padre, admito que albergo sentimientos encontrados. Podía haberme desembarazado de él y me truncaste la dicha.

—¡Verdaderamente desternillante! —resopló don Gonzalo mientras los demás reían el chiste—. Si no fuera porque vuestra alzada

disista un mundo de la de un enano, propondría al rey que os nombrase bufón mayor de la Corte.

—En realidad, me alegra que continuéis en este valle de lágrimas —aseveró don Rodrigo, fiel a su costumbre de tomar el pelo al marqués en cuanto le surgía la oportunidad—. Merced a la cuchillada que os asestaron en el asalto, la cojera ya os alcanza ambas piernas y eso ha mermado vuestra magnífica equitación. Al fin, conseguiré aventajaros en la única disciplina en la que me vencéis.

—Fabuláis, mi querida cotorra chinchorrera —rebatió don Gonzalo, que tampoco dejaba ninguna chanza del duque sin justa réplica—. Nunca me superaréis porque vuestra infinita estatura os impide cabalgar en condiciones. A la brida, necesitáis el rocín del gigante Polifemo para poder desdoblar las rodillas sin parecer que sois vos quien calza la herradura y, a la jineta, quedáis ciego cuando el estribo corto os obliga a subir esos mástiles que Dios os puso bajo las caderas.

—Alonso padece los mismos trastornos —se carcajeó Álvaro, indiferente a la fulminante mirada del aludido—. A la brida, arrastra los pies y, a la jineta, se los come.

—Ciertamente tu altura es notable, muchacho —declaró don Rodrigo, volviendo a estudiarle de manera exhaustiva—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señor —mintió Alonso, anclado al plan de aprovechar su espigado porte para sumar dos abriles a sus catorce y evitar así vinculaciones con los Castro.

—Ya veo —repuso don Rodrigo a la vez que se mesaba la perilla en ademán reflexivo.

—De seguir creciendo, él también logrará veros sin quebrarse el pescuezo como nos ocurre al resto de los cristianos —jaraneó don Gonzalo—. Alonso, si te cruzas con este fanfarrón en las cumbres donde ambos residís, dile que le reto a una carrera. A la brida o a la jineta. Lo que prefiera. En cualquier modalidad, le cerraré la boca.

Los cinco rieron el chascarrillo, incluidos don Rodrigo y Alonso, que, todavía aturdidos, se miraban a hurtadillas. Se aproximó entonces un lacayo y susurró algo a Baltasar de Haro, quien reprimió un mohín mustio, pues se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Os ruego me dispenséis, pero un imponderable requiere de mi urgente intendencia.

Al marchar, saludó a un joven rubio y de glaciales ojos azules que acababa de incorporarse al corrillo. Se había despojado de los guantes y el fulgor del zafiro que le alhajaba el anular deslumbró a todos.

—¡Qué inmensa fortuna hallaros aquí, señores! —exclamó.

—¡Enrique Valcárcel! —festejó don Gonzalo para luego darle un abrazo—. ¡Afortunados nosotros, ni que decir tiene!

—Ya lo creo que sí —corroboró don Rodrigo—. El hijo de nuestro añorado Pelayo siempre es bienvenido. ¡Cuánto le echamos en falta! Era un caballero noble como ninguno, de honor intachable y amistad insustituible.

Mientras discurría aquel intercambio de cálidos saludos, Alonso contemplaba a Enrique con el semblante demudado. Solo le había visto en una ocasión: cuando se personó en casa de don Pelayo para averiguar la relación existente entre el testamento que este había otorgado en la escribanía de Sebastián y la irrupción del Santo Oficio en el hogar de los Castro. Entonces creía estar ante el hijo del hombre capaz de aclararle por qué los habían arrestado. Ni de lejos sospechaba que era el responsable de los Crímenes del Ritual y, a la sazón, de la hoguera que lo dejaría huérfano. Pero ahora sí le conocía. Más de lo que a él le habría gustado y mejor de lo que ese lucifer pensaba. Poco imaginaba el muy bastardo que verlo atado a una pira y en llamas se había convertido en el viento que impulsaba sus velas. A mayor evidencia, el destello azul del zafiro le confirmó la versión de Sebastián. En verdad resultaba inconfundible. Lógico que, incluso medio desmayado, su padre lo hubiera identificado cuando pilló a Enrique en la escribanía y este le atacó.

Pese a intentarlo, Álvaro tampoco consiguió enmascarar la antipatía que Enrique le inspiraba. Aquel cretino pretendía desposar a Isabel y, mientras consolidaba una posición fuerte en el Alcázar para poder postularse como yerno de don Rodrigo, la cortejaba en secreto. Aunque la escasa elocuencia que ella exhibía amortiguaba sus celos, saberla obligada a tolerarle alguna que otra libertad le ponía el cuerpo del revés.

—Enrique, os presento a Alonso González de Armenteros, mi asistente personal —dijo cuando logró reunir cinismo suficiente como para mostrar una cortesía exenta de la tirria que le bullía dentro—. Alonso, el caballero es Enrique Valcárcel, hijo de don Pelayo Valcárcel, un buen amigo nuestro tristemente finado hace unos meses.

Sumido en los recuerdos, Alonso clavó en Enrique unos ojos brillantes de odio. Ajeno a lo que sucedía, este le dedicó una sonrisa afable que trocó en perplejidad al comprobar su nada disimulada acritud.

—Alonso, ¿te encuentras bien? —le preguntó Álvaro, consciente de que en público debía aplicarle el tuteo propio del amo frente al siervo—. Has palidecido de súbito.

Alonso no contestó. Abismado en una alucinación, había retornado a la celda inmunda donde se despidió de su padre para siempre. Se visualizó a sí mismo deshecho en lágrimas, oculto el rostro en las esqueléticas manos de un agonizante Sebastián y suplicando a este que no le dejase solo. Rememoró entonces la noche en que Juan le propuso emboscar a Márquez y a Enrique e impartir justicia sin esperar a que lo hiciera un tribunal.

—¿Qué te ocurre? —insistió Álvaro atónito.

De repente la idea de Juan no le pareció tan descabellada. Pasaría mucho tiempo hasta poder consumar su venganza y él ansiaba desquitarse ahora. Tenía una espada en el cinto y a Enrique a un palmo. Bastaba con desenvainar y en un pestañeo le habría troceado las vísceras. Su mano ya viajaba rumbo al tahalí cuando las palabras de Sebastián lo frenaron.

«Jamás purgues la sangre de un inocente vertiendo encima la de un culpable. Ambas brotan rojas y quien las derrama peca igual. Ampárate en la Justicia y confía en ella», le había dicho.

Un fuerte empujón de Álvaro lo arrancó del delirio.

—¡Alonso! ¿Qué diablos te pasa?

Ruborizado y bañado en sudor, quitó la mano del pomo de la espada.

—Excusadme, os lo ruego —balbuceó, todavía descompuesto—. Me he... mareado.

Don Rodrigo, don Gonzalo y Álvaro le observaban confundidos. Enrique lo hacía intrigado. A diferencia de Alonso, él no había reconocido al oscuro sujeto que casi un año atrás compareció en la mansión Valcárcel diciendo ser el oficial de un jubetero.

—¿Nos han presentado en algún acto previo? —lo interpeló—. Creo que no, pero de vuestra conducta se desprende lo contrario. De hecho, diría que yo he propiciado tan repentina indisposición. Incluso os he percibido presto a embestirme acero en ristre.

—¡Qué disparate, don Enrique! —refutó Alonso, fingiéndose descorazonado—. Jamás cometería la atrocidad de ofenderos así. Simplemente, he temido desplomarme y me he aferrado al tahalí para evitarlo. No me explico el origen de este incidente, pero os garantizo que no sois el responsable, pues, en efecto, nunca nos han presentado. No obstante, agradezco a Álvaro que lo haya hecho. A lo largo de la conversación, se ha ensalzado la honorabilidad de vuestro padre y, como presumo a su estirpe dueña de idéntica virtud, no puedo por menos que sentirme afortunado. Siempre resulta muy estimulante conocer a gente de tanta calidad humana.

Aunque Enrique captó cierta ironía tras aquel panegírico, una reflexión lo indujo a desestimar la suspicacia. Retenía en la memoria cualquier cara que se le cruzase y no recordaba la de ese criaducho. Con todo, no se tragó su lisonjero discurso. Quizá desvariaba al intuirlo sardónico, pero de una cosa sí estaba convencido: aquel ordinario había amagado desenvainar frente a él.

—¿Te sientes mejor, Alonso? —interrogó Álvaro, inquieto—. ¿Necesitas un galeno?

—Agradecido, mi señor, pero no hace falta. Solo ha sido un colapso pasajero.

Al notar el azogue del joven, un impulso que no acertó a descifrar instó a don Rodrigo a prestarle ayuda apartándole del foco de atención.

—¿Dónde te escondes, Enrique? Últimamente, apenas te prodigas.

—Me trasladé a Sevilla una temporada y ahora he regresado para colaborar con el conde de Olivares —refirió este, que olvidó al escudero y se centró en impresionar al que esperaba convertir en su suegro—. Mis tareas son ingentes y no me conceden asueto.

—Mesura el celo, que a tu edad debes divertirte, no enterrar los días en tinta y papel.

—Mi trabajo trasciende la labor del covachuelista —impugnó Enrique en actitud jactanciosa—. El conde de Olivares me ha encomendado diplomacias muy delicadas y ando volcado en no defraudar la confianza que ha depositado en mí.

—Y ¿qué hay de Cupido? ¿Te ha visitado ya? —curioseó don Gonzalo—. El árbol genealógico de los Valcárcel reclama nuevos esquejes.

—Lo ha hecho y sus flechas han dado en el centro de la diana —admitió Enrique en tanto miraba de soslayo a don Rodrigo—. Disculpad que no me explaye y omita el nombre de la dama, pero aún me encuentro en los preámbulos de la relación. Ojalá esta prospere y pueda anunciar pronto la gozosa noticia de mi casamiento.

Sabedor de a quién se refería, Álvaro se envaró. Alonso, en cambio, se limitó a compadecer a esa pobre desgraciada porque, como ninguna de las tres personas involucradas en el plan de Isabel se lo había contado, ignoraba que se trataba de ella. A Álvaro le sulfuraba el tema y eludía cualquier mención al respecto; Mencía prefería invertir el tiempo que compartía con él en cosas más placenteras que comentar las chaladuras de su amiga, y la promotora de la chaladura en cuestión, consciente de cuánto exaltaba el asunto a Álvaro, también lo obviaba.

La llegada de un lacayo zanjó la tertulia.

—Caballeros, su excelencia el duque del Infantado y caballerizo mayor de su majestad, solicita a los participantes de la montería que acudan al pabellón. Se van a impartir las instrucciones pertinentes y luego el sotamontero de su majestad realizará el sorteo de puestos de aguardo.

Se dirigió entonces a don Rodrigo y don Gonzalo.

—Los gentileshombres del rey tienen derecho a un ayudante. Recomiendo a vuesas mercedes que escojan ya a los favorecidos, pues la montería comenzará después del sorteo.

Tras inclinarse en una solemne reverencia, el lacayo marchó al siguiente corrillo. Enrique se volvió expectante hacia don Rodrigo. Si lo eligiera a él, podría aprovechar los tiempos muertos de la jornada para tantear la rescisión del compromiso entre Beltrán e Isabel y sugerirle su interés nupcial en esta. Pero el duque tenía otros planes.

—¿Deseas acompañarme, Alonso? He descuidado un poco la práctica del arcabuz y considero prudente encarar al jabalí junto a un experto en salvar vidas.

Sorprendido ante tanto honor, el chico miró a don Gonzalo en busca de autorización.

—Si a tu patrón no le importa prestarme a su ángel de la guarda por un día, huelga decir —agregó don Rodrigo en tono burlón.

—Sea —accedió don Gonzalo—. Aunque procurad no azuzarle el palique. Es un ángel de verbo prolijo y, como decida soltaros una de

sus filípicas, ni un jabalí de oído escacharrado se os pondrá a tiro.

—Cierto, padrino —rio Álvaro—. Parece tímido, pero habla más que un sacamuelas.

—A palabras baldías, ruido de campanas, Alonso —desdeñó don Rodrigo para luego guiñarle un ojo cómplice—. Apuesto mi ducado a que estos dos regresan a casa de vacío. La puntería de ambos resulta igual de mediocre que sus guasas. Aunque hubiera cien marranos a un palmo de ellos, no darían a ninguno.

—No temáis, que sabré comportarme —contestó Alonso, demasiado exultante como para ofenderse—. Don Leandro, mi maestro de armas, me ha descrito el ceremonial de una montería con tal precisión que siento haber nacido en medio de una. Según él, la clave del éxito radica en el silencio. Por lo tanto, mi consigna es clara: debo permanecer callado.

—¡Estupendo! —celebró don Rodrigo, divertido—. No obstante, te confesaré algo y que me disculpe el maestro don Leandro. Yo hablo de cuando en cuando. Ya habrá tiempo de cultivar el mutismo dentro del ataúd.

—Incitadle a desbocar la húmeda y vos sí que regresaréis a casa de vacío —apercibió don Gonzalo, encaminándose al pabellón—. Enrique, vendrás conmigo. Álvaro, asistirás a don Baltasar de Haro. Previo a tu llegada, así me lo pidió.

Tras el sorteo de los puestos de aguardo, los cazadores partieron rumbo a ellos.

—Nuestro puesto está en el corazón del bosque, lo cual facilita mucho el disparo y proporciona piezas espléndidas —explicó don Rodrigo a Alonso mientras cabalgaban—. A la vez, entraña riesgo porque permite al jabalí esconderse en la espesura. Si recibe la brisa en la cara y tú vienes de frente, te olerá antes de que lo percibas siquiera. Entonces, se asustará y, cuando estos animales detectan el peligro, o retroceden y se alejan, o huyen hacia delante y embisten a lo que sea que los amenace. Ocurra lo que ocurra, ocurrirá en un santiamén, de modo que no aflojes la guardia.

—¿Creéis que nos saldrá al paso alguno?

—No me cabe ninguna duda. La tardía maduración de las encinas los tiene hambrientos y de seguro buscarán bellotas a la luz del día, un error que, de estar saciados, nunca cometerían. Son de oído avezado y olfato fino, pero apenas ven. Por eso caminan con el morro pegado al

suelo. De esta forma, amén de oír y oler mejor, también distinguen algo. Como la claridad no les sirve y encima los expone, campean de noche. Únicamente lo hacen de día si la gazuza arrecia.

—Mi maestro afirma que los viejos acostumbran a pasear detrás de los jóvenes. Así, cuando el cazador dispara a estos, ellos se percatan del peligro y se esfuman.

—De ahí que al puerco adolescente se le llame «escudero» —ratificó don Rodrigo—. A menudo, el anciano no le sigue. Se esconde entre los matorrales y le observa. Si no le pasa nada, reanuda la marcha, pero si le atacan, emprende la huida.

—Y, de encartarse, ¿cargaremos contra el escudero? Don Leandro dice que no se debe matar jabalíes de corta edad.

—El veto solo afecta a las crías. Como el escudero ha superado esa etapa, sí es pieza apta, aunque el buen cazador suele abstenerse, y no por piedad, sino por ambición. Un jabalí pequeño siempre precede a uno grande. Por cierto, espero que no te entren ganas de orinar. El olfato de los marranos capta cualquier fluido humano y eso estropearía la jornada.

—Don Leandro me avisó y no he bebido nada desde ayer. También me conminó a no llevar perfume. Según él, si te aromas cual alhelí, espantarás al jabalí.

—¡Caramba con don Leandro! —rio don Rodrigo—. Es todo un poeta. He de conocerle. Enseñar cinegética en verso me parece de un talento mayestático.

Llegados a la base del cerro, descabalgaron, subieron una senda escarpada y se adentraron en el bosque. El montero que los guiaba atravesó un encinar y, un breve trecho después, se detuvo en un claro señalizado con una estaca.

—Fin del trayecto —anunció—. Especie a batir: jabalí. Se permiten viejos y escuderos. No así madres y crías. La montería concluirá al toque de cuernos. En cuanto suenen, vendré y os llevaré al pabellón. Mis subalternos marcarán vuestros trofeos y organizarán el traslado. Feliz y exitosa jornada.

—Construyamos una guarida —orquestó don Rodrigo cuando el montero se fue.

Al tiempo que apilaba hojarasca tras un tronco caído, miraba de reojo a Alonso reprimiendo la risa. Como don Leandro había recomendado al chico extremar el sigilo porque los sonidos asustaban

a los animales, se movía de puntillas, encorvado, a una lentitud flemática y girando la cabeza a los lados de manera sutil pero enérgica. Ponía tal empeño en imitar lo etéreo de las mariposas y el ritmo del caracol que parecía estar ejecutando una danza extraña. Al final, el duque no resistió la tentación de pronunciarse.

—No necesitas levitar sobre el suelo. Y, por cierto, te traigo una gran noticia: puedes respirar. Palabra de honor que, si coges aire de vez en cuando, no ahuyentarás al jabalí.

—Don Leandro dice que el buen cazador detecta ruidos, no los hace —cuchicheó Alonso con voz tenue mientras trataba de ordenar la prolija colección de bártulos que cargaba—. Aunque tanta componenda no ayuda. El arcabuz, sus complementos, la ballesta, la aljaba, las flechas, la lanza, la daga... ¡Siento que llevo una herrería encima!

—¿Y en qué planeas emplear semejante arsenal?

—En cazar, supongo. Don Leandro dice que debo disponer de arcabuz, ballesta, lanza y cuchillo despenador.

—¿Y no te ha especificado que, según la montería, se maneja un arma u otra? Porque en esta en particular no usarás ni lanza ni ballesta. De haberse concertado gamos o venados, quizá, pero no es así.

Don Rodrigo lo miraba divertido, pues las trazas del pobre muchacho resultaban de lo más cómicas. Llevaba la lanza a la espalda; la ballesta en un hombro; una aljaba llena de flechas en el otro; decenas de cosas prendidas en la ropa; en la diestra, el arcabuz, cuya mecha soplaba de continuo para que no se apagase y, atravesándole el torso, una bandolera de la que pendían varios pomos de madera. Cada uno almacenaba la pólvora necesaria para una carga de arcabuz y, como los soldados de los Tercios solían acarrear una docena, en jerga castrense se llamaban los «doce apóstoles».

—Se te ha perdido un apóstol —señaló el duque en tono jocoso y, cuando Alonso se estudió el cuerpo sin dejar de soplar la mecha del arcabuz, añadió—: Solo cuento once. Aunque te cuelgan tantas dagas, puñales y machetes de la pechera que bien podrías haber cortado tú la cuerda que sujetaba el extraviado. Cuidado, no te cercenes también el cuello.

Abochornado, Alonso no supo cómo contestar a la chanza sin caer en la insolencia, así que optó por guardar silencio. No mostró el

mismo recato don Rodrigo, quien, incapaz de frenar más las carcajadas, estalló en ellas.

—Dispénsame —se excusó, enjugándose las lágrimas que el jolgorio le había causado—. Te prometo que no pretendo ponerte en ridículo, sino adoctrinarte. ¡Menos silla y más acción! Tu maestro debería haberte sacado al monte en lugar de saturarte las mientes con normas que de nada sirven si no se manchan de barro.

—El desempeño de don Leandro es impecable —se atrevió a reivindicar Alonso para luego soplar la mecha del arcabuz por enésima vez—. Me ha descrito el ceremonial de tan puntillosa forma que…

—… sientes haber nacido en medio de una —apostilló don Rodrigo con retintín—. Y no lo dudo. Tu experiencia en estas lides brilla cual luciérnaga en la penumbra. Acéptame un consejo que, aunque modesto frente a los imbatibles del gran don Leandro, te aliviará. Todavía queda un rato hasta que empiece la montería. Puedes, pues, despojarte de toda esa armería y dejar de dar fuelle a la mecha del arcabuz como si fuera la llama que ilumina el mundo. Tranquilo. No se apagará y, si lo hace, te garantizo que tendrás tiempo de sobra para prenderla de nuevo.

Alonso claudicó y comenzó a desprenderse de artilugios. Sentado en el tronco que les serviría de trinchera, don Rodrigo le observaba abstraído. Aquel muchacho le inspiraba una honda ternura y no lograba discernir el motivo. Sacudiendo la cabeza como para espantar fantasmas, sacó un pellejo de su morral.

—Echa un trago —ofreció a Alonso después de hacer lo propio.

—Os lo agradezco, pero prefiero no ingerir agua —rehusó este.

—¿Qué agua ni qué agua? Es un San Martín de Valdeiglesias. No catarás otro igual.

—Peor todavía. El vino contiene ácidos repletos de tartratos y sulfatos de potasio que aceleran el proceso renal e incrementan la secreción de orina. Si, como decís, aún falta para el inicio de la montería, creo prudente evitar tentaciones.

—¿También entiendes de temática urinaria? —volvió a carcajearse don Rodrigo—. ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¿Quién te ha adiestrado en tan bucólico ministerio? ¿Don Leandro? Definitivamente, quiero conocer a ese simpar personaje.

—Ha sido mi preceptor de latín —mintió Alonso, pues debía

aquella ciencia a la *Historia natural* de Plinio que había secuestrado de la biblioteca de don Gonzalo—. Dice que un caballero instruido ha de saber algo de todo y todo de algo.

—¡Demontres! Tus maestros valen más que la plata del Potosí.

—Manejo las letras mejor que las armas. Aunque me fascinan los libros de caballerías, he de admitir que solo los disfruto si no soy yo el protagonista.

—No me extraña la curiosidad que suscitas a Gonzalo —comentó don Rodrigo, muy serio ahora—. Afirma que ni siquiera cuando te recogió de la calle acusabas miseria, sino apostura, modales y gallardía. Después de conocerte, coincido plenamente con él. ¿Te importaría hablarme de tu familia?

Procurando concentrarse para no incurrir en contradicciones, Alonso recitó casi de memoria la patraña de los progenitores fallecidos, una en el parto y el otro de pena. Don Rodrigo lo escuchaba meditabundo y cada vez más interesado en el chico.

—Lamento tus fatigas —musitó—. Y a propósito de fatigas, ¿qué te ha ocurrido con Enrique? Y, por favor, no insultes mi inteligencia soltándome la fábula del vahído súbito.

—No es ninguna fábula —negó Alonso encorajinado, pues solo oír el nombre de Enrique le alborotaba la sangre—. Nunca había representado a don Álvaro en sociedad y los nervios me han traicionado. Llevo días insomne y sin apenas comer. Me he mareado y he tenido la mala suerte de colapsar justo cuando iba a saludar a don Enrique.

El opaco sonido de los cuernos y una barahúnda de ladridos abolieron el peligroso interrogatorio. Don Rodrigo se levantó de un brinco.

—Comienza el juego. Prepara el arcabuz y cubre el resto de armas con maleza para que las reses no distingan el destello de los hierros.

Luego pegó hojas mojadas en la espalda de Alonso y le conminó a hacerle lo mismo.

—Tenemos el viento detrás de nosotros y, como el jabalí se nos acerque de frente, nos olerá en el acto —explicó—. Por eso, hemos de colocarnos tripa en tierra y forrarnos el dorso de broza húmeda. Emanaremos aroma de bosque, el aire lo enviará al hocico del animal y así lograremos que no recele.

Cuando los dos estuvieron listos, se tumbaron boca abajo tras el tronco.

—¡Shhh! —ordenó don Rodrigo—. A partir de este momento, ni una palabra.

A lo lejos, se oyeron los primeros disparos, el aullido gutural de un jabalí y el rugido de dogos y alanos al embestirlo. El fragor de la batalla entre víctima y verdugos crispó la serenidad de la naturaleza. Los buitres no tardaron en detectar el hedor de la muerte y empezaron a sobrevolar la zona.

Transcurrió lo que a Alonso le pareció una eternidad. La umbría emprendió la conquista del sol y un viento gélido zarandeó la copa de los árboles originando un siseo arrullador que adormecía. Sin embargo, allí nadie sesteaba. Los cañones de arcabuz emergían de la vegetación amenazantes mientras, agazapados en sus madrigueras y más espabilados que nunca, los cazadores acechaban.

Alonso notaba los huesos entumecidos y se preguntó si don Rodrigo padecía iguales cuitas o ya había sucumbido a ellas porque parecía un cadáver, tan petrificado permanecía. De pronto, oyó pisadas, gruñidos y un ronquido porcino. El follaje frontal se agitó y sus entrañas expulsaron a un jabalí de medianas dimensiones que, con la trompa besando el suelo, se dirigió hacia unas pocas bellotas desperdigadas a los pies de una encina. Tras echar un sesgado vistazo a don Rodrigo y verle negar de un modo casi imperceptible, Alonso dedujo que se trataba del famoso escudero, lo cual significaba que un ejemplar de mayor edad rondaba el entorno.

Giró entonces el cuello a la derecha y, cuando lo hizo, un relámpago de adrenalina lo sacudió. A escasa distancia, oculto en los arbustos, un jabalí descomunal los espiaba en silencio. Tenía el lomo chepudo, enormes colmillos, las orejas tiesas y unos ojos aterradoramente estáticos que lo escrutaban.

Controlando el impulso de levantarse y salir corriendo, se volvió a don Rodrigo, pero, apostado a su izquierda e inmerso en la contemplación del escudero, este no había reparado en el peligro. Consciente de que no le convenía mover un músculo, caviló la manera de avisarle. Ya barajaba distintas opciones cuando miró de nuevo al bicho. Quedó paralizado. ¿Eran imaginaciones suyas o se estaba acercando?

Se obligó a conservar la calma e intentar pensar con lucidez. Los

jabalíes no solían agredir al cazador. Al revés. Se acobardaban y ponían pezuñas en polvorosa. ¿O no? Habría jurado que sí, pero una de dos: o no había entendido esa lección o les había tocado en suerte el único verraco corajudo del lugar porque, en vez de replegarse, iba directo hacia ellos.

El mundo pareció ralentizarse. Todo sucedió muy despacio y, al tiempo, a una velocidad de vértigo. Alonso se volteó, apuntó y apretó el gatillo. Aunque una nube de pólvora lo cegó, creyó oír un bramido. ¿De verdad le había dado? El torrente de alegría que comenzó a henchirle el pecho se disolvió cuando, a través de la bruma, se percató de que, a pesar de haberlo herido en una pata, el jabalí, ahora renqueante y encolerizado, continuaba su avance. Trató de recargar el arcabuz, pero había pasado de temblar de euforia a hacerlo de miedo y ni siquiera consiguió arrancarse otro apóstol de la bandolera. Horrorizado, sintió las babas del animal, su fétido aliento… ¡Ya le rozaba!

Se forzó a no apartarse. Dejaría indefenso a don Rodrigo y eso ni se lo planteaba. Solo había un camino y fue el que tomó. Asió el cañón del arma, levantó el mocho y, en el instante en que se disponía a estrellarlo contra la cabeza de la fiera, una segunda detonación le taladró las orejas. El puerco se tambaleó y, como él no tuvo tiempo de retroceder, se le cayó encima.

Atrapado bajo la difunta mole, espantado e incapaz de respirar, vio a don Rodrigo soltar el arcabuz todavía humeante y sajar el gaznate del animal con el cuchillo despenador. Cuando un chorro sanguinolento le impactó en el rostro, jadeó asqueado y un aluvión de arcadas lo llevó al borde del vómito.

Don Rodrigo lo enganchó de los hombros y, tras un rato largo de infructuosos tirones, logró liberarle.

—Soberbio espectáculo, ¿verdad? —aplaudió entusiasmado.

—Lo único soberbio es el peso de esa cosa —masculló Alonso, ocupado en limpiarse la sangre del semblante—. ¡Casi me asfixia!

—¡Magnífica faena la tuya! Has estado a punto de tumbarlo. Además, antes que dejarme desguarnecido, has preferido plantarle cara. Eso te honra. No me hacían falta tus desvelos porque ya me había percatado de lo que se terciaba e iba a entrar en acción, pero te lo agradezco. De veras que me has conmovido.

—Eso de que os habíais percatado… —se pavoneó Alonso,

encantado de su proeza—. El escudero os distrajo, señor. De haberme apartado, su excelencia estaría camino del cielo. Desde la humildad de mi noviciado, os declaro culpable de un calamitoso error.

—¿De qué error hablas, joven insolente? Acabo de derrocar a un titán —rio don Rodrigo—. No obstante, felicitaciones por tu pronta reacción, agallas y compañerismo. Ha sido un auténtico placer compartir montería contigo.

El sonido de los cuernos clausuró la jornada. En el pabellón una hilera de jabalíes finados alfombraba el recinto mientras, en derredor, las celebraciones de los triunfadores se entreveraban con los lamentos del fracaso.

Esa noche Alonso permaneció despierto. Aferrado al relicario de su madre, sonreía. La causa de aquel contento tenía nombre y una interminable ristra de apellidos: Rodrigo Salazar y Hernández de Somoza Miranda de Jovellanos. ¿Qué le ocurría con él? ¿Qué provocaba esa insólita sensación de conocerle desde siempre? Algo en el duque le suscitaba un afecto entrañable. Pero no sabía lo que era.

25

A LA CAZA DEL LADRÓN

Cada tarde de martes don Rodrigo y don Gonzalo se reunían en la biblioteca de este último para jugar al ajedrez en el tablero cuyas partidas inconclusas tanto intrigaban a Alonso.

Un lluvioso martes de noviembre, ambos aristócratas estaban en mitad del lance semanal. Al amor de la chimenea, paladeaban un San Martín de Valdeiglesias mientras don Gonzalo manoseaba su alfil negro sin dejar de emitir sonoros bostezos.

—¿En algún momento me daréis la alegría de vencerme? —protestó don Rodrigo—. Casi prefiero medir fuerzas con una gallina. Me divertiría bastante más.

—Si tanto os aburrís, buscaos otro rival y a mí olvidadme. Escoged una gallina, una rana o al mismísimo Espíritu Santo. Me da igual. Profesaré devoción perpetua a cualquier criatura, mortal o eterna, que me libre de su engreída excelencia.

—El problema radica en que sois mi mejor contrincante. Y conste que no está en mi ánimo lisonjearos. Si vos representáis mi opción más digna y todavía no habéis amagado ni un triste jaque, imaginad la soledad que arrastro en este árido desierto. ¡Pobre de mí! Venero el ajedrez, ya peino canas y no consigo hallar un adversario en condiciones.

—Hace años que imploro a la Providencia que os conceda esa venturosa merced. El día que acontezca, repartiré limosnas entre todos los conventos de la Villa. Mi entero patrimonio donaría a cambio de un martes sin vuestra irritante visita.

—Pues serenaos porque la de hoy ha terminado. Ahí queda mi desafío, el mismo que os planteo cada semana: jaque a vuestro rey con mi alfil. Ojalá se obre el milagro y, después de ya no recuerdo cuántos lustros suspendiendo la partida en este punto para permitiros siete lunas de reflexión, realicéis el movimiento que espero.

—En nuestro próximo encuentro lo veréis y entonces me pediréis disculpas.

—Ni el avemaría en un rosario se repite tanto como esa cantinela —se chanceó don Rodrigo—. Siempre prometéis lo mismo y nunca cumplís.

—De no ser porque aguantar vuestra legendaria pesadez me allana el camino al paraíso, ya os habría mandado a paseo a vos y al maldito ajedrez. Vayamos a casa Padilla y echemos unos naipes. No os resultará tan sencillo batirme en esa ciencia.

Entre chistes y sornas, marcharon e, igual que todos los martes, dejaron la lid a medias.

Aquella noche, Alonso perpetró una de sus incursiones clandestinas. Retornó el primer volumen de las aventuras de Clarián de Landanís, una serie de novelas caballerescas que le entusiasmaba, y tomó el segundo. Antes de abandonar la biblioteca, se detuvo frente al tablero. Al ver la partida inacabada y, como era habitual, con el alfil blanco jaqueando al rey negro, suspiró. Aunque se obligaba a no interferir, apenas lograba controlarse. Un mínimo movimiento neutralizaría la amenaza y él ansiaba hacerlo. Había resistido la tentación muchas veces. Demasiadas. Tantas que, al final, sucumbió. Convencido de que nadie se percataría, derribó al alfil blanco con el caballo negro y esbozó una sonrisa satisfecha.

—Salvado el rey negro y jaque al blanco con torre negra —musitó mientras se dirigía a la salida.

Una semana después don Gonzalo y don Rodrigo volvieron a reunirse.

—¡Ha sucedido! —exclamó este—. ¡Ah, mi buen marqués! Me colmáis de dicha.

—¿De qué habláis? —se sorprendió don Gonzalo.

—Del ajedrez. Habéis maniobrado cual experto. Os debo unas disculpas, viejo bribón.

—Lástima no poder aceptarlas y forzaros a tragar vuestras impertinencias porque no he hecho movimiento alguno —replicó don Gonzalo, mirando el tablero desconcertado.

—¿Cómo que no? Habéis abortado mi jaque y ahora me amenazáis con la torre.

—Os digo que yo no he movido ficha.

—Entonces, ¿quién ha desplazado vuestro caballo hasta derrocar

a mi alfil?

—Se me escapa —contestó don Gonzalo con el ceño fruncido—. Los únicos que entramos aquí somos nosotros y los criados. Mi esposa se la pasa en el Alcázar desde que la nombraron dama de la reina y, de mis hijos, solo Mencía asoma de cuando en cuando. Pero ella ni gusta de este juego ni, mucho menos, lo domina.

—¡Pues menudo misterio! ¿No tendréis un maestro del ajedrez en vuestra servidumbre y me lo habéis ocultado?

—De saber faenando para mí al mesías capaz de quitarme de encima tamaño suplicio semanal, ya lo habría enviado a vuestro palacio envuelto en lazos de seda. Pero no me creo en tan fausta tesitura. Aunque soporífero, es un juego de postín y nada común en pagos plebeyos. Además, mis criados nunca se inmiscuirían en nuestras partidas. Al desvergonzado que cometiera esa irreverencia le cortaría la mano y después la cabeza.

—Arramplad con su mano si queréis, pero indultad la cabeza, por favor —se burló don Rodrigo—. Redundaría en beneficio de ambos. Yo me ahorraría vuestros plañidos, y vos, mi sublime inteligencia que comprendo os incomode. Evidencia en exceso la mediocridad de la vuestra.

—Quizá corte la mano del criado y la cabeza del duque —refunfuñó don Gonzalo.

—Proceded y así me evitaréis un desengaño tras otro —gimió don Rodrigo—. ¡Qué pena, camarada! Me figuro que la casualidad ha construido este bello espejismo. Si afirmáis que ni los criados ni Mencía han tocado el tablero y que nadie más entra aquí, entonces, hemos sido o vos o yo. Uno de los dos ha debido de dar un codazo o un manotazo y mover de manera indeliberada. No obstante, mantengo la esperanza de que un día mi paciencia obtenga recompensa.

—Mis negocios me ocupan demasiado tiempo, Rodrigo. No me apetece invertir mis escasos asuetos en cosas que no me placen. Por fortuna, Álvaro ha empezado a involucrarse en las finanzas familiares y arrima el hombro de forma muy provechosa.

—Me alegra que le interesen asuntos distintos a caballos o armas. En un par de años irá a la universidad y eso le demandará más apego a la silla de estudio que a la de montar.

—En mi opinión, Alonso ha provocado su cambio de actitud. El profesor de latín asegura no haber tenido nunca un alumno tan

aplicado y creo que eso aguijonea la honrilla de Álvaro, porque ahora se esfuerza más. Suerte que no precise estímulos en otras materias como las bélicas o las artísticas. Según me reportan, Alonso no destaca en ninguna.

—Si pisa el campo de batalla con igual gracia que un cazadero, estoy de acuerdo en que el Imperio no ha perdido un gran soldado —sonrió don Rodrigo al recordar la montería—. Aunque sí doy fe de sus impresionantes conocimientos en las ciencias escritas porque maneja ministerios harto extravagantes. Ese muchacho me intriga. Nada en él habla de un azotacalles. Cierto que, al parecer, no siempre lo fue, pero esa historia que cuenta sobre los padres fallecidos me chirría. ¿A vos no?

—Un poco sí. Aunque la presunta educación que recibió del padre explica su refinamiento, me escama que no se explaye. ¡Y mira que disfruta sacando la húmeda a pasear! Gasta un verbo que ni Cervantes y Lope juntos. Sin embargo, en cuanto surge el tema de sus orígenes, suelta la fábula del huérfano con escuela y luego se cose los labios.

—Quizá Álvaro haya averiguado más detalles.

—Ya le interrogué y sabe lo mismo que nosotros. Tengo para mí que solo sus amigos conocen la auténtica biografía del doncel.

—¿A qué amigos os referís?

—A Juan de la Calle y Antonio, los mozos con quienes compartía penurias e intervinieron en mi rescate la noche del asalto. Antonio trabaja tanto y tan bien que el personal de caballerizas lo idolatra. En cambio, me llueven las quejas sobre el desempeño de Juan. Yo he decidido cerrar los ojos y tal he ordenado a los jefes de oficio. Me salvó la vida y, aunque merite el despido, me siento obligado a mantenerle el empleo.

—Una misericordia que os honra —ensalzó don Rodrigo, ocupado en alinear su ejército en los escaques correspondientes para iniciar una nueva partida.

Esta comenzó, transcurrió y terminó con el habitual jaque del alfil blanco al rey negro. Por la noche ocurrió lo que también había devenido en un ritual: Alonso se coló en la biblioteca, regresó el segundo volumen de las aventuras de Clarián de Landanís y secuestró el tercero.

Ya se retiraba cuando el ajedrez volvió a hechizarle. Se conminó

a refrenarse. Aunque lo pareciera, no siempre se sucedía el mismo lance. Si bien la ubicación de algunas piezas no variaba de semana en semana, la del resto sí lo hacía, así que más le valía replegarse. Tan denodado quiero pero no debo caló en su mente mas no en el cuerpo porque, mientras la una ordenaba al otro tomar carretera y manta, el otro ignoró a la una y lanzó la mano al tablero para de nuevo derribar el alfil blanco con el caballo negro.

Llegó el martes siguiente y, al reparar en ello, don Rodrigo dictó sentencia.

—Definitivamente, nos enfrentamos a un tercer jugador. Mejor dicho, me enfrento yo, porque parece abanderar vuestra causa. Destruye mi jaque y os lo fabrica a vos.

Lívido y muy nervioso, don Gonzalo empezó a inspeccionar la estancia.

—Borrad esa sonrisita al punto, Rodrigo —exhortó al duque, que contemplaba el tablero ilusionado ante la perspectiva de descubrir la identidad del misterioso personaje y retarle a una ronda—. ¡Menuda desconsideración! Invaden mi intimidad Dios sabe con qué intenciones y, lejos de inquietaros, os regodeáis en vuestra condenada obsesión de encontrar al rival soñado.

—¿Qué demonios pretendéis averiguar revisando los armarios? —preguntó el otro, divertido—. Ignoro el motivo de esta incursión, pero dudo que sea por vuestros libros. ¿Os pensáis propietario de la biblioteca de Alejandría?

—Vuestra habilidad para escupir estolideces roza lo insólito —resopló don Gonzalo sin interrumpir sus pesquisas—. Mi colección supera a la del duque de Medinaceli e incluso a la del Alcázar, merluzo. Uno solo de mis incunables vale más que esta mansión.

—¿En serio creéis que alguien va a venir aquí a robar libros? —siguió jeringando don Rodrigo mientras apoyaba el codo en una de las estanterías y cruzaba las piernas con una indolencia que terminó de sulfurar a don Gonzalo.

—En verdad resultáis infinito —le espetó en tanto le apartaba de un empellón para luego reanudar la batida—. Seréis un maestro del ajedrez, pero vuestra impasibilidad ante un delito de esta envergadura delata un calamitoso ayuno intelectual.

—¿De qué delito habláis? Ha quedado probado que el furtivo se inmiscuye en nuestras partidas, no que afana libros. ¿O echáis en falta

alguno?

—No lo sé —titubeó don Gonzalo, descompuesto—. Tengo muchos y me llevará tiempo comprobarlo. Lo haré cuando os larguéis. Vuestras majaderías me desconcentran.

—Tendamos una trampa al bandido. Aunque no está claro qué le trae a vuestra cueva de letras, es evidente que le gusta el ajedrez. Además, se considera un experto y la vanidad le impide obviar el desafío que os planteo de continuo. Podríamos dejar una partida en la situación acostumbrada, escondernos tras las cortinas y aguardar su regreso.

—¿Se os ha escacharrado el oremus? ¿Pretendéis que me agazape en mi propia biblioteca cual vil ratero y espere *sine die* al que lo es?

—*Sine die* no. Tardaremos poco en cazarlo. Imagino que actúa de noche y eso reduce los tiempos. Calculad máximo una semana. En las dos últimas ha movido vuestro caballo dos veces, lo cual sugiere una expedición, al menos, cada siete días.

—¿Y estimáis baladí dormir entre telones durante semejante eternidad? —renegó don Gonzalo, aunque después agitó los brazos en señal de rendición—. ¡Qué diablos! No se me ocurre otra forma de desentrañar el enigma, así que adelante. Embosquemos a ese rufián y atrapémoslo. Si solo ha intervenido en el ajedrez, me limitaré a cortarle la mano, pero, como me esté guindando libros, por mis difuntos que lo mando a galeras.

—En tal caso, lo acompañaré —rio don Rodrigo—. Ahora que, al fin, he hallado a mi anhelado adversario, soy capaz de seguirle hasta el infierno.

—¿Qué carajo os resulta tan gracioso? —bufó don Gonzalo—. Afronto una tesitura de extrema gravedad y vos parecéis estar pasando la tarde en el corral de comedias. Amainad las tonterías e invitadme a un trago en casa Padilla. Necesito airearme un poco y ahogar en vino el disgusto. Luego volveremos y prepararemos la trampa.

Al cabo de un rato, regresaron y distribuyeron las piezas por el tablero. Después apagaron los candiles y se perdieron en el terciopelo de las cortinas.

Atalayaron el lugar durante horas, pero la vigilia no prosperó y, al rayar la aurora, desistieron. El miércoles y el jueves repitieron y de nuevo recibieron la mañana de vacío. La madrugada del viernes, los dos permanecían con ojos de búho en un heroico intento de no

sucumbir al sueño cuando un crujido en la puerta y la tenue llama que iluminó el espacio los alertaron. Al abrir un resquicio de tela e identificar al forajido, sus reacciones turbaron el sosiego del terciopelo. Don Gonzalo respingó de ira; don Rodrigo, de pasmo. Pese a todo, ambos lograron mantener el aplomo y, en completo silencio, observaron la escena.

Alonso se sacó un libro de debajo de las ropas, le pasó un paño, lo besó y lo colocó en la estantería con la delicadeza de quien acuesta a un bebé en su cuna. Luego se dirigió al armario que albergaba la literatura jurídica y tomó un ejemplar bellamente encuadernado. Las páginas eran de vitela, el texto estaba manuscrito y letras de pan de oro mostraban el título: *Comentarios a las Partidas de Alfonso X*, de Gregorio López.

Lo abrazó y se giró presto a salir no sin antes fijarse en el tablero de ajedrez. Comprobada la inmunidad de sus injerencias, se sintió invulnerable y no pudo evitar reincidir. Ya agarraba el caballo negro cuando las cortinas se descorrieron y la pareja de ilustres emergió de entre las sombras.

—¿Deseas algo más de mi biblioteca? —preguntó don Gonzalo en tono peligroso—. ¿Un refrigerio quizá?

—N-n-o es lo que creéis —tartamudeó Alonso, demudado.

—Creo que acabo de sorprenderte robando un libro.

—Cierto que he cogido uno, pero no lo estaba robando.

—¿Qué nombre das, entonces, a llevarte lo que no es tuyo? —vociferó don Gonzalo, embravecido—. ¿Cómo has podido hacerme esto? Te acojo en mi casa, te visto, te alimento, te instruyo, te encomiendo la seguridad de mi hijo y ¿así me lo agradeces?

—Palabra de honor que no estaba robando, mi señor.

—¡Cállate, maldita sea! Nos has engañado bien, zagal. Parecías leal e inocente y resulta que no eres más que un descuidero de la peor calaña. ¿Dónde has aprendido a mentir con tanto desparpajo? ¿Te lo han enseñado en la calle o viene de lejos? ¿Acaso fue tu padre, ese pobrecito a quien venció la pena de la viudedad? ¿O también ahí nos has embaucado y no existió tal cristiano, sino un patrañero que adiestró a su hijo en el ruin arte de la impostura?

Alonso encajó mal la arremetida contra Sebastián, pero no era momento de reivindicaciones, de modo que agachó la cabeza y habló con voz triste.

—No infaméis así a mi padre, por favor. Siempre se condujo con honor y nobleza. Os ruego que no le involucréis en este malentendido que en nada le afecta.

—Sucede que no se trata de un simple malentendido —rugió don Gonzalo—. Es un delito; tú, una sabandija despreciable, y este cándido al que engatusaste, la víctima de tu felonía, amén de tu patrón. En consecuencia, involucraré a quién me dé la gana y cómo me dé la gana. ¿Te enteras?

—Gonzalo, si bien comprendo vuestras conclusiones y de momento las comparto, Alonso asegura que os equivocáis —terció don Rodrigo tras constatar que, o mediaba en el conflicto, o el marqués terminaría atizando al chico—. Le presumo, pues, dueño de una coartada. Permitidle exponerla. Quizá otra explicación justifica este enojoso incidente.

—¿Ahora abogáis por un vasallo traidor?

—En absoluto. Acabo de pronunciarme en vuestro favor, pero, antes de adoptar una decisión, debéis concederle turno de palabra. Alonso, aunque tu conducta resulta censurable, nos movamos en el terreno de las hipótesis o en el de las certezas, el marqués te brinda la oportunidad de formular los motivos que la apoyan. Procura que tengan enjundia porque no te enfrentas a un brete trivial.

—Tomo prestados los libros, los estudio y luego los devuelvo —aclaró el muchacho, cariacontecido—. Si examináis las repisas, comprobaréis que están todos.

—¿Y por qué no has recabado la venia del marqués? —interpeló don Rodrigo con severidad—. ¿No merecían ese respeto la confianza y el afecto que te ha dispensado?

—Me ha regalado tantas prebendas que consideré abusivo ahondar en las petitorias.

—¿Y profanar su biblioteca no te parece un atropello de peor calidad, sabiendo encima cuánto la venera?

—Trato cada libro como un tesoro y pensé que no hacía daño a nadie.

—Salvo a mi confianza —matizó don Gonzalo—. Y eso duele más que cualquier herida física. A mayor torpeza, no necesitabas defraudarme así. Si me hubieras pedido permiso, te lo habría otorgado sin vacilar.

—Lo lamento de corazón —musitó Alonso, arrepentido de haber

obviado las advertencias de Mencía.

—No alcanzo a comprender tu comportamiento —arguyó don Gonzalo—. ¿Es que no te basta la formación que te proporciono?

Consciente de que sortear el apuro imponía algo de sinceridad, Alonso resolvió esgrimirla. No obstante, haría lo mismo que con Mencía: desvelar sus auténticos propósitos y omitir las razones que los impulsaban.

—Superaría de largo mis expectativas si estas consistieran en ejercer de paje, pero no es así. Aspiro a graduarme en Leyes y eso implica dominar otras materias aparte del latín.

—¿Leyes? —farfulló don Gonzalo, perplejo—. ¿De dónde sacas tamaño dislate? Te rescaté de la acequia. ¿Desde cuándo un descomulgado acaricia tan doctos afanes?

—Ya os he referido que no nací pobre. Tuve hogar, escuela y sueños. Todo se esfumó, excepto los sueños, y el más importante para mí reside en la universidad. Quiero ser abogado y trabajar por y para la Justicia.

—¿Y Álvaro lo sabe? —preguntó don Gonzalo, que no salía de su asombro.

—No, su ilustrísima.

—En verdad tu desfachatez no conoce fronteras. Mientras prometes a mi hijo asistirle por tiempo indefinido, urdes un plan de deserción y para perpetrarlo exprimes mis afectos e invades mi biblioteca. ¡Espléndido! ¡A fe que te estás cubriendo de gloria!

—Temí que condenaseis las ambiciones de un siervo e intentaseis truncarlas. El infortunio me dejó sin nada, señor. Solo conservo mis sueños y he de luchar por ellos.

—Admito que no me gustan los criados ni con ínfulas ni con metas impropias de su estamento. Así se construyó la sociedad y así funciona. Cada cual ha de aceptar la condición que Dios le ha asignado y erigir ahí su mañana. Ahora bien, ni Álvaro ni yo nos habríamos opuesto a tus anhelos porque, a nuestros ojos, no eres un mero criado. Ambos continuamos respirando gracias a ti. Cuando arriesgaste tu vida para salvar la de mi hijo, te dije que, como no se me ocurría recompensa digna de tu generosidad, quedaba al albur de tus deseos. De habérmelos participado, te habría ayudado a conquistarlos sin escatimar recursos.

—Contratasteis al galeno que me arrancó de una muerte cierta,

me ascendisteis de galopín a paje, accedisteis a mi ruego de trasladar a Antonio a las caballerizas, pusisteis a mi disposición los maestros de don Álvaro… No me atreví a pediros más.

—Pero sí a violentar mi intimidad.

—No hallé otro modo de formarme tras la restricción de mis lecciones. Entonces…

—… entonces, en lugar de acudir a mí y hablarme con franqueza, preferiste actuar a hurtadillas y sablear mi confianza —apostilló don Gonzalo.

—No os falta razón —corroboró Alonso, despojado de argumentos—. Me avergüenza lo mezquino de mi proceder.

—Mezquino y necio, pues tal me parece tu forma de preparar los estudios superiores. La universidad exige un profundo dominio de múltiples materias y no te presumo tan iluso de creer que lo obtendrías leyendo unos cuantos libros.

—De iluso nada, compañero —intervino don Rodrigo, que asistía a la polémica sentado en un frailero y saboreando una copa de Pedro Ximénez—. Me consta que el mozo ha ordeñado a fondo estos lares. Os maravillaría la cantidad de cátedras que controla. Lo mismo describe el funcionamiento de los riñones que enumera la composición química del vino. Su erudición se me antoja incuestionable.

—Decid mejor cuestionable —corrigió don Gonzalo—. ¿O no lo es adquirirla valiéndose de marrullerías? Pelear por un sueño honesto como el que desglosas te dignifica, pero, si para conseguirlo, engañas, manipulas e insultas la inteligencia del prójimo, entonces tu lucha deviene desleal y tu proyecto, execrable. El fin no siempre justifica los medios.

—Asumo mi responsabilidad —proclamó Alonso, compungido—. Abandonaré vuestros predios de inmediato.

—¿Alguna vez os habéis topado con un descarado tan descarado, Rodrigo? Primero comete el delito, después esquiva la acusación acusando al acusador de infamar a su padre y luego se defiende pontificando sobre los sueños y la necesidad de luchar por ellos. Cuando se le acaban los pretextos, asume su responsabilidad y, llegados al desenlace del pleito, emite veredicto. Se declara culpable y se autoimpone la pena de expulsión. ¡Es la perfecta cuadratura del círculo! Podría encarnar de manera simultánea al reo, al fiscal, al defensor y al juez. Y, por supuesto, ninguno de los personajes se

quedaría sin echar una buena filípica a los demás. A todos dotaría de un pliego de descargos irrebatible.

—Llevad cuidado que todavía termináis en el cadalso por abortar una noche de estudio —bromeó don Rodrigo entre carcajadas.

—¡Qué ignominia la mía! —coreó las risas don Gonzalo—. Hincaré rodilla y le suplicaré el indulto.

Alonso presenciaba la escena aturdido e intentando discernir si se reían de él o con él. Despejó la incógnita cuando, tras un rato de jolgorio y chascarrillos, don Gonzalo le dirigió una mirada de la que no se desprendía complicidad alguna.

—De ser otra persona, refrendaría el castigo que, en un alarde de inconmensurable arrogancia, tú mismo has decretado y te expulsaría de mi casa. Pero, como se trata de ti, me abstendré, pues no olvido lo que hiciste por mi hijo y por mí. No obstante, mereces un escarmiento y lo recibirás.

—Sí, señor —susurró Alonso, aliviado al ver que no le obligarían a coger el portante.

—Se suspenden todas tus lecciones —dictaminó don Gonzalo—. Ya te manejas bien en el oficio de paje y no precisas más escuela. También te prohíbo el acceso a mi biblioteca. A partir de hoy, estás solo en esas metas que tan arteramente has celado. Y ten presente algo que me figuro te supondrá la mayor de las penitencias: si hubieras ido de frente, yo me habría erigido en tu mecenas. Te habría financiado la mejor educación y tu estancia en la universidad.

Alonso respiró hondo para sofocar las lágrimas. ¡Qué idiota había sido! Si hubiera atendido los consejos de Mencía, el marqués le habría arreglado el futuro.

—No te consideras un ladrón y te equivocas —continuó don Gonzalo—. Quizá no has sustraído libros, pero sí el cariño y la confianza de alguien que te dispensó ambas cosas a raudales. Me has hurtado sentimientos y no existe peor robo que ese. Retiro mis agravios a tu padre y hasta lo compadezco. Si de veras fue un hombre recto, tu conducta le habría decepcionado tanto como a mí.

—Siento haberos defraudado —balbuceó Alonso, a quien la amonestación dolió más que cien palos—. A vuesa merced y a mi padre, porque, en efecto, él también reprobaría mi manera de canalizar mis ansias de estudiar.

—Pues esas mismas ansias de estudiar son las que ahora te

impedirán hacerlo. Y conste que esta vez he aplicado la ley de mi casa. La próxima, apelaré a la de los tribunales. ¿Y sabes la pena asociada al criado ladrón? Galeras. Te garantizo que allí aprenderías justicia sin necesidad de estudiarla. De modo que desmesura el tiento porque, como desacates mis órdenes, haré del mar tu universidad.

—Me temo que no habrá próxima vez, mi señor —impugnó Alonso, brillantes los ojos de pena y llanto—. Agradezco vuestro gesto de mantenerme el empleo, pero he de marchar. Sin lecciones ni acceso a la biblioteca, tendré que ingresar en una escuela de gramática y los horarios me imposibilitarán asistir a don Álvaro.

—¡Ni hablar! —repelió don Gonzalo, en cuyo rostro se alternaban el blanco del estupor y el rojo de la furia—. Has contraído un compromiso ante los Soto de Armendía y debes cumplirlo. ¿O acaso darás cumbre y cima a tu canallada quebrando tu palabra?

—Mi prioridad es prepararme para cursar Leyes.

—Tu prioridad es Álvaro y no le dejarás en la estacada. ¿Deseas matricularte en el mismísimo Colegio Imperial? Adelante. No te pondré trabas siempre y cuando tus obligaciones aquí te lo permitan.

—Entonces, ¿podré ausentarme mientras don Álvaro está en sus clases?

—He dicho «siempre y cuando tus obligaciones aquí te lo permitan». Una de ellas consiste en permanecer junto a mi hijo desde que se levanta hasta que se acuesta. En consecuencia, durante sus períodos lectivos, tú te apostarás fuera del gabinete, sala o patio donde tenga lugar la lección y esperarás instrucciones. Si precisa una pareja, como tal actuarás, y, si no, ejercerás de estatua presta a cobrar vida en cuanto el requerimiento se encarte. Tu asueto está subordinado al de Álvaro y solo gozarás de libertad para ir donde te plazca en caso de que él rechace tu compañía.

—Pero semejante calendario es incompatible con el de cualquier escuela.

—Eso creo —suscribió don Gonzalo antes de esbozar una sonrisita cínica.

—Señor, por favor…

—Fin de la cuestión. Devuelve ese libro a su estantería y desaparece de mi vista, no sea que me harte, cambie de opinión y te envíe al mar.

Alonso obedeció y se dirigió a la puerta hundido en la miseria.

—Aguarda un instante —lo detuvo don Rodrigo—. ¿Has sido tú quien ha estado interfiriendo en nuestras partidas de ajedrez en las últimas semanas?

—Sí, su excelencia —confesó Alonso, alarmado al intuir otro rapapolvo.

—¿Quién te ha enseñado a jugar?

—Mi padre. Siempre me conminaba a salvar al rey y eso pretendía con el negro.

—Mi rey no necesita de tu socorro, entrometido del demonio —gruñó don Gonzalo.

—Excusad mi osadía, pero intervine porque, según mi padre, hay que evitar la caída del rey a todo trance, ya que, cuando él muere, la lid acaba. Solía compararlo con los sueños, y al ajedrez, con la vida. Si se abandona la lucha de los sueños, estos mueren, y, tan pronto lo hacen, la vida termina.

Don Rodrigo lo miraba mitad abstraído mitad encantado. Que precisamente aquel muchacho encarnase el rival durante años buscado le removía las entrañas y, al tiempo, lo colmaba de ilusión.

—Hombre juicioso tu padre —ponderó mientras se mesaba la perilla—. Entonces, ¿tu denuedo por estudiar Leyes procede de ese singular maridaje entre los sueños, la vida y el ajedrez?

—Correcto, señor.

—En ese caso, te regalo un proverbio muy a propósito de la ocasión: tanto en la vida como en el ajedrez, más se aprende cuando se pierde que cuando se gana —atacó don Gonzalo, todavía enfadado —. Esta noche has perdido, jovencito. Tu vileza te ha roto los sueños. Espero que hayas aprendido la lección.

Alonso clavó unos ojos profundamente tristes en los del marqués.

—Un sueño no se rompe si no se deja de soñar, su ilustrísima, y yo nunca dejaré de soñar el mío. Iré a la universidad, estudiaré Leyes y me convertiré en abogado.

26

LA VOZ DEL PASADO

—A mis ojos sois un amigo, no un sirviente, y, desde el inmenso afecto que os profeso, admito que estoy decepcionado —dijo Álvaro a un muy compungido Alonso cuando se enteró de lo sucedido—. Me duele que me hayáis creído capaz de cortaros las alas. Y, para colmo, me ocultáis vuestros planes. Eso me entristece sobremanera y no porque me incumban, que lo hacen, sino porque atañen a vuestros sueños. Yo os he confiado los míos e igual prebenda me habría gustado recibir de vos.

—Cometí un error. El miedo a que condenaseis mis ambiciones e intentaseis truncarlas me obnubiló. Os ruego que me perdonéis.

Álvaro se sentía francamente desilusionado, pero su carácter bonachón no tardó en disecar el desencanto y pasar página. Tras un suspiro resignado, palmeó con cariño el hombro de Alonso y encogió los suyos para restar importancia al incidente.

—En el fondo, os comprendo. De haber estado en vuestro pellejo, yo tampoco habría abierto la boca.

—La pifié —se lamentó Alonso—. Y a lo grande, además. Don Gonzalo afirmó que, de haberme sincerado con él, se habría erigido en mi mecenas.

—Si hubierais sabido de antemano que ese sería el resultado de vuestra confesión, imagino que ni un instante habríais dudado en hacerla, pero ocurre que lo ignorabais y a ver qué insensato se aventura a ciegas en semejante bosque. En particular, si lo habita don Hugo, que os aborrece y ansía separarnos. Más os vale extremar el tiento a partir de ahora. Cuando ese zorro bilioso averigüe que habéis perdido el favor de mi padre, multiplicará las intrigas contra vos y también el afán de poneros piedras en el camino.

—Por desgracia, ya no existe camino que empedrar. Don Gonzalo acaba de desmantelarlo. Sin lecciones de latín, sin biblioteca, sin

cuartos para matricularme en una escuela de gramática ni tiempo para compatibilizar los horarios, estoy vencido.

—Pero no rendido, ¿me equivoco? —apostilló Álvaro en ademán cómplice.

—Eso nunca —corroboró Alonso—. Lucharé a tumba abierta por mi sueño.

—Y un servidor os ayudará. Aunque levantar la sanción se encuentra fuera de mi alcance, sí puedo echaros una mano en el resto de inconvenientes. Os prestaré dinero y, en lo relativo al tiempo, explotaremos el pequeño margen que veo en los decretos de mi padre. Ha supeditado vuestro asueto a mi decisión de contar o no con vos, ¿verdad? Bueno, pues, como el ermitaño que hay en mí de pronto se ha exacerbado, no os deseo cerca durante mis recreos. Necesito un poco de privacidad.

La teatral manera con que anunció aquellas acuciantes apetencias de soledad suscitó en Alonso una sonrisa divertida y, a la vez, riadas de afecto. Álvaro detestaba estar solo y sabía bien cuánto le costaba renunciar a su compañía.

—Y, si precisáis marchar a la escuela de gramática en el transcurso de mis clases, avisadme y os cubriré —añadió el joven.

—Gracias —musitó Alonso, emocionado—. Vuestro apoyo significa mucho para mí.

—Os debo la vida y un montón de momentos bellos junto a mi idolatrada Isabel. Lejos de juzgarme, habéis comprendido y respaldado este amor que, aunque ilícito, bebe de un sentimiento puro e intenso. En consecuencia, el agradecido soy yo y me alegra tener la ocasión de corresponderos.

—¡Caray! Terminaréis provocándome el llanto.

—Me tienta hacerlo, pero a cachetadas y por gaznápiro —bromeó Álvaro—. ¿A quién se le ocurre inmiscuirse en partidas ajenas? Quedé patidifuso cuando mi padre me lo contó. Y encima resulta que sois un maestro en la materia. De veras que me desconcertáis. ¿Qué fantasmas os atormentan para celar tantos detalles de vuestro pasado?

—Muchos. Como le sucede al resto de la gente, supongo. Todos tenemos sombras empeñadas en aguijonearnos las tripas. Unas templan cuando se comparten, pero otras crecen si reciben atención y, cuanto más grandes, más laceran. Las mías son de esas.

—Entonces, me abstendré de husmear en ellas. Os sé de nobles

entrañas y eso me basta. No obstante, si algún día sentís que vuestras sombras dolerán menos tras confiarlas a un amigo, siempre me hallaréis presto a ofreceros mi hombro y mi escucha.

—Os lo agradezco de corazón.

—Y decidme —demandó Álvaro con una expresión pícara que pretendía rebajar la seriedad de la conversación y, de paso, desviar el tema a otro más liviano—, ahora que ya sabéis cómo se las gasta mi padre cuando se le esconden cosas, ¿proyectáis revelarle que no solo sois un genio en el ajedrez, sino también en los naipes y sobre todo en sus trampas? Ese insólito talento vuestro sí he tenido el privilegio de presenciarlo... y padecerlo. A las dos noches de convertiros en mi paje, me esquilmasteis la faltriquera. Veréis que he cumplido mi promesa de guardaros el secreto.

—Y os suplico que sigáis así. Don Gonzalo ya me piensa un ladrón. No quisiera que, además, me tomase por un fullero.

—¡Es que lo sois! —se carcajeó Álvaro—. Me habéis floreado hasta hacerme sentir un completo estúpido. ¡Menudo expediente el vuestro! Ángel de la guarda, catedrático de Vilhán, maestro del escaque... ¿Cuántas disciplinas más domináis en la sombra?

—Pocas con futuro —replicó Alonso sin disimular un deje de amargura—. La calle imparte lecciones de presente. No interesa preparar un mañana que quizá nunca llegue.

—El ajedrez sí tiene un mañana. De hecho, os auguro uno sumamente próspero a la vera de mi padrino.

—¿Don Rodrigo? ¿Acaso le gusta?

—Decid «le obsesiona» y os aproximaréis una pizca al auténtico retrato.

—Ahora entiendo el interrogatorio al que me sometió en la biblioteca. Me tundió a preguntas sobre el particular, pero no mencionó su afición.

—Lleva una eternidad tratando de inculcársela a mi padre y siempre andan a la gresca porque, cuando miden fuerzas, uno bosteza y el otro se duerme. Como no lograba nada de él, se fijó en mi hermano Beltrán y este tardó un jesús en huir a Nápoles. Aunque alegó un ferviente deseo de servir al rey, tengo para mí que en realidad intentaba eludir los febriles afanes de ese duque desequilibrado. Después nací yo y me lo endilgaron de padrino. ¡En mala hora! Recuerdo que todavía gateaba y ya me perseguía tablero

en ristre.

—Al parecer, los Soto de Armendía no simpatizáis con los juegos de estrategia —se chanceó Alonso.

—Nosotros disfrutamos el combate lanza en mano y a lomos de un caballo, no apoltronados en una jamuga al mando de una tropa inánime.

—Las maniobras de campo se diseñan sobre una mesa. Mi padre solía decir: «Sin estrategia, ni en cien golpes acertarás; con ella, uno solo y ganarás la partida». La reflexión y el examen previos gestan el ataque más atinado. Si no analizáis las flaquezas enemigas antes de presentar batalla, os agotaréis asestando mandobles y, al final, hincaréis rodilla. En cambio, acudid a la guerra tras haber estudiado los flancos débiles del adversario y lo aplastareis a la primera estocada. He ahí la utilidad del ajedrez. Enseña a observar al rival, a vigilarle y a elegir el mejor momento para propinar el golpe. El único golpe; el certero.

—¡Qué bonito! —bufó Álvaro, poniendo los ojos en blanco—. Soltadle esa arenga a mi padrino y os encadenará a un tablero. Hace años que busca un sujeto de vuestra extravagante mentalidad.

—Pues ya somos dos. Desde que mi padre falleció, no he vuelto a tener un contrincante digno. En la calle, las lides caballerescas no congregan demasiados adeptos. Ojalá su excelencia me invite a unas rondas. Aceptaría encantado.

—Hará más que eso. Os confinará en la torre de su palacio y, ya en la primera partida, pasaréis de estar encantado a llorar horrorizado. No imagináis lo que se demora en mover ficha. Y cuando uno empieza a creer que está dilucidando la manera de ajustar los pilares de la tierra porque un mínimo fallo y el mundo se desplomará, adelanta un miserable peón. ¡No os riais! Hablo en serio. Mi padrino es entrañable lejos del tablero, pero, frente a uno, se vuelve un excéntrico peligroso.

—Admito que me comporto igual —se desternillaba Alonso.

—Entonces, agradezco que hayáis mantenido en secreto vuestra chifladura. Bastante he padecido a un demenciado como para sumar otro a la colección. ¡Mil veces he provocado el jaque mate de mi propio rey solo para zafarme del martirio!

—¡Bendito martirio! Ardo en deseos de que alguien avezado me rete a uno. Necesito un buen desafío.

—Vos mismo, amigo. Luego no digáis que no os lo advertí.

Tal y como Álvaro profetizaba, don Rodrigo ya había desempolvado su mejor tablero. No cabía en sí de gozo. Al fin había encontrado a su ansiado oponente y, a mayor contento, en la persona de Alonso. Amén de disfrutar de estimulantes partidas, aprovecharía para indagar en los misterios del muchacho. Cada detalle, cada faceta, cada matiz del chico encajaba en un lugar de su alma que un día quedó vacío y que aún hoy, años después, continuaba llorando ausencia.

En cuanto lo vio en la montería, evocó a Margarita Carvajal. Cuando se conocieron, él, hijo único y sucesor de una grandeza de Castilla, estaba en vías de desposar a una aristócrata de idéntica alcurnia. En cambio, Margarita descendía de un joyero y carecía de abolengo. Pese a transitar veredas separadas con rumbos diferentes, sus huellas desviaron la ruta y trazaron un mapa común. Así iniciaron un romance imposible que, no obstante hallarse condenado a muerte, engendró vida.

Enterado del embarazo, don Rodrigo se propuso anular el casorio, pero reculó no bien su padre le advirtió que, de hacerlo, lo repudiaría y, entonces, un individuo ajeno a la familia heredaría la histórica dinastía de los Salazar. Aunque habría renunciado a todo por Margarita, sus raíces y la responsabilidad de honrarlas se impusieron. La noche en que se despidió de ella para siempre, le regaló el relicario de plata que Alonso ocultaba ahora bajo la ropa y le prometió que, cuando encabezase el linaje Salazar, la homenajearía convirtiendo el proverbio grabado al dorso en el lema familiar. *Non domo dominus, sed domino domus honestanda est*; «la nobleza no reside en el apellido, sino en nuestros actos», rezaba. Según don Rodrigo, Margarita encarnaba la verdad de esas letras, pues quizá sus ancestros carecieran de nobleza aristócrata, pero sus actos atesoraban otra clase de nobleza mucho más valiosa: la del corazón. Fiel a la palabra dada, tan pronto asumió el patriarcado de la dinastía, había procedido al cambio y, desde entonces, los blasones Salazar, hidalgos de cuna, rendían secreto tributo a Margarita, la mujer a quien había amado profundamente y nunca olvidó del todo.

La parte interna del relicario, esa que, a falta de llave, Alonso no había visto, era de la misma plata que el exterior y una de las paredes exhibía el emblema de los Salazar: dos ánforas doradas sobre fondo

azur que enhebraban agua en un suelo de estrellas. Albergaba un rizo de don Rodrigo y un mechón, largo y liso, de Margarita. Tras unirlos y unirse en aquel diminuto espacio, don Rodrigo cerró el colgante y le pidió a Margarita que lo conservara mientras él hacía lo propio con la llave. Luego le rogó que, si se terciaba la ocasión, se lo diera al hijo de ambos y lo conminase a buscarle porque, en cuanto se lo enseñase, pondría a su disposición el patrimonio de los Salazar.

Después del triste adiós, don Rodrigo contrajo matrimonio con Elena Aguado de Alarcón y se obligó a entregarle un corazón que ya no le pertenecía. Siempre sospechó que ella acarreaba un quebranto similar porque, aunque nunca lo admitió, las lágrimas que derramó ante el altar no revelaban la dicha del amor ganado, sino la pena del perdido.

Al poco de la boda, don Rodrigo marchó al frente sin saber que Elena ya estaba embarazada y allí, en el campo de batalla, le comunicaron la llegada al mundo de Isabel. Cuando regresó de la guerra, trató de dar un varón a la dinastía, pero Elena no volvió a concebir. Al final, don Rodrigo claudicó. Le consternaba ceder la estirpe al marido de Isabel y no a un descendiente directo, pero ya no le restaban ganas para seguir intentándolo.

Nunca refirió a nadie su romance con Margarita. Ni siquiera a don Gonzalo. Tampoco volvió a saber ni de ella ni de su preñez. Se forzó a olvidarla, a inventarse un corazón nuevo y meter el antiguo dentro del baúl de los sueños rotos en la confianza de que algún día sanase. Pero fue en vano. Ni un ápice de aquel amor aflojaba. A pesar de ello, se abstuvo de buscarla. Si la localizaba, trataría de recuperarla y Margarita no se lo merecía. Bastante bajo había caído ya tras abandonarla soltera y encinta como para arrastrarla ahora a un idilio sin futuro en el que podía ofrecerle todo menos a sí mismo.

La herida fue cerrándose gracias a la lenta pero eficaz terapia del tiempo y, al final, cicatrizó. No obstante, lo hizo de una forma muy cuestionable porque quedó una costra perenne que, al menor roce, volvía a ulcerarse. Quedaron unos ojos del color de la miel, un hoyuelo cincel de sonrisas y una caricia de luna. Quedó un caudal de lágrimas reprimidas prestas a aflorar en cuanto flaquease; mil suspiros sin dueña, demasiados besos extraviados y una bella historia por escribir. Pero, sobre todo, quedó una segunda herida: la de la criatura que Margarita engendró. Su hijo; un ser que, pese a llevar en las venas

la grandeza de los Salazar, no respondía a ese apellido. ¿Con cuál se identificaría? ¿Habría llegado a tener alguno? Quizá el embarazo se malogró. Pero él sabía que no lo hizo. Un latido en los pliegues del alma le aseguraba que el retoño nació sano y varón, que el destino lo pondría en su camino y que, tan pronto lo viera, la voz del pasado se pronunciaría. Sin embargo, esa supuesta voz se había mantenido sepulcral primavera tras primavera y ni un tenue susurro se había dignado a emitir. Hasta que él apareció. Al instante, aquel silencio pertinaz borboteó como un seísmo inminente; luego rugió, y, al final, una detonación atronadora agrietó los muros del desánimo. De repente, la quietud se había transformado en una torre de babel caótica y bullanguera donde no se entendía nada, excepto un nombre: Alonso.

En cuanto el joven se asomó al horizonte de don Rodrigo, el inconsciente de este comenzó a escudriñarle las facciones. Buscaba semejanzas y, no obstante percibirlas, le resultaban poco concluyentes. Si bien el cabello de ambos estaba repleto de caracolillos, el de Alonso no tenía su tono castaño oscuro, pero sí el claro con reflejos dorados de Margarita. Aunque los ojos del chico carecían del gris característico de los Salazar y contemplaban el mundo desde un brillante balcón verdemar, se hallaban matizados por el color caramelo presente en la mirada de Margarita. La sonrisa pícara le recordaba a la propia, y el hoyuelo que esta tallaba en su mejilla, a ella. La imponente estatura le parecía muy relevante y el aristocrático porte también. Le adivinaba, además, el mismo coraje que él gastaba de mozo; el mismo talante arrebatado; el mismo temperamento; el mismo sentido del honor; el mismo orgullo. Y, ante todo, le intuía nobleza. La destilaba por los cuatro costados. Igual que Margarita.

En definitiva, pese a distinguir rasgos evocadores, eran demasiado imprecisos. Encima las piezas no encajaban. Si Margarita concibió en el verano de 1606, debió de alumbrar entre marzo y mayo de 1607. Por tanto, el bebé ya habría cumplido catorce años, dos menos de los dieciséis que Alonso se adjudicaba y que sus hechuras en absoluto desmentían. De otro lado, alegaba haber disfrutado de una familia. Aludía a la madre en raras ocasiones porque, como la mujer sucumbió al parto, no la conoció, pero sí hablaba del padre, dato que desvirtuaba la presunta filiación.

En cualquier caso, existieran o no lazos de sangre, la verdad era

que la compañía de Alonso le ayudaba a calmar cuitas y templar nostalgias. Este mérito, la común afición al ajedrez y el misterio que el enigmático muchacho irradiaba le incitaron a hacer lo vaticinado por Álvaro: invitarle a su palacio para celebrar partidas.

Alonso andaba igual de turbado. Don Rodrigo le inspiraba un cariño inverosímil en alguien a quien apenas conocía. A su vera, se sentía extrañamente resguardado y confiaba en él de un modo casi involuntario. Sin duda, era una de las personas especiales anunciadas por sor Casilda, esas con las que nunca se habría cruzado de no haber muerto los Castro. Y no mostraba vocación de secundario, pues, si bien la lista iba creciendo y ya la componían Juan, Antonio, don Gonzalo, Mencía, Álvaro e Isabel, el duque acaparaba todo el protagonismo. Cierto que acababa de llegar, pero le percibía cabeza de brigada y dueño natural de una parte de su corazón que no lograba concretar.

Para terminar de enrevesar el jeroglífico, al inaugurar las veladas ajedrecísticas en el palacio ducal, había descubierto que este, ubicado en la plazuela del Cordón, era el mismo cuya visión le proporcionó una súbita paz la fatídica madrugada de un año atrás en que Sebastián le obligó a huir con Diego en brazos antes de que la Inquisición tirase la puerta abajo.

Aunque el enjambre de coincidencias que lo vinculaban a don Rodrigo parecía fruto de una extraordinaria e inaudita casualidad, él se resistía a creerlo. Intuía otra lectura. Algo entre líneas muy diferente al azar. Y lo más curioso era que ese barrunto cobraba intensidad cada vez que ponía pie en el palacio ducal porque, en cuanto traspasaba el umbral, le embargaba la inexplicable sensación de estar… en casa.

—Don Rodrigo me ha calado hondo —le comentó a Mencía en una de las frecuentes citas que la pareja organizaba en el torreón—. Siento que lleva en mi vida toda la vida. Me nace quererle. Creo que lo hago desde el instante en que le conocí, y no lo entiendo.

—Yo sí. Sois impulsivo, y las emociones os surgen acorde a ese natural vuestro. Para muestra, una servidora. Según vos, os prendasteis de mí tan pronto me visteis.

—No comparéis. Mi apego hacia don Rodrigo resulta peculiar, pero amar a mi ángel de luna llena era inevitable.

—Además de impulsivo, sois un adulador incorregible —sonrió

Mencía, halagada—. En cuanto a don Rodrigo, no os penséis una excepción. Emana un halo especial que a todos hechiza. Álvaro lo idolatra. Beltrán también, aunque, para él, podría mudar de personaje seductor a suegro molesto cuando despose a Isabel.

—O no. Las acusaciones de traición y su cautiverio quizá quiebren el compromiso.

—Don Rodrigo lleva el honor en la sangre. Solo reculará si declaran culpable a Beltrán o si Isabel lo convence de aceptar la propuesta nupcial de Enrique Valcárcel.

—¿Propuesta nupcial? —boqueó Alonso, alarmado—. ¿Qué significa eso?

—¿Álvaro no os lo ha contado? —se sorprendió Mencía, aunque luego se encogió de hombros—. Tampoco me extraña. Ese enredo le solivianta tanto que se comporta como si no existiera. El caso es que Enrique empezó a galantear a Isabel, el cortejo culminó en una oferta de matrimonio y la muy desnortada aceptó para desligarse de Beltrán.

—¿Qué? ¿Isabel planea casarse con ese criminal?

—¿Criminal? ¿De dónde sacáis semejante enormidad? Yo le detesto, pero de ahí a tacharle de criminal hay un trecho largo. ¿Acaso le conocéis?

—Me lo presentaron en la montería y me bastó un pestañeo para equipararlo al mismísimo Belcebú —contestó Alonso, intentando en vano serenarse—. ¿En qué carajo está pensando Isabel? No consentiré que tamaño depravado la ronde.

—¡Caramba! —exclamó Mencía, celosa—. ¿Reaccionaríais igual si se tratase de mí?

—¡Ni lo mentéis! Como Enrique Valcárcel se os acerque a una distancia menor de la que separa el cielo de la tierra, juro por Dios que lo desmiembro.

—Celebro oírlo. Pero no entiendo vuestro enojo. ¿A qué viene tanto interés en Isabel?

—La aprecio mucho, aunque de un modo fraternal, así que podéis estar tranquila. Ignoro el motivo, pero algo me empuja a cuidar de ella. Me espanta que el de Valcárcel la pretenda. Ese tipo porta el demonio en el cuerpo, Mencía. Debéis creerme. En la calle aprendí a identificar a los frailes del mal y os garantizo que Enrique Valcárcel es el prior del convento. ¿En qué consiste el plan de Isabel? No comprendo cómo piensa desembarazarse de Beltrán tendiéndole la

mano a Enrique.

A medida que Mencía se lo explicaba, el estupor de Alonso iba en aumento.

—¡Menuda chaladura! —balbuceó sin salir de su asombro.

—Álvaro opina lo mismo. Intentó disuadirla, pero ella no cedió.

—A Dios gracias, don Rodrigo tampoco cederá. Enrique no logrará embaucarlo.

—Y, de conseguirlo, no llegará de una pieza al día de la boda, se cobije bajo el ala del conde de Olivares o bajo la corona del rey. Como frustre la unión de un Soto de Armendía con la heredera de los Salazar, que se prepare. Quien encorajina a mi padre lo paga caro. Su ira y recursos para urdir represalias contundentes no conocen límites.

—¡Que me lo digan a mí! —masculló Alonso—. Desde que descubrió mis incursiones en la biblioteca, me ha restringido toda instrucción.

—Os advertí que fuerais de frente con él. Tolera muchas cosas, pero, cuando se siente traicionado, no le tiembla el pulso.

—¡Yo y mi maldita arrogancia! Si os hubiera escuchado, ahora lo tendría todo. No lo hice y mirad el resultado. Me he quedado sin nada.

27

Y DE NUEVO EL SOL

El recién estrenado año 1622 avanzaba gélido y dejando a su paso una legión de menesterosos que morían de hambre y frío. Reducidos a esqueletos mucho antes de expirar, decenas de cuerpos solo abrigados con pellejo violáceo teñían Madrid de miseria. Rostros descarnados y famélicos que rogaban al cielo un mañana más, reacios a aceptar que los cadáveres de sus hermanos de penurias ya se lo anunciaban..., pero bajo tierra.

Y, mientras unos languidecían carentes de todo, otros gozaban de la vida sin echar en falta nada. Don Gonzalo integraba este afortunado grupo. Sus arcas acopiaban tal cantidad de dinero que ni cerrarlas podía. Como la mayor parte era ilícito, Bernardo Núñez de Belmonte, el Abogado de las Causas Imposibles, se las veía y deseaba a la hora de blanquearlo. Aunque atribuía prolijos importes a los beneficios de Las Dolorosas, cuidaba de no cometer excesos propiciadores de una inspección. Cierto que el negocio del amor resultaba rentable, pero una revisión exhaustiva de los libros de cuentas evidenciaría que, o las señoritas honraban a Venus de sol a sol sin hacer siquiera un alto para comer, beber o dormir, o los números no cuadraban.

El jurista andaba preocupado. El jabón para purificar tanto metal sucio se le estaba agotando y urgía arbitrar una alternativa al prostíbulo. Encima, el último encargo de don Gonzalo había contribuido a multiplicar sus angustias. La Flota española partiría a las Indias en abril y el marqués le había ordenado organizar una nueva expedición, empeño que a él le parecía muy peligroso.

—Si pretendéis seguir con el contrabando de azogue, os convendría realizar alguna inversión, su ilustrísima —le dijo una grisácea tarde de enero—. El dinero, como el estiércol, huele cuando se amontona y, en estos momentos, vuestros cofres apestan. Ni el más ingenuo se tragaría que Las Dolorosas genera semejantes cuantías. Las

autoridades acabarán recelando y no nos interesa enfrentar una auditoría.

—¿Qué me recomendáis? —inquirió don Gonzalo.

—Os propongo adquirir una casa de conversación y un albergue de pobres. En las primeras se celebran timbas clandestinas que facilitan la depuración de haberes, y la costumbre de compartir alcoba y gastos imperante en los segundos complica el cómputo de habitaciones arrendadas, lo que también favorece el lavado de monedas. En Atocha se traspasa una casa de conversación y me han ofrecido un albergue cerca de la Cava Baja. La intensidad comercial de esas dos zonas avala el éxito de ambas empresas.

—De acuerdo. Disponedlo todo.

—En cualquier caso, os ruego prudencia —señaló Bernardo—. Atesoráis peculio suficiente para rodearos de lujo durante siglos. Desistamos de esta expedición a las Indias, dediquemos el tiempo de barbecho a regularizar el capital pendiente y ya regresaremos la próxima temporada. Conocemos los canales y volveremos a horadarlos.

—Sería de necios retirarnos ahora —replicó don Gonzalo—. Hemos de amortizar el dineral desembolsado en sobornos. Sabe Dios quién efectuará los controles la próxima temporada. De seguro me tocaría apoquinar de nuevo y ni de chanza caeré en tamaña estolidez. Mis galeones zarparán en abril y se acabó la discusión.

—Temo por vuesa merced.

—¡Pues temed menos y faenad más! Quiero soluciones, abogado, no problemas.

—Intento evitarlos y lamento si ello me exige plantear opciones incómodas. Cuando se delinque, han de extremarse las precauciones, pero, cuando se perpetra un crimen de lesa majestad como es la exportación de azogue, debemos desmesurarlas. Estamos robando al rey, su ilustrísima. No podemos permitirnos ni un solo error. Al mínimo fallo, os degollarán y, además, lo harán por detrás cual traidor.

—No me subestiméis, Bernardo. No he conseguido todas mis riquezas actuando a lo loco. Soy prudente, pero prefiero poner la vela en el medio. Ni tan lejos que no alumbre al santo, ni tan cerca que lo queme. Las cautelas exageradas definen al cobarde y nunca he pecado de tal. No os tengo a mi servicio para que invoquéis a los duendes

malos con negros agüeros, sino para esquivar su visita buscando cabos sueltos y eliminándolos.

—En ese sentido, quedad tranquilo. Os garantizo que no hay fisuras en el plan.

—Entonces, dejaos de melindres y activad los sobornos, que bien caros me han salido.

—No confiéis tanto ni en los sobornos ni, mucho menos, en los sobornados. Cuando alguien se vende una vez, suele hacerlo dos, tres y las que se tercien. Los cuartos silencian lenguas, pero también las azuzan. Podría aparecer un pagador más desprendido que vuesa merced y esa posibilidad es ingobernable.

—Dudo que haya humano en la tierra más desprendido que yo —gruñó don Gonzalo.

—Sea, pues —se resignó Bernardo, reacio a seguir insistiendo y enojar del todo al marqués—. Zarparemos en abril y que el Altísimo nos proteja.

—Lo hará. No paro de donar amarillos a la Iglesia. De llamarme a su diestra, perdería un magnífico dispensador de limosnas y no creo que le interese. En mi modesta opinión, todavía tardará un tiempo en orquestar mi cita con el verdugo.

—Ciertamente le renta manteneros en este valle de lágrimas —rio Bernardo—. Y a propósito de lágrimas, ¿en qué fase se encuentra la situación de don Beltrán?

—En una nada halagüeña. Continúa en Uclés y no hay visos de liberación. A mayor fastidio, el duque de Osuna ha renunciado a defenderse. Tilda de absurdas las acusaciones y rechaza humillarse rebatiéndolas. Si no presenta alegaciones, el proceso se anquilosará y entonces ni él ni mi hijo recobrarán la calle.

—Justo eso quieren Zúñiga y Olivares: que el juicio se estanque. Aspiran a que el duque fallezca en prisión. Así no tendrían que dictar una sentencia a todas luces abusiva que les granjearía la impopularidad del pueblo.

—El simple arresto ya es una cabildada y en esos términos se ha manifestado la gente. Zúñiga y Olivares han recibido tal aluvión de críticas que quizá lo exculpen. De momento lo han sacado del castillo de Barajas y lo han instalado en el palacio de Rodrigo de Cárdenas. Está en Carabanchel, más próximo a la Villa. Esa piedad huele a indulto.

—Huele a tumba —corrigió Bernardo—. Un terrible ataque de gota y muy virulentas fiebres han propiciado su traslado. Pero, cuando se restablezca, lo llevarán de nuevo a Barajas y aguardarán el desenlace fatal.

—¿Y si Beltrán muere antes que él? —aventuró don Gonzalo, acongojado.

—Imposible, mi señor. La salud del duque anda en extremo deteriorada. La mortaja le ronda y, como en el Alcázar lo saben, han decidido no mover ficha y limitarse a esperar. Si me permitís la insensibilidad del comentario, su deceso beneficiaría a vuestro hijo. En cuanto el de Osuna sucumba, lo soltarán.

—Dios me libre de desear males a nadie, mucho menos, al duque. Lo respeto y admiro, pero, si su partida al mundo de los muertos implica el regreso de Beltrán al de los vivos, ojalá ese tránsito se encarte pronto. El chico está prometido a la heredera de los Salazar y, de dilatarse esta agonía, el padre de la novia acabará rescindiendo el acuerdo de esponsales o, peor aún, podría surgir un pretendiente alternativo.

Poco sospechaba don Gonzalo que Isabel no disponía de uno, sino de dos pretendientes alternativos. Por Álvaro suspiraba y Enrique le convenía. Al primero regalaba pasiones encendidas; al segundo, cortesías fabricadas. El amante furtivo fantaseaba con pedirla en matrimonio ante don Rodrigo; el falseado se preparaba para hacerlo. Y, mientras los rivales perseguían el mismo anhelo, alguien que apreciaba a Álvaro tanto como aborrecía a Enrique acariciaba uno de doble cara: terminar de servir al amigo para empezar a destruir al enemigo.

Desde que don Gonzalo le restringió las lecciones, Alonso buscaba en vano el modo de reanudarlas. La rabia e impotencia de ver transcurrir las semanas sin sol en el horizonte le tensaba tanto los músculos que los tenía agarrotados. Una de las aburridas tardes de aquel asueto impuesto se acercó a la Inclusa para pasarla junto a Gabriel, quien, a punto de cumplir un año, comenzaba a deponer el gateo y se iniciaba en el arte de caminar. Alonso lo visitaba a menudo y tanto el crío como sor Casilda solían festejar su llegada, pues siempre asomaba cargado de manjares, gentileza involuntaria de don Gonzalo porque procedían de sus cocinas.

Agazapado tras la puerta que conectaba la sala del torno a uno de

los corredores interiores, Diego Castro observaba la escena en general y a Alonso en particular. Ya había espiado tres de esas reuniones, todas después de zafarse de sor Horacia, la monja responsable de los más pequeños, para seguir a hurtadillas los pasos de Gabriel cuando sor Casilda había ido a por él y se lo había llevado.

Próximo a los dos años de edad, tenía tan asumida la condición de expósito que su infantil raciocinio no se planteaba nada distinto. Había olvidado los días en que la vida no dolía porque unos padres entregados se encargaban de endulzársela y un hermano mayor le cantaba nanas. Pese a no recordar aquellos tiempos felices, Alonso le resultaba familiar. Sobre todo, su voz. Le reconfortaba y lo transportaba a algún lugar donde se sabía querido. Una tromba de celos lo asaltó cuando le vio abrazar y besar a Gabriel. Sentía que esos cariños le pertenecían y, como si sus entrañas lo refrendaran, la melodía que siempre entonaba le brotó de los labios de una manera susurrada, apenas audible. Aunque estaba aprendiendo a hablar muy deprisa y ya chapurreaba bastantes frases, la tonadilla no había evolucionado al mismo ritmo. Continuaba siendo un soniquete inarmónico y falto de toda musicalidad que más parecía el zumbido de una mosca. Pero, a sus oídos, no había zumbidos en esas notas disonantes, sino el cálido regazo de un hogar.

Así permaneció durante un rato: mirando a Alonso desde el otro lado de la puerta mientras tarareaba la cancioncilla gallega que llevaba grabada en la memoria del alma. Los gritos de sor Horacia llamándole y anunciándole una buena tunda rompieron el hechizo. Asustado, abandonó su atalaya y salió a escape.

Ajeno a la presencia del hermano que creía muerto, Alonso se despidió de sor Casilda y de Gabriel, pero, como no le apetecía encerrarse en la mansión Soto de Armendía porque allí el amargo sabor de la derrota se enconaba, emprendió viaje a ninguna parte.

Taciturno y desanimado, enfiló el Arenal. Volcaba sus frustraciones sobre una piedrecita que iba pateando según avanzaba cuando, a la altura de San Ginés, divisó a un anciano que cruzaba la calle. De estatura menguada por la edad y hechuras decrépitas, tenía una barba larga y muy blanca, afrontaba las glaciales temperaturas arrebujado en un capuz de paño humilde aunque recio, y un birrete le cubría la despoblada cabeza. Lo reconoció de inmediato y, entusiasmado, corrió hacia él.

—¡Don Martín! ¡Don Martín!

—¡Alonsillo! —contestó el mentado, que primero se giró sorprendido y luego esbozó una sonrisa radiante—. ¡Dios bendito! ¡Pero cómo has crecido!

—¡Qué alegría, maestro! —rio Alonso mientras estrechaba el enjuto cuerpecillo del viejo—. ¡Qué alegría más grande!

—¡Mi querido muchacho! ¡Cuánto he penado por tu suerte! Nunca te perdonaré que no regresaras después de tu entrevista con el Abogado de las Causas Imposibles. Pasé noches enteras esperándote, pero no volví a saber de ti. ¿Qué te sucedió?

—Decid mejor que no me sucedió. Desde entonces, me parece haber vivido tres vidas.

—Acompáñame a la escuela y cuéntamelo todo. Las clases han concluido y mi huésped de aposento dormirá hoy en el Alcázar. Nadie nos molestará.

Al amor del brasero y frente a un chocolate caliente, Alonso le narró sus peripecias. No obstante, se abstuvo de aludir a los Valcárcel y no mencionó ni el testamento de don Pelayo ni la verdad de los Crímenes del Ritual. Prefería no crear problemas innecesarios a don Martín y Enrique provocaba un buen montón de ellos con solo respirar. Cuando llegó al capítulo de sus incursiones en la biblioteca de don Gonzalo y el calamitoso desenlace de la aventura, hundió los hombros consternado.

—La soberbia me venció y ahora la universidad me ha cerrado las puertas.

—La universidad nunca cierra puertas —rebatió don Martín—. Al contrario. Las abre. Pero dime, ¿qué deseas estudiar?

—Leyes. Quiero honrar a mis padres haciendo por otros lo que nadie hizo por ellos.

—Me enorgullece el destino de tu nave y el viento que sopla sus velas. Convencido estoy de que, allá en el cielo, mi añorado Sebastián también aplaude tus gallardos afanes.

—Me temo que no se materializarán. He encallado, maestro. Necesito ir a una escuela, pero no tengo ni dinero ni tiempo. Ni siquiera dispongo de mi apellido y me lo exigirían al matricularme. Ya veis que, excepto ráfagas de viento inútil, mi barco no posee nada.

—Lo que veo es que te has rendido y me parece impropio de ti. Aunque hayas encallado, mientras mantengas tu ruta y aires nobles la

impulsen, no naufragarás. Sobre todo conmigo a bordo, porque resulta que de este apuro en concreto puedo sacarte.

—Si vais a brindarme lecciones privadas como antaño, debo declinar —anticipó Alonso—. Admito que me tienta, pero prefiero no abusar de vuestra generosidad.

—No te ofrezco mi ciencia, sino la de un amigo recién llegado a Madrid desde Villarrubia de los Ajos, nuestro hogar. Está en La Mancha, a diez leguas de Ciudad Real.

—¿Nuestro hogar? —se extrañó Alonso—. Os pensaba madrileño.

—Y lo soy, aunque de adopción. Con veinte años, mis padres me enviaron aquí para atender a mi tío enfermo. Cuando murió, decidí consagrarme a la enseñanza, una profesión que adoro, pero que implicaba no regresar nunca a Villarrubia. Hube de elegir entre mi vocación y mis raíces.

—No lo comprendo. ¿Ser maestro os impide volver?

—Te contaré algo, Alonsillo; algo que no debes revelar a nadie. De hacerlo, me pondrías en un brete muy comprometido.

—Perded cuidado. Mis andanzas me han convertido en un hermético custodio de secretos. Escondo los míos bajo siete llaves. Sumaré el vuestro y añadiré una llave más.

—Yo soy cristiano, pero, al igual que los ancestros de tu padre, los míos no siempre lo fueron. Como en Madrid la licencia docente demanda limpieza de sangre, me vi forzado a cambiar de identidad. En realidad, no me llamo Martín Valdiviesa, sino Martín Aldaña.

—¿También tuvisteis que renegar de vuestros orígenes para esquivar al Santo Oficio? ¡Me dejáis pasmado! Y yo que me creía solo en la ciudad de los sin nombre.

—Pues nada más lejos. Desgraciadamente, formamos una nutrida comunidad. Con todo, mi renuncia mereció la pena porque logré acreditar la limpieza de sangre. Ahora bien, si lo hice, fue gracias a un gran hombre y mejor amigo: tu padre.

—No me sorprende —sonrió Alonso, orgulloso—. Las únicas corruptelas que se permitía siempre iban dirigidas a ayudar al prójimo.

—¡Ah, mi buen Sebastián! ¡Espuela y baluarte de mis anhelos! Sin su apoyo, no habría conseguido abrir mi escuela en Madrid. Cierto que nunca podré volver a pisar mi Villarrubia natal, pero no me arrepiento.

—Lamento que las circunstancias os impidan disfrutar de vuestra rubia tierra.

—¡Rubia y tan bella! En verano, Ramón y yo pescábamos lampreas en el Cigüela, nos internábamos en la dehesa de Zacatena o sesteábamos a orillas del Guadiana. También nos colábamos en los cañamares y afanábamos melones, ajos, guindas, ciruelas, cerezas, membrillos, higos... Lo que se terciase.

—No os imaginaba un saltalindes —bromeó Alonso, divertido—. Esas trastadas no tienen nada que envidiar a las de vuestros pupilos.

—Comparado con esa recua de cavernícolas, a mí me canonizarían —rebatió don Martín de buen humor—. Dispensa mis peroratas de añejo. Las he traído a colación para hablarte de mi gran amigo de la infancia Ramón Villa, un asturiano que, por avatares de la vida, llegó a Villarrubia y ahora acaba de asentarse en Madrid. Aparte de infancia, compartimos oficio. Yo me decanté por las primeras letras y él escogió el grado superior.

Consciente de lo que eso significaba, Alonso se irguió expectante.

—¿Queréis decir que don Ramón prepara el acceso a la universidad?

—Y de sublime forma. Tenía una escuela de gramática en Villarrubia. Sus lecciones eran célebres en toda la comarca. Recibía alumnos de Daimiel, Membrilla, Madridejos, Almagro y hasta Ciudad Real. Cualquier manchego aspirante a la universidad le buscaba.

—No lo entiendo. ¿Por qué dejar tanta bonanza y comenzar de cero en Madrid?

—Porque la bonanza, como la felicidad, es dama veleidosa; un día colma de rosas tu transitar y, al siguiente, lo ayerma. Hace dos décadas una plaga de peste asoló la región. Murieron familias completas, incluida la mía.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

—Fueron lúgubres calendas —suspiró don Martín con la mirada en el ayer y el duelo en el semblante—. Ramón tampoco se libró. Primero fallecieron sus padres y después su mujer. Encima, la epidemia diezmó tanto la población que apenas le quedaron alumnos.

—De veras que, cuando la vida da, da de junto —bufó Alonso, retrotraído a su propio drama—. Pero, si sucedió hace dos décadas, ¿a qué se ha dedicado todo este tiempo?

—De entrada, a llorar. Luego se volcó en los cinco o seis

discípulos que, concluida la ola de contagios, volvieron a clase. Poco a poco, logró reactivar la escuela y su ánimo. Él no quería marchar de Villarrubia y, probablemente, no lo habría hecho de no haber subido al trono el Cuarto Felipe. Pretende suprimir las escuelas de gramática en las localidades carentes de corregidor. Como Villarrubia es un señorío y no dispone de esa figura, Ramón comprendió que su centro estaba abocado al cierre y, reacio a presenciar tamaña calamidad, se adelantó a los acontecimientos. Vendió cuanto tenía y se vino para acá. Cambió el Guadiana por el Manzanares y las tierras manchegas del Quijote por las aulas donde se formó su creador, Miguel de Cervantes; aulas que, por cierto, encajan de maravilla en su apellido.

—¿Ramón Villa? —reflexionó Alonso para boquear de pura exaltación cuando adivinó la respuesta—. ¿Os referís al Estudio de la Villa?

—¡Sí! —confirmó don Martín, que empezó a palmotear de alegría —. Tan pronto se instaló en Madrid, vendió un establo en la calle Zurita heredado de sus padres e invirtió los cuartos en arrendar una de las casas incluidas en el recinto del Estudio de la Villa. La burocracia no se lo puso fácil, pero, tras un sinfín de diligencias, el pasado octubre inauguró una escuela de gramática.

—¿Insinuáis que podría preparar mi acceso a la universidad en el antiguo Estudio de la Villa? —balbuceó Alonso, conmocionado.

—A mi entender, está de Dios que lo hagas. Antes de que lo clausuraran, Sebastián iba a matricularte allí y, justo cuando renace un pedacito de lo que fue, emerges de la nada aferrado al sueño de graduarte en Leyes, pero preso de mil dificultades que te lo baldan. ¿No te parece un guiño del destino?

—Temo más al destino y sus guiños que un pez la Semana Santa —refunfuñó Alonso—. Desde el arresto de mis padres, mi vida es un constante zozobrar, don Martín. Me voltea cual peonza y me obliga a girar y girar en esta rueda loca hasta marearme. Y por mis barbas que lo ha conseguido. ¡Me siento en el carajo del galeón!

—Lo augusto demanda angustia y, como te espera lo primero, necesitas de lo segundo —sentenció el viejo profesor en ademán serio —. Intuyo gloria en tu futuro y de ahí tanta cuita. Te crees en mitad de un camino absurdo que recorres sin brújula ni norte y te equivocas. Lo transitas de un modo singular y eso solo les sucede a los hombres extraordinarios. Los de tu especie nunca viajáis por las sendas

habituales. Al contrario. Enfrentáis y vencéis infinidad de curvas y truculencias que de seguro derribarían al resto de los mortales. Estás llamado a hacer cosas grandes, muchachito.

—Hercúleas me las barrunto porque, si requieren penar mucho y llorar sin tregua, de ambos quebrantos voy servido —aseveró Alonso, cuyo alborozo inicial se había diluido al reparar en algo—. Además, lamento comunicaros que este rudimentario proyecto de hombre extraordinario carece de guita para satisfacer los honorarios de don Ramón.

—¡Menudencias! En cuestiones financieras, se parece a mí. No gasta codicia, sino vocación y ganas de sembrar conocimiento.

—Me figuro que también gasta hambre, y saciarla exige dinero.

—Tiene para comer hasta reventar. Ha logrado reunir cerca de treinta alumnos en menos de tres meses y todos le pagan religiosamente. Bueno, todos excepto uno. Se llama Miguel y, al igual que la tuya, su existencia transcurre cuesta arriba. Tampoco dispone de parné y, a cambio de las clases, trabaja como criado de Ramón.

—Ni siquiera eso puedo ofrecer yo. Soy el criado de otro.

—No te preocupes, Alonsillo. Lo solucionaremos. Le debo decenas de favores a tu padre. Amén de procurarme el certificado de limpieza de sangre, me sacó de muchos más apuros. Profesionales, económicos, personales... Siempre que me surgía un problema, ahí estaba él, presto al rescate. Ahora que la vida me da la oportunidad de corresponderle, pienso aprovecharla. Apoyaré tus sueños como Sebastián hizo con los míos.

—¿Y si don Ramón no acepta? Mi padre secundó vuestras metas, no las suyas.

—Aceptará. Además, no te pedirá ni nombre, ni origen, ni referencias. Solo esfuerzo, disciplina y asistencia a clase.

—De esfuerzo y disciplina ando sobrado. No así de tiempo para asistir a clase. Mi labor de paje implica acompañar a Álvaro en todo momento.

—Si, como cuentas, habéis trabado amistad, te facilitará las cosas. Y, de terciarse, Ramón no tendrá inconveniente en dedicarte alguna noche. ¿Te parece bien?

—¿Me tomáis el pelo? —bailoteó Alonso—. Me parece de guinda. Me dejaré la piel, maestro. No os decepcionaré. Lo prometo.

—No me cabe ninguna duda. Participaré las novedades a Ramón.

Tú regresa mañana al toque de vísperas. Te lo presentaré y podréis concretar los detalles.

Cuando, al día siguiente y a la hora convenida, Alonso compareció de nuevo en los feudos de don Martín, lo encontró junto al brasero y charlando con un hombre al que supuso el anunciado Ramón Villa. Era un caballero alto, de mimbres elegantes, un poco más joven que don Martín, de espesa pelambrera morena y unas saludables mejillas que delataban años respirando los buenos aires del campo. De rictus serio y expresión bondadosa, sus ojos rebosaban tristeza, aunque no la enquistada de quien nunca halló motivos para sonreír, sino la resignada del que tuvo muchos, pero de repente cayó en un abismo de lágrimas y allí echó raíces. Lucía los ropajes invernales típicos de un docente: capuz largo de tejido recio, medias de lana, servillas de cuero en los pies y guantes descabezados que abrigaban las manos sin incapacitar los dedos. Efectuadas las presentaciones, tomó la palabra y se dirigió a Alonso en tono circunspecto.

—Martín me comenta que deseas preparar el acceso a la universidad.

—Sí, señor —respondió este, achantado y en posición de firmes.

—¿Cuántos años tienes?

—En mayo cumpliré quince —dijo Alonso sin mentir por primera vez en meses.

—Aunque aparenta dieciocho, no embustea —ratificó don Martín —. Cuando lo conocí, no levantaba un palmo del suelo. De pronto, empezó a espigarse y ahora parece un mástil. Solo los rizos siguen enroscados. Esos no se estiran ni mojándolos.

—¿Os importaría no interrumpir la entrevista para proferir naderías? —regañó don Ramón mientras el otro reía su propio chascarrillo—. No presumo al candidato interesado en vuestras seniles nostalgias y, desde luego, yo tampoco lo estoy.

En absoluto ofendido, don Martín no amainó las risas e hizo un aspaviento desenfadado a un muy nervioso Alonso para tranquilizarlo.

—¿Manejas el latín, joven? —inquirió don Ramón.

—Don Martín me inició en la materia y después la he perfeccionado.

—Con Ramón, adquirirás tal dominio que podrás intervenir en un cónclave de Horacio, Cicerón y Virgilio sin desentonar ni un poquito,

Alonsillo —lisonjeó don Martín—. Imparte lecciones magistrales. Inauguró la escuela en octubre, no asoma febrero y ya le llueven las felicitaciones. Los padres de sus pupilos aseguran que, en apenas un trimestre, los chicos han progresado de manera asombrosa.

—Agradezco la cortesía —sonrió don Ramón, halagado—. Os alegrará saber que vuestro protegido Miguel ha subido de grado y ahora está conmigo. Mi pasante instruye a los mínimos y me aconsejó incorporarlo a medianos. Le hice caso y no me arrepiento. Da gusto ver cómo declina las formas pretéritas y las supinas.

—Lo celebro. Aunque se desenvuelve mejor en otros ámbitos. Esconde una habilidad extraordinaria en un arte distinto al latín.

—A diario mencionáis la supuesta habilidad del mozo y luego os negáis a desglosarla —protestó don Ramón—. Si no planeáis concluir la crónica, no la comencéis.

—No puedo explayarme porque el secreto no es mío. Miguel me ha exigido discreción. ¿Qué queréis que haga?

—Yo nada, pero probablemente Miguel preferiría que cerraseis el pico. ¿Así celáis una confidencia? Revelando un fragmento, exaltáis la curiosidad sobre el resto del chisme y provocáis huroneos del todo inconvenientes. ¡Menudo cómplice se perdió Judas! «Te van a traicionar, hermano Jesús, pero no puedo explayarme porque el secreto no es mío».

—Cuando os enteréis, presumiréis de haber sido su maestro —vaticinó don Martín.

—Pues hasta ese bienhadado día, dejad de matraquearme con el dichoso tema.

Pese a la jovial atmósfera, Alonso no se relajaba. Esa reunión entrañaba la posibilidad de retomar los estudios y la ansiedad de conocer su desenlace lo tenía en un ay.

—¿Qué libros del *Arte Regia* has trabajado? —le preguntó don Ramón.

—El primero y la mayor parte del segundo.

—¿La mayor parte? En mi curso de medianos ya hemos empezado el tercero.

—El latín de mi muchacho le pega mil vueltas al curso entero —defendió don Martín.

—¿Os consideráis capaz de no interferir en la conversación? —masculló don Ramón—. Deseo escuchar a Alonso. Es él quien debe

convencerme de sus virtudes, no vos. Según lo que diga y cómo lo diga, arbitraré si le admito o no.

—¡Pero si ya le habéis admitido! ¿En serio precisáis causarle esa zozobra? Miradle. Lo tenéis aterrorizado. Sosiega, hijo. Este dragón no escupe fuego.

—Lo haré si porfiáis en el cacareo. ¡Callaos de una buena vez! Intento evaluar a mi nuevo discípulo.

—¿Te has fijado, Alonsillo? —observó don Martín mientras guiñaba un ojo al aludido, que asistía a la polémica presa de la angustia—. Te ha llamado *discípulo*.

—Aunque este loro chinchorrero me jure sobre la Biblia que desciendes del mismísimo Catulo, todavía no he tomado una decisión, mozalbete —advirtió don Ramón—. Necesito comprobar que tu nivel de latín está a la altura de mi escuela, así que te haré un examen *hic et nunc*. Aquí y ahora. Si lo superas, te admitiré. ¿De acuerdo?

La inmediatez del lance pilló tan desprevenido a Alonso que palideció de golpe.

—¿Ahora? —balbuceó—. Pero yo... Bueno..., no... no me he preparado nada.

—Mejor. Los exámenes inesperados proporcionan mucha información. ¿Estás listo?

—Supongo que sí —musitó Alonso, tragando saliva.

—Comenzamos, entonces —anunció don Ramón al tiempo que se cruzaba de brazos con aire inquisitivo—. Nominativo de «señor».

—Segunda declinación. *Dominus*..., *domini*.

—Acusativo.

—*Domini*, *dominorum*.

—Ese es el genitivo. Te he pedido el acusativo.

Desencajado, Alonso rompió a sudar. La mente se le había quedado en blanco y los nervios le obstruían la memoria.

—*Domi*... —tartamudeó, incapaz de recordar—. *Domin*...

Don Martín arrugó los labios en forma de u para indicarle la respuesta correcta, pero en ese momento don Ramón giró la cabeza y le sorprendió en plena falta.

—¡Martín Valdiviesa! Como os vuelva a cazar apuntando al candidato, le examinaré en otro sitio donde no haya una grulla con el día tonto. ¿Está claro?

—Cristalino. No obstante, haced el favor de aflojar la quijada,

que a la pobre criatura no le llega la camisa al cuerpo. Vuestra cara de vinagre asusta al miedo, ¡caramba!

—Pues que se acostumbre. En la universidad afrontará caras bastante más agrias que la mía y envites mucho peores que el presente. De modo que guardad silencio. Lejos de ayudarlo, le estáis perjudicando. Continuamos, jovencito. Acusativo de «señor».

Don Martín se arrellanó en su asiento y dedicó una sonrisa reconfortante a Alonso, quien había logrado calmarse un poco durante la discusión.

—Segunda declinación —recitó—. *Dominum, dominos*.

—Pretérito pluscuamperfecto del subjuntivo pasivo del verbo tener.

—Yo hubiera o hubiese sido tenido. *Habitus, habita, habitum, essem, esses, esset. Habiti, habitae, habita, essemus, essetis, essent.*

—¡Hum! Muy bien.

El comentario sofocó el azogue de Alonso y, a partir de ese instante, las respuestas empezaron a fluirle. Tras un buen rato de preguntas cada vez más complejas que, ya seguro de sí mismo, contestaba de manera rauda, don Ramón se dio por satisfecho.

—Hemos terminado —zanjó en tanto se mesaba la perilla sin poder disimular un deje apreciativo—. *Quod erat demonstrandum*.

—Os percibo impresionado, camarada —azuzó un regocijado don Martín—. Mi pericia docente os ha quitado el hipo, ¿cierto?

—Lo único que me ha quitado el hipo es vuestro intolerable comportamiento de esta tarde. En cuanto a la pericia docente, templad las vanaglorias porque tampoco habéis creado al nuevo Cicerón. El examen carecía de dificultad.

—¡Y una de abelarda! —desdeñó don Martín—. Lo habéis enrevesado a propósito y encima se lo habéis puesto sin previo aviso. Pese a ello, lo ha bordado. A mí no me engañáis, viejo zorro. Tenéis ese gesto de ilusión que siempre adoptáis cuando os topáis con un pupilo sobresaliente.

Luego se dirigió a Alonso, que se retorcía las manos histérico e impaciente por averiguar el veredicto final, y le aplaudió laudatorio.

—Felicitaciones, hijo. Has aprobado el examen. Estás admitido.

—¿Quién diantres os ha autorizado a dictaminar eso? —saltó don Ramón.

—Vos mismo. Habéis usado el QED, *quod erat demonstrandum*: era

lo que se quería demostrar. Así se pronunciaban los matemáticos antiguos cuando probaban sus teorías. Me figuro que, al comprobar la excelencia de Alonso, os ha nacido decirlo.

—Quizá sospechaba que ranea en conocimientos y el examen me lo ha demostrado.

—Entonces, ¿he suspendido, don Ramón? —cortó Alonso, acongojado—. Os ruego me excuséis. Los nervios me han bloqueado, pero ya me siento más sereno. Reanudad las preguntas, os lo suplico. Contestaré cuantas estiméis convenientes.

—¿Queréis dejar de jeringarle y confirmar la admisión, gañán? —conminó don Martín—. ¿No veis que está sufriendo?

—Comunico al aspirante que ha superado la prueba y le doy la bienvenida a mis clases —declaró don Ramón en tono solemne.

Alonso, cuyo rostro mudó del trémulo macilento a un arrebol emocionado, a punto estuvo de lanzarse a sus brazos. Ajeno a tales arrebatos, el maestro empezó a ilustrarle sobre la dinámica de su escuela con la barbilla erguida y una ceremonia imperial.

—Mi centro acaba de echar a andar y solo dispongo de dos grados: mínimos y medianos. Con estos últimos, planeo componer el de mayores, pero Dios proveerá. Te asignaré a ese nivel y, como de él me ocupo yo, comenzarás bajo mi cátedra. En la actualidad, nos encontramos trabajando el tercer tomo del *Arte Regia* y textos de Horacio, Ovidio, Suetonio y Rufo. También imparto historia, geografía, filosofía y matemáticas. Tendrás que apretar el paso. Iniciamos el curso en octubre e irás muy a la zaga.

—Perded cuidado. Me esforzaré al máximo para seguir el ritmo.

—Demando asistencia diaria a mis clases. Son de ocho a doce y de dos a cinco.

—Pero... os pensé al corriente de mis circunstancias. No podré acudir todos los días.

—Mal empezamos —censuró don Ramón con una mueca reprobatoria.

—Os prometo que haré cuanto esté en mi mano para cumplir los horarios. Además, vuestras lecciones nocturnas compensarán las ausencias.

—¿Lecciones nocturnas? No recuerdo haberte ofrecido nada semejante.

—Disculpad —enrojeció Alonso, mirando desconcertado a don

Martín—. Creí que…

—Y creías bien —interrumpió este—. ¿A qué jugáis, Ramón? Os expliqué su situación y aceptasteis dedicarle alguna noche.

—Resulta indiferente lo que nosotros hayamos hablado en una conversación privada. Si Alonso pretende que renuncie a mi reposo en su beneficio, ha de ganárselo, no considerarlo un hecho consumado porque papá Martín ya le ha sacado las castañas del fuego. Lo que se pelea se valora; lo que no, se desprecia, y mi tiempo de descanso me parece acreedor de cierta batalla.

—Bregaré hasta desfallecer, don Ramón —sostuvo Alonso.

—No es necesario morir en el intento. Solo quiero que tú, y no tu mentor aquí presente, me expongas el problema y me plantees una solución.

—Ocurre que soy paje de un aristócrata y, salvo dispensa, debo acompañarle siempre.

—¿Y cómo proyectas conciliar ese calendario con la escuela? Te adelanto que, aunque accediera, no puedo consagrarte todas las noches tras estar faenando desde el alba. El cuerpo resiste esas hombradas en la juventud y hace años que el mío se despidió de ella.

—Solo preciso una, dos a lo sumo. Mi patrón me ayudará. Recibe lecciones letradas durante las mañanas y a mí me ordenan apostarme fuera del aula por si se me requiere. En estos casos me escabulliré y él me cubrirá. En cambio, las tardes de los lunes y los martes tiene entrenamiento militar para lo cual necesita una pareja y no me podré escapar.

—Entonces, vendrás de lunes a viernes, excepto esas dos tardes.

—Correcto. Si me dedicaseis tres o cuatro horas a la semana, compensaría mis faltas. Palabra que les otorgaré el mayor de los aprecios.

—Así sí, joven; así sí —asintió don Ramón, complacido—. Muestra coraje alimentando la solución, no el problema; gallardía, luchando tú por tus empeños, no delegando en otros el combate; tesón, imponiéndote sacrificio, y nobleza, reverenciando el que los demás te brindan. No olvides esta primera lección de tu nuevo maestro.

—Excusad mi grosería. No debí adjudicarme un asueto que no me pertenece.

—Me adhiero a las disculpas —añadió don Martín—. Quiero

mucho a mi Alonsillo y el afán de ampararlo me ha cegado. Siento mi proceder, amigo.

—Perdonados quedáis ambos. Te concederé cuatro horas semanales, Alonso. Lunes y martes de nueve a once de la noche.

—Perfecto, señor; muy agradecido —contestó el muchacho y luego le tendió una faltriquera que se sacó de la ropilla—. He ahí mi hacienda al completo. Ni de lejos alcanza vuestros honorarios, pero es todo lo que tengo. Pese a trabajar en feudos ricos, no me abonan el jornal. Ya sabéis que, en casa de ilustres, buena olla y mal testamento. Acumulan deudas en vida y, cuando mueren, las endilgan a sus herederos. No obstante, me comprometo a traspasar a vuestro bolsillo cualquier moneda que entre en el mío.

—Conserva el dinero —rechazó don Ramón—. Martín me ha contado que tu padre le auxilió en ciertos percances del pasado y colaboraré en su deseo de corresponderle. Tranquilízate. No ha especificado ni nombre ni apellidos. Seas quien seas, nada preguntaré. Mi amigo te avala y eso me basta.

—Aceptadlo, os lo ruego —insistió Alonso, aliviado tras comprobar que don Ramón ignoraba su identidad y no parecía interesado en averiguarla—. Aunque muy pobremente, quisiera retribuir vuestros desvelos por mí.

—Dame la alegría de verte en la universidad y estaremos en paz. Tengo entendido que estudiarás Leyes en Alcalá y eso me extraña. Salamanca y Valladolid ofrecen cátedra de Derecho Civil y tal necesitas para ejercer. En Alcalá te graduarás en Canónico y esa rama solo al clero aprovecha.

—Lo sé, pero es la universidad madrileña. Nací en la Villa y me gustaría convertirme en abogado al cobijo de sus letras.

—¡Utopías de juventud! —suspiró don Ramón—. No comprendo por qué el cardenal Cisneros fundó la Universidad de Alcalá y después se negó a dotarla con una cátedra de Civil. Fue jurista y cualquiera de su gremio habría fomentado esa disciplina.

—También era un ferviente cristiano ansioso de primar la ley divina frente a la humana —apostilló don Martín—. Aunque, al principio, carecer de Derecho Civil restó prestigio a su universidad, luego ha adquirido igual predicamento que Salamanca y Valladolid. Excelsos letrados han salido de las aulas alcalaínas.

—Yo seré uno de ellos —subrayó Alonso con los ojos chispeantes

de contento.

—Y un servidor contribuirá a la causa —agregó don Ramón—. Te espero en la escuela mañana a las ocho. La encontrarás en el antiguo Estudio de la Villa.

—Allí estaré. Gracias de todo corazón. Tengan vuesas mercedes buen final de jornada.

Alonso abrazó a don Martín y se inclinó en reverencia ante don Ramón. Después se retiró. No cabía en sí de felicidad. El sueño seguía vivo y ahora, tras la tormenta, volvía a brillar el sol.

28

MIGUEL VALCÁRCEL

Temeroso de dar un paso en falso y malograr la buena noticia, Alonso solo se la refirió a Mencía y Álvaro. La una le felicitó, y el otro lo eximió de escoltar sus lecciones teóricas no sin antes recomendarle actuar de manera solapada. Si no quería problemas con don Gonzalo, más valía que no se enterase de las novedades. Tampoco don Hugo, desde luego, aunque fue precisamente por culpa de este último que llegó tarde el primer día de escuela.

Como si hubiese intuido lo crucial de la jornada, el ayo se apostó en una esquina para vigilar que Alonso no se movía de la silla donde debía permanecer durante las clases de Álvaro. Pese a tener la dispensa de este, el muchacho resolvió esperar a que se esfumase, pero, al ver que no lo hacía, los nervios empezaron a apoderarse de su paciencia. Cuando, transcurrido un larguísimo rato, ya barajaba la idea de asesinarlo, el insufrible viejo se cansó de jeringar y, con la sonrisa satisfecha del gato que cree acorralado al ratón, se retiró. Alonso se precipitó entonces a su alcoba para cambiarse de indumentaria. Imaginaba que los alumnos de don Ramón pertenecerían a familias acomodadas como fueron los Castro y, anticipándose a la posibilidad de toparse con el hijo de algún colega de Sebastián que lo conociera y reconociera, depuso los terciopelos propios de su actual condición y utilizó avíos de menor boato.

Eligió un conjunto de calzones y ropilla fabricado con tosco picote. Aunque, fiel al nombre del tejido, picaba cual plaga de chinches, abrigaba bastante y, tras valorar las glaciales temperaturas, prefirió rascarse a tiritar. Además, era lo menos ostentoso que tenía y, como eso le dejaba sin opciones, no perdió tiempo en deshojar margaritas de un solo pétalo. Determinado a prescindir también de montura, se calzó unas botas de caña alta perfectas para sortear la ciénaga de inmundicias que emporcaba el suelo urbano. Luego rescató

la capa y el sombrero de su época indigente porque, si pretendía caminar hasta la escuela y encima le aguardaban clases nocturnas, no le convenía parecer más príncipe que villano.

Después de esquivar carruajes, literas, caballos y un inabarcable elenco humano, alcanzó la calle Mayor. A la altura del palacio de Uceda, giró a la izquierda y descendió el tremendo desnivel que desembocaba en la calle de la Villa. Ya frente al edificio donde funcionaba la escuela, tocó una campanilla claveteada en el muro. Cuando don Ramón le abrió y enarcó las cejas sorprendido, recordó lo distinto de sus trazas respecto a la víspera.

—Soy Alonso —dijo en tanto se quitaba el chambergo—. Me he vestido así porque...

—Te reitero que no me interesan tus componendas personales —cortó don Ramón—. Sígueme. ¡Y aligera! No contento con llegar tarde, me has obligado a interrumpir la lección. Que no se vuelva a repetir.

Alonso accedió a un vestíbulo cuadrado y carente de mobiliario. Tenía dos puertas y un cartel colgaba de ambas. Uno rezaba MÍNIMOS; el otro, MEDIANOS. Don Ramón se dirigió a la que indicaba este segundo nivel y entraron en una amplia pieza más larga que ancha. Desprovista de ventanas, candiles de aceite la iluminaban, y un brasero de cobre ubicado en un rincón se encargaba de calentarla. El menaje consistía en dos hileras de seis bancos cada una y tablones apoyados en caballetes que ejercían de mesa. Una tarima presidía la estancia y, en mitad de ella, se erigía una cátedra de madera desde donde el maestro impartía las clases. Aparte de un crucifijo e imágenes religiosas, de las paredes pendían un mapa del mundo, descripciones de los géneros latinos, tiras de vocabulario y gráficos comparativos de las declinaciones. Junto a la puerta, se alzaba un armario cuyo interior albergaba textos clásicos, los cinco volúmenes de las *Introductiones latinae* de Nebrija y los otros tantos que componían el *Arte Regia* del jesuita Juan Luis de la Cerda.

—Caballeros, hoy se incorpora un nuevo alumno a nuestra hermandad del conocimiento —anunció don Ramón mientras avanzaba entre los bancos rumbo a la tarima—. Démosle una cordial bienvenida.

Quince rostros muy poco cordiales se volvieron hacia un cohibido Alonso que permanecía de pie en el fondo del aula. Turbado ante el escrutinio, buscó una plaza libre, pero sus flamantes compañeros no le

allanaron la labor. Aunque sobraba espacio, todos estaban tan repanchingados en las bancadas que las ocupaban por completo y ninguno hizo amago de moverse. Solo un muchacho escuálido, de cadavérica palidez, moreno, con enormes ojos negros e insólitas orejas arreboladas que se hallaba en la última fila se echó a un lado. Tras sonreír agradecido, Alonso se instaló a su vera.

—*Quod in inventute non discitur in matura aetate nescitur* —declamó don Ramón, que había observado la escena desde su cátedra —. Traducción, por favor.

Al recibir un tenso silencio por respuesta, chasqueó la lengua enojado.

—«Lo que no se aprende en la juventud se desconoce en la vejez». Lo enuncio a propósito del triste espectáculo que acabáis de ofrecerme. Si no entrenáis ahora la cortesía, estáis abocados a ser ancianos rudos e insoportables. Os aconsejo, pues, que cojáis un manual de educación y lo estudiéis. De lo contrario, la universidad de la vida os procurará lecciones bastante más contundentes que la de los hombres.

Después se dirigió al chico que había facilitado asiento al recién llegado y le dedicó un gesto de aprobación.

—Celebro tu gentileza, joven —dijo para luego mirar a Alonso—. Coge del armario *La metamorfosis* de Ovidio. Es la obra con la que estamos practicando prosodia. En el libro IV, localiza la historia de Píramo y Tisbe.

La clase continuó sin más incidentes. En uno de los descansos, Alonso aprovechó para presentarse a su vecino de banco y agradecerle la amabilidad que le había mostrado.

—No tiene la menor importancia —contestó este—. Yo soy Miguel.

Al oír ese nombre, Alonso lo asoció de inmediato con el alumno pobre de don Ramón que, según don Martín, poseía un talento oculto. Ahora bien, ni por asomo se le ocurrió equipararlo a otro Miguel de quien manejaba datos de mayor trascendencia. Y no habría estado de más que lo hiciera porque aquel mozuelo de enjutas hechuras e ictérica tez era el hijo ilegítimo de don Pelayo Valcárcel y, como este falleció sin contarle que lo había investido legatario ante Sebastián, no tenía ni idea de la ristra de calamidades, incluida la de Alonso, que su persona había ocasionado. Al tiempo, solo Alonso podía esclarecer el

entuerto y, a la sazón, revelarle su auténtica cuna. No en vano conservaba la única copia existente del testamento que, amén de instituir ese legado maldito, así lo testimoniaba.

Además de auspiciar la desgracia de otros, el origen de Miguel también le había acarreado múltiples cuitas a él. Ni doña Francisca ni Enrique le toleraban y, antes del deceso de don Pelayo, lo habían sometido a tal cantidad de humillaciones y palizas que el miedo acabó por convertirlo en un individuo huraño e introvertido. Cuando madre e hijo incautaron el nuevo testamento de don Pelayo donde este confesaba que Miguel era fruto de una infidelidad, la tirria de ambos medró a un odio profundo que los llevó a ensañarse con el joven tan pronto don Pelayo pereció.

Al igual que Enrique, doña Francisca ansiaba expulsarlo de la mansión Valcárcel, pero, como el juez le había encomendado su tutela, hubo de tragarse las ganas y pergeñar una manera distinta de desahuciarle. Aunque guardó las apariencias permitiéndole seguir en su aposento de siempre, le prohibió utilizar otras estancias de la casa y siquiera dirigir un saludo a los criados o al entorno de los Valcárcel. En el ínterin, ella se dedicó a divulgar que, tras la muerte de su amado tío, el carácter reservado del chico se había exacerbado hasta derivar en una honda aversión al contacto humano y que de ahí su aislamiento de la sociedad. Luego le negó el preceptor privado que todo adolescente de familia rica tenía y lo envió a una escuela pública, consciente de cuánto sufriría un muchacho tan reacio a alternar con extraños metido en un lugar repleto de ellos. Además, le conminó a no desvelar ni su identidad ni cualquier extremo que lo vinculase a los Valcárcel. Si llegaba a los mentideros que el sobrino del insigne don Pelayo asistía a un colegio de plebeyos, se armaría un escándalo y le advirtió que, de averiguarlo alguien, lo lamentaría.

De esta forma recaló en la escuela de don Martín. Al principio, lo pasó francamente mal. A tal punto le aterraban las represalias anunciadas por doña Francisca que ni a despegar los labios se atrevía. El maestro trató de arrancarle más información al margen del nombre, pero, al chocar con aquella penetrante mirada que parecía haber abjurado de las palabras, se limitó a brindarle un afecto exento de preguntas. Miguel se lo agradeció regalándole un extraordinario retrato y así fue como devino en la única persona al corriente de una genialidad fuera de lo común. Cuando, al finalizar el curso, le propuso

ingresar en un taller de pintura y Miguel replicó que ese lujo no estaba a su alcance, recurrió a don Ramón para que siguiera formando al muchacho a cambio de que este le asistiera en las tareas domésticas.

La mudanza de los lares de don Martín a los de don Ramón ni un ápice modificó las rutinas de Miguel, las cuales se reducían a la habitación de una casa donde penaba víctima del ostracismo y la escuela que lo había asilado. En la primera, nadie quería hablarle; en la segunda, a nadie podía hablar. Y así, entre silencios y soledades, se deslizaba su existencia. Los pinceles aliviaban el vacío. También dos iniciales que enhebraban sus trazos: una M y una V. Con aquel par de letras, rubricaba cada dibujo. Ambas amadrigaban su identidad y le ayudaban a no olvidarse de quién era.

Después de presentarse, Miguel no volvió a dirigirse a Alonso en todo el día. Este le observó a hurtadillas. Su marmórea palidez impresionaba, la demacrada flaqueza provocaba lástima y las enormes orejas parecían a punto de llevárselo en volandas. Tras la parquedad verbal intuyó muchas cosas por decir; en la seriedad del rictus, un carnaval de sonrisas encadenadas a la tristeza, y, bajo el brillo apagado de los ojos, un río de lágrimas que suplicaba libertad. En resumen, se le antojó un tipo raro y muy misterioso. Quizá por eso, porque él tampoco era normal y a misterios no le ganaba ni la Santísima Trinidad, desde el principio le inspiró una simpatía genuina.

Despachada la primera jornada escolar, partió rumbo a casa. Estaba eufórico. El faro de su destino centelleaba de nuevo prometiéndole un futuro lleno de cátedras y catedráticos. Lo conseguiría. Había reanudado la marcha y ahora sí que nada ni nadie iba a detenerle. Demasiado engolosinado con las dulzuras de su contento, cometió el error de desmadrar el optimismo y de olvidar que, cuanto más alumbra una luz, más sombras fabrica. Y una muy oscura se cernía sobre él. Ansiaba complicarle la vida y ya lo había logrado una vez.

Aunque Alonso trataba de escabullirse solo cuando don Hugo no le rondaba, este terminó percatándose de sus ausencias y comenzó a indagar. Tardó dos semanas en descubrir lo que acontecía y, en cuanto lo hizo, le fue con el chisme a don Gonzalo.

Un día, mientras Álvaro practicaba posiciones de ataque bajo la atenta mirada del maestro de destreza, Alonso le asistía en la defensa con una impericia que dolía y que, a mayor fastidio, no progresaba

porque, desde la suspensión de su formación académica, no recibía ninguna directriz. En la aviesa voluntad de verificar que así sucedía, don Hugo se hallaba apostado en un rincón. Contemplaba deleitado la lamentable técnica del enemigo cuando don Gonzalo entró en la sala. Al verle, el ayo adivinó el motivo de la visita y, pletórico de alegría, se apoltronó en el asiento presto a disfrutar de la función.

—Retiraos —ordenó don Gonzalo al preceptor—. La lección ha concluido.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó Álvaro—. ¿Tan importante es lo que os trae que no podéis esperar al final de la clase?

Sin molestarse en contestar, don Gonzalo se dirigió a Alonso en tono peligroso.

—Me han referido que te has apuntado a una escuela de gramática. ¿Es cierto?

El muchacho miró de soslayo a don Hugo e invocó al dios de la tormenta para que enviase un rayo y lo fulminara allí mismo. A continuación, se encomendó a la Virgen y juró rezarle diez rosarios si le libraba del incipiente desastre.

—Sí, mi señor —musitó, pues se temía lo peor.

—¿Y por qué no me has pedido permiso?

—Pensé que..., bueno..., que ya lo tenía —titubeó Alonso, improvisando una defensa plausible—. Como dijisteis que, aunque me matriculase en el Colegio Imperial, no os opondríais...

—Si mal no recuerdo, dije que no me opondría siempre y cuando tus obligaciones aquí te lo permitieran. Sin embargo, parece que mi orden de permanecer en la puerta durante las lecciones de mi hijo te la llevas de paseo diario al país de hago lo que me da la gana.

—Alonso no os ha desobedecido —intercedió Álvaro—. Yo le he dispensado de custodiar mis clases teóricas. Como nunca le reclamo, considero innecesaria su escolta.

—¿Y quién eres tú para dispensar a nadie de nada? —espetó don Gonzalo.

—Intento aliviar vuestra enorme carga de trabajo atendiendo los imponderables de mis criados —alegó Álvaro en un despliegue magistral de inteligencia y diplomacia—. Os tomáis pocos descansos y me apena que los dediquéis a menudencias domésticas.

—No te falta razón —corroboró don Gonzalo, a quien el solícito argumento serenó al instante—. Te has convertido en un adulto muy

capaz de mantener la disciplina de tu personal, de modo que no interferiré ni en tus bulas ni en tus clemencias. No obstante, procura que este bocarrota no se desmande. Lo quiero más derecho que una vela. Como me entere de que le consientes en exceso, intervendré en la partida. Y eso no os conviene a ninguno de los dos porque mi manera de jugar a según qué juegos no os gustaría.

—Ni un desliz admitiré, padre. Intentaré comportarme de la forma rigurosa pero, a la vez, justa y magnánima que he aprendido de vuesa merced. Así os he visto gobernar esta casa y así ambiciono conducirme yo.

—Tus aspiraciones me enorgullecen y las celebro —aseveró don Gonzalo, encantado ante tamaña dosis de coba—. Joven Alonso, si mi hijo te ha dispensado, dispensado quedas. Acude a esa escuela y estudia lo que te plazca. Pese a ello, te reitero que tu prioridad es él. Supedita sus intereses a los tuyos y la tendremos. ¿Me has entendido?

—Sí, su ilustrísima —contestó Alonso, agradeciendo en silencio la ayuda de Álvaro.

—Las tarifas de una escuela de gramática son altas y no creo al paje en condiciones de costearlas —terció don Hugo, en absoluto dispuesto a que Alonso se zafase del brete sin despeinarse siquiera—. Quizá debería explicar de dónde saca los dineros.

—Eso no nos incumbe, ayo —reprobó Álvaro.

—Desde luego que sí —objetó don Gonzalo—. ¿Cómo pagas la escuela, muchacho?

Alonso vaciló. Si mentaba a Ramón Villa, don Hugo empezaría a fisgonear el entorno del maestro. En él figuraba don Martín, y en el pasado de este se hallaban los Castro. Cualquier pista podía guiarle hasta la verdad y, de averiguarla, no dudaría en avisar al Santo Oficio. Así las cosas, decidió sesgar la información.

—No pago nada.

—¿Recibes enseñanza en caridad? —se asombró don Gonzalo.

—En realidad, se trata de un acuerdo. He asumido un compromiso de rendimiento superlativo.

—¿Así que pagas tus lecciones estudiándolas? —se mofó don Gonzalo—. ¡Qué buen negociador! ¿Y si te nombro jefe de compras? Convencerías a los proveedores de aceptar que abonemos las viandas prometiendo consumirlas. Me ahorrarías una fortuna.

Mientras don Hugo y él se carcajeaban, Álvaro observó a Alonso

consternado. No le gustaban ese tipo de escarnios, mucho menos, si la víctima era su amigo.

—En todo caso, tan pronto logre reunir dinero, pagaré —añadió este con el bochorno incendiándole las mejillas.

—¿Y cómo lo harás? —se burló don Gonzalo—. Porque lo tendrás complicado.

—No lo sería tanto si se me abonara el jornal —se le escapó a Alonso.

Pretendía decirlo para sí, pues nunca osaría soltar semejante grosería al marqués, pero los nervios le traicionaron y, sin venia ni cautela, concedieron voz a sus secretos pensamientos. El jocoso gesto de don Gonzalo se congeló para primero teñirse de incredulidad y luego de cólera.

—¡Dios bendito! —exclamó Álvaro, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Habrase visto la indecencia del donnadie? —saltó don Hugo, que, aunque se fingía perplejo, en el fondo, estaba entusiasmado—. Le rescatan de la cloaca, lo colman de almíbares y ¡todavía se permite el lujo de exigir soldada!

—No prestéis mientes, padre —intentó conciliar Álvaro—. Alonso no pretendía ofenderos. Se refería a que...

—No necesito que me traduzcas sus palabras —atajó don Gonzalo —. Y, si no quieres que las campanas también toquen a difunto en tu honor, te recomiendo que no le defiendas más. Es un siervo, ¿me comprendes? ¡Un vulgar e insustancial siervo! Y tus confianzas con él empiezan a hastiarme de veras.

—Excusadme, os lo ruego —reculó Alonso al advertir que Álvaro acabaría sufriendo las consecuencias de su incontinencia verbal—. Ha sido una falta de respeto suprema.

—Y una mezquindad considerando que te facilito prebendas de importe muy superior al salario que reclamas —agregó don Gonzalo —. La próxima vez que se te ocurra censurar los adeudos de esta casa, saldrás de ella en el acto. Cuando vuelvas a dormir entre basura, a comer basura y a ser basura, valorarás todo lo que te doy. Quizá incluso llegues a la conclusión de que, lejos de pagarte yo a ti, quizá deberías pagarme tú a mí.

—No necesito vivir en la pobreza para apreciarlo —admitió Alonso, achantado—. Ya lo hago y de una manera imposible de medir.

Lo lamento de corazón.

—Atrévete a desafiarme de nuevo y tus tripas llorarán mucho más que tu corazón. En cuanto a tu presunta intención de liquidar débitos escolares, transmite mis condolencias al cándido maestro que se ha tragado esa patraña. Sabiendo de tu afición a solapar la verdad, de seguro le has garantizado remuneraciones futuras silenciando que, llegado el momento, no apoquinarás ni un real porque no lo tendrás. Un engaño similar al que reservabas a mi hijo. Juraste servirle *sine die* mientras callabas que, cuando hayas succionado toda nuestra generosidad como la sanguijuela que eres, le abandonarás.

—Desde el principio, participé mis circunstancias al maestro y él las aceptó —murmuró Alonso, cariacontecido.

—¿Y quién es ese santo varón que apenca de balde? —interpeló don Gonzalo.

—Es forastero —improvisó Alonso—. Acaba de inaugurar una humilde escuela y, como todavía no tiene alumnos, me enseña latines para mantenerse activo.

—¿Y qué sucederá cuando consiga estudiantes?

Alonso se barruntó la respuesta que el marqués deseaba escuchar y justo esa esgrimió.

—Las condiciones del arreglo variarán. O pago, o marcho. Y, dado que no podré hacer lo primero, habré de resignarme a lo segundo.

El ardid prosperó. Descubrir el carácter eventual de su incursión académica aplacó tanto las suspicacias de don Gonzalo que zanjó el interrogatorio.

—Sea —accedió con el aire condescendiente del caudillo que tolera las sandeces del vasallo atolondrado—. Si prefieres invertir tu asueto en proyectos que no han de culminar, tú verás. Me parece más absurdo que arar en el mar, pero, cuando un tonto va cuesta abajo, dejémosle, que su camino lleva. No obstante, te lo repito: no desatiendas a mi hijo o santa Bárbara tronará sobre ti.

—No lo haré, su ilustrísima —sostuvo Alonso—. Os lo prometo.

—El señor Crescenzi os envía saludos, padre —intervino Álvaro en el ánimo de destensar el ambiente—. Ayer asistí a una tertulia que organizó en su casa. No le conocía y me dejó encandilado. No solo es un artista extraordinario; como persona, resulta entrañable. Por cierto, se deshizo en elogios para con vuesa merced.

—¡Mi estimado Giovanni! —suspiró don Gonzalo, que mordió el anzuelo de la vanidad y se olvidó de Alonso—. No me extraña que te prendases de él. Seduce a quien se le ponga delante. Lástima esa manía suya de pintar naturalezas muertas. No entiendo qué diversión encuentra en fabricar lienzos tan tétricos y decadentes. ¿Qué tal le va?

—Anda a la caza de talentos para erigirse en su mecenas y ha convocado un certamen de dibujo. Los bocetos participantes se expondrán en una recepción donde anunciarán el nombre del vencedor. Me dijo que vuestra asistencia le gustaría mucho.

—Y también le convendría al muy granuja —se jactó don Gonzalo—. Conoce mi ojo de águila a la hora de distinguir lo sublime y quiere que le asesore.

—No os ofendáis, pero vuestro ojo de águila bizquea. En Sevilla visitasteis el taller de Francisco Pacheco y, cuando este os ofreció adquirir un cuadro de Diego Velázquez, su mejor discípulo, declinasteis tildándolo de tenebroso, basto e insulso.

—Porque lo era. ¡Consistía en una vieja friendo huevos, Álvaro! ¿Desde cuándo un artista de categoría se consagra a tan burda cristiandad? No imaginas la mugre del pañuelo que cubría la cabeza de la anciana. ¿Y lo zafio del mozo que tiene al lado? ¡Bueno, bueno! ¡Qué cosa más grotesca, por favor! ¡Claro que decliné la oferta! Pacheco debió pensarme novicio e intentó embaucarme, pero este añejo zorro ya ha recorrido demasiados bosques y ni en el peor de ellos colgaría tamaña ramplonería.

—Pues esa ramplonería ha dejado pasmados a muchos versados en la materia, Crescenzi incluido —señaló Álvaro en tono irónico.

—¡Normal! Ambos son igual de siniestros. El uno pinta naturalezas muertas, y el otro, muertos de hambre.

—No precipitéis vuestro veredicto, padre. He oído que Velázquez confiere a sus obras un realismo insólito en alguien de tan solo veintidós años. Uno cree estar ante personas de carne y hueso.

—Si yo no cuestiono el pincel del muchacho. Al contrario. Considero que lo maneja de manera bastante correcta, pero, como se encastille en el mundo de los andrajosos, no medrará. Mucho menos, exacerbando el realismo. Para ver miseria, solo hay que salir a la calle. Cuando se mira un cuadro, no apetece encontrar la podredumbre del día a día, sino esplendor, opulencia y hermosura. Te pongo por ejemplo a Vicente Carducho. He ahí un genio de los pies a la cabeza.

Sus composiciones rebosan belleza y magnificencia. Podría colorear el infierno de azul y conseguir que Dios se sintiera cómodo allí.

—Sin desmerecer al gran Carducho, dadle una vuelta a vuestra opinión sobre Velázquez y la próxima vez que os ofrezcan una obra suya, compradla —recomendó Álvaro—. Su arte ha impresionado al conde de Olivares y se rumorea que está maniobrando para que lo nombren pintor de Corte. Como lo logre, y no dudo que lo hará, el valor de la vieja friendo huevos se triplicará y entonces os arrepentiréis de no haberlo adquirido a precio de saldo.

—No comprendo cómo doy pábulo a las paparruchas de un charlatán que no sabe de pintura y utiliza los libros para calzar mesas cojas —gruñó don Gonzalo, frustrado ante las atinadas réplicas del joven—. Casi prefiero departir con Alonso. Aunque es un redicho insufrible, ha demostrado cierta inteligencia al apreciar mi biblioteca.

—Ya quisieran en el olimpo de las letras tener una estancia de tanta calidad, si me permitís el comentario —aduló el mentado.

—Ese en concreto sí te lo permito —sonrió don Gonzalo, satisfecho—. Si invirtieses tu prolífico verbo en gentilezas similares, otro gallo te cantaría. Álvaro, ¿cómo transcurrirá el certamen de Crescenzi?

—La recepción se celebrará en el palacio de los marqueses de Cañete dentro de un mes, el 16 de marzo. Como es el miércoles previo al Viernes de Dolores, solo se admiten dibujos de dolorosas. Los premios tienen enjundia. El ganador recibirá una medalla de oro; el segundo, un agnusdéi de plata, y el tercero, un rosario de cocos engarzado en acero. Y los miembros del jurado también son de peso: el pintor de Corte Eugenio Cajés, el maestro de pintura Pedro de las Cuevas y el propio Crescenzi.

—Confirma nuestra asistencia. Los Soto de Armendía al completo acudiremos.

—¡Fabuloso! —aplaudió Álvaro—. Alonso, tú me acompañarás.

Al verse relegado de nuevo, don Hugo apretó los dientes, pero se abstuvo de protestar. Era una batalla perdida y, si el sansirolé de Álvaro prefería a un patán grosero e impertinente que no sabía comportarse, allá se las compusiera.

29

UNA DESCALIFICACIÓN AFORTUNADA

El curso avanzaba en la escuela de gramática y la relación entre Alonso y Miguel también, aunque esta lo hacía de manera peculiar porque, si bien el segundo reservaba al primero un sitio a su vera todos los días, apenas le dirigía la palabra. Alonso respetaba ese silencio y nunca lo quebraba. Se limitaba a saludar y agradecerle el asiento con una sonrisa. Después se cosía la boca e invertía el forzado mutismo en observarle de soslayo y elucubrar sobre el contenido de una misteriosa carpeta a la que se aferraba cual pobre a manta.

Aunque sus obligaciones como paje solían demorarle, una mañana de principios de marzo consiguió llegar antes del inicio de la primera clase. En el aula reinaba la quietud. Mientras esperaban el repique de las ocho campanadas, don Ramón revisaba unos documentos y los alumnos repasaban la lección. Todos ocupaban su banco habitual, incluido Miguel, que siempre se instalaba en el último y más cercano a la puerta. Excepto Alonso, no faltaba ningún estudiante.

Consciente de los acostumbrados retrasos de su compañero, Miguel se creyó a salvo de fisgones en la retaguardia y abrió la carpeta donde ocultaba sus creaciones. La belleza de todas y cada una de ellas lo sumió en tal éxtasis que ni siquiera reparó en la entrada de Alonso. De puntillas, este se aproximó al banco hasta situarse detrás de él y, cuando alcanzó a distinguir las láminas, quedó estupefacto. Su conmoción lo delató, pues se tradujo en un respingo indeliberado que apercibió a Miguel, el cual cerró la carpeta como movido por un resorte.

—¿Vos habéis dibujado todo eso? —le susurró Alonso en cuanto se sentó a su lado.

Lejos de contestar, un ostensible azoramiento contrajo el cuerpo de Miguel.

—Perdón —se excusó Alonso—. No pretendía importunaros. Es que esas filigranas me han dejado tan perplejo que la pregunta se me ha escapado. No volverá a suceder.

Como el otro continuó mudo, se encogió de hombros y empezó a afilar la pluma. Al cabo de un rato, don Ramón inauguró la clase y así concluyó el conato de charla. La cosa cambió durante el descanso de media mañana. Todos marcharon fuera para airearse, menos ellos dos. Cuando estuvieron solos en el aula, Miguel se pronunció.

—La pintura me ayuda a expresarme. No sé hacerlo de otro modo. Unos exteriorizan sus sentimientos hablando; yo prefiero dibujar.

—Si se utilizaran las palabras como vos, los colores, el mundo resultaría un lugar mucho más bonito —ponderó Alonso tras un lapso de tiempo, pues el súbito testimonio le había pillado desprevenido y necesitó un margen para recobrarse del pasmo y adoptar una pose casual que no espantara a su escurridizo compañero.

—Aunque mis obras no meritan tanta gentileza, os lo agradezco —sonrió Miguel.

—Carezco de criterio al respecto, pero, en mi modesta opinión, son de una exquisitez abrumadora. ¿En serio no os parecen dignas de aplauso? ¿Acaso os avergonzáis de ellas y de ahí vuestro empeño en ocultarlas?

—Ni me avergüenzan, ni me enorgullecen —respondió Miguel con la apatía de quien se ha rendido—. Simplemente, brotan de mis dedos y viajan al papel.

—¿Y por qué no las exhibís y recogéis la admiración que suscitan?

—Un erudito en arte las tildó de abominables y, ante ese dictamen, no puedo atribuirles excelencias de las que alardear —repuso Miguel, afligido al evocar el día en que doña Francisca denigró sus bocetos e incluso rompió un retrato de don Pelayo—. No hay razón, pues, para enseñarlas. Con todo, han nacido de mí y les tengo cariño. Por eso las guardo; como se guarda un poema mediocre que a nadie place, salvo a su autor.

—Haríais bien en desechar la crítica de ese supuesto erudito. A mis ojos, el único arte que domina consiste en decir tonterías.

—Alguien más me aconsejó lo mismo.

—¿Os referís a Martín Valdiviesa? —aventuró Alonso.

—¿Le conocéis? —saltó Miguel, trémulo de terror—. ¿Qué os ha contado de mí?

Ante tan virulenta reacción, Alonso adivinó que el retraimiento y hermetismo de Miguel no radicaban en la timidez. Al menos, no del todo. Como él, aquel muchacho arrastraba malandanzas y una nutrida ristra de misterios.

—No me ha contado nada de vos. Fue mi maestro y, aunque una estrecha amistad nos une, apenas os ha mencionado. Solo dijo que teníais una habilidad oculta, pero rehusó explayarse alegando que, como el secreto no era suyo, no estaba autorizado a revelarlo. Ocurre que, tras averiguar con qué preñáis ese cartapacio, no me ha resultado complicado atar cabos.

Constatar la discreción de don Martín serenó a Miguel. Contribuyó a ello pensar que, ni queriendo, lograría el anciano ahondar en detalles porque, excepto en lo concerniente a la pintura, no manejaba datos adicionales. Más calmado ahora, se secó el sudor de la frente. El miedo se la había perlado y presto lo haría de nuevo ante cualquier injerencia externa. No debía bajar la guardia. No podía. Si alguien descubría su origen Valcárcel y propagaba el rumor de que un miembro de la familia faenaba de criado, doña Francisca lo mataría a palos. Con todo, no vio peligro en confirmar el barrunto de Alonso.

—En efecto, se trata de don Martín. También fue mi maestro y también nos une una buena amistad. Hasta hoy, era el único al corriente de mi afición e, igual que vos, alaba mi trabajo. No obstante, me cuesta creeros. A los dos. Él me profesa un afecto que le resta objetividad y vos os confesáis lego en arte.

—Don Martín nunca elogia en vano. Si no le gustasen vuestras creaciones, no las festejaría. No desdeñéis su criterio. Domina un montón de ciencias, incluidas las relativas al pincel, y no acostumbra a manifestarse sin fundamento. En cuanto a un servidor, cierto que renqueo en estos menesteres, pero sé apreciar la belleza y considero esas ilustraciones un fabuloso reflejo de ella. Además, apenas os conozco. No soy sospechoso de hablar desde el cariño.

—Os agradezco vuestras palabras —se sonrojó Miguel—. Me animan mucho.

—¿Qué hacéis aquí estudiando a Ovidio? Deberíais estar en un taller de pintura.

—Eso demanda unos caudales de los que yo no dispongo.

—¿Y si participaseis en un certamen? Los premios consisten en joyas y enseres valiosos. De conseguir alguno, podríais venderlo y costearos la formación.

—Solo los buenos de verdad triunfan en esos lances y yo no poseo tanto talento.

—El jurado de este tipo de concursos suele integrarlo gente muy ducha en la materia. Dejad que ellos os juzguen. No perdéis nada y quizá ganéis mucho.

—Ya obtuve la crítica de un experto y me dolió demasiado. Otra similar me hundiría y no me atrae la expectativa. Prefiero disfrutar del dibujo en soledad. Diluir en colores el negro de mis cuitas me reconforta y me hace sentir mejor. Es todo cuanto necesito.

—Apostaría un brazo a que, si un versado viera lo que guardáis en ese cartapacio, lejos de condenarlo, os encumbraría, pero de acuerdo. Renuncio a insistir. No obstante, aunque neguéis al mundo gozar de vuestra obra, ¿me lo permitiríais a mí? Al entrar, vi los bocetos solo un instante. Me encantaría poder mirarlos sin prisas.

Miguel titubeó un momento y luego le tendió la carpeta. Alonso la abrió y, cuando un rosario de maravillas comenzó a desfilar ante sus ojos, comprendió que compartía banco con un genio. Había paisajes matritenses, escenas bíblicas, alegorías mitológicas, naturalezas muertas y varios retratos de la Inmaculada Concepción. Uno de estos últimos le gustó de forma especial. La Virgen se erigía majestuosa en mitad de un paraíso, y el manto, de un azul tan difuminado que verdeaba, caía sobre una alfombra de nubes. Cuatro columnas la escoltaban y de cada una pendían cortinas rojizas tras las cuales se asomaban unos ángeles que parecían salirse del dibujo. Alonso pasó los dedos por encima para comprobar que de veras estaban dentro de la cuartilla.

—El efecto que experimentáis lo origina el trampantojo, un vocablo derivado de la fusión de tres palabras: trampa ante ojo —explicó Miguel al advertir su desconcierto—. Se persigue justo eso, engañar al ojo incitándole a percibir un espacio dotado de volumen cuando, en realidad, se trata de una superficie lisa. Se sitúa la figura principal en un entorno con puertas, columnas, ventanas, marcos de cuadros o colgaduras y, sobre estos elementos, se colocan las piezas secundarias responsables de provocar la sensación de profundidad. Es

una técnica muy compleja. Requiere un hábil manejo de la perspectiva, pero, si se hace bien, el lienzo siempre impresiona.

—¡Por mis barbas! —balbuceó Alonso—. ¿Cómo es posible que otorguéis tan triste mérito a estas virguerías? No podéis esconderos aquí. Dios os ha brindado una genialidad inusual y espera que la explotéis embelleciendo las paredes del universo, no coloreando vuestras negruras. Hacedme caso y buscad una academia donde encauzar vuestro talento. No os preocupéis por la falta de guita. Cualquier preceptor medianamente inteligente os enseñaría gratis. Con tal de captaros, lo mismo incluso aceptaría pagaros él a vos.

—¿El maestro llenando la bolsa del discípulo? —rio Miguel—. ¡Qué desatino!

—Me reafirmo en la idea de apuntaros a un certamen de dibujo. En breve se celebrará uno que ofrece trofeos excelentes. Lo organiza Giovanni Crescenzi. ¿Le conocéis?

—¡Claro que sí! Adora las naturalezas muertas y las traslada a la tela de un modo soberbio. Ese género apenas tiene adeptos, pero a mí me fascina y me enorgullece que mis estrafalarias tendencias interesen a un artista de su categoría.

—Razón de más para participar en el certamen —arguyó Alonso—. Intentadlo. Algo me dice que os agenciaréis el premio gordo.

Miguel guardó silencio. Aunque en el fondo se sabía capaz de alzarse vencedor y anhelaba probar suerte, el anonimato impuesto por doña Francisca le impedía concursar. Le obligarían a identificarse y él solo podía facilitar un nombre cojo de apellido.

—Esas glorias le van grandes a un pobre aficionado como yo —declinó, consternado.

Ajeno al auténtico motivo de su rechazo y convencido de que lo causaba el temor a otra mala crítica, Alonso decidió ayudarle. Urdió un plan y se aprestó a ejecutarlo sin imaginar las consecuencias que sus benévolas intenciones podían acarrear a Miguel. Mientras se fingía resignado, cogió la inmaculada concepción que incluía el trampantojo.

—¿Me regaláis este boceto? Tengo para mí que os convertiréis en un pintor célebre y, cuando eso pase, vuestros trabajos iniciáticos valdrán una fortuna.

—¡No digáis disparates! —reconvino Miguel, tan halagado que ni un ápice malició—. Si os gusta, conservadlo, pero no esperéis oro por él. Su único valor reside en los materiales. El papel procede de Flandes

y es carísimo. Don Martín me compró unas cuantas hojas y las reservo para la técnica aguada. Esta modalidad necesita papel de calidad y muy recio; de lo contrario, la pintura húmeda lo combaría. El manto de la Virgen también tiene su aquel porque el color azul cuesta un dineral. Un tendero de la calle Postas me cedió una mota minúscula y, como la estiré añadiendo mucho blanco, acabó verde. De ahí que recuerde poco a un manto mariano y demasiado a un campo de hierba.

—¡A fe que me siento ante otro Miguel! —exclamó Alonso—. Hace dos meses que os veo a diario y habéis gastado menos palabras que bondad el diablo. De repente, surge el tema pictórico y ni una bandada de cotorras os supera.

—Todo lo relativo a lienzos y pinceles me entusiasma.

—Y a mí me entusiasma que os entusiasme. De esta guisa resultáis más divertido.

Clausurado el recreo, la lección se reanudó y los chicos se centraron en ella. Miguel se sentía feliz tras volcar en Alonso su amor por la pintura y, al terminar las clases, se despidió de él con la dicha grabada en el semblante. ¡Qué bonito era tener amigos!

Por su parte, Alonso envolvió la inmaculada en un paño y le ató una correa. Sin reparar en que no había puesto el nombre del autor, llevó el paquete a San Felipe, uno de los sitios donde se habían colocado urnas para depositar los bocetos participantes en el certamen de Crescenzi, y lo introdujo en la de allí.

La tarde del miércoles previo al Viernes de Dolores, la flor y nata de la sociedad madrileña compareció en la mansión de los marqueses de Cañete para presenciar la entrega de premios.

La recepción se celebraba en el salón principal. Alfombras persas enmoquetaban el mármol de los suelos y velones de plata se encargaban del alumbrado. La temperatura era acogedora gracias a varios braseros y a una impresionante colección de tapices flamencos que cubrían las paredes. Alrededor de la pieza había bancos y taburetes ocupados en su mayoría por damas cuyos pies rogaban descansar de los tortuosos chapines. Cuatro músicos amenizaban el evento y los criados ofrecían refrigerios.

Una cámara contigua desprovista de mobiliario albergaba

expositores de madera forrados de terciopelo en los cuales se habían claveteado los dibujos que concurrían al concurso. Acorde a lo exigido en las bases, todos mostraban una virgen dolorosa. En un lateral se alzaba la mesa del jurado y, sentados en sillas almohadilladas con cojines de seda verde, se hallaban los tres jueces: Giovanni Bautista Crescenzi, Pedro de las Cuevas y Eugenio Cajés. En el lugar predominaban los varones, pues las señoras preferían las suaves melodías, los refrigerios y, muy en particular, los bancos del salón principal.

Tras saludar a los anfitriones y acomodar en uno de esos bancos a sus esposas e hijas, don Rodrigo y don Gonzalo se dirigieron al gabinete de exposición seguidos de Álvaro y Alonso. Cuando este vio el bosque de dolorosas allí desplegado, palideció. ¡Él había metido en la urna una inmaculada concepción! Reacio a admitir su craso error, buscó el boceto de Miguel, pero, como era de esperar, no lo encontró.

—¿Por qué solo se exhiben dolorosas? —preguntó atragantado.

—Es el tema del certamen —le contestó don Rodrigo, confirmando sus sospechas—. Lo han estipulado así debido a la proximidad de la Semana Santa.

—¿Y qué sucede si se presenta otra variedad de vírgenes? ¿Una milagrosa o... una inmaculada concepción?

—Dudo que haya nadie tan estúpido de participar en un concurso de dolorosas con una virgen diferente, pero, de darse el caso, supongo que quedaría descalificado.

—Entiendo —susurró Alonso, que justo así se sentía: estúpido.

—Los tres bocetos ganadores se expondrán el Jueves Santo en las mesas petitorias de San Felipe el Real y San Sebastián —intervino Álvaro, ajeno a su desazón—. Aunque más de tres merecen el trofeo, porque algunos son espléndidos.

—No creas, hijo —rebatió don Gonzalo en tono erudito—. Mi olfato en asuntos pictóricos nunca desbarra y apenas he contado cuatro de calidad.

—De seguro se trata de los cuatro peores —se mofó don Rodrigo—. Álvaro me ha referido que pudisteis adquirir un Velázquez a precio de saldo y lo rechazasteis. Frente a semejante desatino, yo confiaría antes en el olfato de un desnarigado que en el vuestro.

—Considerando que solo en el ajedrez distinguís el blanco del negro, permitidme guardar vuestro gentil discurso en el baúl de las

tonterías —rezongó don Gonzalo mientras bizqueaba con aire resignado ante el coro de risas que el canje de pullas suscitó.

—Buenas tardes, caballeros —saludó Enrique Valcárcel, que acababa de llegar.

—Buenas tardes —respondió don Gonzalo de modo afectuoso—. ¿Participas en el certamen? De pituso gustabas mucho de los pinceles.

—Fruslerías de pubertad. Ahora me ocupan labores de enjundia.

—Lástima que esas «labores de enjundia» no incluyan la misa fúnebre que se ofició el pasado diciembre en honor de Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias —censuró don Rodrigo—. No asististe.

—Yo no homenajeo a traidores.

—A esos se los degüella desde atrás, Enrique —acotó don Rodrigo en ademán adusto—. A él lo tajaron por delante.

—Cierto —corroboró don Gonzalo—. Aunque cometió innumerables atropellos, no pecó de traición. Además, fue fiel hasta el final a su patrón, el duque de Lerma, y ello a pesar de que este lo dejó en la estacada. Joven Alonso, espero que dispenses a mi hijo la misma lealtad.

El gesto hierático del aludido no revelaba nada, pero los ojos, relampagueantes y clavados en su mortal enemigo, sí. Al menos, en opinión de Enrique, que no acertaba a comprender el comportamiento de aquel imbécil cada vez que se cruzaban.

—Por supuesto, su ilustrísima —contestó Alonso transcurrido un breve lapso de tiempo.

—Quizá sea un escudero leal, pero parece de reacción retardada —gruñó Enrique, irritado—. Y resulta menos arriesgado parapetarse tras un mejillón que tras un soldado con visos de estatua.

—Necio es creer de lento pensamiento al de lento movimiento, señor.

—¿Me estás llamando necio? —reclamó Enrique, enfatizando el *tú* para resaltar las distancias jerárquicas.

—En absoluto, pero no conviene apresurar ciertos veredictos —aseveró Alonso, imprimiendo en el tono una educación a prueba de reproches que, sin embargo, no engañó al otro—. El depredador nunca se precipita. Permanece petrificado durante horas vigilando a la presa y, cuando decide embestirla, no suele fallar. Ha planeado el ataque de forma tan meticulosa que ni un cabo ha dejado al azar. He ahí la

pauta que debe presidir el código del buen escudero: atalayar a los enemigos de su amo, mantenerse al acecho, armarse de paciencia y únicamente arremeter si no existe margen de fracaso. Podrá así asestar un golpe; uno solo, pero certero. Contundente. Letal.

—Ilustrativo a la par que extemporáneo puesto que yo no soy enemigo de Álvaro, sino todo lo contrario —espetó Enrique, incapaz de descifrar el trasfondo de aquellas palabras—. En consecuencia, merito respeto, no acechos. Y, comprobadas tus ínfulas, permíteme aclararte que, aunque te codees con principales, tú no lo eres. No cometas el error de pensarte uno de ellos porque acaso te pase lo que al marqués de Siete Iglesias. Empezó como paje de Lerma y, al medrar, se consideró una estrella cuyas puntas acabaron cercenándole el gaznate. De modo que no olvides quién eres en verdad y evita tomarte libertades que podrían suponerte una cita en armas o incluso el verdugo.

—Pues fijaos que me ocurre lo contrario. Lejos de olvidar quién de veras soy, lo tengo tan presente que en ocasiones me obligo a no recordar porque, de hacerlo, ni un instante vacilaría en tomarme libertades que, en efecto, me llevarían directo al cadalso.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué libertades te tomarías acreedoras de la pena capital?

Consciente de que se estaba metiendo en un jardín muy peligroso, Alonso se tragó la rabia y reculó.

—Por los Soto de Armendía, todas las precisas, ya me propicien un duelo, la horca o el mismísimo infierno. Su seguridad es mi estandarte, y yo, el broquel que los protegerá hasta que san Pedro abra las puertas del cielo al demonio. Orgulloso y feliz daría la vida si eso ayudase a salvar la de cualquiera de ellos.

Don Gonzalo, que escuchaba el áspero diálogo igual de perplejo que don Rodrigo y Álvaro, se irguió ufano ante el solemne heraldo. Intentaba profesar antipatía hacia aquel buscarruidos, pero lo cierto era que cada día le gustaba más. Luchando por disimular la sonrisa embelesada que le bailaba en los labios, alzó los brazos en señal de paz.

—Confraternicemos, caballeros. Aunque se me escapa el origen de tan singular pendencia, protagonizándola Alonso, admito que no me extraña. Este zagal es un pleito con piernas y rizos. No te preocupes, Enrique. No se trata de nada personal. Simplemente, la

fiera necesita su ración diaria de trifulca y hoy te ha tocado a ti.

Don Rodrigo y Álvaro rieron la chanza, lo cual alivió un poco la tensión reinante. Aun así, la guerra había estallado. La aversión de Alonso hacia Enrique latía desde tiempo atrás y la de este hacia aquel, ya sembrada en la montería, acababa de germinar.

—Con todo, he de decir que valoro tu arenga, Alonso —ensalzó don Gonzalo—. Me complace saberme rodeado de leales. Enrique, te aconsejo que cultives fidelidades del estilo; dispuestas a entregar la vida por ti.

—A Dios gracias, no me faltan. Y ahora, si me permiten vuesas mercedes, marcho al salón principal. Deseo saludar a las señoritas Mencía e Isabel.

Fue escuchar el nombre de su amada y Álvaro se envaró de una forma demasiado palmaria. Al notarlo, Alonso se apresuró a intervenir.

—Echemos un vistazo a la exposición, mi señor —le propuso mientras lo empujaba fuera del corrillo.

Cuando ambos se alejaron, un encolerizado Álvaro comenzó a bufar.

—Si ese giboso le roza un pelo a mi Isabel, seré yo y no mi escudero quien visite al verdugo por tomarme la libertad de ensartarle el corazón.

—Me sumaré a la fiesta encantado —refrendó Alonso.

—No lo dudo, pero tampoco lo entiendo. Yo, en su lugar, os habría mandado al infierno. En cuanto asoma, enloquecéis. ¿Qué demonios os pasa con él?

—Dejando al margen que no lo aguanto, sucede que me ha comparado con un mejillón. ¿Qué queríais que hiciera? Me he limitado a defenderme.

—No se trata solo de eso. Algo escondéis en relación con Enrique y quiero saberlo.

—¿En qué momento os he ocultado lo que me inspira ese tipejo? Siempre he declarado a vela desplegada que lo aborrezco. Porta el diablo en el cuerpo y lo percibí desde el principio.

—¡Álvaro! —exclamó un anciano—. ¡Qué alegría! ¡Pero si estás hecho un hombre!

—¡Don Plácido! ¡Cuánto tiempo!

Alonso dejó a la pareja en jubilosa plática y se encaminó a la

mesa del jurado presto a averiguar el paradero del boceto de Miguel. Se había acordado de que no le puso nombre y temía que algún avispado se arrogase la autoría. Ya que la había pifiado equivocando la modalidad de virgen, al menos, intentaría evitar que un acaparador de laureles ajenos se lucrase con su torpeza.

Dos de los jueces, Crescenzi y Eugenio Cajés, departían en un corrillo congregado al lado de la mesa. El tercero, Pedro de las Cuevas, estaba sentado examinando unos documentos. Aunque era este un reputado maestro de pintura, nadie, ni siquiera él, imaginaba que pasaría a la historia del arte por formar a un nutrido grupo de virtuosos que devendrían en los grandes representantes de lo que, siglos después, se llamaría «escuela barroca madrileña». De mediana edad, melena oscura hasta los hombros, semblante afilado, ojos pardos y nariz aguileña, prodigaba una mezcla de severidad, honradez, dulzura e inteligencia que imponía y, a la vez, serenaba.

Al notarlo indiferente a la tertulia de sus compañeros, Alonso se dirigió a él.

—Buenas tardes. ¿Me concedéis un instante, por favor?

—Faltaría más. ¿Qué se te ofrece?

—Hace unos días deposité en la urna de San Felipe una inmaculada concepción. Cometí un error porque, según observo, solo se admiten dolorosas. Como no la encuentro expuesta, la presumo descalificada y quisiera recuperarla.

—¿Sois el autor? —interpeló don Pedro, que se había erguido expectante.

—No, señor. Pertenece a un amigo. Tiene mucho talento, pero no se lo cree. Presenté el dibujo para que un experto lo viera y le convenciera de su genialidad. Por desgracia, descuidé la temática del concurso y he aquí ahora las consecuencias de mi despiste.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Miguel.

—Miguel, ¿qué más?

—Pues... la verdad es que... no lo sé. Nunca... nunca se lo he preguntado.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no viene él a rescatar su obra?

—Porque..., bueno..., ocurre que ignora haber participado en el certamen —vaciló Alonso, consciente de lo estrambótico que sonaba todo—. Le inscribí en secreto y, como olvidé añadir nombre al dibujo,

corro el riesgo de que otro se adjudique la autoría.

—¡Felicitaciones! Como promotor de artistas, no tienes parangón.

—Solo quería ayudar —se justificó Alonso, abochornado—. Aunque no entiendo de arte, el de Miguel me parece regio y trataba de conseguirle una oportunidad.

Con estudiada calma, don Pedro abrió un cartapacio y extrajo la creación de Miguel.

—¿Nos referimos a este boceto? —aventuró.

—Exacto —confirmó Alonso, que suspiró aliviado—. ¿Cómo lo habéis adivinado?

—Una inmaculada concepción no pasa desapercibida en un concurso de dolorosas —aseveró don Pedro, arqueando las cejas en un gesto de obviedad.

Alonso suplicó en silencio que se lo tragara la tierra porque no recordaba haber hecho un ridículo tan espantoso en toda su vida.

—Pensaréis que soy un completo memo y no os culpo —balbuceó —. Lo lamento. Estoy un poco nervioso.

Don Pedro sonrió divertido. Le habían asignado el escrutinio de las urnas de San Felipe y, cuando vio la magnífica virgen de Miguel, su instinto se enardeció. Aunque no le quedó otra que descalificarla, la guardó. Quizá el autor la reclamase y a Dios rogaba que lo hiciera, pues vislumbraba un auténtico portento y ambicionaba captarlo.

—Bendito despiste el tuyo, joven, porque no te equivocas. Miguel es un diamante en bruto. Años ha que no me topaba con semejante destreza y quiero a su dueño en mi taller.

—¿Poseéis un taller? —titubeó Alonso, pasmado.

—Sí, y me enorgullece afirmar que es célebre en Madrid —declaró don Pedro, que miraba absorto el dibujo de Miguel—. Soy maestro de pintores. En la actualidad, me sobran aprendices y, aunque recibo muchas solicitudes, rechazo la mayoría. No obstante, estos trazos, la expresión de las figuras, el manejo del trampantojo... La composición entera resulta excepcional. Insisto: quiero a tu amigo bajo mi magisterio.

—Me temo que no puede permitirse ese dispendio, señor. Carece de posibles.

—De haber sido un concurso de inmaculadas, habría ganado de largo y todos los maestros se lo habrían disputado, pero Dios lo ha terciado de tal forma que solo yo he sabido de él. Deduzco, pues, que

me ha encomendado adiestrarle, misión que este devoto de Su Divino Nombre asume honrado y gustoso. Disponga o no de dineros, le instruiré. Llévalo a mi taller. Está en Atocha, junto a los Desamparados. No tiene pérdida.

30

EN EL TALLER DE PINTURA

Al día siguiente, tan pronto terminó la jornada escolar, Alonso contó a Miguel las novedades. Cuando este se enteró de que había participado en el certamen de dolorosas organizado por el gran Crescenzi atrincherado en un cobarde e inexcusable anonimato y, en el colmo del desastre, con una inmaculada, su perenne palidez se acentuó hasta cobrar el tono translúcido de la nada. Tal azogue se adueñó de él que, temeroso de provocarle un síncope, Alonso se apresuró a referirle el venturoso desenlace de la historia. Entonces un vergel creció en el erial de sus mejillas, pues, siempre huérfanas de vida y color, adquirieron un tipo de arrebol pocas veces presente en ellas: el de la felicidad.

—¿Pedro de las Cuevas desea conocerme? ¿El maestro de pintores?

—El mismo —contestó Alonso, alborozado—. Afirmó que vuestra virgen es excepcional, y vos, un portento a quien quiere incorporar a su taller.

—¡De veras que no doy crédito! —farfulló Miguel, que no lograba reaccionar—. ¿Tenéis una ligera idea de lo que implica esa opinión en boca de semejante eminencia?

—Me lo imagino. A lo largo de la velada, fui testigo de la coba que le rinde el mundillo del arte. Me dijo que, aunque muchos ambicionan adiestrarse a su vera y le llueven las peticiones, solo acepta casos muy concretos. ¡Y vos estáis entre los elegidos! Encima desdeñó la cuestión económica. Os acogerá nadéis en oro o en barro.

—Siempre he anhelado estudiar pintura, pero hacerlo con él me parece una quimera.

—Pues id afilando el pincel porque la quimera apunta maneras de realidad —rio Alonso—. Ahora tomemos camino. Y llevad la carpeta. Don Pedro querrá examinarla. Aguardad a que vea las

filigranas que escondéis ahí dentro. ¡Le va a dar un parraque!

—¡Fabuláis! —rechazó Miguel, aunque apenas podía disimular su emoción—. Ha formado a los mejores. Mi humilde obra no le impresionará.

—Ocurre que ya lo ha hecho. Según él, sois un diamante en bruto.

—Pero ¿utilizó esa expresión o estáis exagerando? Repetidme la conversación y ni una letra alteréis. Si descubro que habéis inflado su discurso, os tiraré al Manzanares.

Y así, mientras enfilaban una calle Mayor ya engalanada de cara a las procesiones de Semana Santa, Alonso volvió a descoser el episodio. Miguel escuchaba presa de tal euforia que ni siquiera las amenazas de doña Francisca vinieron a turbársela. Al cabo de un animado paseo, llegaron a un inmueble ubicado en la calle Atocha, junto al colegio-hospital de los Desamparados. Construido en ladrillo y piedra, los muros de sus dos plantas despedían efluvios de pintura que se mezclaban con el olor a tinta del local vecino, la afamada imprenta de Juan de la Cuesta, donde se elaboró la primera edición del Quijote.

—Buscamos a don Pedro de las Cuevas —anunció Alonso al muchacho que les abrió—. Espera nuestra visita.

—Adelante. El maestro se encuentra en el piso de arriba. Iré a darle aviso.

Alonso y Miguel accedieron a una estancia enorme, diáfana, de techos altos e inundada de luz solar gracias a tres ventanales. El suelo era de tierra batida, y las recién enjalbegadas paredes de adobe brillaban níveas e impolutas. Encima de cuatro mesas alargadas se desperdigaban compases, cartabones, brochas, pinceles, paletas, lebrillos, moletas, bastidores, caballetes, frascos de vidrio con diversas clases de aceites y zurrones de pigmentos. Sobre un pedestal se alzaba un *écorché*, palabra procedente del francés que significa «desollar» y que justo a eso aludía: a una escultura masculina sin piel que ayudaba a adquirir nociones de anatomía mostrando músculos, venas, arterias y órganos, lo cual permitía agudizar el realismo de las figuras a la hora de plasmarlas en la tela. Al lado se alineaban sacos de nueces y piñones; bufetillos con compartimentos llenos de enseres se diseminaban por el lugar, y, al fondo, una estantería almacenaba libros de arte, papel de diferentes calidades e innumerables bocetos.

Jóvenes de distintas edades se hallaban inmersos en sus

respectivas tareas. Cinco niños majaban pastillas de colores, cuatro adolescentes aparejaban lienzos y otros dos se dedicaban a un óleo de tales dimensiones que casi alcanzaba el techo.

En un rincón, un trío de veinteañeros practicaba el dibujo al natural. Al efecto, escrutaban a un menesteroso que aquella mañana había llamado a la puerta rogando caridad y don Pedro se la había concedido a cambio de posar. El improvisado modelo había transigido, aunque su desempeño no merecía ni un piadoso aprobado porque no paraba de moverse. Bostezaba, se desperezaba, agitaba los hombros, se rascaba la barriga, liberaba flatulencias, las venteaba entre gritos y alharacas, se hurgaba la nariz o daba sonoros sorbos a una bota de vino que a menudo culminaban en un eructo clamoroso y estentóreo como el que en ese preciso momento soltó.

—Ginés, ¡por el amor de Dios! —reprobó Pedro de las Cuevas desde lo alto de la escalera—. Os ruego contención. Y estaos quieto, ¡caramba! Así no hay forma de retrataros.

—¡Pero si llevo horas más tieso que vara de porquerón! —protestó el hombre—. Por la miseria que me pagáis, bastante generoso soy.

—Pues ¡ea! —se hartó don Pedro, enfadado—, marchaos con vuestra generosidad a otra parte y no volváis a aldabear mi puerta. José, acompáñale a la salida.

Bajó entonces la escalera y se acercó a Miguel y Alonso.

—Excusad tan bochornosa escena. Los alumnos avanzados han de practicar el dibujo al natural e intento procurarles modelos de todo tipo. Me temo que habéis visitado mi casa el mismo día en que lo ha hecho la grosería personificada. Tú debes de ser Miguel.

—Sí, señor —respondió el muchacho, achantado—. Un privilegio conoceros.

—Vayamos arriba —propuso el maestro—. Allí podremos departir en privado.

Tras subir al primer piso, entraron en una pieza pequeña y carente de ventanas. Don Pedro se instaló en un bufete de nogal e invitó a los chicos a tomar asiento en dos fraileros confidentes. Luego sacó de una gaveta la lámina de Miguel y se la enseñó.

—¿Eres su autor? —le preguntó sin más preámbulo.

—Sí, señor. Lamento haber equivocado la temática del concurso.

—No os arroguéis mis necedades —intervino Alonso—. Don

Pedro ya las conoce.

—Las considero un maravilloso beso de la fortuna —aseveró el aludido—. Has de saber, Miguel, que tu inmaculada ha acaparado todo mi interés.

—Muy agradecido —dijo este a la vez que le tendía su cartapacio —. He traído mi obra. Veréis algunas dolorosas. Hace meses que trabajo en una serie mariana.

—¿Has recibido lecciones de pintura? —inquirió don Pedro mientras hojeaba el contenido de la carpeta.

—No, pero he estudiado muchos libros de arte. Además, dibujo desde siempre.

—Tu dominio del trampantojo es formidable —comentó don Pedro, que se esforzaba en mantener el gesto impertérrito, pues la genialidad de aquellas ilustraciones lo estaba dejando sin aliento—. También manejas de manera espléndida la combinación del lápiz negro y la sanguina. Proporcionas una luz muy especial al entorno de las figuras.

—Viniendo de vuesa merced, esas palabras son música para mis oídos —declaró Miguel, emocionado.

—No hablo por hablar, muchacho. Las falsas lisonjas solo alimentan la vanidad de los mediocres y yo no gusto de cebar ni egos ni medianías. Ambas cosas ya proliferan suficiente en los círculos artísticos como para que encima nos dediquemos a engordarlas. Tienes un talento enorme, pero necesitas adiestrarlo. Tus creaciones rezuman belleza y los trampantojos revelan una destreza innata en el juego de la perspectiva. Pese a ello, carecen de simetría y el desconocimiento de la anatomía humana resulta más que evidente.

Cogió entonces un carboncillo que mostraba una mano anciana apoyada en una mesa.

—Este, por ejemplo. Los trazos son hermosos y delicados. Los claroscuros, magníficos. Las sombras respiran. La imagen entera lo hace. Percibo el movimiento achacoso de la mano, el dolor de los dedos, las venas inflamadas, las arrugas de la piel... Incluso me parece escuchar el crujir de los huesos marchitos. Ahora bien, le falta equilibrio y rigor anatómico. La longitud del pulgar supera la del índice y los metacarpianos no están definidos, todo lo cual quita realismo a la figura. Tampoco observo la luxación en el empalme de las falanges proximales con las falanges medias, traumatismo habitual

en una mano añeja. Lo mismo les ocurre a las venas. Las reflejas hinchadas, pero no deformadas, amén de que obvias algunas como la basílica y la cefálica. En resumen, un profano calificaría el boceto de prodigioso; un versado no, pues repararía en un montón de errores técnicos que, de saber anatomía, no habrías cometido.

—Nada sé, en efecto, de la disciplina que mencionáis ni de tantas otras —admitió Miguel—. Me limito a plasmar en el papel lo que me nace de dentro.

—Considerando tus lagunas, lo haces de una forma sublime y eso habla de una pericia genuina. Has leído el *Tratado de la pintura*, de Da Vinci, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Se nota en tu *sfumato* —apreció don Pedro, que ahora contemplaba el retrato de una monja franciscana—. Y me agradan estas veladuras. La variedad de matices marrones en el hábito está muy lograda. También usas de guinda el blanco. Sobre todo, en las naturalezas muertas. Me sorprende tu afición a ellas. No gozan de excesiva popularidad por aquí. Solo menudean en el pincel de unos cuantos revolucionarios como Crescenzi. Según él, tarde o temprano, se impondrán.

—Así lo creo yo. Aunque son escenas lóbregas, transmiten mucho sentimiento y, en mi opinión, el arte español acabará rindiéndose a esa belleza triste.

—Me interesas, Miguel —dictaminó don Pedro antes de cerrar la carpeta y devolvérsela—. Te propongo formar parte de mi taller en calidad de aprendiz. Como ya le dije a Alonso, no considero un problema tu falta de haberes. Pocas veces he visto un talento tan genuino y lo quiero. No hay becas en mi academia, pero, si agenciármelo requiere una, me la inventaré.

—¿De veras me instruiríais gratis? —repuso el chico, exultante.

—Gratis no. Espero el máximo rendimiento. Me ocuparé de encauzar esa genialidad que Dios te ha dado, pero tú has de honrar mi magisterio esforzándote a diario.

—Prometo emplearme a fondo. No os defraudaré.

—¡Espléndido! —festejó don Pedro—. ¿Dónde puedo localizar a tu padre? Debemos concretar los detalles del contrato de aprendizaje.

En ningún momento de aquella mágica locura, Miguel se había acordado de doña Francisca. Los acontecimientos se habían

desarrollado a tal velocidad que su mente había aparcado cualquier cosa distinta a la insólita posibilidad de convertirse en discípulo del mejor maestro de Madrid. La alusión paterna de don Pedro rompió en pedazos el paraíso y de una virulenta coz lo envió de regreso a su infierno particular; uno sórdido y tenebroso gobernado por un demonio con hechuras de mujer.

—Yo... no... no tengo padres —musitó, hundiéndose de repente en el asiento.

—Pues tu tutor, entonces —coligió don Pedro, perplejo ante su extraña reacción.

—Tampoco tengo de eso. Lo lamento de corazón, pero debo declinar vuestra oferta.

Don Pedro miró a Alonso en busca de una explicación que no halló porque, igual de desconcertado, este negó con la cabeza. Miguel guardó silencio. Intentaba destruir la telaraña de amenazas a la que doña Francisca lo mantenía pegado, pero el terror le congelaba la voluntad. Ingresar en el taller de don Pedro implicaba declararse un Valcárcel y, de hacerlo, ella lo mataría. Con todo, el entero universo de sus vísceras le impedía claudicar. Era una oportunidad única y ni podía ni quería desperdiciarla. Don Pedro, reacio también a desaprovechar la ocasión de asociar su nombre al de un artista a quien vaticinaba gloria, trató de ahondar en la cuestión.

—Veamos, joven. A mi entender, solo un alunado o un portador de negruras se conduciría de una forma tan extravagante. Como no me pareces lo primero, deduzco que el problema estriba en lo segundo. Si tus misterios no transgreden la ley, lo solucionaremos. En cambio, si huyes de la Justicia o algo similar, aquí concluye la entrevista. Dime, pues, qué tesitura afrontamos.

El riesgo de que don Pedro lo tomase por un delincuente desencadenó la rebelión de Miguel. El pavor trocó en rabia y esta le inoculó el valor que le faltaba para quebrar el yugo de doña Francisca e iniciar un camino nuevo.

—Nunca he vulnerado la ley —reivindicó al tiempo que erguía el cuerpo.

—Celebro oírlo. Aclarado este punto, te plantearé un modo de salvar la situación. Me revelarás exclusivamente a mí lo que ocurre. Juro otorgar categórica reserva a tus confidencias y ayudarte en lo que se encarte. ¿De acuerdo?

Sumido en una cruenta lucha interna, Miguel titubeó. La razón le aconsejaba rehusar la propuesta; el corazón le suplicaba aceptarla. El miedo se opuso, pero, cuando el sueño se impuso, asintió. Don Pedro lanzó una elocuente mirada a Alonso y este se retiró.

—Ahora relájate y cuéntame qué sucede.

Bañado en el sudor frío del pánico, Miguel empezó a tirar de la cuerda. Poco a poco, fue ovillando tristeza, angustia, soledad, amenazas, vejaciones, golpes... Lo soltó todo. Se desprendió de aquella inmensa carga y, al terminar, una paz igual de grande drenó años de pesadilla coagulada.

—¡Caracoles! —exclamó don Pedro, atónito—. Tu tío debe estar revolviéndose en la tumba. Yo le conocí y me parecía un hombre de bien. No así doña Francisca ni Enrique. Me los he cruzado en numerosas veladas intelectuales y me inspiran un rechazo instintivo. Los intuía de hígado correoso y, por lo visto, no me equivocaba.

—Ellos no me quieren. Ignoro el motivo, pues nunca les falté, pero me aborrecen. Aunque, de puertas afuera, me acogen y me cuidan, todo se transforma dentro de esa casa horrible. Si se descubre la verdad, me apalearán hasta matarme. De ahí que no pueda aceptar vuestra generosa oferta. Si presentáis a doña Francisca un contrato de aprendizaje, adivinará que la he delatado y, entonces, que el cielo me proteja.

—Nada te ocurrirá —rebatió don Pedro en ademán reflexivo—. Procederemos de manera sibilina y no se percatará de que sus fechorías han salido a la luz. Una cosa: ¿te gustaría vivir conmigo? Te daría techo, comida y lecciones a cambio de realizar tareas domésticas. Es un pacto similar al que llegaste para ingresar en la escuela de gramática, pero, en lugar de estudiar a los clásicos con libro y pluma, lo harías con lienzo y pincel.

—¿Habláis en serio? —balbuceó Miguel, incrédulo.

—Completamente. He jurado que, si confiabas en mí, te ayudaría y cumpliré. Además, tienes que dedicarte a la pintura sí o sí. No consentiré que una arpía y su siniestro hijo te traben el destino para el que, sin duda, has nacido.

—Hoy mismo cogeré el portante —dijo Miguel, brillantes los ojos de entusiasmo—. Pasarán días hasta que doña Francisca lo note y, como no le importo, no me buscará.

—¡Frena, frena! —aplacó don Pedro—. Si te fugas y yo colaboro

en la evasión, los dos habremos de escondernos a perpetuidad. Iremos de frente y al cobijo de la ley. Nos guste o no, doña Francisca ejerce tu tutela y necesitamos que autorice el arreglo.

—Pero eso sería un suicidio. Si le pedís permiso, sabrá de mi denuncia y, en cuanto vuesa merced franquee el umbral de la calle, yo atravesaré el del cementerio.

—No dramatices, anda. Lejos de mandarte a la muerte, te reintegraré en la vida. Tranquilo. Engatusaré a esa diabla y terminará rendida a mis pies.

—No lo lograréis —gimió Miguel, aterrorizado—. Es tan inteligente como perversa.

—Aunque no me considero serpiente, acostumbro a moverme entre ellas y, cuando las circunstancias lo requieren, sé reptar igual que ellas.

—Tengo miedo, señor. Si mi indiscreción pone a los Valcárcel en los mentideros...

—Será tu talento lo que lleve ese apellido a los mentideros, no las indiscreciones. Entonces doña Francisca ya no renegará de ti. Al revés. Presumirá. Lo mismo hasta se autoproclama artífice de tu llegada a mis dominios y, a la sazón, mecenas de un genio. Mañana la visitaré. Despídete de la escuela de gramática. Desde ahora, la pintura acaparará todo tu tiempo. Empezarás en calidad de aprendiz, así que harás tareas propias de ese rango: moler colores, fabricar aceites, aparejar lienzos... Dicho de otro modo, no pintarás. Lo recalco porque algunos novicios se piensan Tiziano y esperan manchar tela antes de saber aparejarla. En mi academia, las ínfulas se quedan en la calle. El *cursus honorum* del gremio de pintores tiene un código muy estricto y, según sus normas, un aprendiz solo coge el pincel para limpiarlo. ¿Entendido?

—Sí, maestro —respondió Miguel, feliz de poder llamarle así: maestro.

31

SIERPE CONTRA SIERPE

—¡Don Pedro de las Cuevas! —exclamó doña Francisca—. ¡Qué agradable sorpresa!

Con mirada de víbora y sonrisa de santa, la dama tendió una mano al recién llegado, quien, entre reverencias, se la besó. Al percibir el tufo a pigmentos y aceites que emanaba el pintor, la mujer se llevó de manera disimulada un pañuelito de encaje a la nariz. El hombre también disfrazó su repugnancia tras una tosecilla cuando el hedor del mal le escalofrió todo el cuerpo. ¡Pobre don Pelayo! Apostaría la diestra a que esa sabandija de fea fachada y peores entrañas no le procuró felicidad.

—¿A qué debo esta alegría? —preguntó la protagonista de tan calamitoso veredicto.

—Antes de nada, recibid mi más sentido pésame por la defunción de vuestro esposo. Dispensad mi tardanza en dároslo. Me temo que mi taller me absorbe hasta los modales. ¡Qué gran pérdida la de don Pelayo, mi señora! Era un caballero extraordinario.

—En verdad que sí —contestó doña Francisca, fingiendo aflicción—. Agradezco las condolencias y vuestra demora queda disculpada, faltaría más.

—Me trae otra cuestión. Una a propósito de vuestro sobrino Miguel.

Doña Francisca se tensó como cuerda de ballesta y, aunque mantuvo hierática la beata expresión, un destello cruel le encendió la mirada. Don Pedro lo captó y, al enfrentar la vileza de su alma, un estremecimiento le recorrió el espinazo.

—Quiero ofrecerle una plaza de aprendiz en mi taller —anunció, preparado ya para soltar el primer embuste—. Hace tiempo don Pelayo me lo presentó porque, según dijo, gustaba de la pintura. En ese momento me sobraban ayudantes y tuve que rechazarlo, pero

prometí que, de cambiar las cosas, volveríamos a reunirnos. Hoy me encuentro en condiciones de brindar una oportunidad al chico. Acostumbro a cumplir mi palabra y, pese al deceso de don Pelayo, he de honrar la que le di a él.

Doña Francisca frunció el ceño. La tarde que descubrió la afición de Miguel, este afirmó que nadie, ni siquiera su tío, sabía de ella.

—¿Cuándo ocurrió eso? Mi esposo no me refirió nada sobre el particular.

—Ha llovido bastante. Miguel era muy pequeño. La petición arrastra antigüedad y admito que mi compromiso también.

—A los críos les encanta chafarrinar papeles y supongo que mi esposo confundió esa niñería con vocación porque Miguel no ha manifestado inclinaciones artísticas —infirió doña Francisca, todavía en alerta—. Consideraos, pues, liberado de vuestra promesa.

—Quizá las haya callado, pero, tenerlas, las tiene —rebatió don Pedro, decidido a aliñar la patraña con una pizca de maldad que de seguro complacería a la bruja y la incitaría a bajar la guardia—. El otro día me lo encontré en los aledaños de Santo Domingo. Aunque solo lo había visto una vez en mi vida y de eso hacía una década, lo reconocí en el acto. Sin ánimo de ofender, sus rasgos no se prestan al olvido. El blanco mortuorio del rostro, la escualidez, las orejas... En fin... Ya me comprendéis...

—Os comprendo a la perfección —refrendó doña Francisca, que picó el anzuelo y desplegó la infame sorna que el otro auguraba—. El pobre no es ningún adonis.

—A lo que voy: cuando me acerqué a saludarle y le pregunté si aún dibujaba, me trasladó su interés en dedicarse a este oficio. ¡Qué suerte la mía!, pensé. En mi taller hay una vacante, y en mi conciencia, una promesa por cumplir, así que miel sobre hojuelas.

—¿Os dijo algo más? —interrogó doña Francisca, centrada en ocultar su inquietud bajo una máscara de indiferencia.

—Pues no. Solo me contó eso. ¡Y gracias!, porque hablaba de manera monosilábica. Ni a mirarme se dignó. Clavó los ojos en el suelo y no los arrancó de ahí hasta el final de la charla. No pretendo censurar su actitud, pero rozó la grosería. Casi hube de forzarle a departir conmigo y no me parecen formas de tratar a los mayores.

Al verificar el mutismo de Miguel, un profundo alivio embargó a doña Francisca. Don Pedro la observaba satisfecho. Estaba

reaccionando justo como él había planeado. Formulada su voluntad de instruir a Miguel, ahora perseguía que le relatase el cuento del sobrino enajenado y quizá lo lograse reprobando la conducta del joven. No se equivocó.

—Excusadle, os lo suplico —intercedió doña Francisca con un mohín desolado—. Tras la muerte de mi esposo, extravió el entendimiento. Se niega a alternar con la gente. Apenas sale de su cuarto y toda intromisión lo enerva. Se comporta de tan violenta guisa que los criados no se atreven ni a arrimarse. Y, por si eso no me abochornara suficiente, me entero del trato que os ha dado. ¡Qué vergüenza, por favor! Aunque mal, semejante carácter se soporta en la privacidad del hogar, pero, fuera de aquí, resulta intolerable.

Don Pedro no pudo por menos que admirar las dotes actorales de la mujer. Si Miguel no le hubiera anticipado la calumniosa crónica, se la habría tragado de principio a fin. Afortunadamente, él también se movía de guinda en el campo de la dramaturgia y no le costó nada vestir el semblante de un estupor digno de los mejores escenarios.

—¡Menuda ingratitud! ¡Pero si lo habéis acogido pese a no compartir lazos de sangre! Ponedle bajo mi mando y yo me encargaré de meterlo en cintura. Le obligaré a desistir de virulencias y a rendiros las pleitesías que merecéis.

—No le creo capaz de rendir pleitesía a nadie —arguyó doña Francisca, contenta al pensar que la mentira había caído en tierra fértil—. Aunque poco importa. No dispone de medios para retribuir vuestro magisterio.

—¿Vuesa merced no lo financiaría? —tanteó don Pedro.

—Se negó a estudiar escudado en la tristeza de haber perdido a su tío y, guiada por el cariño, cometí el error de consentírselo. Ahora que asuma las consecuencias de su decisión en lugar de marearme con veleidades de mocoso antojadizo y malcriado. Si me mostrase una mínima deferencia, gustosa le sufragaría cuantos caprichos tuviera, pero, dadas sus asperezas hacia mí, ni de chanza lo haré.

—Imagino vuestra frustración. Ha de resultar muy decepcionante cuidar a quien, lejos de agradecer tantas fatigas, las desprecia.

—Es desalentador, don Pedro —corroboró doña Francisca, que añadía pequeñas dosis de hiel en cada comentario según iba viendo respaldadas sus inquinas—. Siempre lo he tratado como a un hijo y me duele su despotismo. Pero ¿qué le voy a hacer? Dios nos envía

servidumbres y a mí me ha tocado la de tutelar a un mozalbete egoísta e incívico. Aunque intento llevarlo con resignación cristiana, a veces, me desanimo. No comprendo qué le sucede ni tampoco veo manera de ayudarle.

Simulando enjugarse una lágrima, lanzó el agónico suspiro de quien está penando en la mismísima cruz. Don Pedro la miraba fascinado. Lucifer vestido de monja le parecía menos falso que aquella elementa. Fiel al plan de embaucarla a base de lisonjas, juntó las manos e inclinó la cabeza en señal de veneración.

—No os fustiguéis así. Nadie podría pediros más y, desde luego, Miguel no debería recibir más. Entiendo que le neguéis las clases de pintura. ¡Bastante le transigís ya!

—Gracias por ofrecérselas, pero mejor destinadlas a otro que las valore. Él no lo hará.

—¿Y si lo mudásemos a mi casa en calidad de criado? —insinuó don Pedro, chasqueando los dedos como si la idea se le acabase de ocurrir—. Trabajaría a cambio de lecciones. Yo cumpliría con don Pelayo y, de paso, atajaríamos este abuso. No concibo que viva cual príncipe a costa de quien por él se desvive y encima le provoque congojas. ¿Quiere prebendas? ¡Pues que se las gane! —Entonces juntó las manos de nuevo y volvió a inclinar la cabeza—. ¡Disculpad mi vehemencia! Vuestra bondad me conmueve tanto que me nace socorreros. Después de averiguar la tiranía a la que Miguel os somete, no puedo desentenderme. Cededme a ese vago descastado y yo me ocuparé de enseñarle disciplina.

Encantada ante la solícita complicidad de don Pedro y sus constantes zalamerías, doña Francisca sopesó la sugerencia mientras empezaba a urdir una maniobra que le ahorraría el dinero de encargar a un sicario el asesinato de Miguel. Ansiaba librarse de aquel bastardo a quien, en el colmo de la burla, estaba obligada a sustentar hasta la mayoría de edad. Lo pensaba y le hervía tanto la sangre que ya maquinaba un robo callejero con desenlace fatal. No se le ocurría otra forma de desembarazarse de él. La ley le prohibía echarle y, aunque se lo permitiera, tampoco le convenía hacerlo. Lejos de su radio de influencia y emancipado de amenazas, podía desmandar la lengua, cosa que la horrorizaba. Si la verdad pisaba los mentideros, el prestigio de los Valcárcel quedaría destruido. Pero he aquí que la oferta de don Pedro posibilitaba una solución intermedia: quitarse de

encima a Miguel sin asumir ni los riesgos ni los gastos inherentes a matarlo y, al tiempo, mantenerle anclado al silencio. Frenando el júbilo que le suscitó la perspectiva de no ver nunca más a la prueba de su cornamenta, se forzó a componer un rictus cohibido.

—¿En serio estáis dispuesto a calzaros mi cilicio?

—A mí no me supondría penitencia alguna —objetó don Pedro—. Los desaires de Miguel os mortifican porque le queréis, pero a mí me resbalan. A la primera salida de tono, saco la vara a pasear y tan contento. Además, el arreglo me interesa. Honro una promesa, me agencio un criado gratis y auxilio a una buena mujer que ya ha sufrido demasiado. ¿Quién sabe? Quizá esta caridad me reporte indulgencias en el juicio final.

—Más que eso —sonrió doña Francisca—. Viajaréis directo al paraíso.

—Entonces, ¿aceptáis? —inquirió don Pedro, ávido por clausurar aquella pantomima.

—Con una condición: Miguel deberá callar su apellido. Detesto los comadreos sobre mi familia y no dudo que surgirían de descubrirse que un Valcárcel trabaja de criado. Como oiga un solo comentario al respecto, rescindiré nuestro acuerdo y Miguel volverá conmigo. Si de veras ansía dedicarse a la pintura, se cuidará mucho de abrir la boca.

—Tranquila. Doblará tanto el lomo que terminará extenuado y ni su nombre recordará.

—Adelante, pues —zanjó doña Francisca y, mostrándose sincera por primera y única vez en toda la reunión, añadió—: gracias de corazón. Acabáis de librarme de un peso colosal y os aseguro que no he de olvidarlo. Que Dios os haga merced.

Ya en la calle, don Pedro suspiró ufano y feliz. Había vencido a la sierpe. Cierto que, por ahora, Miguel tendría que celar su origen, pero algún día lo glorificaría. Entonces esa víbora se tragaría su propio veneno y, con un poco de suerte, quizá muriera de él.

32

MAREJADA EN EL MAR DE LA CODICIA

—¡Imposible, abogado! —exclamó don Gonzalo—. ¿Estáis seguro?

—Me temo que sí —respondió Bernardo—. Acabo de confirmar la noticia. La Capitana y otro galeón han naufragado en la barra de Sanlúcar. Aunque se ha perdido mucho dinero, el desastre no se ha cobrado ni vidas humanas ni el azogue del rey.

—No me importa su azogue, sino el que le robamos, ¡maldita sea!

—Ese también ha superado el lance. Ni el Nuestra Señora de los Ángeles ni el Arcángel Gabriel han sufrido daños. Ambos navegan felices rumbo a Cabo Verde.

—Entonces, habría agradecido un billete más explícito —recriminó don Gonzalo—. ¡Qué suerte tengo! Todos los letrados se explayan hasta el tedio y a mí me ha tocado el único conciso. Si a vuestro lacónico «naufragio en la barra» le hubierais añadido un «sin problema, no obstante», me habríais ahorrado el síncope que me ha dado al leerlo.

—De incluir esa apostilla, habría caído en embuste —repuso Bernardo.

—¿De qué habláis ahora? ¿No acabáis de decir que mis naves se han salvado?

—Y lo han hecho, pero la Casa de Contratación sevillana ha enviado inspectores a Sanlúcar con orden de inventariar la hacienda extraviada e investigar el siniestro, y uno de mis contactos de allí ha aprovechado para exigir más cuartos. Dice que, con tanto inspector merodeando, asume mayores riesgos y ha subido el precio de su colaboración.

—¿De quién se trata?

—De Germán Valdés, el limpiador de la delegación. Me ha escrito una misiva.

Germán Valdés era un gaditano cuyo trabajo le permitía colarse

en las oficinas del organismo y sustraer papel oficial. Lo remitía a Bernardo, este redactaba en él licencias falsas de compraventa de esclavos y volvía a mandarlas a Germán, quien les estampaba el sello estatal para de nuevo hacerlas llegar a Bernardo. Como, en teoría, no sabía ni leer ni escribir, ignoraba el tenor del documento, lo cual le impedía caer en indiscreciones.

—¿La ha escrito? —se extrañó don Gonzalo—. ¿Pero no era analfabeto?

—El bastardo nos engañó. Resulta que sí domina las letras y está enterado de nuestras componendas. Amenaza con delatarnos.

—¿Y qué va a contar? ¿Que se agencia papel oficial y utiliza el sello estatal a su capricho? A mí me sajarían el gaznate, pero a él se lo quebrarían en la horca.

—Piensa que eso no sucederá porque nos avendremos a sus demandas. Y deberíamos hacerlo. Sabe demasiado sobre vuesa merced y de ahí que ose desafiaros.

—¿Qué sabe? —se alarmó don Gonzalo—. Las licencias irregulares se expiden en favor del Nuestra Señora de los Ángeles y ese buque consta registrado a nombre de Guzmán Cañete. Yo no aparezco en los documentos de propiedad.

—Si desnudase esa intriga, ya nos crearía apuros serios. Las autoridades rastrearían a Guzmán Cañete y, al descubrirlo fallecido desde tiempos remotos, ahondarían hasta llegar al Arcángel Gabriel, del cual sí sois titular.

—Y supongo que eso ha hecho el felón. Ha husmeado y husmeado hasta dar conmigo.

—Correcto —admitió Bernardo, desolado—. Como el muy fullero maneja el abecedario, no se limitó a sisar hojas timbradas y a estampar el sello estatal en mis textos. Los leyó a hurtadillas. Luego hurgó en los archivos de la delegación, halló mi nombre asociado a ambos navíos y eso lo condujo a vuesa merced. Conocedor de las licencias falsas en beneficio del Nuestra Señora y, habiéndonos vinculado al Arcángel Gabriel, solo necesitó sumar dos más dos.

—¿Cuánto pide?

—El doble.

—¡Buitre carroñero! —bramó don Gonzalo—. Ya ha recibido suficiente para bañarse en oro el resto de su miserable existencia.

—Nos tiene cogidos por los redondos, su ilustrísima. Hemos de

ceder.

—¡Ni de chanza! Si nos plegamos ahora, reincidirá en el chantaje cada vez que se le antoje. No, abogado; no torceremos el brazo. Al revés. Dislocaremos el suyo y luego le cerraremos la boca.

—¿Planeáis matarlo? —interpeló Bernardo con una mezcla de indolencia e inquietud.

—De momento no. Con una investigación en curso, mejor no agitar el avispero, y el asesinato de un empleado de la delegación lo haría. Viajad a Sanlúcar de incógnito y decidle de mi parte que, o cincha la húmeda, o se la tragará. Dadle de plazo hasta principios de mayo. Si para entonces no se ha retractado, enviadle un sicario. Que primero lo desmirle y después le advierta que, como se le ocurra piar, idéntica lindeza padecerán su esposa e hijos.

—¿Cortarle las orejas? —se resistió Bernardo, incómodo—. La Justicia solo aplica esa sanción a los pillados en flagrante robo. No existe peor escarnio. Equivale a llevar el cartel de ladrón prendido en la frente de por vida.

—¿Y acaso no lo es? —espetó don Gonzalo—. Pactamos un precio y ahora pretende duplicarlo. Me parece bastante parejo al proceder de un manilargo. Y que agradezca su suerte a la Providencia. A los rateros también se les amputan las manos, se les vacían las cuencas de los ojos e incluso se les castra. Él verá si prefiere gastar cordura o estupidez porque, como me harte, lo desmembraré.

—Nos granjearemos un adversario demasiado involucrado en nuestros trasiegos.

—Si aprecia su mañana y el de su familia, se coserá los labios con alambres.

—La situación es sumamente preocupante. Antes de embarcarnos en esta expedición, os recomendé desistir de ella. Tenía un mal presentimiento y me acongoja comprobar que, poco a poco, se va cumpliendo. Primero el naufragio, después la inspección, luego un sobornado se subleva, quizá nos obligue a desmirlarle... No me gusta, don Gonzalo. No me gusta nada de nada. Accedamos a las petitorias de Valdés. Ya ajustaremos cuentas cuando culminemos la operación y nos hallemos fuera de peligro.

—No me doblegaré a una extorsión, licenciado. Yo no hinco rodilla ante nadie, mucho menos ante un canalla codicioso.

—De acuerdo —cedió Bernardo con el semblante desvaído y a

regañadientes—. Iré a Sanlúcar. Tan pronto regrese, os reportaré.

—Mandadme aviso al Real Sitio de Aranjuez. Partiré hacia allí después de Semana Santa. Para celebrar el diecisiete cumpleaños del monarca, su esposa ha organizado unos fastos grandiosos y, como gentilhombre del rey, he de acompañarlos. No obstante, mis hijos, Álvaro y Mencía, permanecerán en Madrid hasta el 1 de mayo porque desean acudir a la romería de Santiago el Verde. Pero luego se reunirán con nosotros. Así pues, si Germán Valdés no recula y nos obliga a desmirlarle, escribid en un billete «El pez ya nada sin aletas», remitidlo a Álvaro y pedidle que me lo entregue. Utilizad un nombre en clave: Melchor de Batueca. De este modo no se enterará de que contrato los servicios del denostado Abogado de las Causas Imposibles. Recordad que nadie lo sabe.

—No lo olvido, señor —suspiró Bernardo, compungido—. Ojalá no haya que recurrir a la violencia y el pescadito pueda continuar aleteando a placer.

—Ojalá, pero, si sucede, él se lo habrá buscado. Y ahora marcho. ¡Buen viaje a Sanlúcar!

Al quedar solo, un escalofrío recorrió la espalda de Bernardo. Detestaba dejar cabos sueltos y el de Germán Valdés era uno muy peligroso.

33

VELANDO EL MONUMENTO

La Semana Santa discurría entre procesiones, penitentes, recogimiento y circunspección. Desde el Lunes de Pascua al Domingo de Resurrección, en Madrid reinaba el silencio. Se prohibían las campanas, los pregones, los cantos y hasta los silbidos. Incluso la circulación de carruajes quedaba restringida en Jueves Santo, circunstancia muy aplaudida en el gremio de literas y sillas de manos, porque los porteadores aprovechaban la falta de competencia para desorbitar tanto las tarifas que costaba menos viajar a las Indias que a la esquina. Los corrales de comedias cerraban, se suspendían los espectáculos laicos y únicamente se consentía la música mística. La gente hablaba en susurros, no se increpaba, no había regaños ni burlas ni ironías, nadie contaba chistes, nadie los extrañaba, las sonrisas se escatimaban y las risas se suprimían. El fervor religioso se exacerbaba y adquiría tal protagonismo que las misas eran multitudinarias, las limosnas proliferaban, en las calles se quemaban efigies de Judas por doquier y en el Alcázar el rey lavaba los pies a doce pobres, donaba ropa, repartía cestas de viandas e indultaba a seis reos de muerte.

Una de las tradiciones de mayor relevancia giraba en torno al Monumento, un tabernáculo que las distintas parroquias construían y decoraban de manera regia para luego colocar dentro una hostia consagrada y velarla durante la víspera del Viernes Santo. Como este duelo correspondía a los fieles, el jueves por la tarde todos acudían en tropel a su iglesia favorita para pasar la entera madrugada orando frente al Monumento, lo cual propiciaba una de las raras ocasiones en que ambos sexos no estaban cada uno en su respectiva tribuna y, a la postre, separados, sino compartiendo espacio delante del sanctasanctórum. Naturalmente, tan excepcional coyuntura gestaba múltiples devaneos que solían consumarse lejos de suelo sagrado. La espiritual vigilia devenía así en un fornicio colectivo que deparaba

recias cornamentas a los esposos, lascivos recreos a los amantes e ilícitos gozos a las esposas de los esposos y amantes de los amantes.

Disfrutar de una noche sin rejas y libres de la vigilancia paterna o marital constituía una quimera para la población femenina porque tamaña licencia se sucedía en muy contadas fechas. La víspera de San Juan era una de ellas, y la del Viernes Santo, otra. Ninguna mujer, ni soltera ni casada, declinaba la venia. Ocultas de pies a cabeza bajo tupidos mantos, todas se personaban en el templo prestas a acompañar la Pasión de Jesús y, tan pronto sus dueñas aflojaban la guardia, se escabullían rumbo a citas clandestinas donde entregarse a pasiones bastante menos penosas que la mesiánica.

Isabel estaba en la iglesia del convento de San Hermenegildo, un complejo clerical sito en la calle de Alcalá que lindaba con la casa de las Siete Chimeneas. La muchacha se hallaba igual que gran parte de sus hermanas de celo y celosía: tapada de suelo a techo, sometida a la férrea custodia de dueña y escudero, e instrumentando la forma de zafarse de ambos, pues Álvaro la esperaba a medianoche en la Huerta de Juan Fernández. La oportunidad le surgió cuando doña Herminia fue a por cirios y el escudero la desatendió. Apenas vio la jaula abierta, salió flechada hacia el pórtico y, de ahí, a los brazos de su romeo, mas no quiso la suerte que llegase ni a un sitio ni al otro porque, a dos palmos del umbral, Enrique la interceptó. Había averiguado el templo donde la joven efectuaría la velación y llevaba horas en la nave central de San Hermenegildo escrutando a las arrebozadas que, cual ánimas negras sin rostro ni cuerpo, hormigueaban por el lugar. Pese a las evidentes dificultades de identificación, consiguió ubicar a Isabel gracias a doña Herminia, quien no había prescindido de manto, pero sí de entoldarse el semblante.

—Buenas noches, señorita Salazar —saludó.

Isabel se levantó el velo que le borraba la cara y arqueó las cejas desconcertada.

—¿Cómo me habéis reconocido? Voy completamente cubierta.

—El fulgor de vuestra belleza atraviesa mantos, paredes y hasta graníticas montañas —bromeó Enrique, reacio a confesar la verdad—. ¿Ibais a alguna parte?

—Solo a respirar aire fresco—mintió Isabel sin dejar de maldecir el inoportuno encuentro—. Me he sofocado un poco. Aquí dentro hace

mucho calor.

—¿Permitís que os acompañe? He de comentaros un asunto.

—Mejor mañana —rehusó Isabel, que casi contenía el aliento tal era su impaciencia—. Me hallaréis en las mesas petitorias de San Juan.

—Habrá demasiada gente y lo que quiero contaros demanda privacidad.

—De acuerdo —cedió Isabel, pensando que enrocarse en el «mejor mañana» la retrasaría más—. ¿De qué se trata?

—Cuando os propuse matrimonio, os pedí unos meses para consolidar mi posición en el Alcázar. Pues bien, ya lo he logrado. En consecuencia, estoy en óptimas condiciones de plantear mi oferta nupcial a vuestro padre.

—¡Espléndido! —aplaudió ella, ilusionada ante la posible rescisión de su compromiso con Beltrán—. Ojalá consigáis persuadirle.

—No lo dudéis —aseguró Enrique envalentonado porque malinterpretó aquella muestra de alegría y creyó que él y no otro la suscitaba—. Necesito, no obstante, que me facilitéis la tarea y adelantéis a don Rodrigo nuestros sentimientos.

—¡Qué dislate! Yo no le cuento semejantes intimidades. Me moriría de la vergüenza.

—No hace falta que profundicéis en los detalles. Una sutil reseña bastará. Él ignora que estamos enamorados. Si se entera de súbito, montará en cólera y el enfado le empujará a rechazarme. En cambio, si a mi petición de mano le precede alguna insinuación vuestra, habremos eliminado el factor sorpresa y eso me permitirá exponerle la situación sin la virulencia del bocajarro.

—Me parece razonable —admitió Isabel, resuelta a decir que sí a todo porque, como no apremiase, doña Herminia la pillaría en plena evasión y se la truncaría—. No temáis. Os ayudaré. Ya he sugerido a mi padre que no me emociona casar con Beltrán. Comenzaré así la conversación y después dejaré caer que existe… otra persona.

—De corazón os lo agradezco. ¿Cuándo le hablaréis?

—En cuanto tenga ocasión. No bien lo haga, os enviaré un billete. Podréis entonces solicitarle una entrevista.

—¡Isabel! —reclamó doña Herminia, que, jadeante e iracunda, acababa de llegar a la carrera—. ¿Flirteando en la iglesia? ¡De veras que no doy crédito! Dirígete al Monumento y ni se te ocurra

desaparecer de nuevo o informaré a don Rodrigo de tu sinvergonzonería.

—¿A qué os referís? —protestó la joven, despidiéndose de su romántica noche en el regazo de Álvaro—. No estábamos haciendo nada.

—¡Nada bueno! Cristo camino de la cruz y tú sonriendo a un hombre que, encima, no es tu futuro esposo. ¡Ángela María! ¡Qué indecencia!

—No la reprendáis, doña Herminia —defendió Enrique—. Solo he preguntado a la señorita Salazar cómo transcurría la vigilia.

—¡Tú cállate! —masculló la anciana, tan enojada que no dudó en apearle el tratamiento—. Y deja de galantear a mi pupila, ¿me oyes? Ya te advertí en su día que está prometida. Oblígame a repetirlo y lo lamentarás. ¡Isabel! ¡Delante de mí!

En prudente silencio, la muchacha se giró y emprendió viaje al Monumento. Aunque le frustraba renunciar a las caricias de Álvaro, se sentía expectante tras el anuncio de Enrique. Pronto se libraría de Beltrán. Entonces las citas con su amado no volverían a resultar ni fallidas ni furtivas.

34

SANTIAGO EL VERDE

La primavera alteraba la sangre de todos los madrileños en general y de uno en particular: el Manzanares. Aunque más que alterársela, se la secaba porque, en cuanto las temperaturas empezaban a sudar, el caudal mermaba tanto que, en vez de un río, parecía una charca. Era entonces cuando las islitas del centro del cauce, hundidas en el agua durante los meses fríos, emergían del fondo y quedaban accesibles desde tierra firme. Como ofrecían vistas espectaculares de la Villa, los lugareños solían vadear el río rumbo a ellas. Lo hacían en corcel, carruaje, litera, silla de manos, corriendo, paseando, a la pata coja o a gatas. Daba igual. Podía cruzarse de cualquier modo, menos nadando, pues nadie, ni siquiera los enamorados de Madrid, negaban la triste verdad: de abril a octubre, el Manzanares atravesaba la Corte con más nombre que agua.

A partir de ese momento, el personal lo consideraba una extensión de la calle y lo recorría de arriba abajo como si de una avenida se tratase. El trasiego disminuía o aumentaba según la época, pero el 1 de mayo, día de Santiago el Verde, la ciudad entera realizaba la singladura con destino a uno de los atolones próximos a la Puente Segoviana. Era este tan frondoso y exuberante que originó la coletilla de «el Verde» endilgada al santo protagonista del jubileo, Santiago el Menor, y así se bautizó la fiesta. Además, en contraposición a las enormes dimensiones de aquel montículo, Madrid lo llamaba «el Sotillo» y de ahí el segundo alias de la verbena: el día del Sotillo.

Tras el ángelus de ese 1 de mayo de 1622, los alrededores de la Puente Segoviana empezaron a llenarse de tenderetes. Los vendedores de comida y bebida despachaban delicias; los pañeros, manteles para alfombrar las praderas del Sotillo; los alpargateros recomendaban a los usuarios de zapato fino adquirir unas esparteñas porque, aunque el Manzanares no mojase, iba sobrado de piedras, y los cesteros se

pegaban a los carromatos alimenticios convencidos de que el comprador de víveres precisaría meterlos en serones, cestos, cestillos, canastas y canastillas. Y, en mitad de aquel circo mundano y materialista, los predicadores subrayaban el carácter religioso de la romería e invitaban a resistir las tentaciones de la gula, la pereza o la lujuria so pena de acabar en el infierno. Pero tan apocalípticas amenazas no parecían surtir efecto en el tropel de madrileños que desfilaban con capachos rebosantes de gula, el firme propósito de pasar la tarde abrazados a la pereza y toda la intención de imprimir lujuria en las hechuras del que se pusiera a tiro.

Mientras el comercio se ganaba el perejil en la feria, los feriantes se emperejilaban. Y no lo hacían de cualquier manera, pues la etiqueta demandaba estrenar ajuar el día del Sotillo y esta norma de tan agradable cumplimiento gestaba pocos transgresores.

Aparte de la vestimenta, el transporte empleado para cruzar el río constituía el segundo elemento que demarcaba la jerarquía estamental de alguien.

Los pobres efectuaban la expedición a pie. Desde una perspectiva práctica, tenían suerte porque en Santiago el Verde a ningún madrileño con cierta reputación se le ocurría llegar al Sotillo sobre los perniles y solo a ellos se les toleraba semejante licencia. Los frailes montaban pollinos o mulas; los austeros iban en sobrias literas; los aristócratas presumían de ostentosos carruajes, y los que por tal se las daban también, si bien estos los arrendaban a hurtadillas y luego se jactaban de poseerlos. Los enamorados transitaban a lomos de caballos adornados con cintas, señal de que la dama a quien pretendían utilizaría su coche, aunque muchos que no tenían ni dama ni coche empenachaban igual el corcel para así alardear de las dos cosas. En cambio, los rendidos a mujer pero faltos de ruedas (que de esos también había) sufrían lo indecible porque en Santiago el Verde todo varón prendado de una señorita debía conseguirle un remolque sí o sí. Implicase la exigencia renunciar al patrimonio entero, endeudarse a perpetuidad o incluso vender el alma al diablo, el donjuán que no agenciase a su doñainés algo capaz de conducirla al Sotillo, mejor sumergía sus anhelos en agua helada porque las posibilidades de conquistarla adquirían tintes de milagro. Los prudentes no se arriesgaban y ya en febrero apalabraban un vehículo. No importaba que en esas fechas alguien protagonizase sus sueños o nada hubiese en

ellos digno de suspiro. Lo esencial era asegurarse un medio de transporte. Se terciasen en el futuro idilios o soledades, obtendrían beneficio. Si Cupido asomaba, cosecharían los favores de la amada; si no, monedas a placer porque en mayo esa reserva valdría un potosí.

Isabel y Mencía no padecían las incertidumbres del traslado. Ni siquiera precisaban de un galán que se lo proporcionase, pues disfrutaban de carroza propia. Ambas estaban entusiasmadas. Con sus padres en Aranjuez y la rígida doña Úrsula postrada en cama, apenas tenían restricciones. Planeaban bajar al Sotillo acompañadas de doña Herminia y almorzar allí. Más tarde acudirían Álvaro y Alonso, reunión que prometía porque el adormilado celo de doña Herminia facilitaría algún que otro arrumaco.

Pasada la una del mediodía, el carruaje de los Salazar llegó a la ribera del Manzanares. Viajaban a bordo las dos amigas, doña Herminia y una esclava responsable de los víveres. Al reparar en el insólito caudal del río, el postillón vaticinó problemas y decidió reducir la carga. Tras ordenar apearse a las criadas para llevar primero a las damas y luego a ellas, emprendió la travesía. De poco sirvieron sus cautelas porque, a mitad de camino, las ruedas se atascaron en las piedras del fondo y el vehículo se detuvo en seco. Mencía e Isabel ya se miraban preocupadas cuando, de pronto, alguien golpeó el armazón. Al descorrer la cortinilla, vieron a Enrique montado en un purasangre negro.

—Buenos días, señoritas. O no tan buenos, quizá. Me temo que habéis encallado.

—¿De veras? —se burló Mencía—. No nos habíamos dado cuenta.

El postillón y los lacayos saltaron al río e intentaron movilizar el carruaje, el primero tirando de las yeguas y los segundos zarandeando la caja con tal violencia que las pasajeras del interior creyeron hallarse en un mar furioso.

—¡Qué impertinencia por parte del Manzanares alborotar el cauce justo cuando lo están surcando dos beldades! —aduló Enrique, impasible a los bandazos del coche y sin evidenciar voluntad alguna de descabalgar para contribuir a las labores de rescate.

—Lo único impertinente aquí son vuestros almíbares —espetó Mencía a trompicones mientras brincaba sobre el asiento—. ¿No se os ocurre nada mejor que hacer?

—Ciertamente —contestó Enrique en tanto reprimía las ganas de

sacar de los pelos a aquella arpía y hundirla en el agua—. Me ofrezco a llevaros en mi corcel.

—Concedednos un instante —atajó Mencía, que, al percibir aquiescencia en Isabel, se apresuró a correr la cortinilla y la miró nerviosa—. No pensarás aceptar, ¿verdad?

—No quiero perder el tiempo en una tartana zozobrante. Además, me estoy mareando.

—De todas formas, habrás de esperar en la orilla hasta que los criados destraben el vehículo porque yo me quedo. Para subirnos al caballo, Enrique debe cogernos en volandas y no consentiré que ese mariseco repulsivo me toque.

—Gustosa te aguardaré lo que sea preciso, pero, o lo hago fuera de aquí, o terminaré despeinada y vomitando —refunfuñó Isabel, cuya cabeza acababa de chocar con el techo merced a un virulento barquinazo.

—Le has prometido matrimonio y te cree prendada de él. Si te muestras demasiado complaciente, le incitarás a desmandar las manifestaciones de afecto.

—No digas enormidades. Va a llevarme al Sotillo, no al lecho.

—No des alas al buitre, Isabel. Es pájaro negro, y tú, un gorrioncillo muy apetitoso.

—Yo aquí solo veo un pájaro de mal agüero, y no se llama Enrique —bufó la otra—. Sigue rumiando calamidades, si eso te divierte, pero una servidora marcha de romería.

Con gesto decidido, abrió la portezuela del carruaje y se dirigió a Enrique.

—Llevadme a la orilla, por favor. Tanto vaivén me está enfermando.

Ahora que sí le interesaba, el aludido se dignó a desmontar y lo hizo sin miedo a mojarse porque unas botas altas e impermeables mantenían sus piernas a buen recaudo. Después de terciarse el ferreruelo y acoplar el tahalí de forma que la espada no le estorbase, tomó a Isabel de la cintura, demorándose allí más de lo imprescindible, y la depositó en la grupa del corcel. A continuación, se instaló tras ella y partió.

—¿Me dedicaréis un momento durante la verbena? —inquirió cuando tocaron tierra—. En unos días pediré audiencia a don Rodrigo y preciso hablaros al respecto.

—Sea —accedió Isabel, resuelta a consumar su plan—. ¿Dónde nos encontraremos?

—¿Conocéis la alameda de la punta norte?

—Sí, pero... Es un paraje tenebroso y muy poco transitado.

—De ahí mi elección. Hemos de reunirnos en un sitio discreto. Estáis prometida a Beltrán y no resultaría apropiado que os vieran con otro caballero.

—Tenéis razón. A la hora de vísperas, a eso de las seis, me escabulliré. Si me retraso, no os inquietéis. Emprenderé camino al primer tañido de las campanas y me llevará un tiempo cubrir la distancia.

—Toda una eternidad os esperaría. Ahora disculpadme. He de ir en busca de Mencía.

—No será necesario —rechazó Isabel mientras miraba hacia el río —. Parece que el carruaje ha reanudado la travesía. Id tranquilo. Llegarán en un periquete.

Enrique se inclinó en una reverencia, asió las riendas de su rocín y se alejó silbando jubiloso. Justo entonces el coche recaló en la orilla y Mencía se apeó.

—¿Qué le has dicho al buitre que marcha tan contento? —preguntó escamada a Isabel.

—Nada especial. Simplemente, nos hemos citado. Va a formular a mi padre su oferta de esponsales y desea explicarme los detalles.

—Pero ¿tú te estás oyendo? —saltó Mencía—. ¿Qué detalles piensas que pretende explicarte antes de solicitar tu mano? ¿El diseño del traje nupcial?

—¿Y qué quieres que haga? No puedo negarle una entrevista. Es imperativo que me pida en matrimonio. Solo así conseguiré librarme de Beltrán.

—¿Dónde habéis quedado?

—En la alameda norte al caer la tarde.

—¡Eso está donde el aire da la vuelta! ¿A santo de qué te cita en un lugar tan remoto?

—¿Y qué sugieres? ¿Que conversemos en mitad de la pradera? Soy la esposa en ciernes de Beltrán, ¿recuerdas? Una dama en mis circunstancias festejando Santiago el Verde con un hombre distinto a novio, padre, hermano o cuñado levantaría suspicacias.

—No vayas, te lo ruego —conminó Mencía, desazonada—. Nadie

frecuenta aquellos andurriales. Estarás indefensa y a merced del buitre.

—Enrique no es ningún buitre, amiga. Es un caballero y me respeta. Además, no me demoraré mucho. Regresaré antes de que Álvaro y Alonso lleguen. ¿Me ayudarás a distraer a doña Herminia?

Mientras las jóvenes debatían las bondades de aquella reunión, Alonso entró en los aposentos de Álvaro y, como lo encontró a medio arreglar, se apoyó en una ventana presto a armarse de paciencia. Ansioso por deslumbrar a Mencía, había estrenado un atuendo en tonos cobrizos que, aparte de sentarle como un guante, realzaba su figura fibrosa y esbelta pero, a la vez, muy musculada gracias a los entrenamientos de don Leandro. Iba tan guapo y jacarandoso que, al verlo, Álvaro silbó impresionado.

—¡Menudo tronío! ¿Hay algo que no me hayáis contado?

—Nada en absoluto —mintió el muchacho con fingida indolencia —. En Santiago el Verde, todos estrenan indumentaria y a eso me he limitado.

—¿Y también todos se atiborran de anís para perfumarse el aliento? —receló Álvaro mientras se acercaba a olisquearle—. ¿Qué habéis hecho, Alonso? ¿Habéis dejado sin su producto estrella a la villa de Chinchón?

—Apartad el hocico de mi persona al punto. ¿Me pensáis un hojaldre a engullir?

—Yo no, pero más de una damisela por tal os tomará y tratará de darse un festín —rio Álvaro en tanto enganchaba en el tahalí la daga y la espada—. Si hasta los tirabuzones os habéis atusado. ¡Venga, hombre! Amainad los misterios y confesad: ¿os habéis acicalado así para una ninfa en particular o solo proyectáis romper la baraja en la parroquia femenina?

—¡Dios bendiga mi capacidad de aguante! Sois más pesado que un traje de clavos.

—Sea como fuere, permitidme un consejo —bromeó Álvaro y le tendió varias pastillas de alcorza—. El arte de la seducción no requiere anís. Masticad estas perlas. Perfumaréis el aliento sin matar de un colapso etílico a la destinataria de vuestros arrullos.

—No las necesito —graznó Alonso—. Y vámonos ya, ¡caray! La reina tarda menos que vos en aviarse.

A la sombra de un sauco, alrededor de una manta y sentadas sobre mullidos cojines, doña Herminia, Mencía e Isabel disfrutaron de un suculento almuerzo. Degustaron queso, berenjenas dulces, pastelillos de ternera y hasta panecillos de leche, una modalidad tan cara, exclusiva y deliciosa que los tahoneros conservaban un registro de sus privilegiados usuarios. De postre comieron confitura de membrillo, ciruelas de Génova, jalea de Granada y azúcar rosado. Bebieron agua de guindas e hipocrás, una mezcla de vino, miel, canela, ámbar y almizcle culpable de no pocas melopeas.

Al concluir el ágape, una ahíta y bastante achispada doña Herminia se recostó en los almohadones y al rato se amodorró. Como, cerca ya de las seis, continuaba sesteando, Isabel aprovechó y partió al encuentro de Enrique.

La alameda norte era un paraje muy retirado cuya espesura lo condenaba a una perpetua umbría. En el lugar reinaba el silencio. Solo el trinar de los pájaros y el lejano jolgorio de la pradera quebraban la quietud. Enrique aguardaba apoyado en un árbol y, cuando Isabel asomó, sus bríos de hombre se exaltaron. La belleza de la joven siempre le había fascinado, pero ese día estaba especialmente hermosa. Aunque se cubría bajo un manto blanco, la transparencia del encaje le nubló el entendimiento porque no dejaba nada a la imaginación: ni la esbelta silueta que un apretado jubón azul marino le incitaba a delinear; ni la exuberante melena azabache que, recogida con cintas de raso, anhelaba soltar; ni el primoroso rostro en cuyo cutis moraba el terciopelo; ni aquellos ojos grises que le robaban la voluntad.

Al percibir un brillo de lujuria en la mirada masculina, Isabel se detuvo a una distancia prudencial y, tras saludar, fue directa al grano.

—Bien, aquí me tenéis. ¿De qué deseáis hablarme?

—Concededme un instante para ensalzar lo bonita que lucís —contestó Enrique sin relajar el sensual escrutinio—. Esta mañana no acerté a expresaros mi embeleso.

—Aliviad las zalamerías, os lo ruego —exhortó Isabel, incómoda—. He dejado a mi dueña durmiendo y debo regresar antes de que despierte.

—La noche de Jueves Santo, acordamos que, previo a solicitar audiencia a don Rodrigo, le adelantaríais nuestro amor y que después

cursaríais un billete para informarme. Sin embargo, ha transcurrido más de un mes y no me lo habéis enviado.

—Es que... no me atrevo —se ruborizó Isabel, pues no veía el momento de acometer esa parte de la trama—. Ya os referí cuánto me turba tratar asuntos íntimos con mi padre.

—Y me hago cargo, pero pensad que, superado ese trámite, podremos casar.

—Me muero de la vergüenza, Enrique. ¿Y si actuaseis vos sin más preámbulo?

—Os lo expliqué en Semana Santa, alma mía. Nos arriesgaríamos a una negativa.

—De acuerdo —cedió Isabel—. Buscaré la ocasión propicia en Aranjuez. Mi padre está allí. Marchó junto al séquito de vuestro patrón, el conde de Olivares. Me sorprende que no lo hayáis acompañado para ayudarle a organizar los fastos del cumpleaños real.

—Viajaré en los próximos días. Me alegra saber que vos también.

—¿Abordareis a mi padre no bien yo le transmita vuestro interés en mí?

—¿Mi interés en vos? ¿Acaso soy el único que lo tiene? Suponía recíprocos nuestros sentimientos y en tales términos os pronunciaréis ante don Rodrigo, ¿cierto?

—Sí, sí... —vaciló Isabel—. Le hablaré de un... afecto mutuo.

—¿Titubeáis? —malició Enrique—. ¿Es que no me correspondéis? ¿No ambicionáis mis caricias como yo las vuestras?

—Claro que sí, pero no es momento de carantoñas, sino de orquestar cuándo y de qué manera encarar a mi padre —esquivó Isabel.

Sin mediar palabra, Enrique se separó del árbol y avanzó hacia ella. Lo retirado del lugar, la cercanía de la muchacha, tantos meses soñándola, saberla allí, sola y a su merced, e imaginarla sometida a él le trastornaba. Intentó calmarse, pero no lo logró. Estaba acostumbrado a descinchar las pasiones, no a embridarlas, y ya se había refrenado demasiado. Cuando se encaprichaba de una mujer, la tomaba por las buenas o por las malas, fueran cuales fueran las circunstancias y las consecuencias. Deseaba a Isabel desde hacía mucho tiempo. Tenía hambre de ella y el obligado ayuno lo sumía en una vesania muy peligrosa.

—Aunque..., bueno... —añadió Isabel, soltando una risita

nerviosa—, por lo pronto, nos toca esperar a poner pie en Aranjuez.

De nuevo Enrique se abstuvo de contestar. Mientras, continuaba acortando distancias exhibiendo un gesto obsceno que alertó a Isabel. Azogada, miró a derecha e izquierda buscando una vía de escape por si acaso las cosas se torcían y se veía obligada a emprender la huida. Confiaba en no llegar a esos extremos, pero el cariz que estaba tomando la reunión no presagiaba nada bueno. De repente dejó de oír el trino de los pájaros y el sonido del viento entre las ramas. Un silencio tenso envolvía ahora el bosque, como cuando un depredador anda de caza y los demás animales corren a esconderse. Así caminaba Enrique en dirección a ella. Lento. Siniestro. Pisando con tal sigilo que parecía levitar. Con los ojos fijos en su presa y la boca presta a la mordida. Isabel se conminó a aparcar tan sobrecogedora asociación de ideas y mantener el temple. Permaneció en guardia pero quieta, tratando de enfocarse en la certeza de que estaba a salvo. Enrique era todo un caballero y nunca había amagado siquiera cruzar ninguna línea roja. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? Porque aquel individuo de actitud libidinosa distaba un mundo del caballero galante y moderado que conocía, le advirtió la prudencia. Un nudo en el estómago le cortó la respiración y su corazón empezó a bombear miedo. De manera involuntaria, retrocedió un paso. Y otro. Y otro. Al final, su espalda chocó con un árbol y hubo de detenerse. Fue entonces cuando el depredador se pronunció.

—Sucede que ni puedo ni quiero esperar más. Ansío tomar a mi futura esposa y pienso proceder ahora mismo.

A no poca distancia de allí, Álvaro y Alonso acababan de llegar al Sotillo. La extraña estampa que encontraron los amoscó de inmediato. Doña Herminia yacía desmadejada sobre los cojines, Mencía y la esclava jugaban a los naipes, e Isabel no estaba.

—¿Dónde para Isabel, hermana? —preguntó Álvaro, mirando en derredor.

—Ha ido a... refrescarse —balbuceó Mencía, azorada.

—¿Sin doña Herminia? Y, por cierto, ¿qué le ocurre a la dueña? Parece inconsciente.

—La excesiva comida le ha descompuesto el cuerpo y...

—Y el hipocrás, la lucidez —reprobó Álvaro—. ¿Cuánto hace que

marchó Isabel?

—Bastante —musitó Mencía con un desasosiego que alertó a los muchachos—. En realidad, se retrasa. Me aseguró que volvería pronto.

—¿Volver de dónde? Ahorradme los circunloquios y ¡desembuchad de una vez!

—No la atosiguéis y permitid que se explique —intercedió Alonso al advertir miedo en los ojos de Mencía—. Contadnos el problema, señorita. No temáis. Lo solucionaremos.

Enrique rodeó la cintura de Isabel y la atrajo hacía sí.

—Angostad las vecindades al punto —exigió ella, intentando en vano zafarse.

—Dejad que os brinde mis ternuras. Anhelo procuraros gozo, amada mía.

—Yo no deseo gozo, sino respeto. ¡Quitadme las manos de encima!

—Aflojad los decoros y complacedme —conminó Enrique, airado —. En breve casaremos. Estoy en mi derecho, ¡maldita sea!

—¡Ningún derecho legitima este abuso! —bramó Isabel—. Vuestro comportamiento es inadmisible.

Enrique ni la escuchaba ni se separaba de ella. Percibir pánico en una mujer indefensa lo enardecía tanto que extraviaba la sensatez. Y justo eso le ocurría en aquel momento. El terror de Isabel, unido a la resistencia que oponía, lo llevó a un estado de completa enajenación donde no cabían ni deferencias ni mesuras. Olvidó que esa dama acobardada y desvalida no integraba la colección de menesterosas y prostitutas violadas y asesinadas que envilecía su paso por la tierra. Era una virgen de noble cuna. Si desflorarla ya le acarrearía nefastas consecuencias, hacerlo a la fuerza le supondría la muerte. Pero le daba igual. Quería oírla gritar. Oler su sangre. Su miedo. Quería hacerle daño. Hacerla suya de la manera que más lo excitaba: a golpes; con violencia. La demencia que lo embriagaba alcanzó un punto sin retorno. Los más bajos instintos gobernaban ahora su discernimiento y necesitaba satisfacerlos a toda costa. Atrapado en esa volcánica espiral de barbarie y sadismo, se apretó contra Isabel, que quedó presa entre el árbol y unos gélidos ojos azules pegados a los suyos.

—Pero ¿qué os sucede? —clamó, espantada—. Esto no es propio

de vos. Soltadme o silenciaré a gritos la pradera entera.

—No obedeceré, señorita —replicó Enrique en tono intimidatorio—. Detesto a las hembras que simulan recato diciendo *no* mientras todos sus actos prodigan un lascivo *sí*. ¿Me tomáis por una piedra insensible? Soy un hombre y, cuando una mujer se me insinúa, yo respondo. Además, antes de desposaros, tendré que probar la mercancía, ¿no?

—¿Mercancía? ¿Me pensáis una yegua de feria, desgraciado?

—Una potra rijosa me parece más decente que vos —se encrespó Enrique—. Al menos, no seduce al semental para después negarle el placer.

Desenvainó entonces su puñal y cortó uno de los bucles de Isabel rasgando, de paso, el encaje del manto. Contento de sumar una nueva guedeja a su colección, se la guardó. Sin comprender aquel extraño cercenado y convencida de que lo siguiente que le rajaría sería el cuello, Isabel prorrumpió en chillidos.

—¡Socorro! Que alguien me ayude. ¡Auxilio!

Enrique le tapó la boca y la postró en el suelo. Al tiempo que la amordazaba con una mano, con la otra le levantó las faldas y, tan pronto lo hubo logrado, se colocó encima de ella. Un llanto incrédulo e impotente anegó los desorbitados ojos de Isabel. Roja de asfixia a causa de la zarpa que le impedía respirar, lívida de asco e ira y bañada en el sudor de una batalla que intuía perdida, luchaba por cerrar las piernas, pero las de su agresor la compelían a mantenerlas humillantemente abiertas.

Enrique perpetraba la violación abismado en un delirio desquiciado. Salivaba el escote de Isabel, le magreaba los senos, ejecutaba sobre ella la voluptuosa danza de la carne e introducía la rodilla en su entrepierna sin dejar de emitir gemidos de placer que se entreveraban de forma grotesca con los amortiguados aullidos de la joven.

Ya se había bajado los calzones cuando sintió un salvaje tirón de pelos y una daga en la garganta.

—Apartaos de la dama o juro por Dios que no veréis el amanecer —le susurró Álvaro al oído mientras, ciego de rabia, hundía el cuchillo hasta que la sangre brotó.

—Templad, camarada, ¡templad! —se interpuso Alonso al darse cuenta de que se aprestaba a rebanarle el pescuezo—. No le regaléis

una muerte rápida. Su infame existencia merece un final lento y penoso.

La abrupta interrupción y el saberse pillado en flagrante delito habían noqueado tanto a Enrique que no reaccionaba. Ni siquiera acertó a moverse y, como seguía sobre una Isabel deshecha en lágrimas, Álvaro le asestó una virulenta patada.

—¡He dicho que os apartéis de la dama, rata miserable! —gritó, iracundo.

A continuación, se agachó junto a Isabel, le arregló la indumentaria y la abrazó. La histeria lo tenía preso de tal tensión que descuidó las cautelas y le mostró unas atenciones muy poco adaptables a la fraternidad propia de un cuñado.

—Ya pasó, vida mía. Ya pasó. Serenaos y no lloréis más.

—¿Qué sucede aquí, Isabel? —exclamó Enrique, que contemplaba atónito aquellas dulzuras—. ¿Estáis enredada con el hermano de Beltrán y, en paralelo, flirteáis conmigo? ¿A qué jugáis, zorra intrigante?

Al verse descubierta, la pareja quedó petrificada. Por su parte, consciente de que concernía a Álvaro encargarse de la situación, Alonso había echado mano de toda reserva de aplomo para intervenir lo menos posible, pero los insultos de Enrique le pulverizaron el estoicismo y un resorte interno se le activó. Se abalanzó sobre él, lo cogió de la pechera y lo zarandeó como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Ofended de nuevo a la dama y lo lamentaréis! No estáis en condiciones de cuestionar el proceder de nadie, así que cerrad la boca si no queréis que descosa vuestra asquerosa lengua y os la haga tragar.

—¿Y quién eres tú para mandarme callar, imbécil? —se revolvió Enrique, que consiguió escapar del involuntario baile tras soltarle un empellón—. Me hartan tus escrutinios y tus groserías cada vez que nos cruzamos. No te atrevas ni a tocarme ni a dirigirme la palabra. Los principales no nos relacionamos con harapientos de tu calaña.

—Los de mi calaña tampoco nos relacionamos con canallas aficionados a mancillar mujeres —contestó Alonso—. Nos limitamos a partirles la cara.

Dicho esto, le estampó el puño en el rostro, a lo que Enrique, víctima ahora de una hemorragia nasal, replicó batiéndolo de un derechazo en el estómago.

—¡Que me quites de encima tus pezuñas plebeyas! Si tuvieras

jerarquía para que un notable te retase a duelo, pagarías todas tus irreverencias acero mediante, cretino.

—¿Y yo? —terció Álvaro, que se había acercado desde atrás y le acababa de poner la espada en la nuca—. ¿Tengo yo categoría suficiente para citaros en armas?

—No os entrometáis —rehuyó Enrique, pues conocía la destreza del joven y no le apetecía catarla—. El asunto solo concierne a este palurdo y a mí.

—¿Os sorprendo abusando de mi cuñada y el asunto no me concierne? ¿De veras pensáis que lo dejaré correr?

—¿Vuestra cuñada? —se mofó Enrique en tanto se limpiaba la sangre de la nariz—. ¡Qué desfachatez! Decidme: ¿qué habría hallado si hubiera logrado montarla? ¿El obstáculo de su virtud o la ancha cueva de una furcia que ya ha visitado el cuñado y Dios sabe cuántos más?

Al escuchar semejante escarnio, Isabel se tapó los oídos y estalló en un nuevo llanto. Alonso también reaccionó, aunque no con lágrimas. Recuperado del puñetazo recibido, se levantó de un brinco y atizó tal trompada a Enrique que le abrió una brecha en la ceja.

—Os advertí que, si volvíais a faltar a la dama, lo lamentaríais —vociferó, enervado.

—¡Hijo de las mil putas! —masculló Enrique—. Me cobraré esta sangre. ¡Por mis muertos que lo haré!

—Por los míos que mucha más debéis derramar —dictaminó Alonso.

Empezó entonces a tundirlo a golpes con tal saña que parecía un perturbado. Al cabo de varios intentos, Álvaro consiguió sujetarle los brazos. Un escalofrío le acalambró la espalda cuando el chico alzó la cabeza. Tenía el semblante contraído, la mirada extraviada y sus ojos destilaban tanto odio que apenas lo reconoció.

—Ya basta, Alonso. ¿Qué os ocurre? ¿Estáis bien?

—Mejor que nunca —jadeó el otro, sudoroso y arrebatado—. Hacía tiempo que ansiaba limar los nudillos en los cueros de este lucifer y, al fin, me he dado el gusto.

—Pues tranquilizaos porque el privilegio de matarlo me corresponde a mí —conminó Álvaro para luego apuntar con la espada a Enrique, que continuaba en el suelo chorreando sangre—. Nos batiremos en el campo de San Blas. Fijad vos el día y la hora.

—¿Un imberbe desafiándome a mí, a un adulto que ya roza la veintena? —esquivó Enrique, reacio a encarar el combate—. No, gracias. No me place escabechar mocosos.

—Tengo diecisiete años, aptitudes para venceros y unas ganas enormes de hacerlo. También tengo arrestos. ¿Vos no? ¿Acaso vuestra corajuda veintena solo se atreve con las féminas?

—Un mandoble mío y expiraréis, mequetrefe.

—Demostrádmelo. Decidme día y hora.

Como Enrique se resistía, Álvaro se sulfuró.

—¡Cobarde depravado! Enfrentaos a mí o todo Madrid se enterará del hediondo violador de mujeres que sois.

—No galleéis tanto —escupió Enrique—. Yo manejo un cotilleo mucho más jugoso. El honorable Alvarito y su recatada cuñada son, en realidad, un traidor y una ramera que engañan a Beltrán Soto de Armendía, hermano del uno y prometido de la otra.

—Cuando se descubra que habéis abusado de la hija de un grande de Castilla, ese chisme parecerá vuestra venganza hacia quien os impidió consumar. Por no hablar de cuando lo averigüe don Rodrigo. Y os garantizo que lo sabrá no bien desmandéis la lengua. Vos elegís, pues: su estoque o el mío. De cualquier modo, id aviando el cajón porque con la vida pagaréis este ultraje.

—Denunciadme y os arranco el corazón —amenazó Enrique, consciente de que, si el episodio trascendía, los Valcárcel quedarían defenestrados para siempre.

—Entonces, decidme día y hora de una maldita vez.

—En la medianoche de pasado mañana —claudicó Enrique—. A primera sangre.

—De eso nada. El duelo será a todo trance.

—No me obliguéis a calzaros el traje de madera y hagámoslo a primera sangre —se rebeló Enrique, cuya palidez evidenciaba un vaticinio bastante diferente.

—Prefiero criar gusanos bajo tierra a dejar en ella uno tan nauseabundo como vos —sentenció Álvaro—. Lucharemos a todo trance. O morís vos o muero yo.

35

CUESTIÓN DE HONOR

A la hora convenida, Álvaro y Alonso llegaron al campo de San Blas, una vasta pradera que rodeaba un promontorio en cuya cumbre funcionaba la ermita del mismo nombre. Se ubicaba en los confines de Atocha, casi extramuros de la Villa, y ostentaba una enorme popularidad a raíz de la romería que hasta allí realizaban los madrileños en los albores de febrero para rogar al santo la curación de los trastornos de garganta, pues de ella era el patrón. Pero la fama del lugar no solo tenía fragor de verbena, sino también de batalla porque muchas cuestiones de honor se dirimían en su tierra.

Un aire espectral envolvía la explanada. La densa oscuridad, el cadencioso cimbreo de una bruma flotante e hipnótica y los rayos de una luna que espiaba entre nubarrones componían un cuadro inquietante. En la cima del promontorio, la silueta de la ermita recortaba la penumbra mientras el santuario de Nuestra Señora de Atocha, sito a escasa distancia, arañaba la niebla en el horizonte. A pesar de su naturaleza pía, el plomizo contorno de ambas iglesias en absoluto edulcoraba la tenebrosidad de la estampa. Más bien al contrario. Le daba unas trazas de ultratumba que no invitaban a esperar gracias divinas.

Ataviado de negro, Álvaro llevaba espada, daga y una capa enrollada en el brazo para protegerse. Aunque pareciera un escudo improvisado, superaba en ventajas al tradicional porque liberaba la mano, no solía ni caerse ni extraviarse y el grueso paño de la prenda constituía una muralla complicada de agujerear.

Alonso acarreaba el mismo armamento. No proyectaba pelear, pero a la guerra no convenía ir vestido de paz, así que optó por prevenir antes que lamentar. Se había puesto, además, la capa y el chambergo de su época indigente. Le transmitían serenidad y en esos momentos necesitaba grandes dosis de ella. Desde el concierto de

aquel malhadado encuentro, el pobre muchacho andaba como fantasma sin sábana. Comprendía que la agresión a Isabel demandaba un desagravio y que correspondía a Álvaro efectuarlo, pero, si Enrique moría, no podría ni hacer justicia ni volver a llamarse Alonso Castro. Por desgracia, la alternativa tampoco asomaba halagüeña, pues, de caer Álvaro, perdería un amigo y no concebía tamaña catástrofe. La situación era tan maquiavélica que no lograba decidir por quién rezar.

Cascos de caballos quebraron la quietud y, al cabo de un lapso, apareció Enrique acompañado de su habitual padrino de duelo: Márquez.

Cuando Alonso reconoció al soldado, se tambaleó. Sabía que había masacrado a Luisa, la madre de Gabriel, y que, en connivencia con Enrique, había perpetrado los Crímenes del Ritual, pero la relación entre ambos hombres siempre estuvo falta de evidencias porque nunca los había visto juntos. Hasta ahora. Al fin confirmaba el dato, aunque, lejos de lo que habría supuesto, la constatación no le satisfizo demasiado. Nada, a decir verdad. Al revés. Le suscitó un espanto mayúsculo. Si, por separado, ese par de siniestros eran peligrosos, en comandita dejaban al mismísimo demonio en primera línea de canonización. De pronto, percibió un halo de fatalidad en torno a Álvaro y la tétrica certeza de que no vencería lo asaltó. Un escalofrío le restañó el espinazo y ni el más insignificante rincón de su ser se abstuvo de advertirle que la aventura acabaría mal.

Los recién llegados descabalgaron y se acercaron. También iban enlutados y provistos de idénticos pertrechos: espada, daga y capa alrededor del brazo.

Ninguna luz artificial iluminaba la escena. La ilegalidad de los duelos exigía celebrarlos al abrigo de las tinieblas y esa ceguera complicaba mucho el lance. Por suerte, aquella noche la luna proporcionaba una intensa claridad. Además, las nubes se habían disipado y ahora solo ella reinaba en el cielo.

Los cuatro furtivos quedaron frente a frente. Al encarar a Márquez, Alonso temió que este recordase al sujeto que otrora lo esquilmó en su propia coima. Aunque el riesgo en verdad existía, pues lucía la lóbrega indumentaria de entonces, el miliciano no lo identificó. El episodio había sucedido un año atrás y su garito recibía tanta y tan variopinta parroquia que resultaba difícil atar cabos.

—Prescindamos de armas dobles y omitamos el uso de la daga —

sugirió Enrique a Álvaro—. Limitémonos a utilizar espada y capa al brazo. ¿Estáis conforme?

Ansioso de mostrarle el máximo desprecio, en vez de responder, Álvaro arrojó el puñal al suelo en señal de aquiescencia.

—Reitero mi oferta de diligenciar un duelo a primera sangre —insistió Enrique.

—Y yo os repito que la contienda concluirá cuando uno de los dos expire.

—En ese caso, que Dios os ampare.

Ambos desenvainaron y la pelea comenzó. Al principio, se dedicaron a medir fuerzas cerrando la defensa y evitando exponerse. Fue después, al abrir el espacio e iniciar el ataque, cuando la superioridad de Álvaro se puso de manifiesto. Derrochaba tal elegancia que parecía estar en un salón de baile. No despegaba de la espalda el brazo donde llevaba enroscada la capa para testimoniar así que ni escudo precisaba; se erguía ante las estocadas en lugar de apartarse; las detenía con la espada, e incluso se permitía alguna floritura. Enrique distaba un mundo de exhibir la misma pericia. Sus golpes eran anárquicos y poco eficaces; el abusivo empleo del brazo abroquelado, que viajaba sin cesar de arriba abajo, implicaba forzar demasiado el hombro, y los constantes brincos que daba para esquivar las embestidas no tardaron en agotarle. Al rato rompió a sudar y, entre dramáticos jadeos, empezó a moderar los bríos del arranque e incurrir en el craso error de dejar desprotegidos los flancos vitales.

Un acongojado Alonso presenciaba la justa sin saber a qué atenerse. Deseaba que Álvaro se alzase ganador y, a la vez, quería vivo a Enrique. Y en esa disyuntiva simpatizante de las dos banderas, suplicaba a la Providencia un milagro salomónico que encajara en el molde de aquel endiablado sí pero no. Al tiempo, no quitaba ojo a Márquez porque, aunque este permanecía hierático e inerte, no le intuía con vocación de estatua y, encima, tenía el gesto taimado de quien trama algo sucio.

Al comprobar la mediocridad de Enrique, Álvaro cometió la imprudencia de subestimarle. Cierto que él manejaba el acero de un modo sublime, pero se trataba de su primer duelo y, a la sazón, nunca había sufrido las artimañas que los más mezquinos usaban para derrocar a un rival superior. En cambio, Enrique era un tramposo profesional. Pese a esgrimir la espada a lo colchonero, siempre salía

con bien de cualquier refriega gracias al amplio surtido de arterías a las que recurría tan pronto pintaban bastos.

Y así actuó ahora. En cuanto se sintió fatigado y en inferioridad de condiciones, comenzó a raposear. De repente, asestó un mandoble a Álvaro y este hubo de replicar acortando distancias, proximidad que el otro aprovechó para agarrarle el ala del chambergo y tirar de ella hacia abajo hasta anularle la visión. Se dispuso entonces a ensartarle, pero, en una reacción refleja, Álvaro saltó a la izquierda y, tras lograr orientarse en la oscuridad del sombrero, se situó en la retaguardia del rufián de tal manera que el filo enemigo quedó en el aire y sin cuerpo donde hundirse.

—¡Maldito cobarde! —protestó en tanto se recolocaba el chapeo —. ¿Es que ni siquiera en un duelo vais a comportaros como un caballero?

—¿Y por qué habría de hacerlo si no me encuentro ante uno? —increpó Enrique—. Un hombre que fornica con la prometida de su hermano ni es hombre ni es caballero.

—¿Vos habláis de hombría? ¿Vos que tratasteis de forzarla?

—¡Nada de eso! La muy zorra se abrió de piernas y me imploró que la montase.

Álvaro picó el anzuelo y entró de lleno en la provocación. Emitió un aullido furibundo y, olvidando la técnica, cargó contra Enrique a pecho descubierto. Este no desperdició la ocasión y le soltó tal estocada que, por primera vez, tuvo que atrincherarse tras la capa del brazo.

—Es una treta, amigo —gritó Alonso—. Busca enervaros para que os desconcentréis y relajéis la defensa. No le hagáis caso y conservad el temple.

Recobrada la entereza y de nuevo fiel al método aprendido de su maestro de armas, Álvaro intensificó la presión atacando de forma contundente e incesante. Exhausto, Enrique miró a Márquez y le hizo una inapreciable señal que Álvaro no advirtió, pero un Alonso en permanente alerta, sí. Todo ocurrió en un santiamén. Márquez desenvainó y ya incrustaba el acero en la espalda de Álvaro cuando Alonso lo interceptó. Al quedar frente al soldado, se echó a temblar. Su ineptitud en cuestiones bélicas lo condenaba a una derrota segura y, en aquellas circunstancias, caer equivalía a morir.

—¿Habéis ordenado a vuestro padrino que me mate a traición,

hideputa? —mascullό Álvaro, perplejo—. Nunca imaginé semejante ruindad.

Por toda respuesta, Enrique extrajo una daga oculta en su bota y la blandió.

—¡Acordamos prescindir de la faca! —bramó Álvaro—. Vos mismo lo propusisteis.

—Pues me retracto —arguyó Enrique, que aprovechó el estupor del otro para hincarle el cuchillo en el brazo derecho.

Álvaro palideció, aunque no de dolor, sino porque una creciente debilidad apenas le permitía sostener la espada.

Las cosas no le iban mejor a Alonso. Márquez era un contendiente formidable y lo estaba tundiendo a mandobles. Intentaba sortearlos valiéndose de los recursos que conocía y de los que no conocía también, pero se sucedían a tal velocidad que ni siquiera distinguía por dónde le llegaban. El brete se recrudeció cuando, tratando de eludir una brutal embestida, brincó hacia atrás, pisó una piedra, perdió el equilibrio y se desplomó. Al instante, Márquez se acercó, alzó el arma y se aprestó a liquidarle.

Postrado en el suelo y con los ojos fijos en aquel hierro que ya se cernía sobre su corazón, evocó las últimas palabras de Luisa.

«Márquez y Salcedo… —le dijo entre estertores de sangre y adiós —. Que paguen esta infamia… No descansaré hasta que esos animales purguen su pecado».

«Prometo vengaros y procurar paz a vuestra eternidad —había respondido él».

¡Venganza! Juró a Luisa desagraviarla y debía cumplir. De paso, satisfaría los reclamos de otros muchos que, directa o indirectamente, fallecieron merced a las fechorías de ese leviatán. Candela, Mateo, Sebastián, Margarita, Diego, Lorenzo Santiesteban…, incluso las mujeres cuyos mechones adornaban su funesta capa. También recordó a quienes los lloraron; a quienes aún lo hacían: Antonio, Juan, don Martín, Teodora, Bieito…, él mismo. Pensar en aquellos tiempos felices que un día se esfumaron dejando tras de sí estelas de melancolía y el amargo hedor de la ausencia le provocó una rabia efervescente. La sed de venganza, un odio profundo, la frustración, el martirio de los Castro, la capitulación de Diego al saberse abandonado, la pena de Juan cuando perdió a Mateo, el trauma de Antonio después de ver cómo asesinaban a su hermano, el desamparo, la nostalgia, una honda

y corrosiva soledad… La suma de todo lo que pudo haber sido y no fue cobró vida en ese momento fugaz e impulsó sus brazos hacia arriba. Cruzando daga y espada, detuvo la arremetida de Márquez. Venía con tal potencia que, al atajarla, su cuerpo entero vibró. En silencio, agradeció a don Leandro las despiadadas sesiones de entrenamiento militar que le habían ejercitado la musculatura hasta los niveles hercúleos que acababan de salvarle la vida.

Abortada la acometida, elevó las piernas, las trenzó en torno a las caderas del soldado, apretó con la violencia que únicamente el aborrecimiento fabrica y lo derribó. Se incorporó entonces de un vertiginoso salto, colocó un pie sobre el caído y le clavó el estoque en el corazón. Sabía que lo necesitaba vivo y que, como Enrique muriera, se le complicaría mucho la tarea de demostrar la inocencia de sus padres, pero la alternativa era espicharla él y eso sí que dejaría a los Castro sin posibilidad de recuperar la dignidad.

Márquez contempló atónito el torrente de sangre que, a borbotones sinuosos e irrefrenables, empezó a manarle del pecho. Luego miró a Alonso, reacio a creer que aquel bisoño de triste sable hubiera logrado batirle. Este andaba lejos de celebrar tan inconveniente defunción, pero, como el mal ya estaba hecho, no pudo evitar regodearse en él.

—¿Os acordáis de la dama que sodomizasteis y masacrasteis en la costanilla de San Sebastián? —susurró al oído de Márquez—. Se llamaba Luisa y pereció a causa de vuestras gentilezas hace poco más de un invierno, en la madrugada del 1 de febrero de 1621.

Mientras giraba el acero con saña, frunció los labios en una mueca cruel.

—He aquí vuestro castigo y su venganza. Descanse ella en paz e idos vos al infierno.

Le arrancó entonces un mechón de pelo y, con el tirón, un gemido de dolor.

—Valga esta guedeja por todas las que alcorzan de agonía y tormento vuestra nauseabunda capa.

Luego volvió a retorcer la hoja para de nuevo desgarrar la carne.

—¿Recordáis a Candela Bouza y Mateo, las víctimas de los Crímenes del Ritual? También va por ellos.

Cuando, al fin, Márquez expiró, le escupió un poco de la hiel que le congelaba las entrañas. Aunque solo un poco, pues a Enrique

reservaba la mayor parte. Abrió la mano del cadáver y se agenció la espada de pomo dorado todavía enganchada en los dedos yertos. Después le quitó la capa roja y el chambergo. Aferrado a los arreos del villano, levantó la cabeza hacia el cielo en el instante mismo en que lo surcaba una estrella fugaz. Supo así que los días de vagar atrapada en este mundo habían acabado para el alma de Luisa y que ya volaba presta a zambullirse en la libertad del infinito.

Ajenos a las novedades, Enrique y Álvaro continuaban enzarzados. Alonso se percató de que este luchaba con la izquierda y, al fijarse en la sangre que anegaba su brazo derecho, el miedo lo paralizó. La hemorragia y un torpe manejo de la zurda habían equilibrado la destreza de ambos bandos. Ahora Álvaro combatía peor, y Enrique, mejor.

Alonso se encomendó a toda la corte celestial. Mientras él rezaba, Enrique le miró por el rabillo del ojo y, al distinguir el ajuar de Márquez en su regazo, se barruntó lo acontecido. Arredrado al verse solo, pero en absoluto dispuesto a seguir los pasos del miliciano, de repente se agachó, tomó un puñado de tierra y lo arrojó al rostro de Álvaro. Cuando, ciego por segunda vez, el muchacho pestañeó, Enrique se lanzó a la carrera, subió a su caballo de un brinco y escapó sin siquiera regalar un pensamiento al amigo que lo había protegido hasta el último hálito.

—¡Inaudito! —tronó Álvaro tras limpiarse la cara y descubrir que ya no tenía contrincante—. ¡El muy bastardo se ha largado!

—A enemigo que huye, puente de plata —declamó Alonso, prometiendo a la Virgen rezar mil rosarios en gratitud al insólito desenlace—. Dadas las circunstancias, este desdichado asunto ha concluido bastante bien. El ultraje a Isabel ha quedado resarcido, vos no os habéis manchado las manos de sangre vil y Enrique se ha cubierto de gloria. En cuanto a Márquez, siento haberle matado, pero, si no llego a hacerlo, él habría acabado conmigo y luego con vos.

—¿Cómo sabéis que se llamaba Márquez? —se sorprendió Álvaro —. ¿Lo conocíais?

—Enrique mencionó ese nombre —improvisó Alonso, maldiciendo su imprudencia.

—Yo no le he oído citar ningún nombre.

—Porque estabais a otros menesteres. Aunque no del todo, me permito añadir. Cometisteis el tremendo error de subestimar al

adversario.

—Me lo figuraba caballero de honesta lid y con honestidad me he enfrentado a él.

—Don Leandro os ha repetido hasta el tedio que del oponente se ha de esperar lo peor —jeringó Alonso.

—Cerrad el pico, mequetrefe. ¿Qué tenéis vos que decir si movéis la espada como se persigna un cura loco?

—Pues yo solo veo un muerto por aquí y no lo ha escabechado vuecencia. Además, el muerto en cuestión os habría endilgado las alas de ángel si el menda no lo hubiera frenado.

—Resulta que, en un duelo, se vigila al contrincante, no a su padrino, ¡mal rayo calcine a ese par de camanduleros! —pretextó Álvaro, aunque luego asintió con gesto admirativo—. Bromas aparte, os felicito. Habéis hecho morder el polvo a todo un soldado.

—Todavía no salgo de mi asombro. Era un espadachín de primera y a poco me agujerea el barco. ¿Y vos? ¿Estáis bien? Vuestro brazo sangra mucho y os noto pálido.

—No es más que un rasguño —desdeñó Álvaro antes de sonreír emocionado—. ¡Gracias, amigo! Es la segunda vez que me salváis la vida.

—Y la última, porque no habrá una tercera —gruñó Alonso, ocupado en colocar los enseres de Márquez en la grupa de su caballo —. Ya podéis citar en armas a Lucifer que un servidor se quedará estudiando. Dais más faena que un rorro, ¡demontres!

—A propósito de estudios, ¿habéis avisado a vuestro maestro de que partiremos a Aranjuez la próxima semana? —preguntó Álvaro de buen humor.

—Sí, y no le ha hecho ninguna gracia —rezongó Alonso para luego cambiar de tema—. ¿Creéis que Isabel también irá? Tras lo sucedido, no la presumo con ganas de festejos.

—Si no las tiene, habrá de fabricarlas porque, excepto que uno se encuentre a las puertas de la muerte, no existe forma de declinar una invitación al cumpleaños real.

—¿Vais a contarle a don Rodrigo lo que ha pasado?

—Isabel me rogó silencio y, como sigue virgen, prefiero zanjar aquí la cuestión —resolvió Álvaro—. De hablar, nuestro romance podría salir a la luz y eso sería el fin. Enrique también se cuidará de delatarnos. Su barrabasada se descubriría y no le conviene.

—A nosotros tampoco. Como don Rodrigo se entere, le exigirá un desquite y ese miserable es de los que mueren matando. Bajo el acero del duque, desataría la lengua.

—Ninguno hablaremos. Mucho menos, él. En verdad, le trae a cuenta. ¡Ha huido en mitad de un duelo! ¿Hay algo más bochornoso?

36

ORGULLO Y CORAZÓN

Desde que expulsó a Alonso de su vida, Juan vagaba en las penumbras de sí mismo al abrigo de un único credo: Alonso le había utilizado para luego dejarle en la estacada; se refugió en el nido del gorrión, pero, en cuanto avistó el del águila, marchó sin mirar atrás; y ahora, alcanzadas las glorias, el muy canalla olvidaba las memorias.

Aunque, en lares de orgullo, aquel singular evangelio le consolaba, tan pronto se iba de allí y atravesaba la cancela del corazón, sus versículos perdían fuerza. Como en el señorío de los sentimientos no latía el rencor preciso para alimentar la bilis hacia quien aún quería igual que a un hermano, esta languidecía de hambre y, al final, hincaba rodilla ante ese tipo de amistad que nunca muere del todo. En el fondo, sabía que Alonso no le había ni abandonado ni olvidado ni, mucho menos, traicionado. No tenía la culpa del cisma. Al revés. Era víctima de un Juan amargado y egoísta que no había logrado sustituir los zapatos de la soberbia por los del cariño y dejar que estos le indicaran el camino.

Orgullo y corazón. El primero consideraba a Alonso un caín; el segundo le susurraba que, en realidad, encarnaba al Abel del cuento. Uno lloraba ira y le exigía odiar; el otro se hundía en la nostalgia y le recomendaba querer. La furia le hacía disparar inquina, pero la conciencia le invitaba a meter en un hatillo muchos momentos entrañables y ofrecerlo a ese con quien un día los fabricó. Y así, mientras orgullo y corazón libraban su particular batalla, el tiempo pasaba, la distancia enconaba el conflicto y una brecha de discordia avanzaba cuesta abajo rumbo al gélido erial de la indiferencia.

Como todas desde entonces, de este triste modo había concluido Juan aquella jornada: entre estertores de frialdad, añoranza e impotencia. Se hallaba en el habitáculo del desván que todavía compartía con el pequeño Antonio. El niño no había regresado de las

caballerizas y, tumbado en el camastro, él descansaba un rato antes de dirigirse al local de peleas ilegales donde cada madrugada combatía para pagar sus deudas de juego.

De repente, alguien llamó a la puerta y, un pestañeo después, esta se abrió. Orgullo y corazón alzaron armas cuando Alonso apareció en el umbral. Vestía la capa y el chambergo de su época indigente y, al verle con el mismo atuendo de antaño, Juan se incorporó de un brinco creyendo que venía a proponerle volver a la calle. Por desgracia, le bullía dentro tal coraje que, incluso mecido en la ilusión del quizá, solo exhibió rabia.

—Si pretendéis firmar la paz, ya podéis coger el portante —masculló desabrido.

Alonso suspiró. ¡Testarudo del demonio! Ansiaba rescatarle del pozo oscuro que lo había atrapado, pero ¿cómo hacerlo si insistía en rechazar su ayuda una y otra vez? Afligido, depositó sobre el jergón unos arreos militares que Juan identificó al instante.

—Deseaba traeros esto. Márquez murió anoche. Álvaro se batió en duelo y...

—¿Álvaro? —repitió Juan, que sumó los celos a la frustración de comprobar que Alonso no tenía ninguna intención de abandonar a los Soto de Armendía—. ¡Cuánta familiaridad! En breve le llamaréis Alvarito.

—Se enfrentó a Enrique Valcárcel —continuó Alonso, obviando el mordaz comentario—. Márquez y yo ejercimos de padrinos. Las circunstancias me pusieron bajo el acero del soldado. Iba a matarme, pero conseguí sortear su espada y clavarle la mía.

—¡Pasmado me dejáis! —silbó Juan en tono sardónico—. Cuando yo os pedí que le sajáramos el gaznate para desagraviar a los nuestros, os negasteis en redondo porque primaba restaurar vuestro apellido. Pero he aquí que llega el simpar Alvarito y os persuade. Hasta el honor de los Castro habéis postergado con tal de conservar las prebendas que obtenéis de ese barbilindo. Le felicito. Ha logrado lo impensable.

Alonso tensó la mandíbula, pues la pulla había acertado de pleno.

—Álvaro no me persuadió de nada. Él resarció la dignidad de una dama y yo...

—¡Qué romántico! Ahora resulta que os movéis en el fascinante mundo de los hidalgos quijotes que descosen cueros villanos y

arriesgan los propios en nombre de una mujer. Desde luego, me parece más divertido que morir por otra señora menos exquisita y agradable que esas con quienes os codeáis en la actualidad. Se llama Hambre. ¿Os acordáis de ella? Supongo que no. Andáis tan ocupado jugando a príncipes y princesas que ciertas congojas han descendido al escalafón de las naderías.

—No la he olvidado. Ni tampoco a vos. Si lo hubiera hecho, no estaría aquí tendiéndoos un puente donde reencontrarnos.

—Pues levadlo presto porque nosotros dos jamás nos cruzaremos de nuevo —se sulfuró Juan—. Si aspiráis a una reconciliación, vais aviado. No la habrá, ¿me oís? ¡No la habrá!

—No pienso retirar mi mano. La mantendré alta y dispuesta a estrechar la vuestra tan pronto decidáis extenderla. Nunca me cansaré de esperaros. ¡Vamos, hermano! Mandad al carajo ese estúpido orgullo que únicamente os genera amargura.

—Vuestra persona es lo que me amarga. Vos, y no el orgullo, me disteis la patada.

—Os está dejando solo. ¿Consideráis tibia semejante patada?

—No culpéis al orgullo de mi soledad. Bien sabéis quién la ha causado.

—Ya veo que continuamos enquistados en el mismo sitio —repuso Alonso, consternado—. Seguimos escupiéndonos lindezas como si no hubiera un mañana y, sobre todo, como si no hubiera un ayer. Y sucede que sí lo hay, Juan. Tenemos un pasado en común y ojalá tengamos un futuro. Por eso prefiero marcharme y no vapulear más ni lo que compartimos ni lo que ruego a Dios nos permita volver a compartir. Vine a entregaros los pertrechos de Márquez y entregados quedan. Los cogí para vos. En particular, la capa. Me consta cuánto la anhelabais.

—¿También os sentís en el derecho de dictaminar lo que anhelo y lo que no? En verdad vuestra arrogancia no conoce límites. Ni mis deseos ni mis sueños os incumben, ¡enteraos de una vez! ¡La Virgen! ¡Qué asco me da el sujeto en que os habéis convertido!

—¿Y en qué demonios he cambiado que tan repulsivo os resulto? Porque, precisamente hoy, no llevo los terciopelos que denostáis, sino el mismo traje que cuando, lejos de ahogaros en arcadas, me llamabais hermano.

—¿De modo que os habéis calzado los harapos para visitar al

desharrapado? —se burló Juan—. Frente a los emplumados, os emplumáis y, ante los desplumados, os desplumáis. ¡Muy agradecido, su excelencia! Me siento harto privilegiado.

Alonso sacudió la cabeza en señal de capitulación y se dirigió a la salida.

—¡Me rindo! Si algún día resolvéis cruzar el puente y pasar de esa tirria que os nubla el oremus a la cordura, ahí me hallaréis, pero yo no volveré a intentarlo. Estoy harto de hacerlo y no conseguir nada. Hasta siempre, amigo. Y subrayo lo de «amigo», pues, queráis o no, por tal os tuve, os tengo y os tendré.

Con lágrimas de adiós en los ojos, cerró una puerta que, ahora más que nunca, le parecía un muro infranqueable.

—Pudríos en el abismo de los traidores, judas —rumió Juan al quedar solo.

Presa del despecho, se puso la indumentaria de Márquez. En cuanto lo hizo, el fantasma del pérfido soldado debió de inocularle venenos de averno porque, no bien aquellas telas le rozaron la piel, una honda aversión hacia todo lo relativo a los Castro se instaló en sus entrañas. Comprendió entonces que el corazón había ganado la batalla al orgullo, pues justo ahí acababa de nacer lo que ahora le inspiraba Alonso: odio; un odio puro y visceral.

37

LA GLORIA DE NIQUEA

A medida que el Jarama se aproximaba al Tajo, el ocre mortecino de los secarrales castellanos iba verdeando y tornándose más y más frondoso. Al final del periplo, allá donde ambos cauces se encontraban, emergía un vergel repleto de flores, bosques y huertas difícil de concebir en mitad de tan desoladas llanuras. Aquel cielo en la tierra existía desde épocas remotas y se llamaba Aranjuez.

Álvaro y Alonso cruzaron el puente que salvaba el río y accedieron al complejo palatino. Se internaron entonces en un laberinto de avenidas bordeadas de chopos, fresnos, sauces y álamos negros. Alonso miraba en derredor fascinado.

—Os gusta, ¿eh? —sonrió Álvaro—. Pues esperad a ver el Jardín de la Isla. Un meandro del Tajo lo rodea a modo de isla y de ahí el nombre. Está plagado de senderos, olmos que rozan las nubes… y muchos rincones oscuros ideales para romancear.

—Si tal planeáis Isabel y vos, os recomiendo desistir —advirtió Alonso—. Con la Corte entera rondando, resulta sumamente arriesgado.

—Me temo que ni un triste arrumaco se encartará entre nosotros —suspiró Álvaro, afligido—. Isabel no me dirige la palabra. Me batí por ella. ¡Habría muerto por ella! Y, en vez de mostrarme alguna pleitesía o siquiera una pizca de gratitud, me ignora.

—Poneos en su lugar. El de Valcárcel intentó violarla, casi lo consigue y, para rematar el desastre, su imprudencia originó un duelo del que pudisteis salir cadáver. Lleva un buen susto en el cuerpo y necesita recuperarse. No la atosiguéis. Desea soledad, así que brindádsela. Si os empeñáis en demandarle atención, acabará por mandaros donde Catulo perdió la chancla. Entonces me tocará a mí aguantaros y me niego en rotundo. Si, como enamorado, ya sois infinito, como penante, yo me pido crucifixión.

—Sosegaos, que no habréis de soportarme. Solo me lloraréis porque, si Isabel me deja, me tiraré al Tajo. Mi vida carece de sentido sin ella.

—No digáis tonterías. Se repondrá y volverá a colmaros de ternuras. Y ahora enseñadme el Jardín de la Isla. Me cuesta creer que supere la belleza de estos bulevares.

—Vayamos —conminó Álvaro, espoleando su caballo—. Veréis que no exagero.

Y en verdad no lo hacía. Aquella ínsula mayestática que había convertido el brazo de un río en un abrazo de mar era un grandioso canto a la primavera que ni el invierno ni sus grises sonatas parecían capaces de acallar. El trazado consistía en una arteria central provista de plazuelas que níveas fuentes de mármol presidían y delicadas estatuas bordoneaban. Esa avenida principal se ramificaba en caminos accesorios que culminaban en rotondas de menor circunferencia, aunque también adornadas con esculturas primorosas y más fuentes cuyos caños escanciaban agua sobre nenúfares de colores. Prominentes olmos festoneaban veredas y paseos; había innumerables cuarteles de jazmines, madreselvas, hiedras, narcisos, lirios, rosas, azucenas y claveles; en múltiples recodos crecían esparragueras, freseras y hierbas aromáticas cuyo olor se mezclaba con el de los naranjos, granados, membrilleros y ciruelos, y un sinfín de robles, nogales, almendros y tilos proporcionaban agradables sombras a cenadores de piedra que ofrecían asiento e incomparables vistas.

A no pocos impresionaba que un Tajo bravío e impetuoso de principio a fin aminorase su arrebatado avance para ribetear aquel edén, pero así era. No bien mojaba la tierra de Aranjuez, prescindía de premuras y convertía las turbulencias en tranquilos remansos que procuraban deleitosas excursiones fluviales y serenas jornadas de pesca.

—Os presento el Jardín de la Isla —anunció Álvaro mientras descabalgaba—. Antaño se utilizaba como campo de labor, pero ahora Dios parece haber enviado a una tropa de ángeles con la encomienda de transformarlo en un espejo de sus feudos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Alonso, extasiado—. Nunca había visto tantas fuentes y estatuas juntas. ¡Las hay por doquier! Y cada una es más bonita que la anterior.

Al cabo de un rato recorriendo paseos y avenidas, se toparon con

una colosal construcción de madera y a decenas de obreros que pululaban alrededor de ella.

—Debe de tratarse del teatro donde se representarán las comedias incluidas en el programa de festejos —infirió Álvaro para luego arrugar el ceño irritado—. Mi madre y la esposa de mi padrino actuarán junto a la reina. No me hace ninguna gracia verlas subidas en un escenario y fantocheando delante de toda la Corte, pero, al parecer, soy el único que piensa así. Pocos se resisten a las ideas del siempre original conde de Villamediana.

—No cometerá la estupidez de ridiculizar a señoras de tanta jerarquía.

—Con ese orate nunca se sabe. Hace tiempo que anda en desvaríos más peligrosos. Desde que lo nombraron gentilhombre de la reina, dispensa a esta unas atenciones muy indecorosas y la olla de las malicias ya echa humo.

—¿Malicias de qué? ¿De amoríos?

—¡Pues claro! ¿De qué va a ser si no? Ha roto más corazones que estrellas cuajan el cielo. Femeninos y también masculinos, porque, según cuentan, igual pela pava que pavo.

—¿En serio?

—Eso murmuran las malas lenguas —constató Álvaro—. Incluso he oído que, en realidad, ambiciona los arrullos del rey, no de la reina. Es más, se rumorea que los ha conquistado. Yo no me lo trago. No imagino a don Felipe besando barbas. Gusta demasiado de las azucenas como para retozar entre narcisos.

—Quizá emula al de Villamediana y no desdeña ninguna flor. ¡Compadezco a la reina! Esa pobre desventurada arrastra una cornamenta digna de presidir el salón del trono.

—De seguro su lecho tampoco pasa frío. Lo mismo disfrutan ellas levando la basquiña que nosotros arriando el calzón.

—¡Qué ordinario resultáis! —recriminó Alonso—. Espero que no os dirijáis a Isabel en tan rústicos términos porque, entonces, se me escapa qué diantres hace a vuestra vera.

—En cambio, vos parecéis un cartujo. ¿A que todavía no habéis rendido en el toril?

—En absoluto os incumbe —se ruborizó Alonso—. Un caballero no desglosa ciertos temas y os halláis ante uno de sangre y raza.

—En otras palabras: sois virgen —se carcajeó Álvaro—. Ahora

entiendo vuestra eterna cara de flauta. Cuando regresemos a Madrid, os llevaré a la mancebía de la calle Francos. Tres o cuatro sesiones y medraréis de doncel a donjuán.

Dos señoritas pasaron frente a ellos y lanzaron miradas insinuantes a Alonso.

—No digiero que aún permanezcáis puro e inmaculado —silbó Álvaro, sorprendido—. ¡Pero si vuelan hacia vos como osas a la miel! Seguid mis indicaciones y hoy mismo arriaréis la bandera vestal y, de paso, el calzón. ¡Alonso! ¿Dónde vais? ¡Aguardad! ¡Qué mojigatería, rediez! ¡Ni que estuviera hablando con una monja!

El 15 de mayo de 1622 amaneció soleado y vestido de primavera. Todo estaba listo para celebrar los diecisiete años de Felipe IV, su primer cumpleaños como rey de las Españas. La soberana, Isabel de Borbón, había confiado a Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, la tarea de preparar algo especial; algo que dejara huella en la memoria de los tiempos. Y ¡vaya si lo hizo! No escatimó ni en gastos ni en detalles.

Aprovechando el bondadoso clima, había mandado construir un coliseo en el bucólico Jardín de la Isla. Era una estructura colosal, de estilo renacentista y pintada como la sangre del público que acogería: de azul. En la parte de arriba se colgaron cuatro esferas de cristal y múltiples lamparillas cuyas mechas, además de provocar incesantes destellos al reflejarse en las esferas, perfumaban el ambiente gracias al aceite de espliego que, escanciado en las cazoletas de los candiles, las mantenía encendidas. Frente al escenario, flanqueado en cada extremo por dos esculturas gigantes y techado con una lona que imitaba un firmamento nocturno plagado de estrellas, se alzaba la tribuna destinada a la familia real. Justo debajo se ubicaba el estrado femenino, y en los laterales se emplazaron las gradas de caballeros. En tan soberbias tablas se representaría *La gloria de Niquea*, una fábula mitológica que el conde de Villamediana había escrito expresamente para la ocasión. El reparto era igual de excepcional que el resto de pormenores, pues actuaban las grandes señoras de la Corte, incluida la soberana, Isabel de Borbón.

La cálida temperatura y una suave brisa anunciaban una noche perfecta. Instalada en sus respectivas localidades, la gente aguardaba

el comienzo de la función mientras admiraba las innumerables finuras del improvisado anfiteatro. Todos sabían que el conde de Villamediana se había volcado en el montaje del espectáculo, pero nadie esperaba semejante despliegue.

Don Rodrigo, don Gonzalo, Álvaro y Alonso se encontraban en el sector masculino. Don Gonzalo respiraba mitad aliviado mitad afligido. Álvaro acababa de entregarle un billete de un tal Melchor de Batueca que rezaba del siguiente tenor: «El pez ya nada sin aletas». De un lado, la noticia le tranquilizaba. El sicario había advertido a Germán Valdés, el contacto de Sanlúcar empeñado en extorsionarle, que su familia pagaría las consecuencias del próximo desafío y, como de seguro aquella amenaza lo mantendría mudo, el problema quedaría zanjado. Pese a todo, el desenlace consternó al marqués. Detestaba la violencia y habría preferido un arreglo menos traumático.

Alonso, en cambio, no aflojaba la sonrisa. La belleza del entorno lo tenía emocionado, y la de Mencía, sentada con Isabel en el estrado de las damas principales, extasiado.

—Dada tu afición a los libros de caballerías, creo que la obra te encantará —le dijo don Rodrigo—. Al parecer, está inspirada en el *Amadís de Gaula*.

Se disponía a contestar cuando Álvaro le tiró del brazo.

—Isabel ni me mira —susurró entristecido.

—Ya lo hemos hablado. Necesita soledad y debéis respetarlo. No la agobiéis y, sobre todo, dejad de escrutarla como el lobo a su presa.

—De acuerdo. No insistiré. Ojalá se recupere pronto. Si no, moriré de ansiedad.

—Silencio, muchachos —conminó don Gonzalo—. Su majestad ha llegado.

Con el entero auditorio callado y en pie, Felipe IV subió a la tribuna de honor en medio de un clamoroso estruendo de trompetas y chirimías. Aunque seguía guardando luto a su padre, aquel día lo había mitigado y, amén del verde aceituna que alegraba un poco su indumentaria, una magnífica pretina de rubíes le adornaba el talle. La combinación de golilla y valona que le almenaba el cuello le confería una circunspecta apostura, y el collar del Toisón de Oro con que siempre se ornamentaba el torso en las ceremonias públicas emitía los cegadores brillos propios de un rey. Al lado se instalaron sus hermanos, los infantes don Carlos y don Fernando. Baltasar de Zúñiga,

el conde de Olivares, Enrique Valcárcel y algunos ilustres más los acompañaban, pero, después de acomodarlos, abandonaron el palco presidencial y marcharon a la zona de caballeros.

La función transcurrió entre lujosas danzas, polifonías ora dulces ora fervorosas, deidades rodeadas de tules y flores, águilas de oro que surcaban el escenario, ninfas que viajaban en ellas, carros procesionales, fuegos de artificio y un sinfín de prodigios que dejaron estupefacto al personal. El punto álgido aconteció cuando, en mitad de fragorosos redobles, un trono bajó del cielo llevando en su asiento a Isabel de Borbón, reina de las Españas, quien respondió a la entusiasmada ovación de la concurrencia con inclinaciones de cabeza y muy erguida para que todos admirasen en su pecho el Joyel Rico de los Austrias, la alhaja más emblemática de la Corona.

Concluido de esta grandiosa manera el primer acto, el auditorio prorrumpió en aplausos y, sin economizar ni elogios ni euforias, aguardó el inicio de la segunda parte. Todos hablaban y reían felices; todos, excepto Isabel.

Tras el conato de violación, vivía encerrada en sí misma. No pisaba la calle, apenas abría la boca, las pesadillas le impedían dormir y no toleraba la proximidad de ningún varón, Álvaro incluido. Aterrada ante la posibilidad de ver a Enrique de nuevo, había barajado la idea de eludir los festejos de Aranjuez, pero Mencía le advirtió que semejante extravagancia escamaría a don Rodrigo y se exponía a un nada conveniente interrogatorio.

Aquella noche, instalada en el estrado de las damas, estaba padeciendo lo indecible a causa de Enrique, el cual, ubicado en las gradas masculinas, no dejaba de lanzarle miradas obscenas y cargadas de complicidad. Como si soportar esos pervertidos ojos clavados en ella le resultase más gravoso que el peso del mundo, permanecía arrebujada en el manto, gacha la cabeza y contraído el cuerpo.

Cuando, al comienzo del segundo acto, comprobó que su asqueroso e incansable vigía no mostraba intención alguna de amainar el acoso, decidió que o se alejaba o sufriría un ataque de histeria. Con extremo sigilo, se incorporó y se encaminó al exterior. Por suerte, ocupaba un sitio lateral y tan inmediato a la salida que nadie, ni siquiera una Mencía sentada al lado pero absorta en la representación, reparó en su partida. O eso creía ella. Enrique, que la atalayaba sin tregua, sí se percató y, no bien la vio marchar, también abandonó el

recinto. Recorrió los alrededores buscándola y, al localizarla apoyada en el pedestal de una estatua, se le arrimó por detrás.

—Buenas noches —le susurró al oído—. Un placer saludaros otra vez.

—¿Qué hacéis aquí? —respingó Isabel, pálida de miedo y repulsión—. ¡Fuera de mi vista! ¿Cómo osáis dirigirme la palabra después de la villanía que intentasteis perpetrar?

—¿Villanía? —repitió Enrique con cinismo—. ¡Vamos! No dramaticéis. Nuestras manifestaciones de amor no merecen tan áspero adjetivo. Lástima que no pudiéramos consumarlas. Pero tranquila. En breve os desposaré y entonces llegaremos hasta el final.

La extraña serenidad que percibió en su agresor puso en guardia a Isabel.

—¿Os habéis trastornado? ¿Pensáis que os voy a aceptar tras haber abusado de mí?

—O lo hacéis, o desvelaré a don Rodrigo el «fraternal» cariño que se profesan cierta dama prometida y su futuro cuñado.

—Álvaro ya os avisó de lo que pasará si habláis. Os denunciará y vuestro relato parecerá un desquite hacia él por haberos impedido culminar el ultraje. El Alcázar os defenestrará y luego mi padre lavará la afrenta.

—Eso me dijo, sí —corroboró Enrique con una condescendencia que sulfuraba y, al tiempo, confundía a Isabel—. Sucede que el curso de los días me ha permitido reflexionar y se me ha ocurrido que yo podría actuar igual, pero a la inversa. Alegaré que se ha inventado una violación para vengarse de mí por destapar vuestros refocilamientos.

—No existe nadie en disposición de atestiguar eso. Sin embargo, Alonso y él os sorprendieron en flagrante delito.

—¿En serio? —inquirió Enrique en tanto arqueaba unas cejas falsamente desconcertadas—. Entonces, ¿por qué no me citaron en armas?

—¡Álvaro lo hizo! —se soliviantó Isabel sin comprender qué se proponía—. Y os habría derrotado si no hubierais huido como el cobarde que sois.

—El problema estriba en que los duelos están prohibidos por la ley. Ni vuestro idolatrado cuñadito ni el sinfuste de su escudero admitirán que intervinieron en uno porque, de hacerlo, afrontarían un muy delicado brete judicial. Y, aunque confesaran, yo no secundaría

ese testimonio. Sería su palabra contra la mía.

—Vuestro rostro aún refleja la tunda que Alonso os propinó. ¿Cómo lo explicaréis? Un plebeyo solo golpearía a un hidalgo en las extremas circunstancias que provocasteis.

—En realidad, ese fulastrón no me apalizó —arguyó Enrique, arrugando los labios en un mohín histriónico y burlón—. La Corte ya sabe que unos desalmados me asaltaron y que, tras apalearme, me desvalijaron. El conde de Olivares y hasta el propio rey me han transmitido sus condolencias.

—¡Embustero del demonio! —mascullló Isabel, ofuscada.

—Lo soy, pero también poseo una reputación difícil de averiar, querida. Nadie me creerá involucrado en un duelo por haber tratado de forzar a la heredera de un grande de Castilla. ¿No os dais cuenta de lo ridículo que suena? Sin mencionar lo fácil que me resultaría rebatiros argumentando que perseguís difamarme para enmascarar la formidable cornamenta del pobre Beltrán. Desde luego, esa historia parece menos descabellada que la que me imputáis a mí. De hecho, se me antoja más sencillo probar vuestra infidelidad que mi apasionado desliz. Probablemente, dos o tres criados colaboran en vuestras picardías y no dudéis que soltarán la lengua al primer exhorto de don Rodrigo. Supongo que, tan pronto se barrunte algo pecaminoso entre su hija y su ahijado, empezará a sondear a la servidumbre y, si no lo hace, ya me encargaré yo de sugerírselo. La elección, pues, es vuestra: o casáis conmigo, o preparaos para arrostrar la mayor de las vergüenzas cuando todo Madrid se entere de que, bajo esa fachada de ángel cándido e inocente, se esconde una furcia rastrera y mentirosa.

—Vais aviado si esperáis ponerme una alianza en el dedo —espetó Isabel, nerviosa ante la contundencia del razonamiento—. Además, aunque obtuvierais mi venia, no conseguiréis que mi padre quiebre mi compromiso con Beltrán.

—Si le digo que ya hemos yacido, quizá... —aventuró Enrique con una sonrisa ladina.

—Se reirá en vuestra cara y después os la partirá. Me sabe incapaz de hacer algo así.

—Cambiará de opinión cuando le detalle la hilera de lunares que os surca el muslo izquierdo hasta desembocar en vuestra cueva del placer. A mi entender, solo alguien de mucha confianza conocería una intimidad tan... íntima.

—Estáis al corriente de ella merced a vuestra felonía, miserable —se encrespó Isabel.

—Cierto, pero, como obviaré ese pequeño matiz y vos no podéis revelarlo por los motivos que acabo de exponer, habréis de confirmar mi versión. No presumo a Beltrán interesado en desposar a una mujer mancillada. En consecuencia, don Rodrigo tardará un amén en concederme vuestra mano. Al fin y al cabo, ningún otro caballero se la pedirá.

—No respaldaré vuestra vomitiva fábula —estalló Isabel, rabiosa—. Contadle a mi padre que amo a Álvaro y que me he entregado a él, a vos y a la Villa entera. Describidle las marcas de mi piel, pregonadlas en los mentideros y escribidlas en el viento. ¡No me importa! Nunca os aceptaré. Me da igual que me confinen en el peor convento, me lapiden, me azoten o me manden al infierno. Jamás, ¡escuchadme bien, maldito infame!, jamás me arrancaréis un *sí* ante el altar.

Aunque ninguna de sus tretas prosperaba, Enrique conservó el temple. Guardaba una última amenaza que de seguro rendiría la voluntad de Isabel y había llegado el momento de servirse de ella.

—Acaso no os preocupe vuestro destino, pero dudo que otorguéis tan nimio aprecio al de Álvaro. Si no os plegáis a mis deseos, lo mataré.

—Ya lo intentasteis y ni con las más arteras raposerías lo lograsteis —se mofó Isabel.

—Esta vez no fallaré porque prescindiré de honorables duelos y urdiré una emboscada. Solo necesito un sicario y un puñado de monedas.

—¿Un sicario? —balbuceó Isabel—. ¡No os atreveréis!

—Todo me parece nada si vuestro nombre lo inspira, mi bella dama.

Enrique se llevó una petulante mano al pecho y, cuando Isabel se encogió vencida, él se irguió vencedor. Aparcó entonces las dulzuras para pronunciarse ahora con voz gélida.

—Pasado mañana visitaré a don Rodrigo y os solicitaré en matrimonio. Le diré que nos queremos y que ya hemos consumado nuestro amor. Y vos lo ratificaréis.

—No lo haré —se resistió Isabel sin concebir el súbito giro de la situación.

—En ese caso, vuestro trovador aparecerá cadáver en alguna costanilla.

La muchacha rompió a llorar. Aunque el futuro junto a esa alimaña le suscitaba una repugnancia intolerable, la tristeza de imaginar un mundo sin Álvaro pesaba mucho más.

—Nunca os amaré. De mí solo recibiréis desprecio y una aversión feroz.

—Quizá me odiéis con el corazón, pero os prometo que vuestro cuerpo me amará cada luna —sentenció Enrique en tono lascivo—. No obstante, tan excitante perspectiva habrá de esperar. De momento ciñámonos al plan y no lo olvidéis. Si pasado mañana no avaláis mi relato, Álvaro morirá. Si maquináis algún amaño o enredo, Álvaro morirá. Si referís a alguien nuestro contubernio, Álvaro morirá. Y si, por cualquier circunstancia o motivo, lo orqueste vuestra retorcida mente o las curvas del azar, vos y yo no terminamos ante el sacristán, os juro por Dios que Álvaro… morirá. Disfrutad la noche, princesa.

38

FALSAS DESHONRAS

Arrellanado en un frailero de piel, don Rodrigo tamborileaba el pulgar sobre el reposabrazos con el ceño fruncido y el gesto concentrado. Se hallaba en los lujosos aposentos que, conforme a su rango nobiliario, le habían adjudicado durante la estancia de la Corte en Aranjuez y en ese momento miraba fijamente la disposición de las piezas en el tablero de ajedrez. Alonso y él habían empezado una partida después del almuerzo, pero, tras tenerla que interrumpir debido a una emergencia palaciega, había emplazado al muchacho a media tarde para retomarla. Ahora, previo a ello, buscaba la manera de lograr un jaque mate que doblegase a su imbatible contrincante. Al tiempo, aguardaba a Enrique. Este le había pedido una entrevista urgente y, pensando que se trataría de una trivialidad, lo había citado un poco antes que a Alonso.

—Don Enrique Valcárcel ha llegado, su excelencia —comunicó un lacayo.

—Que pase —ordenó don Rodrigo.

Enrique entró simulando una calma que ni de lejos sentía. Si, en circunstancias afables, el duque ya le imponía un respeto paralizante, imaginarlo encolerizado le acoquinaba y no dudaba que tal ánimo mostraría en cuanto revelase el motivo de su visita.

—Buenas tardes. Os agradezco la gentileza de recibirme pese a las premuras.

—Confieso que me tienen intrigado —contestó don Rodrigo mientras le indicaba un frailero frente a él donde acomodarse—. ¿Qué sucede?

—Lo que me trae concierne a vuestra hija —anunció Enrique sin perderse en rodeos—. Quiero... solicitaros... su mano.

—¿Cómo dices? —bizqueó don Rodrigo, atónito—. Si es chanza, no le veo la gracia.

—No acostumbro a bromear en menesteres de esta envergadura, señor.

—Entonces quizá residas en otra ciudad, porque Madrid al completo sabe del compromiso entre Isabel y Beltrán Soto de Armendía.

—Pero os supongo en trámite de rescindirlo —infirió Enrique, que luchaba por no amedrentarse—. La presunta traición de Beltrán así lo demanda.

—Esa traición es, como bien afirmas, presunta, y no la consideraré cierta hasta que un juez la valide.

—Beltrán sirve al duque de Osuna, un adversario declarado del gobierno actual. ¿Acaso os postuláis en favor de los enemigos del Alcázar?

—En absoluto. Me limito a informarte de la situación. Empeñé mi palabra ante los Soto de Armendía y, mientras un tribunal no condene a Beltrán, la mantendré.

Don Rodrigo intentó sosegarse. Los derroteros de aquella conversación le parecían muy peligrosos y más le valía cuidar el argumentario porque la enorme influencia de Enrique sobre el conde de Olivares podía causarle innumerables problemas. Cualquier insinuación relativa a un empecinamiento irracional en casar a su heredera con un estrecho colaborador del duque de Osuna despertaría recelos en el Alcázar sobre la lealtad de los Salazar y asuntos de menor enjundia habían conducido a muchos a prisión, al destierro o al cementerio. De ahí que siempre recalcase un matiz: preservaba un acuerdo nupcial que otro en su lugar ya habría rescindido en atención a la palabra dada. De prosperar la acusación contra Beltrán y culminar en un veredicto de culpabilidad, lo derogaría, pero, en tanto eso no aconteciera, un juramento de caballero lo encadenaba.

—Triplicaré las arras de los Soto de Armendía —propuso Enrique.

—Lamento no poder aceptar —repuso don Rodrigo con un tono más suave ahora—. Aprecio tu interés en unir la ilustre casta de los Valcárcel a la nuestra y agradezco tu generosa oferta, pero no se trata de dinero, sino de honor.

—¿Y no vais a tener en cuenta los sentimientos de Isabel? —soltó Enrique, atrincherando los nervios en una expresión serena únicamente desmentida por los altibajos de su nuez—. Vuestra hija y

yo nos hemos enamorado.

—¿Enamorado? —balbuceó don Rodrigo, cuyo asombro iba en aumento—. ¿Cuándo ha sucedido semejante cosa? Apenas os frecuentáis.

—En realidad, llevamos tiempo citándonos a hurtadillas.

—¿A solas? ¿Sin la dueña de Isabel?

—Me temo que sí.

—¿Y qué hacéis en esas reuniones?

—Lo que... hacen las parejas en la intimidad —titubeó Enrique con fingida turbación.

Don Rodrigo se levantó de un brinco y se dirigió hacia él en actitud amenazadora.

—¿Y eso qué rayos significa? ¿Habéis tenido roce carnal? ¿No la habrás desflorado?

—Bueno... Comprended que nos amamos y el amor implica... entrega.

—Afloja los circunloquios y dame una respuesta clara —rugió el duque antes de cogerle de la pechera y empezar a zarandearlo—. ¿La has deshonrado, sí o no?

—Ella me lo suplicó. Yo me negué, pero insistía tanto que la tentación me venció.

—¿Pretendes convencerme de que una aristócrata criada en el decoro y la virtud te suplicó ayuntar? ¿En serio piensas que voy a tragarme tamaño disparate?

—No miento, don Rodrigo. Preguntad a Isabel. Os lo confirmará.

—¿Te has desnortado, majadero? De ninguna manera humillaré a mi hija preguntándole esa aberración. Aunque se me escapa el propósito de este desatino, te garantizo que recibirá cumplida réplica. Cuando regresemos a Madrid, te convocaré en armas y pagarás la calumnia acero mediante.

—Ni persigo ofender a nadie ni ambiciono duelos —sostuvo Enrique, que iniciaba ahora la segunda parte de la farsa—. Quizá me creáis si menciono la hilera de lunares que rubrica el muslo izquierdo de Isabel. Solo alguien muy próximo conocería ese detall...

—Detén el paso, desgraciado —vociferó don Rodrigo en tanto lo zamarreaba de nuevo—. Detén el paso o ¡voto a mi fe que te parto el alma aquí mismo!

—Llamad a Isabel, por favor —farfulló Enrique entre sacudida y

sacudida—. No la humillaréis al interpelarla sobre la cuestión. Me ama y desea que la despose. Cuanto antes afrontemos el lance, antes podremos matrimoniar.

Lívido y angustiado, don Rodrigo lo soltó de un empellón y tañó una campanilla.

—Avisa a mi hija —ordenó al lacayo—. Que comparezca ante mí al punto.

Tras una espera que a Enrique se le antojó eterna, pues don Rodrigo se dedicó a caminar alrededor de él mudo y lanzándole miradas asesinas, Isabel hizo acto de presencia.

Cuando franqueó el umbral del gabinete, se sintió desfallecer. El desprecio que apagaba los ojos de su padre la alarmó, pero el brillo intimidatorio que encendía los de Enrique la dejó yerta. Tragó saliva e intentó centrarse en el objetivo prioritario: salvar a Álvaro. Si lograrlo exigía padecer un sombrío cautiverio junto a Enrique, estaba dispuesta a poner el candado a la jaula.

—¿Te has entregado a este hombre? —preguntó don Rodrigo a quemarropa.

Trémula e incapaz de articular palabra, Isabel bajó la cabeza. Al recibir por respuesta un apocado silencio más culpable que inocente, el duque dio una zancada y se plantó frente a ella con los brazos en jarras.

—¡Contesta! —gritó furibundo—. ¿Te has entregado a este hombre?

Isabel miró a Enrique, quien aprovechó haber quedado a espaldas de don Rodrigo para simular cercenarse el cuello en palmaria alusión a Álvaro. Roja de vergüenza, asintió.

—Sí, padre.

Don Rodrigo alzó el brazo presto a cachetearla, pero una templanza vacilante aunque todavía dueña de él lo refrenó e interrumpió el avance de la mano a mitad de ruta. El desahogo que buscaba en aquel bofetón lo encontró emitiendo primero un alarido y asestando después una patada a la mesa de ajedrez. Ni mueble ni tablero ni piezas salieron ilesos y el conjunto entero besó el suelo en medio de un enorme estrépito.

—Pero ¿tú de qué burdel te has escapado, mujer? —tronó embravecido—. Porque yo no reconozco a mi hija en esta cualquiera.

Isabel cayó de rodillas, se ovilló en sí misma y se tapó los oídos.

No quería escuchar esa lluvia de improperios. No podía. Enrique se le acercó para ayudarla a incorporarse, pero, en cuanto ella notó su contacto, proyectó en los brazos la colosal impotencia que le secuestraba la voluntad y lo apartó de un violento empujón, lindeza bastante chocante en alguien loco de amor de la que, sin embargo, un enajenado don Rodrigo ni se percató. Pese al abrupto rechazo de Isabel, Enrique no relajó el papel de solícito galán y adoptó un falso mohín de aflicción.

—No le dispenséis tanta severidad, señor. Nos abandonamos al ímpetu del corazón y nada sucio hay en ello.

—¡Tú cállate! —bramó don Rodrigo—. ¡Cierra la boca o te arranco la lengua!

—Padre, permitidme explicarlo —sollozó Isabel.

—¿Y qué piensas alegar en tu defensa? Has rendido la virtud en soltería y ante un hombre distinto a Beltrán. ¿Acaso existe alguna explicación que justifique esa atrocidad?

Un tenso silencio amortajó el ambiente. Solo los bufidos del padre y los gemidos de la hija rasgaban la quietud. Por su parte, Enrique no se atrevía ni a respirar. Permanecía envarado, hierático y, sobre todo, decidido a resistir hasta el final.

—Retírate —lo conminó don Rodrigo—. Isabel y yo hemos de lidiar este espinoso asunto en la privacidad de nuestro apellido.

Enrique trató de eludir la orden. Aunque estaba seguro del éxito de la conjura, no le gustaba la idea de marchar sin haber blindado el compromiso.

—No me iré tranquilo dejando a vuesas mercedes en semejante estado de agitación.

—Me importa un ardite tu tranquilidad —ladró don Rodrigo—. He dicho que te retires. Cuando determine qué hacer contigo, te mandaré aviso.

—De acuerdo —cedió Enrique, amilanado aunque no del todo a juzgar por la soslayada pero muy elocuente mirada de advertencia que dedicó a Isabel.

Al salir, no vio que Alonso se aproximaba por el corredor rumbo a su cita con don Rodrigo. Alonso sí lo vio a él y, no bien lo hizo, apretó los puños. Mascullando exabruptos contra aquella sabandija, se detuvo en un vestíbulo y aguardó la aparición del criado responsable de conducirlo ante el duque, pero, como nadie vino a buscarlo, no

quiso caer en la grosería de llegar tarde y se encaminó a la sala de juegos incluida en el conjunto de estancias asignadas a la familia Salazar.

La puerta estaba cerrada y, en el interior, se percibían voces bastante elevadas que atribuyó a don Rodrigo y don Gonzalo. Tras llamar en vano unas cuantas veces, supuso que no le oían debido al volumen de la tertulia, así que abrió y avanzó dos pasos para frenar en seco cuando, contra todo pronóstico, halló a don Rodrigo hecho un basilisco e imprecando a una achantada Isabel. Aprovechando que la monumental trifulca tenía absortos a ambos y ninguno había reparado en su irrupción, giró los tobillos presto a batirse en retirada, pero, al hacerlo, vio acercarse por el pasillo a un lacayo. En el ánimo de preservar la intimidad de los contendientes, reculó sin advertir que aquel involuntario retroceso lo había metido de nuevo en la estancia. Convencido de haber quedado fuera, cerró la puerta y solo entonces, al percatarse de su craso error, comenzó a temblar. Estaba atrapado entre las cuatro paredes de un gabinete donde había una terrible tormenta en la que se sabía un intruso obligado a serlo.

—¿Cómo has podido enfangar así el prestigio de los Salazar? —recriminaba don Rodrigo en ese momento—. ¡La prometida de Beltrán Soto de Armendía mancillada! ¡Cristo bendito! ¡Qué bochorno!

Aunque trataba de controlarse y no cometer la osadía de desafiar la autoridad paterna, Isabel sentía las entrañas en ignición. La vergüenza tras haber sufrido un intento de violación, adquirir conciencia de que nada de aquello habría sucedido si no le hubieran impuesto un enlace indeseado, la frustración de verse privada de Álvaro, el chantaje de Enrique y ahora la durísima filípica de don Rodrigo fueron aire para un globo de rabia e impotencia que, demasiado hinchado ya, terminó reventando.

—¿Alguna vez os habéis parado a pensar en mí? —espetó con las pupilas chispeantes de una ira durante años reprimida—. ¿En que yo no quiero a Beltrán? ¿En que me condenáis a un matrimonio sin amor solo para rendir pleitesía a don Gonzalo? Siempre habláis del respeto y de la honestidad que merita el prójimo. ¿A qué prójimo os referís? ¿A vuestros amigos? ¿Y qué hay de mí? ¿Acaso no me consideráis acreedora de la misma deferencia?

—No puedes exigirme respeto y honestidad cuando has roto ambos principios.

—Sí puedo, porque vuesa merced los rompió primero. Venderme a un hombre que yo no he elegido y porfiar en ello tras terciarse una sospecha de traición que, de prosperar, baldaría mi reputación no es ni respetuoso ni honesto. ¿Y para qué, padre? ¿Para que don Gonzalo alardee del gran amigo que tiene? ¿O quizá porque os gusta demostrar el excelso caballero que sois? Los dos fines rezuman soberbia y anteponerla a la felicidad de vuestra hija no me parece un comportamiento digno de reverencias.

—Eres la heredera de un linaje eminente y de una grandeza de Castilla, Isabel. Eso te proporciona una vida regalada, pero también servidumbres que te restan libertad, incluida la de escoger esposo. Te debes a tu apellido. A sus luces y a sus sombras. Todos los Salazar lo hemos aceptado sin rechistar porque nos grabaron en la sangre que las raíces priman sobre cualquier otra cosa. En consecuencia, mi empeño de entregarte a Beltrán persigue honrar mi abolengo y el tuyo, no la amistad de Gonzalo. No se trata, pues, de soberbia, sino de orgullo. El orgullo de los Salazar.

Consciente de que presenciar aquella polémica suponía una intromisión intolerable, Alonso intentó hacerse notar emitiendo una tosecilla. Luego carraspeó y después levantó un brazo a modo de saludo, pero nada funcionó. Ni don Rodrigo ni Isabel se apercibieron.

—Si en verdad todos los Salazar han aceptado las servidumbres de su noble cuna, decidme: ¿cuáles ha asumido vuesa merced? —preguntó Isabel en un tono farruco completamente inaudito en ella.

—Más de las que te figuras —contestó don Rodrigo con el recuerdo de Margarita y del hijo de ambos en la memoria—. Tu madre y yo tampoco nos elegimos. Nuestros padres acordaron las nupcias y nosotros nos limitamos a obedecer. Los matrimonios de alcurnia no son una cuestión de amor. Son alianzas. No se unen un hombre y una mujer, sino dos blasones y dos progenies. En su día, tu abuelo seleccionó para mí una dama a la altura de los Salazar y ahora me toca proceder de igual forma.

—¿Y pretendéis cumplir escogiendo a un soldado acusado de traición? En el Alcázar abominan de Beltrán y, pese a ello, os obcecáis en considerarlo la mejor opción. ¿En serio os lo parece? Todos, incluido don Gonzalo, habrían entendido que rescindierais el compromiso. Sin embargo, os negasteis a barajar siquiera la posibilidad porque os enaltece y os hace sentir superior al resto de la

humanidad. El asunto atañe, pues, a vuestro orgullo, no al de los Salazar.

Don Rodrigo no pudo dominarse más y le soltó un guantazo.

—¡Basta de impertinencias! Ni mi soberbia ni mi orgullo están en debate. Hablamos de tu solemne estupidez. Has perdido la castidad y esa sí que no era la mejor opción. ¡Pobre de mí! Una prolija colección de títulos, mi apellido y siglos de historia al albur de una zorra que no duda en suplicar envites carnales al primero que la ronda y de un canalla aficionado a desvirgar doncellas.

Isabel se apretó la mejilla incrédula. Nadie le había pegado nunca. Tampoco su padre.

—Tu compromiso con Beltrán queda derogado —sentenció este —. Te desposará ese dechado de virtudes que, según tú, representa la mejor opción: Enrique Valcárcel.

La joven se tambaleó. En realidad, debería alegrarse. La primera parte de su plan había triunfado y, al fin, se veía libre de Beltrán. Pero, lejos de invadirle regocijo alguno, un escalofrío le acalambró el cuerpo y se lo dejó estremecido. Cuando urdió el contubernio, no temía vincularse a Enrique, pero ahora el terror la paralizaba porque aquel lucifer no había resultado ser ningún necio inofensivo. Se trataba de un bellaco intrigante y codicioso e intuía muy complicado escapar de sus garras. Aunque al principio proyectaba espiarlo y sorprenderlo en alguna ignominia que lo retratase frente a don Rodrigo, las cosas se habían terciado de tal manera que ya ni siquiera necesitaba tomarse la molestia. Poseía pruebas de varios desafueros que lo destruirían socialmente y le propiciarían el ostracismo e incluso el patíbulo. Había forzado a la hija de un grande de Castilla, intervenido en un combate ilegal, trampeado durante la lid para acabar huyendo, transformado su amago de violación en un acto consentido y obligado a la víctima a respaldar esa versión so pena de asesinar al hijo de un marqués.

Si revelase a don Rodrigo semejante ristra de barbaridades, la pesadilla terminaría, pero, entonces, empezaría otra: el duelo por la muerte de Álvaro a manos de un sicario, y ello pese a las medidas expeditivas que de seguro adoptaría el duque cuando la extorsión se desvelara. Quizá citase en armas a Enrique y lo degollase, quizá lo denunciase y encomendase la tarea al verdugo… Daba igual lo que hiciera porque, fuera lo que fuese, aquel miserable hallaría el modo de

arrastrar a Álvaro en su mudanza al camposanto. Y no podía abrir brecha a tan trágico desenlace. La hundiría en un pozo de dolor y culpa que no se sentía capaz de soportar. Prefería inmolarse ella. Mejor casar con el adalid del infierno que arrostrar el que supondría vivir sin Álvaro. Resignada, tiró de arrestos y reprimió las lágrimas. Al menos, salvaría a su amado, y eso la consolaba.

—Lamento obligaros a quebrar vuestra palabra, padre —musitó —. Sé cuánto os lastima hacerlo.

—No te equivoques —rectificó don Rodrigo—. Yo no faltaré a mi promesa. El propio Gonzalo cancelará la boda cuando le confiese tu desfloración.

Una ola de humillación exterminó la tristeza y, de paso, el escaso color que Isabel aún conservaba en el semblante.

—Pero yo... creí que pretextaríais la situación de Beltrán para revocar el acuerdo.

—No me escudaré en embustes de cobarde. Afrontaré esta vergüenza y tal harás tú. ¿No querías elegir marido? Pues capricho satisfecho. ¿Lo has logrado levantándote las faldas? Perfecto. Ahora levanta también la cabeza y asume las consecuencias.

—¿Consideráis imprescindible degradarme así?

—No me responsabilices a mí. Tú misma te has encargado de ello comportándote como una fulana. En verdad debes amarle mucho. No solo has renunciado a tu honra por él. También has perdido mi afecto y mi respeto. Nunca te perdonaré esto. Jamás.

—No me digáis eso, padre —gimió Isabel—. Oírlo me destroza el corazón.

—Entonces, ya somos dos corazones rotos —apostilló don Rodrigo en tono gélido.

Prácticamente empotrado en la puerta, Alonso asistía perplejo a la discusión. ¿Qué significaba aquel dislate? ¿Por qué Isabel estaba soltando tamaña retahíla de patrañas? Al escuchar el anuncio de matrimonio entre Enrique y ella, se le cortó la respiración. Amén de horripilarle imaginar a su amiga junto a ese reptil siniestro y pervertido, no atisbaba en la joven intención alguna de desenmarañar el entuerto. Aunque no acertaba a comprender el motivo de tan extraño comportamiento, debía abortarlo. Sin embargo, eso exigía dar un paso al frente y la perspectiva no le resultaba en absoluto apetecible. Cuando don Rodrigo le sorprendiese fisgoneando en las

miserias de los Salazar, montaría en cólera y, comprobado su inflamable e inflamado temperamento, igual le calzaba el mismo soplamocos que había atizado a Isabel. De ahí que, lejos de impulsarle hacia delante, el miedo le incitara a encastrarse aún más en la puerta tratando quizá de atravesarla y salir de allí echando diablos. Pero fugarse quedaba fuera de cualquier planteamiento. Quería demasiado a Isabel y ni la abandonaría en un brete de aquella envergadura ni, mucho menos, la dejaría en ciernes de boda con un desalmado. Así las cosas, empezó a reunir valor y a rezar; sobre todo, a rezar, porque a fe que precisaría el amparo de la corte celestial al completo. Tan pronto gritos, lloros y demás vehemencias cesaron, se encomendó a la Virgen, inspiró hondo y se lanzó.

—Perdón, su excelencia —balbuceó mientras alzaba un índice enhiesto y componía una mueca circunstancial—. Me gustaría aclarar algo.

Padre e hija se giraron al unísono y lo miraron como si acabase de resucitar.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó don Rodrigo, estupefacto.

—Vuesa merced me... citó para... concluir... la partida de ajedrez —tartamudeó Alonso, acongojado al notar el furibundo carmesí que comenzaba a tornasolar el rostro del duque—. Llamé a la puerta y nadie respondía... y..., bueno..., entonces... yo... En fin, que... me tomé la confianza de entrar. Excusad la grosería. Aunque saludé, gesticulé e incluso tosí varias veces, sus señorías no repararon en mí y...

—... y, en lugar de escorar el barco y volver sobre tus pasos, te autoinvitaste a disfrutar de la función.

—Os juro que pretendía retirarme, pero el afán de preservar la privacidad de vuestra conversación me atoró y no me percaté de que había cerrado la puerta conmigo dentro hasta que fue demasiado tarde. No obstante, serenaos porque actué rápido y ningún criado se ha enterado de lo sucedido.

—¡Magnífica cautela! —aplaudió don Rodrigo en ademán mordaz —. Mil gracias.

—No se merecen —repuso Alonso, tan nervioso que no percibió la aspereza del comentario—. Los lodos de familia en familia han de limpiarse.

—¡Por Cristo! —bramó don Rodrigo, exasperado—. ¿Tendrías la

amabilidad de callarte y desaparecer? Aquí no pintas nada.

—Yo creo que sí, señor —objetó Alonso—. He de manifestar algo de capital relevancia.

—Pero ¿qué diantres tienes tú que decir en este menester?

—No compliquéis más el problema y dejadlo así, Alonso —suplicó Isabel antes de dedicarle una mirada aterrada, pues temía que la injerencia del chico provocase una catástrofe y, no solo se descubriera la relación con Álvaro, sino que encima Enrique cumpliera sus amenazas—. Es lo mejor.

—Lo mejor para el de Valcárcel, señorita. Desconozco cómo ha conseguido que os prestéis a esta comedia, pero yo no pienso secundarla. Os tengo en alta estima y no permaneceré quieto mientras os precipitáis a un abismo muy oscuro.

—¿Qué pasa aquí? —intervino don Rodrigo, desconcertado—. ¿De qué habláis?

—Doña Isabel no se ha entregado a Enrique Valcárcel —reveló Alonso—. En realidad, él trató de forzarla en la romería de Santiago el Verde y, si don Álvaro no lo hubiera impedido, habría consumado la violación.

—¿Qué? —palideció don Rodrigo—. ¿Es verdad, Isabel? ¿Ese malnacido abusó de ti?

La joven no se atrevía a confesar y, por toda respuesta, se echó a llorar de nuevo.

—¡Lo mato! —chilló don Rodrigo, fuera de sí—. ¡Lo mato! Me batiré en duelo con él y le cuartearé el corazón.

—Don Álvaro ya lo intentó, pero fracasó —informó Alonso.

Acto seguido, relató lo ocurrido, aunque omitió toda mención al idilio furtivo entre Álvaro e Isabel y la manera en que Enrique lo había descubierto.

—Ignoro qué razones empujan a doña Isabel a colaborar en esta absurda fábula de falsas deshonras, pero la presumo coaccionada por el de Valcárcel —concluyó en tanto servía un poco de vino a don Rodrigo, que estaba blanco de ira, susto y sorpresa.

—¡Menos mal que mi amigo Pelayo falleció! —masculló este después de coger la copa y desplomarse en un frailero con gesto exhausto—. De levantar la cabeza y asistir al comportamiento de su hijo, volvería a expirar. Isabel, ¿el barrunto de Alonso es cierto? ¿Enrique te ha amenazado?

Ella no respondió. Una mezcla de aprensión y zozobra le había anquilosado la capacidad de reaccionar y permanecía en medio de la estancia de pie, llorando, pegado el mentón al pecho, tiesa e inerte. Superada por los acontecimientos, se hallaba al borde del desmayo. La imagen de Álvaro desangrado en una costanilla anónima presidía el frenético vaivén de sus cavilaciones. Ni siquiera el alivio de saber que Enrique ya no la desposaría y que la crónica de Alonso había silenciado la infidelidad a Beltrán restaba protagonismo a esa estampa. Quedaba en un segundo plano; incluso en un tercero, pues no solo estaba visualizando el cadáver de Álvaro. También trataba de hilar un pretexto que justificase ante don Rodrigo su extravagante conducta y, al tiempo, no destapase el adulterio. Había aceptado dejar impune una agresión sexual para luego unirse a su violador porque este pretendía asesinar a Álvaro, y ese tipo de sacrificios solo se hacían por la persona amada; por nadie más, mucho menos por un cuñado.

—Juró dañar a... mi gente si no cooperaba —improvisó cuando logró calmarse—. Lamento mi insolencia, padre. Me siento tan vejada que no estoy en mi ser.

Don Rodrigo se incorporó y la abrazó bastante apaciguado al fin porque, aunque truculenta, la verdad le parecía menos catastrófica que el embuste.

—Lo entiendo, mi pequeña. Una experiencia así confunde a cualquiera. Ese depravado se arrepentirá de lo que te ha hecho.

—Desistid de duelos, por favor. No deseo más violencia en mi nombre.

—Justo eso me nace, pero, en honor a la memoria de mi añorado Pelayo, me limitaré a convocarlo, aunque no para agujerearle las tripas como anhelo, sino para conversar.

—¿Y si insiste en atacar a mis cercanos o en difamarme a mí? —inquirió Isabel, todavía preocupada por Álvaro y temerosa también de que Enrique los delatase—. Igual que se ha inventado nuestro romance, podría acusarme de otras... vilezas.

—No volveré a dar pábulo a sus insidias. Me ha entrampado una vez, pero no lo hará dos. En cuanto a las amenazas, confía en mí. Soy muy persuasivo cuando me lo propongo.

—Me quitáis un peso de encima —mintió Isabel, pues el miedo a las represalias de Enrique le pesaba tanto como una plancha de hierro.

—Preciso categórica reserva en este asunto —estipuló don Rodrigo—. Bajo ningún concepto ha de llegar a oídos de tu madre. Se llevaría un disgusto colosal y prefiero ahorrárselo. Gonzalo tampoco debe enterarse. No quiero suspicacias sobre tu virginidad y lo sucedido suscitaría un buen número de ellas. Agradeceré a Álvaro su heroico proceder y también le demandaré silencio. Alonso, ¿puedo contar con tu discreción?

—Por supuesto, su excelencia.

—Padre, ¿existe la posibilidad de desligarme de Beltrán? —se atrevió a postular Isabel, que, no obstante lo ocurrido, seguía reacia a abdicar de sus pretensiones—. La única verdad de todo este triste incidente es que no le amo.

—Sabes que he de mantener mi palabra. Y afloja un poco, te lo ruego. Los acontecimientos me tienen abrumado y no soportaría una nueva refriega. Ahora regresa a tu alcoba. La luna ya asoma y has de arreglarte para la representación de esta noche.

—Marcho, entonces —capituló ella y, aterrorizada todavía, miró a Alonso—. Nunca olvidaré vuestro socorro. Dios quiera que sea para bien.

—Yo tampoco he de olvidarlo —convino don Rodrigo cuando Isabel se fue—. Si no hubieras intervenido, ese serpentino se habría convertido en mi yerno. ¡Imagínate!

—Lo mío me costó mediar, tal enfado gastabais —protestó Alonso —. Llegué a pensar que me citaríais en armas a mí.

—¿Qué esperabas que hiciera tras sorprenderte en mitad de la contienda? —rebatió don Rodrigo con afable severidad—. ¿Invitarte a un jerez?

—Pues lo habría aceptado. Disculpad el comentario, pero me asustasteis de veras.

—Tú quedas disculpado, y yo, conmovido —repuso don Rodrigo, cuya expresión amable adquirió una gravedad emocionada—. Protegiste a Álvaro en ese duelo y ahora has ayudado a Isabel. Estaba enojado y, aunque supongo cuán difícil te ha resultado hablarme, lo has hecho. Tu coraje ha evitado una tragedia y de corazón te lo agradezco.

—Por los Salazar y los Soto de Armendía, daría la vida, señor — afirmó Alonso—. En particular, por vuesa merced. Yo…, bueno…, os profeso un profundo afecto.

Rojo como una amapola e incapaz de enfrentar la mirada del duque, esbozó una sonrisa tímida, hizo una reverencia y, sin aguardar respuesta, abandonó la habitación.

—El sentimiento es mutuo, muchacho —susurró don Rodrigo para sí—. El sentimiento es mutuo.

Extraviado en el pasado, se mesó la perilla. Aquel hoyuelo que cincelaba la sonrisa de Alonso le recordaba tanto a Margarita.

39

MI PRINCIPIO Y MI FIN

Tras la marcha de Alonso, don Rodrigo dedicó el resto de la tarde a calmarse y aplacar la rabia que lo corroía por dentro. Aunque se había propuesto zanjar aquel asunto de inmediato y luego mojarlo en olvido, que no en perdón, antes necesitaba serenarse. De lo contrario, sucumbiría a la tentación de mandar al carajo la memoria de don Pelayo y eviscerar al miserable que engendró.

Al recibir aviso de un lacayo, Enrique acudió con el gesto altanero de quien por vencedor se tiene, pero, tan pronto vio el rostro esculpido en piedra de don Rodrigo y un brillo fiero en su mirada, los buenos augurios se desvanecieron.

—Estoy al corriente de tu fábula —empezó el duque en el tono lento e inquietante de una víbora presta a la mordida—. Mi hija no te ama y tampoco se entregó a ti. Al menos, no de manera voluntaria.

—No os comprendo —balbuceó Enrique, trémulo—. ¿De qué habláis?

—De una farsa perversa gestada en la mente enferma de un depravado. De eso hablo. Forzaste a Isabel, maldito desgraciado. Dos caballeros te sorprendieron en flagrante infamia y te exigieron un duelo en el que trampeaste a capricho para darte a la fuga después. ¡Felicitaciones! En un concurso de iniquidades, no hallarías rival.

—Supongo que Álvaro os ha contado esa patraña.

—He aludido a dos caballeros sin especificar nombres. Si tu historia fuera cierta, no sabrías a quiénes me refiero. No obstante, supones mal. No me ha informado Álvaro, sino su paje Alonso.

—¿Y vais a dar más crédito a ese zarrapastroso que a mí?

—¡Ya basta! —tronó don Rodrigo mientras abandonaba el frailero donde estaba sentado y se arrimaba a Enrique con un rictus tan torvo que este retrocedió un paso—. No te denunciaré porque no quiero que mi hija sea tema de tertulia en los mentideros. No te citaré

en armas para evitar que tu vomitiva sangre manche mis manos. Y tampoco te enviaré un sicario en memoria de tu padre, mi noble amigo Pelayo, quien tuvo la suerte de fallecer antes de descubrir la escoria que trajo al mundo.

—Lo lamento, pero no os consentiré semejante descortesía.

—En cambio, yo sí te consentiré a ti continuar respirando. Ahora bien, frente a los Salazar has dejado de hacerlo. A mis ojos, estás muerto, Enrique Valcárcel.

—Don Rodrigo, por favor. Excedéis vuestras conclusiones.

—Excedo la clemencia, no mis conclusiones, aunque te comunico que es flor de un día. En consecuencia, procura no volver a cruzarte en mi camino porque la próxima vez me abstendré de piedades y actuaré.

—¿Y no podríamos arreglar esta controversia de un modo civilizado?

—No se trata de una simple controversia. Has cometido un delito muy grave que solo se arregla duelo o verdugo mediante, y palabra de honor que te mandaré al infierno de una u otra forma si te acercas a Isabel siquiera en sueños. Y considera la advertencia extendida a los Soto de Armendía, Alonso incluido. Como alguno de ellos sufra el más anodino percance, cuida bien tu sombra porque, cuando menos te lo esperes, una mano negra surgirá de un rincón y te la separará del cuerpo.

Enrique afrontaba la situación confundido y ofuscado. El plan de convertirse en el sucesor de un grande de Castilla chantajeando a Isabel le parecía perfecto y no acertaba a entender dónde estaba el fallo ni qué papel jugaba el condenado Alonso en la cuestión. Tampoco podía cumplir su amenaza de enviar un sicario a Álvaro porque, entonces, don Rodrigo haría lo propio con él. Con todo, Dios le daba una de cal y otra de arena, pues no se le escapaba que un combate ante don Rodrigo le supondría el féretro. Su pésima esgrima cavaría la fosa y la ausencia de Márquez pondría la cruz. Cierto que, si destapase los devaneos de Isabel, el duque se tragaría tanta bravata, pero decidió callar. Amén de temer el desquite de Álvaro, intuía que, tras lo ocurrido, don Rodrigo no le creería. Además, después de lograr que los involucrados en su conato de violación lo ocultasen bajo la alfombra en vez de reportar a las autoridades, mejor aprovechaba tamaño beso de la fortuna y dejaba de disparar flechas, no fuera a ser

que alguna acabase hiriéndole a él. Aceptaría la derrota… de momento. No en vano atesoraba un azaroso secreto sobre Álvaro e Isabel que de seguro le rendiría en el futuro. En cuanto a Alonso, ya urdiría su venganza. Ni la paliza que le propinó en la romería de Santiago el Verde ni haberle frustrado un jugoso casorio le saldría gratis. Se las haría pagar todas juntas.

La gélida voz de don Rodrigo lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Has comprendido lo que te sucederá si desobedeces mis decretos?

—Sí, señor —contestó mientras apretaba tanto los puños que las venas del dorso se hincharon y los nudillos adquirieron la lividez de la impotencia.

—Entonces, hemos terminado. Fuera de mi vista y no lo olvides: si quieres seguir cumpliendo abriles, mantente lejos de mí y de los míos.

El evento programado para esa noche de nuevo giraba en torno al teatro. Se representaría una comedia de Félix Lope de Vega titulada *El vellocino de oro*, y el elenco actoral volvían a componerlo las damas de la reina, que no la reina, pues en esta ocasión había preferido presenciar el espectáculo a protagonizarlo. Tendría lugar en el llamado Jardín de los Negros, otro vergel del complejo palaciego donde se había construido un segundo coliseo de madera. Aunque no era tan fastuoso como el del Jardín de la Isla, el escenario, situado a orillas del Tajo, sugería la intervención del río durante la función y esa novedad generaba una enorme expectación.

Como Alonso no se había demorado en referir a Álvaro los acontecimientos de la tarde, la solicitud de comparecer ante don Rodrigo no pilló desprevenido a este y le permitió acudir al reclamo tranquilo, porque lo sucedido no había destapado el idilio con Isabel, y ufano, pues ahora podría recabar los laureles de su gesta. Y a fe que lo hizo. Tras colmarle de afecto e inflamados elogios, don Rodrigo le agradeció haber salvado a los Salazar de un auténtico cataclismo. Concluida la lluvia de loas, ambos se enfrascaron en una animada charla y así de felices se encaminaron al teatro.

En el estrado de caballeros los aguardaban don Gonzalo y un Alonso que no quitaba sus ojos enamorados de Mencía, la cual se

hallaba justo enfrente, en la tribuna femenina y bajo el palco real. Junto a ella estaba Isabel, cuyo semblante irradiaba más sosiego que en noches anteriores.

Un coro de trompetas anunció la entrada de sus majestades y todos se levantaron para recibirlos. Después de acomodarlos en el palco real, el conde de Olivares, en su condición de sumiller de corps del rey, y el de Villamediana, como gentilhombre de la reina e intendente general de los festejos, se instalaron en una bancada colocada tras ellos.

La función comenzó. Recargadas tramoyas e insólitos decorados que se sucedían unos detrás de otros a un ritmo vertiginoso recrearon secuencias en verdad impactantes. Con todo, era el Tajo, allá donde transcurría un fragmento de la obra consistente en una peligrosa travesía, lo que tenía a la gente embelesada. De pronto, una nube reventó entre atronadores arcabuzazos y entonces apareció un dragón. La batalla del protagonista con el monstruo se desarrolló en mitad de fuegos de artificio y sacudidas tan violentas que el teatro entero tembló. En una de esas descargas, un blandón cayó sobre el dosel que techaba el escenario y empezó a arder. Debido a la cantidad de madera y telas que abarrotaban el entorno, el incendio se propagó a la velocidad del rayo, pero, como el auditorio lo creyó parte de la comedia, aplaudió entusiasmado. Silbaban eufóricos aquel empacho de esplendor cuando un tablón en llamas vino a desplomarse junto a una de las actrices en escena y esta lanzó un alarido en absoluto acorde a su papel. Al instante, estalló el caos.

Espectadores, músicos, técnicos e intérpretes se dispersaron a trompicones y, sin dejar de empujarse los unos a los otros, trataron de alcanzar la salida. Pocos lo conseguían porque había tal turba corriendo, chillando, llorando y tropezando que resultaba imposible abrirse paso. Atrapados en el tumulto, muchos se refugiaron en el estrado femenino. Gracias a la tribuna de los monarcas, ubicada justo encima, era el único lugar a cubierto, una especie de burbuja que protegía los pies de un suelo crepitante, y la cabeza, de las ascuas de tela y madera que llovían del cielo. El problema estribaba en que cada vez más personas se resguardaban allí y, cuando las situadas en el perímetro del pelotón se empotraron en las paredes para ahuecar una pizca el espacio, ejercieron una presión que los endebles tabiques no resistieron. De norte a sur y de este a oeste, un damero de estrías

acanaló uno de ellos y fue ensanchándose hasta resquebrajarlo. Se oyó entonces un crujido; luego otro más agudo; después otro peor. El palco de arriba comenzó a tambalearse y, al notarlo, la reina, que permanecía escondida bajo su asiento a la espera de socorro, perdió el temple y, presa de la histeria, prorrumpió en berridos despavoridos. Ni el rey, que estaba al lado e igual de nervioso, ni el conde de Olivares, empeñado en adargar a los soberanos con su capa, ni la guardia, ocupada en esquivar el ígneo chaparrón a golpe de espada, la ayudaron. Solo reaccionó el conde de Villamediana, quien, ante el pasmo del monarca y de los demás presentes, la cogió en volandas y se la llevó.

Entretanto, don Rodrigo y don Gonzalo habían salido disparados hacia el escenario en busca de sus esposas, pues las dos intervenían en la función.

—¡Muchachos! —vociferó don Gonzalo antes de internarse en la humareda—. Id a por Mencía e Isabel. ¡Apresuraos! La tribuna real está a punto de derrumbarse sobre el graderío de mujeres.

Álvaro y Alonso echaron a correr. Como no conseguían atravesar la marea humana que tenían delante, retrocedieron en la confianza de poder rodear el recinto y llegar a puerto desde el otro flanco, pero, a mitad de camino, una colosal fogata les cortó el paso.

—¡Larguémonos! —conminó Álvaro, que saltó a la derecha para eludir un trozo de terciopelo incendiado—. Al venir hacia aquí, me ha parecido distinguir a Isabel en el jardín y de seguro mi hermana está con ella.

Alonso asintió y ambos pusieron rumbo a una de las salidas, cuyo umbral lograron franquear después de sortear un escalofriante bosque de hogueras que complicaban mucho el avance. Ya en el exterior, localizaron a Isabel y fueron a su encuentro con una sonrisa serena que se evaporó cuando la joven los recibió sollozante y desquiciada.

—¡Buscad a Mencía! —chilló—. Marchó al escenario para auxiliar a su madre, pero doña Elvira está aquí y no la ha visto.

—Yo iré —interceptó Álvaro a un angustiadísimo Alonso, que ya emprendía el vuelo—. Es mi hermana y a mí me corresponde la tarea.

—¡No, vos no! —gimió Isabel—. Os necesito a mi vera. Acabo de cruzarme a Enrique y me ha mirado de un modo espeluznante. Quizá aproveche la confusión y vuelva a agredirme. No me dejéis sola. ¡Tengo tanto miedo! Os lo suplico. ¡No me dejéis sola!

—Quedaos con ella —dijo Alonso, consumido de impaciencia—. Yo me encargo.

Sin esperar respuesta, se giró y regresó al interior del teatro, transformado ahora en un verdadero infierno. Centrado en controlar su aversión al fuego, se quitó el ferreruelo, se lo envolvió en la cabeza e inició la marcha. Una densa niebla almenaba su radio de acción y escupía chispas que solo acertaba a burlar dando constantes brincos con el riesgo de terminar besando las brasas de un pavimento carbonizado. A eso se le unía el granizo de vigas candentes que lo mismo le obligaba a zigzaguear que a piruetear que a frenar en seco, lo cual redundaba en perjuicio de su lucha contra la cortina llameante que lo cercaba. De esta acrobática forma y a tientas, pues todo a su alrededor era bruma, caminó hasta el extremo opuesto. De nada le sirvió. No había ni rastro de Mencía. Aterrado, advirtió que la falta de oxígeno lo estaba mareando. Un madero incendiado le golpeó el hombro y cayó de bruces. Casi inconsciente, tosiendo ahogo y lagrimeando humo, reptó hacia la salida.

Una vez fuera, aspiró con avidez hasta desbloquear los pulmones y ya se disponía a entrar de nuevo cuando, tras una estridente sinfonía de chasquidos, la mitad del coliseo sucumbió. Fijos los ojos en el desastre, Alonso se estremeció y, al imaginar a Mencía bajo aquella ruina incandescente, las rodillas le flaquearon. Alzó entonces la mirada al cielo e, igual que esa infausta noche ante el quemadero inquisitorial, enfrentó un firmamento iluminado por llamas de muerte. Incapaz de aceptar que el fuego volviera a arrebatarle lo que más quería, se preparó para adentrarse en el trozo de construcción aún en pie.

—¿Dónde vais? Ni se os ocurra entrar ahí.

—¡Mencía! —jadeó Alonso al borde del vahído—. ¡Dios bendito! Creí… Yo creí…

—¿Habéis visto a mi madre? —le preguntó ella, tan agobiada que no reparó en su azoramiento—. No la localizo.

—Está… bien —tartamudeó Alonso sin lograr recuperarse del susto—. Todos lo…

Un fuerte estruendo le impidió terminar. Instantes después, la otra mitad de la estructura se desplomó dejando tras de sí una pira de madera y telas que despedían rojas centellas en derredor.

Alonso agarró a Mencía de la mano y la arrastró a través de una

vereda del jardín hasta un cenador de piedra oculto en la vegetación. Allí, pasados los apremios y superado el peligro, desfalleció. La estampa de la hoguera devorando a los Castro, el miedo al fuego, la convicción de haber perdido a su amada en las mismas circunstancias que a sus padres y el alivio de hallarla a salvo formaron una gigantesca losa que le aplastó los arrestos. Inmerso en la pesadilla de siempre, rompió a llorar.

—Os creía dentro —sollozó enajenado—. Pensé que habíais muerto calcinada.

—Tranquilo —susurró Mencía, sorprendida ante su exaltada reacción—. Estoy bien.

—Cuando el teatro se derrumbó, os visualicé en llamas, gritando de dolor y... convertida en cenizas. No lo soportaría de nuevo. ¡Por Dios que no lo soportaría!

Doblado sobre sí mismo, apretó los párpados intentando escapar de la espantosa alucinación. Consciente de que, delirante como estaba, no la escucharía, Mencía se limitó a mecerlo y acariciarle en silencio. Al cabo de un rato, Alonso se recompuso.

—Lo lamento. Tenía que consolaros yo a vos, no al revés. No sé lo que me ha pasado.

—Claro que lo sabéis —impugnó Mencía—. ¿Qué es lo que no soportaríais de nuevo? ¿Qué fantasmas escondéis? Muy sombríos los imagino para sumiros en tamaño desvarío.

—Es el miedo a perderos lo que me vuelve loco —eludió Alonso, tapando una verdad con otra—. Os amo más que a mi vida y no resistiría vuestra ausencia. Sois mi principio y mi fin, Mencía. Allá donde vos estáis, yo nazco, y allá donde vos faltáis, yo muero.

—¡Qué bellas palabras! —apreció ella, emocionada—. Gracias, mi gentil caballero. Gracias por afanaros tanto en evitarme fatigas.

Poco sospechaba la muchacha cuántas y cuán pavorosas fatigas empezaban a rondarla porque, mientras la pareja se prometía el cielo, alguien dibujaba avernos en su horizonte.

Tras el colapso del teatro, Enrique los había visto marchar cogidos de la mano e, intuyendo el romance, los había seguido. Ahora, agazapado en los matorrales y verificadas sus conjeturas, no cabía en sí de gozo. De pronto, Mencía le parecía la esposa perfecta. Aristócrata, joven, hermosa, rica, una descarada a la que domeñar y lo mejor de todo: era el punto débil de Alonso González de Armenteros.

40

JIRONES DE AMISTAD

Tan pronto el funesto desenlace de los festejos de Aranjuez aterrizó en Madrid, el chismorreo se activó en torno a una jugosa incógnita: ¿hubo algo entre la reina y el conde de Villamediana tras marchar este con ella en brazos? Aunque doña Isabel alegaba no haber pecado ni de pensamiento ni de obra, su esposo estaba que trinaba, convencido de que, durante el largo tiempo de ausencia, se habían dedicado a retozar. El problema arreció cuando se extendió el rumor de que el propio Villamediana había ordenado a un criado lanzar una antorcha sobre el techo del teatro para provocar el incendio y desatar un caos que le permitiese llevarse a la soberana en volandas, confianzas inconcebibles en un súbdito por muy conde que fuera, pues, si la ley prohibía mirar a los monarcas directamente a los ojos, mucho menos admitía magrearles el cuerpo.

A pesar de que todas las tertulias auguraban contundentes represalias, los derroteros de estas variaban según los corrillos. Así, los femeninos desgajaban la vertiente romántica de la cuestión. A Villamediana le salían admiradoras de debajo de las piedras y no pocas anhelaban disfrutar de su regazo como parecía haber hecho la reina. En las Gradas de San Felipe proliferaban las socarronerías porque, en opinión de quienes frecuentaban aquellos lares, el conde no perdonaba una y, no contento con la legión de cornudos que ya había fabricado, acababa de colocarle un penacho al mismísimo rey de las Españas. En cambio, los asiduos al mentidero de las Losas de Palacio, sede de conversaciones más serias, suponían encantado al conde de Olivares. Lo sabían deseoso de quitarse de encima a Villamediana porque le robaba el afecto del soberano orquestando farras y bacanales con las que él no podía competir y he aquí que, tras lo ocurrido en Aranjuez, lo había logrado sin despeinarse siquiera. Don Felipe había retirado su favor a Villamediana y, si antes besaba el

suelo que pisaba, ahora lo escupía. Aunque de tan dispares formas se cosía y descosía la entretenida trama, todos coincidían en que tocaban a rebato para el seductor protagonista de ella. Más le valía salir confesado de casa porque nadie humillaba al trono de España y vivía para contarlo.

Ajeno a los dimes y diretes de la crónica popular, Alonso ya estaba de vuelta en la Villa e inmerso de nuevo en sus rutinas. Había reanudado la escuela, los estudios y también las lecciones nocturnas de don Ramón.

Una madrugada regresaba de una de esas tardías clases embozado en la capa y el sombrero de su época indigente, y ello a pesar de que las temperaturas rozaban niveles desérticos. Iba asfixiado y con el sudor anegándole la cara, pero le daba igual. Aquel atuendo le confería un aspecto que no invitaba a acortar distancias y eso le ahorraba atracos o cualquier otra calamidad típica de la avanzada hora.

Cruzó la Puerta del Sol y ya enfilaba la calle de Alcalá cuando, a la luz de su candil, vio que de frente se aproximaba un individuo cuyos pertrechos identificó de inmediato. Eran los de Márquez: la espada de pomo dorado, el chambergo emplumado y la capa roja con la inconfundible colección de mechones de pelo prendidos en la pechera.

Aunque al principio se pensó ante el ánima errante del soldado y el sobresalto le congeló los calores, luego cayó en la cuenta de que Juan poseía ahora esos arreos. Entonces frunció el ceño porque aquel tipo no era él.

—Disculpadme, caballero. Vuestros ropajes y el acero que portáis pertenecen a un conocido mío. ¿Puedo saber por qué los tiene vuesa merced?

—Me los he agenciado apostando al Frisón Madrileño —contestó el sujeto, que se tranquilizó de un modo ostensible al comprobar las pacíficas intenciones de tan tétrico personaje—. El dueño del negocio me los ha ofrecido en concepto de pago y, como valen más de lo que he ganado, he aceptado el trato.

—¿Quién es el Frisón Madrileño? —preguntó Alonso, empezando a temerse lo peor.

—El mejor luchador de la Villa, aunque de madrileño tiene poco porque nació en Flandes. El Tornado Inhumano también recababa

muchas ovaciones. No le calculo ni dieciséis años, pero ¡qué manera de encastrar los puños en el adversario! ¡Lástima el declive de este zagal! Las palizas lo han debilitado tanto que, más que tornado, ahora parece brisa de verano. Ni al miedo asusta ya.

Al recordar las magulladuras que amorataban el semblante de Juan, Alonso tardó un suspiro en adivinar el auténtico nombre de ese tifón venido a menos.

—O mucho me equivoco, o el conocido que acabo de mencionaros es el Tornado. Aunque no comprendo por qué sus enseres saldan adeudos ajenos.

—No creo que le importe —aseveró el otro en tanto se encogía de hombros—. En el reino de los cielos no los precisará.

—¿A qué os referís? —palideció Alonso—. ¿Acaso...? ¿No habrá...? ¿Ha... muerto?

—Todavía resiste, pero sucumbirá en breve. Cuando marché, estaba recibiendo una tunda colosal y parecía al borde del colapso.

—¿Dónde se celebran las peleas? —inquirió Alonso en tono apremiante.

—En el garito del Estatua. El fulano es un serpentino con el corazón de piedra y algún chisposo le adjudicó el alias.

—¿Y dónde para ese lugar?

—A tiro de ballesta. En la esquina de Bodegones y la Ancha de los Peligros. Pero no lo hallaréis a pie de calle. Como la ley prohíbe los combates, amén de untar a los corchetes, utilizan el sótano.

Aunque ansiaba echar a correr, Alonso se obligó a conservar la calma y permanecer en el sitio. Consciente de cuánto valoraba Juan las prendas de Márquez, se había propuesto recuperarlas. Primero lo intentaría por las buenas y ojalá funcionase, pues no tenía ni tiempo ni ganas de discutir. Ahora bien, de requerirlo las circunstancias, no vacilaría en esgrimir modales menos afables porque de ninguna manera se iría de allí sin el preciado ajuar de su amigo. Si lo encontraba vivo, se lo devolvería; si no, amortajaría su cadáver con él, pero lo recobraría sí o sí.

—Os agradezco la información y, en recompensa a vuestra amabilidad, os daré un consejo. Deshaceos de esos trapos y también de la tizona. Arrastran una historia siniestra. Antes de al Tornado, pertenecieron a un miliciano aficionado a violar mujeres. Después las apiolaba, les cortaba un mechón de pelo y lo enganchaba en la capa.

El hombre bajó la cabeza y clavó unos ojos espantados en la esclavina de la prenda.

—¡Carajo! —balbuceó—. Y yo pensando que se trataba de reliquias santas. Incluso planeaba venderlas.

—El dinero que obtuvieseis a cambio de seguro os reportaría desgracia. Comerciar con según qué cosas nunca trae a cuenta. Decenas de almas sedientas de venganza pululan a vuestro alrededor en estos momentos y, como las encorajinéis más de lo que ya andan, no gastarán piedad. Fijaos en el Tornado. Antes era un luchador imbatible. Y ¿dónde está ahora? Camino del cementerio.

—¡Válgame Dios! —masculló el hombre mientras se lo quitaba todo y se lo tendía a Alonso—. ¡Tomad! Os lo regalo.

—¡Ni hablar! —rechazó este, brincando hacia atrás con fingido terror—. Prefiero no tocar nada. Dejadlo en el suelo y que Lucifer decrete su destino.

—De acuerdo —transigió el otro a la vez que obedecía—. Dispensadme, por favor. He de buscar a mi párroco y rogarle que me libere de los reclamos del infierno. Con Dios.

Cuando quedó solo, Alonso se apresuró a recoger la indumentaria y voló rumbo a la calle de los Bodegones. Como se trataba de una costanilla muy corta, le llevó un lapso alcanzar la esquina con la Ancha de los Peligros y localizar el garito del Estatua, una tasca sucia y fétida que, sin embargo, parecía el salón del trono comparado con el sótano de abajo. Sin ventanas y pobremente iluminado, era este un tugurio infecto donde olía a sudor, vino agrio y el río de orines que encharcaba la tierra del suelo. En el centro se erigía una tarima acotada con cuerdas alrededor de la cual un montón de hombres jaleaban enfervorizados a dos luchadores que, desnudos de cintura para arriba y descalzos, medían fuerzas. Sentado en un rincón y escoltado por una pareja de gigantes, un individuo de aspecto peligroso observaba la justa mientras daba indolentes sorbos a un vaso de vino.

En ese instante, uno de los púgiles asestó tal puñetazo al contrario que lo tumbó. En medio de un alboroto ensordecedor, el árbitro se aproximó al caído, que yacía inconsciente, e intentó reanimarlo. Cuando Alonso advirtió que era Juan, salió flechado hacia la tarima, atravesó las cuerdas y se agachó junto a él. Al verle cubierto de sangre y molido a palos, un escalofrío le recorrió la espalda,

aunque apenas tuvo tiempo de digerir el impacto porque uno de los gigantes le agarró el cuello y, casi a rastras, lo llevó ante el sujeto del rincón.

—Señor Treviño, os traigo al espontáneo —anunció con voz ronca.

—¡Soltadme, infeliz! —forcejeó Alonso—. ¡Soltadme o no respondo!

—Desde luego que responderás —intervino el tal Treviño, esbozando una sonrisa carente de dientes que, acto seguido, se torció para convertirse en un rictus furibundo—. ¿Por qué has interrumpido el combate?

—Creo más apropiada la pregunta inversa: ¿por qué no lo habéis interrumpido vos? —le rebatió Alonso, que, tras notar la deferencia de los gigantes hacia aquel tipo, se figuró frente al Estatua, el amo del lugar—. ¿Acaso queréis muerto a ese muchacho?

—En absoluto. Lo necesito en la brecha; al menos hasta que cumpla.

—¿Hasta que cumpla qué? ¿No os deberá dinero?

—Un buen pellizco —confirmó Treviño—. Perdió en los naipes, me pidió un préstamo, volvió a apostar y la pifió de nuevo.

—Y, como no puede reponer lo fiado, le obligáis a pelear —coligió Alonso, acongojado al descubrir el monumental aprieto de Juan.

—Los préstamos se devuelven vaciando la bolsa o doblando el lomo, pero se devuelven —arguyó Treviño en el tono convencido de quien dice una obviedad.

—Todo trabajador recibe un jornal. ¿Vos se lo abonáis?

—Ciertamente. Por cada combate, apoquino una cantidad y, cuando gana, otra, aunque, en vez de entregárselas, lo descuento de la deuda. Ya ves, pues, que no soy ningún negrero.

—Lo único que yo veo es que, si continuáis exponiéndole a estos excesos, quedaréis sin empleado y sin cuartos.

—Si así lo dispone Dios, amén —suspiró Treviño en tanto se encogía de hombros con un cinismo que sulfuró a Alonso.

—No permitiré que lo matéis. ¡Liberadlo de inmediato!

—Dame lo que le presté y podrá irse.

—Complacido lo haría, pero no tengo dinero.

—Entonces, pelea. Te remuneraré o, si lo deseas, también

deduciré de la deuda lo que ingreses. Cuanto más restemos a la suma, antes se transformará en cero.

Alonso tragó saliva. No le gustaban nada los derroteros que estaba tomando aquella conversación.

—No sé pelear. Ningún provecho sacaríais de mí.

—Discrepo de medio a medio —objetó Treviño mientras lo miraba de arriba abajo en ademán apreciativo—. Reconozco a un gladiador en cuanto le echo el ojo y tus trazas revelan uno de categoría. Ni una semana tardarías en procurarme una fortuna.

El bribón no andaba escaso de olfato comercial. A sus quince años recién cumplidos, Alonso parecía un héroe griego. Entre lo alto que era y lo musculado que estaba, captaba la atención de cualquiera, mucho más, la de un traficante de luchadores como Treviño.

—Fíjate si confío en mi instinto que te propongo un trato —añadió este—. Reduciré la deuda del Tornado a la mitad y, a cambio, tú lucharás hasta liquidar la otra mitad.

El semblante de Alonso adquirió la tonalidad cerúlea del miedo. Se sabía tan incapaz de abandonar a Juan como de vencer en contienda alguna. Por desgracia, una de las dos opciones se imponía y, dado que ni se planteaba la primera, trató de negociar la segunda.

—Participaré en un único combate. Si lo gano, perdonaréis al Tornado lo que os debe.

—¿Y si pierdes?

—Entonces, la deuda seguirá vigente.

—O sea que, si vences, renuncio al reembolso, y, si te derriban, me quedo como estoy. ¡Menuda bicoca! ¿Me piensas imbécil, mozo?

—Actuaré gratis en esta triste comedia y os cederé todo lo que recaudéis a mi costa. Mi intervención os reportará beneficios hinque o no rodilla.

—No los suficientes. Presté mucha guita al Tornado y yo no acepto barro por oro. No obstante, me has azuzado la generosidad, así que te ofrezco una alternativa. Lucharás una sola vez. Si ganas, olvidaré la deuda. Si pierdes, asumirás otra de idéntico montante.

—¿Os habéis desnortado? —saltó Alonso, macilento—. No me avendré a ese dislate.

—Claro que sí —dijo Treviño—. De lo contrario, no bien el Tornado se recupere, reanudaré la justa y, me aseguraré de que, si besa el suelo de nuevo, y te garantizo que lo hará, no vuelva a

levantarse. Tú decides. O afrontas el coso o vas de velorio.

Alonso se tambaleó. La idea de asistir al entierro de Juan le aceleraba la respiración, pero la de faltar a él porque estaría en el suyo propio se la cortaba. Con todo, prefería domiciliarse en el cementerio que visitarlo para rezar ante la fosa de Juan. No soportaría ni su ausencia ni los remordimientos de haberla provocado o, al menos, de no haber intentado impedirla. Respiró hondo y, como tantas otras veces, se encomendó a la Virgen.

—De acuerdo. Pelearé.

—¡Magnífico! —celebró Treviño, entusiasmado—. Te batirás con uno de mis escoltas. Puedes escoger el que más te guste.

—¡Pero eso es desproporcionado! —se alarmó Alonso mientras miraba a los gigantes—. Cualquiera de los dos me aniquilará a la primera embestida.

—A tal contento aspiro. Te reitero que te intuyo un excelente gladiador y no pienso dejarte escapar. Te pondré a mis órdenes y me llenarás el bolsillo.

—Poco obtendréis si me enfrentáis a vuestros mastodontes porque no sobreviviré.

—No temas. Se limitarán a derrocarte, pero no te despenarán. Ya te he dicho que no te dejaré escapar. En fin, concertados los términos del convenio, procedamos. Selecciona a tu adversario. ¿A quién eliges? ¿A Liborio o a Sinforoso?

Alonso estudió a los dos goliats y se percató de que uno padecía estrabismo, circunstancia muy inconveniente cuando se trataba de aplastar a un david como él. Rápidamente urdió un plan que tal vez le brindase una oportunidad. Una pequeña; ínfima, a decir verdad. Pero menos era nada.

—Elijo al de la izquierda.

—Liborio, disponte a disfrutar de la victoria más fácil de tu vida —bromeó Treviño.

El mentado empezó a desvestirse soltando unas carcajadas que, pese a lo negro de su horizonte, sosegaron a Alonso. Aparte de bizco, también parecía idiota, y eso le proporcionaba cierta ventaja.

—¿Qué nombre transmito al árbitro? —le preguntó Treviño—. Antes de iniciar el duelo, presenta a los luchadores. No preciso el auténtico. Invéntate un alias y listo.

—Me llamaré El Vengador —declaró Alonso en honor a Enrique

Valcárcel.

—Estupendo —dijo Treviño para dirigirse luego al otro escolta—. Sinforoso, informa al árbitro de un careo entre el Minotauro y el Vengador.

Apabullado y sin asimilar todavía los acontecimientos, Alonso regresó a la tarima donde Juan continuaba desmayado. A un gesto de Treviño, le permitieron sacarlo de allí y llevarlo a un rincón, cosa que hizo agarrándole de las axilas y tirando de él porque le temblaba tanto el cuerpo que ni fuerzas halló para remolcarlo de una manera más cuidadosa. Tras acomodarlo y taparle con la capa de Márquez, lo zarandeó.

—Juan, despertad. Necesito que espabiléis. ¡Juan!

—¡Atención, atención! —voceó el árbitro—. Me complace anunciarles un nuevo asalto. El Vengador, ese pollito del fondo, afirma ser capaz de doblegar al Minotauro. ¿Alguien lo cree posible? ¡Vamos, señores! Os estoy ofreciendo una apuesta segura. No desperdiciéis esta oportunidad de volver a casa bañados en oro.

Entre gritos y risas, un nutrido público corrió a alinearse frente a Treviño, que empezó a anotar posturas y a recaudar dinero.

—¡Juan! —insistió Alonso sin dejar de sacudirlo histérico—. ¡Cielo santo! ¡En menudo embrollo me habéis metido! Como vuestras mamarrachadas me impidan ir a la universidad, os descrismo. ¡Juan! ¡Que despertéis de una condenada vez, demontres!

Sus violentos meneos surtieron efecto y, al fin, Juan abrió los ojos.

—¿Alonso? —parpadeó atónito cuando lo reconoció—. Pero... ¿qué hacéis vos aquí?

—Pues no lo sé, francamente —gruñó el otro antes de acercarle un pellejo de vino a los labios—. Supongo que el tonto. ¡Y todo por vuestra culpa!

—¿Por mi culpa qué? No entiendo nada.

—¡Muchacho! —exhortó el árbitro desde la tarima—. Torso desnudo y fuera botas. ¡Date prisa! La contienda va a comenzar.

—¿De qué contienda habla? —interpeló Juan.

—Vuestro patrón y yo hemos llegado a un acuerdo —explicó Alonso de manera atropellada—. Si gano al Minotauro, no os cobrará la deuda que adquiristeis frente a él. Si pierdo, asumiré otra de igual montante y tendré que saldarla luchando.

—¿Estáis de chanza? —balbuceó Juan, incrédulo—. Le debo mucha pana a ese canalla. Como caigáis, y de seguro lo haréis, os entramparéis para siempre. Yo combatiré. La estupidez del Minotauro excede sus hechuras y alguna vez le he vencido.

—No lo comprendéis. El Estatua me ha dado dos opciones: o yo peleo, o vos la palmáis. Ordenará que os maten en la próxima lid. Así que aparcad la cháchara y ayudadme, que apenas tenemos tiempo. ¿Conocéis algún punto débil del Minotauro?

—Le aterran las cucarachas. Decidle que un ejército de ellas lo ronda y se trastornará. Y no le golpeéis el cuerpo. Es una viga de hierro y os romperéis los puños. Atizadle en la cara.

—¡Vengador! —llamó el árbitro—. ¡Os necesito aquí ya!

Intentando abstraerse de la pavorosa situación, Alonso se quitó las botas y escondió el relicario de Margarita en una de ellas. Tras frotarse las manos, empapadas del mismo sudor frío que le entumecía el coraje, subió a la palestra. El Minotauro le aguardaba dando saltitos, rotando los hombros y virando el cuello a derecha e izquierda. La ventolera de cada aspaviento lo dejó espeluznado. Un cabezazo de aquel merluzo y lo mandaría directo al cielo.

El árbitro se colocó entre los dos, los conminó a chocar los nudillos y les deseó suerte. Después declaró inaugurado el combate.

En mitad de una barahúnda atronadora, Alonso se ciñó a su plan y comenzó a ejecutar los pasos de la gallarda que su maestro de danzar le había enseñado. Gracias al amplio repertorio de florituras y mudanzas aprendidas y hasta el tedio practicadas, consiguió esquivar las arremetidas del Minotauro, el cual lanzaba un tabanazo tras otro, pero ninguno llegaba a destino. Su estrabismo le impedía encuadrar una figura en movimiento, y en eso consistía la estrategia de Alonso: en no parar quieto. Cuando constató que la treta funcionaba, multiplicó la celeridad del baile. Derecha, izquierda, delante, detrás. Giro de pie. Rotación. Cabriolé. Cambio. Molinete. Nueva rotación. Se desplazaba a una velocidad tan vertiginosa que el Minotauro no lograba seguirle, y la perplejidad, sumada a la frustración, empezó a desinflar los bríos de este.

—¡Sacudidle ya! —gritó Juan—. ¡En la cara! ¡Dadle en la cara!

Alonso obedeció, pero calculó mal y solo le alcanzó en el pecho. Comprobó entonces que Juan no había exagerado porque en verdad sintió que golpeaba un muro de acero. El impacto lo petrificó durante

un lapso fugaz aunque suficiente para el Minotauro, que acertó a enfocarle y le propinó tal trompada en el estómago que lo derribó.

—¡Arriba! —alentó Juan—. Lo estáis haciendo muy bien. No os rindáis.

Alonso se incorporó y ya presentaba batalla otra vez cuando un segundo guantazo volvió a tumbarle. Allí quedó con los ojos cerrados y, al abrirlos, encontró los del Minotauro a dos palmos de distancia.

—Preparaos para ingresar en la plantilla del Estatua, mequetrefe —lo escuchó rumiar en un tono que le erizó la piel.

Recordó entonces la revelación de Juan y, clavando la mirada en la cabeza del coloso, adoptó un gesto estupefacto.

—¿Por qué tenéis el tejado lleno de cucarachas?

El Minotauro reaccionó de manera fulminante. Pegó un respingo, se puso en pie de un salto y comenzó a tocarse el cabello con una congoja del todo chocante en alguien de sus dimensiones. Alonso sacó buen partido de ella. Primero se levantó, soltó el puño derecho y se lo incrustó en la mejilla. Luego tensó el izquierdo hasta convertirlo en una piedra y le atizó de nuevo. Un chasquido acompañado de una torrentera sanguinolenta le indicaron que acababa de fracturarle la nariz.

Presa del dolor y también del pasmo, el Minotauro se llevó las manos a la zona herida y se dobló sobre sí mismo, circunstancia que Alonso tampoco desaprovechó. Entrelazó los dedos, alzó los brazos para formar una pirámide con la cabeza por base, proyectó toda la potencia de su cuerpo y de su alma en el vértice y ¡zas! Se lo estampó en la coronilla.

Los berridos del público arreciaron cuando el Minotauro cayó de rodillas. Alonso se ensañó en su nariz y la apaleó a placer. Al final, bañado en sangre y sumido en una agonía insoportable, el gigante se desplomó boca arriba. Ebrio de adrenalina, Alonso se sentó a horcajadas encima de él y se le arrimó hasta pegar la frente a la suya.

—¿Y ahora qué? ¿Os sigue pareciendo la victoria más sencilla de vuestra vida?

La bravata le costó cara. De repente, el Minotauro irguió el cuello, le estrelló el cráneo en la sien y luego le asestó un puñetazo en el rostro tan brutal que salió disparado contra las cuerdas. El porrazo le amorató un ojo, le inflamó el otro, le partió una ceja y lo peor: lo dejó al borde del desmayo. Al advertirlo, se asustó. Si se desvanecía,

Treviño le echaría la red y la esperanza de cumplir la promesa hecha a Sebastián se transformaría en humo. ¡No quedaría nadie en situación de reparar el honor de los Castro!

El Minotauro lo cogió de los hombros y se le acercó tanto que parecía a punto de besarle. Nada más lejos. Lo que, en realidad, pretendía era demarcarlo en su campo de visión para poder así atinar el golpe. Pero no lo conseguía. Incapaz de mantenerse recto, el chico bandeaba de lado a lado y, en esas condiciones, el gigante no acertaba a fusionar las imágenes desdobladas que sus ojos esquinados le mostraban.

Ajeno a la ventaja que le daba su involuntario vaivén, Alonso procuraba huir de la inconsciencia, objetivo complicado debido al frenético caleidoscopio en que se había convertido el alrededor. Giraba mucho. Demasiado. Y a toda velocidad. Iba rapidísimo. Cada vez más. Y más. Y más. Al final, capituló. Mareado y aturdido, empezaba a entornar los párpados cuando la voz de Juan, remota y titilante, recaló en sus oídos.

—¡Vamos, hermano! Casi lo tenéis. Está exhausto y apenas ve. Os agarra porque necesita fijar vuestra imagen. ¡Atacad el rostro, Alonso! Un último turbión y lo batiréis.

La arenga lo espabiló. Abrió los ojos y, al comprobar que, en efecto, el Minotauro intentaba delimitar su silueta, lo empujó tirando de unos arrestos en vías de extinción. Jadeante, ensangrentado, brillante la piel de sudor, con los músculos delineando sus brazos, las venas hinchadas por el esfuerzo, la barbilla adherida al pecho y los puños en alto, comenzó a bailar de nuevo; aunque, desaparecida la agilidad del principio, más que bailar, bamboleaba. Sin energía ya ni para separar los pies del suelo, los deslizaba y, al hacerlo, dibujaba eses en la madera.

El Minotauro tampoco andaba en su mejor momento. También extenuado y, en el colmo del desastre, medio ciego, daba cachetadas al aire en tanto un público desgañitado, enloquecido e iracundo lo abroncaba.

Exabruptos, clamores, vítores y silbidos taladraban las orejas de Alonso, pero él trataba de confinar todo aquel ruido en un pliegue de su entendimiento para dejar paso franco a las instrucciones de Juan. Le urgían y pugnaba por captarlas. De pronto, como un eco espasmódico y evanescente, le llegaron.

—¡Ahora, amigo! ¡Golpead ahora!

Acopió entonces las escasas fuerzas que le restaban, inspiró hondo y empotró el puño en la boca del Minotauro. Una cascada de sangre le salpicó y varios dientes campanearon sobre la tarima. El coloso se desmoronó. Esta vez, Alonso no volvió a cometer el error de confiarse y proferir sornas inútiles. Al revés. Le propinó otro soberbio derechazo en la ya destrozada nariz y así lo remató.

Un silencio anonadado se adueñó del lugar. La mayoría de los presentes lo había apostado todo al Minotauro y el insólito resultado implicaba una auténtica catástrofe. Mientras cada cual digería su particular descalabro financiero, el árbitro se acuclilló junto al caído y, después de esperar un buen rato sin que este diera muestras de restablecerse, confirmó a voces la victoria de un Alonso que se aferraba a las cuerdas para no colapsar. Luego palmeó el hombro del muchacho con sincera afabilidad.

—¡Enhorabuena! Ve a echar un trago. ¡Voto a mi fe que te lo has ganado!

Semiinconsciente, chorreando sangre de la ceja rota, dando tumbos y casi a tientas porque la inflamación de los ojos progresaba a un ritmo acelerado, Alonso regresó al rincón. Un eufórico Juan lo recibió entre abrazos y ovaciones.

—¡Por la prole de Adán! ¡Qué espectáculo! El pencazo final ha sido regio. Magistral. Grandioso. ¡Sublime! ¿Y esas danzas? ¿Quién os ha enseñado a trenzar así los talones?

Sin resuello ni ganas de articular palabra, Alonso se vistió. Luego se acostó sobre su capa para ver si, en posición horizontal, el mundo dejaba de dar vueltas. En ello se afanaba cuando Sinforoso, el otro custodio de Treviño, le truncó el empeño.

—Vosotros dos, acompañadme. El patrón desea hablaros.

Pletórico de alegría uno y renqueante el otro, los chicos se encaminaron a la esquina donde Treviño aguardaba. Este miró a Alonso fascinado.

—¡Increíble! Te imaginaba duro de pelar, pero has superado todas mis expectativas.

—Al grano, maese —farfulló Alonso, impaciente por largarse de allí—. Confío en que respetéis nuestro pacto y anuléis la deuda del Tornado.

—Soy un caballero y, cuando pierdo, cumplo. Ambos podéis

marchar. No obstante, concede un pensamiento a mi oferta. Conmigo, amasarías una fortuna.

—No me gusta ganar dinero manchado de sangre, ni propia ni ajena. Nos retiramos. Si dijera que ha sido un placer, mentiría, así que me limitaré a despedirme. Adiós.

Temeroso de que Treviño cambiase de opinión, empujó a Juan hacia la escalera y, agarrado a él, la subió lo más rápido que su derrengado esqueleto le permitió. Una vez en el exterior, alzó el rostro al cielo y aspiró la brisa nocturna.

—¡Hum! —murmuró, embelesado—. ¡Qué delicia! Creí que acabaría eternamente endeudado y que no volvería a disfrutar de esta sensación de libertad.

Apoyado en una pared y con los arreos de Márquez en la mano, Juan permaneció callado. Sorprendido de no recibir respuesta, Alonso le miró.

—¿Qué sucede? ¿Estáis bien?

—Mejor que en mucho tiempo —confesó, reprimiendo un llanto agradecido—. Me siento abrumado. Nunca nadie lo había arriesgado todo por mí.

—Vos lo habéis hecho por un servidor en cientos de ocasiones —alegó Alonso con cariño—. Ya me tocaba retribuir tantos desvelos. Además, vuestros consejos durante el combate han resultado decisivos. Lo considero, pues, un éxito de los dos.

—El triunfo es vuestro. Yo solo merezco reproches. Me he comportado como un miserable y, en lugar de mandarme al infierno, os habéis internado en él para socorrerme. Jamás lo olvidaré. Esa condenada deuda me tenía atrapado y no veía manera de escapar.

—Espero que hayáis aprendido la lección y no pidáis más préstamos.

—Junto a vos, ya no los necesitaré —adujo Juan, alborozado—. Vuestra pericia en los naipes y mi veteranía solía reportarnos arrobas de metal. Ahora volverá a hacerlo. En estos meses han abierto un montón de locales de juego donde nadie nos conoce. De momento propongo reinstalarnos en la cueva de Santa Isabel. Cuando ahorremos un poco, alquilaremos un chamizo cerca del matadero. Los arriendos allí son muy asequibles.

—No voy a cambiar ni de casa ni de vida —objetó Alonso afligido, pues se olía la enésima trifulca—. Solo pretendía rescataros y

me alegra haberlo conseguido, pero no os engañéis. La aventura concluye aquí.

—Yo supuse que… —titubeó Juan, cuyo gesto viajó sin escalas del júbilo a la decepción—. Al veros en la tasca del Estatua, pensé que, por fin, habíais renunciado a ese absurdo empeño vuestro de formar parte de un mundo que no os corresponde.

—¿Y, a vuestro entender, qué mundo me corresponde? —se reviró Alonso—. ¿El de los minotauros y sinforosos dedicados a despedazar al personal para engordarle el bolsillo a un explotador de necios como vos?

—¿No os dais cuenta de que formamos un equipo imbatible? —intentó persuadirle Juan en actitud conciliadora—. Juntos cosecharíamos más oro que uvas en vendimia. Ya no necesitaríais seguir soportando al cretino de Álvaro.

—Mesuraos o la tendremos. No toleraré ofensas contra él.

—Comprendo. El dinero pesa más que los amigos, ¿cierto?

—¡Menuda estolidez! Ambos sois mis amigos y a los dos os aprecio.

—Si me apreciarais, no me habríais hecho tanto daño. No me habríais privado de la felicidad. Yo era dichoso con Antonio hasta que aparecisteis vos y lo separasteis de mí. Vuestra avaricia me ha dejado solo. Tenía una vida y me la habéis arrebatado, ¡maldita sea!

—¿Cómo que os he arrebatado la vida? ¡Pero si acabo de salvárosla!

—¡Qué sí, compadre, que sí! ¡San Alonso, el Arreglamales, siempre al quite para solucionar las sinfustadas de Juan, el Inútil! Muy agradecido, don Bizarro. Sois mi héroe.

—Y vos, un majadero sin nada en la mollera, excepto veneno. Palabra de honor que no doy crédito. ¿Ahora resulta que también os he separado de Antonio?

—¿Y todavía lo negáis? Desde que lo metisteis en las caballerizas, no le interesa si existo o si la he diñado.

—El niño ansiaba encontrar el Paraíso de los Caballos que vos mismo inventasteis y afincarse en él —se defendió Alonso—. Ha cumplido su sueño. Debería alegraros.

—¿Y cómo sabéis que eso era lo que de veras deseaba? —estalló Juan—. ¿Se lo planteasteis antes de decidir por él? ¿Me lo consultasteis a mí, que lo he cuidado desde la muerte de Mateo y algo

me habría correspondido opinar? ¿Os parasteis a pensar que quizá el crío habría preferido imaginarse rodeado de jamelgos pero libre a pasarse la vida limpiando sus boñigas sometido a un patrón antojadizo y tirano? ¡Claro que no! Ya se encarga el aprendiz de Dios de arbitrar el destino de todos y de hacerlo de manera infalible. Porque nunca se equivoca. Nunca patina. Nunca desbarra. Conoce tan bien las aspiraciones de la cristiandad entera que no necesita ni preguntar. Él propone y dispone. Determinasteis que Antonio quería trasladarse a las caballerizas, se lo pedisteis a vuestro amigo el ilustre y problema resuelto. ¡Se pronunció el profeta y amén al responso!

—Id y preguntadle. Apuesto a que, entre su actual libertad y la que vos le ofrecéis, escogerá la primera.

—Probablemente, pero eso le hace más pobre que antes. Ayer no necesitaba nada para sonreír; tampoco unas caballerizas cuya existencia ignoraba. En cambio, hoy moriría de pena si lo alejaran de ellas. Le habéis generado necesidades que solo pueden satisfacer ricachones como los Soto de Armendía y esa dependencia le resta libertad.

—¿Y acaso se la proporciona cenar o ayunar según las faltriqueras que consiga robar? ¿O ver amanecer tras las rejas de la celda donde tarde o temprano habría terminado? —impugnó Alonso—. Los Soto de Armendía era su mejor baza y lo sabéis. ¿Tanto os cuesta admitirlo? ¿Tanto os cuesta celebrar la dicha de aquellos a los que aseguráis querer? No os alegráis por mí. Ni por Antonio. Ni siquiera os alegrasteis por Mateo cuando os conté que uno de sus asesinos al fin ha pagado el crimen y que él ya descansa en paz.

—No habléis de Mateo como si fuera vuestro amigo —chilló Juan, desquiciado—. No lo era, ¿os enteráis? ¡No lo era! Y escabechar a su verdugo me correspondía a mí, no a vos ni, desde luego, al maldito Álvaro.

—¡Estoy harto de vuestras arremetidas e impertinencias! No os he traicionado, ¿me oís? Ni os abandoné a vuestra suerte, ni os marginé ni, mucho menos, me olvidé de vos. He tendido mil puentes en el abismo que habéis erigido entre nosotros. Os he aguardado día tras día. He esperado a mi camarada, al que aprecio y admiro; al que nunca he dejado de extrañar. Pero se acabó, Juan. No continuaré justificando mi lucha ni esforzándome en transmitiros cuánto significa para mí. Mejor que nadie lo sabéis. Es una misión de vida. Lo que me

impulsa a levantarme cada mañana, a no darme por vencido, a seguir adelante. Prometí a mi padre restaurar el honor de los Castro y solo intento cumplir.

—¡Ya tardaba en salir la epopeya familiar! —bufó Juan, desplegando una mordacidad en verdad lacerante—. ¡Qué saturación, la Virgen! Exprimís vuestro infortunio con tan patético ahínco que la crucifixión de Cristo parece un chascarrillo. Además, quizá la Inquisición no meaba fuera del tiesto cuando quemó al plumilla. Si descendía de judíos, merecía la hoguera. Y talmente la parienta por sucumbir a las negruras de un hereje.

Alonso se abalanzó sobre él, le quitó la espada de Márquez que llevaba en la mano y le puso el filo en el cuello.

—Repetid esa infamia y aquí mismo os rajo el pescuezo, desgraciado —masculló, rojo de furia—. Si así pensáis, lamento descubrirlo ahora. De haberlo sabido hace un rato, habría dejado que los secuaces de Treviño os reventasen la cabeza.

—Una lástima, entonces, pues así opino —desafió Juan—. Creo que los curas acertaron chuscarrando a vuestros padres porque los renegados de Dios han de pudrirse en el infierno. Creo que sois un fatuo que se considera superior a los demás porque al pobrecito le truncaron su dulce existencia. Y creo que no restituiréis la dignidad de los Castro porque no se puede recuperar lo que jamás se ha tenido. Todo eso creo.

Ciego de ira y dolor, Alonso se aprestó a degollarlo, pero la fuerza del cariño le frenó.

—¿Dónde está Juan de la Calle? —preguntó sin reprimir un río de lágrimas decepcionadas—. Era noble y bueno. Era mi amigo, mi compañero. Mi hermano. ¿Dónde está, maldita sea? Porque yo no le reconozco en este fariseo mezquino y despreciable.

Juan no contestó. Pese a saber que había cruzado una línea roja y procedía una disculpa, el orgullo le selló los labios. Alonso le escudriñó el semblante, la expresión de los ojos, el alma que habitaba en ellos. Buscaba un destello de arrepentimiento. Aunque fuera pequeño; aunque solo titilase. Pero únicamente detectó rencor y una rabia feroz que embalaba todo vestigio de afecto. Bajó la mirada y también el arma.

—Os habría perdonado cualquier cosa, Juan. Cualquier cosa, excepto esto. ¿Queríais expulsarme de vuestro lado? Pues

felicitaciones. Lo habéis conseguido. Hasta nunca.

Dio media vuelta y empezó a caminar empuñando todavía la espada de Márquez. Mientras la arrastraba por el suelo, trazaba en la tierra una estría de pena. Vacilante. Solitaria. Se terminaron las sendas paralelas. El hombro con hombro. Las huellas de dos. Las palmaditas en la espalda. Las bromas. Las risas. El consuelo. El apoyo. La camaradería. Alonso se alejó al paso lento de quien envuelve un tesoro en la seda de los recuerdos para meterlo en un arcón que jamás abrirá de nuevo. Poco a poco, la silueta de Juan se fue desvaneciendo. Según avanzaba, su ausencia era mayor. El dolor también. Ya lo echaba de menos. Ya no le tenía más. Al final, la oscuridad se lo tragó. Había quedado atrás. Él y los jirones de una amistad.

41

CAÍN Y ABEL

Cuando Juan llegó a su cuarto, se tiró en el camastro y rompió a llorar con una legión de remordimientos martilleándole la conciencia. Alonso lo había arriesgado todo para salvarle y, en lugar de agradecérselo, le había soltado una ristra de barrabasadas que ni siquiera pensaba. Si al menos hubiera reculado, quizá habría arreglado aquel desastre, pero el orgullo le había fosilizado la intención.

Pese a lo mal que se sentía, vislumbraba algo positivo en las consecuencias de su villanía. Creaba demasiados problemas a Alonso y, de continuar así, terminaría truncándole el futuro. El colmo había sido exponerlo a Treviño e involucrarlo en un mundo sórdido y tenebroso que, de haberle atrapado, lo habría confinado en una cárcel con el cementerio por única salida. No podía seguir complicándole la existencia. Tenía que apartarse de él. Y, aunque resultaba difícil que alguien de tan íntegros principios como Alonso cortara todo lazo con un hermano, había una manera infalible de lograrlo. Quizá fuera la única, pero Juan la conocía. Solo necesitaba atacar lo más sagrado para el muchacho: el honor de los Castro. Y, dado que justo eso había coceado, no pudo por menos que agradecer que la rabia y los celos le hubieran desquiciado hasta el punto de cometer una bajeza de semejante envergadura. Alonso estaría mejor sin él. Sería mucho más feliz sin él. Aquellas dos certezas le rasgaron el alma, pero le consoló pensar que lo sucedido redundaría en beneficio del chico. En el fondo, le había hecho un enorme favor.

Ahora bien, no bastaba con construir una barrera emocional que los separase. También debían distanciarse físicamente, porque el muy tontaina todavía le perdonaba y, entonces, de nada habría servido el disgusto. Eso le obligaba a marcharse, aunque antes precisaba reunir parné. Los Soto de Armendía no le abonaban el jornal y lo necesitaría para comenzar de nuevo. Además, merecía el fruto de su labor, ¡qué

demonios! A pulso se lo había ganado y no se iría sin él. Como imaginaba que no le pagarían en voluntad, resolvió agenciarse el salario por la fuerza. En otras palabras, lo robaría. Después prepararía la impedimenta y se largaría de aquella maldita casa que tan solo lo había dejado.

Trazado el plan y decidido a ejecutarlo a la primera oportunidad, bajó a las cocinas. Al verle comparecer en el trabajo a una hora decente, el señor Baldani bizqueó perplejo.

—¡Giovanni! ¡Qué temprano! ¿Te pasa algo? ¿Acaso estás enfermo?

—Me llamo Juan —gruñó el muchacho al tiempo que se instalaba en un taburete y empezaba a desplumar perdices—. No respondo a ese nombre que insistís en endilgarme.

—¡Pero si Giovanni rebosa imperio, papanatas! —replicó el italiano de buen humor.

En ese momento Alonso cruzó el umbral de la estancia. Empuñaba la espada de Márquez y, tras la paliza del Minotauro, lucía un aspecto deplorable. Tenía el rostro hinchado, una ceja partida, sangre seca en ella, un cardenal en el ojo y arañazos en la frente. Tampoco se había aseado. Los rizos estaban alborotados; las ropas, desgobernadas, y un fino polvillo cubría sus siempre impolutos zapatos.

La turba que atestaba la cocina calló en el acto y lo miró espantada.

—*Mamma mia!* —se horrorizó el señor Baldani—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Y qué haces blandiendo una espada? Aquí no se permiten armas.

—Solo vengo a devolvérsela a su dueño —explicó Alonso antes de lanzar el acero a los pies de Juan—. No quiero nada vuestro. Y esto lo es.

—Os equivocáis —negó el otro mientras arrancaba las plumas de una perdiz con tales bríos que, al final, no quedaría carne que guisar —. No es mía.

—Ya lo creo que sí y bien que la honráis. Primero perteneció a un lucifer y ahora a un caín. Ambos, igual de traidores e igual de miserables.

—¡Alonso! —reprobó don Angelo—. Giovanni es tu amigo y los amigos se prodigan cortesías, no sapos y culebras. Excúsate de

inmediat…

La entrada de don Jaime Lara, el despensero de la casa, interrumpió el altercado.

—Buenos días —saludó de manera tan apresurada que no se percató de lo que acontecía—. Señor Baldani, he de rogaros un favor. El administrador quiere saldar la cuenta del sastre de su ilustrísima. Le he enviado un billete solicitándole que venga hoy y, tratándose de cobrar, supongo que le faltará tiempo para complacer la demanda.

—No volaríamos a por los dineros si los patrones nos pagasen en plazo —protestó don Angelo—. Cuando toca gastar, nada los frena, pero, a la hora de apoquinar, miran a otro lado.

—Las deudas de su ilustrísima no os conciernen —recriminó don Jaime.

—Sí lo hacen porque hace meses que no se nos abona el sueldo.

—Si así opináis, manifestadlo utilizando el cauce establecido al efecto —rebatió don Jaime, irritado al oír un murmullo de consenso entre los espectadores de la escena—. Las quejas se formulan al licenciado Cisneros, no se pregonan ante el resto de empleados, máxime siendo vuesa merced el responsable de los aquí presentes. ¿Entendido?

—*Capito* —farfulló el cocinero en actitud ofuscada aunque desafiante.

—He de pasar toda la mañana en la cueva comprobando la partida de vinos que llegó ayer y no podré recibir al sastre —prosiguió don Jaime para tenderle luego una faltriquera de cordobán carmesí—. ¿Os importaría entregarle esto cuando asome?

—Descuidad —rezongó don Angelo, que la tomó a regañadientes.

—Os estoy confiando dos años de trabajo del mejor sastre de Madrid, señor Baldani. Eso asciende a un auténtico dineral. Os suplico que lo celéis bien.

—¡Suerte la suya! Con retraso, pero al menos va a cobrar. Más vale tarde que nunca.

—El licenciado Cisneros detesta ese tipo de desaires, así que empecinaos en golpear el clavo y, al final, os aplastareis el dedo —amenazó don Jaime—. Advertido quedáis.

Dicho esto, se giró en dirección al patio y empezó a abrirse paso a través de la concurrencia, la cual había asistido a la disputa sumida en un silencio deleitado, pues una pelea de gallos en mitad del

gallinero siempre brindaba diversión y un tema de tertulia de lo más entretenido. Fue entonces cuando el despensero reparó en Alonso y, escandalizado por sus trazas, frenó en seco. Indiferente al choque entre los dos jefes de servicio, el chico permanecía tieso y erizado frente a un Juan que continuaba despellejando perdices como si el hambre mundial dependiese de aquel cesto de pájaros.

—¡Alonso! —exclamó boquiabierto—. ¿Qué significa semejante desaliño? ¿Lo consideras digno de un representante de los Soto de Armendía? ¡Dios bendito! ¿Qué hace esa espada en el suelo? ¿La has tirado tú?

—Sí, señor —contestó Alonso, que ni le miró porque no dejaba de escrutar a Juan.

—¿Y lo confiesas con ese descaro? —reconvino don Jaime, cuyo enfado se multiplicó al escuchar las risitas del público, que estaba disfrutando de lo lindo con aquel improvisado circo de doble pista—. Conoces perfectamente las normas y te consta que tenemos prohibido desenvainar en el interior de la casa.

—No lo he hecho. Ese estoque no me pertenece y, si no dispongo de la vaina, no puedo haberlo desenvainado. He bajado para devolvérselo a Juan. Es suyo.

—Me da igual el motivo que te ha traído aquí. Tu presencia en las cocinas resulta del todo inapropiada. Los empleados de escaleras arriba nunca visitan esta zona y tal condición ostentas como paje de don Álvaro. Regresa a tu puesto y haz el favor de adecentarte. Pareces un maleante de la peor estofa.

Alonso ni respondió ni se movió. Antes de retirarse, necesitaba contemplar a Juan con la espada de Márquez. Jamás le perdonaría, pero, por si acaso le tentaba la idea, esa imagen le ayudaría a mantenerse firme en su decisión.

Don Jaime, que era íntimo de don Hugo y, como el ayo, también consideraba a Alonso un arrabalero soberbio e insoportable, encajó mal la desobediencia del joven. La humillación de verse ninguneado delante de todos sumada a la tirria que le profesaba agigantó tanto su enojo que perdió los estribos de una manera inaudita.

—¿Me has oído, mamarracho? —bramó—. He dicho que te largues. ¡Fuera!

—Mesuraos, don Jaime —intentó apaciguarlo don Angelo, atónito ante aquella desproporcionada reacción—. El *ragazzo* acatará

vuestras órdenes de inmediato. ¡*Andiamo*, Alonso! No empeores las cosas y márchate.

—Salgo al patio, señor Baldani —anunció don Jaime, todavía iracundo—. Si, cuando vuelva, este matasietes sigue aquí, acudiré al licenciado Cisneros y denunciaré la desidia reinante en las cocinas. En lugar de lamentaros porque no percibís el sueldo, dedicaos a ganarlo imponiendo un poco de disciplina en vuestros feudos.

En cuanto desapareció, don Angelo estrelló contra la mesa la faltriquera destinada al sastre y tal violencia imprimió en el gesto que varias naranjas cayeron al suelo.

—*Porcoarrogante!* ¿Quién se habrá creído que es? ¿El Felipe de las Españas?

Luego volcó su frustración sobre el personal, que seguía parado y muy atento al desenlace del conflicto.

—¿Quién os ha dado permiso para cruzaros de brazos, haraganes? ¡A trabajar!

El bufido surtió un efecto fulminante y la gente regresó a sus respectivas labores. Tan abrupto fin del recreo originó tal trajín de prisas y carreras que nadie se fijó ni en Juan ni en las miradas soslayadas que, de cuando en cuando, lanzaba a la faltriquera. Nadie, excepto Alonso, a quien le asaltó una sombría corazonada. Como, pese a todo, no lograba desentenderse de aquel tunante de dedos peligrosos, decidió evitarle tentaciones. Cogió la bolsa y se dirigió a la chimenea para depositarla sobre el vasar.

—¿Qué haces con los cuartos del costurero? —inquirió don Angelo en tono suspicaz.

Rojo como la grana, Alonso dejó la bolsa en la repisa del hogar.

—Pensé que... los habíais olvidado en la mesa y trataba de ponerlos a buen recaudo.

—Su mejor recaudo está lejos de ti. Y ahora no incordies más y esfúmate.

Un mozo que acababa de llegar de la calle cargado con una bandeja de hogazas recién horneadas pisó las naranjas que don Angelo había tirado al estampar la faltriquera en la mesa, resbaló y las hogazas rodaron por la tierra húmeda que cubría la piedra del pavimento. En la esperanza de que el cocinero no le sorprendiese, se apresuró a recopilarlas, limpiarles el barro y recolocarlas en la fuente. Pero tanto ahínco no le rentó.

—*Santa Madonna!* —vociferó el señor Baldani—. ¿De verdad pretendes dar esos panes al marqués, animal?

Inmerso ya en la tarea de asestar escobazos a su nueva víctima, se despreocupó por completo de Alonso, quien, apurado porque las obligaciones le llamaban, hubo de renunciar al codiciado retrato de Juan empuñando la espada de Márquez y, muy a su pesar, se marchó no sin antes dedicar a este una última mirada henchida de rabia.

Juan ni se inmutó. Tal como se había barruntado Alonso, planeaba agenciarse la faltriquera y a eso consagraba ahora su entero interés. Se fingió absorto en el desplumado de perdices mientras esperaba la ocasión propicia para actuar. Se le presentó cuando la cocina quedó desierta durante un instante. A la velocidad del galgo, se acercó a la chimenea, agarró la bolsa, se la escondió bajo las ropas y regresó al taburete. Se movió con tanta rapidez que, al volver del patio, de la calle o del resto de las estancias, sus compañeros lo hallaron en la misma posición e igual de enfrascado en el trabajo. Pasó el día aguardando al sastre, pero, contra todo pronóstico, este no compareció y, como nadie reclamó los dineros, nadie los echó en falta.

Concluida la jornada, subió al desván e, impresionado al descubrir el potosí que contenía la faltriquera, la ocultó en la paja de su jergón y urdió el plan de fuga. No debía precipitarse. Aunque anhelaba escapar, sabía que, de hacerlo ya, se convertiría en el principal sospechoso. En cambio, si permanecía en la casa y se comportaba con normalidad, no recelarían de él. Ni de él ni de ningún otro, porque el despensero había entregado la bolsa a don Angelo y eso señalaba de manera directa al italiano. Probablemente, lo acusarían y le impondrían la pena de galeras, expectativa que, lejos de remorderle la conciencia, le alegró. Aquel canalla merecía una temporada en el mar. Allí aprendería cuánto dolían los palos en la espalda.

A la mañana siguiente, de nuevo empezó a trabajar muy temprano. No le costó esfuerzo alguno. La certeza de que el sastre no fallaría ese día le suscitaba tal desasosiego que no había pegado ojo en toda la noche. Y acertó de pleno. Los campanarios todavía no habían repicado las nueve cuando un hombre franqueó la puerta de servicio. Era tan menguado y orondo que resultaba más fácil saltarle que rodearle. Mostraba la sonrisa ilusionada del que acaricia una quimera, la expresión escéptica de quien no da crédito a la posibilidad de

materializarla, y el sofoco propio del calor que, ya desde el alba, arreciaba, aunque también de la duda, pues no declararía vencida la ardua batalla del cobro hasta escuchar en su bolsillo el delicioso tintineo de las monedas.

Juan, que se encontraba barriendo, lo identificó de inmediato. Hecho un manojo de nervios, agachó la cabeza y comenzó a mover la escoba a un ritmo frenético.

Tras secarse las gotas de sudor que le perlaban el rostro con un pañuelito de encaje, el recién llegado se dirigió a un mozo que, procedente del patio, acababa de acceder a la cocina arrastrando una tinaja de aceite.

—Buenos días. Soy Ceferino Atienza, el sastre de don Gonzalo Soto de Armendía. Pregunto por don Jaime Lara. Me ha citado aquí para regularizar unas facturas pendientes.

El mentado, que apareció en ese momento, alcanzó a oírle.

—Buenos días, don Ceferino. Soy Jaime Lara. Concededme un instante, por favor. Ayer dejé el dinero al cuidado del jefe de cocinas. Iré a...

Justo entonces entró don Angelo. Le seguía un empleado de los Pozos de la Nieve que acarreaba una cesta con un inmenso y bastante derretido bloque de hielo en el interior.

—¿Me tomáis por idiota? —decía don Angelo—. ¿Llamáis nieve a semejante charco?

—Acaban de extraerla —rebatió el empleado—. Quizá se ha fundido un poco, pero comprended que hay un trecho largo hasta aquí y hace mucho calor. No obstante, palabra de honor que esta pieza congelaría el mismísimo infierno.

—¡Pues lleváosla allí y escarchad en ella vuestra desfachatez! —tronó don Angelo a la vez que empujaba al pobre hombre a la salida y lo ponía de patitas en la calle—. ¡Fuera! O traéis género digno de los Soto de Armendía o no os molestéis en volver.

—Señor Baldani, os presento a don Ceferino Atienza, el sastre de su ilustrísima —anunció don Jaime cuando el irascible cocinero hubo despachado al repartidor de nieve—. ¿Podríais entregarle la faltriquera que os confié?

Sin saludar siquiera y todavía refunfuñando, don Angelo se encaminó al vasar de la chimenea, pero, al no localizar la bolsa, interrumpió la retahíla de exabruptos.

—¿Qué sucede? —preguntó don Jaime en el tono apremiante de la alerta extrema.

—Ha desaparecido —farfulló don Angelo, buscando ahora en torno a la chimenea.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¡Señor Baldani! Hay una fortuna en esa escarcela. Procurad encontrarla, ¿me oís? De lo contrario, os acusaré de robo.

—¿A mí? ¿Y para qué iba yo a cometer tamaño dislate?

—¿No andabais ayer protestando porque no os pagan el jornal? —malició don Jaime—. Quizá ese dinero os tentó y sucumbisteis.

—¡Menuda tontería! —se rebeló don Angelo, aterrorizado—. Jamás he robado nada.

—Entonces, explicádmelo. Porque, si la faltriquera estaba en vuestro haber, no se me ocurre otra opción.

—No estaba en mi haber, sino encima del hogar.

—¿Y os parece el lugar más adecuado para custodiar una suma tan importante? Aquí entra y sale media cristiandad, señor Baldani.

—¡Esperad! —saltó don Angelo de repente—. Yo no puse la bolsa en la chimenea. Fue el *ragazzo*.

—¿A quién os referís? —interpeló don Jaime.

—A Alonso. Lo pillé con ella en la mano y, cuando le pregunté qué se proponía, contestó que intentaba ponerla a buen recaudo. Sin embargo, me escamó porque su rostro devino *tutto rosso*. Como si le hubiera cazado en flagrante delito. Además, ¿qué hacía en la cocina? Demasiada coincidencia, ¿no? Justo cuando él aparece, los cuartos desaparecen.

Aquella revelación provocó diferentes reacciones en el auditorio. Juan se descompuso, pues ni se le había pasado por la imaginación que su bribonada terminaría salpicando a Alonso; el resto de empleados, que de nuevo habían interrumpido sus tareas y no perdían detalle, empezó a murmurar; el sastre estaba al borde del llanto, y don Jaime reprimió una sonrisa.

—¿De modo que se trata de Alonso? —infirió, deseoso de contárselo a su compañero de chismes e inquinas don Hugo—. Sabía que ese presuntuoso no era trigo limpio.

—¿Significa esto que no podré cobrar? —inquirió el sastre, consternado.

—Tal me temo —respondió don Jaime—. Marchad a casa. En

cuanto enmendemos este pequeño inconveniente, os mandaré aviso. Confiad en mí. Será cuestión de días.

—Me retiro, pues —se resignó el desventurado—. Aguardaré ansioso vuestra misiva.

—¿De veras sorprendisteis a Alonso cogiendo la faltriquera, señor Baldani? —interrogó don Jaime cuando el sastre partió con el bolsillo vacío y la decepción a reventar.

—Os lo juro —declaró don Angelo, y alzó la diestra para certificarlo.

—Dispensadme, entonces. Nos enfrentamos a un delito de una gravedad suprema y he de comunicarlo a su ilustrísima de inmediato.

Entretanto y ajeno al desastre que se le avecinaba, Alonso se disponía a abandonar el palacio ducal tras su cotidiana partida de ajedrez con don Rodrigo cuando Isabel lo interceptó.

—¿Qué os ha ocurrido? —le preguntó alarmada al reparar en su magullado semblante—. ¡No habrá sido Enrique!

—Fueron unos rufianes, aunque no ese en particular —mintió Alonso, mas no del todo—. Regresaba de mis lecciones nocturnas y me emboscaron.

—¿Qué os ha dicho mi padre? De seguro ha puesto el grito en el cielo.

—Lo ha hecho, ciertamente. Pero calmaos. Pese a lo aparatoso de mi aspecto, apenas duele. Contadme vos: ¿cómo estáis? No os he visto desde lo acontecido en Aranjuez.

—Aunque me siento mucho mejor, las pesadillas no amainan —refirió Isabel—. Me despiertan en mitad de la madrugada y luego ya no me atrevo a dormirme de nuevo.

—No penséis en ellas. Así no las alimentaréis y acabarán muriendo de inanición.

—Os agradezco vuestra intervención en Aranjuez. Afrontasteis a mi padre y eso requiere coraje. No se arrebata a menudo, pero aquel día explotó de una manera insólita en él y cualquiera lo encaraba.

—No le culpéis. La noticia que recibió alteraría al más templado.

—Y tanto que sí —secundó Isabel, apocada—. Me habéis librado de una buena. Enrique no me habría dejado escapar y, si me hubiera desposado... ¡Dios bendito! Lo imagino y se me pone el cuerpo del revés.

—Me he enterado de que os amenazó con enviar un sicario a

Álvaro. Me lo figuré al instante. Solo el miedo a perderle os empujaría a inmolaros así.

—Le amo, Alonso. Daría mi vida a cambio de la suya.

—Por suerte, no habéis tenido que hacerlo y ahora todo se ha solucionado.

—También deseaba agradeceros vuestro socorro en el Sotillo cuando Enrique afirmó que yo… que yo… había consentido… En fin…, cuando vertió esas infamias sobre mí —tartamudeó Isabel, roja como las amapolas.

—Tranquila. Sobran los detalles. Además, no hice nada digno de gratitudes.

—Me sorprendió lo vehemente de vuestra defensa. A poco matáis a Enrique.

—No diría yo tanto, pero voto a Bríos que me habría gustado —resopló Alonso, que torció el gesto embravecido.

—Me creeréis una tonta, pero, cuando aparecisteis en el Sotillo con Álvaro y luego intercedisteis en mi favor delante de mi padre, sentí que mi hermano mayor me protegía. Siempre quise tener uno y fabular que ese anhelo se había hecho realidad me resultó reconfortante.

—Justo ese tipo de afecto os profeso —confirmó Alonso, conmovido y a la vez asombrado, pues no se le había ocurrido pensar que el fraternal cariño que la joven le inspiraba era mutuo—. Os percibo como mi hermana pequeña y el impulso de cuidaros me surge de forma instintiva. Ignoro el motivo, pero me sucede desde que os conocí.

Isabel esbozó una tímida y muy complacida sonrisa.

—Me encanta que estéis aquí. Nos habéis traído mucha alegría. A Álvaro, a Mencía, a mi padre, a mí… Todos somos más dichosos con vos en nuestros días.

—Yo también me considero afortunado, señorita. Gozar de vuestra amistad es todo un privilegio. Ahora habréis de disculparme. Álvaro me espera para ejercitar la espada. Os agradezco vuestra sinceridad y confianza.

—Y yo, vuestra impagable ayuda —contestó Isabel—. Sabed que, si pudiera escoger un hermano mayor…, os elegiría… a vos.

Extraordinariamente turbada, renunció a la respuesta y echó a correr, dejando a Alonso aferrado al relicario de Margarita e inmerso

en la nostalgia del pequeño Diego. No era la única víctima de la melancolía y de un ayer desvanecido. Mientras él departía con Isabel, en la soledad de su estudio, don Rodrigo miraba un boceto a carboncillo nacido de su propia mano. Mostraba un esbelto antebrazo marcado por una luna menguante rodeada de motas color chocolate. Era el antebrazo de Margarita.

La noche en que se despidieron, metió la lámina en un cofre, la arropó con jirones de alma enamorada y la cerró. No había vuelto a abrirla hasta que, una tarde de ajedrez de semanas atrás, Alonso le había recordado tanto a ella que sintió la imperiosa necesidad de recuperar su caricia de luna y redimirla del olvido en el que nunca cayó. Desde entonces, cada día le dedicaba un ratito. Absorto en la contemplación de aquel pergamino cuarteado y amarillento, imaginaba una existencia distinta, mucho más feliz. Después lo introducía de nuevo en el cofre, lo arrebujaba en el terciopelo de la añoranza y susurraba un triste «Hasta mañana, mi amor».

Al tiempo que Alonso e Isabel estrechaban lazos de futuro y don Rodrigo deambulaba por el pasado, la tormenta estallaba en el presente de la mansión Soto de Armendía.

Antes de acudir a don Gonzalo, el despensero no resistió la tentación de adelantar las novedades a don Hugo, que, eufórico e ilusionado, le rogó permiso para asistir al ansiado desahucio de Alonso. Como don Jaime le otorgó venia, juntos se encaminaron a la biblioteca e informaron a don Gonzalo de los acontecimientos.

—Alonso no ha robado el dinero —impugnó el marqués con una contundencia que no invitaba a rechistar—. Ese marisabidilla peca de insolente, arrogante, bocachancla, buscapleitos y una incalculable cantidad de tachas adicionales que me reservaré porque, de enumerarlas todas, caería la noche y aún no habría terminado. Ahora bien, igual que firmo lo negro, refrendo lo blanco, y os puedo asegurar que, entre sus muy escasas virtudes, destaca de una manera arrolladora la honradez.

—En las cocinas se efectúan continuos pagos y libranzas y nunca ha faltado nada —argumentó don Jaime—. Sin embargo, justo sorprenden a ese joven con la faltriquera en las manos y esta se esfuma. ¿No os parece mucha casualidad?

—Me parece imposible. Eso me parece. Alonso ha tenido infinitas oportunidades de sustraer enseres bastante más costosos y no lo ha

hecho.

—Afanó vuestros libros, algunos de precios astronómicos —intervino don Hugo.

—No se apropió de ellos; los utilizó sin mi autorización. Hay una enorme diferencia.

—Se apropió de sus letras, y eso ya es censurable. Además, se empieza con agua y se acaba con vino.

—Me estáis ofreciendo conjeturas, don Hugo, y yo quiero pruebas fehacientes.

—Ha quedado acreditado que mostró interés en la faltriquera y que luego la cogió —expuso don Jaime—. ¿Qué más pruebas necesitáis?

—La esencial: que se la llevó —aseveró don Gonzalo.

—Uno y uno suman dos, su ilustrísima.

—Eso sucede en las matemáticas puras, pero la lógica admite matices. ¿Por qué alguien con pleno acceso a riquezas cuyo valor triplica el contenido de la bolsa en conflicto se crearía un problema de semejante calado?

—Alonso acude a una escuela de gramática —insinuó don Hugo, brillantes las pupilas de un rencor profundo y enquistado—. Ese antojo exige unos caudales que no tiene.

—Afirmó que le impartían enseñanza de caridad —arguyó don Gonzalo.

—Dijo que el centro era de reciente apertura y que su gratuidad caducaría cuando los primeros alumnos se incorporasen. Si ya lo han hecho y él continúa allí, le supongo abonando alguna tarifa... o adeudándola. Ahora el curso está a punto de concluir y, como probablemente el maestro ha empezado a presionar, el inconveniente ha cobrado urgencia. De ahí que, al ponerle delante un montante capaz de arreglarlo, pensó que su privilegiada situación en esta casa lo libraría de malicias y lo robó.

—Visto así, no parece tan inverosímil —convino don Gonzalo, en quien la semilla de la duda ya había germinado—. De acuerdo. Que comparezca ante mí de inmediato.

Alonso recibió el reclamo de camino a la sala donde Álvaro lo aguardaba para ejercitar la espada. Desvió entonces la ruta y se dirigió a la biblioteca. Cuando vio a don Gonzalo con don Jaime y don Hugo, frunció el ceño. Una convocatoria del marqués solía anunciar

temporal, pero la presencia de aquel par de carroñeros era garantía de cataclismo.

Tras preguntarle qué le había pasado en la cara y escuchar con hiriente indiferencia el embuste relativo a la emboscada de unos facinerosos, don Gonzalo entró en materia.

—¿Estabas ayer en las cocinas cuando don Jaime confió una faltriquera al señor Baldani?

Alonso intentó abstraerse del oscuro presagio que lo invadió, pero no logró gobernar el miedo y se envaró en clara señal de alerta, lo cual multiplicó los recelos del marqués.

—Así es, su ilustrísima.

—¿Y qué te llevó allí si tu trabajo consiste en no despegarte de mi hijo?

—Precisaba despachar un asunto con Juan de la Calle.

—Más bien se proponía descoyuntarle —corrigió don Jaime—. Apareció empuñando una espada y luciendo un desaliño inconcebible.

—Ahorradme los comadreos de mentidero —cortó don Gonzalo en tono áspero—; ni me placen ni los tolero en mi casa. ¿Me permitís ahora centrarme en lo que nos ocupa?

—Desde luego que sí —murmuró don Jaime, achantado.

—Joven Alonso, alguien ha robado la faltriquera —comunicó don Gonzalo.

La noticia suscitó tres emociones en el aludido que recorrieron su rostro de manera gradual: la certeza de que Juan era el ladrón; la alarma de saber que un delito de esa magnitud se purgaba en galeras, y la determinación, porque, si pretendían que traicionase al chico, iban aviados. Esta sucesión de muecas culminó en una lividez tan elocuente como susceptible de malinterpretaciones, pues, en opinión del trío juzgador, no reflejaba la angustia por la suerte del amigo, sino por la propia.

—El señor Baldani te vio coger la faltriquera —aventuró don Gonzalo.

Cuando Alonso comprendió que el blanco de la diana era él y no Juan, sus mejillas recuperaron el arrebol, pero con una intensidad exagerada y, a la sazón, más delatora que la palidez previa. Para colmo, rompió a sudar, cosa que vino a complicar el brete.

—Había mucha gente en la cocina y temí un extravío. Me limité a alejarla del bullicio y la coloqué en el vasar de la chimenea.

—Quizá no lo advertiste y se te coló entre las ropas —ironizó don Hugo.

—Echadle agallas y, en lugar de escupir indirectas, atreveos a poner las cartas encima de la mesa —se revolvió Alonso.

—¡Claro! Porque de quitar dinero de ella ya te encargas tú, ¿verdad?

—¡Eso es una calumnia!

—Cierra la boca, Alonso —exhortó don Gonzalo—. Don Hugo no te ha calumniado. Sencillamente, ha descrito lo sucedido.

—¿Y cómo puede hacerlo si no estaba allí? No le escuchéis, mi señor. Solo pretende sembrar cizaña y embaucaros con insinuaciones ridículas.

—¿Embaucarme a mí? —se encrespó don Gonzalo—. ¿Me tomas por un memo incapaz de llegar a sus propias conclusiones? No necesito los apuntes de nadie para gestionar las contingencias de mi casa ni, mucho menos, para resolver un robo cuyo responsable me parece tan evidente que ni un instante me he demorado en llamarlo a mi presencia.

Alonso le clavó unos ojos chispeantes de frustración e impotencia. Y también de cólera; una cólera burbujeante e impetuosa que amenazaba con hacerle perder los estribos de una forma intolerable en un siervo.

—¿Me estáis acusando?

Incómodo ante el escrutinio del mozo y consciente de que un culpable nunca miraría a su juez con semejantes humos, don Gonzalo no acertó ni a plantar cara a la pregunta ni a contestarla, así que la esquivó.

—¿Cómo pagas la escuela de gramática?

—Ya os referí que el maestro aceptó instruirme en caridad.

—Pero añadiste que ese altruismo se debía a la falta de alumnos y que, cuando asomasen los primeros, o pagabas o te ibas. ¿Acaso nadie se ha matriculado todavía?

—Ha completado el aforo de dos aulas y el de la tercera se encuentra casi cubierto.

—Dada tu permanencia en el lugar, deduzco entonces que abonas los honorarios. Insisto, pues: ¿de dónde sacas los cuartos?

—De ningún sitio porque no desembolso nada. Mi maestro ha accedido a prolongar su piedad hacia mi persona.

—Pero el curso toca a su fin y me figuro que un mínimo cobro te habrá demandado.

Aunque Alonso luchaba por dominarse y no descontrolar la lengua, aquella lluvia fina de pullas y rodeos fue demasiado para él.

—¿En eso basáis vuestras suspicacias? ¿En que, como el curso termina, no se me ha ocurrido mejor idea que rapiñar una escarcela en mitad de una estancia repleta de gente? ¿Cómo podéis dar crédito a semejante astracanada?

—Afloja las impertinencias o de un guantazo te pinto de morado el otro ojo —rugió don Gonzalo, fuera de sus casillas.

Agitado y sin saber a qué atenerse, se atusó el bigote. Intuía sinceridad en Alonso, pero tampoco veía descabelladas las disquisiciones de don Hugo. Las injusticias le irritaban sobremanera y no deseaba cometer una precisamente con ese muchacho. Aunque ni lo reconocía ni lo manifestaba, le tenía mucho cariño y se resistía a creerle vasallo de aquella clase de vilezas.

—¿A ti te parece normal que tu maestro trabaje por amor al arte? —objetó para ganar tiempo y cavilar el modo más adecuado de actuar.

—¿Y a vuesa merced, que yo traicione la confianza de quien tanto admiro y aprecio?

—No sería la primera vez. ¿O acaso mi persona no te inspiraba esos conmovedores sentimientos cuando te dedicabas a secuestrar mis libros?

Rememorando la lección de don Leonardo a propósito de los silencios inteligentes, Alonso apretó los puños y se obligó a permanecer mudo.

—Quien calla otorga —sonrió deleitado don Hugo.

—Os recomiendo cautela —lo amonestó don Gonzalo—. Vuestro disfrute ante este calamitoso incidente resulta tan palmario como mezquino. No quiero canallas en mi hogar ni, desde luego, a la vera de mi hijo. Porfiad, pues, en esa ruindad y me plantearé proporcionar a Álvaro otro tutor menos aficionado a regodearse en el mal ajeno.

Demudado y con el miedo metido en el cuerpo, el ayo se abstuvo de volver a pronunciarse. Don Jaime tampoco se hacía notar demasiado. En el fondo, la implicación de Alonso le chirriaba, pero ni loco daría voz a esa ponderación. La negligencia de haber transferido a terceros la custodia de una faltriquera solo a él encomendada podía costarle el puesto y anhelaba un chivo expiatorio. Le traía sin cuidado

sobre quién recayeran las represalias siempre que estas no llevasen su nombre. Por desgracia, advertía en don Gonzalo una renuencia explícita a emitir un veredicto de culpabilidad y el azogue de la incertidumbre apenas le dejaba respirar.

No se equivocaba porque, en efecto, el marqués se debatía en un dilema mayúsculo y no lograba dilucidar en favor de qué bando inclinar la balanza. De pronto, le surgió una alternativa. Si Alonso había visitado las cocinas para departir con Juan, la faltriquera también estuvo al alcance de este y, puestos a elegir candidatos, le parecía más propenso que Alonso a estirar la mano. Tan claro lo tenía ahora que probó a tirar del cabo.

—De acuerdo. Barajemos opciones distintas. ¿Se te ocurre alguna?

Al ver que Alonso bajaba la mirada, lo confirmó. El muy descarado nunca negaba los ojos a su interlocutor, ya fuera este un mendigo o un marqués. Solo los apartaba en dos situaciones: cuando mentía o cuando, como en ese momento, se disponía a hacerlo.

—No, su ilustrísima —contestó el joven, decidido a proteger a Juan.

—Has faenado en las cocinas y frecuentado al personal durante bastante tiempo. De seguro sospechas de alguien.

—¿En serio pretendéis que acuse a un compañero? ¿Tan nefasta opinión os merezco?

—No quieras averiguarlo porque quizá te lleves un soberano disgusto —refunfuñó don Gonzalo, ofuscado—. Solo te pido un nombre. Facilítamelo y saldrás indemne. Empéñate en no colaborar y, en virtud de las aplastantes e irrefutables pruebas existentes en tu contra, te declararé autor del robo.

Aunque intentaba amedrentarlo y arrancarle una delación, sabía que no hablaría. Aquel muchachito deslenguado pero de una nobleza desmedida nunca fabricaría cuitas a ningún semejante, mucho menos a su camarada.

—Te supongo enterado de que los ladrones penan sus faltas en galeras —añadió en tono inquietante.

—Yo no he robado esa faltriquera, señor —sostuvo Alonso con una contundencia poco reveladora del pavor que lo atenazaba—. Quiero pensar que, en el fondo, lo sabéis, pero, si no es así, entonces adelante. Mandadme al mar. Me dolerá menos que vuestra

desconfianza en mí.

Don Gonzalo lo miró con una mezcla de severidad, tristeza y admiración. Estaba convencido de su inocencia y verle sacrificar un futuro brillante por encubrir a un amigo le parecía un ejemplo extraordinario de arrojo e hidalguía. Le habría gustado echarle una mano, aunque no al cuello, que era lo que, a tenor de las circunstancias, procedía. Las pruebas lo señalaban, él rehusaba aportar ninguna en contrario y no había más sospechosos. Para colmo, interrogar únicamente a Juan marginando al resto del personal cuando el señor Baldani no le había incriminado entrañaría un agravio comparativo y entrevistar a la entera servidumbre no prosperaría porque nadie alzaría el brazo, mucho menos, a sabiendas de que Alonso tenía todas las papeletas de apechugar. Debía condenarle sí o sí. Una fechoría tan grave no podía quedar sin castigo y, si le absolviera, lo acusarían de blando. Cierto que las críticas de la plebe le importaban entre poco y nada, pero corría el riesgo de que le perdieran el miedo, y el siervo que no temía al amo tampoco le respetaba. Con una expresión impertérrita en absoluto espejo de lo amargo que le sabía aquel trago, emitió la sentencia que le imponía no el corazón, sino su codiciada imagen de patrón frío e imparcial.

—Abandonarás mi casa de inmediato. Mis lacayos te acompañarán a tus aposentos y te ayudarán a preparar el equipaje. Puedes llevarte todo, incluido el ajuar de paje que te compré. A continuación, te irás y utilizarás la puerta de atrás. Te prohíbo despedirte de mi familia, en particular, de Álvaro. Y alégrate de haberle salvado de la yegua y a mí del asalto porque, de no atesorar tan providencial bagaje, ni un instante vacilaría en encadenarte a un remo. También renuncio al dinero sustraído. Mi permanencia en este mundo y, en especial, la de mi hijo valen mucho más, de modo que no te reclamaré su devolución. Doy así por saldada mi deuda de vida frente a ti.

La verdad se atoró en la garganta de Alonso. Le nacía gritar que hallarían la maldita faltriquera en el cuarto de Juan, pero la lealtad le cosió los labios. No delataría a quien aún consideraba un hermano. Además, intuía que don Gonzalo no le dispensaría la misma benevolencia. A él sí lo enviaría a galeras y bajo ningún concepto contribuiría a ello.

—Fin del pleito —clausuró don Gonzalo antes de agitar una

campanilla—. Vete y que Dios perdone tus desmanes.

Alonso estuvo a punto de desearle la misma clemencia divina porque no dudaba que una injusticia de tan enorme envergadura necesitaría una buena dosis de ella. Pero, en lugar de abrir la boca para escupirle esa insolencia, tiró de sensatez y encajó la mandíbula hasta casi luxarla.

A una señal del marqués, los dos criados que habían acudido al repiqueteo de la campanilla le conminaron a partir rumbo a su alcoba. Solo cogió los enseres de su propiedad, los que había traído cuando llegó a la mansión. Pese a la venia de don Gonzalo, dejó el equipamiento del paje que ya no era. No lo quería. No aceptaría ni un miserable hilo que aquel cretino hubiera pagado. Luego lo condujeron a la salida y, sin mostrar un ápice de afecto, compasión o humanidad, le dieron con la puerta en las narices.

Al ritmo lento y tambaleante del funambulista que pugna por mantenerse en la cuerda floja, Alonso se alejó y deambuló durante un buen rato absorto en la nada que de repente se había adueñado de todo. Cuando alcanzó el Prado de San Jerónimo, frenó. Se sentía incapaz de avanzar. Ni en aquel paseo falto de norte ni en la vida.

Y allí, apoyado en la tapia de una casa señorial anónima, abrazado al hatillo arcón de su entero patrimonio, rodeado de una bruma polvorienta originada por el trote de los caballos e infartado tras los funestos acontecimientos, se sentó en el suelo, encastró la cabeza en las rodillas y rompió en llanto.

42

CURVAS

Como tantas otras veces, Alonso vagó por las calles maldiciendo su estampa y sintiéndose perdido. El pasado le torturaba, el presente se empecinaba en derrocarlo y el futuro se mostraba tan esquivo que ya ni acariciarlo podía. ¿Por qué todas las metas que conquistaba acababan diluidas en el fango del desengaño? ¿Por qué devenían en retazos de un viaje truncado? ¿A qué diablos jugaban los hados? ¿A brindarle oportunidades para después arrebatárselas? ¿De ese mezquino modo se divertían?, ¿columpiándole entre una ilusión y mil decepciones? ¡Pues malditos los hados y malditos sus juegos! Que fueran a burlarse de otro porque no le embaucarían más. Estaba cansado de luchar. Harto de perder, de sufrir; de volar y estrellarse; de subir al cielo y hundirse luego en el infierno. No le restaban ni fuerzas ni ganas de continuar presentando batalla a una noche tan oscura que ni luna admitía. No volvería a buscar la manera de encender la luz. Mejor resignarse a la penumbra que probar las mieles de un sol que, saltaba a la vista, nunca sería suyo. No más sonrisas. Ya no le quedaban.

Y de esta guisa, cojo de proyectos y con su pequeño hatillo de pertenencias por toda muleta, recorrió calles, costanillas, plazas y plazuelas. Aunque iba compadeciéndose de sí mismo, bordeando el precipicio de la rendición e imprimiendo huellas rotas en el polvo de Madrid, algo en su interior aún resistía. Quizá él había abdicado de sus sueños, pero, como estos no aceptaban la derrota, lo guiaron hasta el hogar de alguien que siempre aparecía en las curvas más pronunciadas del camino.

La noche principiaba cuando levantó la cabeza y se topó de frente con la escuela de don Martín. Al distinguir luz dentro, aldabeó la puerta y entró en esa estancia que tantos y tan bellos momentos de ayer atesoraba. Encontró a su dueño en compañía de don Ramón.

Sentados en un banco del aula, ambos departían amigablemente mientras compartían un pellejo de vino y dos empanadillas de carne.

—¡Alonsillo! —palmoteó don Martín, alborozado—. ¡Qué alegría, mi querido muchacho! Hace tiempo que no me visitas, granuja.

—Habréis de disculparme —se excusó Alonso antes de abrazar al anciano—. Mi vida parece un torbellino y me tiene de acá para allá.

—Doy fe —refunfuñó don Ramón—. Su asistencia a clase resulta tan insólita como la nieve en agosto. Considero un milagro que haya superado el curso. Ejercer de escudero se lo entorpece demasiado. Que si ahora una montería en el Pardo, luego un certamen de dibujo, después los festejos de Aranjuez…

—Eso se ha acabado —cortó Alonso—. Todo se ha acabado.

Consternado, se derrumbó sobre un taburete, se quitó el sombrero y se pasó una mano por los rizos. Cuando quedaron al descubierto las magulladuras que, tras la paliza del Minotauro, le desfiguraban el rostro, don Martín brincó asustado.

—¡Dios bendito! ¿Qué te ha sucedido? ¿No habrás vuelto a las pendencias?

—No, maestro. Me involucré en una, pero fue ocasional y en favor de una causa noble.

—¿Te duele? —se interesó el hombre, tocándole el ojo amoratado con sumo tiento.

—No tanto como el despido. Me han acusado de ladrón y me han expulsado.

—¿Quién ha osado infamarte así? Tú no robarías ni los pelos de una mosca.

Alonso les relató sus peripecias en la taberna de Treviño para saldar los adeudos de Juan, la sustracción de la faltriquera y el desenlace del incidente.

—¡Jesús, María y José! —silbó don Ramón, perplejo—. En verdad vives inmerso en un auténtico vendaval, jovencito.

—Supongo que defenderás tu inocencia —aventuró don Martín —. No puedes consentir este ultraje.

—Tampoco puedo delatar a Juan —replicó Alonso.

—Ese canalla ingrato no merece tu silencio —aseveró don Ramón.

—Quizá, pero, si hablo, lo enviarán a galeras y no deseo tamaño cargo de conciencia.

—¿Te dispensará él la misma lealtad cuando descubra que te han endilgado su crimen? Apuesto a que callará cual raposa y dejará que apenques tú.

—Lo dudo —objetó don Martín—. Aunque Juanillo es un tunante, en el fondo, rezuma honestidad.

—¡Y tan en el fondo! —bufó don Ramón—. Me parece a mí que esa honestidad anda extraviada en tales profundidades que no logrará salir a la superficie. Alonso, confirmaré tu versión ante el marqués y declararé que, efectivamente, te instruyo de manera gratuita.

—Agradecido, pero mejor dejarlo estar. Don Gonzalo os sometería a un interrogatorio exhaustivo, os investigarían, averiguarían vuestra relación con don Martín y…

Al notar que ya rozaba el umbral de sus misterios, titubeó.

—Ramón sabe lo ocurrido a los Castro —reveló don Martín cuando lo advirtió—. Confío a ciegas en su discreción y, considerando la generosidad que te ha brindado y te brinda, creí de justicia informarle de tu situación. Espero que no te moleste.

—No, aunque, si me hubierais consultado, admito que habría intentado disuadiros —respondió Alonso, algo incómodo al enterarse de la novedad—. No lo toméis a mal, don Ramón. No se trata de falta de confianza. Es que temo por vuestra seguridad. Me angustia exponeros a la Inquisición.

—Serénate. Los secretos de mi amigo Martín, que me consta conoces, me exponen mucho más que los tuyos porque he participado en ellos de forma activa y nada me ha sucedido. Te garantizo que tú no romperás la baraja. No obstante, haces bien en rechazar mi sugerencia. Si comparezco ante el marqués, azuzaremos la curiosidad de los fisgones y es verdad que eso resultaría peligroso para ti.

—¿Qué harás, entonces, Alonsillo? —preguntó don Martín.

—Estoy tan cansado de nadar a contracorriente que, antes de venir, planeaba mandarlo todo al infierno, pero desahogarme con vuesas mercedes ha resucitado mis ganas de no desistir. Así pues, y si don Ramón no tiene inconveniente, me gustaría seguir estudiando.

—Al revés; lo celebro —señaló el aludido—. Además, el episodio tiene sus ventajas. Ahora podrás regularizar tu asistencia a clase y dedicarte a los libros en cuerpo y alma.

—¿Y dónde residirás? —interpeló don Martín.

—No os preocupéis. Estaré bien. Me manejo de guinda al raso y

las agradables temperaturas ayudan bastante.

—Ni de chanza permitiré que te afinques en la calle. Te quedarás conmigo.

—¿Y por qué no conmigo? —protestó don Ramón—. Al fin y al cabo, es mi alumno.

—Por eso mismo. Ya lo disfrutáis de día. Me parece justo que pase la noche a mi vera.

—¡Haya paz! —conminó Alonso, divertido—. Mi triste persona no merita tantas querellas.

—Tranquilo porque esta en concreto ha concluido —zanjó don Martín—. Te quedarás conmigo y punto redondo. Te conozco desde niño y me corresponde cuidar de ti.

—¡Pero si os saca tres cabezas! —se mofó don Ramón—. Lo queréis para que él os cuide a vos.

—Os propongo algo —terció Alonso—. Estaré con don Ramón durante la jornada. Primero en la escuela y después en su casa. Allí ejerceré de criado y de este modo pagaré mis clases. Cuando oscurezca, regresaré aquí.

—Acepto complacido —sonrió don Martín, satisfecho.

—¿Qué hay de vuesa merced, don Ramón? ¿Estáis de acuerdo?

—En absoluto, pero ¿acaso tengo elección? —gruñó el hombre—. Este sátrapa avaricioso siempre se sale con la suya. Lo que sí me seduce es tu amable oferta de contribución doméstica. Cuando Miguel ingresó en el taller de pintura, perdí un asistente estupendo. No dispongo de tiempo para aviar mi casa y en verdad preciso ayuda.

—¿Y cómo está Miguel? —inquirió Alonso—. No le veo desde que don Pedro de las Cuevas lo acogió bajo su ala. Me lo figuro dichoso entre lienzos y pinceles. He ahí otra ventaja de mi involuntario asueto. Me permitirá visitarle y lo haré en breve.

—Lo hallarás muy atareado —comentó don Martín—. Pronto empezarán los fastos por la canonización de Isidro Labrador. Desfilarán carros sacramentales y los mejores talleres han recibido el encargo de decorarlos. Según cuentan, el de Pedro de las Cuevas lidera la lista de privilegiados.

—Me alegro de que, al menos, a él le bese la suerte —musitó Alonso, desolado—. A mí porfía en escupirme.

—Todo se solucionará, ya lo verás —le consoló don Martín—. Ese marqués cometería una soberana estupidez prescindiendo de alguien

de tu valía y no lo presumo tan necio. Ni dos lunas tardará en percatarse de su craso error. Entonces te reclamará y yo volveré a extrañarte. De modo que exprimamos al máximo este tiempo de mutua compañía. Mucho me temo que será corto.

43

INOCENTE

El incidente de la faltriquera y su desenlace convulsionaron la mansión Soto de Armendía desde el tejado hasta los cimientos. Y así de literal era la cosa porque escaleras abajo el chismorreo proliferaba, y escaleras arriba se mascaba la tensión.

En la zona de cocinas, ni el personal de alto rango ni los que componían la plantilla rasa daban crédito a la culpabilidad de Alonso, pero los unos se lo callaban y los otros la alimentaban con bulos, no fuera a ser que el marqués reculara y dirigiera sus malicias hacia ellos. A menudo aquel tipo de controversias coleteaban durante un tiempo y los empleados temían que alguno de esos estertores los salpicase, en especial, los de poca jerarquía, pues a ninguno escapaba que la cuerda siempre se rompía por el lado más débil.

Aunque todos pensaban que Alonso no era el ladrón, nadie lo sabía seguro. Nadie, excepto el auténtico responsable.

Cuando el señor Baldani trasladó el veredicto de don Gonzalo a sus subalternos, el universo se hundió a los pies de Juan. Reaccionó en silencio y en él se escudó. No se sumó a las exclamaciones que siguieron al comunicado de don Angelo. No intervino en las tertulias posteriores ni lanzó elucubraciones al aire. No se pronunció ni a favor ni en contra de la sentencia. Simplemente, no se pronunció. A diferencia del resto, que enarbolaba banderas de un color u otro, porque esa disparidad existía en la ristra de opiniones emitidas, su emblema era negro, pues así, de luto, solía vestirse la traición.

Pese a la culpa que le arrasaba las entrañas, le faltaba coraje para confesar. A Alonso lo habían expulsado, pero a él lo mandarían a galeras y no se atrevía a enfrentar ese calvario. A la primera luna que iluminase su tobillo engrilletado a un banco, caería y, aunque la vida le asqueaba, no quería morir. Todavía no. Lástima que la conciencia no se acobardase tanto a la hora de sumirlo en el suplicio de los

remordimientos. No le concedían tregua y, en un desesperado intento de obtener algo de paz, resolvió consumar su primitivo plan de fuga. Esclarecido el robo, su marcha no levantaría sospechas. Además, nadie lo extrañaría. Antonio se había olvidado de él, Alonso ya no estaba y, como se había negado a cultivar otros afectos en aquella casa, su ausencia pasaría igual de desapercibida que la de una gota en el océano.

Una semana después de la destitución de Alonso, sacó las monedas de la faltriquera y las envolvió en un trapo de basto paño. Había decidido vender la faltriquera. Era de un tejido finísimo y en la calle Postas esas filigranas alcanzaban unos precios exorbitantes. La puso encima del camastro y preparó la impedimenta mientras dirimía si despedirse o no de Antonio. Al final, determinó eludir el envite. No lo consideraba necesario. Había cumplido con el niño. También con Mateo. Había honrado la memoria de este amparando a su hermano, inventándose un paraíso de caballos y renunciando a la libertad para llevarlo allí; a su lugar en el mundo; allá donde encajaba como una abeja en su colmena. Ahí concluía su misión. Ahora correspondía a la tropa de cuatro patas y herradura fiel proporcionarle dicha y eso, amén de alegrarle, suponía una liberación.

Perdidos Alonso y Antonio, las dos únicas personas que de veras le importaban, seguiría adelante, aunque esta vez se protegería de desengaños cerrando el corazón a cualquier clase de simpatías, devociones o apegos. Se acabaron los compadres a quienes convertir en familia. Se acabaron los hermanos, los allegados y los camaradas. A la larga, no reportaban nada, salvo llanto. El cariño parecía nutrirse de lágrimas y no tenía caso regar un árbol de cuyas ramas brotaba el amargo fruto de la pena. A partir de ahora, volaría solo. Quizá le costase, pero le saldría a cuenta porque, si la soledad lastimaba, la ausencia del ser querido dolía mucho más.

Juan partió sin mirar atrás. En aquel cuarto diminuto ubicado en el desván de una mansión, dejó momentos entrañables, algunos complicados, abrazos, ternuras, rabia, celos, orgullo, cisma, una amistad resquebrajada y ríos de tristeza. Y también dejó otra cosa. Sobre el camastro, vacía y olvidada, quedó una elegante faltriquera carmesí.

Mientras esto sucedía en territorio plebeyo, la tormenta arreciaba en la planta noble. Tampoco allí había prosperado la presunta

culpabilidad de Alonso, pero, a diferencia de lo que ocurría en las cocinas, nadie lo ocultaba atrincherándose ni en silencios ni en chismes.

Indignado y estupefacto, Álvaro se enfrentó a don Gonzalo con una contundencia feroz. Mencía también se mostró en desacuerdo, aunque, lejos de pelear a pecho descubierto como su hermano, se limitó a fingir una piedad exenta de interés. Debía extremar las precauciones y no exhibir el auténtico alcance de sus quebrantos, pues lo último que necesitaba Alonso era que el furtivo idilio de ambos saliera a la luz.

—No concibo que os hayáis creído semejante disparate, padre —reprobó Álvaro en el transcurso de la enésima trifulca que habían tenido desde la expulsión—. No permitáis que la ponzoña de don Hugo os nuble así el entendimiento. La amistad que me une a Alonso le pone enfermo de envidia. La ha intentado desbaratar en numerosas ocasiones.

—Hablamos de tu paje, no de tu amigo —replicó don Gonzalo, quien, pese a sospechar de Juan, se negaba a recular, pues su autoridad estaba en juego y no la pisotearía dando su brazo a torcer.

—Lo que gustéis, pero no es un ladrón. No podéis acusarle solo porque no abona los honorarios de su maestro. Eso no prueba nada. Además, declaró que le instruía en caridad.

—Otro embuste de los muchos que nos ha contado —rebatió don Gonzalo—. Nos escondió sus aspiraciones, sus proyectos universitarios, su pericia en el ajedrez... Por no mencionar la fábula de la madre difunta tras alumbrarle, que de seguro también se ha inventado. ¿Es que no ves que, cada vez que tiramos del hilo, emerge una patraña?

—Guardar secretos no lo convierte en un delincuente.

—Pero sí en un sujeto ladino y vidrioso que no quiero a tu lado. No le considero una buena influencia para ti.

—¿Me tomáis el pelo? —se enervó Álvaro—. No le habéis despedido por eso, sino por un delito gravísimo. Encima lo habéis hecho delante de mi ayo y de un jefe de servicio, a quienes luego habéis ordenado que lo proclamen a los cuatro vientos. Eso es una calumnia descomunal y humillante, y Alonso no se lo merece.

—Empezó adueñándose de mis letras; sisaba comida para sus amigos, ratería que, dicho sea de paso, he dejado correr; hurtaba

tiempo a su labor de paje y lo invertía en la escuela de gramática; ahora arrampla con mi oro... ¿Vas a seguir afirmando que no es un ladrón? Debí echarle cuando violentó mi biblioteca, pero me ablandé y así me lo paga.

—Os ha pagado con la lealtad y la honradez que solo brindan las almas nobles.

—Alonso era un mendigo, Álvaro, y la indigencia no admite noblezas. Un estómago vacío obliga a cometer cualquier barbaridad porque o lo sacias o mueres. Te garantizo que, mientras tuvo el cielo por techo, Alonso timó, mintió, robó y quizá incluso arrastre algún asesinato. De lo contrario, habría sucumbido al hambre. Cierto que resistió, pero eso no significa que haya superado el trauma. Un martirio de tanta entidad marca a fuego el carácter de una persona. Amén de un miedo cerval a padecerlo de nuevo, genera el instinto de alargar la mano en la carestía y también en la bonanza, pues nunca se sabe cuándo volverá a faltar el pan. Lo siento, pero no me vas a convencer. Le he aguantado demasiadas tunantadas y se acabó. Esta vez se ha pasado de la raya y no pienso retroceder.

—¿Me permitís hablar? —intervino Mencía, que asistía a la polémica en silencio y haciendo hercúleos esfuerzos para rebozar su angustia en una pátina de indiferencia.

—¿Y qué salmo cantas tú en esta misa si apenas alternas con el interfecto? —increpó don Gonzalo, soliviantado.

—Bueno..., de lo poco que le conozco, no lo creo capaz de algo así.

—¡Fabuloso! Ya has hablado. ¿Te has quedado contenta? Pues ¡ea! Puedes retirarte.

—Habéis incurrido en una arbitrariedad mayúscula y ese despotismo no es propio de vuesa merced —insistió Mencía.

—¿Cómo te atreves a cuestionarme, descarada? Vete a tu habitación y no salgas de ahí hasta nueva orden.

—Pero ¿por qué? Me he limitado a exponer mi criterio. No lo considero sancionable.

—¿Tacharme de déspota no te lo parece? ¡Fuera de aquí! Y procura que no te vea traspasar el umbral de tu alcoba o lo lamentarás.

—Padre, por favor...

—¡Deja de replicarme y lárgate de una condenada vez! —bramó

don Gonzalo.

Humillada e impotente, Mencía se refugió en sus aposentos y allí, en la clausura de aquellas cuatro paredes, derramó lágrimas delatoras de un sentir muy distinto al exteriorizado de puertas afuera.

—¿Era necesario tratarla con esa severidad? —censuró Álvaro cuando la muchacha se hubo marchado—. Solo ha respaldado mi defensa.

—¿También vas a aleccionarme sobre cómo educar a mi hija? ¡Caray con el segundón! De repente, se ha erigido en el cabeza de familia.

—Os ruego que recapacitéis y readmitáis a Alonso —solicitó Álvaro, impasible al denigrante comentario—. Nos ha salvado la vida a los dos. ¿Así pensáis agradecérselo?

—A los ladrones se los envía al mar y yo, además de no reclamarle el contenido de la bolsa, me he conformado con mandarle a la calle. ¿Te parece tibia mi gratitud?

—Mucho, porque es inocente. Ni siquiera se ha llevado su indumentaria de paje. ¿No os chirría esa conducta en un ladrón?

—Modera las impertinencias o terminaré sacando la mano a pasear.

—Ahí sí duele, ¿cierto? —atacó Álvaro sin arredrarse—. La renuncia de Alonso a tan valioso ajuar tampoco os cuadra, pero, en lugar de reconocer vuestro error, os obcecáis en él y después amenazáis con pegarme.

—¿Quién te has creído que eres para hablarme así? —explotó don Gonzalo antes de soltarle una bofetada—. Olvídate de Alonso. Te prohíbo buscarle. Y no oses desobedecerme, ¿me oyes? Como descubra que lo frecuentas, cursaré su ingreso en galeras y tú serás el causante de toda la hiel que trague allí.

—La verdad acabará aflorando —musitó Álvaro, abochornado tras el golpe.

—Ya lo ha hecho y yo he procedido en consecuencia. No tengo nada más que decir.

—Sí que lo tenéis. Os falta pedir perdón. Y no dudéis que ese lance está por llegar.

El camino de expiación que Álvaro vaticinó a don Gonzalo no empezó hasta transcurrida una semana de la huida de Juan, pues, acostumbrado a las intermitentes comparecencias del joven, ese

tiempo tardó don Angelo en percatarse de su ausencia. Durante la mañana del séptimo día, el italiano temió que hubiera enfermado o incluso muerto y trasladó el problema al licenciado Cisneros. Sin mayor dilación, ambos subieron al cuarto del chico, pero lo hallaron vacío. Tanto como la faltriquera que yacía sobre el camastro.

Don Gonzalo estaba en la biblioteca degustando un vino de Esquivias en compañía de don Rodrigo cuando Cisneros entró y le solicitó una audiencia privada e inmediata.

—Hablad en libertad —autorizó el marqués—. El duque de Villasolano goza de mi entera confianza. ¿De qué se trata?

—De Juan de la Calle, su ilustrísima. Ha abandonado la casa.

—¡Aleluya! Al fin me he quitado de encima a ese par de granujas.

—Sabéis que desapruebo categóricamente vuestro modo de gestionar el robo y que la expulsión de Alonso me parece un auténtico atropello —repuso don Rodrigo, que también había intentado hasta el tedio disuadir a don Gonzalo de su desatino.

—Y vos sabéis que considero el asunto zanjado. Ahorradme, pues, vuestra filípica diaria y concededme un poco de paz. Álvaro me tiene las orejas rotas con su defensa a ultranza de ese cansaalmas del demonio y vos no le vais a la zaga.

—Hay otra cosa, su ilustrísima —terció Cisneros después de un leve carraspeo—. El señor Baldani y yo hemos subido al desván en busca de Juan y, cuando hemos accedido a su pieza, hemos encontrado... esto.

Con expresiones tan opuestas como el sol y la luna, duque y marqués contemplaron la faltriquera que, concluida su crónica, Cisneros había depositado sobre el bufete.

—¡Bastardo! —farfulló don Gonzalo—. Le consiento todos sus desmanes y así me lo paga. Retiraos, licenciado. Os exijo máxima discreción. A vos y al señor Baldani.

—Entendido, su ilustrísima —respondió Cisneros, que, tras hincar rodilla, salió.

—Me parece a mí que vuestro «asunto zanjado» regresa por sus fueros, camarada —comenzó don Rodrigo, cuyo rostro exhibía una sonrisa complacida—. Os sugiero componer un buen surtido de excusas para un muchacho con muchos rizos y peor genio.

—¿Podemos saltarnos el capítulo de vuestros chispeantes chascarrillos? —graznó don Gonzalo, rojo de vergüenza—. Juan y

Alonso son amigos. Se habrán conchabado y ahora estarán apostando mi dinero en algún tugurio de mala muerte. Me he enterado de que, aparte de un maestro del ajedrez, ese mentiroso compulsivo maneja los naipes mejor que la oratoria. Y, para colmo, trampea. Según me han contado, gasta más talento en el arte de la flor que Dios diseñando el mundo. ¡Menuda alhaja de zagal! ¡Y lo que te rondaré, morena! ¡A saber que otras virtudes esconde el muy rufián!

—Todo irrelevante, Gonzalo. Esta faltriquera prueba su inocencia. Habéis cometido un error y os corresponde enmendarlo.

—Y lo haré. Hoy mismo rezaré tres rosarios. Aprovecharé y dedicaré uno a agradecer la marcha de esos dos. Ni mis hijos me han ocasionado tantos quebraderos de cabeza.

—«Esos dos» os han dado años de vida, no preocupaciones —objetó don Rodrigo—. No comprendo esa ojeriza hacia quienes arriesgaron el pellejo para salvar el vuestro.

—Les he proporcionado techo, faena y alimento, he tolerado sus majaderías, algunas de enjundia, los he tratado con una deferencia exquisita. ¿Qué más quieren? ¿Les regalo mi marquesado?

—No es necesario llegar a tanto. Bastará con que presentéis excusas a Alonso.

—¡Ni de chanza! Estoy convencido de que conocía la fechoría de Juan y se calló, lo cual lo hace cómplice y, a la sazón, culpable.

—Culpable de un arrojo y bizarría admirables. He ahí su crimen. Ha protegido a su amigo hasta el extremo de sufrir un castigo que no le atañe. De seguro imaginó que a él no le mandaríais a remar, pero a Juan sí. Esa conducta le honra y yo me inclino ante ella.

—Vos os inclináis ante toda su persona —se exasperó don Gonzalo—. Cualquier cosa que hace recibe vuestra bendición. ¿Qué os ocurre con ese chico? Os tiene sorbido el seso.

—Ciertamente y no me avergüenza admitirlo —confirmó don Rodrigo—. Se ha ganado mi afecto y mi confianza porque ha mostrado una lealtad granítica hacia los suyos. Y en el término «suyos» incluyo a vuestra familia y a la mía. Si supierais...

Casi se le escapó lo acontecido frente a Enrique Valcárcel y lo mucho que Alonso había bregado en favor de los Soto de Armendía al cuidar de Álvaro en un duelo amañado y de Beltrán evitando la rescisión de su compromiso con Isabel. Le habría encantado destapar el episodio, pero se mordió la lengua. Si la soltaba, sembraría dudas

sobre la virginidad de su hija y no deseaba malicias al respecto.

—Si supiera ¿qué? —le preguntó don Gonzalo.

—El cariño que os profesa —esquivó—. Besa el suelo que pisáis, amigo. Si os detuvierais un instante a calibrar cuánto os idolatra, aflojaríais el orgullo.

—No se trata de orgullo, sino de disciplina. En mi casa, quien peca paga.

—Sucede que él no ha pecado, y ahí yo no veo disciplina. Es un abuso y, encima, dos empleados vuestros están al corriente de la prueba que lo pone de manifiesto. Rectificad y os reverenciarán, pero, como no os bajéis de la burra, obtendréis su desprecio.

—¿Y a mí qué me importa que unos simples criados me crean ángel o demonio? En realidad, prefiero lo segundo. Al patrón bondadoso hasta los ratones le replican.

—Al buen jefe se le obedece con gusto; al malo, con miedo. Las fidelidades nacidas de uno y otro supuesto difieren un abismo. Infundir terror en los subordinados es sencillo; no así granjearse su respeto. Eso implica suprimir la soberbia y rescatar la justicia.

—¿Rescatar la justicia? ¡Por mis barbas! ¿Qué os ha hecho ese sentencias que ya habláis como él?

—Lo mismo que a vos: conquistarme —rio don Rodrigo—. ¡Vamos, marqués! Me consta que le apreciáis. Buscadle, disculpaos y despachemos este tema de una buena vez.

—¿Buscarle yo? ¡Ni de broma! Si lo veo en la calle, quizá le insinúe algo, pero, fuera de eso, no pienso mover un dedo.

—Vivimos en Madrid, Gonzalo. Aquí hay más gente que peces en el mar. Tenéis mayores posibilidades de coincidir con Jesucristo.

—¡Pues ojalá! Le propondría ocupar su lugar en la cruz a cambio de eludir vuestros insoportables responsos. ¡Ángela María! ¡Qué fatiga de hombre! Dejémoslo al albur del destino. Si de veras Alonso merita mis excusas, lo conducirá hasta mí.

—Me ofrezco voluntario para agilizar un poco la cuestión —planteó don Rodrigo—. Le localizaré y propiciaré un encuentro.

—¿Os parece normal que un grande de Castilla ande tras un vulgar pinchaúvas?

—Mucho. Ejerce una influencia muy positiva en mi ahijado y estimo imperativo recuperarle. Si he de encargarme yo, no se me caerán los anillos.

—Considero del todo inapropiado que un caballero de vuestra alcurnia invierta su valioso tiempo en un plebeyo, pero no discutiré más. Traedlo ante mí y me disculparé.

44

UN MILAGRO DE LA VIRGEN

Alonso desesperaba. Habían transcurrido dos semanas desde la expulsión y don Gonzalo no había ido a buscarle. Tampoco Álvaro. Ni Mencía, ni Isabel. Ni siquiera don Rodrigo. Ninguno parecía tener el menor interés en él y eso solo podía significar una cosa: lo consideraban culpable. Don Martín y don Ramón intentaban calmarle alegando que no venía nadie porque dar con un fantasma no estaba al alcance de cualquiera. Aquella gente desconocía gran parte de su biografía. ¿Cómo iban a localizarle si hasta su auténtico apellido ignoraban? Pese a lo razonable del argumento, Alonso no conseguía animarse. Los aristócratas siempre lograban lo que se proponían. Si quisieran encontrarle, ya lo habrían hecho.

Se planteó rondar la mansión Soto de Armendía e interceptar a Mencía o Álvaro. También barajó la posibilidad de acudir a don Rodrigo. Necesitaba contarles la verdad y defender su inocencia. Sin embargo, el orgullo y la rabia lo frenaban. ¿Para qué ofrecer explicaciones a quien no se había molestado en solicitarlas antes de condenarle? ¿Qué sentido tenía luchar por personas incapaces de apoyarle cuando más falta le hacía? Si, después de lo vivido durante los últimos tiempos, se desentendían así de él, ni Mencía meritaba su amor, ni el resto, su amistad. Debía olvidarlos y continuar adelante. Por desgracia, del querer al poder había un trecho y, aunque se esforzaba en pasar página, ni la tristeza ni la angustia ni la decepción templaban. Al revés. Aumentaban cada día.

Harto de atormentarse, una calurosa mañana marchó rumbo al taller de pintura de Pedro de las Cuevas. Le recibió un Miguel irreconocible. La palidez del rostro se había transformado en un rubor ilusionado; los ojos, antes apagados y mustios, chispeaban felices, y sus eternos silencios eran ahora una cháchara inagotable.

Tras dar un fuerte abrazo a Alonso, le sugirió conversar en la

calle, pues los encargos relativos a los festejos de canonización de Isidro Labrador tenían el taller sumido en una actividad frenética. Ya en el exterior, reparó en el descuidado aspecto de Alonso e, inquieto, le preguntó qué sucedía, pero este, reacio a desglosar su patética actualidad, encarriló la charla hacia las bastante más prósperas circunstancias de Miguel.

—Soy muy dichoso —suspiró el joven—. Mi única función consiste en fabricar colores, pero no me importa porque a veces también me permiten pintar. Ayer nos visitó don Vicente Carducho, cogió uno de mis bocetos y exclamó: «¡Excelentes trazos!». ¡El gran Carducho dijo eso de mí! ¡Palabra que me siento en mitad del arcoíris!

—Natural —rio Alonso—. ¿Qué mejor lugar para alguien dedicado a fabricar colores?

Divertido por la broma, Miguel miró al interior del taller, que debido a las altísimas temperaturas tenía la puerta abierta, y señaló a dos niños de unos once y ocho años.

—¿Veis esos críos de ahí? Se llaman Antonio de Pereda y Juan Carreño de Miranda. Acaban de empezar y ya manejan el pincel de una manera impresionante. El maestro opina que serán famosos. ¿Sabéis que Jusepe Leonardo también ha alabado mis dibujos?

—¿Y ese quién es? —farfulló Alonso, mareado ante el caótico palique.

—Un antiguo discípulo de don Pedro que, como yo, vivió en su casa. Aunque se ha trasladado al taller de don Eugenio Cajés, visita al maestro de continuo. Se trata de un artista brillante. ¡Y le gusta mi obra! ¿No os parece increíble?

—En absoluto. Ya os dije que Dios ha besado vuestras manos. Todas esas celebridades que mencionáis pronto pasarán de elogiar vuestro trabajo a requerirlo.

—Ojalá —sonrió Miguel—. Don Pedro me anima mucho. Discute con Carducho porque ambos se jactan de tener los aprendices más prometedores. ¡Incluso planean organizar un torneo y elegir al mejor! Francisco Rizi, según cuentan, un auténtico portento, y otros dos de Carducho formarán un equipo. Antonio de Pereda, Carreño de Miranda y un servidor compondremos la cuadrilla rival.

—Ganaréis ese concurso y después el de mejor oficial. Luego medraréis a maestro y el mundo se rendirá a vuestros pies. Conoceréis la gloria, compañero.

—Ya estoy en ella, Alonso. Estudiar a la vera de don Pedro y codearme con tantos genios del pincel me supone el paraíso.

Si alguien del futuro hubiera retrocedido en el tiempo, habría confirmado a Miguel sus palabras y entusiasmo porque, en efecto, compartía arte con talentos que pasarían a la historia de la pintura y se convertirían en los máximos representantes del barroco madrileño.

—Y decidme, ¿el jaleo del taller se debe a los fastos de canonización de Isidro Labrador? —interpeló Alonso.

—Así es. El arquitecto Juan Gómez de Mora ha diseñado ocho pirámides gigantes para engalanar la ciudad y el Concejo ha encomendado su decoración a los talleres más destacados de la Villa, entre ellos, el de mi maestro. Y, por si eso fuera poco, también nos han encargado embellecer el carro sacramental de la Fama. Estamos trabajando a destajo. El comité organizador solo nos ha concedido una semana de margen. Hemos de concluir antes del 19 de junio, día inaugural de los festejos. Quedan pocas jornadas y mucha tarea pendiente. Pero merecerá la pena. Nos esperan unas fiestas antológicas, Alonso.

—Don Martín y don Ramón aseguran que se prepara una procesión colosal. Yo la veré con ellos. ¿Podréis acompañarnos?

—Me temo que no. Los oficiales y los aprendices hemos de custodiar los trabajos del taller y a mí me han asignado el carro de la Fama en la Plaza Mayor. Buscadme allí.

—No faltaremos. Me alegra mucho encontraros así de contento, Miguel.

—Todo es gracias a vos. Nunca olvidaré cuánto me habéis ayudado.

—¡Miguel! —llamó un mozo desde el taller—. Don Pedro os requiere. ¡Apremiad! Hoy anda revirado y, en vez de hablar, ladra.

—He de regresar. Nos veremos el 19 de junio. Dios os bendiga, amigo.

Alonso enfiló la calle de Atocha rumbo a la parroquia de Santa Cruz. Precisaba agenciarse algo de dinero y en su cementerio se celebraban timbas muy provechosas.

De pronto, un soberbio carruaje negro empezó a abrirse paso entre la turba de transeúntes, monturas, tartanas, sillas de manos y literas que saturaba la calzada. Lo remolcaban cuatro yeguas andaluzas de un inmaculado pelaje blanco y enjaezadas de forma

exquisita. Las correas que unían la pareja delantera con la trasera eran más prolongadas de lo legalmente permitido, un privilegio exclusivo del monarca y de los grandes de Castilla destinado a pregonar que alguno de ellos viajaba en el interior. Según la jerga, toda carroza que exhibiera esta singularidad llevaba «los tiros largos». Aunque, al principio, la expresión solo aludía a la elegancia implícita en una mayor longitud de los corretajes, luego se extendió a la elegancia en el vestir y, así, quien lucía sus mejores galas decía haberse puesto «de tiros largos».

El vehículo se detuvo a la altura de Alonso y, no bien lo hizo, el lacayo que escoltaba la parte de atrás saltó a tierra. Colocó un taburete de tres peldaños bajo la portezuela, la abrió y se apostó al lado en posición de firmes. Don Rodrigo se asomó a la ventanilla.

—Buenos días, Alonso. ¿Serías tan amable de subir, por favor?

El muchacho quedó petrificado. A tal punto le avergonzaban sus deplorables trazas que ni a levantar la cabeza se atrevía. Renunciar al equipamiento de paje le había obligado a recuperar las ropas de indigente; la falta de aseo diario se veía y, sobre todo, se olía; la merma gastronómica lo había consumido un poco; la angustia que le carcomía, un mucho, y sus rizos, que ya no estaban ni recortados ni limpios ni, desde luego, atusados, acusaban de manera ostensible el adiós a las visitas matutinas del barbero. En definitiva, iba hecho un cuadro y no se le ocurría peor humillación que enfrentarse a don Rodrigo con aquella facha. Para colmo, se había quitado la capa de gigante y el sombrero de ala infinita debido al calor. De haber llevado puestos ambos complementos, habría podido disimular su pinta de donnadie, pero, como los acarreaba en la mano, el carruaje ducal lo había sorprendido enfundado en miseria y prodigándola.

En cuanto superó el impacto inicial, se apresuró a embozarse en la capa y después se caló el chambergo hasta el cuello. Estaba tan ansioso por ocultarse que ni siquiera prestó atención a la oleada de sudor que tamaño blindaje le desencadenó casi al instante. Menos abochornado ahora que se había convertido en un ente sin cuerpo ni cara, permaneció inmóvil y clavados los ojos en el suelo.

Don Rodrigo presenció su turbación y el vertiginoso atrincheramiento textil fruto de ella con una mezcla de diversión, lástima y ternura.

—¿Quieres montar de una vez? Estamos obstaculizando el tráfico.

En completo silencio, Alonso obedeció. No obstante, como le espantaba atufar al duque con su peste corporal, procuró acomodarse lo más lejos posible de él y, en ese afán, se situó tan en la esquina del asiento que tenía medio cuerpo fuera del coche. Por suerte, don Rodrigo no se mostraba asqueado. Al revés. Su expresión era de absoluta felicidad.

—¿Te importaría desenrollar esa sábana de tu persona? —exhortó, reprimiendo la risa—. Pareces un nubarrón a punto de provocar un diluvio. Hazme caso o te derretirás.

Al borde del desmayo tal sofoco sufría, Alonso claudicó.

—¿Cómo me habéis localizado? —preguntó mientras se desembalaba y recomponía sus calamitosos ropajes.

—¿Acaso crees que te buscaba? —contraatacó don Rodrigo.

Aquella lapidaria respuesta arreboló las mejillas de Alonso y un ridículo feroz se adueñó de él. Frustrado, se cruzó de brazos y encajó la mandíbula.

—En realidad, no. Al fin y al cabo, solo los alguaciles buscan a los de mi ralea. ¿Qué se os ofrece, entonces? Dejadme adivinar: ha desaparecido otra faltriquera y también me han declarado culpable.

—O moderas los humos o te los aplacaré yo de un bofetón, de modo que haz el favor de calmarte e intentemos arreglar esta desavenencia de manera civilizada.

—Es que no se trata de una simple desavenencia, don Rodrigo. Me han tachado de ratero y me han expulsado. Y, por si eso no doliera suficiente, ninguno de aquellos a los que he demostrado una lealtad inquebrantable ha venido a decirme que no cree una palabra.

—Te equivocas de medio a medio. Álvaro te ha defendido a ultranza, pero, aparte de zurrarle, Gonzalo le ha prohibido contactar contigo so pena de enviarte a galeras. Mencía también ha intercedido y la osadía le ha costado una reclusión en la que todavía continúa. Incluso Isabel y doña Herminia, a quienes el asunto ni les va ni les viene, han hablado en tu favor.

—¿Y vuesa merced? —interpeló Alonso, aliviado al constatar que ni Álvaro, ni Isabel ni, muy en particular, Mencía lo habían abandonado—. ¿Me consideráis un ladrón?

—¡Claro que no! Me he pasado dos semanas batiendo el cobre por tu inocencia. Desde que Gonzalo te destituyó, las he tenido tiesas con él a diario. Y no solo eso. Llevo días recorriendo Madrid tras tu

pista, pero no ha habido forma de hallarte. ¡Tu vida es un condenado misterio! Ni siquiera sé dónde diablos se ubica esa devota escuela que enseña gratis. Hoy ha intervenido el azar. Regresaba de Nuestra Señora de Atocha y te he reconocido. Me temo, por tanto, que hemos de atribuir esta bienaventurada entrevista a un milagro de la Virgen.

—Loada sea entonces —invocó Alonso, cuyo enojo empezaba a decaer—. Y decidme, ¿qué queréis de mí?

—Yo nada. Ejerzo de emisario de Gonzalo. Te pide que acudas a su presencia porque quiere excusarse. Tras tu despido, Juan de la Calle también cogió el portante. Cuando subieron al desván en su busca, hallaron la faltriquera sustraída encima del camastro. Huelga añadir que olvidó agarrar el continente, no el contenido.

La revelación terminó de resquebrajar el ya agrietado corazón de Alonso. Aunque no dudaba de la culpabilidad de Juan, confirmarlo le fabricó lágrimas de desengaño e incredulidad que empezaron a manar sin permiso. Hundió la cabeza. No quería que don Rodrigo le viera llorar. ¿De veras hablaban de Juan? ¿En serio había huido dejando en el tintero mil cosas por decir y en la picota a un amigo? ¡No podía tratarse de él! Ni esas huellas ni esas obras llevaban su sello. No tenían su nobleza. Ni su bravura. Ni su hidalguía. Pero helas ahí, crueles e implacables, surcando sendas de traición y dibujando en ellas una realidad que se negaba a enfrentar: que su hermano ya no era su hermano.

—Lo irrefutable de la prueba ha sacado a Gonzalo de su error y desea enmendarlo —manifestó don Rodrigo en tono afectuoso, pues, aunque el muchacho procuraba disimular, resultaba complicado esconder la pena que le encharcaba las mejillas.

Alonso tardó en contestar. Antes de hacerlo, necesitaba recobrar la compostura. Cuando logró bañar en frialdad la tristeza de sus ojos, alzó la cabeza y miró a don Rodrigo.

—¿Y por qué no viene él a dar la cara?

—Ignoraba tu paradero. Repito que encontrarte es más difícil que canonizar a Lucifer.

—Os ruego que no insultéis mi inteligencia. Apostaría la diestra a que, pese a constarle mi inocencia, no ha movido un dedo para localizarme. Pero ¿sabéis algo? No me importa. Que se guarde sus disculpas. No las acepto. Despreció mi palabra y secundó la de don Hugo, un individuo cuya inquina hacia mí conoce de sobra. No me

sirve que ahora, cuando la verdad le golpea de frente y no hay forma de sortearla ni arrinconarla, se digne a retractarse. Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan las cosas, según tú?

—Tirando de fe, don Rodrigo. Salvo el episodio de la biblioteca, nunca he defraudado al marqués. Debió confiar en mí. Aunque lloviesen pruebas en mi contra, algo que, a mayor agravio, no sucedía, debió apoyar mi versión. Suponed que regreso y mañana se produce un nuevo robo. ¿Por qué he de creer que no volverá a señalarme?

—Por la misma razón que acabas de exponer. Es un acto de fe.

—Pues me niego a concedérselo —se resistió Alonso, acorralado en su propio argumento—. Ya no me fío de él.

—Todos merecemos una segunda oportunidad.

—No todos. Solo quien también las brinda y don Gonzalo no está en ese grupo.

—Cuando profanaste su biblioteca, lo hizo.

—¡Pero si rescindió mi formación al completo!

—A cualquier otro le habría cortado la mano. En cambio, a ti te dejó ileso, te mantuvo el puesto y después no te impidió asistir a la escuela de gramática, todo lo cual constituye una indiscutible segunda oportunidad. Si nos basamos en tu teoría y solo las merecen quienes las brindan, entonces has de admitir que te toca corresponderle.

—Está bien —claudicó Alonso—. Compareceré ante él, aunque os adelanto que no pienso despegar los labios hasta que me presente excusas.

—Espléndido —celebró don Rodrigo y, a continuación, ordenó al cochero poner rumbo a la mansión Soto de Armendía—. No obstante, antes de sumergirte en el silencio de los difuntos, contéstame a una pregunta. Tú sospechabas de Juan, ¿verdad?

—En absoluto —se ruborizó Alonso.

—No te lo compro. Le sabías culpable y, como intuiste que a ti no te mandarían a remar, pero a él sí, apechugaste tú. Renunciaste a todo por protegerle y considero esa conducta de una gallardía admirable. Me figuro que le has visto y te lo ha agradecido.

—Yo tampoco os compro el requiebro —receló Alonso—. Lo que sucede es que don Gonzalo desea apresar a Juan y vuesa merced intenta ayudarle. Si creéis que, bailándome el agua, me distraeré y hablaré, desistid. No me pronunciaré en nada referente a Juan.

—Soy grande de Castilla, joven. De querer atrapar a ese tunante, ni una luna tardaría.

—Ah, ¿sí? Pues os ha llevado unas cuantas encontrarme a mí. Y ni siquiera, porque al parecer debemos esta conversación a un milagro de la Virgen de Atocha.

Don Rodrigo estalló en carcajadas.

—Te auguro un futuro brillante como abogado. Tan pronto te licencies, te contrataré.

Cuando llegaron, un muy nervioso y achantado Alonso se envolvió en la capa.

—¿Podría ir a mi alcoba y asearme un poco, su excelencia?

—Por supuesto. Me consta que todo sigue como lo dejaste. Me adelantaré y comunicaré tu visita a Gonzalo. Acude a la biblioteca. Allí te aguardamos.

45

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Luciendo de nuevo sus ropas de paje, limpio, bien peinado, con el alma en vilo y el cuerpo rígido como una vara, Alonso se personó en la biblioteca, donde don Rodrigo y don Gonzalo degustaban una copa de vino mientras jugaban al ajedrez. Después de inclinarse en una reverencia, clavó los ojos en don Gonzalo, quien, a su vez, se los negó fingiendo un inusitado interés en la partida. Don Rodrigo observaba la escena divertido, pues nunca había visto ni al uno tan mudo ni al otro tan absorto en el tablero.

—Hemos hallado la faltriquera vacía en el cuarto de Juan —soltó don Gonzalo al fin—. Es tu amigo y te supongo al corriente de dónde anda.

Alonso quedó tan perplejo ante la insinuación que no pudo por menos que romper el silencio anunciado a don Rodrigo.

—¿Pretendéis que os lo entregue? ¿Para eso me habéis llamado?

—Bueno, ha cometido un delito y debe asumir las consecuencias, ¿no te parece?

—Pues no sabría deciros. Mejor preguntad a don Hugo. De seguro os proporcionará pruebas «aplastantes e irrefutables» similares a las que, en su día, me señalaban a mí.

—Muchacho, te recomiendo que dejes entrar a doña Sensatez en tu palacio de arrogancia si no quieres que te vuelva a despedir —advirtió don Gonzalo.

—¿Volverme a despedir? —simuló sorprenderse Alonso—. ¿Acaso me habéis readmitido? ¿Y cuándo ha sido eso? Yo no he oído nada al respecto.

—¿Os dais cuenta, Rodrigo? —se lamentó don Gonzalo—. Intentar razonar con él es igual de inútil que escupir al cielo. No permite meter baza en ninguna conversación y, cuando uno lo consigue, le rebate lanzando las conclusiones más peregrinas.

—Bienvenido, entonces, a la cofradía de los peregrinos, su ilustrísima, porque vuestras deducciones en lo relativo a mi implicación en el robo de la faltriquera pecan del mismo errante deambular —embistió Alonso, a quien las impertinencias le brotaban solas tan legitimado se consideraba a resarcirse por las calumnias sufridas.

Don Gonzalo se arrellanó en el frailero y se frotó los ojos en señal de agotamiento.

—Yo desisto —farfulló—. ¡Es que no le aguanto!

Don Rodrigo, que asistía a la polémica paladeando un exquisito vino de Membrilla, se mordió los labios para contener la risa.

—Alonso, en el paseo prometiste guardar silencio hasta que tu patrón se pronunciase.

—Disculpadme, su excelencia, pero dije que no me manifestaría hasta que se excusase, cosa que todavía no ha ocurrido.

—Si, como bien alegas, aún no se ha excusado, ¿por qué hablas entonces?

—¿Que por qué habla? —bufó don Gonzalo—. ¡Qué tontería de pregunta, duque! Si es lo único que sabe hacer. De confinar la lengua, moriría atragantado.

—Calmaos y no echéis más leña al fuego, amigo —arbitró don Rodrigo para luego mirar a un soliviantado Alonso—. Veamos, joven. Muy al contrario de lo que prometiste, no has relajado la verborrea desde que has llegado. De modo que honra tu propósito y cierra la boca. Adelante, marqués. Zanjemos el asunto, por favor.

—Alonso, me equivoqué y, en prueba de mi buena voluntad, te devuelvo el empleo —recitó don Gonzalo de corrido y con una indolencia francamente insultante.

—El caso requiere de mi buena voluntad, no de la vuestra —se sulfuró Alonso—. Vuesa merced ofrece disculpas por difamarme y yo prodigo generosidad aceptándolas.

—¿Cómo osas dirigirte a mí con semejante insolencia? —bramó don Gonzalo—. Procura ubicarte. No te encuentras en compañía de tus amigos fulleros.

—Al menos, ellos no piden perdón rezumando desdén ni adoptando la actitud de quien concede una gracia al ultrajado. Admito vuestras excusas, pero no pretendáis que encima os celebre el gesto porque no ha lugar.

—¿No ha lugar? ¿Qué rayos significa eso? ¿Acaso te piensas en un pleito, petulante insoportable? No eres juez, ni yo, un pobre letrado sometido a tu piedad. Estás ante un marqués, ¿te enteras? Me he disculpado y te he restituido en tu puesto. ¿Qué más quieres? ¿Que me arrodille y me desgarre las vestiduras suplicando caridad?

—Bueno, se acabó —cortó don Rodrigo—. Habiendo reculado el patrón, el vasallo se considera desagraviado y ambos sellan la paz. Así pues, declaro finalizada la guerra.

—Me gustaría añadir un matiz, su excelencia —objetó Alonso.

—¡Por supuesto! —se exasperó don Gonzalo—. ¿Cómo iba a concluir un debate sin que el gallito soltara el último quiquiriquí?

—¿De qué se trata, Alonso? —preguntó don Rodrigo después de beberse el vino y las carcajadas de un trago.

—Regresaré con una condición.

—¡Ojo al tiro que viene recto! —balbuceó don Gonzalo, atónito —. ¡Que además tiene condiciones! Llenadme la copa, duque. Esto supera todas mis expectativas.

—Volveré si su ilustrísima absuelve a Juan —anunció Alonso, obviando la burla.

—Ni de chanza. ¡Me ha robado! Delitos de menor entidad se pagan en la horca.

—Concededle una segunda oportunidad. Solo quienes otorgan segundas oportunidades las merecen. Vuesa merced me concedió una cuando usé vuestros libros. Ahora me toca a mí daros una segunda oportunidad por haberme infamado, y lo haré si, a su vez, le brindáis una segunda oportunidad a Juan.

—Yo me he perdido en la primera «segunda oportunidad» — farfulló don Gonzalo, mirando a don Rodrigo confundido.

—Me parece que la segunda «segunda oportunidad» es como la primera, pero al revés —rio el duque en tanto se bebía la enésima copa de vino.

—Lo expondré de otro modo —aclaró Alonso—. Perdonad a Juan y quizá, andando el tiempo, él os devuelva el favor.

—¿Y qué favor puede hacerme a mí ese bribonzuelo?

—Estaba conmigo la noche del asalto. También él os salvó de una muerte segura y nunca sabemos qué nos aguarda a la vuelta de la esquina. Además, el indulto a Juan os granjeará doble gratitud: la suya y también la mía. Imaginad que en el futuro se os presenta un

problema legal y precisáis de un abogado. De recurrir a mí, yo os ayudaría en retribución a la clemencia que dispensasteis a mi amigo.

—En primer lugar, pitofloro del demonio, ni tengo ni tendré cuitas jurídicas —aseveró don Gonzalo, nervioso ante la mención judicial—. Segundo: como probablemente te expulsaran en cuanto empieces a jeringar a los catedráticos, dudo que te gradúes en Leyes. Y tercero: de verme en los tribunales, ni loco acudiría a ti. Con tal de no padecer tu cansina e infinita cháchara, el juez me enviaría al verdugo antes siquiera de iniciar el pleito.

Incapaz de reprimirse más, don Rodrigo estalló en carcajadas.

—¡Vamos, Gonzalo! —intercedió al tiempo que se llenaba la copa de nuevo—. Juan se ha propasado, cierto es, pero admitid que la porfía de Alonso merita un veredicto feliz.

—Accederé a su petición porque de veras que no le aguanto más —transigió don Gonzalo—. Díselo a ese mangante, Alonso. Y ahora largo de aquí. ¡Me tienes harto!

Cuando Alonso salió de la estancia, un don Rodrigo de mejillas arreboladas y ojos brillantes aplaudió entusiasmado.

—¡Fantástico, mi buen marqués! Ha sido un espectáculo conmovedor.

—Rodrigo Salazar, ¿habéis caído en la ordinariez de achisparos en mi casa? —reprobó don Gonzalo—. ¡Santo cielo! ¡La frasca del Membrilla está seca!

—¡Gloria bendita ese caldo! Y vuestras trifulcas resultan tan divertidas.

46

EL CERCO SE ESTRECHA

El domingo 19 de junio de 1622 Madrid se vistió de gala para celebrar la canonización de cuatro españoles: Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, el padre Francisco Javier y Teresa de Jesús. Aunque había un quinto santo, Felipe Neri, su nacionalidad italiana le restaba protagonismo frente a los patrios, en particular, frente a Isidro, el único madrileño del grupo y, a la sazón, el más festejado en la Villa.

La ciudad permanecería iluminada durante la jornada entera. Al efecto, se habían colocado antorchas en las torres de todas las iglesias; luminarias en las plazas del Alcázar, de las Descalzas Reales y de la Encarnación, y blandones, cirios y bujías en las fachadas de las residencias señoriales, en las calles, alrededor de las fuentes y en el escaparate de muchos comercios. Tampoco en la Plaza Mayor existía la penumbra. Centenares de faroles flameaban en las Casas de la Panadería, de la Carnicería y también en las viviendas circundantes, entre cuyos propietarios el Concejo había repartido un montón de ellos con orden de ponerlos en las ventanas y miradores que daban al recinto.

Un buen número de prohombres se había congregado en la iglesia de San Andrés, aposento del cuerpo incorrupto de Isidro Labrador. Ese sería el punto de partida de la procesión y el grupo de ilustres esperaba la llegada del adjunto parroquial para que les indicase su lugar en la misma, pues, según la preeminencia de cada cual, se le asignaría uno u otro.

Desde lo sucedido en Aranjuez, Enrique procuraba mantenerse lejos de Isabel, de Álvaro, de Alonso y, muy en particular, de don Rodrigo. No había vuelto a cruzarse con ninguno y, aunque así pretendía seguir, no consiguió eludir al duque durante aquellos fastos porque ambos eran miembros de la Corte y, como tales, debían participar en el desfile.

El temido encuentro se produjo en San Andrés justo antes de empezar el acto. El joven intentó pasar desapercibido, pero don Gonzalo, que estaba con don Rodrigo, lo saludó e inició una afable charla sin advertir la tensión reinante entre sus contertulios.

—A tu padre le habría encantado presenciar este acontecimiento —suspiró, nostálgico—. Profesaba una honda devoción hacia el Labrador e incluso financió los gastos de su canonización efectuando donaciones periódicas.

—Ha continuado haciéndolo —contestó Enrique—. En su testamento me encomendó no interrumpir las ofrendas. Mi padre era en extremo generoso.

—Atesoraba muchas otras virtudes —apostilló don Rodrigo mientras le clavaba una mirada gélida—. Acaparaba tal cantidad de ellas que no dejó ninguna a sus semejantes.

—Su dominio en el ajedrez, por ejemplo —bromeó don Gonzalo que, a diferencia de Enrique, no reparó en la doblez del comentario—. Os igualaba en maestría.

—Jugaba francamente bien y urdía estrategias muy inteligentes —corroboró don Rodrigo—. Aunque la mejor de todas no la ejecutó sobre el tablero, sino en la vida. Alzó bandera blanca y se bajó del mundo antes de descubrir la carroña que le rodeaba. ¿O acaso sí llegó a olerla y la peste lo envió a la tumba? ¿Tú qué opinas, Enrique?

—Tengo entendido que la única peste capaz de matar es la bubónica y mi padre no murió de eso —esquivó el aludido, turbado e impaciente por escapar—. Si me disculpáis, el párroco me espera. La procesión empezará en breve y he de ocupar mi puesto. Con Dios, caballeros.

—¡Pobre muchacho! —compadeció don Gonzalo cuando Enrique se alejó—. Lo he notado triste. Imagino que echa en falta a Pelayo.

—Apostaría mi grandeza de Castilla a que Pelayo no le echa en falta a él —masculló don Rodrigo para suavizar el exabrupto no bien percibió la mueca desconcertada del otro—. Me refiero a que, cuando uno alcanza el paraíso, no añora este valle de lágrimas. Mucho menos, a los hijos. Se sufre tanto por ellos que perderlos de vista me parece un enorme aliciente para subirse al carro de la Parca y emprender el último viaje.

—Ahí coincidimos —gruñó don Gonzalo—. Cuanto más crecen, más lata dan y más dinero cuestan. ¡Que me lo digan a mí! El rescate

de Beltrán terminará arruinándome. Si pudiera, hoy mismo me mudaría al camposanto. Así me libraría de ese condenado asunto.

—Ruego a vuesas excelentísimas mercedes tengan la bondad de colocarse en las posiciones que les han sido asignadas —les requirió el adjunto parroquial tras doblarse en una marcada reverencia—. La procesión va a comenzar.

Enrique padeció un calvario durante el desfile porque, como los gentileshombres del rey caminaban justo detrás de los cercanos a Zúñiga y al conde de Olivares, pasó toda la carrera sintiendo los ojos de don Rodrigo incrustados en su espalda. Cuando, después de lo que se le antojó una eternidad, la ceremonia concluyó, le acobardó tanto la posibilidad de enfrentar un nuevo parlamento con el duque que optó por renunciar a la verbena posterior. Se escabulló entre la muchedumbre de manera sigilosa, montó su caballo y partió a la misma velocidad acelerada y furiosa a la que iba su corazón.

Las campanas repicaron las nueve y, por una vez, la oscuridad que empezaba a cernirse sobre la Villa perdió la batalla de la hora, pues en aquel eufórico Madrid colmado de luces y fiesta, no cabían negruras, ni siquiera las de la noche.

Enrique cabalgó sin rumbo durante un rato largo y luego se internó en las inmediaciones de Lavapiés. Allí se concentraban los garitos menos recomendables de la Corte y precisamente eso necesitaba: un tugurio donde no hubiese duques con la suficiente jerarquía como para permitirse el lujo de dispensarle el denigrante despotismo que el soberbio e insoportable Rodrigo Salazar le había mostrado. Eligió uno cuya fachada decadente anunciaba un interior acorde a sus expectativas. No quedó defraudado cuando entró en una sala semejante a una pocilga.

Tras instalarse en una mesa donde parte de la clientela echaba unos naipes, se dispuso a hundir la rabia en vino y la humillación en el juego. Y así, bebiendo y apostando, le sorprendió la madrugada.

Compartía mesa con seis hombres. Dos de ellos no paraban de toser, escupiendo en cada arremetida bolas de tabaco y la desgana del aburrido hasta de sí mismo. El tercero tenía el aspecto del ludópata empedernido a quien solo un abanico de cartas le da la vida mientras se la quita, y otros dos arrastraban tal borrachera que ni siquiera aguantaban rectos en la silla. El sexto era el que más curiosidad le suscitaba. Se sentaba frente a él y no parecía extraviado en el vicio,

sino en el sitio porque su porte encajaba mal en la podredumbre de aquella cochiquera. Aunque el atuendo no irradiaba postín, tampoco pecaba de limosnero, lo cual hablaba de alguien que gozaba de cierta bonanza económica. O quizá ya no y marchase a dormir arruinado, pues llevaba horas de timba, aún no había ganado ni una mano y su montaña de monedas inicial ahora era un triste mojón.

El tipo sufría un terrible golpe de calor a juzgar por los profusos chorros de sudor que le surcaban el rostro hasta la prominente papada para caerle luego sobre la ropa cual gotera recalcitrante y pertinaz. Aun así, no se retiraba un sombrero cuya ancha visera se vencía en los lados ocultándole la zona lateral de la cabeza. Lejos de ello, tiraba todo el tiempo de los bordes derecho e izquierdo hacia abajo. Una y otra vez. Una y otra vez. De manera compulsiva; como si le aquejara un tic nervioso y satisficiera más una obsesión que una necesidad. Considerando que estaba a punto de derretirse, su resistencia rozaba la heroicidad, pero el sofoco alcanzó cotas tan inhumanas que, al final, se descubrió. Fue entonces cuando emergió el motivo de aquel extravagante afán por blindarse. En el lugar destinado a las orejas, le colgaban dos jirones de carne sanguinolenta, infestados de pus y todavía en proceso de cicatrización.

El espectáculo acabó pronto porque, apenas los presentes se apercibieron del salvaje desmembramiento, mostraron tal repulsión que el infeliz se apresuró a taparse de nuevo. No resultaba nada fácil ser un desmirlado, como se denominaba a las víctimas de esa clase de mutilaciones. El vocablo procedía de «mirlas», sinónimo de «orejas» en la jerga popular, y sugería una condena por robo, pues amputándolas se castigaba este delito. En consecuencia, integrar tan desgraciada logia equivalía a llevar el cartel de ladrón en la frente y eso, amén de vejatorio en extremo, era causa de una absoluta exclusión social.

El juego prosiguió durante unas horas más, pero, poco a poco, el cansancio fue minando los ánimos y los participantes empezaron a marchar a casa, unos ebrios y haciendo eses, y otros sin blanca y poniendo mil cruces en su negra suerte. Todos desaparecieron, excepto Enrique y el desmirlado, los cuales continuaron echando rondas hasta que el capital del segundo devino agónico. La suerte le había rehuido desde el principio de la noche y las reiteradas debacles habían acabado por dejarlo a la cuarta pregunta. En ese momento, estaban en la recta final de una partida y, presa de una inquietud

atroz, lanzaba miradas desesperadas a la pila de metal que se elevaba en el centro de la mesa. Convencido de que esta vez su combinación de naipes superaría la de Enrique, decidió apostar lo que ya no tenía.

—Doblo el pozo —anunció con un marcado acento andaluz.

—Ese envite exige un efectivo del que no disponéis, caballero —señaló Enrique.

—Confiad en mí. Que mis muertos se levanten si no gano yo.

—No lo habéis hecho en toda la velada y ¿he de creerme que ahora romperéis la regla?

—Ahorradme las monsergas, señor —se impacientó el desmirlado —. Si deseáis apostar, proceded. De lo contrario, plantaos y el menda se agenciará la mesa.

—No se trata de que yo no quiera apostar, sino de que vuesa merced no puede hacerlo.

—Si caigo, pediré un fiado al dueño y obtendréis vuestro botín —reculó el sujeto, dulcificando la acritud inicial—. Apiadaos y dadme la oportunidad de enderezar mi situación. Lo he perdido todo y necesito recuperarlo.

Tras la temporada vivida en Sevilla, el carácter sureño y su genuino gracejo habían conquistado a Enrique. Los andaluces le inspiraban una enorme simpatía y el drama de aquel en concreto activó su naturaleza cotilla, sensaciones ambas que le incitaron a plantear una oferta destinada a honrar la una y saciar la otra.

—Os propongo un trato mejor. Si vuestra mano aventaja a la mía, os embolsaréis el pozo. En cambio, si os desbanco yo, saldaréis la deuda contándome lo sucedido a vuestras orejas. Me consta que así quedan los ladrones juzgados y sentenciados, pero me barrunto algo distinto en vuestro caso y las ganas de confirmarlo han espoleado mi generosidad.

El desmirlado vaciló. Aunque ni quería ni debía hablar de ese asunto, lo había perdido todo y el dinero de la mesa era su única salvación. No saldría adelante sin él. Además, tenía unos naipes magníficos y de seguro le propiciarían la victoria.

—Acepto y a la Virgen de la Caridad encomiendo mi buena estrella.

Temblando de pies a cabeza, el hombre descubrió su suerte.

—¡Cincuenta y dos puntos! —alabó Enrique y, mientras se regodeaba en el alivio que iluminó el rostro del andaluz, mostró sus

cartas muy despacio—. Un juego formidable..., aunque insuficiente frente a mis cincuenta y cinco. Gano la mesa y vuestra historia.

El brillo que había encendido la mirada del desmirlado se apagó como vela al viento. Abatido, hundió la cara para esconder las lágrimas que le nublaban la vista y el futuro.

—¡Ya ni la Virgen me atiende! —gimió, encastrándose todavía más el sombrero para luego erguirse en actitud resuelta y asentir—. De acuerdo. Vayamos a un rincón menos expuesto y os lo contaré.

Se acomodaron en una mesa apartada y un intrigadísimo Enrique pidió vino. Añadió a la comanda una lamparilla. Las tinieblas en aquel recoveco del local alcanzaban tal densidad que no distinguía al extraño individuo que tenía delante y no deseaba ni lagunas ni cegueras en un relato que intuía muy interesante.

—Decidme, pues: ¿qué ha motivado vuestra desventura? Insisto en que no me parecéis un ladrón y vuestra ropa tampoco encaja en este mandracho miserable.

—Os agradezco la gentileza y aprovecho para aplicarla a vos —contestó el desmirlado al tiempo que clavaba unos ojos envidiosos en los destellos dorados que lanzaba el rico brocado de su interlocutor—. No lleváis precisamente el traje de Adán.

Tanta familiaridad crispó a Enrique. Solo le faltaba ir al peor antro de Madrid en busca de un poco de respeto y que un pelagatos adicto al juego también se le subiera a las barbas.

—No me apeéis el *vuesa merced* —ordenó en tono peligroso—. No os lo consiento.

—¡Anda, mira el pijotero! ¿Acaso no me habéis rebajado el tratamiento a mí?

—Acabáis de convertiros en mi deudor, lo cual me coloca en una posición dominante y, a la postre, digna de mayor deferencia. Dispensadme la cortesía que merezco y congeniaremos. Relajadla y vuestros problemas se multiplicarán por diez. Y ahora desembuchad.

Aquella contundencia achantó al hombre y, sin atreverse a rechistar, obedeció.

—Soy Germán Valdés, gaditano y mozo de limpieza en la delegación que la Casa de Contratación de Sevilla tiene en Sanlúcar de Barrameda.

—¿Un peón? —se asombró Enrique—. Vuestras trazas indican más relevancia social.

—Las cosas me fueron bien durante un tiempo, pero me descacharraron la cara y, como mis nuevos rasgos generaban suspicacias, me despidieron. Ahora voy dando tumbos. Aunque jamás he chirlado nada, la gente hila lo contrario en cuanto me quito el sombrero y no quieren emplearme.

—Si vuestra mutilación no deriva de una pena judicial, ¿qué la ha causado, entonces?

—Un hijo de las mil putas. Una noche de tormenta, me arreó un estacazo en la cabeza y me arrastró a una playa solitaria. Había una jartá de truenos y, aprovechando que silenciaban mis gritos, el muy jodíoporculo me serró las orejas y me abandonó allí, sangrando e inconsciente. Al ver que tardaba, mi esposa salió a buscarme y, después de batir el pueblo entero, me encontró despatarrado en la arena y chuchurrío. ¡Qué susto se llevó la pobre! Menos mal que no me he quedado sordo, pero eso sí: tengo que cargar con esta comparsa de ratero hasta que la Magdalena deje de llorar al Cristo.

—¿Y quién os odia tanto para destrozaros así la vida?

—¿Y yo qué sé? —se ruborizó Germán—. Algún malaje, supongo.

—El desmirlamiento no es una penitencia común. La provoca un juez o un desquite. Si negáis lo primero, debe tratarse de lo segundo, y me figuro que sospecháis de alguien.

—Me comprometí a participaros cómo me desatornillaron la azotea y he cumplido —cortó Germán, cuyas mejillas no aflojaban el sonrojo—. Dadme, pues, venia para irme a acostar porque de veras que hoy amanecí con el día torcido.

Enrique se acarició la perilla meditabundo. En otras circunstancias, ya se habría aburrido y zanjado la conversación, pero una corazonada le instaba a tirar del hilo.

—En efecto, habéis cumplido —declaró—. La deuda queda saldada, y vos, en libertad. No obstante, si marcháis, lo haréis de vacío, ¿me equivoco?

—Ni miaja —admitió Germán, desolado —. Estoy tieso.

Enrique depositó una faltriquera llena de monedas encima de la mesa.

—Toda vuestra a cambio de la historia completa —propuso.

Salivando codicia y desesperación, Germán alargó un brazo ávido hacia la bolsa, pero Enrique se apresuró a apartarla.

—Antes la historia —exigió—. Y me refiero a la verdadera. Si

planeáis apalancaros en esa patraña de salteadores aficionados a sembrar de orejas las playas de Sanlúcar, aquí termina nuestra charla y mi oferta.

—Sucede que..., bueno... Es una vaina muy delicada. Corro peligro de muerte.

—Os lo pondré fácil. Yo la comienzo y vos añadís el desenlace. ¿Estamos de acuerdo?

—Hablo en serio, jefe. Arriesgo el pescuezo. Os ruego que no me obliguéis a...

—Veamos —interrumpió Enrique, impasible a los titubeos de Germán—: si la Justicia no ha ocasionado vuestra desgracia, resulta obvio que se trata de un ajuste de cuentas y, si un humilde mozo de limpieza puede permitirse esos ropajes principescos, cabe inferir que ha engordado su jornal vía soborno. ¿Y quién unta a los empleados de la delegación de Sanlúcar, última aduana antes de salir a mar abierto rumbo a las Indias? Los contrabandistas. Conclusión: os habéis enredado con alguno, le habéis fallado y se ha vengado cursando un sicario.

Al advertir la palidez de Germán, comprendió que había dado en la diana.

—En otras palabras, sois un corrupto y ese tipo de delitos se purgan en la horca —recapituló—. Yo podría denunciaros, en cuyo caso sí que arriesgaríais el pescuezo porque ni una luna tardaría el verdugo en rodeároslo con una soga y dejaros sin suelo bajo los pies. Pero, como no me interesáis vos, sino la persona que os compró, decidme su nombre y, amén de eludir el cadalso, obtendréis el dineral contenido en esta escarcela.

Atrapado en un angustioso dilema, Germán se retorcía las manos.

—Antes de piar, necesito un juramento de silencio —requirió al fin—. Como esos canallas se enteren de que yo he tirado la caña que ha servido para pescarlos, me cortarán las pelotas y después me meterán un palo por el culo. Y, puestos a espicharla, prefiero hacerlo ahogado en la mariseca que cagando lástima.

—Mis labios están sellados —prometió Enrique—. Palabra de honor.

—Sea, entonces —claudicó Germán—. Aunque, en realidad, poco he de aportar a vuestras deducciones porque lo habéis clavado. En efecto, un contrabandista me bañó en oro, la avaricia me venció,

reclamé más cuartos y jodí el invento.

—¿Nombre del sujeto?

—Bernardo Núñez de Belmonte.

—¡Hum! —musitó Enrique con el ceño fruncido—. Esos apellidos me suenan.

—Lógico. Vive aquí, en Madrid. Es picapleitos y un aguamala de lo peor. El hideputa aplica el código de Justiniano en Castilla y el de Lucifer en la costa.

—¡Ya sé a quién os referís! En la Villa le llaman el Abogado de las Causas Imposibles.

—Ah, ¿sí? Pues en las marismas del Guadalquivir le decimos el Indigesto.

—No comprendo. ¿Qué significa?

—Ese condenado chicharro se expresa en una jerga indescifrable. Gasta un verbo tan enrevesado que se necesita un invierno en agosto para averiguar de qué carajo habla.

—Como todos los letrados —opinó Enrique—. La dialéctica forense es soporífera.

—La del Indigesto va más allá. Resulta mortal. En vez de dar los buenos días, suelta una perorata sobre la naturaleza jurídica del sol. Si el tabernero le sirve un tinto agrio, le demanda. Si en la empanada le pone gato en lugar de liebre, no se caga en sus difuntos como sería lo normal; le recrimina «mala fe» y luego le vuelve a demandar. Si alguien lo encorajina, se «reserva acciones legales» y, si le ofende, le acusa de «dolo». Nosotros pensamos que se refiere al «doló», el que provoca fatiguita al cuerpo, pero nos extraña que lo pronuncie en andaluz. Los madrileños no os tragáis las letras. Al revés. Las masticáis más que una vaca la hierba. Bueno, pues él le ha quitado un pétalo a la margarita y dice «doló», no «dolor». ¡Y qué levantera con el doló p'arriba y el doló p'abajo! No se le cae de la boca ni aunque le avisen de que tié veneno.

Mientras Enrique se mordía los labios en un intento de frenar la risa, Germán bebió un poco de vino y continuó despotricando.

—Según su docto criterio, el Digesto de Justiniano gira en torno al doló. Me figuro que el pisha ese del Justiniano comió algo que no le sentó bien, escribió la floraina con doló de tripa y por eso lo menciona tanto. Yo no sabía ni de Justiniano ni del Digesto hasta que conocí a este sangrenegra. Todo lo basa en el Digesto. Que si esto lo enuncia el

Digesto, que si aquello lo contempla el Digesto, que si lo otro lo soluciona el Digesto... ¡Ozú! ¡Qué jartura de Digesto, miarma! Si los romanos se lo hubieran puesto a Cristo en el desayuno, lo habrían matado de un empacho y se habrían ahorrado los clavos y la cruz.

—¿Y a qué se debe el alias del Indigesto?

—¿A qué se va a deber, quillo? Los sanluqueños que soborna estamos tan hartos de él y de su maldito Digesto que, al final, se nos ha indigestado. De ahí la vaina.

—¡Os felicito! —aplaudió Enrique, que, incapaz de reprimirse más, estalló en carcajadas—. En verdad no se me ocurre mejor título para un abogado.

—Dios construyó el mundo de la nada, y de ella los leguleyos te fabrican un pleito —gruñó Germán—. Todos los togados son malajes, pero este... ¡Ay, canijo! ¡No ni ná! A este le han cosido el corazón con pelos de Satán. ¡Menudo elemento! Herodes a su lado, gloria bendita, que os lo digo yo.

—Entonces, él auspició vuestra amputación —coligió Enrique.

—Se la encargó a un joputa sin escrúpulos ni piedad. Quiere silenciarme porque manejo mucha información sobre sus marrullerías.

—¿Y en qué consisten?

—Utiliza dos bergantines para trajinar en las Indias con esclavos y otras chuflas.

—¿Un abogado propietario de dos barcos? —silbó Enrique, sorprendido—. Pues sí que renta el negocio de las Leyes. Poca gente puede asumir semejante dispendio.

—¡Qué cojones va a tener dos barcos! Ese comemajá solo tiene humos y mala follá. ¡Que no, flaco, que no! Él se limita a gestionarlos. Se sacará sus buenos cuartos, que no os digo yo que no, pero sirve a otros. A los dueños. Esos sí que nadan en el río grande.

—¿De quiénes hablamos? —preguntó Enrique, tan intrigado y, al tiempo, tan divertido que ya ni siquiera le molestaban las libertades que Germán se tomaba para dirigirse a él.

—Uno de los bajeles se llama Nuestra Señora de los Ángeles y consta a nombre de Guzmán Cañete.

—No le conozco. ¿Y vos?

—¿Yo? ¿De qué? Yo trataba con el Indigesto y suficiente. Cuanto menos se acerque uno a la mala hierba, mejor.

—¿Y qué hay del segundo barco? ¿También es de Guzmán

Cañete?

—¡No, no! El dueño de esa carraca pica más alto. ¡Un pez de los gordos! Al buque le dicen el Arcángel Gabriel y pertenece a un marqués. Gonzalo Soto de Armendía y Fresneda de Peralta, marqués de Velarde y conde de Valdemayor. ¡Joder con la firma! Es más larga que un domingo sin parné, ¡la madre que lo parió!

En el curso de apenas unos instantes, Enrique experimentó todo un rosario de sensaciones. Primero pegó un respingo. Después el estupor blanqueó sus mejillas y le petrificó el cuerpo. Luego recobró el movimiento y entonces abrió la boca, la cerró de nuevo, parpadeó atónito e izó unas cejas escépticas. Al fin, un fulgor siniestro titiló en sus ojos azules y el placer del éxtasis fue recorriéndole el rostro como un río de lava las laderas del volcán. Muy lentamente. Dejando negrura a su paso. Depredación. Terror. Porque eso suscitaba la sonrisa que, poco a poco, empezó a curvar los labios del demonio. Era tan tenebrosa que, si él mismo la hubiera visto en un espejo, habría quedado espeluznado.

Desde que había descubierto el romance existente entre Alonso y Mencía, ambicionaba desposar a esta para vengar así los ultrajes de ambos; sobre todo, los de Alonso. Cierto que Mencía le había despreciado y zaherido a capricho, pero ese harapiento presuntuoso, no contento con vilipendiarle y tundirlo a golpes, le había impedido entrar en la insigne familia de los Salazar y, a la postre, echar el guante a una grandeza de Castilla. Además, a su depauperada hacienda le urgía una fuerte inyección económica y la dote de Mencía se la podía proporcionar.

El problema estribaba en cómo obtener la bendición de don Gonzalo. Aunque la sincera cordialidad que recibía del marqués evidenciaba la discreción de don Rodrigo respecto a los últimos acontecimientos, este no dudaría en alertar a su amigo si él solicitaba la mano de Mencía. El camino hacia su objetivo se presentaba, pues, impracticable y, cuando ya empezaba a desesperar, la fortuna le ponía en bandeja a un gaditano desorejado presto a mostrarle un atajo fabuloso.

Deleitado con los tormentos que procuraría a Mencía y el consiguiente martirio de Alonso, se irguió en el asiento dispuesto a exprimir al máximo tan valioso reportaje. Trató, no obstante, de disimular un interés que había medrado de distracción despreocupada

a voracidad obsesiva. La desazón siempre indicaba debilidad y no le convenía exhibir flaquezas ante Germán.

—¿Qué os pedía el Indigesto a cambio de sus gratificaciones?

—Debía robar papel timbrado y mandárselo. Él lo utilizaba para amañar licencias de compra de esclavos en favor de Guzmán Cañete. Luego me las remitía de nuevo y yo les daba alegría estampándoles el sello oficial. Al principio, no me paré a leer los textos, pero una mañana vi el nombre del barco propiedad del tal Cañete: Nuestra Señora de los Ángeles. Se llamaba igual que mi parienta. Eso me picó la curiosidad y empecé a huronear en secreto. El Indigesto me creía un analfaletras y andaba tan tranquilo pensando que no me enteraba de nada, pero se pasó de listo. Aunque no tengo estudios, domino el abecedario porque me he cultivado como las amapolas en el campo: a mi aire. Además, ¡que soy pobre, no tonto! Un día, poco antes de que la Flota zarpara a las Indias, vi el Nuestra Señora de los Ángeles en el muelle. Lo reconocí porque llevaba el nombre rotulado en los costados de proa. Y hete aquí que también reconocí al inspector encargado de revisarlo. Era el señor de la casona donde mi Angelita apencaba de chica para todo. ¡Otro cabrón con pintas en el lomo! ¡Vaya perita en dulce aquí el figura! ¡Dios los cría y ellos se juntan! Porque obvio que ese también saca tajada.

—Y, si las licencias falsas solo se expiden en favor de Guzmán Cañete, ¿en qué atañe el asunto al marqués?

Previo a contestar, Germán echó un trago de vino y se restregó la boca con la manga de un jubón demasiado lujoso para ese tipo de espontaneidades.

—En mucho y más —afirmó—. Yo suponía que el Indigesto únicamente gestionaba el Nuestra Señora de los Ángeles hasta que una tarde, ordenando la mesa del delegado, identifiqué su firma en el expediente del Arcángel Gabriel. Me barrunté el paño en lo que se casca un huevo. Si un fulano diligenciaba la administración de dos buques a la vez, de seguro algo los trenzaba. ¿El qué? Pues evidente: actúan coordinados. El bajel de la virgen transporta la carga irregular, y el del ángel, la lícita. ¿Y por qué uno sí y el otro no? Cristalino también. Mientras el propietario del Nuestra Señora tiene un nombre vulgar que no revela una chamba, el del Gabriel chorrea distinción, y semejante azucarillo es un imán para según qué chismes. Y me atrevo a añadir un dato. ¡Fijo que el amigo Cañete no existe! Es un pelopaja

de esos y el doño se lleva calentito el pastel entero.

—Un testaferro —infirió Enrique—. Así que ¿ambos navíos pertenecen al marqués?

—¡Claro! ¡Azul y en lo alto el cielo! ¡Menudo tinglado el del ricachón! Aunque no hace nada distinto al resto de mercaderes, ¿sabéis? La Corona los fríe a impuestos y ellos sortean el expolio a base de gatadas. Y, entre la policía y los ladrones, tienen el puerto de Cádiz que parece el chocho de la Puri, la ramera más montada de todo Sanlúcar y alrededores. No hay inspector allí que no esté untado. Viven como Dios. Casas palaciegas, criados, joyas de agárrate y no te menees... ¡La Biblia en verso! ¿Y de dónde sale tremenda parafernalia si ganan un sueldo chuminero? ¡Pues eso! Los contrabandistas les mantienen el bolsillo tan forradito de metal que los tiran al mar y se hunden.

Germán continuó deshilvanando la conspiración indígena a través de la cual Bernardo evitaba a don Gonzalo el pago de un buen montón de tributos y, al final del relato, un Enrique que no cabía en sí de gozo dictó sentencia.

—En resumen: un fraude fiscal en toda regla.

—De canto a canto, maese. Y, aunque de esa hogaza, yo solo me comía las migajas, me rendían una barbaridad. El chanchullo marchaba de perlas, pero entonces hubo un naufragio y Sevilla organizó una investigación. Las cosas estaban muy revueltas y decidí aprovechar el caos para ordeñar la vaca un poco más. ¡Ay, flaco! ¡Qué cara me salió la guasa! Tras el despido, quedé pobre de solemnidad. Nadie quería contratarme y ni siquiera conservé mi casa porque, como pertenece a la delegación, tan pronto abandoné su plantilla, me desahuciaron. Además, el bestia que me dejó la jeta hecha un san bartolomé me advirtió que, si me iba de la lengua, mi familia correría idéntica suerte y, temeroso de que los atacaran, piase yo o no, resolví esconderme en Madrid con mi Angelita y los churumbeles. Aunque sé que el Indigesto reside aquí, permanecer en Sanlúcar es peor. Mientras allí me tienen localizado, la cuestión se les complica en esta ciudad enorme donde hasta las brújulas se pierden. Claro que también se me complica a mí. He aldabeado todas las puertas rogando labor y mi tara me las cierra. Si mañana no pago la posada que nos aloja, nos pondrán en la calle. Desesperado por duplicar mis últimos cuartos, hoy los he apostado y de nuevo la Virgen de la Caridad, patrona de Sanlúcar, me

ha dado la espalda. Ni para un churrusco de pan tengo.

—Ahora sí —objetó Enrique al tiempo que le tendía la faltriquera —. Habéis cumplido, de modo que vuestra es. Y os haré otro favor. Id a las covachuelas del Alcázar dentro de tres días y buscad a un funcionario llamado Domingo Merino. Le aleccionaré para que os asigne una pensión vitalicia y una vivienda digna.

—¿De verdad vais a concederme tanta merced de balde? —balbuceó Germán.

—De balde no. Habéis trabajado en un organismo público y la Administración ampara a sus empleados cuando la fatalidad les trunca el futuro.

—Pero ¿quién sois vos que tenéis esa mano en la oficialidad?

—No os importa. Limitaos a contactar con Domingo Merino. Y algo crucial: os exijo categórica discreción en esta historia. No la desgloséis a nadie, ¿me habéis comprendido?

—¡A mandar, jefe! —palmoteó el hombre, alborozado—. Soy una tumba.

—Una tumba que acaba de cantar ante mí por una bolsa de monedas y bien podría volver a hacerlo a cambio de otra. Os lo advierto, Germán. Punto en boca o informaré al Indigesto de vuestro paradero y allá os las compongáis con él.

Así de próspera terminó la noche para Germán y, qué duda cabe, también para Enrique. A primera hora de la mañana siguiente, este acudió al estrado de cariño de doña Francisca ansioso por participarle las novedades. La halló ataviada con el esplendor habitual en ella, sentada en el suelo, rodeada de almohadones y borda que te borda mientras, en un vano intento de engordar su escuálido esqueleto, daba cuenta de una fuente de hojaldres de Casa Botín. La abrazó exultante.

—Buenos y resplandecientes días, mi idolatrada madre.

Doña Francisca interrumpió la labor y, con la aguja en el aire, lo miró recelosa.

—¿Qué astracanada has cometido ahora? Solo despliegas esos amores cuando necesitas que te perdone algo.

—En primer lugar, el dueño de esta casa, que os recuerdo soy yo, ni se aviene a regaños ni ruega indulgencias —se rebeló Enrique, ofendido—. En segundo lugar…

—… en segundo lugar, hasta tu veinticinco cumpleaños, he de gestionar el patrimonio Valcárcel. Tercero: pronto no habrá nada que

gestionar porque, según nuestro administrador, la fortuna familiar agoniza. Por último y a tenor de lo anterior, el «dueño de esta casa» me parece un memo integral cuyas jaranas nos han arruinado.

—¿De qué jaranas habláis? —protestó Enrique—. Pero si la palabra «diversión» ha desaparecido de mi vocabulario desde que trabajo en el Alcázar.

—¿Seguro que allí haces eso y no el tonto? —espetó doña Francisca—. Cualquier bracero de baja estofa recibe un jornal y, en tu caso, sucede a la inversa. Cada vez que te acercas al trono de las Españas, los Valcárcel sufrimos un cataclismo económico.

—Agasajo al rey y a los miembros de la Corte para granjearme sus simpatías. El poder tiene esas servidumbres, madre.

—La única servidumbre del poder la constituyen los criados y nuestra actual carestía no me permite contratar cuantos preciso.

—Hacedlo —facultó Enrique en actitud jubilosa—. En breve contraeré matrimonio con una aristócrata y nuestras finanzas se reactivarán.

—¿De nuevo emperrado en Isabel Salazar? Tras los fastos de Aranjuez, me dijiste que esa necedad se te había pasado. Ahórrame el disgusto de saber que regresas por tus fueros.

—No se trata de ella. Me uniré a Mencía Soto de Armendía.

—¿Y a qué se debe semejante cambio de opinión? —interpeló doña Francisca, atónita—. Te he sugerido esa alternativa hasta la saciedad y siempre te has negado.

—Porque es descarada, soberbia e insoportable, pero la convertiré en un corderito a golpe de fusta —masculló Enrique antes de torcer el rictus con una ferocidad aterradora.

—No eres precisamente santo de su devoción. La intuyo, pues, bastante reacia a aceptar tu gentil oferta nupcial para balar a tu antojo, mucho menos, vara mediante.

—Compete a su padre darme el sí, no a ella, y lo hará —aseveró Enrique—. Anoche me enteré de algo que, de salir a la luz, lo pondría a los pies del cadalso.

Le contó todo a su madre y, cuando finalizó, los ojos de la mujer estaban como platos.

—¿Tienes pruebas? —inquirió esta sin acertar a recuperarse del pasmo.

—No las necesito. Le expondré la situación y le comunicaré el

precio de mi silencio.

—Así que proyectas plantarte delante de don Gonzalo, acusarle de contrabandista a calzón quitado y luego exigirle que te organice una boda con Mencía —recapituló doña Francisca en actitud sardónica—. Me tomas el pelo, ¿verdad?

—¿Os parece que chanceo? —titubeó Enrique, desconcertado.

—Tal esperanza albergaba, ciertamente. ¡Pobre de mí! Para un hijo que me hizo el traidor de mi esposo y me ha salido rayando la estupidez supina. ¿En serio piensas que el marqués se plegará a tus imposiciones cuando te pregunte si posees algo que acredite semejante denuncia y tú respondas que no lo necesitas?

—Una insinuación mía al conde de Olivares desencadenaría una investigación y sus contubernios se descubrirían. No se arriesgará. De seguro me abrirá los brazos.

—Lo que abrirá será el bolsillo para pagar un sicario. Escúchame bien, hijo. Si le revelas lo que sabes sin antes protegerte las espaldas, firmarás tu sentencia de muerte.

—Pues no os falta razón —admitió Enrique, frustrado—. Excusadme, madre. La euforia me ha nublado la sensatez y me he precipitado. En verdad el marqués no se anda con delicadezas. Mi confidente le desafió y él replicó ordenando que le arrancasen las orejas.

—Me sorprende que se limitase a eso.

—¿Qué me sugerís, entonces?

—De entrada, ni una palabra a nadie. Actúa en solitario y a hurtadillas. Averigua detalles de sus trasiegos: con qué trafica, a quién soborna, cómo opera... Cosecha pruebas de todo y, cuando las tengas, encargaremos dos duplicados a alguien de mi entera confianza que sabe escribir y también callar. Meteremos el dosier original en un cartapacio cerrado bajo llave y lo depositaré en la escribanía de mi notario, Froilán Giraldo, con orden de no acceder a su contenido de ninguna de las maneras y remitirlo al Consejo de Castilla si te sucede algo. Mientras, tú esconderás una de las copias en un lugar seguro. A partir de ese momento, estarás en condiciones de mostrarle la otra a don Gonzalo y advertirle que, de atentar contra ti, los originales llegarán a las manos adecuadas.

—¿Y cómo obtendremos las pruebas? Le ayuda un abogado de la Villa a quien presumo custodio del expediente. Podría hacer una

incursión nocturna en su estudio.

—Demasiado peligroso. Buscarías algo que no sabes si tiene ni dónde lo tiene. No, hijo mío. Conseguir la documentación capaz de acorralar al marqués requiere una tarea minuciosa que no admite las prisas de un allanamiento clandestino. No encontrarás nada dando palos de ciego en el estudio de su abogado. Tampoco en Madrid. Los papeles que necesitas están en la Casa de Contratación. Debes volver a Sevilla.

—Eso es inviable. El conde de Olivares no consentirá mi marcha.

—Si el presidente del Consejo de Indias te reclama, transigirá.

—Han nombrado uno nuevo. El anterior, Fernando Carrillo, falleció en abril y fue gracias a su amistad con vuestro conde de Perdivalta que me agenciasteis plaza allí. Me temo que esta vez no os resultará tan fácil.

—Ya lo creo que sí —sonrió doña Francisca—. El sustituto de Carrillo, Juan de Villela y Olabarrieta, era íntimo de mi padre y me profesa un enorme cariño. Cuando lo invistieron alcalde de Corte en la Real Audiencia de Lima, perdimos el contacto, pero, no bien regresó al continente como miembro del Consejo de Guerra y se afincó en Flandes, lo retomamos. Ahora acaba de aposentarse en Madrid y nos hemos visto un par de tardes.

—¿Habéis abandonado al conde de Perdivalta? —rio Enrique, socarrón.

—Mi querido calambuco, aunque en tu rústico concepto de las relaciones humanas «ver a alguien» implique fornicio, te garantizo que para una persona normal solo significa eso: reunirse con un viejo amigo y echar un párrafo honesto e inocente. De cualquier modo, no pienso desglosar mi privacidad a un estulto cotilla e insolente. Limítate a preparar la impedimenta porque en breve partirás a Sevilla. Pediré a Juan que te adjudique un cargo permanente. Así podrás proceder sin apremios. Calculo que te llevará uno o dos años, plazo suficiente para que el marqués efectúe, al menos, una expedición y te proporcione un rastro que seguir. Sabiendo lo que has de buscar, no te será difícil hallarlo.

—¿Y si, mientras estoy fuera, me arrebatan a Mencía? Ha cumplido los quince, la edad perfecta de una novia. Don Gonzalo podría casarla.

—Ahora le interesa emparentar con los Salazar y, como eso

entraña la excarcelación de Beltrán, no atenderá ningún otro asunto. Tranquilízate. Tu musa aún tardará en pisar el altar y, cuando lo haga, caminará de tu brazo. De momento ve a Sevilla, céntrate en tu objetivo y no permitas que nada te distraiga. De ello depende el futuro de los Valcárcel.

47

REVELACIÓN

Era domingo, 21 de agosto de 1622, y las tórridas temperaturas parecían resueltas a calcinar Madrid. En el palacio ducal, frente a un tablero de ajedrez, don Rodrigo caía de continuo ante un imbatible Alonso. A las ocho de la tarde, malhumorado, harto de perder y asado como un pollo en la parrilla, propuso salir a airearse un poco.

—El culpable de vuestros sofocos es este astro del escaque, no el que arde en el cielo —bromeó Alonso—. Cuatro partidas, cuatro derrotas, su excelencia.

—Yo no veo ningún astro, sino un asno engreído que rebuzna demasiado —refunfuñó el otro—. Además, te recomiendo no subestimar ni al adversario ni, mucho menos, a los caprichosos duendes, porque hoy te visten y mañana te desnudan.

—*Audentes fortuna iuvat* —jeringó Alonso—. La fortuna ayuda a los fuertes. Virgilio.

—*Stultorum infinitus est numerus* —contraatacó don Rodrigo—. El número de tontos es infinito.

—*Veritas odium parit*. La verdad gesta odio. Terencio. Por si no os gusta Virgilio.

—Tú y tus latinajos sí que no me gustáis. ¿Acaso solo manejas media docena y los vas alternando? Porque a mí me da la impresión de que siempre sueltas los mismos.

En alegre camaradería subieron al carruaje de don Rodrigo mientras el postillón bajaba la capota plegable que dejaba el interior al descubierto.

Eran casi las nueve cuando llegaron a la calle Mayor, la cual estaba inmersa en el habitual delirio de la rúa vespertina. Una larguísima hilera de vehículos levantaba una espesa nube de polvo que flotaba en el aire, impedía ver dos palmos más allá y, para colmo, apestaba porque el hedor procedente de la basura amontonada en las

costanillas laterales se impregnaba en ella formando una bruma opresiva y en verdad nauseabunda.

Los galanes cabalgaban pegados a cualquier coche, silla de manos o litera que llevase a una dama y la agasajaban con mil requiebros, abordaje rayano en la proeza debido al ejército de mendigos que los interceptaban para estropearles sus bellas romanzas entonando letanías de miseria entre lloros quejicosos. En las lindes de la calzada, los ambulantes intentaban situarse en primera línea empujando el tenderete vecino, pero, cuando el predicador de turno empezó a pontificar, todos unieron fuerzas contra él.

—No escuchéis a los vendedores de tentaciones, hermanos. ¿Y si Cristo se oculta tras uno de estos menesterosos? ¿Le vais a negar una limosna mientras dilapidáis lo que os sobra? Os condenaréis al infierno y allí sufriréis el calor del fuego eterno.

—¡Sellaos la boca, cagacruces! —increpó el alojero, enojado al advertir que las amenazas surtían efecto y la gente rehusaba comprar —. Además, ¿de qué calor habláis? ¿Os parece suave el que cae por aquí?

—¡No al dispendio! —berreó el predicador—. Sed caritativos y entrareis en el paraíso.

—Como sigáis espantándome a la parroquia, os meto en el paraíso de una patada en el culo, imbécil —bramó el aguador.

Mientras la discordia en el sector empresarial se enquistaba, los coches iban y venían. Ocupaba uno de ellos Juan de Tassis, conde de Villamediana y autor del polémico rapto de la reina durante el incendio de Aranjuez. Lo acompañaba su amigo Luis de Haro, sobrino del conde de Olivares. Este viajaba dentro del coche, y Villamediana, fuera del mismo, en un balconcillo adherido al lateral. Quedaba desprotegido ante robos y agresiones, pero así se lucía más y eso le encantaba. Contemplaba la vorágine del entorno disfrutando de la expectación que su presencia despertaba cuando, a la altura de la calle de los Boteros, un embozado paró el vehículo y se acercó a él.

—Traigo un mensaje urgente para el conde de Villamediana —le anunció.

—Soy yo —contestó tras erguirse en el asiento—. ¿Qué recado tenéis?

—Este —replicó el embozado y, empuñando un arma de hoja afilada, se la clavó.

El chasquido de las costillas al quebrarse rompió el fugaz silencio de la incredulidad e, instantes después, una enorme herida apareció en el torso del conde. La sangre borboteó con tal violencia que un chorro salió disparado. El coche de don Rodrigo venía de frente en ese preciso momento. Alonso reía una broma del duque cuando, de repente, su ropilla de seda amarilla se tiñó de rojo.

—¿Eso es sangre? —saltó don Rodrigo, blanco del susto—. ¿Te han... apuñalado?

—Creo que no —balbuceó Alonso, inspeccionándose el cuerpo.

La carroza de al lado continuaba detenida; no así los acontecimientos que en ella se sucedían y que avanzaban a una velocidad vertiginosa. El conde de Villamediana acababa de desenvainar la espada, pero, al percatarse de que no tenía fuerzas para gobernarla, miró impresionado el agujero por el que se le iba la vida y aceptó la realidad.

—Esto está hecho —dijo—. Confesión, señores.

Entonces cerró los ojos y, de manera aparatosa, cayó al suelo desde lo alto del balcón. Histérico y soltando enloquecidos chillidos de socorro, Luis de Haro se apeó del vehículo y corrió tras el asesino, quien, cumplida su misión, se había escabullido.

De inmediato estalló un caos de gritos, exabruptos y maldiciones. Una auténtica turba se apelotonó alrededor del herido llamando unos a los alguaciles, otros al cura y la mayoría a un galeno. Algunos iniciaron un debate sobre la inseguridad urbana, francamente inútil dadas las circunstancias; los ancianos se santiguaban; los hombres se atragantaron con el tabaco que masticaban; las mujeres se llevaban las manos a la cabeza horrorizadas; la chiquillería se echó a llorar de miedo, y los pícaros aprovecharon la confusión general para rajar faltriqueras.

Al ver que todos parloteaban, pero nadie hacía nada, Alonso se bajó del coche y, tras abrirse paso entre la muchedumbre hasta alcanzar el centro del corrillo, se arrodilló junto al conde de Villamediana, que yacía desmadejado y exánime.

—Hay que cortar la hemorragia —vociferó—. ¡Don Rodrigo! Traed los cojines de vuestro carruaje. ¡Deprisa!

Después se quitó la ropilla y la introdujo en la herida. Le siguió el jubón y, como aún sobraba espacio, se arrancó también las mangas de la camisa interior. Trabajaba de forma tan arrebatada que ni siquiera

reparó en lo indecoroso que resultaba quedarse en paños menores de cintura para arriba y encima con los brazos al aire. Pese a ello, sus denodados esfuerzos apenas le rendían porque, aunque no cesaba de meter prendas y más prendas en la terrible brecha, en cuanto la tela tocaba aquellas entrañas cadavéricas, se empapaba de vida truncada. El conde de Villamediana se moría.

Don Rodrigo regresó y tendió a Alonso los cojines que este le había pedido. Cuando el chico extendió los brazos desnudos para cogerlos, le notó algo en el izquierdo que lo descabaló. Entre churretes de sangre y lamparones terrosos de polvo y barro, una marca brillaba nívea. Era una luna menguante rodeada de motas color chocolate. De manera instintiva alzó la mirada y se fijó en el pecho de Alonso. Entonces lo vio. El relicario había emergido de la camisa desgarrada y se columpiaba al ritmo acelerado en que se movía su dueño.

El impacto eclipsó el frenesí del momento. Don Rodrigo sintió que el mundo se ralentizaba. La barahúnda reinante se evaporó. El tumulto de alaridos y lamentos se evaporó. Él mismo se evaporó.

—¡Don Rodrigo! —reclamó Alonso a la vez que prensaba uno de los cojines contra el tórax del conde en un exasperado intento de taponar la colosal sima que lo horadaba—. ¿Qué os sucede? ¡Ayudadme, por favor! Este hombre se nos va.

Abismado en un torbellino de emociones, don Rodrigo no contestó. ¡Acababa de encontrar a su hijo! ¿Su hijo? ¿De veras era suyo? Por supuesto que sí. Aunque la marca del brazo solo lo identificaba como hijo de Margarita, que no suyo, y el relicario podía haberlo comprado o incluso robado, que ambos detalles convergieran en él resultaba de una contundencia prácticamente irrefutable.

Además, sus rasgos lo confirmaban. Petrificado junto a la triste estampa del muchacho intentando en vano reanimar un cuerpo que ya no tenía alma, los estudió. Lo había hecho en incontables ocasiones anteriores, pero, no obstante ponerle voluntad y muchas ganas, nunca había logrado concluir nada definitivo. Sin embargo, esta vez ni siquiera necesitó esforzarse. Las semejanzas que antes consideraba posibles mas no rotundas, ahora le resultaron palmarias. No le cabía ninguna duda: por las venas de Alonso corría la estirpe de los Salazar. Siempre supo que la Providencia le traería el fruto de aquel amor imperecedero y que, en cuanto se lo cruzase, la voz del pasado se pronunciaría. Y lo hizo. Alonso le había pellizcado el alma desde el

principio y, al fin, entendía el motivo.

Y allí, entre el río rojo que brotaba del pecho de Villamediana, el libro que un día Margarita y él comenzaron a escribir juntos vino a abrirse por el capítulo perdido. El más soñado. El más tardío. El más feliz.

—¡Don Rodrigo! —se desgañitaba Alonso, extenuado y al borde de un ataque de pánico—. Reaccionad, ¡maldita sea! Seguro que habéis visto tajos similares en la guerra. ¡Don Rodrigo! Que se está desangrando, ¡por el amor de Dios!

Un Luis de Haro jadeante y bañado en sudor emergió entonces del cerco de personas congregadas en torno a Villamediana y se arrodilló a su vera.

—¿Qué os han hecho, amigo? —lloró desconsolado, pegando su frente a la del conde para luego incorporarse de nuevo y prorrumpir en aullidos crispados—. ¡Un cura! ¡Busquen a uno, por piedad! No puede morir sin confesión.

—¡Despejen la zona! —exhortó un alguacil—. ¡Vamos, vamos! ¡Apártense! ¡Vosotros! Llevad al herido a su domicilio. Queda a pocos pasos de aquí. ¡Aprisa!

Varios hombres trasladaron al conde hasta el callejón de la Duda, donde se alzaba su palacio, entraron en el zaguán y lo depositaron en el suelo. Un sacerdote le administró la extremaunción. El galeno se limitó a negar con la cabeza. No existía salvación posible para aquel cuerpo resquebrajado. Y no se equivocaba. Horas después, Juan de Tassis, correo mayor del Reino y conde de Villamediana, expiró.

—Pero ¿qué diablos ha ocurrido? —farfulló Alonso cuando don Rodrigo y él regresaron al carruaje—. Han descosido el coleto al mismísimo conde de Villamediana en mitad de la calle Mayor. ¡Y en plena rúa! ¡Es que no doy crédito!

—Has actuado como un valiente —lo ensalzó don Rodrigo, fijos los ojos en su brazo desnudo, que no en el relicario, pues el chico ya se lo había vuelto a esconder bajo la camisa—. Ponte mi capa, anda. No puedes ir medio en cueros y chorreando sangre.

—¿Qué os ha sucedido antes? Me mirabais como si acabarais de ver un fantasma. Y lo peor es que seguís haciéndolo. Además, estáis muy pálido. ¿Os encontráis bien?

—Me siento bastante abrumado, la verdad. Los acontecimientos de esta tarde me han afectado mucho y preciso serenarme un poco.

Marchemos ya, te lo ruego.

Tras dejar a Alonso en la mansión Soto de Armendía y ya en el palacio ducal, don Rodrigo se reunió con Simeón Figueroa, uno de sus asistentes de máxima confianza.

—He de encargaros una misión secreta y en extremo delicada —le anunció—. Necesito que investiguéis a Alonso González de Armenteros. Quiero saberlo todo sobre él.

48

DEL FRUTO AL ÁRBOL

El asesinato del conde de Villamediana en pleno centro convulsionó Madrid entero. Los que hablaban, no lo hacían de otra cosa, y los que también escribían no cesaban de parir crónicas y coplillas, la mayoría socarronas e irreverentes. El difunto nadaba en hostilidades y, como muchos de sus adversarios dominaban la pluma, la afilaron para celebrar su final. Solo Luis de Góngora rimó lágrimas por la muerte de un amigo.

Los días fueron transcurriendo y, mientras los mentideros diseccionaban un suceso público y notorio, don Rodrigo hurgaba en los secretos de Alonso. No quería actuar a ciegas y, cuantos más datos reuniera antes de revelar al joven la verdad, menos probabilidades tendría de tropezar y cometer un error fatal.

—¿Cómo que no habéis encontrado nada, Figueroa? —reconvino al detective encargado de las pesquisas cuando este le informó del resultado de las mismas.

—He inspeccionado los archivos de todas las iglesias de la Villa y alrededores, su excelencia. Ninguna familia ostenta esos apellidos y tampoco consta nacimiento o cristianización de nadie llamado así. Si me permitís el barrunto, Alonso González de Armenteros no existe y quien conocéis bajo ese nombre oculta su verdadera identidad.

Don Rodrigo se mesó la perilla en ademán reflexivo. Esa hipótesis no le sorprendía. Un halo de misterio envolvía el pasado del chico y, aunque intuía falsa la historia que contaba, no le había concernido lo suficiente como para ponerse a husmear de manera activa. Ahora sí lo hacía. Y mucho. En verdad deseaba que el instinto no le fallara y que, en efecto, Alonso estuviera mintiendo. Según el joven, su madre falleció al alumbrarle y, tras averiguar que Margarita era esa mujer, prefería considerarlo un embuste a enfrentar tamaña tragedia. Aunque, bien pensado, fuera en el parto o de cualquier otra forma, no

podía descartar que hubiera muerto. De lo contrario, ¿qué hacía Alonso viviendo en la calle sin más compañía que la de una pareja de pícaros? Pero se negaba a contemplar esa posibilidad. Había un abanico enorme de alternativas perfectamente factibles y no alimentaría la peor.

Así, desechando los malos agüeros, se dispuso a emprender un camino que llevaba tentándole más de una década, pero que nunca se había atrevido a recorrer. ¡Cuántas noches de nostálgico insomnio se había planteado indagar sobre ella! ¡Cuántas veces abortó las ganas de aldabear todas las puertas soñando con topársela al otro lado! Seguía tan presente en los latidos de su corazón. Aún la amaba y por Dios que, si la encontraba, no pararía hasta recuperarla. Y Margarita no se lo merecía. Bastante la había herido ya. Debía dejarla tranquila. Soltar la cuerda del pasado. Resignarse. Olvidar.

Estas consignas refrenaban sus impulsos cada vuelta del reloj. Cada fin del calendario. Cada rocío. Cada estrella. Cada luna y cada sol. Sin embargo, todo había cambiado ahora. Necesitaba respuestas y, si no las hallaba rastreando al fruto, entonces no tenía más remedio que recurrir al árbol.

—Os confiaré otra misión —anunció en tono decidido—. Preciso localizar a Margarita Carvajal. Demando máxima discreción, Figueroa. No me decepcionéis.

Al cabo de una semana, el investigador le visitó de nuevo, aunque no con intención de reportarle, como esperaba, sino para solicitar fondos y poder viajar a Tendilla. Frente al ávido interrogatorio del duque sobre si Margarita estaba allí, Simeón Figueroa mostró un laconismo exasperante. Se limitó a decir que había encontrado su rastro, pero que debía ultimar algunos detalles antes de proporcionarle una crónica exhaustiva e incuestionable. Este apunte supuso un baño de optimismo para don Rodrigo porque vio en él que Margarita no había muerto. Tanto necesitaba creerlo que dio carpetazo definitivo a esa opción.

Desde entonces, no había vuelto a saber nada de Simeón. Septiembre se agotaba y su paciencia también. Sufría tal cuadro de histeria que ya ni siquiera lograba conciliar el sueño. Igual le invadía la euforia de haber encontrado a su hijo que se hundía en el terror de confesarle que, tras desflorar a su madre y preñarla, la había abandonado soltera, sin futuro e indefensa ante el impío azote social.

Semejante suma de barrabasadas se le antojaba tan deleznable que el peso de la vergüenza le encorvaba la espalda. Y no dudaba que Alonso opinaría lo mismo para luego actuar en consecuencia y rechazarle.

Una tarde en que compartía asueto y ajedrez con el protagonista de sus desvelos, ese miedo alcanzó cotas tan insoportables que no conseguía concentrarse en la partida.

—Jaque mate —anunció Alonso en tono burlón—. Empezáis a resultar un adversario mediocre, su excelencia. Cometéis errores de novato. Siempre os gano y me aburro.

—Me tiendes unas trampas tan sibilinas que solo las descubro cuando mi rey ha caído —esquivó don Rodrigo, muy consciente de que no era ese el motivo de sus torpezas.

—Antes cazabais mis estrategias al instante y tardabais un suspiro en desbaratarlas. A mí no me engañáis. Andáis a vueltas con algo que os impide prestar atención al juego.

—No comprendo a qué te refieres ni tampoco la importancia que otorgas a unas cuantas derrotas. Soy falible y, en ocasiones, pierdo. Eso es todo.

—No es todo, señor. Desde que mataron al conde de Villamediana, os noto desazonado. Además, me miráis de un modo extraño. Y harto insistente. Tan pronto cruzo la puerta, me claváis los ojos y ya no los desancláis de mí hasta que marcho. Disculpad la comparación, pero me siento bajo el acecho de una lechuza.

Pese a la inquietud que le corroía las tripas, don Rodrigo no pudo evitar echarse a reír.

—Cuida el descaro, porque quizá no te disculpe según qué irreverencias.

—No pretendo faltaros al respeto ni tampoco bromear. Me preocupáis. Estáis..., no sé..., distinto. ¿Qué os sucede? ¿Acaso lo de Villamediana os aflige?

—Mucho, aunque tentó demasiado a la suerte. Sabía que el conde de Olivares le tenía ganas y, tras la estupidez de llevarse en volandas a la reina, se lo puso en bandeja.

—Todo Madrid piensa que el rey y Olivares orquestaron el crimen, pero yo me resisto a creerlo —repuso Alonso—. ¿Quién nos gobierna, entonces? ¿Hombres ilustrados o asesinos?

—A mi entender, ambas cosas caben en una misma persona.

—¡Menuda caterva de víboras repta por los mármoles del

Alcázar!

—Ni te lo imaginas, aunque, si planeas ejercer la abogacía, habrás de frecuentarlas. El trabajo de un letrado gira en torno a la Justicia y esta tiene su sede en el Alcázar.

—Allí reside el poder, no la justicia. El hogar de la justicia es la verdad y ni buscarla ni abanderarla gusta demasiado a quienes ostentan el poder.

—¿Y qué hay de ti? Tú, que tanto defiendes la verdad, ¿la dices siempre?

—Desde luego —respondió Alonso con rotundidad—. Y, cuando me licencie en Leyes, consagraré todo mi aliento y desaliento a luchar por ella.

—¿De veras nunca has levantado falso testimonio? —insistió don Rodrigo de manera incisiva—. Salvo Dios y la Virgen, todos ocultamos secretos.

—Los caminos de Dios son inescrutables y una paloma embarazó a la Virgen —impugnó el joven ruborizado, pues se daba perfecta cuenta de que, como Alonso González de Armenteros, mentía más que hablaba—. No me parece el colmo de la transparencia.

—¡Hazme el favor de controlar esa lengua! Soy familiar del Santo Oficio y te aseguro que chascarrillos bastantes menos ofensivos prenden la hoguera.

—¡A ese Tribunal ni me lo mencionéis! —saltó Alonso, incapaz de reprimirse—. Alberga serpientes mucho más letales que las del Alcázar. Los cortesanos matan a sus semejantes por codicia, pero los tonsurados los queman en el nombre de Dios. Me sorprende que un caballero de vuestra nobleza milite en esa cofradía de fariseos.

—¿Serías tan amable de explicarme qué te ha hecho la Inquisición para que arremetas así contra sus miembros? —requirió don Rodrigo, asombrado.

Alonso trató de calmarse. Los familiares del Santo Oficio informaban sobre posibles herejías a cambio de generosas remuneraciones y no poca gente enfrentaba un auto de fe merced a sus denuncias. En otras palabras, eran los espías de la organización y saber a don Rodrigo uno de ellos encendió todas las alarmas de Alonso. No se le escapaba que sus destemplanzas hacia el Tribunal supuraban odio, así que más le valía envainar la vehemencia y mantener la boca cerrada. Al tiempo que eludía la desconcertada

mirada del duque, intentó frenar el arrebol de las mejillas.

—No me ha hecho nada. Me limito a exponer una opinión.

—¿Cuántos años tienes? —soltó don Rodrigo a bocajarro.

—¿Y por qué me preguntáis eso ahora? —balbuceó Alonso, escamado ante el súbito viraje de la conversación—. Diecisiete. Lo sabéis de sobra.

—Naciste, entonces, en 1605. ¿De qué mes?

—Febrero —musitó Alonso, removiéndose inquieto en el asiento.

—De modo que eres dos años mayor que Isabel.

Don Rodrigo reprimió una mueca escéptica. Él desfloró a Margarita en el verano de 1606, así que nadie pudo preñarla en 1605. Además, si la dejó encinta en esas fechas, luego se casó con Elena y, al poco, esta también concibió, ambas mujeres debieron parir casi a la vez. Margarita en abril o mayo de 1607, y Elena, en julio. En consecuencia, Alonso sacaba a Isabel unos tres meses, no dos años. Estaba claro que el muchacho mentía. Ignoraba el motivo, pero, comprobado que ocultaba su identidad, no le extrañaba que la edad corriera igual suerte.

—¿Te importaría decirme el nombre de tu madre? —inquirió con un falso tono casual.

—Preferiría no hacerlo —rehusó Alonso, cada vez más en guardia —. Crecer sin una madre duele mucho, pero hablar de ello implica echar sal en la herida y no es necesario.

—No, no lo es —aceptó don Rodrigo, que notaba el creciente nerviosismo del joven—. Creo, no obstante, que la fortuna no te esquivó del todo. Te dio un padre que, aparte de adiestrarte en el ajedrez, te inculcó el honor y los principios del caballero. Eso lo convierte en alguien extraordinario cuyo impecable desempeño compensa la ausencia materna.

Aquel bello bosquejo de Sebastián logró aplacar los recelos de Alonso y sumirlo en los recuerdos. La nostalgia brilló en sus ojos.

—Era el mejor. Recto, gentil, cariñoso, honesto... Atesoraba tantas virtudes que tardaría una eternidad en enumerarlas todas.

—¿Qué aspecto tenía? —siguió indagando don Rodrigo—. ¿Era igual de alto que tú?

—En absoluto. De hecho, no comprendo de dónde proceden mis longitudes porque él no levantaba dos palmos del suelo.

—Quizá de tu madre —aventuró don Rodrigo, que trataba de

mantenerse hierático.

Extraviado en el ayer, Alonso apoyó el codo en la mesa y la mano en la barbilla.

—Tampoco. Ella era menuda y delicada; un pozo inagotable de dulzura y amor. Siempre le bailaba en los labios la sonrisa más bonita y entonces un hoyuelo le marcaba la mejilla. ¿Veis el que me sale a mí? Me lo dejó en herencia.

—Creí que no la conociste —apuntó don Rodrigo, bastante tranquilo ahora en lo referente al deceso de Margarita porque ya no creía ni una palabra de la historia.

—Bueno… es que… pereció días después de alumbrarme —titubeó el chico, maldiciendo su despiste—. Esas cosas me las contaba mi padre.

—¿Días después? Pero ¿no falleció al darte a luz?

—El parto se complicó y… aguantó un tiempo antes de expirar.

—¿Tienes hermanos?

—No, señor —contestó Alonso, muy amoscado ya.

—¿Y cuándo murió tu padre? —continuó presionando don Rodrigo.

—Lo lamento, pero he retirarme —cortó Alonso, crispado—. Don Álvaro me espera.

El otro se abstuvo de mostrar emoción alguna ante la brusca espantada.

—Apremia entonces. Y traslada saludos a mi ahijado.

Alonso se marchó presa de una honda congoja. La noticia de que don Rodrigo colaboraba en favor de la condenada Inquisición lo había dejado espeluznado. ¿Habría descubierto su auténtico origen y de ahí aquel exhaustivo e insólito interrogatorio? Rogaba a Dios que no fuera así, pero, por si acaso, decidió alejarse del duque para siempre.

49

ESTIRPE DE SANGRE

Aquella mañana de primeros de octubre los rayos del sol inundaban el gabinete del palacio ducal donde don Rodrigo gustaba de diligenciar los asuntos más delicados. La estancia daba a la plazuela del Cordón y disponía de un ventanal cuyo costoso vidrio solo cubrían visillos blancos porque las cortinas de terciopelo azul estaban descorridas. Un brasero de plata caldeaba el ambiente, búcaros de agua de ámbar lo perfumaban y limones con clavos de olor discretamente colocados en las esquinas añadían un toque cítrico.

Pese a la placidez que emanaba la pieza, don Rodrigo la paseaba de arriba abajo como un oso enjaulado. La víspera había recibido un billete de Simeón Figueroa donde le comunicaba su regreso y se había apresurado a citarle a las diez de la mañana siguiente.

El investigador fue de lo más puntual, pues las campanas de la vecina iglesia de San Justo y Pastor anunciaban la hora prevista cuando un criado lo condujo hasta la sala.

—¿Y bien? —saludó don Rodrigo en tanto se instalaba tras un soberbio bufete de nogal y señalaba el frailero de enfrente—. Os presumo portador de nuevas.

—En efecto —confirmó Simeón—. Localicé el rastro de Margarita Carvajal y estoy en condiciones de facilitaros cuanta información preciséis. ¿Deseáis que empiece desde los albores de su vida o preferís que enmarque la crónica en una época concreta?

—Comencemos a partir de su boda. Porque supongo que se casó, ¿cierto?

—Correcto. Lo hizo en noviembre de 1606 con Sebastián Castro, escribano del número. Concibió de inmediato y el 4 de mayo de 1607 alumbró a un varón. Como el parto se produjo a los siete meses de gestación, se extendió el rumor de que casó mancillada y ya encinta. No obstante, todo indica que eran infundios porque no se le

conocieron pretendientes ni devaneos anteriores a Sebastián.

Comprobar que Margarita no había muerto en el parto como Alonso aseguraba serenó a don Rodrigo. Aunque también lo inquietó. Si se había casado y había tenido al niño en el seno de ese matrimonio, ¿por qué madre e hijo estaban separados? En cambio, sí lo alivió constatar que el sigilo de sus encuentros con ella la había protegido del chismorreo. Y, en cuanto al tal Sebastián Castro, ¿le habría endilgado Margarita una paternidad falsa? No lo creía. Era demasiado honesta como para perpetrar un engaño tan vil.

Sonrió cuando Simeón le describió la antipatía que Sebastián despertaba en sus compañeros de oficio porque se negaba a mercadear con la fe pública, rechazaba opulentos sobornos y se empeñaba en prodigar honor e integridad, dos virtudes insólitas en un escribano. Alonso siempre resaltaba la honradez de su padre y, si esa era la cualidad predominante de Sebastián Castro, las cosas empezaban a cuadrar.

—En 1620, Margarita alumbró otro niño —prosiguió Simeón, muy nervioso al alcanzar la parte crítica del relato—. Era feliz hasta que... la Inquisición llamó a su puerta.

—¿La Inquisición? —se alarmó don Rodrigo—. ¿A qué os referís?

—¿Recordáis los Crímenes del Ritual ocurridos en noviembre de 1620?

—Por esas fechas yo no estaba en la Villa —contestó don Rodrigo tras hacer memoria durante un momento—. Asistí a la fiesta de cumpleaños de Enrique Valcárcel y justo después emprendí viaje a Andalucía. Regresé cuando el Tercer Felipe falleció. Algo oí entonces sobre unos violentos asesinatos, pero no presté atención.

—Durante la fiesta que mencionáis, raptaron a una criada de los Valcárcel y...

—De esto sí me enteré —interrumpió don Rodrigo—. Antes de partir a Sevilla, fui a despedirme de don Pelayo Valcárcel y me lo contó. No imaginaba que ya no volvería a verlo. Al poco murió. Yo todavía me hallaba en mitad de mi periplo sureño y ni siquiera pude acudir a sus exequias.

—El caso es que el cadáver de la chica apareció junto al de un chiquillo a quien habían extirpado el corazón y este macabro detalle originó la convicción de que había una secta judía en la Villa dedicada a cometer crímenes rituales.

—No comprendo, Figueroa. ¿En qué atañe todo eso a lo que nos trae?

—En mucho, su excelencia. El Santo Oficio responsabilizó a los Castro.

—Supongo que rectificó de inmediato —apuntó don Rodrigo, tan seguro de ello que en ningún momento se paró a contemplar lo contrario—. Margarita era cristiana vieja.

—No así Sebastián. Descendía de los semitas expulsados de Castilla y Aragón en 1492. Sus ancestros residieron en Portugal durante años, pero, cuando la Inquisición se implantó allí, volvieron a España y se afincaron en Tendilla, donde él nació.

—Entonces, ¿judaizaba?

—En absoluto. Los primeros Castro sí, pero las siguientes generaciones no. El padre de Sebastián profesó una fe sincera y, aunque él también lo hizo, las malicias siempre lo persiguieron. De nada le sirvió ocultar sus raíces hebreas cuando se trasladó a Madrid. Tendilla acoge una población conversa muy nutrida y, en cuanto la gente averiguó que procedía de allí, puso en tela de juicio su catolicismo.

—¿Y en eso se basó la acusación? ¿En estúpidos chismes de mentidero?

—En realidad, alguien los denunció y al poco se decretó orden de arresto. Lo prendieron a él, a Margarita y, de no haberse fugado, los hijos habrían corrido igual suerte.

—¿Margarita en la cárcel? —balbuceó don Rodrigo, incrédulo.

Un sudor gélido le congeló la expresión. Simeón también sudaba. Percibía el interés del duque en la dama y temía concluir la historia. Tirando de redaños, se aprestó a ello.

—Tras la detención, registraron la escribanía de Sebastián y encontraron el corazón del muchacho asesinado. Los juzgaron y el pleito culminó en un auto de fe.

—¿El que se celebró en la plaza de San Salvador días antes de expirar el rey?

—El mismo. Los declararon culpables y... los condenaron a... morir en la hoguera.

Sustituido el color del rostro por una palidez cadavérica, don Rodrigo se llevó la mano a la lechuguilla que le amurallaba el cuello. Se asfixiaba. Cierto que no había querido aceptar la más que probable

posibilidad de que Margarita hubiera muerto, pero ni en sus peores pesadillas habría imaginado que lo había hecho de una forma tan espantosa. ¡Muerta! Su amada estaba muerta. Se había preparado para enfrentar una enorme variedad de escenarios sombríos. La frialdad fosilizada en la inercia de los años, el despecho nacido del abandono, la pena por lo que pudo haber sido y no fue, añicos de un amor extinto... Había recreado mil reacciones adversas, pero todas se sucedían en la vida, no fuera de ella.

Al reparar en su desvaído semblante, Simeón se apresuró a llenar un vaso de agua.

—El hallazgo del corazón los sentenció —musitó apocado al tiempo que se lo ofrecía.

—¿Así de fácil? —bramó don Rodrigo, víctima ahora de un violento ataque de tos tras beber con tal atropello que se atragantó—. ¿Acaso no ahondaron en la investigación? Si, como decís, Sebastián coleccionaba enemigos en el gremio fedatario, ¿a nadie se le ocurrió pensar que alguno escondió la prueba de cargo en sus feudos? ¿Nadie se planteó que el auténtico responsable pudo tenderle una trampa para enjaretarle su canallada?

—No necesitaron trabajar esas opciones porque ni Sebastián ni Margarita resistieron el tormento y ambos confesaron. En los mentideros se afirmaba que el escribano involucró a alguien, pero no llegó a concretarse de quién se trataba.

Consciente de que debía mantenerse entero frente a su empleado, don Rodrigo petrificó la cara en un heroico esfuerzo de enmascarar la desolación que lo embargó al visualizar a Margarita amarrada al potro inquisitorial y chillando de dolor. O bloqueaba tan terribles escenas o perdería las formas, así que intentó concentrarse en algo diferente.

—¿Qué les sucedió a los hijos?

—No los atraparon. Desaparecieron sin dejar rastro y no se ha vuelto a saber de ellos.

—¿Cómo se llamaban?

—El pequeño consta bautizado como Diego —informó Simeón.

—¿Y... el... m-m-ma-yor?

Lo sabía perfectamente. Ahí radicaba el secreto de Alonso y esa eterna tristeza que le empañaba la mirada. El joven había cambiado de identidad para eludir al Santo Oficio. Ahora bien, durante la última conversación que habían tenido se había referido a sus padres con

tanto orgullo y cariño que lo intuía reacio a renegar de ellos por completo. Quizá las circunstancias le habían conminado a abjurar del apellido, pero apostaría la diestra a que había mantenido el nombre que ambos eligieron para él. O mucho se equivocaba, o el hijo mayor de los Castro se llamaba...

—Alonso, su excelencia. Alonso Castro.

Ni se inmutó. Quería quitarse la mordaza de los modales y gritar, pero no podía arrebatarse delante de un subalterno, así que borró toda emoción del semblante y se dedicó al mucho más mesurado arte de pensar.

Empezó entonces a unir las piezas de aquel jeroglífico enmarañado que, al fin, se resolvía, aunque de una manera muy distinta a la que había imaginado. Nunca, ni en sus teorías más disparatadas, se había planteado un drama de tamaña envergadura. Alonso era nada menos que un prófugo del Santo Oficio y, si lo capturaban, ardería en la hoguera. De ahí las reticencias a hablar de su pasado, el desdén hacia la justicia de los hombres, el rechazo a la Inquisición, el afán de estudiar Leyes para abanderar la verdad y ayudar a quienes, como adivinaba les había ocurrido a los Castro, pagaban delitos ajenos e incluso morían por ellos.

Un carraspeo del detective lo arrancó de su abstracción.

—He terminado, señor. Confío haber satisfecho vuestras expectativas.

—Ciertamente. Y os lo agradezco. Acudid a mi administrador. Os abonará el servicio. Exijo categórica discreción sobre este asunto, Figueroa. Retiraos y que Dios os bendiga.

Cuando Simeón salió y don Rodrigo pudo al fin abrir las compuertas de sí mismo, se desmoronó. Los últimos tiempos había sido un poco más feliz. Descorrer el velo de aquel romance indeleble para fabular un reencuentro había templado la pena y transformado la añoranza en ilusión. Pero todo había resultado ser un espejismo. Margarita se había ido para siempre. Pena y añoranza volvían a nublar su contento. Ambas desgarrando como nunca; ambas arreciando en la tormenta de la ausencia.

Presa de una congoja extrema, apoyó los codos en la mesa y hundió la cabeza entre los brazos.

—¿Por qué, Dios mío? —gimió—. ¿Por qué infligiste tamaño suplicio a un ángel como ella? ¿Y dónde estaba yo? ¿Dónde que no me

enteré de nada? Otra vez me fui, Margarita. Otra vez os fallé. Si hubiera estado aquí, habría consagrado lo que tengo y lo que no tengo a socorreros. Y no habríais muerto. Nadie habría osado poneros una mano encima si yo hubiera estado aquí, ¡maldita sea!

El dolor lo quebró y un llanto amargo le anegó los ojos. Derramó lágrimas añejas acumuladas durante años; reprimidas y atesoradas como una alhaja preciosa porque sentía que eso era lo único que le quedaba de ella y que, si las lloraba, la perdería del todo; avergonzadas al darse cuenta de que no la protegió en la vida ni tampoco en la muerte; frustradas, pues ya no había vuelta atrás.

El látigo de la culpa le golpeó sin piedad. En nombre de Margarita. En el de Alonso. ¡Alonso! Recordarle lo desmoralizó aún más. Nunca gozaría del afecto que pertenecía a Sebastián y al que renunció cuando, entre ejercer de caballero vasallo de su linaje o de hombre responsable de sus actos, eligió ser caballero en lugar de hombre. Ahora comprendía que ahí no había sitio para él. No tenía derecho a meterse en medio y tratar de reconquistar el papel que le correspondía en aquella historia. Además, Alonso no le perdonaría haber arruinado el futuro a su madre. ¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera él conseguía indultarse a sí mismo?

Y allí, en la soledad de una estancia repleta de riquezas, aquel hombre portentoso que todo lo tenía y todo lo podía lloró como un niño sus muchas pobrezas. Vacío de esperanza, elevó al cielo un interrogante.

—Si no me va a perdonar y tampoco merezco ni su respeto ni su cariño, ¿para qué le has conducido hasta mí, Señor?

No le contestó Dios, sino la voz del pasado, aunque, libre ya de misterios, esta vez no se manifestó sacudiéndole las entrañas como antes. Lo hizo de un modo mucho más explícito. Le horadó los muros del alma, atravesó su piel y salió al exterior. La captó de manera nítida. Era femenina. Suave. Dulce y afable. Era la voz de Margarita.

—*Mi querido Rodrigo, ¿preguntáis por qué os he traído a nuestro hijo?*

El duque alzó la cabeza y miró a ninguna parte. Estaba absorto en aquella alucinación. Realmente la sentía allí. Le invadió su perfume, esa calidez tan añorada, su roce, su presencia. De pronto, el espacio se llenó de ella y, como si nunca se hubieran separado, él se acurrucó en el regazo de una quimera.

—Os juro que nada en el mundo que ansiaba más, pero no había reparado en cuánto le voy a lastimar —se lamentó, hablándole al aire—. ¿Quién soy yo para inmiscuirme en su verdad y despedazársela?

—Su padre, y esa verdad que Alonso cree cierta no lo es. Ha de afrontar la auténtica, igual que acabáis de hacer vos.

—Yo aguantaré el envite. Ya peino canas y me sobra madurez. No así él. Ha sufrido dolor, pérdida, injusticia... Es excesivo para una criatura. No quiero añadir más piedras a semejante carga. Además, ¿qué sentido tiene ya? Han pasado demasiados años.

—Os unen lazos de sangre, y no hay forma de eludir ese vínculo. No se puede romper. Es eterno. Como el día y la noche. Como el sol y la luna. Un padre siempre lo será de su hijo y este, suceda lo que suceda, siempre lo será de su padre. La sangre ni olvida ni nos permite olvidar. Late dentro y lo hace sin pausa. Nunca se cansa de buscar el cabo extraviado y, cuando lo encuentra, el engarce resulta inevitable. Vosotros dos lo habéis experimentado. Estáis conectados y ambos lo percibís.

»Vos ya habéis averiguado el motivo, pero Alonso todavía anda perdido. Aunque de momento le parece una anécdota curiosa a la que no dedica mucha reflexión, tarde o temprano, le surgirá el impulso de despejar sus dudas y empezará a indagar. Necesitará respuestas y os compete proporcionárselas. No importa el tiempo transcurrido. Las raíces nos definen; determinan quiénes somos. Constituyen el origen, el principio de todo, y Alonso tiene el derecho y el deber de conocer las suyas.

—Si Sebastián le brindó su apellido, el origen del muchacho reside en él, no en mí.

—Vos le disteis la vida y eso es lo que marca el comienzo. Aunque él lo ignore, sus entrañas lo saben y han actuado en consecuencia. Cuando el mundo se derrumbó a su alrededor, ellas tomaron las riendas y lo guiaron hasta su verdadera cuna. Hasta vos. Por eso, en cuanto os presentaron en la montería, vuestras miradas quedaron enganchadas y forjaron el afecto profundo y genuino que os habéis profesado desde el primer día.

—Recuerdo la montería. Verle me conmovió de una forma extraordinaria.

—El corazón ganó la carrera a la cabeza y, antes de saber, sentisteis. A Alonso le sucedió lo mismo. Su inconsciente también os identificó al instante.

—¿Y qué he de hacer ahora? ¿Cómo he de comportarme?

—Como el amigo que sois hasta que llegue el tiempo de asumir

vuestra auténtica condición. Conseguid que se sincere con vos y le nazca contaros la tragedia que esconde.Eso es crucial, Rodrigo. Previo a referirle vuestra verdad, debéis esperar a que él os confíe la suya. Gastad tiento porque, si os precipitáis, le perderéis. Sé que os consume la impaciencia, pero en estos momentos tratad de priorizarle a él frente a vuestros apremios. No le despojéis de su pasado. Regaladle un nuevo ciclo que enlace con el anterior para que pueda ensamblar las dos etapas y aceptar lo que está por venir. Solo así le procuraréis un mañana sin arrebatarle el ayer.

—No me revelará su secreto, Margarita. El terror lo mantiene en una alerta continua. Nunca baja la guardia y no le culpo. Le va la vida en ello.

—Ciertamente no se abrirá a nadie. Excepto a vos. Los lazos de sangre le empujan a hacerlo. Aunque ahora la cautela le frena, os garantizo que terminará cediendo al instinto.

—¿Creéis que me perdonará?

—Estoy convencida. Le llevará tiempo, pero su corazón rebosa nobleza y no conoce el rencor. Cuidadle sin que él lo note y limitaos a coger lo que quiera daros. No le reclaméis más. No le presionéis. Dejadle espacio y permitidle expresarse en libertad. La sangre se encargará de mostrarle la manera de comprenderos y olvidar.

—He visto que tiene el relicario.

—Lo tiene y, sobre todo..., lo siente.

La voz se había ido apagando de un modo escalonado y esta fue la última frase que, casi ya en un susurro, pronunció antes de desvanecerse por completo.

Don Rodrigo despertó de la ensoñación y esbozó una sonrisa esperanzada. Sería amigo hasta poder ejercer de padre. Aguardaría lo que hiciera falta, pero lo lograría. La vida le estaba concediendo una segunda oportunidad y no pensaba desperdiciarla.

50

CONFESIONES Y ESPONSALES

Madrid, mayo del año 1624 de Nuestro Señor
Veintiún meses después

El 18 de abril Felipe IV de las Españas regresó a la Villa tras casi tres meses visitando Andalucía. El conde de Olivares, el almirante de Castilla, el marqués de Carpio, el duque del Infantado, Francisco de Quevedo y otras muchas personalidades habían participado en la expedición y, sobre todo, la habían padecido, pues esta había transcurrido de una manera sumamente accidentada debido a una climatología nada benévola.

Don Gonzalo y don Rodrigo también habían formado parte de la comitiva, pero, en lugar de volver a la capital con ella, solicitaron autorización para permanecer en el sur un poco más de tiempo. Don Gonzalo necesitaba vender varios de sus señoríos andaluces al objeto de sufragar la liberación de Beltrán y don Rodrigo había resuelto acompañarle.

Una espléndida mañana de mayo, ambos ilustres franquearon las lindes de Madrid.

—¡Cómo ansío llegar a casa y descansar de vos! —bromeó don Rodrigo de buen humor—. Tres meses oyendo vuestros lamentos han agotado mis reservas de paciencia.

—Considerando la cantidad de percances sufridos, poco he llorado —rezongó don Gonzalo—. Nos ha llovido más que a Noé, ¡mal rayo parta al cielo y a sus cuatro vientos!

—No os quejéis tanto, que yo me he pasado casi todo 1623 adherido al príncipe de Gales porque al muy desnortado se le ocurrió la brillante idea de plantarse en Madrid de incógnito con la absurda pretensión de desposar a la hermana del rey. ¡Como si ese casorio fuera cosa baladí! Y, lejos de recriminar tamaña descortesía, su

majestad no solo le perdonó, sino que, en el colmo de la burla, le fundó la Casa del Príncipe de Gales y decidió meterme en la lista de gentileshombres encargados de convertirse en su sombra.

—Por no mencionar los fastos y las procesiones con que lo agasajó. Sus seis meses en Madrid han dejado tiritando las finanzas del Alcázar.

—Tiritando quedé yo cuando me asignaron al séquito responsable de escoltarlo en el viaje de vuelta a Inglaterra —siguió despotricando don Rodrigo—. Tras sesenta lunas de travesía, otras sesenta de regreso y una estancia allí que no terminaba nunca, me las prometía muy felices pensando en un merecido descanso y ¡zas! Según desembarco en España, me ordenan aviar de nuevo la impedimenta porque al rey le apetece recorrer el sur en pleno invierno y con un tiempo de perros. Llevo quince meses fuera y ¡estoy harto!

—Al menos, os habéis librado del duelo por la defunción de la infanta Margarita. ¡Pobres soberanos! Dos hijas han tenido y las dos la han diñado al poco de nacer.

—Espero que, de engendrar una tercera, no reincidan en el nombre. María Margarita, la primera, y Margarita María, la segunda —gruñó don Rodrigo en tono triste al acordarse de su Margarita particular—. A la Parca deben privarle esas flores porque, tan pronto huele una, agita la guadaña. Le alabo el gusto, no obstante. En verdad son las más bellas.

—El rey también sintió mucho la pérdida de Baltasar de Zúñiga —aseveró don Gonzalo, ajeno a la pena del duque—. Ya va para dos años que murió y aún le llora. Yo, en cambio, bendigo su muerte. ¡Se negaba a excarcelar a Beltrán! Por suerte, el conde de Olivares me sugirió hablar del tema no bien asumió la jefatura de Gobierno.

—¿Os sugirió hablar o pagar?

—Admito que él pegó la hebra y yo he apoquinado. ¡Vaya si lo he hecho! El rescate me ha costado más que la corona de Ulises: mis viñedos malagueños, dos señoríos sevillanos, veinte mil ducados y presiones a los jueces responsables de dirimir uno de los pleitos entre Olivares y los Medina Sidonia para que fallen en favor del primero, cosa que, huelga añadir, tampoco me ha salido gratis. Aunque apelé a mi cordial relación con varios de ellos, los muy rastreros me dijeron que amigos sí, pero la vaca por lo que vale.

Llegaron al palacio ducal y don Rodrigo convidó al marqués a un

refrigerio. En uno de los gabinetes, se instalaron en confortables jamugas y degustaron un vino de Toro.

—Brindemos por el pronto regreso de Beltrán a casa —propuso don Rodrigo.

—Me temo que aún tardará en volver —replicó don Gonzalo, consternado.

—¿Y por qué? Habéis satisfecho todos los requerimientos de Olivares.

—Eso solo ha propiciado la salida del penal, pero el Alcázar todavía recela de su lealtad. Hasta que no la acredite, no puede pisar la Corte. Cuando abandone la prisión de Uclés, partirá a Holanda. El general Spínola precisa efectivos en la ofensiva que prepara contra la ciudad de Breda y, al enterarse de su situación, lo ha reclamado.

—¿Breda? —se sorprendió don Rodrigo—. Está fortificada y custodiada por miles de soldados. Spínola va aviado si piensa que la ocupará con un ejército exhausto, hambriento y harto de no recibir el jornal. Empiezo a cuestionar la bondad de vuestras negociaciones. Primero os esquilman y después envían a Beltrán a una muerte cierta.

—No corre ningún peligro. Spínola planea limitarse a sitiar la ciudad. Vencerán sin siquiera levantar la espada.

—Levantarán la espada y, como se descuiden, la bandera blanca. Justino de Nassau gobierna esa plaza y no dudará en pedir ayuda a su hermano Mauricio de Orange. Este convocará a la milicia holandesa, danesa e inglesa y aniquilará a nuestras extenuadas huestes. Es un error. Además, el rey siempre se ha manifestado en contra de esa incursión.

—No se opone él, sino el conde de Olivares —matizó don Gonzalo—. Siente celos de cualquiera que le haga sombra y Spínola lo eclipsará si logra rendir Breda.

—Pero, de pifiarla, lo cual podría pasar, será Olivares quien lo eclipse a él. Le acusará de desacato y traición. Y, como Beltrán ande cerca, el lío volverá a pillarle en medio y de nuevo dormirá en Uclés. Eso si no cae en combate.

—No me asustéis, ¡caramba! —farfulló don Gonzalo, trémulo—. Ni mis arcas resistirían otro arresto de Beltrán, ni yo, su defunción. Spínola conquistará Breda, mi hijo recuperará la confianza del rey y regresará con la gloria que nunca mereció perder.

—Ojalá, amigo, ojalá —musitó don Rodrigo sin disimular su

escepticismo.

—¿Qué hay de sus nupcias con Isabel? Acordamos efectuarlas cuando ella cumpliera los diecisiete y lo hará en julio. Apenas quedan dos meses.

—Dadas las circunstancias, tendremos que esperar a que el novio vuelva de Breda.

—Yo no quiero esperar más, Rodrigo. Necesito despachar este asunto de una vez y dedicarme a otros menesteres. Celebremos el matrimonio por poderes y arreando.

—Existe un serio riesgo de que Beltrán muera en ese desatino de Spínola y yo he de proteger los intereses de mi hija. Si los casamos ahora, la expondré a una viudedad precoz y considero absurdo someterla a todo un año de luto pudiendo prevenirlo.

—Os reitero que el asedio a Breda durará un suspiro y nadie morirá.

—Razón de más para esperar —arguyó don Rodrigo—. Si la contienda no se prolonga, Beltrán volverá pronto y entonces procederemos. En cambio, si surgen complicaciones, Dios no lo encarte, habré evitado a mi hija un sufrimiento innecesario.

—Algún día Beltrán encabezará la estirpe de los Salazar. Ha de habituarse a las servidumbres de tan alta dignidad y, cuanto antes empiece, mejor.

—El patriarca de mi estirpe será quien yo designe en mi testamento.

—¿Qué significa eso? —preguntó don Gonzalo, atónito—. ¿No os sucederá Isabel?

Don Rodrigo vaciló. Aunque de veras temía por Beltrán en la aventura de Breda y también era sincera su voluntad de cuidar a Isabel, en realidad, otro motivo le empujaba a posponer los esponsales. Proyectaba reconocer a Alonso y nombrarle su sucesor, de manera que Isabel no recibiría ni el ducado ni la grandeza de Castilla y, a la postre, Beltrán tampoco. Y, como tan inopinado viraje demandaba calma y un sinfín de explicaciones, estaba intentando ralentizar el programa previsto para tener la oportunidad de maniobrar con delicadeza y la suficiente antelación.

Pese a desear que Alonso fuera el primero en conocer sus planes, eso requería tiento y, sobre todo, tiempo, pero ni podía gastar lo uno ni disponía de lo otro. A tenor de las capitulaciones matrimoniales, las

nupcias debían diligenciarse a partir de julio, fecha del diecisiete cumpleaños de Isabel, y, si don Gonzalo exigía llevarlas a cabo, aunque fuera por poderes, él habría de transigir. Este apremio, amén de no dejarle margen para preparar el terreno con Alonso, le obligaba a trasladar las novedades a don Gonzalo antes que al muchacho porque no cometería la canallada de celebrar el enlace sin haber desvelado sus intenciones al marqués. Una boda entre Beltrán y la futura duquesa de Villasolano convenía mucho a los Soto de Armendía, pero, si Isabel bajaba de rango, el beneficio mermaba sustancialmente. Tenía, pues, que anticipárselo a don Gonzalo y darle ocasión de aceptar el cambio y seguir adelante o, por el contrario, cancelar el compromiso.

Además, era del todo inviable revelar la verdad a Alonso en ese momento. Su relación con él sufría tal distanciamiento que le parecía una quimera hacerlo ni ahora ni en las dos próximas eternidades. No le había visto desde la tarde en que, sabiéndolo ya su hijo, le había interrogado sobre su pasado y, tras soltar un embuste detrás de otro e increpar a la Inquisición, el chico se había marchado para no volver. Incluso había interrumpido las jornadas de ajedrez alegando que andaba retrasado en los estudios y debía centrarse en ellos. Don Rodrigo decidió no presionarle, pero, al comprobar que los meses transcurrían y, lejos de diluirse, el cisma se enconaba, resolvió citarlo e intentar limar asperezas. Por desgracia, cuando se aprestaba a ello, el príncipe de Gales puso su vida del revés y el posterior éxodo andaluz del rey terminó de desbaratarla. En definitiva, habían pasado casi dos años desde que encontrara a su hijo perdido y, entre pompas, viajes y discordias, no se le había presentado ni una sola ocasión de acercarse a él. ¿Cómo hablarle en tan adversas circunstancias de lazos de sangre y de cuestiones hereditarias? Le parecía un suicidio afectivo. Habría preferido que los acontecimientos se desarrollaran de manera distinta, pero, dada la confluencia de imponderables, no le quedaba otra que invertir el orden de las confesiones. Primero afrontaría la debida a los Soto de Armendía y después se ocuparía de Alonso.

—¿Me estáis escuchando, Rodrigo? —interpeló don Gonzalo, arrancándole de sus cavilaciones—. ¿A qué viene eso de que el linaje Salazar lo encabezará quien designéis vía testamento? ¿Es que pensáis rescindir el compromiso?

—Yo no, pero quizá lo hagáis vos cuando os enteréis de algo que

ha ocurrido.

—No me alarméis, duque. ¿Qué diablos pasa ahora?

Don Rodrigo le desveló el amor nunca marchito por una mujer que no era su esposa, la concepción de un niño y los planes que tenía para con él.

—¿Qué? —bizqueó don Gonzalo—. ¿Pretendéis ceder la Casa Salazar a un bastardo?

—No lo insultéis. Ni su madre ni yo estábamos casados cuando lo engendramos.

—Da igual. Así se llama al fruto de una relación no matrimonial, adúltera o no.

—Tengo un primogénito varón, Gonzalo, y lo trataré como su jerarquía merece.

—Entonces, ¿en qué condiciones quedará Isabel?

—Amén de un abultado legado que instauraré en su favor, recibirá la herencia materna: el mayorazgo de los Aguado de Alarcón y el marquesado de Riodulce. Aunque no obtenga ni mis títulos ni la grandeza de Castilla, su situación no cambiará demasiado. Se convertirá en dueña de una fortuna inmensa y, como miembro de dos dinastías ilustres, ocupará las cumbres de la aristocracia española.

—¿Y qué opina el bastard..., quiero decir..., vuestro hijo de todo esto?

—De momento nada porque ignora que desciende de mí.

—¿Vais a nombrarlo vuestro sucesor y ni siquiera sabe los lazos que os unen?

—Necesito tiempo antes de confesarle la verdad. Venera al que cree su padre y, si no actúo con cautela, podría rechazarme.

—Supongo que sí se lo habréis contado a Elena y a Isabel —aventuró don Gonzalo.

—Suponéis mal —admitió don Rodrigo, frunciendo el ceño.

—Así que proyectáis entregar una estirpe histórica a un bastardo que no sabe que lo es, transformar a Isabel en una segundona y relegar a la progenie de Elena para favorecer a la de otra mujer. Y todo ello sin mencionarlo a los afectados, incluidos Beltrán y un servidor, ambos con un evidente interés en el asunto.

—No he reportado a ninguno porque llevo meses rodando más que un maldito carruaje. En cuanto a vos, ¿de qué os quejáis? Os lo he dicho tan pronto he puesto pie en Madrid. Habéis conocido la

existencia de mi hijo antes que él mismo.

—Estáis rompiendo nuestro acuerdo, Rodrigo. De eso me quejo.

—Pactamos la boda de Beltrán e Isabel y, en lo que a mí respecta, esta se mantiene.

—El convenio aludía a los herederos de los Soto de Armendía y de los Salazar —especificó don Gonzalo—. Ese detalle ya no concurre.

—El convenio también definía a Beltrán como un hombre de honor, cualidad que se esfumó cuando lo acusaron de traición y, aún hoy, la duda persiste. Pese a ello, os he apoyado y he preservado un compromiso que otro en mi lugar habría derogado.

—Lo sé, amigo, y de ahí mi desconcierto. Me sorprende que, tras resistir un envite de esa índole, ahora flaqueéis ante una coyuntura tan endeble.

—¿Os parece endeble haber descubierto que tengo un hijo varón?

—Y bastardo, ¡por el amor de Dios! —estalló don Gonzalo—. La madre carece de abolengo y no podéis encomendar el futuro de los Salazar a un plebeyo.

—La nobleza de su madre supera de largo la que reunimos nosotros dos juntos. Atesora los títulos más excelsos: duquesa de la Buena Fe, marquesa de la Bondad y condesa de la Dulzura. No se me ocurre mejor depositario de mi linaje.

—Pero ¿os estáis oyendo? ¿De dónde habéis sacado tamaña sarta de tonterías? ¿Qué apellidos porta esa aristócrata con aurea de santa? ¿Mendoza, Montalbán, Lasso de la Vega, Zapata, Vargas? No, ¿verdad? Entonces, apeaos de la nube de algodón que os ha encapotado el entendimiento y regresad a la tierra, en cuyo suelo os recuerdo vive vuestra esposa. Invocará lo pactado en vuestras capitulaciones matrimoniales, las cuales de seguro instituyen heredero al primer hijo en común. Se hace así en todos los desposorios de alcurnia precisamente para evitar lo que vos pretendéis: que uno de los contrayentes beneficie a un bastardo en perjuicio de la descendencia legítima.

—Es, en efecto, lo habitual, pero nosotros acordamos investir a nuestros respectivos sucesores en el testamento, no en el contrato prenupcial. Fue la única libertad que logré antes de mi boda con Elena. Le dije a mi padre que, si no me dejaba elegir esposa, al menos, escogería a mi heredero. De lo contrario, ya podía repudiarme que no me casaría.

—¿Y los Aguado de Alarcón accedieron? Eso os permite dar el linaje a cualquiera.

—Lo disfracé de rebeldía y alegué la necesidad de sentirme un poco independiente. No obstante, a cambio de transigir, me forzaron a jurar dos cosas. De un lado, no podría fusionar los mayorazgos de ambas familias para así no tener a mi arbitrio el de los Aguado de Alarcón, demanda que yo acepté, pues la Casa Salazar nunca ha requerido de caudales ajenos. La segunda condición me prohibía nombrar heredero a un hijo mío mas no de Elena nacido antes de desposarla o concebido después. Y también acepté.

—Porque el vuestro todavía no había nacido, pero ya estaba concebido y en gestación —infirió don Gonzalo, admirado—. Sois un zorro, camarada. Muy ingenioso. Ningún abogado captaría la sutileza.

—Uno bueno sí lo habría hecho, pero el que negoció mis capitulaciones no lo era. En cuanto asumí el gobierno de mi estirpe, lo despedí y contraté otro capaz de encontrar perlas negras en una carbonera.

—Elena e Isabel no olvidarán esta humillación. Os retirarán la palabra de por vida.

Don Rodrigo sonrió. Sabía que, pese a ignorar que lo eran, Alonso e Isabel se profesaban un cariño de hermanos. Lejos de enojarse, la joven celebraría la noticia.

—A Elena no la perderé porque no puedo perder lo que nunca he tenido —contestó con apática tristeza—. En cuanto a Isabel, siempre ha querido un hermano mayor y ese anhelo supera sus ganas de acumular títulos nobiliarios. Además, no me cabe ninguna duda de que el chico le va a encantar. Derrocha honor y nobleza por los cuatro costados.

—¡Natural! —ironizó don Gonzalo—. Si lo ha parido la duquesa de la Buena Fe, de la Bondad y de la Dulzura, presumo su alma más limpia que la de Isidro Labrador. ¿Cuándo conoceré a ese dechado de virtudes?

—Todavía no. Antes de presentarle como mi hijo, debo decirle que lo es, pero he de ir despacio. Si me precipito, me rechazará. Aunque parezca insólito, porque nadie en sus cabales declinaría una existencia regalada, él ni un instante vacilaría. Es honesto por demás y no tratará el asunto desde la codicia, sino desde el corazón. Suerte que este bombea generosidad a espuertas y confío en que acabará

perdonándome.

—¿Y si no lo hace y se niega a sucederos?

—Entonces, la responsabilidad recaerá sobre Isabel y su esposo, lo cual nos lleva a vos. Ahora que ya estáis al tanto de la situación, os compete decidir si anulamos la boda o seguimos adelante.

—¿Isabel aportará al matrimonio los setenta mil ducados pactados?

—Y treinta mil más en juros, censos y ajuar —añadió don Rodrigo—. Asimismo, le crearé un mayorazgo propio por valor de cien mil ducados que, entre otros enseres, incluirá un palacete en la calle Silva exento de regalía de aposento.

Don Gonzalo no lo dudó. Pese a todo, el enlace seguía interesándole. La excarcelación de Beltrán había diezmado su fortuna y, aunque el éxito de la última expedición a las Indias la había saneado, le urgía la dote de Isabel. De ahí su empeño en oficiar los esponsales dentro del plazo establecido, estuviera o no presente el novio.

—Acepto —anunció, irguiéndose en actitud digna para disfrazar de condescendencia la carestía económica que le forzaba a resignarse—. No comparto vuestra decisión, pero apoyasteis a los Soto de Armendía en una etapa crítica y así os corresponderé yo.

—¡Qué peso me quitáis de encima! —suspiró don Rodrigo—. El brete me azoraba muchísimo. No sabía cómo encajar los nuevos acontecimientos en los antiguos.

—Me temo que el peso de veras pesado lo enfrentaréis cuando Elena e Isabel se enteren de vuestra peculiar forma de ensamblar imprevistos.

—De momento, os ruego discreción. Quiero que el siguiente en conocer lo que se tercia sea mi hijo y tardaré en revelárselo. Necesito hacerme un hueco en su corazón y eso me llevará tiempo.

—¿En serio pensáis ocultar el cambio sucesorio a Elena e Isabel?

—A ellas y al resto del mundo, Beltrán incluido. Me he sincerado con vos porque me parecía una vileza celebrar la boda sin haber hablado. Si no, tampoco os lo habría dicho.

—¿Beltrán también? Estáis tirando demasiado de la cuerda, Rodrigo. Tiene derecho a saber con quién va a casarse.

—Lo hará con mi hija única, legítima y, a día de hoy, heredera de las Casas Salazar y Aguado de Alarcón. Mañana Dios proveerá. Os

repito que existen muchas probabilidades de que mi hijo me mande al carajo a mí y a mi mayorazgo.

—En mi opinión, esta chaladura os acarreará problemas, pero allá cuidados. Podéis confiar en mi silencio. Dispongamos, pues, el enlace.

Esa misma tarde, don Rodrigo participó las novedades a Isabel.

—¿Casarme ya? —palideció esta—. ¿Y encima por poderes?

—Cuando Beltrán concluya su misión en Breda, volverá a Madrid como un héroe y tú te convertirás en su esposa —intentó conciliar don Rodrigo—. ¿Es que no te alegra?

—¡Desde luego que no! Héroe o villano, sabéis que no le quiero.

—No empecemos, Isabel. Te debes a las cargas de tu rango y una de ellas es unirte a Beltrán. Fin de la discusión. Os casaréis el 23 de julio en Santa María de la Almudena.

—Pero ¡si apenas faltan dos meses! —saltó Isabel, que, aunque trataba de controlarse, estaba a punto de tirarse al cuello de su padre y asesinarle—. ¿Por qué tanta prisa? Llevamos diez años prometidos. ¿En serio no podemos retrasarlo un poco?

—En serio. El representante de Beltrán marcha a la universidad. El curso comienza en octubre y supongo que partirá unas semanas antes para aposentarse.

—Y... y... ¿quién es? —tartamudeó Isabel, que ya intuía el batacazo final.

—¿Quién va a ser, hija? —contestó don Rodrigo, ajeno a la auténtica razón que ahora demudaba el rostro de la joven—. ¡Menuda pregunta! Pues Álvaro, naturalmente.

Isabel se tambaleó. ¿De veras la iba a desposar el hermano de su amado a través de su amado? Aquello superaba su capacidad de resistencia y, aunque luchó por reprimirlo, el llanto le brotó violento e irrefrenable.

—Esperemos a que vuelva Beltrán. Os lo imploro, padre. No me causéis la pena de contraer matrimonio con un ausente. Si me caso así, nunca seré feliz.

Don Rodrigo la abrazó conmovido.

—Claro que lo serás. Y también aprenderás a querer a Beltrán. Mañana todas estas congojas te parecerán hasta graciosas. Te lo prometo.

Pero Isabel estaba segura de que jamás dedicaría ni una sola

sonrisa a tan cruel broma del destino.

51

UNA OFRENDA DE AMOR

En un recóndito rincón de la ribera del Manzanares, Álvaro e Isabel se reunieron para debatir los últimos acontecimientos. Él pateó furioso el tronco de un árbol.

—Por si no resultaba suficientemente duro que caséis con mi hermano, encima me imponen actuar en su nombre. ¡Maldita sea mi estampa! ¡Maldito sea todo!

—¡No lo resistiré! —sollozó Isabel—. Os juro que no podré soportarlo.

—Sí que lo haréis, mi amor. Yo os ayudaré.

—¿Cómo, Álvaro? En breve marcharéis a la universidad y me abandonaréis.

—He de irme y lo sabéis. No soy el primogénito y debo labrarme un futuro.

—Ojalá tampoco lo fuera yo. Ojalá Dios hubiera concedido a mis padres un varón dueño de todas esas dignidades que a mí me pesan tanto. ¡Detesto ser la heredera! ¿Para qué me sirven los títulos y las riquezas? ¿Para qué? Para encadenarme. ¡Para eso sirven!

Álvaro aparcó su azogue y se ocupó del que consumía a una Isabel desconsolada.

—Calmaos, por favor. Beltrán os tratará muy bien. Además, tampoco pasaréis mucho tiempo con él. Mi padre cree que se dedicará a gestionar el patrimonio familiar, pero se equivoca. Volverá a la guerra en cuanto se le presente la ocasión. Gusta demasiado de lanzas y contiendas. Y, bueno..., la muerte campa a sus anchas en esos escenarios.

Ella detuvo el llanto y le miró sorprendida.

—¿Estáis deseando el cementerio a vuestro propio hermano por amor a mí?

—Por vos invocaría la destrucción del mundo, pero no es

cuestión de desear desgracias a nadie, sino de afrontar la realidad. Beltrán lleva la milicia en la sangre. Tarde o temprano, regresará al frente y podrían abatirle. Entonces, vos seríais viuda; yo, el heredero, y el futuro, nuestro. No me malinterpretéis. No ambiciono que suceda, pero factible es, desde luego. En fin, ya veremos. De momento nos toca apretar los dientes y plantar cara a lo que tenemos por delante: vos, el altar, y yo, la universidad.

—Hay algo que colorearía un poco tanta negrura —repuso Isabel, ruborizada.

—Decidme. El mismísimo arcoíris robaré al cielo si así rescato vuestra sonrisa.

—Es menos complicado que eso. Quiero que vos me..., bueno..., que... seáis el primero en... Ya me entendéis. ¿No vais a desposarme? Entonces, consumemos el matrimonio. Si el destino insiste en mofarse de nosotros, invirtamos la burla.

—¿Acaso el disgusto os ha trastornado? —balbuceó Álvaro, atónito—. Si Beltrán os recibe desflorada, podría encerraros en un convento a perpetuidad.

—No se dará cuenta. Existen mujeres capaces de restaurar el velo de castidad mediante una cirugía. Las llaman remiendavirgos.

—¡Menudo disparate! No consentiré que corráis semejante riesgo.

—No entraña peligro. Utilizan una pócima que duerme el cuerpo y lo inmunizan frente al dolor. No es ningún desatino. Al revés. Lo considero un plan infalible.

—¡Vos y vuestros planes infalibles! ¿He de recordaros que en el último a poco acabáis casada con Enrique Valcárcel? ¡Ni de broma, Isabel! No os quitaré la virtud para que luego tengáis que recuperarla por medio de una bruja cuchillo en ristre.

—Pero si se trata de una práctica muy habitual. Decenas de damas recurren a estas mujeres. Yo iré a la Pilarica. Es la mejor de Madrid. Posee un taller de costura en los soportales de la Plaza Mayor. Mientras de puertas afuera borda cuellos y puños, en la trastienda zurce... otras cosas. Los hombres ignoráis estas pequeñas argucias, pero muchas de nosotras nos valemos de ellas para recomponer los estragos de la pasión. Confiad en mí. He analizado cada extremo al detalle.

—¡Ya lo veo! De hecho, juraría que lleváis lustros urdiendo la componenda. ¡Y yo en la inopia! ¡Rediez! Me siento un títere memo y

ridículo que manejáis a vuestro antojo.

—Quiero que el dueño de mi corazón también lo sea de mi virginidad —declaró Isabel en un tono contundente que no admitía réplica—. Quizá mis circunstancias me obligan a aceptar que dispongan de mi vida, pero no me resignaré a que lo hagan de mi cuerpo. Yo decido sobre él y no permitiré que ningún contrato celebrado al margen de mi opinión estipule a quién he de regalarle mi primera vez.

Álvaro sudaba a mares. Traspasar el umbral prohibido de Isabel le embriagaba hasta la enajenación. Se contaban por cientos las friegas de agua helada con las que sofocaba los ardores para lograr comportarse como un caballero y he ahí que ahora se le presentaba el colmo de lo grotesco: mientras las damas de otros compañeros de fatigas les simplificaban la tarea alzando puentes, ¡la suya insistía en tendérselos!

—Apiadaos de mí, os lo suplico —musitó, presa de una congoja superlativa—. Casi muero a manos del miserable que intentó mancillaros. No me pidáis que sea precisamente yo quien lo haga. Ya me parte el alma colocaros en el dedo la alianza de mi hermano. No multipliquéis mi agonía invitándome a beber de una copa que no me corresponde y que nadie bendecirá para mí. Resulta tan tentador como cruel.

—Peor me parece obligarnos a casarnos sin casarnos —objetó Isabel—. Imaginemos que se trata de nuestras nupcias. Hagamos nuestro ese día y ese momento. Soñemos nuestro sueño y dejémonos llevar. Solo una vez. Solo una noche. Me proporcionaréis un recuerdo bello al que aferrarme cuando deba entregarme a quien no quiero.

—¿Y si concebís? ¿Vuestro «infalible plan» contempla una preñez?

—La Pilarica también arregla ese tipo de inconvenientes.

—¡Caray! —explotó Álvaro—. ¡Qué portento de señora! ¡Lo mismo pega las entrañas que despega un rorro de ellas! Lástima que todavía no hubiera nacido cuando crucificaron a Jesús. Le habría hilvanado las heridas y hoy no celebraríamos la Resurrección, sino un magnífico remiendo de la Pilarica.

—¿Hace falta blasfemar así? —reconvino Isabel.

—¿Vos habláis de blasfemar? ¿Vos, que estáis proponiendo asesinar a una criatura?

—No he sugerido nada semejante. Me he limitado a comunicaros que esa clase de servicios se demandan y se prestan. Pero yo no los requeriré. El barro me mantendrá estéril. No sé si sabéis que ingerirlo impide el embarazo.

—Conozco sus efectos, aunque ignoraba que vos también. Os confieso que vuestra erudición en estas cuestiones me tiene pasmado.

—No comprendo el motivo. ¿Sobre qué temas pensáis que versan los coloquios femeninos? Pues siempre sobre lo mismo: romances, devaneos y coyundas.

—¡Isabel! —se escandalizó Álvaro—. Una dama no dice esas obscenidades. ¡Es que no salgo de mi asombro! Pero ¿dónde está la doncella dulce e inocente de la que me prendé?

—En ningún sitio. A esa muñequita la han convertido en una moneda de cambio y van a venderla como si fuera una yegua. Sucede que se ha rebelado y peleará hasta desfallecer para arañar un poco de felicidad a un destino impuesto.

—Lo lamento, pero no puedo —murmuró Álvaro, afligido—. Debo respetaros.

Lívida de rabia, despecho y vergüenza, Isabel irguió la barbilla.

—De acuerdo. Si deseáis conduciros cual fiel cuñado, sea. Casaré y me entregaré a mi esposo sin necesidad de exponer mi cuerpo, mi salud y mi reputación, que es lo que, por amor a vos, no habría dudado en hacer. ¿Queréis respetarme? Pues preparaos porque, como me obliguéis a dar a Beltrán lo que os estoy brindando a vos, palabra de honor que no volveréis a tenerme entre vuestros castísimos brazos.

—Quince contra cuarenta y cinco y punto para mí —anunció Alonso.

Álvaro hundió los dedos en un lebrillo de aceite y luego se los embadurnó de harina.

—¡Menuda birria de bolas! —protestó—. Se supone que las rellenan de lana y estas parecen de piedra. ¡Me han reventado la mano!

Se encontraban en las instalaciones del juego de pelota, un complejo deportivo emplazado en los Caños del Peral, justo enfrente del Alcázar. Habían alquilado una pista privada, la categoría más cara de las ofertadas. De proporciones medianas, tenía techos altos, muros de ladrillo y un sinfín de velas metidas en candelabros que suplían la

ausencia de ventanas. El lugar olía a sudor y flores silvestres. Lo primero se debía a los calores de sus huéspedes; lo segundo, a cuatro vasijas de agua de lavanda apostadas en las esquinas. Dividida en dos por una redecilla que la atravesaba de lado a lado, la sala disponía de bancos destinados al público o, en su defecto, a las pertenencias de los clientes.

Los chicos se hallaban solos y medían fuerzas en la modalidad antigua del juego de palma, lo cual implicaba prescindir de la pala y utilizar la mano abierta. De ahí las quejas de Álvaro, nada arbitrarias en verdad, porque los esféricos, en absoluto propios ni de la exquisitez del sitio ni de sus precios, eran de tan pésima calidad que más valía acogerse a las versiones modernas de aquel deporte so pena de quedar manco.

Alonso se encaminó a una mesita donde había una frasca de vino y sirvió dos vasos.

—Descansemos un instante y hablemos de lo que no os deja concentraros. Me figuro que se trata del casorio de Isabel y su propuesta de celebrar la noche de bodas a lo grande.

—¡Ni siquiera me dirige la palabra! —masculló Álvaro—. Le he enviado decenas de mensajes rogándole una cita para sellar la paz y ¿sabéis qué me responde? «Nos veremos en mi enlace con vuestro hermano». ¡No concibo tanta crueldad en ella!

—Haceos cargo del bochorno que arrastra. Las doncellas tasan alto su virginidad y, cuando deciden rendirla, no esperan recibir un «Agradecido, pero no».

—Yo no contesté eso. Le dije que el sentido del honor me conminaba a respetarla. ¿Es que no se da cuenta de que, si Beltrán la descubre desflorada, temblará el Misterio?

—Con la Pilarica presta a coser lo que se encarte, el Misterio ni se inmutará —se chanceó Alonso.

—¡Muy bonito! Afronto un desastre aterrador y, en vez de animarme, os reís de mí.

—Porque ni es desastre ni es aterrador. Muchos venderían el alma al diablo a cambio de obtener lo que Isabel os ha concedido a vos. Decidme una cosa: ¿qué veis cuando la miráis? ¿A la niña que fue o a la mujer en que se ha convertido? Y no me refiero al físico, sino a la madurez. ¿La consideráis una adulta juiciosa e interesante o una chiquilla tonta y anodina?

—Pese a sus osadías, es la mujer con la cabeza mejor amueblada que conozco.

—Entonces, ¿por qué no la tratáis en consecuencia? ¿Por qué, lejos de valorar sus planteamientos, los despreciáis?

—¿Me equivoco o pretendéis aconsejarme que acepte su oferta? —titubeó Álvaro.

—He ahí el problema. Confundís los conceptos. Lo que vos llamáis «oferta», yo lo titulo «ofrenda». Eso os ha hecho Isabel, amigo: una ofrenda de amor.

—Oferta u ofrenda, es una insensatez como no hay dos.

—Es su decisión, Álvaro. La de una persona madura e instruida que sabe lo que quiere y pelea por ello.

—En los matrimonios aristócratas, las decisiones las toma el dinero.

—¿Os figuráis la impotencia que debe experimentar una mujer cuando, por una cuestión económica, la obligan a yacer con quien no ama? ¿A dejar que un tipo que quizá le repugna la manosee, la posea e incluso la veje, apalice o viole? Si os impusieran ese tormento, ¿no buscaríais un resquicio por donde poder huir o, al menos, respirar?

—Toda dama de abolengo recibe esa educación —arguyó Álvaro —. Desde la más tierna infancia, tienen asumido que las desposará quien su padre decrete. De no haber interferido yo, Isabel habría acogido a Beltrán sin rechistar.

—Pero lo hicisteis, y ella está defendiendo vuestra relación. Ha presentado una batalla denodada y valiente que merece vuestro encomio y admiración, no regaños ni reproches.

—Si la mancillo, emponzoñaré mi honor de una manera infame e irreparable, Alonso.

—Entonces, en lugar de escudaros tras esa historia del bizarro caballero que se sacrifica para salvar a la estúpida doncella de sus propias estolideces, admitid que descartáis su proposición porque sentís que os denigra a vos, no a ella. ¿No deseáis envilecer vuestro honor? Estupendo. Tenéis pleno derecho. El mismo que ella a disponer del suyo como le plazca. Si, conforme a los principios de cada uno, llegáis a un entendimiento, perfecto; si no, también. Pero siempre poniendo encima de la mesa las razones de ambos y, sobre todo, respetando las del otro.

—Justo ahí radica el problema, en mi afán de respetarla.

—Respetáis su virginidad, no su decisión de consagrarla a vos.

—Pero es que la virtud de una mujer pertenece a su marido.

—Si Dios se la concedió a ella, le pertenece a ella y a nadie más. Y, como su dueña que es, puede escoger a quién se la entrega.

—¿En serio no os parece una ruindad? —vaciló Álvaro, que ya empezaba a sucumbir.

—Lejos de eso, lo aplaudo. He sido testigo del inmenso amor que os profesáis y creo que, al menos, merece una luna sin cadenas ni mordazas.

Álvaro se atusó el pelo nervioso. Alonso tenía razón. No podía haber nada sucio en desflorar a Isabel. Durante años la había reverenciado, cuidado y acompañado. Siempre abrazando su cuerpo y acariciándole el alma. Siempre viviendo por ella y muriendo sin ella. En tan tierno contexto no había sitio para el pecado. Definitivamente, el privilegio le correspondía. Isabel se lo había otorgado y él no lo iba a despreciar. Lo quería. La quería. De repente, esas dos frases se trenzaron hasta tejer una legitimidad incuestionable y, tan pronto lo hicieron, el último fortín de resistencia se vino abajo. Con los ojos chispeantes de ilusión, dirigió a Alonso una mirada exultante.

—Sea, pues. Fabricaré un lecho de estrellas fugaces para que se cumplan todos los deseos de mi dama adorada. Y que Dios nos proteja.

—Lo hará —sostuvo Alonso con una sonrisa cómplice—. Cuando hay amor verdadero, la vida siempre muestra caminos alternativos... La Pilarica, por ejemplo.

—Esa opción más se me antoja un precipicio oscuro en el que de momento prefiero no pensar —refunfuñó Álvaro.

—Confiad en los duendes. Mediando un sentimiento tan noble y puro como el que os une a Isabel, de seguro se aliarán en vuestro favor.

—¿De dónde sacáis semejante erudición en cuestiones románticas si no apartáis el hocico de los libros? ¡Parecéis el octavo sabio!

—Mi querido e ignorante pobrecito, los clásicos ofrecen grandes lecciones al respecto —argumentó Alonso en actitud condescendiente —. Si hubierais estudiado a Fedro o a Platón, no habríais tratado a Isabel con la sensibilidad de un cardo borriquero.

—No veo a Platón recomendando a un amigo que desvirgue a su cuñada y luego tranquilizándole porque de las consecuencias ya se ocupan los duendes y la Pilarica —rebatió Álvaro—. Sin embargo,

Justiniano sí le advertiría que la ley condena el adulterio.

—Justiniano también demanda el consentimiento libre y pleno de los contrayentes en todo casorio, requisito que el alto estamento desatiende a capricho.

—Aflojad la verborrea y decidme de una vez dónde habéis aprendido a hablar así del amor. ¿Hay algo que no me estáis contando?

—Multitud de cosas porque me paso el tiempo enredado en vuestras majaderías —esquivó Alonso—. Y ahora convidadme a un trago en la taberna de Castañar. Cuando don Gonzalo se digne a pagarme el millón de ducados que me adeuda, invitaré yo.

—¿Un millón de ducados? ¿Os pensáis el conde de Olivares? Vuestro salario apenas asciende a unos cuantos reales, infeliz.

—Considerando lo cansino que resultáis, me parece una auténtica miseria.

Esa misma tarde, Isabel asistió a misa en la iglesia de la Victoria acompañada de Mencía. La vergüenza no amainaba y la tenía con un rubor permanente en las mejillas.

—No asimilo su rechazo —susurró mientras ambas simulaban orar—. Nunca le perdonaré esta humillación.

—Los hombres están acostumbrados a rogar los favores de las damas, no a que les arranquen los suyos —justificó Mencía.

—Yo no le he intentado arrancar nada y más le vale a él no haberlo hecho frente a otras.

—Sosiégate. Lo único que arranca mi hermano son flores para ti.

—A mí solo me reserva las espinas —sollozó Isabel—. No me ama, Mencía.

—Te idolatra, pero lo que le has propuesto es muy arriesgado y quiere protegerte.

—No necesito su protección, sino que acceda a ser el primero. Me dan igual los peligros y las represalias. Me da igual todo.

—En el fondo, te entiendo —suspiró Mencía—. Si pretendiesen casarme con alguien distinto a Alonso, también trataría de estrenarme a su lado. Lo imagino y se me altera la sangre. Ir más allá de los besos, de los abrazos, de las caricias..., de la piel. ¡Hum! Moriría de gozo.

—¡Por favor! ¡En mitad del templo y tú pensando en el fornicio! ¡Qué irreverencia!

—Habló la Virgen María que, además, planea dejar de serlo a la

vera del cuñado. Al menos, yo me limito a soñar. Tú ya tienes localizada a la Pilarica.

—¿Y de qué me sirve si me he enamorado del honor con patas?

—No la desestimes todavía —anunció Mencía en tono pícaro—. Alonso me ha dado un billete de Álvaro y, según me ha anticipado, el «honor con patas» se ha quedado cojo.

Isabel cogió el papel y sus manos temblorosas casi lo despedazaron al desplegarlo.

—«Si vuestra ofrenda continúa tan viva como mi amor por vos, privilegiado y agradecido, la acepto» —leyó arrebolada—. ¡Dice que sí, amiga! ¡Dice que sí! Me haré mujer en sus brazos. ¡Marchémonos! La boda está a la vuelta de la esquina y he de empezar a comer barro de inmediato.

52

SIEMPRE PODRÁS CONTAR CONMIGO

Don Rodrigo aguardaba a Alonso hecho un manojo de nervios. Tras regresar de Andalucía, le había invitado al palacio ducal en numerosas ocasiones, pero siempre declinaba esgrimiendo todo tipo de excusas y, cuando intentaba cruzárselo en la mansión Soto de Armendía, tampoco lo lograba. No se le escapaba el motivo de tan huidiza actitud. La tarde en que él le tundió a preguntas, también le reveló su condición de familiar del Santo Oficio. De seguro se había sentido bajo sospecha y pensado que de ahí el incisivo interrogatorio. Por eso, porque temía una denuncia, había puesto distancia.

Don Rodrigo era consciente de los miedos del joven, pero su paciencia tenía un límite. Llevaba dos años lejos de él y, harto de perseguirle, le había ordenado acudir al palacio ducal no sin antes advertirle que no admitiría ni pretextos ni negativas.

Cuando Alonso apareció en el umbral de la puerta, una jubilosa emoción le recorrió el cuerpo. Henchido de orgullo y felicidad, le contempló. El cabello castaño con reflejos dorados estaba tan alisado y peinado hacia atrás como siempre, aunque, también como siempre, varios rizos habían sorteado la goma y le caían sobre la frente. El verde esmeralda de los ojos chispeaba igual que antaño, el sempiterno velo de tristeza que vivía en ellos seguía empañándolos, la pícara sonrisa continuaba iluminándole el rostro y el hoyuelo que le cincelaba la mejilla no dejaba de recordarle a Margarita.

Aunque lo esencial se mantenía, comprobó que los dos inviernos transcurridos le habían cambiado. Cumplidos los diecisiete (no los diecinueve que él se adjudicaba), se había convertido en un apuesto caballero en verdad espejo de don Rodrigo. Había crecido hasta casi superarle, la poderosa musculatura fruto del constante entrenamiento unida a una silueta fibrosa y estilizada eran clavadas a las del duque, la perilla y el bigotillo —testimonio de una adolescencia que ya iba

quedando atrás— le conferían una elegancia muy parecida, y su porte aristócrata e imponente evidenciaba que por sus venas corría sangre Salazar. Don Rodrigo lo abrazó alborozado.

—¡Dichosos los ojos! ¡Qué alegría! ¡Y qué estatura, Dios bendito! ¿Acaso te has propuesto ganarme también en eso? ¿No te basta con ganarme al ajedrez?

Reticente y, al tiempo, conmovido, Alonso correspondió al abrazo. Debía reconocer que le había echado en falta. Más de lo que le habría gustado, en realidad. Pese a ello, no cedería a los sentimentalismos. Querer a aquel hombre le nacía de dentro, pero era un espía del Santo Oficio que hacía demasiadas preguntas.

—Creedme que rezo a diario para dejar de crecer —contestó—. Terminaré chocándome con las nubes y provocando lluvias.

—Lluvia la que has causado en el corazón de este pobre anciano del que ya no quieres saber nada —reconvino don Rodrigo—. ¿Te importaría explicarme qué diantres te pasa? Casi he tenido que enviar a los alguaciles en tu busca. ¿Qué ocurre? ¿Te he ofendido en algo?

—En absoluto —se ruborizó Alonso—. He concluido mi etapa en la escuela de gramática y no paro quieto organizando mi partida a Alcalá.

—¡Enhorabuena! —aplaudió don Rodrigo, que consideró prudente no insistir en la cuestión—. Ya marchas rumbo a tu sueño. Llegarás alto. Tanto como las nubes con las que temes tropezar. Pero, por favor, acomódate. Nos han servido un refrigerio.

Se instalaron en dos fraileros con clavazón dorado y espaldar de vaqueta moscovita. Sobre un bufetillo, había dos jícaras de chocolate helado y una bandeja de pestiños.

—Deseo presentarte excusas —anunció don Rodrigo, resuelto a eliminar la aprensión que percibía en Alonso—. En nuestro último encuentro, desmesuré la curiosidad y te sometí a un interrogatorio de lo más descortés. Me consta cuánto te duele hablar del pasado y no debí echar sal en la herida. Lo lamento muchísimo.

—No hay nada que perdonar —respondió el chico, atribulado—. No tenéis la culpa de que no me guste tratar ciertos temas.

—Pero sí de aludir a ellos pese a conocer tus reservas al respecto. Aunque intuyo que mi conducta es la responsable de tu distanciamiento, ignoro qué te encorajinó tanto como para empeñarte en perpetuarlo. Sea lo que sea, has de saber que te aprecio de corazón

y que nunca haría nada en tu perjuicio. Si alguna vez las penas te vencen y precisas un hombro en el que apoyarte o un oído dispuesto a escuchar, siempre..., escúchame bien, muchacho..., siempre y por encima de cualquier circunstancia, podrás contar conmigo.

Alonso respiró hondo al notar el relicario en su pecho y la consiguiente necesidad de tocarlo. Separarse de don Rodrigo había erradicado los efectos de la medalla y ya no recordaba ese desconcertante afán de entrar en contacto con ella cada vez que lo tenía delante. Mientras se estiraba la ropilla en un disimulado intento de llevarse la mano al torso para satisfacer la súbita urgencia, miró al duque. La franqueza que halló en sus ojos fulminó las suspicacias hacia el familiar del Santo Oficio y, al instante, sintió renacer la confianza en el amigo. Lo había extrañado mucho durante aquellos dos años y reconciliarse con él le suscitó tal contento que su semblante recuperó la campechanía y espontaneidad de otros tiempos. Un poco cohibido todavía, sonrió.

—Os agradezco tan bellas palabras.

—No se trata de un discurso vacío. Es una declaración firme de intenciones. Y una cosa más, jovencito. Ni se te ocurra volver a alejarte de mí.

—A la orden, señor —asintió Alonso, divertido.

—Y ahora ponme al corriente de tus planes en Alcalá. Me he enterado de que te propones renunciar a tu puesto de escudero. ¿Dónde pernoctarás, entonces?

—Buscaré una casa de pupilaje.

—Álvaro ingresará en San Ildefonso y, si continuases a su servicio, vivirías con él y disfrutarías de las mismas comodidades —comentó don Rodrigo con fingida indiferencia, pues un Salazar debería estudiar rodeado de lujos, no inmerso en las penurias del universitario humilde—. Además, sabes bien cuánto le gustaría que le acompañases.

—Atenderle me requiere un tiempo del que no dispondré —arguyó Alonso—. Pretendo volcarme en los libros y eso exige dedicación absoluta.

No era más que un pretexto. Todo colegial de San Ildefonso, ya fuera amo o criado, debía acreditar la limpieza de sangre y, aunque él poseía el certificado, constaba a nombre de Alonso Castro, lo cual le había forzado a dimitir de su trabajo como paje e inventarse una

excusa que justificase tan poco inteligente decisión.

—Álvaro te aprecia mucho y conoce tus prioridades —trató de convencerle don Rodrigo—. Te facilitará la tarea de cuidarle.

—Lo sé, pero no me aprovecharé así de su afecto. Si no voy a poder desempeñar mis obligaciones como Dios manda, prefiero renunciar.

—La universidad es un camino muy pedregoso y, si encima le añades cuestas, quizá desfallezcas antes de concluirlo. Además, aunque el grado de bachiller no necesita colegios, los de licenciado y doctor sí lo hacen. Esos títulos únicamente se adquieren en los colegios mayores y solo hay uno en Alcalá: San Ildefonso. Sin mencionar que todos los puestos de la Alta Administración están reservados a quienes los ostentan.

—Yo no aspiro a tanto. Me conformo con el rango de bachiller.

—¿Y no te gustaría ser juez? Si deseas impartir justicia, ¿qué mejor forma de hacerlo?

—Las sentencias se basan en el alegato de los letrados y, cuando un reo no lo tiene, se construyen a partir de lo que afirma el fiscal. Muchos inocentes mueren porque nadie se ha dignado ni a defenderlos ni a buscar la verdad y, como mi ambición profesional consiste en luchar contra eso, la categoría de bachiller me bastará.

Don Rodrigo le escuchaba atento. Esa clase de respuestas, antes indescifrables, ahora le parecían cristalinas y, a la sazón, del todo lógicas.

—Entonces, matricúlate en uno de los colegios menores —insistió—. No otorgan los títulos de licenciado y doctor, pero sí el de bachiller. Yo podría conseguirte una beca en el colegio del Rey. Asistirías a sus aulas, vivirías en un sitio decente y no tendrías que trabajar para subsistir. Reciben sustanciosas donaciones mías. No pondrán trabas.

—¿Y por qué me haríais tan grande merced? —inquirió Alonso, sorprendido—. Disculpadme, pero me asombra tamaño interés en mi triste persona.

—Y a mí me asombra que te asombre —replicó don Rodrigo, lamentando no poder explayarse—. Te profeso un cariño sincero y no toleraré que pases los próximos años sufriendo calamidades estando yo en disposición de evitarlo. Además, admiro la nobleza de tus objetivos. Es una virtud poco común y, cuando me encuentro con ella,

gusto de estimularla y premiar a quien la atesora. Llegarás lejos, muchacho; hasta donde tú quieras, y me encantaría tener el orgullo de participar en lo que intuyo será un futuro brillante.

Alonso lo sopesó. Según sus investigaciones, los colegios menores no reclamaban limpieza de sangre y residir en uno le solucionaría la existencia. Ilusionado, asintió.

—Acepto muy agradecido.

—¡Espléndido! —festejó don Rodrigo—. Lo organizaré de inmediato. Precisaré tu...

De pronto, entendió las verdaderas razones que empujaban a Alonso a separarse de Álvaro. No tenía el certificado de limpieza de sangre ni manera de amañar uno. En cambio, él sí. Mediante sobornos e influencias, se lo conseguiría, pero antes necesitaba que Alonso le confiase su secreto. Afligido e impotente, comprendió que no lo haría. Al revés. Recularía en cuanto le comunicase lo indispensable de ese papel.

—¿Qué precisaréis, señor? Os habéis quedado mudo de repente.

—Tu... certificado de limpieza de sangre.

Alonso no defraudó las expectativas. Al instante, palideció y empezó a plegar alas.

—Pero yo... creí que... Creía que solo los colegios mayores lo solicitaban.

—Allí comprueban su autenticidad más exhaustivamente que en los menores, pero estos también lo demandan —contestó don Rodrigo, tratando de escoger bien las palabras.

—Entonces, olvidémoslo —zanjó Alonso de modo abrupto.

—¿Qué sucede? —interpeló don Rodrigo mientras invocaba a los lazos de sangre para que soltasen la lengua del chico—. Acabo de decirte que puedes contar conmigo por encima de cualquier circunstancia y eso incluye todo lo que alcances a imaginar.

La resistencia de Alonso se tambaleó y a punto estuvo de desmoronarse. Ansiaba destapar su verdad frente al duque y agarrar la mano que este le tendía. La intensidad con que notaba el relicario y una voz interna le aseguraban que no le denunciaría. Pero el miedo ganó la batalla. No podía permitirse ninguna imprudencia. Al borde de un llanto ofuscado, bajó la cabeza.

—Es que... no tengo ese documento ni dinero con que pagar el proceso para obtenerlo. Además, los trámites duran una eternidad y

yo marcharé en apenas dos meses.

—Una orden mía y en tres lunas te lo darán —repuso don Rodrigo, reacio a claudicar—. Me ocuparé de todo, gastos incluidos.

—No resultaría honesto, su excelencia. Si planeo dejar de servir a don Álvaro para no abusar de sus afectos, igual deferencia he de brindar a vuesa merced.

—Aunque no comparto los motivos por los que te separas de Álvaro, los respeto, pero yo soy tu amigo, no tu patrón, y aceptar la ayuda de un amigo no implica aprovecharse de él.

—Sí lo hace coger su dinero y no caeré en esa vileza.

—Los bachilleres aspirantes a ejercer la abogacía también deben acreditar la limpieza de sangre. Antes o después, tendrás que agenciarte el certificado.

—Pues que sea después —sentenció Alonso—. Hasta entonces, estudiaré con los de mi condición y acorde a ella.

Comprobado que no lograría persuadirle y que tampoco le revelaría su tragedia, don Rodrigo se rindió. Le enfermaba imaginarle en un chamizo de mala muerte, pero temía hostigarle en exceso, reactivar los recelos y provocar un nuevo distanciamiento.

—Está bien —suspiró, resignado—. No obstante, si cambias de opinión, no dudes en acudir a mí. Me importas mucho, Alonso. Te considero parte de mi círculo más cercano y eso no es cosa baladí porque has de saber algo: antes de que Rodrigo Salazar traicione a uno de los suyos, se hunde el mundo. Te protegeré contra viento y marea. Soy grande de Castilla y créeme que me sobran los recursos para doblar la cerviz de quien intente hacerte daño. No lo olvides nunca.

Conmovido y, al tiempo, apesadumbrado, Alonso reprimió una mueca. Era grande de Castilla y... familiar del Santo Oficio.

—Me emocionáis, señor —acertó a murmurar.

—Cuando conquiste tu confianza, me tocará a mí emocionarme.

—Lamento comunicaros que yo soy más duro de pelar —bromeó Alonso con tristeza.

—No lo dudo, pero sé que algún día me abrirás las puertas de tus misterios y, tan pronto decidas hacerlo, ten por cierto que hallarás un hombro donde poder llorar.

53

BODA EN LA ALMUDENA

El 23 de julio de 1624 amaneció radiante y con las campanas de Santa María anunciando casorio.

En honor a la verdad, esta humilde iglesia, la más antigua y querida de Madrid, no tenía la magnificencia de otras, pero su elegante sencillez encarnaba la gloria de aquella insignificante villa que un día devino en Corte del Imperio español, y eso la hacía especial.

Lucía hermosa esa mañana. El chapitel de su torre refulgía bajo el sol y la mampostería ofrecía un aspecto inmaculado. Tapices con los escudos de las Casas Salazar y Soto de Armendía adornaban la fachada, una alfombra de terciopelo carmesí enmoquetaba la escalinata de acceso, y farolillos encendidos festoneaban los flancos de cada peldaño. En la entrada principal, escoltado por dos monaguillos, aguardaba el párroco. Estaba impecable con su sotana blanca y una estola de seda también nívea bordada en oro. El tórrido calor no diluía un ápice la exquisitez de tan primorosas galanuras, y ello a pesar de que, presa de un sofoco atroz, el buen hombre se limpiaba el sudor de la cara de forma simulada con un pañuelo que escondía en las manos estratégicamente unidas en oración.

Frente a él se erguían Álvaro, como apoderado de Beltrán, y don Gonzalo. A los lados de ambos se situaban los padrinos y, detrás, los testigos del novio. Los invitados al enlace, todos miembros de la alta sociedad, se congregaban alrededor ocupando el atrio entero. Los reyes también habían sido convocados, pues la boda de la hija de un grande de Castilla así lo demandaba, pero no acudirían. El monarca se recuperaba en La Granja de unas virulentas fiebres y doña Isabel de Borbón había decidido permanecer a su vera.

La indumentaria de los asistentes centelleaba, circunstancia nada habitual desde que en 1623 se prohibiera ornamentar la vestimenta

con joyas, brocados, sedas o pasamanería. La salvedad se debía a la dispensa solicitada por las familias contrayentes y que, para júbilo general, el Alcázar había concedido.

Álvaro estaba resplandeciente, pero tan nervioso que temía sufrir un síncope. Cuando el azogue no le impulsaba a retorcerse las crispadas manos, se aferraba al pomo de una espada enganchada al talabarte de terciopelo y rubíes que le rodeaba el talle. Una cadena de oro le atravesaba el pecho y la cruz de diamantes que se lo enjoyaba tintineaba sin cesar debido a sus frenéticos balanceos. El mismo baile padecía el lujoso bohemio forrado de muselina que llevaba sobre los hombros, y gotas de sudor asomaban por debajo del distinguido sombrero de castor que le techaba la rubia cabellera.

En torno al atrio de la iglesia se había construido una cerca de madera. Varios lacayos custodiaban el acceso y, como solo a los invitados permitían franquearlo, el endeble armazón intentaba resistir las arremetidas de las decenas de curiosos que se agolpaban contra él mientras los ambulantes aprovechaban para hacer negocio despachando vitualla.

De pronto, a través de la turba que también abarrotaba la calle Mayor, se abrieron paso cinco carruajes remolcados cada uno por cuatro frisones unidos entre sí con tiros largos. Los tres primeros transportaban a los familiares de los futuros esposos; los dos últimos, a los testigos de la novia. Al final de la comitiva, sobre un palafrén de un blanco inverosímil y fastuosamente enjaezado, desfilaba Isabel. Un caballerizo con librea de gala lo conducía y avanzaba a mínima velocidad para mayor exhibición de la novia. El esplendor de esta bien merecía tanta parsimonia. Dejó boquiabiertos a todos los presentes. Vestía una saya encarnada de la tela más cara del mercado que le marcaba la estilizada silueta y, encima, un manto en tonos hierba. Los colores no se habían elegido al azar. El rojo simbolizaba la fecundidad, y el verde, la juventud. Llevaba la melena suelta en señal de virginidad, y el rostro, tapado con un velo de encaje que una tiara de esmeraldas ceñía a la cabeza.

Junto a ella, don Rodrigo montaba un cartujano de pelaje castaño. Lucía prendas negras veteadas de oro y, por botones, esmeraldas idénticas a las de la tiara de Isabel.

Llegados a Santa María, el duque ofreció el brazo a la novia y ambos se dirigieron al pórtico. La eufórica expresión del padre

contrastaba con la de su hija. Aunque esta mostraba un semblante vacío de emoción, el temblor de las manos, su aire resignado y la fuerza con que clavaba las uñas en el brazo de don Rodrigo la delataban. Vestigios de una rebeldía exterminada agonizaban en el brillo mortecino de sus ojos grises. Sin embargo, no se habían apagado del todo. Una tímida chispa allí agazapada los mantenía candentes: la de haber logrado arañar un premio de consolación en aquella guerra donde, después de tanta lucha y tantas batallas, el linaje había vencido al sentimiento.

Por su parte, Álvaro la veía aproximarse embelesado pero sumido en la desolación de saber que, cuanto más se acercaba, más crecía el abismo que los separaba.

Cuando el novio que no lo era y la novia que detestaba serlo quedaron frente a frente, rodeados de una sociedad que acariciaba al manso y embestía al insurrecto, se dedicaron una mirada triste y una sonrisa cómplice.

Fiel a la tradición, el sacerdote ofició la ceremonia a las puertas del templo.

—Álvaro Soto de Armendía Núñez del Álamo, en representación de vuestro hermano y poderdante, Beltrán Soto de Armendía, e Isabel Salazar y Hernández de Somoza Aguado de Alarcón, aquí presente, yo os interpelo: ¿existe algún impedimento a raíz del cual este matrimonio por sus señorías pretendido y deseado no pueda o deba celebrarse?

—No, no existe —respondieron Álvaro e Isabel al unísono.

—¿Alguno de los contrayentes está ligado a otras personas por esponsales previos?

—No, ninguno lo está.

Conforme a la norma, hizo las mismas preguntas a los testigos y resto de asistentes. Luego las reiteró dos veces más, pero, como nadie habló ni levantó la mano, prosiguió.

—Isabel, ¿queréis a Beltrán por legítimo esposo y marido en palabra de presente y en obediencia a lo que ordena y manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

—Sí, quiero —murmuró ella con los ojos clavados en la alfombra.

—¿Recibís a Beltrán por esposo y marido y os entregáis a él como esposa y mujer?

—Sí, lo recibo y me entrego.

—Álvaro, en virtud del poder especial que vuestro hermano os ha otorgado, ¿queréis a Isabel por esposa y mujer de Beltrán en palabra de presente y en obediencia a lo que ordena y manda la santa, católica y apostólica Iglesia romana?

—Sí, quiero —contestó el aludido como un autómata sin carácter ni voluntad.

Realizado el intercambio de arras, pasaron al de alianzas.

—Álvaro, recibid este anillo en nombre y representación de Beltrán en señal de matrimonio y con el compromiso de transferírselo cuando se dé la ocasión —conminó el sacerdote en tanto le tendía uno de los que don Rodrigo había depositado junto a las arras.

Álvaro cogió entonces el segundo y, tratando de controlar tales espasmos en los dedos que a poco se le cae al suelo, lo colocó en el anular de Isabel.

—En nombre y representación de mi hermano Beltrán, recibid este anillo en señal de vuestro matrimonio con… él —dijo, atragantado en la parte final.

—Yo lo recibo —susurró Isabel al tiempo que le dirigía una mirada tan tierna que el joven creyó morir de amor y pena a la vez.

—Así pues, en nombre de Dios Todopoderoso y de la santa madre Iglesia, desposo a Beltrán e Isabel y los declaro marido y mujer —anunció el sacerdote—. *Ego coniungo vos in matrimonium in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

La concurrencia estalló en aplausos y vítores. Los aplausos, comedidos y melindrosos, procedían de los agrupados dentro de la valla. De los vítores se encargó el pueblo, que, exento del recato inherente al refinamiento, gritó y silbó hasta sumir el lugar en una espontánea y divertida barahúnda. En mitad del jolgorio, don Rodrigo y don Gonzalo se fundieron en un efusivo abrazo mientras Álvaro e Isabel cruzaban gestos arrobados que nadie advirtió; nadie, excepto las tres únicas personas al corriente de sus sentimientos: Alonso, Mencía y Enrique Valcárcel, quien, después de dos años investigando los trasiegos de don Gonzalo, acababa de regresar de Sevilla.

A continuación, todos entraron en la iglesia, donde se oficiaría el rito de velaciones, una formalidad esencial porque, hasta que no se ejecutara, los nuevos cónyuges no podían mantener relaciones carnales. A menudo se celebraban los esponsales, pero no las velaciones. Estas se posponían durante semanas, meses e incluso años,

pues, si la novia todavía no había tenido su primera menstruación, debía esperarse a que eso sucediera. Como en aquel matrimonio no se habían pactado moratorias, se efectuó el ritual completo. Álvaro e Isabel se arrodillaron ante el altar y el sacerdote aunó la espalda de él y la cabeza de ella con un velo blanco y rojo, colores alusivos a la pureza y a la procreación.

—Yo os conmino a guardaros lealtad y respeto mutuo, a practicar la castidad en época de ayuno y a recibir cuantos hijos os conceda Dios Nuestro Señor.

Concluido el trámite, todos marcharon a la residencia de los Salazar, lugar del festejo. Allí los caballeros disponían de un enorme salón abierto a un jardín con veredas adoquinadas que confluían en una glorieta donde se levantaba la carpa de las damas.

En el área masculina, un Álvaro sumido en la emocionante perspectiva de pasar la noche junto a Isabel, un Alonso estupefacto ante el arsenal de comida que se amontonaba en tres larguísimas mesas y dos consuegros exultantes con su recién estrenado parentesco mantenían una divertida charla.

—Un brindis por Beltrán y otro por el resto de soldados —propuso don Gonzalo—. Otro por las esposas. Y por el capitán Spínola. Y por su esposa y por sus hijos. Y por los hijos de los soldados. Y por los ancestros de todos y por los ancestros de sus ancestros.

Como culminaba cada chinchín dando generosos tragos a la copa, el rubor de su rostro progresaba a la misma velocidad que la dificultad de hablar.

—Seguid brindando y acabaréis haciéndolo con agua del Manzanares —bromeó don Rodrigo—. ¿Acaso planeáis vaciar mi bodega?

—Beberé hasta extraviar el entendimiento, camarada. Llevo mucho tiempo anhelando este casorio y, ahora que al fin hemos tocado puerto, no ahorraré ni jubileos ni alharacas.

Enrique Valcárcel se incorporó al corrillo.

—Enhorabuena a los consuegros —dijo a modo de saludo para luego dedicar a Álvaro una sonrisa aviesa—. Felicitaciones también al flamante cuñado. Y mis parabienes por vuestras dotes teatrales. Habéis interpretado el papel de novio de una forma tan magistral que no parecíais actuar en representación de nadie.

Álvaro le lanzó una mirada furibunda, Alonso apretó los puños y

don Rodrigo torció el gesto. Solo don Gonzalo, ajeno a todo lo acontecido, mostró cordialidad.

—¡Bienvenido a Madrid! ¿Cuándo has llegado de Sevilla?

—Hace poco y no quepo en mí de gozo. Tras dos años fuera, ardía en deseos de volver.

—Confío en que hayas sacado el máximo partido a tu aventura sureña.

—¡No imagináis cuánto! —confirmó Enrique en tono siniestro—. He adquirido conocimientos tan valiosos que ya no precisaré abandonar la Villa nunca más.

—¡Lástima! —murmuró Alonso, incapaz de contenerse.

Como lo dijo con voz queda, solo Enrique alcanzó a escucharle y, revirado, atacó.

—¡Vaya despliegue! Hasta los criados han recibido invitación.

—¡Tente ahí, Enrique! —se enervó don Rodrigo—. Alonso es amigo de la familia.

—Así que amigo, ¿eh? ¡Caray! ¡Sí que ha medrado el pajecillo!

—Procurad no faltarle porque podría montar en cólera y citaros en armas —intervino Álvaro, que camufló la acritud del comentario tras una falsa jovialidad—. Su torpe espada no se impone a menudo, pero a veces vence a rivales que creen jugar con ventaja.

—En cambio, yo sí suelo doblegar a todo aquel que me provoca —replicó Enrique, que había captado la pulla—. Además, en ocasiones, no es necesario desenvainar para batir al adversario. He oído que irás a Alcalá, Alonso. ¿Cuándo se inaugura el curso?

—El 18 de octubre, por San Lucas —contestó don Rodrigo mientras palmeaba el hombro del mentado con afecto—. Ese día tu sueño empezará a convertirse en realidad.

—¿Y en qué consiste ese sueño? —cotilleó Enrique.

—Graduarme en Leyes y hacer justicia —dijo Alonso, chispeantes los ojos de rencor.

Como si le estuvieran acariciando el lomo y no disparándole dardos con la mirada, Enrique sonrió deleitado.

—¡Qué coincidencia! Yo también tengo un proyecto entre manos que implica hacer justicia. Aunque no lo revelaré, porque me confieso supersticioso y temo atraer a la mala suerte, te anticiparé algo: por San Lucas, tú empezarás a cumplir tu sueño, y yo, el mío.

Tras el ágape, se efectuó el paseo de la novia por la calle Mayor,

tradición que nunca faltaba en toda boda de postín. Acomodada en un carruaje descubierto, Isabel procesionó desde la plazuela del Cordón hasta la Puerta del Sol precedida de una orquesta que interpretaba alegres sinfonías y de varios lacayos encargados de regalar monedas a los curiosos, que extendían manos ansiosas sin dejar de vitorear ni de empujarse unos a otros.

El programa de ocio y entretenimiento se desarrollaría en el Campo de la Tela, una enorme explanada ubicada en los aledaños de la Puente Segoviana donde solían organizarse torneos caballerescos. En un extremo se había erigido un escenario y, en el otro, un coliseo. Ambos disponían de graderíos entre los cuales se elevaba un palio de brocado blanco reservado a las familias contrayentes.

La diversión empezó en el teatro. Hubo volatineros y malabaristas, entremeses del popularísimo Quiñones de Benavente, danzas de cuenta y fuegos de artificio. A continuación, el público se trasladó al coliseo donde se habían previsto toros y cañas, espectáculos ambos en los que participarían aristócratas invitados al enlace.

A la corrida, le siguieron los juegos de cañas, consistentes estos en batallas ficticias a caballo donde los contendientes se perseguían unos a otros mientras se tiraban cañas a modo de lanzas y paraban con un escudo las que recibían.

Al compás de acordes militares y rodeados de escuderos que marchaban a pie, cincuenta hombres montados en corceles atravesaron el recinto para detenerse frente al dosel que ocupaban las familias anfitrionas. Llevaban armaduras poco amigas del tórrido calor típico de un julio madrileño, espadas, lanzas, una adarga en el brazo izquierdo y, en el derecho, una manga ancha bordada de manera primorosa que la jerga caballeresca denominaba «sarracena». Formaban ocho cuadrillas compuestas por seis miembros y un capitán. Cuatro representaban a los Salazar; las otras cuatro, a los Soto de Armendía, y las adargas de cada equipo tenían grabado el lema del apellido que abanderaba. *Possunt quia posse videntur*, «pueden los que creen que pueden», rezaba el de los Soto de Armendía. *Non domo dominus, sed domino domus honestanda est,* era el de los Salazar.

Alonso conocía el escudo de armas de los Salazar, pero no el lema, y, nada más verlo, recordó la frase del relicario. ¡Decía lo mismo! Con el ceño fruncido, trató de explicarse semejante

coincidencia. No le resultaba insólito encontrar un proverbio de Cicerón en el lema de un linaje ilustre y, de hecho, no pocos escogían sus enseñanzas, pero le parecía una tremenda casualidad hallarlo precisamente en el de los Salazar.

Concluidos los juegos de cañas, la fiesta continuó en los jardines del palacio ducal. Los lacayos renovaban sin cesar las montañas de nieve que había en discretos recovecos y que el intenso calor no tardaba en derretir. Enterradas en ellas, se enfriaban cantimploras con limonada y aloja, las cuales se agotaron tras la encamisada ofrecida a los varones. Eran carreras de caballos nocturnas que los notables organizaban en veladas especiales y que discurrían por las calles de Madrid. Las tinieblas forzaban a usar antorchas, lo que incrementaba la dificultad y, a la postre, la diversión. A medianoche, fuegos de artificio clausuraron el festejo.

Álvaro se fue a casa, e Isabel, a sus aposentos en el palacio ducal, donde residiría hasta el regreso de Beltrán. Al despedirse, ambos cruzaron palabras cómplices.

—Ha sido un privilegio desposaros… en nombre de mi hermano —manifestó Álvaro—. Juraros amor eterno… en su representación… me ha colmado de dicha.

—Yo también celebro la manera en que Dios me ha unido a mi queridísimo esposo —contestó la muchacha, ruborizada—. Ahora solo deseo reunirme con él.

Poco después, cuando la quietud ya reinaba en el hogar de los Salazar, Isabel salió al exterior por un portillo del jardín. En un rincón, la aguardaban dos mozos fieles y, sobre todo, muy bien recompensados. Subió a la silla de manos y partió a la ribera del Manzanares. Antes del destino final, se apeó y cubrió a pie el resto del trayecto.

Álvaro la recibió en una romántica playa donde el río moría acariciando la arena con dedos de espuma. El cadencioso rumor del agua mecía en la brisa, las ramas de dos olmos centenarios acolchaban la tierra y, encima de ellas, un lecho de sedas pulcramente dispuesto esperaba arrugarse entre arrullos de amor.

Sonrientes, nerviosos y emocionados, los jóvenes se fundieron en un abrazo. Y allí, con las olas del Manzanares susurrando ternuras, dos árboles viejos como testigos y una corte de estrellas brindando por los novios, la luna de Madrid los declaró marido y mujer.

54

DE CAMINO AL ORIGEN

Días después Álvaro y Alonso practicaban el arte de la espada protegidos ambos con un recio coleto a prueba de estocadas. Terminado el combate, un Alonso desgreñado y presa del ahogo se desabrochó el coleto, la ropilla y hasta el jubón.

—¿Os pensáis frente a un escuadrón de demonios? —protestó—. Lanzáis tales mandobles que me habéis agujereado el coleto.

—Si sacarais la espada a pasear en lugar de apretarla contra el pecho como quien abraza a la amada, otro gallo cantaría —replicó Álvaro, que apenas se había despeinado—. Nadie os la va a quitar, ¿sabéis? Hay que blandirla e intentar herir al rival. Vuestra técnica es de una torpeza extrema. Solo existen seis maniobras: alta, baja, derecha, izquierda, adelante y atrás. Sin embargo, vos ejecutáis un baile incomprensible. Más que batallar, parece que os duelen las tripas.

—Si mal no recuerdo, mientras esa técnica que tan alegremente os permitís vilipendiar aplastó a un soldado de los Tercios, Enrique Valcárcel continúa vivo a pesar de vuestras fabulosas mañas —masculló Alonso, ofendidísimo.

La entrada de don Rodrigo interrumpió la polémica; no así el cercano tratamiento que los muchachos se dispensaban en privado, muy diferente al preceptivo entre patrón y vasallo que fingían en público. El duque conocía aquellas imposturas, de modo que podían vosearse ante él como los amigos que en realidad eran.

—Buenos días. Vengo de visitar a Gonzalo y, antes de marchar, he querido saludaros.

—¡Padrino! —celebró Álvaro—. ¿Podríais explicar a este cabeza de pedernal que la destreza no consiste en danzar abrazado a la espada, sino en esgrimirla y atacar?

—Estamos en un inocente entrenamiento, no en una pelea real —

se defendió Alonso en tanto don Rodrigo se instalaba en una jamuga —. Cuando se alcanza al compañero, se anuncia «tocado» y se regresa a la posición de guardia. En cambio, vuestro ahijado hunde el filo hasta el fondo. Mirad mi coleto. ¡Lo ha destrozado!

En el ánimo de evidenciar sus palabras, se estiró la prenda, pero, como llevaba desabrochado el resto del atuendo, al hacerlo, el relicario escapó de su encierro. Aunque se apresuró a esconderlo de nuevo, don Rodrigo acertó a verlo y, pese a saber que el joven lo tenía desde que así lo descubrió la tarde en que asesinaron al conde de Villamediana, sufrió el mismo impacto que entonces. Por suerte, consiguió borrar del semblante su conmoción y ni Álvaro ni Alonso se percataron.

—¡Qué magnífica joya! —comentó con la indolencia de quien alude a una trivialidad.

Alonso se arregló los ropajes para que el condenado relicario se estuviera quieto y no propiciase uno de los enojosos interrogatorios de don Rodrigo.

—¿Por qué la ocultas? —inquirió este, frustrándole la esperanza de eludir preguntas.

—No lo hago. Solo la protejo de manos cimbreantes.

—¿De dónde la has sacado?

—Es un recuerdo de familia —replicó Alonso lacónicamente.

Don Rodrigo se debatía entre hablar o callar. Aunque ansiaba lo uno, le parecía más prudente lo otro, así que optó por el término medio. Le incitaría a hurgar en el misterio planteándole cuestiones banales a oídos profanos, pero de una trascendencia que de seguro él captaría.

—Me figuro que lo obtuviste de un allegado. ¿De quién? ¿Tal vez tu madre?

—¿Cómo sabéis eso? —saltó Alonso, tan estupefacto que la pregunta se le escapó.

—Solo conjeturaba —alegó don Rodrigo con fingida inocencia.

—Pero, si murió al alumbraros, no os lo pudo regalar —intervino Álvaro, confundido.

—En realidad, fue mi padre —improvisó Alonso—. Dijo que así no me olvidaría de ella.

—¿Te encargó algo cuando te lo entregó? —preguntó don Rodrigo—. ¿Quizá que... se lo dieras a otra persona?

Pálido como un muerto, Alonso bajó la mirada.

—Al revés. Me encomendó cuidarlo y no extraviarlo. ¿Por qué pensáis eso?

—Por nada —negó el duque, simulando indiferencia—. Los relicarios me fascinan. Mi abuela solía contarme historias sobre los secretos que albergan en su interior y, cuando veo uno, echo a volar la imaginación. ¿Qué esconde el tuyo? ¿Otro recuerdo de… familia?

—Lo ignoro. Está cerrado y no tengo la llave.

—¿Nunca has intentado abrirlo y averiguar qué oculta?

—Lo último que quiero es estropearlo. Además, no creo que haya nada dentro.

—Entonces, no estaría cerrado —repuso Álvaro.

Don Rodrigo lanzó la tercera insinuación.

—Quizá el reverso tenga un grabado representativo de lo que contiene.

Convencido ya de que el relicario no era ajeno al duque, Alonso tragó saliva. Pese a lo insólito de la situación, la referencia a la inscripción le recordó otro asunto igual de raro y decidió indagar. De paso, desviaría la charla hacia temas menos perturbadores.

—A propósito de inscripciones, me llamó la atención el lema de los Salazar. No lo conocía y lo descubrí en el torneo celebrado durante las nupcias de vuestra hija.

Al advertir que empezaba a atar cabos, don Rodrigo reprimió su entusiasmo.

—Procede de *Los oficios*, de Cicerón —aclaró—. ¿Por qué te interesa?

—La víspera del enlace estuve leyendo esa obra —mintió Alonso, que ya maldecía su genial idea de esquinar un jardín peligroso metiéndose en otro peor—. Toparme con una de sus frases más famosas en el lema de vuestra estirpe me pareció una casualidad peculiar.

—Las casualidades no existen, joven. No caigas en la simpleza de creer en ellas. Lo que sí abundan son las causalidades y, cuando la vida nos trae alguna, no lo hace sin motivo. Al contrario. Está intentando revelarnos cosas importantes que no sabemos.

—¿Y en qué me concierne a mí haber estudiado a Cicerón el día antes de encontrármelo en el lema de los Salazar? —preguntó Alonso desorientado porque, si bien percibía un mensaje subliminal en aquel

discurso, no lograba descifrarlo.

Don Rodrigo estimó que ya le había espoleado bastante la curiosidad y se detuvo ahí.

—Eso te corresponde averiguarlo a ti y, aunque te animo a hacerlo, también te adelanto que es tarea de valientes. Solo ellos tienen inteligencia suficiente para identificar las causalidades, que no casualidades, y arrestos para tirar del hilo hasta discernir lo que no les cuadra. Los mediocres, en cambio, prefieren atribuirlas al azar y cometen la torpeza de banalizar e incluso soterrar coincidencias chocantes que acaso oculten una información vital. Eso les permite continuar ciegos y librarse de enfrentar verdades que asustan. Por fortuna, tú no eres ningún cobarde y de seguro plantarás cara a las que te surjan.

—Lo lamento, pero no comprendo una palabra —murmuró Alonso, aturdido.

—Ni vos ni nadie —bromeó Álvaro—. Cuando mi padrino empieza a filosofar, deja bizco al mismísimo Aristóteles.

—Aunque mis diatribas no consigan enraizar en tu yerma sesera, no albergo duda de que sí germinarán en la mucho mejor amueblada de Alonso —rio don Rodrigo—. Debo retirarme. Me esperan en el Alcázar. Disfrutad de la jornada.

Al salir, respiró hondo y le habló al aire con una sonrisa satisfecha.

—Listo, Margarita. Nuestro muchacho ya está de camino al origen.

Y no se equivocaba porque, en efecto, sus veladas insinuaciones calaron en Alonso. Tanto que aquella misma tarde subió a la cima de la colina situada frente al quemadero inquisitorial. Allí había contemplado el final de los Castro y allí solía acudir para llorar en soledad cuando la nostalgia le vencía o, como ahora, para aclararse las ideas.

Los extraños acontecimientos de los últimos años le generaban un barrunto insólito, aunque imposible de obviar: existía un vínculo entre don Rodrigo y Margarita. Y no solo eso. Un potente pálpito le aseguraba que él mismo conocía al duque desde hacía mucho tiempo; desde siempre, en realidad. Es más, juraría que el día de la montería no se encontraron; se reencontraron. Considerando que nunca antes se habían visto, la hipótesis no se sostenía por ninguna parte, pero lo

cierto era que don Rodrigo le hacía sentir menos… huérfano; tanto que le parecía estar traicionando a Sebastián porque el afecto que profesaba a uno y a otro no distaba demasiado.

Intuía, además, que a don Rodrigo le pasaba algo similar y de ahí que le dispensara atenciones más propias de un padre que de un amigo. A esto se le sumaban los incisivos y asombrosamente atinados interrogatorios a los que empezó a someterlo a partir de la tarde en que mataron al conde de Villamediana. Algo había sucedido entonces y no debía de ser baladí porque había obrado un antes y un después en el comportamiento del duque.

¡Por no hablar de todo lo referente al relicario! Aquel colgante le suponía un auténtico enigma. Percibirlo de una forma tan intensa justo cuando don Rodrigo andaba cerca ya meritaba un tratado de alquimia, pero la coincidencia entre la inscripción y el lema de los Salazar trascendía lo normal. No podía achacarlo al azar, mucho menos, tras la disertación sobre casualidades y causalidades. Aunque las preguntitas previas sí que lo habían dejado tieso. ¡Menudas perlas! ¿Cómo sabía que Margarita le había dado el relicario y que luego le había pedido llevárselo a alguien? Nadie podía estar al corriente de semejante cosa; nadie, excepto ese alguien, el mismo a quien la mujer aludió la noche del arresto cuando le dijo: «Tan pronto lo tengas delante, tu corazón lo señalará». En ese momento, con la Inquisición aporreando la puerta, Sebastián gritando histérico y su madre farfullando órdenes incongruentes, no lo comprendió. Ahora sí. Ahora las piezas empezaban a encajar, pero solo venían a engordar el misterio porque todo indicaba que Margarita hablaba de don Rodrigo. Además, los augurios de esta se habían cumplido. ¿O acaso su corazón no había señalado al duque tan pronto lo tuvo delante? Y lo más revelador: pese a no haber enseñado el relicario a nadie, apostaría la diestra a que don Rodrigo ya lo conocía. La cuestión, pues, asomaba nítida. O mucho se equivocaba, o el destinatario del colgante era él.

Casi seguro como estaba de su teoría, barajó la posibilidad de plantarle cara y preguntarle de qué iba todo aquello, pero eso implicaba confesar la verdad y temía las consecuencias.

Sus tripas y el miedo se enzarzaron en una batalla feroz. Las unas le animaban a lanzarse al vacío, y el otro le advertía que el fondo de cualquier precipicio suele estar muy duro. ¿Y si andaba errado? ¿Y si allí no existían causalidades, sino una extraordinaria casualidad y

confiaba su secreto a la persona incorrecta, para colmo, un familiar del Santo Oficio? Se jugaba demasiado. Nada menos que la hoguera. Definitivamente, debía abstenerse de mover ficha. Con el proyecto universitario en puertas de materializarse, ya podían las tripas ponerse en pie que no se arriesgaría a perder la oportunidad de restaurar el honor de los Castro. Esa era la prioridad y no había misterio en el mundo capaz de relegarla. Cierto que le tentaba mucho resolver ese que le tenía la cabeza rota. Sin embargo, tocaba aguantarse. Algún día, cumplida su promesa a Sebastián, quizá intentase devanar la madeja. Algún día. Pero todavía no.

55

UN RETRATO DE OJOS AZULES

Una tarde de principios de agosto, Alonso visitó a Miguel en el taller de pintura.

—¿Cómo estáis? Tras dos años de aprendiz, ¿no deberíais haber subido de escalafón?

—Todavía no, aunque necesito examinarme pronto y aprobar —contestó Miguel—. Se está gestando un proyecto colosal en torno a Vicente Carducho. De salir adelante, precisará muchos aprendices y, como los de su taller resultarán insuficientes, buscará más en el de otros. Según don Pedro, si para entonces ya soy oficial, podrían elegirme.

—¿Y en qué consiste el proyecto?

—El prior de la cartuja de El Paular desea decorar los huecos del claustro mayor con una serie pictórica dedicada a la vida de san Bruno, el fundador de la orden cartujana, y se rumorea que planea encargársela a Carducho —refirió Miguel, ilusionado ante la perspectiva de que lo escogieran—. ¡Nada menos que cincuenta y cuatro cuadros, Alonso! Y enormes, porque los huecos son gigantes. ¡Imaginad que me eligen! Se trata de una obra magna. Pasará a la historia, y yo podría formar parte de la dotación artística.

—Lo lograréis. No me cabe ninguna duda.

—¡Ojalá! Y ¿qué hay de vos? ¿Ya marcháis a Alcalá?

—Partiré en breve, pero antes quería pediros ayuda en un asuntillo.

—Por vos, lo que sea. ¿Qué necesitáis?

—Que hagáis el retrato de… una dama —titubeó Alonso, colorado como un fresón.

—¿Os habéis enamorado? ¡Señor de mis plegarias! ¡Pasmado me dejáis, amigo mío!

—¿Y por qué? —protestó Alonso—. ¿Pensáis que tengo una

cebolla por corazón?

—Admito que eso creía, ciertamente —rio Miguel—. Aunque me alegra comprobar cuán errado andaba. Y decidme, ¿dónde puedo localizar a la afortunada?

—¿Para qué? —interpeló Alonso con el desconcierto reflejado en el semblante.

—¿Cómo que para qué? ¿Me tomáis por el oráculo de los dioses? Supongo que os proponéis darle una sorpresa, así que no aspiro a un posado, pero, si he de pintarla, digo yo que tendré que verla.

—Entiendo. ¿Qué os parece ahora mismo? Va a misa de seis en la Victoria. Como no resiste estos calores, utiliza un manto transparente y podréis contemplarla a placer.

—Aguardad un momento. Avisaré a don Pedro.

Al cabo de un rato, estaban apostados frente a la entrada principal de la Victoria, la cual hallaron sumida en el habitual frenesí de gente y vehículos que solía organizarse allí durante el oficio vespertino. Al poco, las puertas del templo se abrieron y una riada de feligresas escoltadas por dueñas, rodeadas de escuderos y con cuatro o cinco pretendientes en la cola empezó a desfilar camino de sus carruajes o sillas de manos.

—¡Ahí está! —señaló Alonso—. La del traje verde y el manto blanco. Ella es mi dulce Mencía.

Al oír el nombre y reconocer a su titular, todas las alertas de Miguel se activaron.

—¿Mencía? —balbuceó acongojado—. ¿Se llama así?

—En efecto. ¿No os parece más bonita que una rosa de abril?

—Podemos irnos —contestó Miguel para luego calarse el sombrero y emprender la retirada con tal premura que Alonso tuvo que correr tras él.

—¿Ya? —le reclamó este—. ¿No decíais que necesitabais estudiar sus rasgos?

—Creedme: los llevo grabados en la memoria —alegó en tanto ampliaba la zancada.

—¡Pero si apenas le habéis dedicado un instante! ¿Acaso sois el ojo de Dios?

Atrapado en los recuerdos, Miguel tardó en responder. Se acordaba bien de Mencía. Antes de fallecer don Pelayo, frecuentaba a los Soto de Armendía y a los Salazar. Ella siempre le dispensaba una

amabilidad deliciosa y muy reconfortante. No la había olvidado. Tampoco a su hermano Álvaro ni a Isabel Salazar. No le habría importado volver a tratar a los tres y hacerles partícipes de su actual contento, pero ni se lo planteaba. Si alguien averiguaba que un Valcárcel se pagaba las clases de arte ejerciendo de criado, la pérfida doña Francisca rescindiría el contrato de aprendizaje, recuperaría la potestad sobre él y truncaría sus sueños.

Después de cubrir un trecho largo, aminoró la marcha y, más sereno ya, se pronunció.

—Soy pintor, Alonso. Mi cabeza registra la hermosura de inmediato. He visto suficiente y en verdad os alabo el gusto. Vuestra dama es preciosa. Por fuera y por dentro.

—¿Qué sabéis vos de su belleza interior? —farfulló el otro, perplejo—. ¿La conocéis?

—En absoluto, pero, si os ha conquistado, imagino que la atesora. No os concibo cortejando a una arpía. Y ¿qué hay de ella? ¿Os corresponde?

—¡Vaya que sí! Nos amamos y algún día la desposaré.

—Lo dudo —musitó Miguel, incapaz de reprimirse y convencido de que don Gonzalo jamás aceptaría a un plebeyo por yerno.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Alonso, que pese al tono quedo había alcanzado a oírle—. ¿En serio no la conocéis?

—Os repito que no —esquivó Miguel—. Sucede que parece de alcurnia y me extrañaría que su padre la entregase a alguien de cuna humilde.

—A un abogado reputado le abrirá los brazos, y en eso me convertiré yo.

—Aunque no confío en el éxito de vuestra empresa, aportaré mi granito de arena y haré un retrato de la señorita tan primoroso que la dejaréis hechizada. Lo tendré listo en una semana. A partir de ahí, recogedlo cuando gustéis. ¡Ah! Y, si conseguís casar con ella, invitadme a las nupcias. —«Solo entonces creeré en los milagros», estuvo a punto de añadir, pero se contuvo y esa última frase quedó confinada en la recámara de los pensamientos silenciados.

56

MELODÍA DEL ALMA

Previo a partir, Alonso comenzó a despedirse de todas las personas que le habían acompañado en aquel singular camino hacia una promesa. Inauguró el recorrido en la Inclusa, aunque no para decir adiós. Al menos, no solo para eso.

Sor Casilda engulló la caja de hojaldres que le había comprado y, cuando reparó en la carestía gastronómica que la ausencia del joven supondría, empezó a gruñir en los chistosos términos que tanto divertían a este. Gabriel también se desanimó. Sus tres años y medio ya le permitían comprender las consecuencias de la separación y un mohín compungido le ensombrecía el semblante.

—¿Es que te vas al cielo como mi mamá? Sor Gregoria dice que, si te vas al cielo, ya no vuelves y me pone triste.

—Nada de tristezas porque te traigo una sorpresa —anunció Alonso—. He decidido adoptarte. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría?

Lo había sopesado mucho. Le aguardaban mínimo tres cursos universitarios y detestaba la idea de dilatar tanto la estancia de Gabriel en el hospicio. Había aceptado tutelarlo, y abandonarlo a su suerte no le parecía la mejor manera de ejercer esa función. Tampoco veía factible llevárselo a Alcalá. Además de estudiar, necesitaría trabajar y semejante carga encajaba mal en las rutinas que demandaba una criatura. Como ni quería dejarlo en la Inclusa ni podía brindarle un hogar, resolvió instalarlo en el de alguien que ya le ofreció en su momento cuidar de Diego y que de seguro lo haría de Gabriel.

Don Martín accedió encantado a la propuesta de abrir al pituso las puertas de su casa y de su escuela. Aunque pasaba los días entre alumnos y bullangas infantiles, una honda melancolía le amustiaba las noches y ni siquiera la compañía de don Ramón le aliviaba. La cuesta de la ancianidad se le antojaba cada vez más empinada y el asedio de la soledad empezaba a minarle la moral. Vivir con el ahijado de

Alonso equivaldría a hacerlo con este y eso atemperaba la perspectiva de enfrentar los inviernos venideros sin el muchacho.

La noticia de que Alonso iba a adoptar a Gabriel alegró al niño tanto como a sor Casilda. El uno se echó en sus brazos y la otra brincó de contento.

—¡Alabado sea el Señor! —bailoteó la mujer, exultante—. ¡Al fin extiendes el paño!

—De momento el paño lo extenderá un amigo mío —matizó Alonso—. Cobijará a Gabriel en su casa y le dará cariño, sustento e incluso una educación, porque es maestro. Tan pronto yo me gradúe en Leyes, se mudará conmigo.

—Te ruego barajes la posibilidad de adoptar también a Raúl, el hermano de leche de Gabriel. Sabes de la mutua adoración que se profesan y cuánto sufren cuando los separan.

—Mi amigo puede asumir la crianza de un niño, pero endilgarle dos resultaría abusivo, amén de inviable —desestimó Alonso—. Sus haberes son precarios y no alcanzan para alimentar tantas bocas.

—¿Y si te lo presentara? —insistió sor Casilda—. Aunque me lo has pedido muchas veces y siempre te lo he negado, dadas las circunstancias, te complaceré. Es un seductor nato. Te encandilará y quizá cambies de opinión.

—Mejor que no. Apadrinar a los dos excede a mis pobres recursos y conocerle multiplicaría la frustración. Bien pensado, quizá el remedio sea peor que la enfermedad y Gabriel prefiera permanecer aquí junto a Raúl que estar lejos de él.

—¡No, no! —saltó sor Casilda, temerosa de desperdiciar una oportunidad única de reducir al menos en uno las filas expósitas—. Llévate a Gabriel y que Dios enjugue las lágrimas de ambos. Ninguno tiene la piel fina. Los no pocos quebrantos que ya arrastran se la han curtido y no se derrumban con facilidad. Además, son muy pequeños. A su edad, las penas se olvidan pronto.

—De todas formas, me encargaré de que mi amigo traiga a Gabriel de cuando en cuando para que no pierdan el contacto —declaró Alonso.

Como había hecho en reiteradas ocasiones durante los últimos dos años, Diego Castro escuchaba la conversación agazapado tras la puerta que conectaba la sala del torno a uno de los corredores interiores. Temblaba de miedo y celos. A sus más de cuatro abriles,

entendía perfectamente que lo iban a separar de Gabriel. Si la expectativa de quedarse sin su hermano de leche ya le parecía una auténtica tragedia, que el artífice de ella fuera justo ese tipo de nombre Alonso, que tan familiar le resultaba, superaba en mucho su capacidad de aguante. Los celos arreciaron cuando Alonso se agachó al lado de Gabriel, acarició su mejilla y le habló.

—A partir de ahora te alojarás en casa de un caballero muy simpático. Se llama don Martín y se ocupará de ti hasta mi regreso. ¿Estás de acuerdo?

—¿Y podré tomar chocolate? —inquirió Gabriel con el tono trascendental de quien formula la pregunta que condicionará el resto de su vida—. Cuando voy a la cocina y se lo pido a sor Ángela, dice que no tiene, pero es mentira. Lo que pasa es que se lo come ella, que yo la he visto.

Miró entonces a sor Casilda y alzó un índice acusador.

—Y a ti también te he visto.

—Pues gasta tiento no sea que me veas atizarte un pescozón —le reconvino la monja en tanto le bajaba el brazo de un manotazo y Alonso estallaba en carcajadas—. ¡Mocoso charlatán e insolente! ¿Cuántas veces he de repetirte que no señales con el dedo? Y haz el favor de no tutear a tus mayores. Debes aplicarles el «vuesa merced», ¿te enteras?

—¿Así que te gusta el chocolate? —preguntó Alonso a Gabriel, que había arrugado el ceño tras la regañina.

—Mucho. Y a Raúl también. ¿Hay chocolate en el sitio al que nos llevas?

—Me temo que Raúl no podrá acompañarnos, pequeño.

—¿Y por qué? Él también quiere chocolate.

Alonso se apresuró a sofocar el inminente berrinche tendiéndole los pertrechos que vestía Diego cuando lo metió en el torno: la mantilla roja que Margarita usaba para arroparlo y el rosario con su nombre grabado en la cruz. Antes de acudir al hospicio, los había sacado del cajón donde los guardaba porque tenía previsto encomendar a Gabriel que los custodiase y que se esmerase en ello, pues se trataba de sus grandes tesoros. La misión haría sentir importante al niño y ayudaría a crear un vínculo entre los dos más personal e íntimo que el construido tras los muros incluseros.

—Esta mantilla perteneció a mi madre, y el rosario, a mi

hermanito —le explicó mientras le colocaba la una sobre los hombros, y el otro, alrededor del cuello—. Se llamaba Diego y llegasteis aquí el mismo día. Era un poco mayor que tú y ahora está junto a Dios. Habríais hecho buenas migas, ¿sabes?

Ver a Alonso colmando de regalos a Gabriel terminó de descabalar a Diego. La envidia y un cabreo mayúsculo le arrebolaron los mofletes. ¡Aquello era demasiado! ¿Por qué Gabriel recibía tantos obsequios y a él nunca le caía nada? ¡Menudo egoísta! ¿Qué pretendía? ¿Quedarse con todo? ¿Con Alonso y con los juguetes que este le traía? Pues no se lo iba a consentir. ¡De ninguna manera! Ya se disponía a entrar en la estancia para marcar el territorio cuando alguien lo agarró del brazo.

—¡Raúl! —graznó sor Horacia al tiempo que lo arrastraba por el pasillo rumbo a la capilla—. ¡Condenado crío! ¿Te crees que puedes eludir los rezos cada vez que te plazca? Estoy cansada de repetirte que a Dios no se le escatiman reverencias.

—Es que ese señor le está dando cosas a Gabriel y a mí no —protestó Diego, tratando de zafarse y regresar.

—¿Y por qué te iba a dar a ti nada? ¡Si no te conoce!

—¡Sí que me conoce!

El niño tironeó rabioso hasta soltarse y, prescindiendo ya de escondites, accedió a la sala del torno. Ni corto ni perezoso, le quitó la mantilla a Gabriel, se giró y echó a correr después de empujar a sor Horacia, que se había plantado en mitad de la puerta para interceptarlo. Junto a sor Casilda, esta se precipitó tras él. Alonso cogió en brazos a Gabriel, que pataleaba enfadado porque le habían birlado su regalo, y siguió a las monjas.

—¡Raúl! —chilló sor Horacia—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Te vas a enterar cuando te pille! ¡Raúl! ¡Que vengas aquí te digo!

La improvisada patrulla alcanzó el final del pasillo, torció la esquina y se internó en otro, pero lo hallaron vacío. El desconcierto calló a todos. Las religiosas frenaron los gritos; Gabriel, el gimoteo, y Alonso, las maldiciones ante la posibilidad de perder uno de sus bienes más preciados. De repente, un rumor desgajó el silencio. Procedía de una habitación situada al fondo del corredor. Se dirigieron hacia ella y entraron. Diego estaba acurrucado en un rincón, columpiando el torso adelante y atrás, hundida la cara en la mantilla y tarareando la melodía de siempre.

Alonso contempló el cuadro petrificado. Retrocedió a los días aciagos en que su hermano lloraba hambres y él intentaba calmarlo susurrándole al oído una nana gallega. La misma que adivinaba en el soniquete desafinado que aquel párvulo entonaba. Cuando este desenterró el rostro de la mantilla, levantó la cabeza y le clavó unos ojos del color de la miel, un calambrazo lo entumeció. Esa mirada dorada, el cabello trigueño, los delicados rasgos, el ángel que moraba en ellos… Era un retrato fiel de Margarita. Aunque los casi cuatros eneros transcurridos habían convertido en niño al cachorrillo que recordaba, no le cabía duda. Estaba ante su hermano. La prueba definitiva llegó cuando el crío curvó los labios hacia arriba y el hoyuelo legado de la madre le cinceló la mejilla.

Alonso dejó a Gabriel en el suelo. Sufría tal conmoción que ni para cargarlo tenía fuerzas. Tampoco lograba articular palabra.

—¡Diego! —balbuceó al fin—. Pero ¿qué…? ¡Estás vivo!

Ajeno a la envergadura del momento, Diego apretó contra sí la mantilla y adoptó una expresión de reproche.

—Es mío —sentenció con la contundencia de quien no está dispuesto a aceptar ninguna versión discrepante.

Alonso se acercó a él y, muy despacio para no asustarlo, le subió la manga izquierda del harapiento sayo que lo trajeaba. Hela ahí. La caricia de luna.

—Es mío —repitió Diego, por si acaso no había quedado claro.

—Lo es, pequeño —refrendó Alonso—. Siempre lo ha sido.

No cabía en sí de felicidad. ¡Diego vivía! No lo había matado al introducirlo en el torno. El yugo de considerarse el asesino de su hermano aflojó tanto que un delicioso huracán de aire fresco le inundó los pulmones. Inmerso en una espiral de emociones, abrazó al niño y rompió en un llanto liberador. Los sollozos le brotaban a borbotones y, con ellos, la culpa durante años cárcel de su alma. Aquel río de remordimientos estancados al fin se movía, aunque no lo hizo para diluirse, sino para empantanar otra conciencia. Sor Casilda había provocado la confusión acontecida más de tres años antes y el reencuentro de los dos hermanos acababa de activarle los recuerdos.

Por su parte, Diego observaba a Alonso con los ojos abiertos como platos. Según las monjas, cualquier cristiano, incluido él, tenía dos madres: una divina de nombre Virgen María que lo era del mundo entero y una humana que Dios asignaba a cada persona de manera

individual. Como la primera no daba abasto para mimar a tanta gente a la vez, la segunda suplía ese vacío con los hijos que le tocaban en suerte. Y, viendo que Alonso no paraba de achucharlo, tiró de lógica.

—¿Tú eres mi mamá humana? —le preguntó muy serio.

—Soy Alonso, tu hermano mayor. Eso significa que mi mamá también era la tuya.

—¿Y dónde está?

—Dios la transformó en ángel y se la llevó al cielo.

—Entonces, ¿no va a volver? Sor Gregoria dice que, si te vas al cielo, ya no vuelves.

Alonso sonrió. Desde luego, la tal sor Gregoria tenía bien aleccionados a los niños sobre las consecuencias de subir al cielo, porque Gabriel había usado la misma frase.

—Y no se equivoca. Pero no te preocupes. Yo te hablaré de ella.

—¿Y por qué me llamas Diego? Me llamo Raúl.

—No, pequeño. Tu nombre es Diego. Nuestra mamá lo eligió para ti. ¿No te gusta?

—Si a mi mamá le gusta, a mí también —afirmó el niño con una inocencia que derretía—. ¿Te gusta el chocolate? A mí sí. Y a Gabriel también. Pero aquí no nos dan.

Celoso porque Diego estaba acaparando toda la atención de Alonso, Gabriel trató de interferir en la escena y abortar aquel monopolio intolerable, pero sor Horacia se lo impidió. Aunque ella no había auspiciado el enredo, sí contribuyó a apuntalarlo, pues fue la que bautizó a los bebés objeto de la confusión: Raúl de la Luna y Diego de la Mantilla. No tardó en comprender lo sucedido y, cuando miró a sor Casilda en pos de confirmación, esta asintió con el decaimiento de quien se sabe responsable de un error garrafal. Las palabras de Alonso ratificaron la muda conversación de ambas monjas.

—Se trata del hospiciano que vine a buscar, sor Casilda. Aunque haya crecido y cambiado, lo reconocería entre mil. Es clavado a mi madre. Pero no acierto a entender qué ha ocurrido.

Sor Casilda le refirió la historia y sor Horacia la secundó.

—Lamento mi despiste y el dolor que te he causado —musitó sor Casilda cuando concluyó el relato—. Lo siento de corazón.

De veras abatida y sumamente avergonzada, ocultó el rostro en sus esqueléticas manos y se echó a llorar. Alonso la atrajo hacia sí.

Como si hubiera encontrado un héroe al que emular, Diego le imitó, aunque solo alcanzó a rodear las rodillas de la mujer. Gabriel se zafó de las garras de sor Horacia y se sumó al abrazo, no tanto para prestar su apoyo, sino para recobrar el protagonismo que Diego le estaba robando a marchas forzadas.

—¿Podrás perdonarme? —hipó sor Casilda, atragantada de mocos y lágrimas.

—Nada he de perdonaros —declinó Alonso—. Muy al contrario, os agradezco el amparo que habéis brindado a mi hermano. Sin vuestro abrigo y sustento, habría muerto de hambre y frío.

—¿Por qué no regresáis a la sala del torno, os sentáis allí y termináis de esclarecer este embrollo? —les propuso sor Horacia—. Entretanto, me ocuparé de llevar a los zagales a la capilla y luego trasladaré las novedades a la madre priora y al administrador.

—Pero yo quiero quedarme con Alonso —demandó Diego.

—¡Y yo! —se unió Gabriel.

—¡A callar los dos! Es hora de rezar, así que ¡arreando!

Impasible a las súplicas de los chiquillos, los condujo hasta el oratorio. Alonso y sor Casilda se instalaron en la sala del torno. Tras un rato de llantos curativos, explicaciones cruzadas y alegrías tardías, cada pieza encontró su lugar en el puzle.

—Me figuro que tu intención de adoptar a Gabriel ha caducado —infirió sor Casilda en tono triste—. Si solo puedes mantener a uno de los dos, ese ha de ser Diego.

—Ciertamente ni mis finanzas ni las de mi amigo andan boyantes, pero también acogeré a Gabriel —expuso Alonso—. Lo he apadrinado y no le fallaré. Aunque no sé de qué modo nos las apañaremos, supongo que Dios proveerá.

—Tengo para mí que no ha dejado de hacerlo —sonrió sor Casilda—. ¿Te acuerdas de aquella charla nuestra en que te aseguré que todo sucede por un motivo y que este siempre es bueno? Pues he aquí la confirmación. Si hubieras localizado a Diego la primera vez que viniste, ni habrías conocido a Gabriel ni te habrías erigido en su mecenas. Sin embargo, gracias a mi error, Diego te ha recuperado a ti, su hermano de sangre, y tú no lo vas a separar de Gabriel, su hermano de leche. No se me ocurre mejor ovillo para la madeja endiablada que mi torpeza fabricó. ¿Soy o no soy canelita en rama? Hasta cuando tropiezo, doy en el blanco.

Alonso estalló en carcajadas.

—Me reafirmo en lo que os dije hace tres años: deberíais haber nacido hombre. ¡Qué magnífico abogado se ha perdido la Justicia!

—¿Cómo voy a nacer hombre, cebollino? ¡Soy una esposa del Señor!

—Contestasteis lo mismo en su día —apuntilló Alonso, desternillado.

—¿Y qué otra respuesta pretendes si es lo que hay? Gestionemos la baja en la Inclusa de Gabriel y Diego, anda. Así podrás llevártelos puestos.

Cumplimentada la burocracia, Alonso se aprestó a marchar con los dos pequeños, tan excitados ambos que no paraban de corretear alrededor de los adultos entre risas y berridos.

—Adiós, granujillas —los despidió sor Casilda—. Y rezad a diario para agradecer al Altísimo su inmensa generosidad. Os golpeó fuerte cuando fijó vuestro hogar en Villa Olvido, pero ahora os ha regalado uno de verdad y pocos gozan de esa suerte.

Luego se dirigió a Alonso.

—Que Dios te bendiga y recompense tu inestimable caridad. Extrañaré los confites que siempre me traes.

—¿Y a mí no? —reivindicó el chico, fingiéndose ofendido.

—¡Pues claro, pillabán! —replicó ella con afecto—. Cuídate y recuerda que aquí dejas una amiga que ya te echa de menos.

Un eufórico Alonso cruzó el umbral de la Inclusa, atravesó la Puerta del Sol y enfiló el Arenal mientras su pequeño séquito miraba fascinado a derecha e izquierda. Los hospicianos apenas pisaban la calle y ni Diego ni Gabriel lo habían hecho desde aquel infausto 1 de febrero de 1621 en que un torno maldito los convirtió en expósitos.

Al ver a Diego, don Martín casi se desmayó de la impresión, pero, una vez superado el impacto inicial y al corriente ya de los acontecimientos, sacó el vino de Valdemoro que reservaba para las ocasiones especiales y propuso un brindis por tan venturoso beso del destino. El cénit de la celebración llegó cuando repartió sendas escudillas rebosantes de chocolate caliente. Alonso recibió el agasajo con la cortés sobriedad de quien lo degusta a menudo. En cambio, los niños se mostraron mucho más vehementes. Entusiasmados, se tiraron al cuello del anciano y así, sembrando cariños y ternuras en el horizonte del buen maestro, inauguraron la convivencia con él.

57

UN BUEN SUCESO

Tras la inesperada aparición de Diego, Alonso retrasó su viaje a Alcalá. Quería recuperar el tiempo perdido y, en esa voluntad, lo visitaba a diario. Estaba tan feliz que no lograba disimularlo. Y eso que lo intentaba. La Inquisición también perseguía al niño y era crucial mantenerlo en el mismo anonimato que le había procurado el hospicio. Por eso no había referido el jubiloso reencuentro ni a los Soto de Armendía ni tampoco a los Salazar. Para ellos, Alonso González de Armenteros carecía de hermanos y la súbita presentación de uno suscitaría curiosidad e interrogatorios muy peligrosos.

Diego y Gabriel se sentían en un edén. Don Martín los mimaba sin mesura y les concedía cualquier capricho. De no probar el venerado chocolate, pasaron a desayunarlo, merendarlo, cenarlo y, de terciarse, recenarlo; sus andrajos incluseros mudaron a una indumentaria humilde pero digna, y, si ayer no salían de casa, hoy apenas entraban en ella, pues, enganchados de la mano de don Martín, a todas partes lo acompañaban. Al viejo maestro le encantaba la caótica intendencia doméstica inherente al cuidado de dos criaturas que no paraban de reír, chillar, moverse, berrear y parlotear. Su tranquilo hogar, ubicado en el piso superior de la escuela, había adquirido los mismos tintes que esta. Ahora era una torre de babel donde los silencios morían pronto. Don Ramón no se había quedado al margen de la nueva situación y también disfrutaba de lo lindo con aquella maravillosa locura que de repente había trastocado la vida de su amigo.

El inicio de septiembre hacía inminente la partida de Alonso. El curso arrancaría en poco más de un mes y aún debía poner pie en Alcalá, tramitar la matrícula, buscar empleo y agenciarse un techo. Con todo, no le apetecía nada irse. Ya no. Temía separarse de Diego y volver a perderlo. Gustoso habría renunciado a la universidad, pero,

por suerte o por desgracia, una promesa pendiente reinaba en su horizonte y, como cumplirla exigía graduarse en Leyes, permanecer en Madrid no era una opción.

Una mañana acudió al taller de Pedro de las Cuevas para despedirse de Miguel, quien le entregó un primoroso retrato de Mencía. La había dibujado de espaldas y mirándose en un espejo sobre cuyo marco apoyaba ambas manos, las cuales, sometidas a la técnica del trampantojo, se percibían tridimensionales e independizadas del lienzo.

Alonso quedó patidifuso, y no solo porque la lámina era una pieza de museo, sino por la exactitud de los rasgos. Cuando consiguió cerrar la boca y articular palabra, cuestionó que tamaña precisión hubiera nacido de una contemplación fugaz, pero Miguel se atrincheró en el falso pretexto de haber pasado horas apostado enfrente de la Victoria a la espera de la dama. Consciente, además, del alto coste del azul, Alonso apreció la abundancia de ese color en los ojos de Mencía, tan celestes y chispeantes que parecían vivos. Después se fijó en la M y la V entrelazadas con las que el artista había rubricado la obra y, aunque le asaltó la tentación de preguntar qué apellido ocultaba aquella V, se contuvo. Mejor que nadie entendía su hermetismo. Él también practicaba el arte de hablar de todo menos de sí mismo. De hecho, ni siquiera se permitió transmitirle su entusiasmo tras la resurrección de Diego. Ahora más que nunca convenía cerrar filas en torno al niño y, como involucrar a Miguel en su alegría implicaba revelarle las penas previas, se refugió en el mutismo de los prudentes. Así las cosas, en lugar de fisgonear sobre la misteriosa V, se limitó a darle las gracias y un abrazo.

—La próxima vez que nos encontremos, vos seréis maestro pintor, y yo, abogado.

—Entonces, ardo en deseos de volver a veros —bromeó Miguel—. Buen viaje, amigo.

Alonso se encaminó a la escuela de don Martín. Planeaba partir en breve y debía despedirse ya. Llegó a la hora de almorzar y halló al maestro compartiendo mesa y mantel con don Ramón, Gabriel y Diego.

—Hasta pronto, caballerete —le dijo a Gabriel—. Pórtate bien y aplícate en las lecciones. Cuando regrese, quiero verte devorando libros y escribiendo con la caligrafía de un veterano. ¿Estamos de

acuerdo?

Aunque no tenía claro el significado de «libros» y «caligrafía», el pequeño asintió y, tras dedicarle una sonrisa radiante, continuó engullendo un trozo de queso más grande que él. Alonso miró entonces a Diego, que sorbía con deleite y una sonoridad muy poco elegante su escudilla de caldo hecho con huesos de cerdo y vaca. Estos dos sabrosísimos animales nunca enjoyaban las ollas hospicianas y, en cuanto los degustó, el crío los elevó a la cumbre de sus pasiones. Eso sí: siempre por debajo del glorioso chocolate. Inmerso en los recuerdos, Alonso le acarició el pelo fino y dorado. Era como tocar el de Margarita.

—Adiós, hermano. Te voy a extrañar mucho. Tanto que me duele.

El niño le tendió su ración de pan.

—Toma; te lo regalo —anunció con el gesto satisfecho de quien despliega una generosidad sin precedentes para luego arrearle tal mordisco al currusco que apenas dejó las migas—. Don Martín dice que con pan no te duele nada.

—El refrán reza: «Los duelos con pan son menos» —corrigió don Ramón, divertido.

—Cierto, pero admitid que el mensaje ha llegado a puerto —rio don Martín.

Alonso abrazó al pequeño y hundió la cara en su cabecita. Así permaneció durante largo rato. No conseguía reunir el arrojo suficiente para despedirse de él otra vez. Al fin, hizo de tripas corazón y, tras darle el último beso, se dirigió a los maestros.

—Estoy tan orgulloso de ti que ya podría expirar en paz, Alonsillo —gimoteó don Martín, emocionado—. E igual de ufano imagino a mi añorado Sebastián. De seguro, allá en el paraíso, Margarita y él no paran de brindar por su hijo universitario.

—Todos los que hemos colaborado en tu lucha lo hacemos —intervino don Ramón, que, pese a bordear el mismo llanto de su colega, se esforzaba en exhibir entereza—. Y también celebraremos tus éxitos futuros, pues no dudes que los vas a coleccionar.

—Sin vuesas mercedes, no lo habría logrado. ¿Cómo agradeceros tantos desvelos?

—Vuelve convertido en un jurista de raza. He ahí nuestra mejor recompensa.

—Entonces, tened por cierto que os la proporcionaré.

—Recuérdalo siempre, mozalbete: *Labor omnia improba vincit.*

—El trabajo tenaz todo lo vence —tradujo Alonso—. Publio Virgilio.

—¡Fabuloso! —aplaudió don Ramón—. En verdad estás preparado para volar.

—Vuela, pues, mi querido muchacho —añadió don Martín—. Vuela alto.

Alonso se retiró mirando atrás melancólico, adelante ilusionado, y a los lados ansioso. Sobre todo, hacía esto último: recorrer las callejuelas ojo avizor porque había alguien a quien anhelaba encontrar, alguien cuya ausencia dejaba coja aquella ruta del adiós.

Habían trascurrido dos años desde que Juan robó la faltriquera y desapareció. No lo había vuelto a ver y, como no deseaba aplacar el enfado, había refrenado el impulso de buscarle. Sin embargo, el calendario, que tenía sus propias leyes y otras prioridades, se había dedicado a escanciar tiempo en las heridas y estas habían acabado por cerrarse. La decepción se había desvanecido, el rencor se derretía bajo el calor del cariño y las ganas de recuperarle pedían a gritos una segunda oportunidad. Juan era un pilar esencial para él. Le apreciaba demasiado y, pese a todo lo acontecido, ni su recuerdo ni su entrañable amistad remitían. Al revés; engordaban el acerico de la nostalgia y cada día clavaban en él una aguja más.

De pronto, al doblar una esquina, el protagonista de sus tribulaciones le salió al paso.

Cuando lo reconoció, esbozó una sonrisa, pero, al fijarse en el aspecto del mozo, la alegría tornó en consternación. Su rostro parecía la corte de las tristezas, pues combinaba el negro de la mugre, el granate de la sangre seca y el violáceo de los moratones. La mirada rebosaba soledad; el rictus de los labios, amargura, y todo él, podredumbre. Los residuos urbanos y humanos que se le adherían a los pies descalzos no permitían discernir si era de piel blanca o esclava; sus manos hacían bonitas las de un cadáver, y las uñas le crecían largas, quebradizas e ictéricas. El pelo chorreaba grasa y albergaba tal colonia de piojos que el muchacho no paraba de restregarse el sombrero. Desesperado, al final se lo quitó y comenzó a actuar sobre el terreno, lo cual puso de manifiesto la gravedad del problema porque sufría una plaga tan colosal que, cuando se rascaba,

se distinguían los bichos saltando de un lado a otro.

El calamitoso atuendo no difería en exceso del cuerpo que trajeaba; a mayor desastre, brillaba en todo su doloroso esplendor porque no lo tapaba la capa roja del soldado Márquez, guardada en la covacha de Santa Isabel hasta que las temperaturas amainasen. Llevaba unos calzones roídos y un sayo andrajoso de seguro propiedad de algún obeso, pues caía encima de su famélica persona al estilo oso sobre hormiga. En el colmo de la desidia, también había debido de sisar la soga que le ceñía el talle porque, tratándose de las utilizadas en la horca, resultaba fácil deducir que algún ajusticiado de la Plaza Mayor no había podido subir al cielo escalando la que lo había ahogado.

—Hola, Alonso —dijo en el tono apocado de quien se sabe autor de una ruindad.

—¿Qué os ha pasado? —exclamó el aludido, tan alarmado ante la desoladora estampa que hasta olvidó responder al saludo—. ¿Y esos rasguños? No os habréis entrampado de nuevo en las peleas ilegales, ¿verdad?

—Hay de todo un poco —admitió Juan, encogiéndose de hombros—. Me he metido en algunos líos y los alguaciles andan pisándome los talones.

—¿Los alguaciles? —palideció Alonso—. ¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho ahora?

—Nada distinto a lo habitual: intentar comer. Sucede que esta vez se han encorajinado de veras. Pero no os preocupéis. Los muy estúpidos aspiran a pescarme y todavía no se han enterado de que las tortugas no pueden echarle el guante al galgo.

Notar la indiferencia que el acecho policial provocaba en Juan serenó a Alonso. Sabía por experiencia que sobrevivir al raso exigía quebrantar la ley y, como eso implicaba el eterno riesgo de acabar engrilletado, todo pícaro aprendía a coquetear con las rejas sin atascarse en ninguna. Era el juego de la calle y le tranquilizaba pensar que su amigo nunca perdía esa clase de partidas.

—¿Tenéis prisa? —le preguntó Juan.

—Lo que tengo es hambre. ¿Me acompañáis al bodegón de puntapié de la Carrera de San Jerónimo? Ningún otro despacha comida decente.

Mientras sorteaban la turba de gente que, entre faenas y

holganzas, atestaban la calle del Arenal, Alonso puso al corriente a Juan de la reaparición de Diego. A él sí podía contárselo y la noticia le brotó casi sin permiso. Juan lo festejó alborozado y aprobó la idea de encomendarlo al cuidado de don Martín.

—No se me ocurre mejor regazo para esos dos canijos —sentenció.

Al llegar a la Puerta del Sol interrumpieron la conversación porque hallaron el recinto sumido en tal frenesí que la heroica aventura de atravesarlo los obligó a concentrarse. Logrado el objetivo, reanudaron el palique.

—¡Qué casualidad habernos topado! —comentó Alonso—. Justo iba pensando en vos.

—No ha sido una casualidad. Necesitaba referiros un asunto y os he seguido. No me conviene rondar los predios del marqués. Si me trincasen..., bueno..., me...

—No os harían nada. Don Gonzalo ha renunciado a tomar represalias, de modo que podéis visitarme allí cuando gustéis.

—Me enteré de que intercedisteis por mí y os lo agradezco mucho —murmuró Juan en actitud contrita y rojo como una amapola—. No obstante, desconfío de ese herodes y prefiero mantener las distancias. Os buscaba porque también he sabido que pronto marcharéis a la universidad y quería felicitaros. Creéis que vuestra dicha y la de Antonio me molestan y, aunque razones no os faltan, pues a pulso me he ganado tan lamentables conclusiones, os equivocáis. Vuestros éxitos son los míos, Alonso. Conozco las cuitas que guían vuestros afanes y me alegro sinceramente de que, pese a lo empinado del camino y a mi egoísta empeño de sacaros de él, lo hayáis conseguido.

—No imagináis cuánto me emociona escuchar eso —contestó Alonso con un nudo en la garganta—. Gracias, amigo.

—No me llaméis así. Os he fallado demasiadas veces como para ostentar ese título.

—Nunca os lo he retirado, Juan. Pase lo que pase, siempre os consideraré un amigo y un hermano. Me apoyasteis en el peor momento y eso borra cualquier agravio. Además, yo también os he fallado y me parte el corazón veros en estas condiciones.

—¿A qué os referís? Me encuentro en la gloria.

—¡Por favor! Pero si los del camposanto lucen mejor que vos.

—Vaya, pues muy agradecido —bromeó Juan—. Espero que no requebréis así a vuestra palomita. Contadme, ¿seguís juntos?

—Por toda la eternidad. Ella es mi norte y mi sur; mi este y mi oeste.

—¡La Virgen! Ya veo que continuáis atochado perdido. ¿En serio le soltáis esas tonterías? ¡Menudo hojaldre empalagoso! Me sorprende que no os haya abandonado.

El tiempo parecía no haber pasado. Caminaban al ritmo perezoso y amable de antaño, esfumados los enojos, renacido el afecto que jamás murió y con la complicidad de quienes se saben unidos por ese tipo de lazos que nunca se rompen no importa cuán fuerte embista la vida. Compraron un tentempié en el bodegón portátil de la Carrera de San Jerónimo y fueron a sentarse en el pretil de la fuente del Buen Suceso. Estaban de cara a la calle de la Montera y dando la espalda al resto de la explanada. Y allí, en la fuente del Buen Suceso, sucedió algo muy bueno: Juan y Alonso compartieron una ración de torreznos tan grasientos como siempre, un vino igual de agrio que siempre y una amistad de esas, de las de siempre.

—Aparte de felicitaros por vuestra nueva andadura universitaria, también quería daros una cosa antes de que la iniciéis —reveló Juan a la vez que extraía del interior de su sayo un paquete envuelto en un paño zarrapastroso y se lo tendía a Alonso.

Al desdoblar la mugrienta tela, este descubrió un bello libro con tapas forradas en piel de cabra teñida en verde, cantoneras doradas y letras de oro.

—¡El Digesto! —balbuceó, atónito—. ¿De dónde habéis sacado esta joya?

—De una de las librerías que hay en las covachuelas de San Felipe. Gané una suma importante en los naipes y decidí invertirla en un regalo para vos. El librero no debió pensarme ningún cultivado porque, cuando le solicité algo de Justinio, quedó bizco. ¡Ni que le hubiera pedido una reliquia del diablo! Pero fue mostrarle los cuartos y empezar a babear. Entonces me ofreció ese mamotreto. Hojeadlo y confirmadme si de veras lo escribió vuestro ídolo. Como sea de otro, le rompo los dientes al librero.

—Salta a la vista que no nadáis en la abundancia —observó Alonso, conmovido—. ¿Por qué gastáis lo poco que tenéis en obsequiarme?

—Es mi… manera de disculparme —confesó Juan a trompicones, pues le costaba un mundo expresar sus sentimientos—. Os traicioné y cada luna me arrepiento. Yo…, bueno…, yo… os aprecio en gordo… y…, en fin… Acaso nunca nos encontremos de nuevo y solo pretendía que emprendieseis viaje sabiendo de mis… afectos.

—Siquiera un ápice he dudado de ellos y tampoco los míos hacia vos han mermado. Os he echado tanto en falta que me pesa demasiado seguir haciéndolo. Acompañadme a Alcalá. No veo viable llevarme a Diego y a Gabriel porque requieren un tiempo del que no dispondré, pero vuestro caso es distinto.

Juan bajó la mirada. ¡Ojalá pudiera acceder! Si bien había fingido displicencia al mencionar sus problemas con la Justicia para no angustiar a Alonso, lo cierto era que andaba enredado en un apuro muy espinoso y le urgía salir de Madrid. Aunque se hallaba en puertas de ello, no había querido emigrar sin antes despedirse de su compadre. Quizá no volvieran a verse y no deseaba dejarle con la impronta de su canallada. Necesitaba redimirse y fabricarle un mejor recuerdo. Le habría encantado confiarse a él y pedirle socorro, pero no se interpondría otra vez en su camino. Si Alonso averiguaba el brete que le obligaba a largarse, lo aparcaría todo para ayudarle y de ninguna manera zancadillearía de nuevo ni su ingreso en la universidad ni su anhelo de restaurar el honor de los Castro.

—No, hermano —musitó, abatido—. Alcalá es vuestra meta, no la mía.

—Me preocupa abandonaros y que sufráis algún mal —repuso Alonso.

—Estaré bien. Aunque luzca estos mimbres desportillados, os garantizo que vivo como me gusta: en libertad. La añoré hasta el dolor en la choza de los Soto de Armendía y ahora me siento feliz. Por cierto, ¿os importaría devolver esto al marqués?

Alonso cogió el saco lleno de monedas que le tendía y arqueó las cejas sorprendido.

—Es la guita que le robé —explicó Juan—. Os juro que ni se me pasó por la cabeza que os acusarían y lamento no haber tenido los redondos de confesar. El miedo a que me encadenasen a un remo me venció y os asesté la mayor de las puñaladas. Casi os trunco el futuro y los remordimientos me han vapuleado tanto que, pese a los arreones de la miseria durante estos dos inviernos, no he tocado ni un real a la

espera de poder restituirla.

—Le habéis echado voluntad, camarada. Cualquier otro habría caído en la tentación.

—Vos no. Estuvisteis una buena temporada a muela quieta con la Bolsa de la Esperanza atada al pecho porque, aún a riesgo de morir de hambre, habíais resuelto consagrarla al rescate de vuestros padres. Y, a propósito de ellos, retiro las calumnias que les dediqué la noche que saldasteis mi deuda. La rabia me cegó y desboqué la húmeda escupiendo sandeces que ni siquiera pensaba. Os ruego que me perdonéis.

—Tiempo ha que lo hice, pero me alivia comprobar que seguís siendo el tipo noble y bueno a quien tanto respeto y admiro. En fin, sellemos la paz con un abrazo.

—¡Alto ahí! —exhortó Juan mientras rehuía el acercamiento de Alonso—. Los que tienen pelo en el corazón no abrazan a nadie y el mío está forrado de tal mata que bombea mechones en lugar de sangre. Así que ahorradme los arrumacos de amartelado y limitaos a confirmarme si Justinio escribió ese duermemundos o si he de soltarle cuatro frescas al librero.

—Olvidad las violencias porque os ha vendido un magnífico ejemplar de la serie que conforma el Digesto. En particular, este trata el derecho sucesorio y explica las…

—¡Ah, no! —cortó Juan y se tapó las orejas para reforzar su discurso—. Me niego a escuchar más paparruchas de picapleitos.

—Algún día lograré que estudiéis a Justiniano y entonces os convertiré en mi pasante —rio Alonso en tanto hojeaba deleitado el libro.

Juan se levantó a recoger un torrezno que se le había caído al suelo, movimiento que lo dejó de pie enfrente de Alonso y del completo recinto de la Puerta del Sol.

—El vino os ha nublado el tejado, zagal —se carcajeó—. Antes de embucharme un bodrio como ese, me transformo en hielo y me pongo al sol.

Ya se disponía a sentarse de nuevo cuando vio algo que lo paralizó. Varios alguaciles acababan de emerger de la calle de Carretas seguidos de dos caballeros que parecían sirvientes de un preboste francés, pues llevaban libreas de lacayo y de un inconfundible corte galo. Era evidente que los policías iban a la caza de alguien y que, al

efecto, utilizaban el reconocimiento facial porque, tras interceptar a todo aquel con pinta de ladronzuelo, lo colocaban ante los criados para soltarlo tan pronto estos, después de escrutarle la cara, sacudían la cabeza de izquierda a derecha.

Sin manifestar el azogue que de súbito le había acalambrado el cuerpo, Juan se caló el sombrero, incrustó la barbilla en el pecho y abortó su propósito inicial de volver a tomar asiento. En vez de eso, se agachó hasta situarse a la altura de las rodillas de Alonso para agazaparse en ellas e improvisó una excusa que justificase su intempestiva retirada.

—He de marchar. Me... esperan en una timba de naipes y llego tarde.

De espaldas al operativo que se estaba realizando en las inmediaciones de Carretas, Alonso no había reparado en él. Tampoco en el repentino agobio de Juan, pues la extasiada contemplación del libro lo tenía distraído. Por eso, lejos de buscarle un motivo menos halagüeño a la brusca espantada de su amigo, la achacó a lo mucho que disgustaban a este las despedidas. Requerían mostrar sensibilidad y eso no cuadraba en su sempiterna pose de tipo duro. Probablemente, temía derrumbarse y, como acelerar el trámite le libraría de exhibir la pena que de seguro lo devastaba, tal estrategia había adoptado. Compadecido, decidió facilitarle las cosas, lo cual le supuso cierto alivio porque él también se tambaleaba en la cuerda floja del estoicismo. Con todo, ni pudo ni quiso evitar la tentación de reiterar la oferta de permanecer juntos.

—¿De veras no preferís venir conmigo a Alcalá?

—De veras —rechazó Juan—. Debéis recorrer vuestra senda y debéis hacerlo del único modo en que se llevan a cabo las grandes gestas: en soledad. Adiós, amigo. No me olvidéis, por favor.

—Eso nunca, hermano —susurró Alonso antes de liberar dos lagrimones mientras observaba cómo su compañero de tantas fatigas, contentos y momentos desaparecía entre el gentío de la calle de la Montera—. Eso nunca.

Luego bajó la cabeza y acarició el libro. Como estaba absorto en el pasado y en absoluto pendiente del alrededor, no advirtió que uno de los criados franceses acababa de señalar a Juan y los agentes habían salido disparados tras él. Largo rato después, emprendió el regreso a casa abrazado a Justiniano y con una honda tristeza

instalada en el pecho.

—¿Qué me traes? —le preguntó don Gonzalo cuando, llegado a la mansión Soto de Armendía, solicitó audiencia al marqués y le entregó la bolsa de monedas sustraídas.

—Los dineros que Juan robó. Desde lo ocurrido, perdimos el contacto, pero hoy nos hemos reencontrado y me los ha devuelto. Os suplica que dispenséis su error.

—¿Su error? ¡Qué desfachatez! Ese barrabás cometió un delito, no una tunantada de colegio y, en vez de dar la cara, se disculpa de cuerpo ausente. Además de ladrón, cobarde.

—Prometisteis concederle una segunda oportunidad y confío en que ahora no os echéis atrás. Al restituir el oro, ha demostrado buena fe. Después de dos años, otro se lo habría gastado.

—Cumpliré mi palabra, pero en retribución a tu buena fe, no a la suya. Estos cuartos te ayudarían mucho en la universidad y, si hubieras silenciado su reintegro, yo no lo habría descubierto. Sin embargo, te has comportado con honestidad y te lo agradezco.

—Lo que el honor exige se presume, no se agradece —se defendió Alonso, airado—. Jamás se me ocurriría perpetrar esa vileza y el simple planteamiento me ofende.

—No me sueltes una de tus filípicas porque hoy no tengo el día. Yo mostraré gratitud cuando, como y a quien estime oportuno. ¿Te queda claro?

—Sí, señor —reculó Alonso, que optó por cambiar de tercio y eludir así la enésima contienda—. Quisiera aprovechar la tesitura para despedirme de vuesa merced. Pronto viajaré a Alcalá y abandonaré mi empleo.

—Aunque ya no asistas a Álvaro, espero que sigas cuidando de él allí.

—Nunca dejaré de hacerlo. Podéis estar tranquilo.

—Lejos de ello ando —gruñó don Gonzalo—. En cuanto empieces a enmendar la plana a tus maestros, te expulsarán. Entonces regresarás aquí y ni Álvaro gozará de tu protección, ni yo, de tu ausencia. Acéptame un consejo, jovencito: los catedráticos prefieren escucharse a sí mismos que a los demás, de modo que permíteles el capricho y tú dedícate a entiesar las orejas y coserte la boca.

—Lo recordaré, su ilustrísima.

—Te deseo lo mejor —añadió don Gonzalo con una afabilidad

testimonio del sincero cariño que sentía por aquel adolescente lenguaraz y respondón llegado a su hogar hacía tres años y convertido ahora en un gallardo caballero digno de toda su confianza—. Pese a nuestras desavenencias, me ha gustado mucho conocerte y tenerte a mi vera. No abundan las personas capaces de retar mi intelecto y admito que a ti se te da de guinda. Antes de partir, acude al licenciado Cisneros. Le he ordenado el abono de los jornales que se te adeudan.

A continuación, metió la mano en el fardo que Juan había restituido, extrajo un considerable puñado de monedas y se lo ofreció.

—Coge esto también. Tu lealtad a los Soto de Armendía bien merece un extra.

—Gracias, señor —dijo Alonso, emocionado—. Tan desprendido gesto significa que, en el fondo, me apreciáis, ¿verdad?

—Al revés: es mi particular manera de celebrar cuánto me complace perderte de vista —sonrió don Gonzalo para luego guiñarle un ojo—. Ahora márchate de una bendita vez. Y procura no desatender a Álvaro o la tendremos.

58

LA CÁRCEL DEL MAR

Después de su abrupto adiós a Alonso, Juan subió por la calle de la Montera consciente de que una guarnición de alguaciles lo perseguía. Alcanzó la Red de San Luis y se internó en la calle de Fuencarral. Una riada de gente atestaba la calzada y le impedía avanzar a la velocidad que demandaban las circunstancias. Aunque intentó abrirse paso a empujones y codazos, no encontró el modo de franquear aquella cordillera humana. Miró atrás y comprobó azorado que le pisaban los talones. ¡Maldita sea! Si tuviera el camino libre, no le cazarían ni montados en galgos, pero la turba lo encajonaba y apenas le permitía moverse. ¡No podían atraparle! Si lo hacían, estaba perdido.

La semana previa había sisado la faltriquera a un hombre que deambulaba por la calle Mayor a pie, sin aparente escolta y embutido en la indumentaria multicolor propia de la moda gala. Pensando que se trataba de un forastero despistado e inofensivo, le pareció una presa fácil y alargó la mano. No pudo haber elegido peor víctima. El individuo resultó ser un miembro de la Corte francesa hospedado en el Alcázar a quien había apetecido recorrer la Villa de incógnito y únicamente acompañado de dos lacayos, los cuales, vestidos a la española para evitar vínculos que arruinasen el ansiado anonimato, le guardaban las espaldas de forma disimulada. En el colmo del desastre, uno de ellos consiguió agarrar el brazo de Juan, el otro le quitó el sombrero y ambos acertaron a verle la cara. Después de un violento forcejeo, el joven había logrado soltarse y escapar con el dinero, pero la pillería soliviantó al notable. Ni corto ni perezoso, acudió al mismísimo presidente del Consejo de Castilla y, tras ponerle como hoja de perejil a cuenta de la criminalidad de aquellas tierras y su deleznable desempeño al respecto, exigió la cabeza del culpable so pena de provocar un conflicto diplomático.

La amenaza surtió un efecto fulminante y, de inmediato, la Sala

de Alcaldes recibió orden de capturar al causante de semejante bochorno. Desde entonces, un pelotón de uniformados patrullaba las calles junto a los dos lacayos que podían identificar a Juan. El muchacho andaba alerta y, sobre todo, desconcertado. Los hurtos de pequeña entidad se sucedían de continuo y pocos despertaban interés en las autoridades. Sin embargo, cuando vio que los alguaciles se hacían acompañar de los sujetos que casi lo enganchan y que estos lucían ahora mimbres francesas, lo comprendió. El dueño de la faltriquera no era un sinfuste, sino un gabacho postinero con séquito encubierto e influencias suficientes como para exacerbar el celo policial de una manera tan exagerada.

Pese a lo comprometido de la situación, en ningún momento se había sentido en auténtico peligro, a excepción del presente, en que los dos criados acababan de reconocerlo, decenas de agentes ya le rozaban el sayo y el paso cochinero de una muchedumbre le saboteaba la huida. En un desesperado intento de escabullirse, giró a la izquierda y se adentró en una callejuela estrecha que ni nombre tenía. Libre al fin de los incontables cuerpos que saturaban la avenida principal, puso alas al suyo y surcó el laberíntico conglomerado de travesías y costanillas que, mucho menos concurridas y, a la postre, más transitables, jalonaban las arterias medulares de Madrid. Por desgracia, en esta ocasión la suerte no cabalgaba a su vera. La posibilidad de resolver el caso insufló fuerza a sus perseguidores para espolear las botas y también el ingenio. A un silbido del jefe de la brigada, se habían dividido en parejas, apostado en cada esquina de la zona hasta tejer una red en torno al ladrón y sumido en el silencio del acecho.

Juan se detuvo para recuperar el resuello. La quietud era total. No escuchaba carreras en la retaguardia. Solo oía el rumor de voces procedentes de las verbeneras calles de Hortaleza y Fuencarral. Esbozó una sonrisa aliviada. ¡Qué poco había faltado! Secándose el sudor de la frente, reanudó la marcha rumbo a la covacha de Santa Isabel. Aunque estaba exhausto, se obligó a aligerar. No quería admitirlo, pero se había asustado de veras. Anhelaba refugiarse en casa y festejar con un pichel de vino el éxito de haber conseguido burlar a los corchetes. Ni de lejos sospechaba que su avezado instinto andaba de capa caída y ningún motivo avalaba aquella pretendida celebración porque, en contra de lo que imaginaba, un montón de ojos le

observaban.

Cuando se disponía a abandonar un callejón anónimo e internarse en otro también sin bautizar, cuatro alguaciles emergieron de dos chaflanes enfrentados y lo interceptaron. Se volvió raudo para correr hacia el lado opuesto, pero allí le esperaba una segunda unidad. El miedo lo paralizó al darse cuenta de que, por primera vez en su vida, lo habían atrapado.

Mientras uno de los guardias emitía un potente «¡Aquí, mi capitán!», el resto engrilletó a Juan. No les resultó complicado. El chico estaba tan perplejo que no reaccionaba y apenas opuso resistencia. Al cabo de un rato, asomó un tipo envirotado cuya banda roja lo señalaba como el líder del comando. Le acompañaban los lacayos del ilustre francés.

—¿Es el que robó los haberes de vuestro patrón? —les preguntó el capitán.

—¡Sin duda, *monsieur!* —respondieron ambos con un marcado acento galo.

—Date preso y a disposición de la justicia de su majestad —anunció el capitán a un todavía patidifuso Juan—. ¡Qué torpe tino el tuyo, jovencito! De las decenas de incautos que hay en la Villa, has ido a elegir al más inconveniente. Prepárate para lo peor. Has encorajinado a las cumbres y eso se paga caro.

A continuación, se dirigió a sus subalternos en ademán elogioso.

—¡Buen trabajo, caballeros! Ahora regresad a vuestras rondas y tareas varias. Aquí hemos terminado. Agentes Barrios y Martínez, trasladad al prisionero a la Cárcel de Corte. Yo comunicaré al Consejo de Castilla el satisfactorio desenlace de la misión.

Los aludidos se colocaron a la vera de Juan y le propinaron un empellón en una poco cordial invitación a caminar. Ya en la penitenciaría, lo llevaron a una sala gris y espartana donde aguardó durante horas la llegada del abogado de pobres, un individuo enjuto y arrogante que ni una palabra de ánimo le brindó. Se limitó a recabar su firma en el formulario de abono de honorarios y, cuando él hubo obedecido con una caligrafía ininteligible, le informó de que la identificación de la víctima suscitaría un juicio sumarísimo que de seguro culminaría en castigo. No obstante, le dijo que trataría de reducir la calidad de la sanción, aunque imprimió escasa contundencia en aquella afirmación y se cuidó mucho de blindarla con un «no

prometo nada». Luego le recomendó dar gracias a Dios porque la repercusión del asunto, los apremios del denunciante y el rango social de este harían que el litigio empezase de inmediato, lo cual acortaría su prisión preventiva. Y no era esa merced baladí a criterio del jurista. La pernocta de la mayoría superaba el año como mínimo y, según su discurso literal, «esa eternidad en una gatera donde hasta las ratas lloran lesiona la lucidez más sólida».

No tardó Juan en descubrir cuán fundadas estaban las apreciaciones del letrado. Concluida su nada halagüeña reunión con él, lo encerraron en el calabozo común. Era de largo el menos feliz de todo el penal. Había otro idéntico en la Cárcel de la Villa, la que dependía del Concejo, y ambos ofrecían unas condiciones igual de terribles. Tan parejos resultaban que la jerga de policías y malandrines les atribuía el mismo sobrenombre; uno harto ilustrativo: el Infierno. Juan no conocía ninguno de los dos, pero, no bien puso pie en el de la Cárcel de Corte, hubo de admitir que el alias le iba que ni pintado.

Se trataba de una jaula enorme donde casi trescientos hombres ocupaban un espacio destinado a no más de setenta. Arracimados unos contra otros y tirados en el suelo, languidecían allí a la espera de juicio. Muchos todavía vivos e incontables agonizantes asistían al progresivo deterioro de un elevado número de extintos y al consiguiente nacimiento de los gusanos que paría la muerte. Los que conservaban algún brío intentaban despejar el recinto acarreando los cadáveres y amontonándolos en un rincón hasta formar una pila funeraria que, muy de cuando en cuando, los guardias se tomaban la molestia de retirar.

La labor de descifrar si el corazón de un cuerpo inerte latía o había dejado de hacerlo demandaba un ímprobo ejercicio de adivinación debido a la oscuridad imperante. Ninguna candela iluminaba la pieza y esa negrura pertinaz e inalterable causaba tal claustrofobia a sus inquilinos que, antes de sufrirla, preferían pasar hambre. De ahí que, en lugar de consumir el tocino del rancho diario, lo usaran para engrasar jirones de su vestimenta, frotar trozos de argollas rotas en el muro de pedernal y así fabricar una luz precaria pero útil a la hora de identificar finados, contemplar a los que aún resistían e inspeccionar un entorno tan sórdido que la sensatez a menudo instaba a desistir de lumbres y sumirse de nuevo en las sombras.

Aquel osario gigante de techo abovedado no tenía ventanas. Ni siquiera barrotes que permitieran respirar un aire diferente y menos insalubre. El único puente al exterior era una puerta de hierro oxidado cuyo colosal cerrojo se descorría más para meter presos que para sacarlos. No había jergones, ni mantas, ni sillas... No había nada, salvo personas que ya no lo parecían y con tanta mugre en la cara que, cuando alguien prendía una mecha, apenas se les distinguía el blanco de unos ojos enajenados y vidriosos. Olía a la descomposición de los muertos y también a la de los vivos, porque las deposiciones de muchos brotaban diarreicas a raíz de una alimentación exigua e inmunda. Amén de encharcar el barro del pavimento, ese revoltijo de fluidos era el mejor aliado del calor fruto de tamaña concentración de desgraciados para generar una atmósfera opresiva y putrefacta consagrada a escupir fetidez sin pausa ni tregua.

Así penaba tan triste urbe de almas olvidadas, coleccionando días, semanas, meses e incluso años sin que nadie viniera en su busca para conducirlos ante el juez. Al final, perdían la esperanza y se abandonaban en el repetitivo vaivén de soles que solo traían lunas y de lunas que solo traían soles, pues ni los unos ni las otras llegaban con un funcionario que abriera la puerta y gritase su nombre. No obstante, en ocasiones ocurría. Un guardia comparecía, llamaba a varios reclusos y se los llevaba a la sala de audiencias. Ninguno regresaba. Los juzgaban y la sentencia dibujaba un ataúd en sus horizontes. La muerte se cernía sobre ellos y, ya fuera asestando un tajo rápido o succionándoles la vida gota a gota, acababa por cobrarse el tributo del mañana.

Y es que los fallos absolutorios no menudeaban entre los que únicamente tenían carne para vestirse. Su suerte ni importaba ni trascendía, y no importarle a nadie como ser humano era peligroso, pero como acusado en un pleito suponía el fin. La mayoría, culpables o no, terminaban encadenados al remo de una galera, sepultados en las minas de Almadén, transformados en badajos de horca o reducidos a cenizas. Rezase como rezase el tenor de los veredictos, todos espumaban en el mismo mar de luto y cuitas. Un número ínfimo de afortunados lograba esquivar tan aciagos destinos, aunque nunca con las costuras intactas, pues las sanciones leves tampoco cursaban piadosas. Azotes, torturas, linchamientos o vaciado de cuencas oculares integraban el surtido de lindezas que los aguardaba. También

la amputación de manos, pies, dedos, nariz, lengua, orejas o cualquier protuberancia hecha de piel susceptible de podar y exponer luego en plazas o glorietas para escarnio de su dueño y ejemplo del prójimo. En definitiva, los tribunales dispensaban muy parca misericordia a los humildes. Si no les escabechaban el cuerpo o los forzaban a explotarlo hasta desfallecer, se lo fracturaban, despellejaban o troceaban, pero no acostumbraban a dejárselo entero.

Juan se internó en una penumbra impenetrable. El tufo era tal que incluso él, habituado al hediondo hálito de la indigencia, frunció el ceño asqueado. Avanzó a tientas y, al poco, tropezó con alguien tendido en el suelo que, contra todo pronóstico, estaba dormido, no muerto. El violento despertar enojó tanto al afectado que, haciendo gala de una puntería envidiable, lanzó un puño a ciegas y acertó a estrellarlo en la nariz de Juan.

—Volved a patearme y os descrismo, imbécil —le gritó.

—Volved vos a tocarme un pelo y os fabrico una flauta en el gaznate —replicó el chico antes de propinarle un soberbio puntapié en las noblezas, golpe que consiguió atinar gracias a una débil luz que alguien había encendido nada más intuir pelea.

—¡Hideputa! —rugió de dolor el exaltado—. Ya te pillaré y entonces llorarás.

—No lo creo, maese —espetó Juan, que, pese a la terrorífica situación, se obligó a enterrar el miedo—. Me apaño mejor provocando lágrimas que derramándolas, de modo que procurad no hincharme los redondos porque quizá no sea yo quien pierda la guerra.

—¡Sellad el hocico! —reprendió el centinela desde fuera—. Otro parloteo y os calzo una horquilla en el cuello. ¡A todos!

Una calma tan densa como la negrura reinante embaló el lugar. De un empellón, Juan apartó a su rival, marchó adonde calculó hallaría la pared y, al localizarla, apoyó la espalda para deslizarse muy despacio hacia abajo hasta plantar el trasero en el suelo. De inmediato, sintió el charco sobre el que se había sentado y la repugnante humedad que le impregnó las calzas. Se percató entonces de que no solo estaba calado su tren inferior. La cara andaba en las mismas por culpa del llanto escalofriado que abría surcos cristalinos en la roña encostrada de sus mejillas. Acercó las rodillas al torso y se las abrazó. Nunca, ni en los momentos de mayor desencanto, habría

vaticinado tan demoledora curva en el transitar. No ignoraba que quien desobedecía la ley solía acabar padeciéndola, pero, como él llevaba años poniéndosela por montera sin consecuencias, jamás se planteó que un día la cuerda de su invulnerabilidad podía romperse. ¿De veras el camino terminaba allí? ¿En las profundidades de aquel limbo donde hasta el eco parecía amordazado? Probablemente sí, porque notaba el cimbreo cadencioso de la guadaña. Tensaba el aire. Lo erizaba. ¿Cuánto tardaría en incrustarle el filo? ¿Le daría un final lento o se apiadaría de él y aligeraría? ¿Le haría daño o le provocaría un desmayo antes de envolverlo en el terciopelo de la eternidad? Se encogió de hombros. ¿Qué importaba? Esa clase de cuestiones inquietaban en el universo humano, no allá donde la Parca instalaba a sus escogidos. En el país de los que fueron polvo y en polvo se convirtieron primaban otras preocupaciones y, si de algo no albergaba ninguna duda, era de que él ya se hallaba a medio camino entre el haber estado y el haber marchado.

Cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Al advertir que, izase o arriase las velas del rostro, la penumbra de alrededor ni un ápice alteraba su opacidad, se sintió más preso todavía. Apretó los labios resuelto a echarle arrestos y aguantar el tirón. Si le había llegado el tiempo de viajar al otro lado, perfecto; no rechistaría siquiera, pero, entonces, la muerte habría de esperar, porque ni de chanza expiraría en aquel infecto pliegue del abismo. El último suspiro sería su única impronta en la tierra, de modo que, o lo lanzaba al viento para darle ocasión de tremolar en libertad, o lo guardaría en algún meandro de esperanza hasta recobrar el azul del cielo.

Y así, determinado a no rendirse, se cruzó de brazos, apoyó la cabeza en la piedra y, con un río de lágrimas anegándole el semblante, se sumió en un sueño turbio y desazonado.

El chasquido del cerrojo y el herrumbroso lamento de los goznes truncaron el poco reparador descanso. Un grupo de guardias entraron y, mientras gritaban socarrones que traían el desayuno «para sus excelencias», avanzaron, algunos esquivando los cuerpos acostados de los que aún andaban somnolientos y la mayoría pateándolos. Acarreaban una marmita de metal corroído, varios sacos y antorchas llameantes. Les llevó un buen rato repartir casi trescientos cuencos de sopa aguada, pedazos de tocino rancio y un pan que parecía vivo, tal cantidad de lombrices lo reptaban. Cumplimentado el avituallamiento,

se retiraron prodigando las mismas gentilezas que durante el saludo.

Tras aquel breve lapso de luz, las brumas amortajaron el recinto de nuevo. Juan palpó a ciegas su escudilla y ya se disponía a beber el caldo cuando, de repente, alguien se la arrebató. Le siguieron el tocino y el pan. La voz del sujeto a quien la víspera había coceado por accidente se impuso sobre el barullo desordenado de sorbos, escupitajos, masticados, eructos y quejas a propósito del abominable sabor de las viandas.

—¿Acaso no os han enseñado modales, novato? —le increpó—. Los recién llegados deben ceder la manduca a los veteranos, así que la vuestra se la queda un servidor.

—Dadme mi comida o saldréis malparado —mascculló Juan, aunque, como no lograba distinguir al adversario en la negrura, se sentía francamente ridículo hablándole al aire.

—¡Huy, que me cago de miedo! —oyó decir al otro entre risotadas sardónicas que los demás corearon—. ¡A la orden! Presto os devuelvo la sopa. Aquí la tenéis.

En una segunda exhibición de su impresionante brújula interior, el rufián volcó el recipiente en la oscuridad y Juan notó que una cascada de líquido tibio le inundaba la cabeza. Sin detenerse a ponderar las escasas ventajas de granjearse enemistades en un lugar donde resultaba más entretenido matar que vivir, se abalanzó contra el hombre, a quien supuso justo enfrente, y lo derribó de un mamporro. El caído boqueó atónito. Se creía el único capaz de hacer diana a tientas y no imaginaba al joven dueño de la misma puntería. Eso, unido al bochorno de que le hubiese bastado un derechazo para batirlo, lo enfureció tanto que, tras soltar un aullido sobrecogedor, se incorporó y embistió al chico. Ambos iniciaron un combate encarnizado.

Reacios a perderse el espectáculo, el resto de reclusos se apresuró a prender jirones de camisa. Las improvisadas velas permitieron a los contendientes ubicarse y entonces la batalla cobró intensidad. Juan lanzaba puñetazos a un tipo igual de escuálido que él, pero ducho en el arte de pegar y poseedor de una destreza bélica muy superior a la suya. Lógico, pues, que al poco se encontrase tumbado boca arriba, con el enemigo a horcajadas encima de su estómago y bajo tal diluvio de golpes que pronto emergió en su rostro el arcoíris de la derrota.

Las añosas bisagras de la puerta crujieron y entonaron un ruido

estridente que fue incrementando el volumen a medida que alguien empujaba la gruesa plancha de hierro. Como movido por un resorte, el rival de Juan se apartó de él mientras los demás soplaban sus cirios de tela y sebo. Al instante, las tinieblas recuperaron el trono y un silencio tenso e inquieto vino a inflamar la acritud de aquel despótico reinado.

—¿Se puede saber que sucede aquí? —inquirió el centinela, que, sin molestarse siquiera en iluminar la estancia, se limitó a chillarle a la penumbra—. ¡Estoy harto de vuestras cascaradas! Una más y empezaré a repartir candela.

La antorcha de la que había prescindido derrocó de nuevo a la negrura cuando un hombre cruzó el umbral con ella en la mano.

—¿Qué ocurre, Benítez? —le preguntó al centinela, que se cuadró en cuanto reparó en su presencia—. ¿Por qué los abroncáis?

—Porque han montado tal zafarrancho que las paredes retumbaban, señor alcaide. Les estaba advirtiendo que la próxima tendrá consecuencias.

—Bien hecho. O los mantenemos firmes o se nos desmandan. ¡Maldita caterva de mandrias! Fuera delinquiendo y dentro holgando. ¡A ver si la judicatura aparca la burocracia y les da su merecido de una buena vez!

—Por el legajo que traéis, intuyo que alguno lo recibirá en breve —dijo el centinela.

—Y no erráis, aunque apenas suman una veintena —confirmó el alcaide, que, lejos de mostrar alegría, resopló ofuscado—. Encima esta tarde ingresarán otros tantos, de modo que lo comido por lo servido, y así no avanzamos. A las minas de Almadén los mandaba yo a todos. En lugar de pasarse las horas muertas apoltronados y viviendo de bellota a nuestras expensas, que los pongan a extraer azogue para mayor gloria del Imperio. Al menos aportarían algo a la sociedad, porque ya me contaréis la bondad de tenerlos aquí día tras día y mano sobre mano. En fin, centrémonos en lo que nos compete y dejemos esos problemas a quienes su buen parné se agencian por lidiarlos, que mi estreñido sueldo no merita exprimirse el magín más de lo estrictamente indispensable. Coged la tea y alumbradme el papel. ¡Condenados escribanos! No hay cristiano que descifre su endiablada letra. ¡Menuda birria de caligrafía! Un niño de teta maneja la pluma mejor que ellos, ¡mal rayo calcine al gremio entero!

En estos soliviantados términos concluyó el soliloquio y, en tanto

le endilgaba la antorcha al centinela, se dirigió a los presos a voz en grito.

—¡Atención! Voy a nombrar a varios de vosotros. Los convocados deberán acercarse a mí. De uno en uno, en orden y sin alborotos, ¿entendido?

Llamó entonces a dos alguaciles que esperaban en la galería exterior.

—¡Santos! ¡Bañuelos! Traed la cesta de grilletes e id colocándolos a los que se manifiesten. Benítez, aproximad más la llama, ¡caramba! No veo un carajo.

Cuando los tres subalternos estuvieron preparados, el alcaide empezó a recitar nombres. Uno, dos, tres, cuatro… El duodécimo impactó en Juan como un cañonazo. Era el suyo. Comenzó a levantarse, pero, en cuanto su adversario de pelea, que se hallaba al lado, reparó en ello y comprendió que la distracción de jeringar al nuevo agonizaba, se encabritó de pura frustración y, tras agarrarle de la manga, le clavó las uñas en el brazo.

—Pronto abandonas el nido, pajarito —le susurró—. ¡Lástima! ¡Habría disfrutado tanto contigo! Da gracias a tus ángeles. Acaban de salvarte la vida.

—Quizá te la han salvado a ti —rebatió Juan, que no dudó en devolverle el irreverente tuteo—. Ahí te quedas, capullo. Continúa bufando al viento, que el menda se va con él.

Mitad contento de dejar atrás aquel averno y a sus demonios, mitad aterrado ante el que de seguro le aguardaba ahora, se soltó el brazo de un tirón y caminó hacia el alcaide.

Cuando los alguaciles hubieron aherrojado y puesto en fila india a veinte presos, los instaron a circular. A trompicones y trastabillando, atravesaron varios corredores y subieron un montón de escaleras. A medida que ascendían, el olor mejoraba y el entorno también. El pedernal ceniciento devino en yeso blanco, el fango del suelo se convirtió en piedra noble, y la bóveda del techo perdió su claustrofóbica curvatura. Al final, recalaron en una estancia de mobiliario austero, aunque, al lado de la zahúrda donde habían estado pudriéndose, a los cautivos les pareció digna de un marqués. Se trataba de un vestíbulo con cinco grandes puertas de doble batiente que daban acceso a las salas de audiencia seleccionadas para celebrar los juicios de aquella mañana.

El de Juan duró poco, y eso que el reglamento se respetó a renglón exacto. El fiscal y el abogado de pobres formularon sus respectivos pliegos de cargos y descargos, se aportó la documentación pertinente y, cuando los tres magistrados que componían el tribunal declararon satisfechos los formalismos, uno de ellos tomó la palabra.

—Vista por nos, jueces que lo somos de las tierras y señoríos de Castilla, la causa criminal por robo alevoso e intencionado cursada a instancia de don Antoine-Joubert de Croissy et Gramont, embajador por título y mérito del rey de Francia y Navarra, contra Juan de la Calle, aquí presente, vecino de la villa de Madrid, vagamundo, de conducta hasta ahora ignorada y nunca antes procesado, y, habiendo quedado probada la perpetración del delito e identificado su autor en la persona del acusado, debemos decretar y decretamos que sirva en la Armada Real de las galeras de España durante diez años como galeote de boga y remo sin sueldo. Así reza nuestra sentencia. Que su letra se guarde y ejecute para castigo del penado y ejemplo de otros. Quien tal hace que tal pague.

Pese al mazazo que le supuso escuchar el veredicto, a Juan se le escapó una sonrisa. La cosa tenía guasa. Había cometido las camandulerías más rastreras e incluso traicionado a Alonso con el único propósito de eludir aquel destino y, de todas las condenas posibles, justo esa le caía. La cárcel del mar. ¡Qué bonita metáfora! ¡Y tan paradójica! El océano representaba la libertad y hete aquí que sería en su abrazo donde la perdería. Hubo de admitir que por una vez la justicia era justa. Tras comportarse como el peor de los amigos, merecía el infierno y, si todavía no le había llegado la hora de ingresar en el del fuego eterno, le parecía razonable iniciar la expiación de sus pecados en el del agua. Al fin y al cabo, siempre quiso volar y no se le ocurría mejor forma de torturar a un pájaro que encadenarlo bajo un cielo que no podría surcar.

La voz del juez lo sacó de su abstracción.

—Agradece a tu abogado su desempeño, muchacho. Conforme a la ley, tu crimen se paga con la amputación de manos y nariz, pero el denuedo de la defensa ha persuadido a este tribunal de conmutar esa sanción por otra que te dará la oportunidad de contribuir a la gloria del Imperio en lugar de languidecer a su costa. Y considérate afortunado. Si bien la pena de galeras siempre lleva asociada la de azotes, tu falta de antecedentes te ha salvado de ese padecimiento

añadido. ¡Alguacil! Encerradlo en el calabozo de galeotes en tránsito. Contándole a él, hemos llegado a los diez que exige el Consejo de Guerra para financiar su traslado a Toledo. Según los informes, allí hay diez más. Reunidos los veinte, podremos enviarlos a Málaga y entregarlos al capitán general de galeras.

Aunque la nueva mazmorra no distaba mucho de la primera, al menos tenía antorchas, tan solo nueve habitantes y ningún cretino como el que había dejado la cara de Juan hecha un cuadro. El chico no disfrutó en exceso de aquellas mieles, sin embargo, porque al tercer día les raparon el cabello y la barba, les colocaron una argolla en el cuello y les esposaron las extremidades. Luego los ensartaron en una collera y los condujeron al exterior, donde un contingente de alguaciles armados, unos a caballo y otros a pie, los aguardaba para partir rumbo a Toledo.

Después de un paseo nada apacible debido a los huevos podridos, esputos e insultos que la gente lanzaba a los condenados, la comitiva alcanzó el matadero y salió a campo abierto. Allí esperaban un capellán, un barbero, el cocinero y un galeno. A lomos de sus borricos, los cuatro se encontraban junto a una docena de carros que ejercerían de iglesia, peluquería, cocina, despensa, dormitorio de oficiales y hospital de presos.

Cuando el grupo recién llegado se sumó a semejante aglomeración vehicular y humana, se organizó tal balumba de personas, animales y ruedas que el lugar se convirtió en un circo. El ajetreo agitó incluso el polvo de la pista y una densa nube color canela envolvió el frenesí inherente a los prolegómenos de un largo viaje.

Tras un rato de nervios expresados a berridos, el capitán logró coordinar tamaño caos y, en cuanto verificó que cada cual estaba donde le correspondía, emitió un potente silbido. De inmediato, como procesión al toque de carraca, la caravana empezó a moverse. El estridente arrastrar de cadenas se unió al crujido de las tartanas, a los relinchos y rebuznos de las monturas, a las risas, comentarios y chascarrillos de los custodios, a los jadeos, suspiros y lamentos de los custodiados... En definitiva, una orquesta de vida que, paradójicamente, interpretaba el adagio de la muerte porque ninguna cosa distinta hallarían en el mar muchos de los protagonistas de aquella diáspora. Eso si no perecían antes, pues el periplo previo, realizado a pie y en pésimas condiciones, era una espuela formidable

para la guadaña.

El perfil de la Villa fue difuminándose en la lejanía hasta desaparecer. Juan miró atrás. Se acordó de los días en que Mateo planeaba huir de los crueles inviernos madrileños y refugiarse en el cálido clima del Guadalquivir. El recuerdo le produjo tal desazón que, cuando de nuevo volvió la cabeza al frente, trastabilló y cayó de rodillas. La fila no se detuvo a esperarle ni, mucho menos, a prestarle ayuda. Al contrario. Los de delante le tiraron del cuello, los de detrás lo empujaron, y un guardia le ordenó levantarse sin escatimar ni en gritos ni en palos. Sumido en una nostalgia más hiriente que los golpes, obedeció a trompicones y reanudó la marcha con un velo de lágrimas en los ojos. ¡Cuán extravagantes resultaban los caprichos del destino! Era Mateo quien se proponía viajar al sur, no él, pero ahí estaba: en ruta. Al menos, honraría el último deseo de su amigo. De una forma bastante lúgubre, ¿a qué engañarse? Sin embargo, pensarlo desde esa perspectiva le destensó el corazón.

Llegados a Toledo, recogieron a los galeotes que aguardaban en los calabozos de la Posada de la Hermandad y cruzaron el puente de San Martín para acampar extramuros de la ciudad. Al alba, partieron de nuevo. Recorrieron las siete leguas que los separaban de Orgaz y pararon a almorzar en uno de los múltiples olivares que verdeaban la zona; aunque muy verdes no lucían debido a una de las plagas de langostas que con frecuencia asolaban los cultivos de aquellas latitudes. Luego continuaron otras dos leguas hasta Los Yébenes y allí, en la venta de Guadalerzas, hicieron noche.

A partir de este punto, tomaron el Camino Real de la Plata, el más habitual para ir de Castilla a Andalucía y también denominado «de las Ventas» a raíz de las muchas existentes a lo largo del trazado. A caballo o en carruaje, se cubría en unas diez etapas, pero la multitud que integraba la expedición, el lento ritmo de los reclusos y las severas medidas antifuga adoptadas por los guardias demandarían un mínimo de quince.

Comenzó así un discurrir de agotadoras jornadas consistentes en andar demasiado, comer mal y descansar peor que no tardó en desollar los pies y las fuerzas de los convictos. Aguantaron bien mientras las llanuras de la meseta manchega les facilitaron el avance. Superaron sin percances las localidades de Fuente del Fresno, Malagón, Fernán Caballero y Peralvillo, entraron en Ciudad Real,

cruzaron Caracuel y desembocaron en Almodóvar del Campo, donde pernoctaron en la venta de la Coja. Los problemas surgieron después, cuando, pasadas las agradables dehesas que sombreaban el valle de Alcudia, los crestones y picachos circundantes vinieron a empinar el terreno. Muchos se mareaban o se detenían faltos de un resuello que los fustazos de los centinelas les impedían recobrar, y no pocos sufrían vahídos e indisposiciones graves. El tórrido calor no concedía ni respiro ni alivio y la desnutrición tampoco ayudaba. Aunque atravesar Los Pedroches ya les supuso toda una gesta, el desafío de Sierra Madrona dio de lleno en los vigores de cinco. Dos de ellos enfermaron y tres fallecieron de un colapso repentino.

No obstante las durísimas condiciones del viaje, Juan conservaba la entereza. Tenía el cuerpo molido, pero la entelequia de estar rumbo a cumplir la voluntad postrera de Mateo le generaba adrenalina suficiente para no dejar de mover las piernas. Cada paso le acercaba a su meta; cada huella se la prometía. Lo iba a conseguir.

Así, depauperados sus compañeros y robustecido él, llegaron a Córdoba, donde solo reposaron una noche antes de partir hacia Linares, Martos, Baena, Lucena y Antequera. Cuatro demoledores días después, una tarde de finales de septiembre, los cientos de viñedos que, próxima ya la vendimia, mapeaban el valle del Guadalmedina festonearon de sarmientos y racimos el derredor. A lo lejos apareció el monte Gibralfaro y las dos alhajas que lo enjoyaban de arriba abajo: en la cumbre, la antigua fortaleza andalusí, y, en la falda, el palacio de la Alcazaba. Fue entonces cuando, entre riscos y colinas, la bella ciudad de Málaga se asomó al balcón de la lontananza.

Primero condujeron a los reclusos a la cárcel municipal, sita en la plaza de las Cuatro Calles y justo enfrente de la mítica fuente de Génova. Allí, en una estancia diminuta e infrahumana, los tuvieron apelotonados, con hierros hasta en los dientes e incomunicados durante dos días, al cabo de los cuales volvieron a sacarlos y los trasladaron al puerto.

De reciente y todavía inacabada construcción, era este el corazón de Málaga y, a la vez, la espada que a menudo la desangraba. No en vano igual daba entrada a la marina mercante, artífice de prosperidad y bonanza, que a flotas militares, portadoras de venturas o desventuras según trajeran paz o guerra, que a barcos piratas, fuente invariable de calamidades, pues asaltaban las playas y secuestraban a

todo hombre, mujer o niño que se les cruzase para luego venderlos como esclavos.

La hilera de presos franqueó los lindes del recinto a las nueve de la mañana. Al menos, ese número de veces doblaron las campanas de la iglesia de Santiago y la de los Santos Mártires, coreadas por el golpeteo de cinceles y martillos que se oían en la Encarnación, la esplendorosa catedral empezada hacía más de un siglo, pero aún pendiente de finiquitar.

El muelle parecía el escenario de un corral de comedias con una batería de galeras, bergantines y fragatas como telón de fondo y un hervidero de gente que, en frenético movimiento, ocupaba el proscenio. Los pescadores remendaban redes deshilachadas, el gremio marinero desembarcaba presto a abrazar una botella o las curvas de alguna meretriz en los antros de alrededor y sus superiores se dirigían a resolver asuntos oficiales u oficiosos. Decenas de viajeros seguidos de criados que acarreaban el equipaje buscaban su barco, los ambulantes les ofrecían cachivaches «imprescindibles si deseáis adaptaros a los trastornos de la mar sin echar los higadillos» y los pícaros los asediaban pidiéndoles caridad o robándosela. Alpargateros y cordoneros despachaban alpargatas a granel, pues era el calzado favorito de los ribereños; los polvoristas acudían a las atarazanas e inspeccionaban las remesas de pólvora fabricada en los abundantes molinos de la comarca, y los estibadores cargaban y descargaban cajas repletas de mercadería. Pañoleros, toneleros, artilleros, arcabuceros, albañiles, artesanos… El desfile de personas era interminable; el olor, muy característico, y el jaleo, ensordecedor. Solo el sonido de las olas, su espuma proyectando destellos áureos bajo el sol y el canto de las gaviotas daban una pincelada de placidez a aquel cuadro anárquico e incandescente de tonos arena y marco de sal.

Pero no fue el vesánico aspecto del muelle lo que descabaló a Juan, sino lo que había más allá. El mar. Cuando sus ojos se posaron en él por primera vez, parpadearon desorbitados. Jamás había estado frente a un paisaje tan impresionante y dudó que volviera a disfrutar de un espectáculo siquiera similar. Aquella exuberancia azul que reflejaba el cielo en su lecho y lo ondulaba con el perezoso vaivén de la marea le exaltó el espíritu. Era consciente de que ningún nirvana hallaría en ese espejo inmenso; que allí sufriría, sangraría, se descompondría, desfallecería o, a lo peor, fallecería. Si bien tenía muy

presente todo eso e imaginarlo le acogotaba de tal forma que creía llevar sobre los hombros el peso del mundo, la emoción de saber que ya no lo abandonaría sin haber visto el mar le hizo sentir afortunado. Miró las nubes que algodonaban el firmamento y en el contorno de una le pareció distinguir el rostro de Mateo. Una sonrisa le iluminó la expresión al pensar que el chico había querido asistir a su bautismo marinero y, convencido de que no lo desampararía en tan trágico lance, soltó un suspiro de alivio. Daba igual de qué lado cayera la moneda. Si salía cruz y moría, buscaría a Mateo en alguna voluta de la eternidad y no volverían a separarse. En cambio, si obtenía cara y lograba resistir, se reuniría con Alonso en Madrid y le ayudaría a restaurar el honor de los Castro. De un modo u otro, curaría los quebrantos de su condena refugiado en lo único que nunca le había defraudado: la amistad.

Ante esa perspectiva, las cuitas que le esperaban dejaron de atemorizarle. Y no le vino mal, pues estas no tardaron en sucederse. Comenzaron cuando los guardias guiaron a la cuadrilla de forzados a una caseta ubicada en un lateral del muelle, donde los desvistieron completamente y un médico los examinó hasta los más íntimos recovecos al objeto de detectar enfermedades contagiosas e impedir una epidemia a bordo. A continuación, les rasuraron de nuevo el pelo y la barba, vejación a la que habrían de acostumbrarse porque se realizaba de manera quincenal para prevenir piojos y también para favorecer la identificación en caso de fuga. Luego les tatuaron en el hombro las letras GAL de «galeote». Cierto que eso los denigraría incluso tras recobrar la libertad, pero la aguja que, poro a poro, iba escarificándole la piel sin anestesia ni dulzuras dolió tanto a Juan que los estigmas del futuro quedaron en el plano de las menudencias. El asunto empeoró cuando le escanciaron vinagre y sal en la herida para que no se infectara y después se la taparon con una cataplasma de aguardiente que le hizo ver las estrellas.

Tambaleante a causa del martirio sufrido y todavía en cueros, lo colocaron en una fila compuesta de hombres igual de pálidos y desnudos que él donde dos agentes lo inscribieron en el Registro General de Penados. Convertidos oficialmente en galeotes, les entregaron la «ropa del rey», denominada así porque la financiaba la Corona. Incorporaba dos camisolas de paño, dos calzones de lienzo, una almilla, un bonete rojo, un capotillo para abrigarse, dos pares de

alpargatas y un zurrón. Aquel ajuar ahora nuevo e impoluto devendría en pingajos pútridos y apestosos a no mucho tardar, pues solo cinco líquidos lo mojarían: sudor, vómito, saliva, lluvia y mar. Además, no se renovaría nunca, de modo que debía durarles hasta marchar del barco o del mundo.

Tras conminarlos a calzarse la indumentaria, los congregaron en un barracón de una sordidez indigerible donde aprenderían ciencia náutica y, en concreto, la técnica del remo. Se encargaron del adiestramiento dos cómitres jubilados a quienes el retiro había obligado a inhibir sus violencias y tanto exprimieron la oportunidad de desfogarlas en la espalda de los novicios que no dejaron una sin marcar. Juan, que tampoco escapó a la hojaldrada colectiva, no cesaba de maldecirlos en silencio y ahí, en ese aluvión de exabruptos brotados de su boca, halló el coraje preciso para no desfallecer.

La formación se efectuó en una vieja galera que languidecía en un dique con más fango que agua, circunstancia que dificultaba enormemente la ya torpe boga de los alumnos y auspició un prolijo festival de correazos. Por suerte o por desgracia, según se mirase, el curso apenas duró cinco días. Era un período del todo insuficiente para aprender cualquier cosa, mucho menos la profesión de marino, pero, como las embarcaciones asignadas a los forzados debían partir, aquella infausta promoción se licenció sin tener aún ni oficio ni, desde luego, beneficio.

Una mañana varios guardias entraron en la nave donde, encadenados a la pared, hacinados y en el suelo, dormían o eso intentaban hacer. Sin ahorrar patadas, zarandeos e insultos, les ordenaron espabilar y ponerse en fila. Asomaron entonces siete individuos de feas trazas y peor talante que comenzaron a pasearse entre ellos con gesto escrutador. Por los ropajes azules, pertenecían a la Marina, pues ese color lucía el uniforme de la Flota Real, y el corbacho que sostenían en la diestra indicaba su rango. Eran los cómitres de las galeras necesitadas de remeros y, cada vez que alguno señalaba a un preso, los alguaciles lo separaban de la hilera y lo sacaban al exterior.

Juan comprendió que se los estaban repartiendo y aguardó expectante. Al poco, una palmada en el todavía supurante tatuaje le acalambró el brazo. De inmediato, un agente se lo cogió haciendo caso omiso a su crispada mueca y lo condujo fuera. Lo había seleccionado

el cómitre de la San Nicolás del Sagrado Sacramento, una de las múltiples galeras que surcaban el Mediterráneo de marzo a diciembre. En enero y febrero, esta clase de navíos permanecían varados, pues su baja borda no los protegía de las gigantescas olas que una tormenta de invierno levantaba y encima resultaba complicado gobernarlos cuando los vientos arreciaban.

La San Nicolás del Sagrado Sacramento era una galera al uso. Tenía eslora larga, manga estrecha, una única altura que daba tejado a la bodega y, en general, unas dimensiones exiguas considerando los casi trescientos hombres que, entre remeros, oficiales y marinos, componían la tripulación. La proa se estiraba a modo de nariz gracias a un puntiagudo espolón, y el castillo de popa albergaba una tribuna de dos pisos desde donde los altos mandos ejercían la comandancia. Una plataforma central recorría la nave de canto a canto. Era la crujía y servía de paso a la tripulación, en especial, al cómitre. Este sujeto se encargaba de gobernar a la «chusma», tecnicismo aplicado al conjunto de remeros, los cuales se repartían en unos bancos alineados dentro de un foso dispuesto en un nivel inferior a la crujía, de modo que sus hombros quedaban a los pies del cómitre, y su espalda, expuesta a la fusta de este.

Había veintiséis bancos en cada banda con espacio para tres hombres, que, amén de asiento, también compartían remo. En ese momento todos los puestos estaban ocupados y formaban tal amasijo de cabezas enfundadas en birretes rojos que, desde arriba, parecían un bosque en otoño. Solo un par carecían de inquilino. Uno correspondía a la quinta hilera de estribor. El segundo se encontraba en la décima fila a babor y pegado al costado del navío, circunstancia que lo convertía en el menos resguardado de los tres. Una lona entoldaba la crujía y, aunque tenía anchura suficiente para alcanzar a los remeros, no lo hacía. Los bordes de la tela lucían tan viejos y desgarrados que solo aprovechaban al bogavante, como se llamaba al situado en el extremo de la pala, y, de refilón, al intermedio, pero dejaba desguarnecido al tercero o «tercerol», el cual sufría los rigores de la intemperie.

La suerte de Juan andaba despistada porque el cómitre le asignó justo esa plaza. Tampoco resultaba extraño. Cierto que deparaba desventuras climatológicas, pero, al tiempo, no requería demasiada experiencia. El bogavante, en cambio, sí la necesitaba, pues a él

competía coordinar el movimiento y buen ritmo del remo.

Cuando, empujado por un guardia, Juan avanzó a través de la crujía, estalló un tiberio de gritos procedentes del resto de bogantes, que, entre groserías y protestas, solicitaban la adscripción de los nuevos a sus bancos para renovar así los gastados bríos de los compañeros de pala. El silbato del cómitre aplacó la algarada, aunque fueron los latigazos en el lomo de algunos los verdaderos artífices del mutismo acoquinado que se apoderó del recinto.

—¡Silencio! —chilló el cómitre sin dejar de sacudir el corbacho a derecha e izquierda para luego dirigirse al guardia que escoltaba a Juan—. He dicho que este va a la vacante de la décima tosta y se acabó.

En el argot marinero, la «tosta» era el banco de una galera y, a la altura de la indicada, Juan se internó en ella cuidando de no pisar ni al bogavante ni al del centro. Achantado y tan nervioso que tropezó varias veces, en cuanto llegó al hueco del fondo y se sentó, un mozo de alguacil le puso una manilla de hierro en el tobillo izquierdo. Tras ajustársela a martillazos, la enhebró en la misma cadena que sujetaba a los otros dos y que estaba soldada al entablado de la cubierta, detalle que inquietó a Juan porque, en caso de naufragio, él y sus hermanos de escaño se hundirían con el barco.

El cómitre se situó en medio de la crujía. Era un tipo obeso, de mollas sebosas y rictus hosco cuyos pulcros ropajes azules perdían elegancia en el desaliño que rezumaba su persona. Tenía la piel del rostro acartonada a causa del salitre y renegrida de tanto sol, una dentadura parduzca con un colmillo de oro por rey, la nariz roja e hinchada fruto de una descomedida afición al vino, el pelo largo, escaso y grasiento recogido en una coleta esmirriada, los brazos tan gordos como flácidos y más mugre que carne en las uñas. Del cuello le colgaba un silbato y en la mano sostenía el látigo. Ambos elementos constituían su material básico de trabajo: con el uno marcaba el ritmo de boga y con el otro atizaba a quien no lo siguiera.

Tras un buen rato escrutando descaradamente a Juan y al otro galeote recién llegado, les soltó una muy poco halagüeña arenga a modo de saludo.

—Bienvenidos a la Flota de galeras de su majestad y, en particular, a la San Nicolás del Sagrado Sacramento, perteneciente a la escuadra de don Fadrique de Toledo y Osorio, capitán general de Mar

y Tierra y, a su vez, capitán general de la Armada del Mar Océano —cacareó de una forma tan altanera y campanuda que el titular de todas esas dignidades parecía él y no el mentado—. A partir de ahora, este bajel será vuestro hogar; los compañeros de banco, vuestra familia, y el remo que compartís con ellos, una misión conjunta que, si no funciona en matemática sintonía, os reportará las mismas cuitas al margen de quién de los tres la entorpezca o ralentice. Encadenados a esa grada viviréis, dormiréis, comeréis y, si vuestro intestino se pronuncia a destiempo, también descomeréis porque los mozos de alguacil solo os liberarán para defecar en los horarios establecidos. ¿Veis el pingajo que pende del palo mayor?

Juan y el otro novato miraron hacia el lugar señalado, donde, atado a una cuerda, un pene sanguinolento y putrefacto se columpiaba al albur del viento. Una arcada asaltó a Juan, pero intentó mantener la expresión hierática. Lo consiguió a medias, porque el desenfrenado baile de su nuez al tragar saliva, asco y miedo le delataba.

—Es del último que pretendió escapar —continuó el cómitre—. Nuestro código penal resulta de lo más peculiar e igual serramos vergas que narices, orejas, lenguas... En definitiva, cualquier trozo de carne que no inhabilite para remar. Os recomiendo, pues, que, si queréis terminar vuestra condena de una pieza, procuréis desechar los planes de fuga y comunicarme aquellos de los que os enteréis. Y sabed que el truco de autolesionarse para esquivar la boga no redundará en vuestro provecho. El castigo oscila entre la horca y el amarre de brazos y piernas a cuatro galeras que avanzarán en dirección opuesta hasta descuartizaros. Espero que os haya quedado claro que aquí, en la Marina, no nos andamos con bambarriadas de bujarrón. Portaos bien y sufriréis lo imprescindible; creadme problemas y os inscribiré el epitafio en la espalda a correazos, pero ¡ay de vosotros como tratéis de huir! porque, entonces, palabra de cristiano que os construyo un trono en los mismísimos feudos del dolor.

En ese momento el vigía de mañana, que se encontraba apostado en el castillo de popa, tocó una campana claveteada en la pared del camarín de comandancia. El cuerpo de centinelas debía hacerlo cada treinta minutos durante sus respectivos turnos, noche incluida, en aras de controlar el tiempo y efectuar los cambios de guardia.

—Una de la tarde —anunció mientras giraba un reloj de arena y entonaba la oración que siempre aliñaba esta liturgia—. A Dios

pidamos que buen viaje hagamos, y a la que es madre suya y abogada nuestra, que nos libre de tormentas.

Luego se dirigió al marinero que almenaba el vértice opuesto del buque y se puso las manos en los flancos de la boca a modo de altavoz.

—¡Ah de proa! ¡Alerta y vigilante!

—¡Hora de mimar las muelas! —sentenció el cómitre cuando el reemplazo de oteadores concluyó—. ¡Pañoleros y despenseros! Repartid la vitualla.

Una barahúnda de cacerolas, baldes y calderos emergió del habitáculo donde se almacenaban los víveres y se preparaba la comida. A continuación, tres grumetes empezaron a escanciar en las escudillas que les tendían los remeros un cazo de menestra elaborada a base de habas, agua, aceite, vinagre y sal. Después distribuyeron porciones de bizcocho, una torta de harina sin levadura que en absoluto meritaba aquel dulce nombre. Se cocía dos veces para alargar su conservación y, a raíz de ello, quedaba tan seca que se pegaba en la garganta, y tan dura que debía mojarse en el caldo so pena de perder los dientes. En ocasiones, garbanzos, guisantes, lentejas o arroz sustituían a las habas, pero la diversidad gastronómica terminaba ahí. El menú de la cena no variaba en exceso. Lo conformaba la llamada «mazamorra», una sopa repugnante fabricada a partir de trozos de bizcocho mohosos o de los pedazos rotos que de este se acumulaban en el fondo de los sacos de aprovisionamiento.

Calmadas, que no saciadas, las hambres, el capitán de la galera hizo acto de presencia y atravesó la crujía con el paso rimbombante de quien se sabe el gallo del corral. Su desfile fue ovacionado por todos, incluido un bien aleccionado Juan, al grito de «hu, hu, hu», pues así mandaba la tradición naviera recibir a las personas de alcurnia que subían a bordo. Tras susurrar algo al oído del cómitre y luego saludarle a lo militar, ascendió la escalinata que conducía a la tribuna de popa, donde ya le esperaba su consejo de oficiales.

—¡Atenta, tripulación! —voceó el cómitre—. Zarparemos al alba. El capitán decreta descanso hasta entonces.

La tarde discurrió fiel al reposo ordenado por la superioridad. Los esclavos y los forzados, todos maridados a sus bancos, bostezaban, haraganeaban o miraban melancólicos al infinito. Los buenas boyas, en cambio, se distraían en la taberna del buque ahogando el tedio en

vino y sus parcos haberes en timbas.

Esos eran los tres estamentos que constituían la chusma de una galera: esclavos, forzados y buenas boyas. Los primeros se compraban o caían prisioneros durante los combates y las incursiones en territorio enemigo. Había muchos de raza negra y también berberiscos, al revés de lo que ocurría en las flotas moriscas, donde los cristianos encaraban el mismo destino. Así, se daba la curiosa circunstancia de que, en el transcurso de una batalla, los remeros de cada bando anhelaban la victoria de las filas contrarias, convencidos de que, entonces, sus compatriotas los rescatarían.

Un esclavo no contaba los años que lo separaban de la libertad porque lo perpetuo de su condición se la había arrebatado para siempre. Los forzados, sin embargo, sí deshojaban el calendario. No en vano ellos purgaban un delito y, en cuanto cumpliesen condena, dirían adiós a aquellos malditos bancos. Los buenas boyas eran profesionales que, a cambio de un sueldo y rancho diario, remaban de manera voluntaria. De ahí que no llevasen grilletes, pudieran desplazarse por la nave a capricho e incluso desembarcar en puerto.

Juan dedicó el recreo a observar de soslayo a sus compañeros de grada. El del centro estaba encadenado a ella y bisbiseaba avemarías con los ojos cerrados. El bogavante pertenecía al afortunado clan de los buenas boyas y, reacio a prestar atención al novato, marchó a la taberna sin siquiera dirigirle la palabra. Aburrido, entiesó la oreja e intentó captar la cháchara de los de atrás, aunque la diversión se la brindó el de al lado porque, diligenciados sus rezos, se giró hacia él y se presentó.

—Me llamo Munio Cuevas. Añadiría que es un placer compartir banco con vos, pero mejor lo omito. Sonaría a guasa y ni mi situación ni la vuestra invitan a bromear.

—En verdad habría resultado más agradable compartir un pichel de vino que este infausto estrado —contestó el chico, compungido—. Juan de la Calle para serviros.

—¿Sois forzado o esclavo?

—Forzado. Le birlé la bolsa a un pez gordo y me han caído diez años.

—Yo no se la robé a nadie —suspiró Munio—. La obtuve de una dama rica y eso me permitió poner rumbo a las Indias en busca de aventuras. Por desgracia no hallé aventura, sino desventura. ¡En negra

hora cogí aquel barco!

—¿Qué ocurrió? ¿Os emboscaron los piratas?

—Me emboscaron, aunque no fueron piratas. Durante la travesía, celebrábamos partidas de naipes y un oficial de la tripulación le echó el ojo a mi faltriquera. Una noche, mientras dormíamos, me la afanó y luego se la enseñó al capitán. Denunció que le había desaparecido y que estaba entre mis cosas. Me apresuré a desmentirlo, claro, pero, como él era un preboste y yo no tenía aspecto de manejar tanto dinero, me juzgaron a mí.

—¡Maldito camandulero! ¡Os la jugó bien! ¿Y cuántos años os endilgaron?

—Quince. Ingresé en enero de 1621. Ya va para cuatro inviernos. ¿Quién me lo iba a decir? Trabajaba en las caballerizas de una familia de postín y gozaba de una existencia confortable. Pero, de repente, unas fiebres mataron a don Pelayo, mi patrón, y quisieron los malos duendes que su final propiciase el mío porque, cuando él subió al cielo, yo inicié mi descenso a los infiernos.

—¿Don Pelayo? —repitió Juan, cuyas alarmas se encendieron de inmediato—. ¿Os referís a Pelayo Valcárcel?

—¿Lo conocéis? —saltó Munio como si lamentase haber mencionado ese nombre.

—De oídas —esquivó Juan—. Era uno de los ilustres más prominentes de Madrid. ¿Acaso os despidieron tras su muerte?

—Algo así —replicó Munio, lacónico—. Disculpadme. No debo hablar de eso.

—Excusad vos mis huroneos —fingió recular Juan, pues en absoluto soltaría un cabo que intuía trascendental—. Atados a un remo como vamos a pasar los dos próximos lustros, vuestros misterios solo nos han de servir para echar un amable párrafo que nos alivie una miaja las tristezas, pero, si os incomoda, zanjamos el tema y solucionado.

Después de pensarlo un momento, Munio se encogió de hombros. ¿Qué importaba destapar lo acontecido? Doña Francisca no se enteraría y, de hacerlo, no podría fabricarle peor penitencia que la ya impuesta. Si estaba abocado a morir remando, cosa que no dudaba porque no aguantaría mucho más, al menos, se concedería el desahogo de revelar el secreto detonante de su tragedia.

—De acuerdo. Os lo contaré. Todo comenzó cuando Manuel

Encinas, otro criado de los Valcárcel, y yo firmamos la última voluntad de don Pelayo en calidad de testigos. Al poco falleció y, como la esposa pretendía ejecutar un testamento anterior que me figuro le convenía más, nos ofreció una fortuna a cambio de poner punto en boca y pies en polvorosa. Aunque éramos leales a don Pelayo, la codicia nos venció. Y he aquí ahora mi castigo: mover esta condenada pala de sol a sol mientras ansío una pronta muerte para dejar de sufrir. Ojalá le haya ido mejor a Manuel. Emigró a Murcia y de corazón deseo que la suerte no le haya pateado tanto como a mí.

Aunque mostraba el interés abúlico de quien solo busca sumergirse en los avatares ajenos para olvidar los propios, Juan no perdía detalle. En contra de lo que Munio imaginaba, le acababa de dar una valiosísima información a alguien directamente implicado en la cuestión y decidido, además, a evitar por todos los medios que se materializase su ruego de morir pronto. Juan lo necesitaba vivo. Ese hombre tenía la llave capaz de desmantelar la conjura de los Valcárcel y no cejaría hasta plantarlo delante de Alonso. Brindaría a su amigo la pieza clave para restaurar el honor de los Castro y, de paso, él vengaría a Mateo.

—¡Los pudientes me asquean! —resopló—. Se creen que nadar en guita los legitima a hacer y deshacer a su antojo.

—Desde luego, así se conduce doña Francisca —refrendó Munio —. Don Pelayo era buena gente, pero la parienta... ¡Uf! ¡Menuda víbora! Y Enrique, el hijo, ha salido a ella. Ambos maman de la teta del mal.

Ya abordaban el siempre entretenido pasatiempo de poner a caldo al prójimo y, en especial, al alto estamento cuando el tercerol de la bancada delantera se dio la vuelta. Era un fornido esclavo de origen turco. Aunque también le habían rapado, Juan se fijó en que conservaba un mechón de pelo. Después descubriría que se trataba de una dispensa concedida a los mahometanos porque estos creían que, al morir, los ángeles de Alá agarraban del cabello a sus feligreses para transportarlos al paraíso y difícilmente podrían remolcar a un trasquilado.

—Parece que mañana partimos a Cádiz —les susurró en tono confidencial—. Debemos trasladar a una dotación de soldados hasta Sanlúcar. Varios galeones atlánticos los llevarán luego a Cabo Verde. Allí se unirán a un convoy de guerra que zarpará a San Salvador de

Bahía, la capital del Brasil portugués. Los holandeses conquistaron esa plaza en mayo para acaparar el negocio del azúcar y vuestro rey ha resuelto apoyar a Portugal en la tarea de recuperarla.

Desanimado ante la horrible perspectiva de remar hasta Cádiz y, lo que era peor, pasarse una década haciéndolo de acá para allá, Juan respiró hondo. Se arrepintió en el acto de aquella instintiva reacción, pues el hediondo ambiente saturaba las narices más impávidas. Olía a sebo, alquitrán, brea y fluidos humanos. Un pestilente arroyo de meados encharcaba la cámara de boga porque, como no se desengrilletaba ni a forzados ni a esclavos cuando necesitaban aliviar la vejiga, estos procedían en su corto radio de acción. Por suerte, sí se les permitía hacer de vientre una vez al día a través de unas escotillas colocadas en proa, aunque a menudo el bamboleo del barco les impedía atinar y muchas evacuaciones no llegaban a salir de él. Encima, no todas las digestiones entendían de horarios y más de uno sufría intempestivos asaltos que terminaban en los calzones. A este catálogo de esencias se le sumaban el tufo de las ropas nunca lavadas, el de los cuerpos faltos de aseo durante meses o años, el de los constantes episodios diarreicos, consecuencia de tan deplorables condiciones, y el de las no menos habituales vomitonas. El aire resultaba abominable y ni ayudaban las brisas marinas, ni prosperaba el truco de frotar con romero el suelo, ya que ese fregado solo se efectuaba cada cuatro semanas. Tampoco rendía el perfume que los miembros de la comandancia esparcían en la tribuna de popa. Si hubieran usado fragancias ligeras, quizá habrían solucionado algo, pero las penetrantes que elegían, lejos de enmendar el inconveniente, venían a agudizarlo.

En un desesperado intento de evadirse, Juan se abismó en la contemplación del mar. La enorme patena de agua danzarina lo tenía embelesado y, convencido de que ese embrujo se rompería en cuanto empezase a padecer sus destemplanzas, quiso exprimir al máximo aquella apasionada pero efímera etapa inicial de todo enamoramiento.

Tras la cena, el capellán ofició la oración nocturna. La tripulación al completo, capitán incluido, rezaron a coro un padrenuestro y luego cantaron la Salve Marinera. Después uno de los grumetes recitó la jaculatoria con la que se finiquitaba la jornada.

—Dios nos procure buen viaje, señor capitán, señor maestre y compañía. Amén.

Cada cual se acostó en su respectiva y nada confortable cama. Forzados y esclavos se acurrucaron en el espacio adjudicado a los de su rango: el hueco existente bajo el banco que ocupaban. Allí, encadenados, apelotonados y al raso, soportaban los antojos del clima, la imperecedera humedad y las arremetidas de los mil parásitos que proliferaban en semejante muladar de suciedad e inmundicias. Hordas de bichos pululaban por la piel de los galeotes y dejaban su impronta en ella. Ronchas, eccemas y sarpullidos crecían como la mala hierba y provocaban tales picores que las hechuras de todos lucían más desgarradas que los harapos que las vestían. Las ratas ponían el colofón a esta desidia. Devotas incondicionales de la porquería y, en consecuencia, siempre presentes en aquellos vertederos flotantes, las había por doquier. Contaminaban la comida, chillaban y mordían mientras mozos y criados las tundían a escobazos. No obstante, también tenían adeptos. Algunos remeros a quienes ese infierno en vida había enajenado las ocultaban entre sus ropas para susurrarles ternuras, acariciarlas, darles pedacitos de bizcocho y, en definitiva, buscar un poco de humanidad en un sitio donde, aunque olía a ella en cada recoveco, ni estaba ni se la esperaba.

A pesar de que los buenas boyas tampoco se libraban de la embestida invertebrada, no padecían las cadenas, lo cual les permitía dormir en la crujía, bastante mejor que el triste nicho de un banco. Con todo, el hacinamiento no mermaba porque allí también pernoctaban los grumetes, los mozos y, en general, la gente sin galones. Los efectivos militares que viajaban a Cádiz se instalaron en el pañol de municiones, y los altos mandos, en sus camarines. Cierto que estos distaban un mundo del más humilde rincón palaciego, pero su techo, privacidad y hasta jergón eran la envidia de los afincados en el suelo.

La noche cayó, aunque su silencio no logró imponerse. La sucesión de ronquidos, jadeos ahogados de quienes se automagreaban en la soledad de sus pasiones, tarareos de los insomnes, ventosidades de unos y toses de otros componían un minueto desafinado, estrepitoso y tan relajante como un ejército de cigarras embravecidas.

Boca arriba bajo su banco, Juan torció la cabeza hasta alcanzar a ver el cielo y admiró el enjambre desordenado de estrellas que lo cuajaba. Una fugaz atravesó el firmamento.

—Dile a Dios que me lleve lejos de aquí —musitó con los ojos

llenos de lágrimas—. Lejos de este barco; lejos de esta vida. No lo resistiré. Sé que no podré.

Ya titilaba la aurora en el horizonte cuando el estruendo de una campana lo despertó. El mismo grumete de la víspera enunció las preces de la mañana.

—Benditas sean la luz y la santa Veracruz; benditos sean el Señor y la Santa Trinidad; benditos sean el alma y el Señor que nos la manda; benditos sean el día y el Señor que nos lo envía. Buenos días dé Dios a vuesas mercedes, caballeros de proa y de popa.

Distribuido y devorado el desayuno, consistente en bizcocho y agua, el cómitre recorrió la crujía con el gesto desabrido de quien vive enquistado en el mal humor.

—¡Atenta, tripulación! Remaremos a toda palamenta hasta los seis nudos. ¡Grumetes! ¡Arriad velas y levad el ferro! ¡Chusma! ¡Fuera ropa!

Forzados, esclavos y buenas boyas se despojaron de la camisa. Juan los imitó. Había aprendido el motivo de aquella demanda en el cursillo de adiestramiento previo. Debían bogar a velocidad máxima, denuedo que, a no mucho tardar, los bañaría en sudor y de ahí la orden de desvestirse. A continuación, aferró las agarraderas atornilladas al inmenso remo y comenzó a moverse al ritmo del silbato que soplaba el cómitre. Un pitido, una palada. Otro pitido, otra palada. Y otro. Y otra. Pronto el ruido del antipático instrumento se le implantó en el cerebro como una chicharra pertinaz. Pero lo peor vino después, cuando el primer correazo le arañó la espalda y el segundo se la desolló. Regresó entonces a los tiempos de palizas paternas y allí, en los amargos ecos de un hogar que nunca lo fue, se topó con sus fantasmas, siempre acechantes, en absoluto vencidos. El miedo, la impotencia, las llagas del cuerpo, la rabia en las entrañas…, aquella abrumadora sensación de desamparo y orfandad. Hoy igual que ayer, lloró. Al principio, de dolor; luego de una ira torrencial; al final, de pena y soledad.

Y así, entre un pífano recalcitrante, un látigo alérgico a la piedad y los lúgubres vientos del pasado restañando el presente, conoció Juan la cárcel del mar.

59

LA LLAVE

El 4 de septiembre de 1624, Alonso acudió al palacio de los Salazar para despedirse de don Rodrigo. El duque lo recibió en la biblioteca con el gesto contrito.

—Mucho me temo que vienes a comunicarme la inminencia de tu triste partida.

—Así es, aunque no puedo considerar triste algo que me tiene con la sonrisa en flor —contestó Alonso, radiante de alegría.

—En realidad, me refería a mi pobre persona —matizó don Rodrigo, que escondió la pena bajo una máscara de chistosa ironía—. Padecer de nuevo a Gonzalo en el ajedrez tras haberme enfrentado a ti es como pisar estiércol después de bañarse en rocío de mayo.

—Pensad en la satisfacción de volver a ganar. Ante mí, hincáis rodilla de continuo.

—Visto así, la cuestión no resulta tan sombría —rio el duque—. Y, a propósito de mejorar horizontes, mi oferta de ayudarte a ingresar en el colegio del Rey sigue en pie.

—Mi decisión de declinarla también. Os reitero que no exprimiré vuestros afectos para obtener prebendas que no me corresponden.

—¿Y si te dijera que sí te corresponden? —soltó don Rodrigo, llevado por un impulso incontrolable—. ¿Y si te dijera que me siento en la obligación de darte todo lo que soy y todo lo que tengo?

Alonso lo miró perplejo y luego respiró hondo. Últimamente, las charlas que mantenía con él lo sumían en un marasmo mental mayúsculo.

—Entonces, yo os pediría que me lo explicaseis —replicó, muy nervioso.

Incapaz de aguantarlo más, don Rodrigo ya despegaba los labios presto a confesar cuando la voz del pasado le retorció las entrañas para que echara el freno.

—Bueno…, gusto de… agasajar a quienes aprecio y, como sabes, tú integras ese pequeño elenco de elegidos —improvisó, rendido al imperio de su fuero interno.

Convencido de que no era eso lo que iba a decir, Alonso no le creyó. Barajó la idea de sonsacarle, pero el riesgo de apostar a esa carta resultaba excesivo. Igual se invertían las tornas y, en vez de formular preguntas, acababa afrontándolas. Y en absoluto le convenía otro interrogatorio del duque. Aquel hombre poseía una pericia extraordinaria para incitarle a relajar la lengua y prefería morir de curiosidad que en la hoguera.

—Os lo agradezco, pero abstenerse de mezclar afectos y dinero a menudo evita confusiones y un montón de problemas. El metal envilece las amistades y valoro demasiado la nuestra como para exponerla a semejante lance.

Tras emitir un suspiro de derrota, don Rodrigo agarró una bolsita de terciopelo que estaba encima de un bufetillo auxiliar.

—De acuerdo; no insistiré. Espero que, al menos, me aceptes este modesto obsequio.

—Si es modesto y es obsequio, será un placer —accedió Alonso, apocado.

Cogió el lujoso fardillo y extrajo un estuche de plata con motivos florales labrados y una cerradura tan minúscula que no se ajustaba al considerable tamaño de la caja. Aunque reparó en aquel detalle, no se dio cuenta de otro bastante más revelador: el repujado y la cerradura eran idénticos a los del relicario.

—Necesitarás esto para abrirlo —dijo don Rodrigo, tendiéndole una llave diminuta.

Alonso la introdujo en el cierre y alzó la cubierta. Sobre el tafetán azul que guarnecía el interior, encontró una pluma de cisne cuyo níveo color contrastaba con el intenso tono de su lecho. Al verla, el recuerdo de Sebastián le atenazó la garganta. Él solía guardar una igual en la escribanía y solo la utilizaba cuando rubricaba documentos públicos.

—Todo abogado atesora una pluma especial —señaló don Rodrigo—. Ojalá esta te merezca tan entrañable dignidad.

—Lo hará porque firmaré mi primera demanda con ella —musitó Alonso, a punto de echarse a llorar de emoción y nostalgia—. ¡Muchas gracias! Es… es… bellísima.

Se fijó en que la cara interna de la tapa llevaba cincelado el escudo de los Salazar y una inscripción.

—«La nobleza no reside en el apellido, sino en nuestros actos» —tradujo del latín, tratando de disimular la turbación que aquel texto le suscitaba—. El lema de los Salazar.

—Y el de un caballero de honor como tú —apostilló don Rodrigo.

—Me honráis, señor —balbuceó Alonso con el rostro arrebolado.

Don Rodrigo no perdía ripio de sus reacciones. Había estructurado de manera meticulosa cada pormenor del regalo para crear una alegoría de indicios que le permitiera expresar lo que no podía decir de viva voz y que, a la vez, brindase a Alonso la oportunidad de deducir por sí mismo lo que todavía debía ignorar. Cuando vio que la mano del muchacho se tocaba el relicario oculto bajo la indumentaria, sonrió. Estaba seguro de que, de una forma u otra, el colgante jugaba en su bando.

—La pluma me encanta —ensalzó Alonso, que, ajeno a las cavilaciones del duque, admiraba el conjunto entero—. Y el estuche no le va a la zaga. ¡Menuda filigrana! Aunque, considerando lo exiguo de la llave, me sorprenden sus dimensiones.

—Que no te engañen las apariencias —aseveró don Rodrigo en tono enigmático—. Un pequeño candado puede celar grandes secretos. Te contaré que el estuche no tenía cierre. Hice construir uno que solo cediese a esa llave.

—Entonces, ¿acciona otra cerradura?

—La de un joyero por el que siento un cariño inmenso —confirmó don Rodrigo, que intentaba escoger las palabras adecuadas—. Se lo confié a una persona y le pedí que, de estimarlo oportuno, me lo enviase de regreso. Yo conservé la llave, pero, como ya ha pasado demasiado tiempo sola, se me ocurrió maridarla a un nuevo cierre que, además, custodiase un objeto igual de especial que ella: la primera pluma de un abogado que anhela serlo. El estuche me recuerda mucho a ese joyero. También era de plata, exhibía un repujado similar y llevaba el escudo de los Salazar grabado en el interior.

—¿Y qué le sucedió? —interpeló Alonso sin captar la doble lectura del discurso ni entablar la menor relación entre el joyero y el relicario—. ¿Esa persona no os lo devolvió?

—Aguardé años a que lo hiciera y un día, casi perdida la

esperanza, descubrí que al final sí se decidió a mandármelo. Lo cursó con un… emisario que se encuentra a medio camino. He de armarme de paciencia. Se trata de un largo viaje y tardará.

—Pero, cuando os llegue, necesitaréis la llave y yo no estaré aquí.

—No te preocupes. Cuando el mensajero me lo entregue, tú mismo lo abrirás.

—¿Yo? ¿Y por qué he de abrir yo algo tan valioso para vuesa merced?

—Porque tendrás la llave —contestó don Rodrigo con estudiada indolencia.

—En ese caso, quedáosla. No me importa que el estuche esté cerrado. Al fin y al cabo, no utilizaré la pluma hasta dentro de un lustro.

—¿Y pretendes dejarla ahí confinada todo ese tiempo? —protestó don Rodrigo—. ¿No deseas gozarla y acariciarla mientras?

—Hablamos de una pluma, señor —bizqueó Alonso—. No es Venus hecha mujer.

—¡Para ti, como si lo fuera! Así que busca un lugar seguro donde guardar la llave.

Después de una breve reflexión, Alonso se sacó el relicario de entre las ropas. Considerando lo delicado de la cuestión, no le hacía demasiada gracia volver a mostrarlo a don Rodrigo, pero la llave era tan pequeña que, o se la colgaba del cuello, o la perdería. No obstante, sí se cuidó mucho de ocultar la inscripción trasera. El duque no había llegado a verla el famoso día de las casualidades y las causalidades y, aunque todo indicaba que sabía lo que ponía, mejor no remover el caldero, que bastante humeaba ya. Desabrochó la cadena y enhebró la llave. Esta se deslizó suavemente hacia abajo y, al aterrizar junto al colgante, se detuvo.

—Aquí no la extraviaré —afirmó de manera lacónica e intentando aparentar normalidad.

Contemplar el reencuentro del relicario y su llave tras casi dos décadas separados impresionó de tal forma a don Rodrigo que le llevó un buen rato reaccionar. La visión de aquel símbolo de amor sobre el pecho de su fruto lo dejó sin resuello. Aunque ni en la más disparatada fabulación habría podido adjudicar tan insólito desenlace a su particular alegoría de la verdad, no se le ocurría otro de mayor belleza. Tarde o temprano, Alonso caería en la cuenta de que la llave

encajaba en el relicario, lo abriría y, al toparse con dos mechones de pelo que de seguro le resultarían familiares, ataría cabos. Entonces acudiría a él y le demandaría unas explicaciones que, huelga añadir, no vacilaría en darle.

—¿Cuándo partirás? —inquirió, esforzándose en recobrar la compostura.

—En tres días.

—Te extrañaré de veras, muchacho.

Alonso lo miró titubeante. Aunque, pese a sus sospechas, había decidido no entregarle el relicario de momento, algo dentro le conminaba a no salir de allí sin haberle revelado un pedacito de su verdad. Rojo de vergüenza, se lanzó.

—También yo, su excelencia. Me gustaría..., bueno..., comentaros otra cosa. Cuando mi padre murió, eché mucho en falta una referencia paterna y así continué hasta que os conocí. Desde entonces, me siento menos... huérfano. Sois lo más cercano a un padre que tengo, don Rodrigo, y necesitaba decíroslo antes de marchar.

El duque hubo de tirar de toda su voluntad para mantenerse impasible.

—En ese caso, nos sucede lo mismo, pero al revés, porque yo te quiero como a un hijo —sentenció cuando consiguió hablar—. Y ahora esfúmate o terminaré llorando. Y un grande de Castilla jamás se derrumba ante nadie. No bien pongas un pie en Alcalá, comunícame tu paradero. Te quiero tener localizado, ¿entendido?

Cuando Alonso cerró la puerta, don Rodrigo se quedó mirándola con un enorme vacío en el corazón. Aún no se había ido y ya le añoraba.

60

CITA EN LA LUNA

El cielo de Madrid desplegaba una alfombra de estrellas sobre el torreón de los Soto de Armendía. Allí transcurrían las citas furtivas de Mencía y Alonso, y allí se habían reunido los dos aquella noche del 6 de septiembre, la última de Alonso en la Villa. Entre besos y dulzuras, intercambiaban amor mientras se prometían soñar el uno con el otro hasta que pudieran hacerlo juntos. Parecía un encuentro más; uno de tantos, pero no lo era. Al contrario. Ponía punto y final a una etapa.

—Animaos, os lo ruego —suplicó Alonso, consternado—. No soporto veros triste.

—¿Cómo no voy a estarlo? —gimió Mencía—. Vuestra marcha me produce tal congoja que se me corta la respiración. ¡Condenada justicia! La queréis más que a mí.

—A nadie quiero más que a vos.

—Entonces, quedaos conmigo.

—¿Y renunciar a desposaros? No, mi bella señorita. No cejaré en mi empeño de colocaros una alianza en el dedo. Quizá don Gonzalo acepte a un abogado prestigioso, pero nunca os entregará a un criado. He de medrar, Mencía. Por mí y también por vos. Es la única forma de construir un *nosotros*. De modo que alegraos. La Providencia nos brinda una oportunidad de compartir el futuro y la vamos a aprovechar.

—No me pidáis contentos —sollozó ella con el rostro hundido en las manos—. En estos momentos solo me nace llorar.

—Hay una frase infalible cuando de arrancaros una sonrisa se trata —rebatió Alonso en tono divertido—: os he traído un regalo.

Tal y como vaticinaba, el anuncio surtió un efecto fulminante. Toda fémina, ya fuera patricia o plebeya, pedía más que un fraile y Mencía no era ninguna excepción. Al instante, la joven alzó la cara aún bañada en llanto y empezó a palmotear alborozada.

—¿Un regalo? ¿Qué es? Dádmelo ahora mismo.

Alonso le tendió un pergamino enrollado y sujeto con una cinta de cuero. Cuando lo desdobló y vio el retrato que le había hecho Miguel, boqueó estupefacta.

—¡Virgen del Carmen! Pero..., pero... ¡Qué maravilla! ¿Lo habéis dibujado vos?

—¿Yo? De manejar así los pinceles, presto aparcaría a Justiniano. Es de un amigo mío. Estudia en un taller de pintura y le encargué que os retratase.

—¿Acaso me conoce? —interpeló Mencía sin apartar la mirada de sí misma—. De lo contrario, no me explico la exactitud de los rasgos. Me siento reflejada en un espejo.

—A mí también me dejó pasmado. Le bastó echaros una ojeada en la calle para fabricar este primor. Aunque tampoco me extraña. Tiene una retentiva portentosa. Suele prescindir de posados y siempre consigue una fidelidad impresionante.

—Ha firmado con una M y una V —repuso Mencía en tanto pasaba los dedos por ambas letras—. ¿Qué significan?

—Me figuro que la M procede de Miguel, pues tal es su nombre. En cuanto a la V, lo ignoro. No sé cómo se apellida.

—Así que Miguel V., ¿eh? —recapituló Mencía en actitud meditabunda—. Yo conocí a un Miguel cuyo apellido empezaba por V. Miguel Valcárcel, el primo de Enrique.

Al oír aquello, Alonso palideció. De inmediato recordó el testamento que Sebastián le había entregado la noche del arresto. Lo había leído y releído tanto que podría recitarlo de memoria. Ahí Pelayo Valcárcel admitía la paternidad de un bastardo llamado Miguel. ¿Se trataría del mismo? Le parecía imposible, pero...

—Habladme de él —solicitó, intentando mostrarse indiferente.

—Era sobrino de Pelayo Valcárcel, el padre de Enrique. Don Pelayo lo adoraba. No así Enrique ni doña Francisca, su esposa. Ambos le aborrecían porque tenía un carácter particular. Casi nunca abría la boca, alternaba poquísimo y, cuando lo hacía, o no despegaba los ojos del suelo, o los clavaba en su interlocutor como si estuviera diseccionándole. Contra todo pronóstico, Álvaro, Isabel y yo le caímos en gracia y, pese a su talante insociable, a nosotros también nos gustaba.

—Si lo mencionáis en pasado, deduzco que murió.

—¡No, no! Bueno, al menos, eso creo. Quien sí murió fue don Pelayo. Sucedió de una manera tan repentina que todos quedamos noqueados; en especial, Miguel. El pobre se sumió en tal depresión que echó la llave de sus aposentos y se evaporó del mundo. Álvaro, Isabel y yo le visitamos un montón de veces, pero se negaba a recibirnos. Doña Francisca nos comentó que la pérdida de su tío lo había enajenado y que no existía forma humana ni de consolarlo ni de sacarle del aislamiento en el que se había metido. Desde que don Pelayo pereció, en enero de 1621, no hemos vuelto a verle. Primero se confinó en casa y después, en la Semana Santa de 1622, cogió el portante.

Alonso ató cabos. En esa fecha se había celebrado el certamen de dibujo que culminó con el ingreso de Miguel en el taller de Pedro de las Cuevas y su traslado al hogar de este.

—¿Y adónde se fue? —inquirió, casi seguro de que su amigo era Miguel Valcárcel.

—Nadie lo sabe. Según doña Francisca, marchó sin siquiera despedirse de ella. Y lo hizo con lo puesto porque don Pelayo no le dejó en herencia ni un maravedí, cosa insólita considerando el enorme aprecio que le profesaba. Mi padre y don Rodrigo comentaron cuánto les había chocado aquella omisión.

Alonso encajó la mandíbula. Mejor que nadie sabía que esa supuesta omisión nunca había existido y que Enrique se lo había agenciado todo de manera ilícita.

—Pero ¿a qué se debe vuestro interés en Miguel? —curioseó Mencía, intrigada—. ¿Acaso me ha pintado él? Me asombraría mucho. No le recuerdo aficionado al arte.

—Describídmelo y os lo diré.

—Tenía mi edad, el cuerpo escuálido, ojos muy oscuros, la piel etérea de un fantasma y dos orejas descomunales.

Alonso petrificó el rostro en un hercúleo esfuerzo por ocultar el impacto de la revelación. Ahora sí que se despejaban las incógnitas. Su amigo era Miguel Valcárcel. Y, además, conocía a Mencía. De ahí la inaudita precisión del retrato. No comprendía qué le empujaba a esconderse de ella, pero su apresurada retirada cuando la identificó en la iglesia de la Victoria evidenciaba que no deseaba topársela. ¿Y por qué ese afán en celar el apellido? ¿Sería consciente de la cantidad de calamidades que había provocado su mención en un testamento

maldito y eso le avergonzaba? ¿Sabría de los auténticos lazos que lo vinculaban a quien se decía su tío y de la fortuna que el hombre le había dejado? ¿Estaría al corriente del libelo de sangre que mató a los Castro? ¿Habría participado en él? Apostaría la diestra a que un *no* rotundo respondía a esa retahíla de preguntas. Probablemente, era una víctima más de Enrique. De seguro no tenía ni idea de la ristra de salvajadas que arrastraba aquel hideputa, del contubernio urdido para arrebatarle la herencia y, en general, de la entera historia. Desde luego, cuadraba mejor en el desarrollo de los acontecimientos porque, de haber estado involucrado o al tanto de ellos, habría acabado como el resto: muerto.

—¿Y bien? —le acució Mencía, ajena a sus truculentas disquisiciones—. ¿Coinciden esos rasgos con los de vuestro amigo pintor?

—Me temo que no nos referimos a la misma persona —mintió.

—Lo imaginaba. Si Miguel hubiera gastado semejante talento en los pinceles, don Pelayo habría alardeado de sobrino hasta el tedio. ¡En fin! Trasladad mis parabienes a este otro Miguel V. y recibid vos mi honda gratitud, la misma que confío me brindaréis a mí porque también os he traído un regalo. Se trata de algo muy íntimo que ojalá os ayude a no abrir la puerta al olvido cuando intente entrar en lo que sentís por mí.

—Ya puede tirar la puerta abajo, que no me hallará al otro lado —objetó Alonso, aparcando las reflexiones sobre Miguel—. ¿No entendéis que mi corazón no necesita nada para evocaros porque no es capaz de hacer cosa distinta desde que os adueñasteis de él?

—Eso decís hoy, pero ¿y mañana? —musitó Mencía, antes de bajar la cabeza apesadumbrada—. La distancia destruye los afectos y no digamos si encima se prolonga en el tiempo. No me olvidéis, por favor. Yo... me moriría de pena.

Cuando Alonso apoyó el índice en su barbilla y la instó a mirarle, quedó presa en aquellos ojos verdes que solo hablaban de ella.

—Escuchadme bien, Mencía: olvidaros equivaldría a olvidarme de mí mismo y eso es como pretender que la lluvia no moje. Si vos fuerais la luna y yo el sol, palabra de honor que dejaría el mundo en tinieblas para correr a vuestra vera y fundar en la noche nuestra ciudad.

—Un brillante y apuesto universitario genera no pocos suspiros.

Decenas de mujeres se disputarán vuestras atenciones y eso resulta muy tentador. Sois un hombre y, tarde o temprano, sucumbiréis.

—Aunque un volcán de féminas erupcionase a mis pies, yo seguiría consagrado a mi bella señorita. El día en que el Manzanares os puso en mi camino, comprendí que os querría toda mi vida. Yo soy vuestra roca, mi dama. Firme, sólida e inamovible. Me lleve donde me lleve el destino, nada ni nadie conseguirá alejarme de vos. Me conocéis y sabéis que nunca hablo en vano. Os he jurado amor eterno y no lo he hecho porque suene bonito, sino porque lo siento. Cuando empeño mi palabra, la defiendo hasta desfallecer, pero, tratándose de vos, mi verbo entero nace y muere en vuestro nombre. Templad, pues, las enormidades y dadme mi regalo.

—Es un poema mío —anunció la muchacha mientras le tendía una hoja de papel vitela color crema, doblada por la mitad y sellada con un lacre rojo.

—¿Me habéis escrito una poesía? —farfulló Alonso, perplejo—. Pero... recuerdo que dijisteis que la inspiración solo os visita cuando lloráis.

—¿Y qué creéis que llevo haciendo las últimas semanas? —protestó Mencía para romper en la enésima llantina—. Vuestra llegada a mi vida enjugó mis lágrimas y por eso las musas me abandonaron. Sin embargo, ahora que marcháis, las derramo de continuo.

—Aferraos a nuestro *siempre*. Pensad que, aunque de momento nos toca armarnos de paciencia, cada vez estamos más cerca de conquistarlo. ¡Vamos, vamos! Tranquilizaos y permitidme disfrutar de vuestras letras. No puedo esperar a leerlas.

—Pues habréis de hacerlo —frenó Mencía tras limpiarse el semblante con un pañuelito de encaje—. Nunca he mostrado mis poemas a nadie. En ellos pongo el alma y abrir las puertas de mi alma a alguien es para mí tan relevante como dejarle entrar en mi cuerpo. Ignoro si podré brindaros mi virginidad carnal, pero, de no terciarse esa dicha, al menos, deseo que tengáis la espiritual. Y, siendo una primera vez, me gustaría enmarcarla en un escenario especial.

—Honradísimo y encantado, acepto el privilegio que me otorgáis. Contadme qué habéis planeado.

—La próxima luna llena ocurrirá dentro de una semana, el 13 de septiembre. En la medianoche de ese día, buscad en Alcalá un lugar parecido al claro del río donde nos conocimos, instalaos junto a un

árbol y leed mi poema. Luego alzad los ojos al cielo y mirad la luna. Al mismo tiempo, yo estaré observándola desde aquí. Allí nos reuniremos justo después de haberos entregado mi alma; a vos, a su legítimo dueño.

—¿Queréis que nos amemos en la luna? —coligió Alonso, conmovido.

—No podría ser de otra manera —respondió Mencía—. Ha estado con nosotros desde el principio. Presidía el firmamento cuando nos encontramos en San Juan; también iluminaba estas almenas cuando estrenasteis mis labios; vos mismo lleváis una caricia suya en el brazo. Es nuestro talismán, Alonso; el seno donde concebimos nuestro *siempre*. Ella nos unió. Dejemos que vuelva a hacerlo.

—¡Recibir el alma de mi dama en los feudos de la luna! No se me ocurre mejor manera de empezar mi andadura en Alcalá.

—¡Magnífico! —celebró Mencía en tono risueño—. Entonces, tenemos una cita.

—No faltaré —prometió Alonso—. Yo llevaré mi poesía, y vos..., esto.

Le tendió una modesta chapa de latón enhebrada en una correa de cuero. Estaba troquelada como si se tratara de un pergamino enroscado en los extremos superior e inferior y en el centro había una inscripción: SIEMPRE.

—Hoy lo he grabado en una humilde medalla. Cuando sea abogado y tenga dinero, ordenaré que lo tallen en un anillo de boda.

—No me la quitaré nunca —aseguró Mencía mientras se la colgaba del cuello—. Así sentiré que seguís conmigo.

—Conservad esto también —dijo Alonso, entregándole una figurita de marfil con forma de corcel—. En el ajedrez, el caballo puede saltar varios escaques a la vez. Si algún día me necesitáis, mandádmelo. No precisaré más explicaciones. En cuanto lo reciba, sabré que estáis en apuros y, de un salto, me plantaré en Madrid.

—¿Y a qué dirección lo envío? Ignoro dónde residiréis y tampoco conviene que me escribáis porque doña Úrsula intercepta mi correspondencia.

—No temáis; hallaré un modo de informaros.

—De acuerdo —murmuró Mencía con un río de lágrimas surcándole las mejillas—. He de retirarme. El horizonte ya clarea y doña Úrsula recelará si encuentra mi alcoba vacía. Adiós, mi amor.

Cada noche le pediré a la luna que deposite un beso mío en vuestra almohada.

—Mecido en él cerraré los ojos y soñaré con vos; como llevo haciendo dormido y despierto desde que os conocí, mi bella señorita.

61

EL EMISARIO LLEGA A PUERTO

A la mañana siguiente, Alonso se despidió de Antonio, quien, cumplidos los once años, mucho más alto y menos niño, continuaba dedicando a sus adorados caballos todas las horas de la jornada, las laborales y las que no lo eran.

—Yo también te aprecio a ti —contestó cuando el crío se tocó el corazón y luego le señaló—. Pórtate bien, ¿de acuerdo?

—¿Podemos irnos de una bendita vez? —le apremió Álvaro, que había decidido acompañarle hasta las lindes de Madrid y, ya montado en un formidable cartujano negro, lo aguardaba entre bostezos y bufidos—. La noche caerá y todavía estaréis aquí.

—Cerrad el pico, chinchorrero del demonio —exhortó Alonso, saltando sobre su manso pura raza gallego—. Yo llevo casi un lustro esperando por vos y he aguantado el lance. Creedme que practicar un poco el noble arte de la paciencia no os matará.

—No comprendo lo prematuro de vuestra partida —comentó Álvaro cuando iniciaron ruta—. El curso comienza el 18 de octubre y estamos a principios de septiembre. Los colegiales de San Ildefonso no llegaremos hasta noviembre.

—Ocurre que, como yo no pernoctaré en tan magnífico lugar, debo buscar techo y empleo, lo cual requiere cierta antelación —gruñó Alonso.

—Si aceptaseis asistirme, disfrutaríais de las mismas comodidades.

—Yo voy a la universidad a estudiar, y vos, a pasar el rato. No tendré tiempo para las componendas en que siempre me enredáis. Además, irme antes me permitirá descansar de vuestra cansina persona.

—En cambio, este pobre abandonado os echará mucho en falta, cenutrio insensible.

—No me extrañaréis a mí, sino mi ayuda en vuestros trasiegos con Isabel.

—¡Mi amada! —suspiró Álvaro, jubiloso—. En verdad me siento su esposo.

—Pues lamento recordaros que no lo sois, así que dejad de ejercer como tal y llevadla a la Pilarica. Beltrán volverá pronto y, cuando lo haga, más le vale haber restaurado su virtud.

—¡Qué tedioso resultáis, caramba! No sé ni para qué os acompaño.

Después de atravesar la Puerta de Alcalá, desmontaron.

—Mi padre desea obsequiaros el rocín —declaró Álvaro.

—Trasladadle mi agradecimiento, pero solo lo tomaré prestado. Mantener un animal demanda cuartos y a mí no me sobran. A vuestra llegada, os lo devolveré.

—Lo instalaré en mi establo y podréis usarlo cuanto gustéis. Bueno, Alonso, aquí nos separamos. Física y laboralmente. A partir de ahora, dejáis de ser mi paje.

—Pero no vuestro amigo. Y me parece mejor relación.

—Lo es —secundó Álvaro antes de abrazarle—. Nos veremos en Alcalá.

Al quedar solo, Alonso subió la colina situada frente al quemadero inquisitorial. En la cumbre, miró al cielo y sonrió. Lo había conseguido. Al fin, iba camino de su promesa.

Permaneció allí sentado un rato largo, extraviado en los recuerdos y la nostalgia. Del modo autómata e indeliberado de quien repite el mismo movimiento a menudo, se sacó el relicario de debajo de las ropas y lo acarició. La llave del estuche obsequio de don Rodrigo le entorpeció el gesto y hubo de apartarla. Se percató entonces de que era igual de pequeña que la cerradura del relicario. Incluso parecía capaz de abrirlo. Como si, en realidad, la hubieran fabricado para hacerlo. ¡Un momento! ¿Y no sería que...? Un súbito chispazo prendió la sospecha. Muy despacio, introdujo el hierro en el exiguo ojal del colgante. Conteniendo el aliento al ver que encajaba perfectamente, lo giró y tiró de la cubierta superior. Dos mechones de pelo emergieron del interior. Identificó al instante el de color dorado. Era de Margarita. No reconoció el otro, un rizo castaño oscuro, pero, considerando los muchos iguales que poblaban la cabeza de quien le había dado la llave, ató cabos en el acto. Luego distinguió el escudo de

los Salazar en la pared interna de la joya. Eso desencadenó la conexión con el estuche que albergaba la pluma de don Rodrigo. Lo extrajo de su zurrón y lo observó. Era clavado al relicario. De plata, con idéntico repujado y... Metió la llave en la cerradura y lo abrió. Helo ahí. El escudo de los Salazar en el interior: dos ánforas doradas sobre fondo azur que enhebraban agua en un suelo de estrellas.

Trató de apaciguar los latidos del corazón y ordenar un poco el caos de su cerebro. Estaba claro que el relicario había pertenecido a don Rodrigo y que este se lo había regalado a Margarita. En cuanto al cabello oculto, no había duda. La unión de dos guedejas en un relicario solo podía significar una cosa: amor. Lo que no le cuadraba era qué había llevado a Margarita a dárselo a él. ¿En qué le concernían los escarceos de su madre? De otro lado, don Rodrigo había comentado que el estuche de la pluma carecía de cierre y que había mandado construir uno parejo a la llave, de lo cual se desprendía que con semejante extravagancia buscaba un pretexto para entregarle la llave e inducirle así a abrir el relicario. Pero ¿por qué? ¿A qué venía ese empeño de los dos amantes en convertirle en custodio de la prueba de su romance?

Inmerso en una espiral de preguntas sin respuestas, inspiró hondo. Había llegado el momento de interrogar a don Rodrigo. No podía esperar tres años de universidad para desenmarañar aquel embrollo. Con todo, seguía sin arrancarse. ¿Y si la pifiaba y el duque acudía a la Inquisición? De pronto, se le ocurrió algo en lo que no había caído hasta ahora. Si conocía a Margarita, de seguro estaba al tanto de su triste final y de que el hijo fugado era él. Como familiar del Santo Oficio debería haber avisado a los curas y no lo había hecho.

—Te protegeré contra viento y marea —le había dicho—. Soy grande de Castilla y me sobran los recursos para doblar la cerviz de quien intente dañarte.

¡Claro! ¡A eso se refería! Sabía que era un prófugo, pero, en memoria de Margarita, había decidido encubrirle y ayudarle. Así pues, podía hablarle de la tragedia sufrida, cumplir la última voluntad de su madre devolviéndole el relicario y, de paso, preguntarle sobre su relación con ella.

Ansioso por zanjar aquel espinoso asunto de una vez, aparcó los titubeos y puso rumbo al palacio ducal. Cruzó Madrid al galope y, al poco, se hallaba frente a don Rodrigo. La gravedad de su semblante

alertó al duque. Alonso debía estar camino de Alcalá. Solo algo trascendental le habría hecho volver. Algo como… ¿haber abierto el relicario, quizá?

Sin siquiera sospechar lo que de veras había al final del ovillo, Alonso empezó a tirar del hilo con la firmeza de quien se cree dueño de toda la información.

—Disculpad que haya venido sin avisar, señor, pero acabo de reparar en algo que os concierne y me urge tratarlo con vuesa merced antes de emprender viaje.

—Adelante —invitó don Rodrigo, que apenas lograba disimular la zozobra que lo embargaba—. Te escucho.

Intentando controlar los nervios, Alonso se quitó el relicario y lo mostró al duque.

—Cuando me regalasteis la pluma, dijisteis que la llave de su estuche accionaba la cerradura de otro joyero al que teníais en gran estima. ¿Os referíais a este?

—Correcto —refrendó don Rodrigo, tragando saliva.

—¿Y la persona a quien lo confiasteis y pedisteis que os lo devolviera era mi madre?

—Lo era.

—También dijisteis que le llevó tiempo enviároslo, pero que al final lo hizo a través de un emisario. Yo soy el emisario, ¿no?

—Me temo que sí.

—¿Qué está pasando aquí, don Rodrigo? —demandó Alonso, que, pese a todo, no se atrevía a ser el primero en poner las cartas sobre la mesa.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el duque tomó la iniciativa.

—Pasa que Margarita Carvajal no murió en ningún parto, que Alonso González de Armenteros no existe y que, aunque aparentas los diecinueve años que te atribuyes, tienes diecisiete —enumeró de manera suave.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —inquirió el chico con un ligero temblor en la voz—. Desde la tarde en que mataron al conde de Villamediana, ¿me equivoco?

—Ni un ápice. Cuando te desnudaste el torso para taponarle la herida, vi la caricia de luna que heredaste de Margarita y el relicario que un día le regalé.

—Supongo que no me habéis denunciado porque queríais honrar la memoria de mi madre.

—Existen muchos motivos, pero, sin duda, ese es uno de ellos —esquivó don Rodrigo, consciente de que las deducciones de Alonso todavía no habían tocado fondo—. Llegué a conocerla muy bien y afirmar que masacró a dos criaturas en nombre de Yahvé resulta tan absurdo como negar que las ruedas ruedan.

Aquel manifiesto destensó a Alonso de tal forma que se derrumbó sobre un frailero. Abrumado, se apretó la frente en un desesperado intento de ubicarse.

—Mantuvisteis un idilio con ella, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, ¿engañó a mi padre?

—No. Matrimoniaron en noviembre de 1606 y lo nuestro sucedió antes. En agosto.

Don Rodrigo afinó la puntería y disparó el dato cual bala de arcabuz. Esta impactó en pleno centro de la diana. Blanco como el papel, Alonso echó cuentas.

—¿En agosto de 1606? Yo nací en mayo de 1607. Mi madre siempre sostuvo que el parto se adelantó, pero de septiembre a mayo hay justo... nueve meses.

Alteradísimo, se incorporó y empezó a pasear por la estancia. De repente frenó delante de un espejo y se estudió a sí mismo. Luego se giró hacia don Rodrigo y regresó al espejo.

—Mi estatura, estos rizos, el color de los ojos... Mis rasgos no me recuerdan nada a mi padre, pero sí a... ¡Dios mío! ¿No será que... mi padre no es... mi padre?

Buscó en don Rodrigo un gesto que barriera tan devastadora sospecha, pero no lo halló. Al revés. La mirada del hombre, seria y achantada, desprendía un halo de confirmación que lo cegó. Mientras un batacazo de realidad arramplaba con su vida pasada, trazos de la usurpada relampaguearon ante él.

—Por eso mi madre me entregó el relicario —musitó con la vista fija en ninguna parte—. Por eso mi corazón brincó cuando nos presentaron en la montería y me asaltó la certeza de que ya os conocía. ¿Y el afecto de hermano que Isabel me ha inspirado desde el principio? Ahora lo entiendo.

Don Rodrigo le observaba incapaz de articular palabra. Apenas

respiraba. Aunque había anhelado aquella reunión hasta el dolor, tenía asumido que se encartaría transcurridos varios años, cuando Alonso terminara la universidad. La repentina precipitación de los acontecimientos lo había pillado desprevenido y totalmente desarmado. Se creía en condiciones de encarar el lance, pero ahora, a las puertas del mismo, se daba cuenta de que no lo estaba. Alonso clavó los ojos en él y formuló la pregunta que, a esas alturas, ya aplomaba el ambiente como las nubes de una tormenta a punto de estallar.

—¿Sois mi padre, don Rodrigo?

—Lo soy —confesó el duque, irguiéndose cual reo que aguarda el tajo del verdugo.

Alonso jadeó. Un intenso ahogo le apelmazaba los pulmones y el oxígeno no conseguía traspasar sus paredes. Tomó asiento. Las piernas no le respondían.

—Explicádmelo, señor —susurró derrotado—. Explicádmelo, por piedad.

Don Rodrigo descosió el paño de sus misterios con las tijeras de la culpa y se dispuso a enfrentar el veredicto final. Este no se hizo esperar.

—¿Deslorasteis y preñasteis a mi madre para luego casar con otra? —balbuceó Alonso—. ¿La dejasteis en la estacada? ¿Soltera y encinta?

—No tenía opción —se defendió don Rodrigo—. Las servidumbres de mi linaje...

—¿Y qué hay de las servidumbres del honor? Tanto ensalzar las virtudes del caballero, tanto presumir de poseerlas todas... y ¿resulta que arrastráis la peor de las canalladas?

—Escúchame, hijo...

—¡No me llaméis así! —chilló Alonso, perdida ya la compostura —. Soy hijo de Sebastián Castro, un caballero íntegro y lo suficientemente generoso como para desposar a una mujer mancillada y darle su apellido al bastardo que engendró con un miserable cobarde y embustero. ¿Con qué legitimidad condenasteis a Enrique Valcárcel tras abusar de Isabel cuando habéis cometido la misma ruindad? ¿No se os cae la cara de vergüenza?

—Yo no forcé a Margarita, Alonso. La quería.

—¿Así la queríais? ¿Preñándola y después abandonándola a su

suerte? ¿Tratándola como a una prostituta a quien pagasteis el fornicio con un relicario de plata y teniendo el descaro encima de meter dentro vuestros pelos?

Fuera de sí, Alonso lanzó el colgante a un don Rodrigo que reaccionó rápido y logró cogerlo al vuelo justo antes de que le impactara en el rostro.

—Mi madre me ordenó entregároslo y entregado queda —le espetó el chico, supurando rabia—. ¡Que lo disfrutéis! A mí me asquea haber llevado puesto el símbolo de vuestra vileza durante todos estos años.

Muy poco habituado a sufrir esas groserías, don Rodrigo le asestó una bofetada.

—¡Baja la hebra! No discuto tu enfado, pero no te consentiré estos desplantes.

—¡Cuidado, don Rodrigo! —amenazó Alonso—. Volved a levantarme la mano y voto a Bríos que recibiréis cumplida réplica.

Don Rodrigo censuró entre dientes su arrebato. No acercaría posiciones liándose a trompadas. Cierto que las irreverencias de Alonso a un grande de Castilla eran de todo punto intolerables por muchos lazos familiares que los unieran, pero más le valía obviarlas y dejar los escarmientos para mejor ocasión.

—Excúsame. La gente no acostumbra a darme según qué coces.

—En cambio, vos podéis repartirlas a placer, ¿no? —atacó Alonso, tan desencajado que hasta omitió el preceptivo «vuesa merced»—. Podéis destrozar vidas ajenas sin freno ni molde, pero ¡que nadie ose enmendarle la plana al señor duque!

—¿Quieres hacer el favor de gobernar esa lengua? Hablémoslo de manera civilizada.

Pero Alonso no lograba controlarse. Imaginar a aquel bellaco arruinando el futuro de Margarita lo enervaba y su patético pretexto a propósito de las servidumbres del linaje le provocaba arcadas. Por no mencionar lo relativo a su recién descubierta bastardía. Tanto empeño en desterrar el González de Armenteros para recuperar el Castro y ahora resultaba que no era ni una cosa ni la otra. ¿Cómo diablos se llamaba, entonces? Porque caminaría sobre ascuas antes de permitir que don Rodrigo le endilgase el Salazar. Incapaz de digerir las nefastas novedades, saturado de ellas y agotadas sus reservas de empatía, transmitió tal repulsión al causante de tamaño cataclismo que a este

se le heló la sangre.

—No hay nada que hablar, su excelencia —desestimó, poniendo un muy descortés retintín en el «su excelencia»—. No me apetece confraternizar con sabandijas.

—Pues no te queda otra que hacerlo con esta —rebatió don Rodrigo—. Te guste o no, soy tu padre y en algún momento tendrás que asumirlo y perdonarme.

—Jamás os consideraré mi padre. Y olvidaos de obtener mi perdón. A mis ojos, sois escoria. En nombre de mi madre, a la que como tal tratasteis, y en el mío propio, quien por tal os tiene, pudríos en el infierno. ¡Hasta nunca..., su excelencia!

Con la mejilla roja por el guantazo y la ira en ignición, salió a la calle y partió a Alcalá. Tras de sí dejó un portazo, un hombre hundido y una esperanza herida de muerte.

62

POR SAN LUCAS

Entre Madrid y Alcalá, 13 de septiembre del año 1624 de nuestro Señor

Mencía no equivocó sus cálculos astrológicos. Siete días después del último encuentro con Alonso en el torreón, una impresionante luna llena empequeñecía el cielo.

Cerca de la medianoche, Enrique y don Gonzalo se reunieron en un reservado de la casa de conversación de Luciano Travesera, un antiguo burdel reconvertido en centro social que estaba en la calle de las Huertas. Era un local sucio y vulgar en absoluto acorde a los selectos gustos de don Gonzalo, el cual miraba asqueado los mugrientos guadamecíes de las paredes, el techo desconchado, el terciopelo desteñido de los fraileros y los candelabros herrumbrosos donde velas de sebo despedían una densa humareda —amén de una peste insoportable a gorrino putrefacto—. El único toque elegante del lugar lo ponía el cartapacio de cuero negro que Enrique había traído. Reposaba sobre un bufete ruinoso junto a dos copas de cristal desportillado lavadas de aquella manera y llenas de un vino de origen cuestionable.

—¿Te importaría explicarme a santo de qué me has citado en este antro y de madrugada? —protestó don Gonzalo sin apartar de su nariz un pañuelito de encaje perfumado—. ¿No podíamos habernos entrevistado mañana, a una hora decente y en una casa de conversación digna de llamarse así?

—Los de nuestro estamento ni frecuentan este tipo de ambientes ni gustan de trasnochar, circunstancias que, considerando el asunto que nos ocupa, os interesan —contestó Enrique—. Cuando lo descubráis, agradeceréis mis precauciones.

—Ilústrame entonces. ¡Me tienes en ascuas!

—Deseo debatir con vuesa merced los términos de mi casorio.

—¿Tu casorio? —bizqueó don Gonzalo—. ¿Y en qué me concierne eso a mí?

—En mucho, porque tan feliz acontecimiento os convertirá en mi suegro —replicó Enrique con el gesto de quien se sabe vencedor antes siquiera de librar la batalla.

Don Gonzalo, que acababa de darle un tiento al vino, se atragantó y comenzó a toser.

—¿De qué demonios hablas? —balbuceó a trompicones y con la cara congestionada.

—Está muy claro. Voy a desposar a vuestra hija Mencía.

—¿Así por las buenas? —espetó don Gonzalo, que no salía de su asombro.

—O por las malas, como prefiráis —respondió Enrique, encogiéndose de hombros.

—¿Te encuentras bien? Sabes que te profeso un afecto sincero, pero no te concederé la mano de Mencía. Su esposo ha de poseer dignidades de las que tú careces.

—¿A cuáles os referís?

—Como mínimo, deben equipararse a las mías.

—Enumeradme las vuestras —insistió Enrique con un brillo peligroso en los ojos.

—¡Oh, por favor! Las conoces de sobra. Marqués de Velarde, conde de Valdemayor, conde de Menvarso, mariscal de Lombisego, señor de Estiendoz y de Lumiarno… ¿Sigo?

—Permitidme que lo haga yo añadiendo tres más: ladrón, traidor y contrabandista.

—¿Cómo has dicho? —farfulló don Gonzalo, trémulo.

—Lo que habéis oído —aseveró Enrique, que, cruzado de piernas, columpiaba la de encima en actitud indolente—. ¿O acaso no reciben esos adjetivos quienes roban el azogue del rey, venden esclavos bajo cuerda y evaden impuestos en la Carrera de Indias?

—¿Cómo te atreves a imputarme tamañas fechorías? —masculló don Gonzalo, cuya frente ya se había perlado con el sudor del miedo.

—Porque son ciertas —sentenció Enrique en un insultante tono de obviedad.

A continuación, detalló todas y cada una de las intrigas de don Gonzalo y el Abogado de las Causas Imposibles. Aturdido, perplejo y

presa de una congoja asfixiante, el marqués boqueó en un intento de manifestarse, pero no consiguió articular palabra.

—Sosegaos —calmó Enrique con irritante condescendencia—. Por mi parte, vuestros secretos seguirán siéndolo. Siempre que os avengáis a mis condiciones, naturalmente.

Justo en ese momento, ajena al desastre que se cernía sobre ella, Mencía se acodaba en el pretil del torreón presta a celebrar su cita en la luna con Alonso. Cuando las campanas anunciaron la medianoche, se aferró a la medalla que el muchacho le había regalado antes de partir y comenzó a recitar de memoria.

Si yo fuera triste roca
minada con sal marina
que solo el cruel viento toca
en su lánguida rutina,
ola que en mí desemboca,
troca el viento en brisa fina,
templa el frío y me sofoca,
me acaricia y me ilumina,
yo querría que esa ola
que nos une a ojos de Dios,
que a vuestro pecho me enrola
y nos hace uno siendo dos;
yo querría que esa ola,
que esa ola fuerais vos.

Mientras, en Alcalá, las campanas de la iglesia magistral de los Santos Niños Justo y Pastor doblaron doce veces. A orillas del río Henares, en una playa similar a aquella donde conoció a Mencía y bajo la luz de la luna llena, Alonso recibió el alma de su amada.

Si yo fuera silencio ajado
tras cuya negra cancela
llora un amor olvidado
porque ya nadie consuela,
verso que me ha rescatado,
que mi soledad deshiela,
que me cuida, que está a mi lado,

que muestra mi alma gemela;
yo querría que ese verso
que jamás me dirá adiós,
que en mi alma labra un beso
y da calor a mi interior;
yo querría que ese verso,
que ese verso fuerais vos.

—¿Tienes pruebas? —inquirió don Gonzalo.

—Ahí están —declaró Enrique en tanto señalaba el cartapacio—. Hallaréis el certificado de defunción de Guzmán Cañete, legajos acreditativos del auténtico propietario del Nuestra Señora de los Ángeles, una comparación entre las licencias archivadas en favor de vuestros navíos y las amañadas que constan en los informes de inspección, los nombres de vuestros cómplices en Sevilla, Sanlúcar, Cabo Verde y Veracruz, evidencias de que traficáis con el azogue del rey… En resumen, un abultado expediente delictivo que os llevaría directo al cadalso.

Enloquecido de terror, don Gonzalo hojeó los papeles de manera frenética.

—¿A esto has dedicado tu estancia en Sevilla? ¿A espiarme y buscarme la ruina?

—No me culpéis a mí, sino a Dios —pretextó Enrique sin molestarse en disimular lo mucho que estaba disfrutando—. Él guio mis pasos hasta averiguar vuestros contubernios. Supongo que ha decidido escarmentaros y encomendó a este pobre vasallo suyo actuar como flecha de ballesta. Por cierto, podéis conservar esos legajos. Solo son copias. Y, si los extraviáis, tranquilo. Guardo otro duplicado en un lugar seguro.

—¿Qué quieres a cambio de tu silencio?

—Ya os lo he dicho. Desposar a Mencía.

—Ella no te ama.

—No os preocupéis —desdeñó Enrique, mostrando tal depravación en el rictus que don Gonzalo se estremeció—. Yo lo haré por los dos. Aunque, como la pasión alimenta el alma pero no el cuerpo, también necesitaré otras cosas más prácticas. Instituiréis en mi beneficio una renta anual perpetua de treinta mil ducados, me cederéis una de las dos regidurías que ostentáis en el Concejo y uno de

vuestros títulos nobiliarios. Asimismo, Mencía recibirá una dote de cien mil ducados que me transferiréis en el plazo de una semana y a cuya restitución en caso de morir ella antes o después de la boda renunciareis.

—¿Has perdido la cabeza? —explotó don Gonzalo—. No poseo ese capital.

—¡Vamos, marqués! ¿A quién pretendéis engañar? En cada batida indígena, y ya acumuláis unas cuantas, os habéis embolsado cantidades incalculables. Considerando la bonanza de vuestras arcas, mis peticiones son una menudencia.

—La mayor parte de mi dinero está invertido. No lograré reunir tamaña fortuna; mucho menos la dote de Mencía. Es imposible juntar cien mil ducados en una semana.

—Sé que encontraréis la manera porque tres pensamientos os espolearán el ahínco: vuestras generosas aportaciones me permitirán proporcionar a Mencía la mejor de las existencias; regularizaréis un montón de oro turbio al entregármelo en concepto de dote, y esquivaréis una muerte tan infame como el degüello por la espalda, pues así se ejecuta a quienes roban a su país y a su rey. ¿No os parecen incentivos de lo más estimulantes?

Con los ojos fijos en el lecho de estrellas que unía Madrid y Alcalá, Mencía y Alonso seguían escanciando amor en los sensuales pliegues de la luna.

Si yo fuera camino inerte,
tumba de sueños cautivos,
tierra yerma, sombras, muerte,
desván de anhelos furtivos,
la huella que pisa fuerte,
que siembra en mí mil motivos,
que mi soledad advierte
y expulsa con gestos vivos,
querría que esa huella
que puede borrar mi dolor,
trocarlo en polvo de estrella
y hacerme querer ser mejor;
yo querría que esa huella,
que esa huella fuerais vos.

—¿Por qué me traicionas así? —preguntó don Gonzalo, tan decepcionado que ni siquiera el miedo desbancaba esa sensación—. Tu padre era mi amigo y a ti te conozco desde que naciste. Siempre te he tratado con sumo cariño y te apreciaba de corazón.

—Yo también os aprecio, pero me debo a mi apellido y he de luchar por él.

—¿Cómo? ¿A costa de mi esfuerzo?

—Decidle a su majestad cuánto habéis trabajado defraudando a la Real Hacienda y comprobaréis qué opinión le merece vuestro esfuerzo —se burló Enrique antes de soltar una risita sardónica.

—¡Rastrero miserable! Lamentarás esta afrenta. ¡Juro que te arrepentirás!

—Como percibo un tufillo de amenaza en vuestras palabras, os participaré algo en el buen ánimo de evitar que cometáis una imprudencia. Yo guardo una copia igual a la que os acabo de dar, pero la documentación original se encuentra en manos de una persona con instrucciones de enviarla a las autoridades tan pronto me suceda cualquier desgracia. Así las cosas, más os vale protegerme porque, si algún verdugo oficioso me ataca a mí, el oficial se ocupará de vuecencia.

—¡Mal rayo te calcine, canalla! —tronó don Gonzalo ofuscado, pues, en efecto, la idea de contratar un sicario encabezaba su particular abanico de soluciones.

—Templad los enojos, suegro. No me parecen maneras de tratar a vuestro futuro hijo.

—¡No me llames así! Aunque desposes a Mencía, jamás te consideraré de mi familia, sino un hideputa torpe e insensato que no sabe a quién se enfrenta.

—¿Significa eso que aceptáis? —aventuró Enrique, impasible a los exabruptos.

—Significa que has ganado esta batalla, pero la guerra acaba de comenzar y no dudes que te destruirá. Ordenaré a mis gestores que lo preparen todo. Celebraremos las nupcias a principios del año próximo.

—De eso nada..., suegro —impugnó Enrique, subrayando el apelativo—. Procederemos por San Lucas, el 18 de octubre del corriente 1624.

—¿En un mes? La boda de una Soto de Armendía requiere más tiempo.

—La de Beltrán resultó fastuosa y la organizasteis en un plazo similar. ¿Por qué en lo relativo a Mencía os sentís incapaz? ¿Quizá porque emparentar con un grande de Castilla sí meritaba aligerar los trámites hasta el punto de oficiar un enlace por poderes?

—Beltrán e Isabel llevaban prometidos una década. Las burocracias se habían diligenciado años antes y nos limitamos a orquestar la liturgia. Nosotros ni siquiera hemos firmado las capitulaciones matrimoniales.

—Las otorgaremos en una semana y, despachado ese aspecto, únicamente habréis de apremiar un poco —decretó Enrique para luego fingir el ardor de un novio enamorado—. Disponed la ceremonia a lo grande o a lo chico. No me importa. Yo solo deseo unirme a Mencía. ¿Qué le voy a hacer? Soy un romántico.

—Te ruego que amplíes los tiempos.

—Lo lamento, marqués. Ese extremo está fuera de toda discusión.

—Pero ¿por qué? —se resistió don Gonzalo, desconcertado—. No lo comprendo.

Enrique evocó la conversación mantenida con Alonso durante los festejos nupciales de Beltrán e Isabel. El día de San Lucas marcaba el inicio del curso universitario y, cuando Alonso declaró que esa jornada supondría el arranque de la materialización de su sueño, Enrique decidió la fecha en que le arrebataría a Mencía para siempre.

—Por San Lucas, tú empezarás a cumplir tu sueño, y yo, el mío —le había insinuado.

Y lo lograría. Tenía planeada una noche de bodas antológica. Tormentos salvajes, sadismos inimaginables, perversiones por doquier… Reservaba a su inminente esposa tal surtido de horrores que nunca olvidaría la experiencia. Le haría pagar los muchos desaires e insultos que le había dedicado y, a través de su miedo y su calvario, también se cobraría los desplantes de Alonso. Un único dardo para dos dianas; la de ella y la de él.

En mitad de un delirio mágico que no conocía de distancias ni separaciones, Alonso y Mencía imprimieron en la noche los últimos versos del poema.

Nunca me he sentido roca,
ni silencio, ni camino,
pero era una mitad rota,

un corazón peregrino.
Tuve sed y hallé en tu boca
el dulce néctar del vino,
esa otra mitad que invoca
dos almas y un mismo sino.
Sentí entonces roca en mi piel
disuelta con olas de amor;
silencio que un verso hizo miel,
camino con huellas en flor,
pues ola, verso y huella fiel,
mi vida, erais vos.

Al terminar, ambos dirigieron el rostro a la luna y entornaron los párpados. Imaginaron que surcaban un mar de estrellas a bordo de una góndola dorada hasta recalar en los dominios de la dama de plata y que allí, frente a su altar hecho de noche y luz, se consagraban el uno al otro y a ese *siempre* forjado en fraguas de amor verdadero. Sintiéndose unidos en el firmamento, lanzaron un suspiro esperanzado.

De pronto, una ráfaga de viento arrancó a Mencía de la ensoñación. Desconcertada, abrió los ojos. Su candil se había apagado y el alrededor estaba muy oscuro. Sorprendida, miró de nuevo al cielo, pero ya no la vio. Una nube negra celaba ahora la luna.

63

LA NOVATADA

Las campanas de la iglesia magistral de los Santos Niños Justo y Pastor ya anunciaban las dos de la madrugada cuando Alonso atravesó la plaza de la Cebada rumbo a la calle del Tinte, en cuya esquina con la de Santiago estaba la casa de pupilaje donde residiría durante los próximos años.

La temperatura hacía gala del inminente otoño y congelaba la noche. Tiritando, se caló el bonete que le techaba la cabeza y se arrebozó en su manteo de humilde tejido color pardo. Ambas prendas eran nuevas y, junto a la loba, componían el uniforme universitario. Aunque el curso no empezaba hasta dentro de cinco semanas, las había adquirido antes de matricularse porque los estatutos exigían realizar este trámite vistiendo la indumentaria preceptiva. Solo así, el funcionario daba luz verde a la inscripción y expedía un boleto de obligatoria presentación el primer día de clase que rezaba: «Va arreglado con el traje».

Alonso avanzaba a un ritmo acelerado. No había un alma en derredor ni ganas que tenía de encontrar ninguna. Las tinieblas eran privativas de maleantes. En ellas refugiados, trasegaban la ciudad a la caza de mujeres de quienes abusar, indigentes a los que tundir a golpes o incautos que, como él, preferían coquetear con el sueño eterno en vez de acurrucarse en el mucho menos letal que ofrecía la almohada. Por fortuna, no acarreaba ninguna de sus posesiones. Al comprobar que la criminalidad en Alcalá no distaba demasiado de la de Madrid, había decidido no llevarlas encima. Sopesó dejarlas en la casa de pupilaje, pero tampoco se fiaba del todo, así que había fabricado un nicho en los establos del inmueble y escondido allí sus haberes más preciados.

Un profundo alivio al recordar esa previsión se sumó al miedo cuando se internó en una callejuela sumida en una negrura total y

cinco individuos lo interceptaron. A la lumbre de su propio farolillo y del que ellos prendieron en ese mismo instante, vio que también vestían arreos universitarios. Sin embargo, estaban viejos y destartalados, lo cual indicaba, o penuria económica, o un bagaje académico más volcado en el libertinaje que en los estudios, circunstancias ambas muy poco halagüeñas. Alerta al peligro, quiso retroceder, pero el quinteto formó un corro a su alrededor y le truncó la huida.

—¡Vaya, vaya! —empezó el que parecía llevar la voz cantante mientras lo enfocaba con la lámpara para cegarle—. ¡Un novato de paseo a hora de brujas! ¿No os han enseñado que, cuando el sol se acuesta, los niños buenos también lo hacen?

Alonso contraatacó levantando su candil y poniéndoselo delante de las narices.

—Quitaos de en medio o lo lamentaréis —le espetó.

—¿Cómo osáis dispensarme semejante arrogancia, mequetrefe? —se enervó el otro, arrebatándole la luz de un manotazo—. Los antiguos alumnos merecen el respeto de los nuevos y vuestros relucientes ropajes evidencian quién debe rendir pleitesía a quién. De modo que ceñíos al protocolo e hincad rodilla.

Alonso comprendió que se enfrentaba a una de las múltiples novatadas infligidas a los estudiantes recién llegados. Según había oído, algunas resultaban tan excesivas que terminaban en sangre y muerte, pero nunca imaginó sufrir una; mucho menos, antes siquiera de iniciar el curso. Con todo, lejos de obedecer e inclinarse, irguió el torso.

—El respeto se gana, no se exige ni se impone —replicó—. Si esperáis que reverencie a una garrapata de universidad aficionada a atentar contra sus compañeros, vais aviado.

El rufián le asestó tal coz en las piernas que le obligó a postrarse sin pretenderlo.

—¡He dicho que os arrodilléis, hideputa! Vos no sois mi compañero, sino un bisoño insolente que ha de aprender las normas de estos lares. De momento, os daremos la primera lección. Amigos, ¿os apetece un gargajeo?

Los aludidos acogieron la propuesta entre aplausos y vítores mientras una soliviantada impotencia embargaba a Alonso. La novatada anunciada, una de las más frecuentes a la par que

humillantes, consistía en escupir a la víctima hasta empaparla de saliva. Y eso mismo le hicieron. Lo derribaron de un derechazo, lo dejaron en paños menores y después le ataron las extremidades. Tendido e inmovilizado, cosechó la andanada inaugural de esputos. Luego los asaltos se multiplicaron y, al final, se sintió bajo una intensa granizada de flemas, mocos y bolas de tabaco. Se revolvía furioso para desasir las correas que lo aprisionaban y, a la vez, intentar protegerse del aluvión, pero era inútil. No podía ni voltearse, reptar o de alguna manera eludir la repulsiva lluvia ni guarecerse de ella.

Cuando, transcurrido un rato largo, una tupida red de espumarajos blancos, verdes y amarillentos ya lo forraba de arriba abajo, el diluvio cesó. Ni un pestañeo tardó en reaccionar. Arrebatado e iracundo ante el denigrante escarnio, se incorporó de un brinco e, incluso sujeto de pies y manos, estampó la cabeza en el estómago de uno de los pendencieros. ¡Qué cara le costó la osadía! El resto del grupo lo agarró y lo colocó delante de ese al que acababa de agredir, el cual se despachó a gusto. La tromba de gargajos se transformó ahora en una de golpes. Al principio, solo le pegaba uno. Luego se le unieron los demás. Supo entonces que no viviría para contarlo. Cinco pares de puños se estrellaban en su rostro de un modo salvaje y reiterado, mechones de cabello tapizaban la calzada porque de él lo arrastraban de un lado a otro, y formidables patadas impactaban en su cuerpo con tal virulencia que lograron cariar la barrera de la piel para alcanzar huesos, músculos, órganos... De pronto, una brutal trompada le acertó en el cráneo y entonces sucedió justo lo que intentaba evitar: perdió el conocimiento.

Los vándalos lo sacudieron para reanimarle y continuar la zurra, pero, como permaneció exánime, lo creyeron cadáver y se batieron en retirada. Sin embargo, el líder de la banda no pudo resistir la tentación de decir la última palabra. Se agachó a su vera y le arrimó los labios a la oreja.

—Espero que hayáis aprendido los modales propios de un novato, imbécil. Si vais camino del infierno, cuidaos de afrentar a Satanás. La candela que os hemos dado aquí no dura siempre, pero el fuego eterno sí lo hace, y eso duele mucho más.

Después lo cacheó y, frustrado porque no halló nada de valor, volvió a patearle la cabeza. Luego recopiló las ropas que le habían quitado y echó a correr.

Alonso quedó extraviado en las sombras de una costanilla oscura y en las de sí mismo, desmadejado, en cueros, con los brazos atados a la espalda, los tobillos amarrados, cubierto de esputos y sangre, inerte y aparentemente muerto. Así lo encontró al alba un fornido sastre que se dirigía a su taller. Tras acercarle un dedo a la nariz y comprobar que todavía respiraba, lo remolcó hasta el hospital más próximo, donde lo acomodaron en un jergón. Una enfermera le desinfectó los cortes de la cara, aplicó ungüentos a los incontables moratones del cuerpo y le coló una infusión de hierbas a través de la garganta.

—Los demonios proliferan por aquí —gruñó el galeno después de examinarle—. Han dejado a este infeliz con un pie en el cajón. ¿Disponemos de algún contacto de referencia?

—No, señor —respondió la enfermera—. Lo han hallado tirado en una travesía sin ropa ni documentación. No sabemos de nadie a quien dar aviso.

—¡Lástima! No parece un indigente y le supongo con familia o amigos preocupados por él y por su inminente defunción. Porque tal final vaticino. Ha recibido una tunda letal y dudo que recobre el conocimiento. No obstante, aseadle y cambiadle las vendas a diario. Mientras respire, lo cuidaremos.

64

ADIÓS, PRINCESA

La noticia de la boda entre Enrique y Mencía cayó como un cañonazo en el entorno de don Gonzalo. Doña Elvira, su esposa, se negó de manera rotunda. Según ella, el novio carecía de títulos nobiliarios y no estaba a la altura de los Soto de Armendía. Y era verdad. De ahí que don Gonzalo se viera obligado a hilar fino para conseguir llevarla a su terreno. Por supuesto, no le desveló las auténticas razones de su decisión, pero sí esgrimió otras irrefutables. Amén de pertenecer a una familia prominente, Enrique integraba el círculo de confianza del conde de Olivares, lo cual le confería mucho predicamento en el Alcázar. Si intercedía en favor de Beltrán, los recelos sobre la presunta traición de este pasarían de evangelio a falacia, y ningún título nobiliario superaba eso. Aunque Beltrán era ahora el yerno de un grande de Castilla, la sombra de la sospecha persistía y estaba por ver que su participación en el sitio de Breda la borrase del todo. Cuando regresase a Madrid, hubiera o no caído la plaza, no le vendría mal contar con un baluarte de peso y Enrique se lo podía dar. El aplastante alegato disolvió las reticencias de doña Elvira en el acto y ahora le parecía un movimiento tan magistral que hasta lo aplaudió.

Don Rodrigo también cuestionó aquellas nupcias e incluso refirió a don Gonzalo los desmanes de Enrique y el intento de violación a Isabel. Aunque le enfermaba destapar ese episodio, el sentido de la amistad le conminó a hablar. La revelación estremeció a don Gonzalo, pero, como su comprometida situación lo tenía encadenado, se tragó la desazón y dejó estupefacto al duque tildando el incidente de «vehemencias propias de mocedad». Álvaro tampoco se cruzó de brazos y le suplicó que lo reconsiderase. Imaginar a Mencía atada a tamaño siniestro lo encrespaba, sobre todo, sabiendo cuánto le detestaba ella. Por desgracia, los argumentos de don Gonzalo volvieron a triunfar, y los dos, padrino y ahijado, no pudieron más que

rendirse a las indudables ventajas de aquella alianza.

A quien de ningún modo consiguió don Gonzalo vender el proyecto fue a Mencía. Ni buenas palabras ni mejores expectativas la sedujeron, pues no atisbaba bondad alguna en un espanto de tan inmenso calado. Peleó, lloró, puso el grito en el cielo y en el infierno, amenazó con ingresar en un convento de clausura, coger tierra y manta disfrazada de varón, suicidarse… Recurrió a todas las argucias al alcance de una aristócrata en edad casadera sometida a los dictados paternos, pero, como le sucedía a la mayoría, fracasó.

—Mi decisión es firme —sentenció don Gonzalo sin exhibir la congoja que lo consumía—. Te unirás a Enrique el próximo 18 de octubre. Se acabó la discusión.

—Antes muerta, ¿me oís? —masculló Mencía—. ¡Antes muerta!

Dicho esto, abandonó la estancia con un violento portazo. En un contexto normal, nunca habría dispensado a su padre esa grosería, pero, en el actual, le produjo una enorme satisfacción. El repertorio de desacatos e impertinencias que una dama podía permitirse era muy limitado y ella parecía dispuesta a no saltarse ningún epígrafe. Metida en una espiral de rabia y desesperación que giraba y giraba, corrió a sus aposentos, entró y de nuevo prescindió de delicadezas al cerrar. Después inició una ofensiva contra muebles y paredes que terminó con la alcoba patas arriba, y sus nudillos, hechos trizas.

Temerosas de que hubiera enloquecido, doña Úrsula y sus criadas la sujetaron e intentaron devolverla a su ser, pero, tras varios conatos fallidos, la muchacha les gritó que la dejaran en paz y las echó a empujones. Luego se tumbó en la cama, a la que también atacó arañando las sábanas y soltando furiosos puñetazos al colchón. Le resultaba inconcebible verse en aquel atolladero. No conseguía ni digerirlo ni aceptarlo.

Destrozada, adoptó una posición fetal, se abrazó las rodillas y empezó a columpiar el cuerpo al ritmo de la honda angustia que la atenazaba. Siempre consideró una quimera disfrutar de un mañana junto a Alonso y tenía asumido que su persona y su casorio devendrían en cláusulas de un contrato mercantil. Sin embargo, nunca imaginó que el destino le deparaba la peor opción. Anhelaba escapar, desvanecerse, renunciar a todo, olvidarlo todo…, morirse. Aunque su cabeza no cesaba de pergeñar soluciones al desastre, se exasperaba porque ninguna cobraba forma. Se sentía atrapada en el interior de un

fortín carente de salidas. No había abertura alguna. Ni puertas, ni ventanas, ni pasadizos secretos, ni túneles subterráneos, ni puentes... Nada. Ni siquiera vislumbraba un barranco al que precipitarse o un río en el que hundirse. Estaba rodeada de abismo, vestida de novia y camino de un altar donde la aguardaba Enrique y una vida miserable.

Así permaneció el resto del día. Se negó a comer, a desalojar la habitación y, cada vez que doña Úrsula o alguna doncella amagaba cruzar el umbral, prorrumpía en berridos y volvía a despedirlas. Por la noche, cuando todos dormían, se escabulló hasta el jardín y subió al torreón. Necesitaba refugiarse en el regazo de Alonso y solo allí le percibía. Se llevó una mano al escote y agarró la medalla que él le había regalado. En la otra guardaba el caballo de ajedrez que debía mandarle en caso de hallarse en un apuro serio. Quería hacerlo, porque a fe que no se le ocurría mayor problema que el presente, pero Alonso aún no le había comunicado la dirección. Bueno, ni la dirección ni nada. Desde su partida, no había dado señales de vida y, aunque aquel silencio la tenía muy inquieta, no le quedaba otra que esperar. Mientras, trataría de esquivar a Enrique, cosa harto complicada, por cierto. Más temprano que tarde, exigiría una entrevista y no sabía cómo excusarse. La perspectiva la estomagaba tanto que se sentía capaz de cualquier desatino. ¿Qué alegaría para rehuirle? ¿Qué demonios podía hacer, maldita sea? Sumida en un agobio sin precedentes, encastró la cabeza entre los codos y de nuevo estalló en sollozos.

Estuvo llorando tres jornadas enteras. De noche, mojaba el pretil del torreón; de día, el hombro de Isabel, la única presencia que toleraba. En una de esas reuniones, le rogó ayuda para hacer llegar a Alonso el caballo de ajedrez.

—Recurramos a Álvaro —propuso Isabel—. Olvida las precauciones y cuéntale de una vez vuestros amoríos. Dadas las circunstancias, te garantizo que no los condenará. Al contrario. Saldrá flechado a Alcalá en cuanto descubra lo que hay.

—Díselo tú, por favor —se achantó Mencía—. Quizá no me recrimine nada, pero, si lo hace, me derrumbaré.

—De acuerdo. Entretanto, trata de calmarte y descansar. Te veo muy desmejorada y me preocupas. Doña Úrsula asegura que ni pruebas bocado ni pegas ojo.

—Y así seguiré hasta que Alonso me rescate de esta pesadilla.

—No te fallará. Yo me ocuparé de traerlo a tu vera.

Como había vaticinado Isabel, el idilio de Mencía y Alonso sorprendió a Álvaro, pero ni se enfadó ni le ofendió. Considerando la gravedad de lo que se terciaba, la inferioridad social del romeo le parecía una trivialidad. Sin titubear ni un instante, se guardó el caballo de ajedrez y ya montaba en el suyo rumbo a Alcalá cuando un criado lo interceptó.

—Vuestro padre os reclama en la biblioteca, señor.

Álvaro bufó. ¡Qué inoportuno! A regañadientes, cedió las riendas del rocín al criado y fue en busca de don Gonzalo, a quien encontró desencajado.

—¿Qué sucede? —se asustó—. ¿Estáis llorando?

—Se trata de tu hermano Beltrán. Ha... ha muerto.

Un sudor frío congeló el semblante de Álvaro. En su fuero interno, ansiaba aquella noticia y siempre creyó que recibirla le provocaría más alegría que tristeza, pero ¡cuánto se equivocaba! Retazos de la infancia, un montón de risas, mil travesuras compartidas sacudieron su memoria y le quebraron el temple. Las lágrimas le empañaron la expresión y un reguero de ellas trazaron el sendero de la pena en sus mejillas.

—Un emisario del general Spínola ha llegado de Flandes con la mala nueva —explicó don Gonzalo—. El asedio a Breda comenzó a finales de agosto y, a lo largo de estas tres semanas de bloqueo, Justino de Nassau, el gobernador de la plaza, ha orquestado escaramuzas periódicas contra los nuestros. En uno de esos combates, Beltrán logró atajar una espada enemiga que volaba directa al corazón de su capitán, pero no pudo evitar que la hoja le alcanzase la yugular.

—¡Dios bendito, padre! —murmuró Álvaro, sobrecogido—. ¡Qué tragedia!

—Solo me consuela saber que cayó con gloria —sollozó don Gonzalo—. Salvar a un capitán del ejército imperial ha exterminado la sombra de traición que aún le lastraba y así lo proclamará el Alcázar en las exequias que planea organizar en su honor.

—¿Se lo habéis dicho a Isabel?

—Todavía no. Yo me acabo de enterar.

—¿Queréis que la ponga al corriente?

—No, Álvaro. Eso le compete a Rodrigo y ya le he mandado aviso. Tú has de ejercer como el primogénito de los Soto de Armendía

que ahora eres. Viajarás a Breda y traerás a Madrid el cadáver de tu hermano para que reciba cristiana sepultura aquí, en su tierra. Prepara la impedimenta. Partirás hoy mismo.

Antes de marchar, Álvaro devolvió a Mencía el caballo de ajedrez deshecho en disculpas, pues no podía ayudarla. Enlutado el cuerpo por el fallecimiento de Beltrán y el ánimo por el lúgubre mañana que pretendían imponerle, la muchacha no se quedó quieta. Metió la pieza en una bolsita de cuero, le enganchó un papel con un «Para Alonso González de Armenteros» escrito en él y la cursó a Alcalá a través de un mensajero. No le dio más datos. No los tenía. Solo le suplicó que no desistiera hasta localizarle.

Mientras esperaba una respuesta, se dedicó a capear todas las visitas de Enrique. Y ya sumaban bastantes. Demasiadas. De momento lo había conseguido porque, cuando le anunciaban su llegada, sufría tal crisis de histeria que sus padres, temiendo romper la cuerda de tanto tirar, ordenaban dejarla tranquila. Pero aquello no era más que una tregua temporal y, consciente de que resistirse no la salvaría de lo inevitable, vivía en una agonía asfixiante. Sabía cuánto enojaban a don Gonzalo ese tipo de comportamientos y que, si se empecinaba en desafiarle, aparcaría las indulgencias y la arrastraría de los pelos ante Enrique. Pese a ello, la terquedad y una rebeldía que no amainaba le daban coraje para mantenerse aislada y en sus trece. No ingería alimento, apenas bebía y parecía haber convertido la ropa de dormir en una segunda piel, pues no consentía quitársela. Tampoco lo necesitaba porque de día no se levantaba de la cama y de noche solo lo hacía cuando el resto de la casa se metía en ella. Entonces se arrebujaba en un manto y corría al torreón para acurrucarse en el recuerdo de Alonso hasta el alba.

Aquellas andanzas nocturnas eran su único desahogo y se evadía tanto en el transcurso de las mismas que no había reparado en un detalle: una doncella la vigilaba. Días atrás, de camino a un mandado, Enrique le había salido al paso y, después de amenazarla con amargarle la existencia en cuanto se instalase junto a su ama en la mansión Valcárcel, le había ordenado espiar a esta e informarle de todos sus movimientos.

—Quiero que me lleves al torreón —le exigió Enrique la mañana del 27 de septiembre en que ambos se reunieron cerca del Prado y ella le refirió sus averiguaciones.

—Me pedís un imposible —gimoteó la chica, acobardada—. La señorita acude allí de madrugada y todas las puertas se cierran a medianoche.

—De seguro conoces un modo de franquearme la entrada —sugirió Enrique en actitud conminatoria—. Recuerda la que te espera en mi casa como desatiendas mis requerimientos. Además, has de saber que acabo de estar en el puesto de flores que tus padres regentan en la plaza de Santa Cruz. Gasta tiento, moza. Las represalias de tu desobediencia quizá les salpiquen a ellos.

—No les hagáis daño, os lo suplico. Son todo lo que tengo en el mundo.

—Entonces, dame soluciones, no problemas.

—Bueno..., hay un pequeño portillo en el jardín... Podría descorrer el pestillo y...

—Dime dónde está y déjalo abierto esta noche —estipuló Enrique, a quien la perfidia había torcido el rictus—. Visitaré a mi prometida, lo quiera ella o no.

Tras urdir el plan de acción, se despidieron hasta unas horas después y luego se separaron: el ilustre, excitado al imaginar el susto de Mencía cuando le viera asomar; la criada, augurando lo peor porque su ama estaba alteradísima y temía una explosión mayúscula tan pronto el causante de sus tribulaciones profanase el único rincón del universo capaz de brindarle algún consuelo.

Aquella noche, poco antes de las tres de la mañana, Mencía emprendió viaje al torreón ajena al sigiloso acecho de su doncella. Ya en la terraza, se reclinó sobre el muro, asió la medalla de Alonso y, fiel al ritual de cada madrugada, miró al cielo. Pero no halló alivio en él. Una extraña negrura lo amortajaba de canto a canto. Ya no le parecía la romántica explanada en cuyo lecho había entregado el alma a su caballero, sino una boca tenebrosa a punto de devorarla. No había luna ni estrellas. Ninguna luz lo iluminaba. Solo el ulular del viento rasgaba su tensa quietud y densos nubarrones lo surcaban a velocidad de adagio, muy lentamente, como un ejército fantasmal que avanza abúlico porque sabe que vencerá sin tener que empuñar las armas.

Un chasquido la arrancó de sus deliberaciones. Suponiendo que lo había provocado un golpe de aire, se giró para confirmarlo. Quedó petrificada cuando descubrió la puerta abierta y a Enrique apoyado en

el umbral.

—Buenas noches, princesa —saludó él en un tono lujurioso y de veras espeluznante.

—¿Vos? —bizqueó Mencía, patidifusa—. Pero ¿qué…? ¿Cómo habéis entrado?

—Regañad a Cupido, no a mí —se burló Enrique con un suspiro histriónico—. Sus flechas me han dado alas para volar hasta aquí.

—¡Responded! —se exaltó Mencía, que no lograba asimilar la aparición—. ¿Cómo osáis colaros en mi casa a estas horas y abordarme con tamaña desvergüenza?

—La culpa es vuestra, querida. Si me hubierais concedido audiencia, no me habríais obligado a tomarme ciertas libertades.

—Lo que vos llamáis libertad es un allanamiento de morada en toda regla y está penado por la ley.

Enrique le rodeó la cintura de una forma pegajosa y en extremo irreverente.

—¿Y no creéis que el juez me absolvería? —ronroneó—. Si alego que ansiaba gozar de mi futura esposa y que la pasión me ha nublado el entendimiento, lo considerará una travesurilla de enamorado. ¡Oh, vamos! No os enojéis. Al fin y al cabo, os desposaré en menos de un mes. ¿Qué importa disfrutar de la carne un poco antes de lo autorizado?

—¡Quitadme las zarpas de encima! —exhortó Mencía, apartándole de un empujón.

Rabioso tras la fiera acometida, Enrique le agarró la cara sin ningún miramiento.

—Aflojad los humos, maldita insolente. Estáis a mi merced y no os pienso tolerar ni una sola impertinencia. A partir de ahora, yo ordeno y vos obedecéis, ¿entendido?

—Ahorraos vuestras galantes sentencias y reservadlas para la desgraciada a la que desposéis, porque esa no será una servidora —rebatió Mencía, destilando desdén—. Jamás os daré el *sí, quiero*, ¿os queda claro? ¡Jamás!

No sabía que se estaba comportando como tanto complacía a Enrique: oponiendo resistencia. Provocar terror en una mujer e incitarla a forcejear para después someterla lo descontrolaba hasta el delirio. Y justo eso le sucedió: que desató los instintos.

Cogió del cuello a Mencía y la aplastó contra el muro del torreón.

Luego le tapó la boca con una mano para despojarla del manto con la otra. Le levantó la camisa de dormir y las enaguas e, interponiendo una pierna entre las suyas, se las separó. Emitiendo gritos sordos y llorando de asco e impotencia, ella trató de defenderse, pero la fuerza del enemigo la tenía en clara desventaja. Todo cambió cuando sintió sus dedos hurgándole el pubis. Una riada de cólera le proporcionó el brío necesario para alzar la rodilla e incrustársela en los testículos. Enrique se dobló de dolor. El acto reflejo de llevarse las manos a la zona herida le obligó a liberar a Mencía. Tan pronto esta lo notó, se sentó de un salto en el pretil y, acto seguido, se puso en pie. Tal crispación le saboteaba la cordura que ni un instante se detuvo a valorar lo temerario de la maniobra. A Dios gracias, la generosa anchura del muro no le exigía hacer malabarismos, aunque eso no restaba riesgo a la situación porque un mínimo descuido y se precipitaría torre abajo.

—Volved a rozarme y me lanzaré al vacío —masculló mientras entiesaba el torso y colocaba los brazos en jarras para mantenerse estable—. Si me mato, no habrá boda. Perderéis mi dote y a mí.

Aunque todavía lastimado en sus partes pudendas, Enrique sonrió malicioso. Cierto que la perdería a ella, pero no la dote. Don Gonzalo ya se la había transferido y también había renunciado a su restitución en caso de morir Mencía antes o después de la boda. En cuanto al resto de prebendas, porfiaría en el chantaje y así, en lugar de recabarlas por medio de la hija, las obtendría directamente del padre. En resumen, el fallecimiento de Mencía no le supondría un gran descalabro y esa reflexión le fabricó una indolencia que desconcertó a la joven.

—Adelante —la invitó—. Lavaré todas las afrentas de Alonso González de Armenteros a través de vos, os tiréis o no. Sea como sea, le he arrebatado a su «bella señorita» para siempre porque, si vivís, estaréis en mi lecho, y, si morís, en el ataúd. He ahí mi venganza. Nunca os tendrá. Ni de una forma ni de la otra.

Saber a Enrique al corriente de su relación con Alonso impresionó tanto a Mencía que se tambaleó. Por suerte, recuperó la estabilidad y estiró de nuevo el cuerpo. Fue entonces cuando una súbita ráfaga de viento le impactó en el pecho y, si bien no llevaba demasiada potencia, sí la pilló desprevenida. Sin darse cuenta, retrocedió un paso y el pie se le quedó suspendido en el aire. Al

notarlo, el susto le robó la entereza... y el equilibrio.

Más impulsado por los reflejos que por la voluntad, Enrique se abalanzó hacia la cornisa y llegó justo a tiempo de sujetarle la muñeca. Se miraron. Él desde arriba; ella desde abajo. Ella, aterrada porque, en realidad, nunca había barajado de veras la opción del suicidio; él, despreocupado y con un brillo malicioso chispeándole en las pupilas.

—¡Subidme! —demandó Mencía sin atreverse a mover ni un músculo—. ¡Apremiad, maldita sea! Peso muy poco y podéis izarme sin esfuerzo.

—Me pregunto qué ocasionaría mayor desconsuelo al estúpido de Alonso: veros casada conmigo o muerta —divagó Enrique en tono gélido—. ¡Hum! En mi opinión, lo irreversible duele más, así que... adiós, princesa.

Entonces abrió la mano y la soltó.

Mientras la gravedad hacía su oficio y la figura de Enrique se iba alejando, Mencía clavó los ojos en el cielo. Ahora comprendía el velo negro que lo brumaba aquella noche, las nubes que, ásperas y desabridas, lo descosían a dentelladas llenándolo de jirones picudos e hirientes, la fuga de la luna, la ausencia de estrellas, la cacofonía del viento..., esa calma coagulada que olía a sepulcro. Ahora lo entendía. Ni la dama de plata ni su corte de luceros habían querido presenciar el triste desenlace de un sueño. No los culpaba. ¿Para qué darse semejante atracón de fracaso? ¿Qué placer ofrecía recrearse en el espectro de un futuro truncado, de una historia que, andando el tiempo, solo se mantendría viva en la memoria del olvido? Ella habría actuado igual. También habría huido de aquella bóveda que ya no era celestial porque estaba infestada de luto y muerte. Y eso hizo. Se marchó. Entornó los párpados, agarró la medalla de Alonso y se concentró en él. Rememoró el inicio del romance, el primer beso, tantos momentos, tantas ternuras... Pero todo había terminado. El *siempre* que ambos habían plantado en el jardín del mundo ya no germinaría. El mañana se les había escapado. Nunca volverían a reunirse en la tierra. Ni a intercambiar mieles. Ni a quererse.

Mientras Mencía viajaba rumbo al planeta de los difuntos, en un hospital de Alcalá, Alonso le seguía los pasos. No reaccionaba. No mostraba ninguna emoción. Salvo cuando ella cayó al vacío. Entonces, de sus ojos cerrados, brotaron dos lágrimas.

65

EL CABALLO DE AJEDREZ

Villa de Alcalá, 28 de septiembre de 1624 de nuestro Señor

La casa de pupilaje donde Alonso se alojaba estaba en la calle del Tinte y pertenecía a Tobías Orellana, un bachiller que, a cambio de un módico precio, ofrecía comida rancia y habitaciones ruinosas, sucias y diminutas para compartir entre seis estudiantes. En realidad, las piezas solo admitían cuatro personas y apretadas, pero era lo que había, así que a sus usuarios no les quedaba otra que exprimirse el magín hasta obrar un milagro de la ingeniería y encajar los camastros. Eso sí: no existía fórmula, ni matemática ni física, capaz de evitar que durmieran como piojos en costura.

El mensajero enviado por Mencía recorrió Alcalá de canto a canto durante una semana larga en busca de Alonso y, ya desesperaba, cuando aquel 28 de septiembre, al día siguiente de que Mencía se precipitara torreón abajo, aterrizó en los lares de Tobías Orellana. Le abrió la puerta un adolescente que acababa de incorporarse a la plantilla de criados y, a la sazón, no conocía ni el nombre de los huéspedes ni, mucho menos, sus idas y venidas. Al preguntar el emisario por Alonso, el chico se rascó la cabeza pensativo.

—No me suena —contestó al cabo de un rato—. Aunque de seguro el bachiller lo sabe. ¡Pues menudo es! No se le escapa ni el eructo de un jilguero.

A continuación, lanzó un silbido de lo más desagradable.

—¡Don Tobías! ¿Tenéis un feligrés llamado González de Armenteros?

Apareció entonces una mujer regordeta con un mandil a la cintura y pinta de estar al tanto de todo lo que allí se cocía. Ni corto ni perezoso, aparcó el cesto de ropa que acarreaba y atizó una colleja

al muchacho.

—¿A santo de qué graznas así, gañán? ¿Te crees en el reino de los sordos?

—Aquí el maese, señora Floren. Pregunta por Alonso González de Armenteros, pero, como todavía no conozco a la parroquia, me ha pillado en blanco.

—¿González de Armenteros? —repitió la otra, frunciendo el ceño—. Sí, sí, es uno de los nuestros. Hace días que no asoma el hocico. Supongo que andará igual que todos: entre vino, furcias y naipes. Estos zánganos ni pisan el cuarto ni tocan un libro. Vienen a la universidad para cualquier cosa menos para estudiar. Y luego pasa lo que pasa. Tardan más en graduarse que un caracol en cruzar la mar.

—¿Podríais avisarle? —solicitó el mensajero—. Le traigo un recado.

—¡A ver si vais a estar sordo de verdad y por eso grita el mozo! —espetó la mujer—. ¿No os acabo de decir que lleva días sin asomar el hocico?

—Entiendo. En ese caso, ¿os importaría darle el envío? He de partir a Segovia a realizar otra entrega y la tarea de encontrarle me ha retrasado mucho.

—Perded cuidado —accedió ella—. Yo me ocupo de ponérselo en el catre para cuando el señorito se digne a comparecer.

Cogió entonces la bolsita de cuero que el mensajero le tendía, marchó al dormitorio de Alonso y la metió bajo las mantas de su camastro sin dejar de farfullar exabruptos contra el gremio estudiantil.

66

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Al percibir un extraño follaje bastante más mullido que la dura tierra, Mencía abrió los ojos sorprendida. De primeras pensó que estaba muerta y que, como Dios le había asignado el paraíso, los ángeles le habían acolchonado la entrada a modo de bienvenida. Además, tenía frío, lo cual reforzaba la teoría de no haber recalado en el infierno. Allí hacía calor y, desde luego, no recibían a los recién llegados entre algodones.

Al mirar en derredor y distinguir una inmensa maraña verde, empezó a comprender. Se hallaba dentro de algo, aunque no era una tumba como suponía, sino la gigantesca copa de un olmo centenario que crecía a la sombra del torreón. El exuberante ramaje se había interpuesto en su camino al suelo e impedido que se estampara contra él.

Emitió un suspiro mitad contento mitad frustrado. Aquel árbol le había salvado la vida y no sabía si darle las gracias o un puñetazo porque, entre casarse con un asesino y morir, casi prefería lo segundo. Pese a ello, cierto alivio sí la embargó. También un dolor intenso en las lumbares, principales afectadas tras aterrizar sobre la espalda. Aturdida y muy mareada, se aferró al tronco y descendió hasta la base. Tenía el cuerpo contusionado, la cara plagada de arañazos y la ropa desgarrada, pero, por lo demás y contra todo pronóstico, estaba de una pieza.

Alguien corrió hacia ella llamándola a gritos. Era su doncella. Después de facilitar a Enrique el acceso al jardín, aguardaba el regreso de este junto al portillo. A la luz del farol que sostenía, había presenciado lo ocurrido, incluida la suelta final, aunque, debido a la distancia y a que no concebía esa posibilidad, necesitó refrendarlo.

—¿Os ha tirado él? —sollozó, echándose a los brazos de Mencía —. Me ha parecido ver que abría la mano. Lo siento. Ha sido culpa

mía. Me obligó, ama. ¡Me obligó!

Atraídos por el alboroto, varios lacayos y centinelas acudieron en tropel. De pronto, a lo lejos, se oyó a Enrique. Sonaba trágico y exhibía un enorme desconsuelo. Puro teatro, claro, aunque algo triste sí que estaba. No en vano había querido matar a Mencía y el maldito árbol le había truncado la dicha.

—¡A mí la guardia! —bramaba, simulando ignorar el feliz desenlace del incidente—. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Mi prometida! ¡Oh, mi amor! ¡Mi princesa!

Sin dejar de repetir el mismo estribillo, se internó en el corrillo formado en torno a Mencía y su doncella. Al plantarse en el centro de la escena, elevó la cabeza al cielo.

—¡Alabado seas, Señor! ¡La has salvado! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

La mezcla de angustia, alivio y alegría que le arrebolaba el rostro destilaba tal sinceridad que la certeza de la criada flaqueó. Quizá no soltó la muñeca de su ama. Quizá se le resbaló. Pero Mencía, segura de la primera versión por motivos obvios, reaccionó conforme a ella.

—¡Condenado bellaco! —rugió antes de abalanzarse contra Enrique y propinarle un rabioso empujón—. ¡Habéis intentado asesinarme!

Un murmullo escandalizado emergió de la nutrida concurrencia que observaba la polémica sumida en un silencio sepulcral.

—¿Asesinaros yo? —protestó Enrique, adoptando un gesto de mártir digno del premio a la mejor interpretación—. ¿Qué disparate estáis diciendo?

La imperiosa voz de don Gonzalo interrumpió la pelea. Iba envuelto en una manta que cubría la camisa de dormir, pues, al constatar la gravedad del percance, doña Úrsula le había mandado aviso a través de un criado y el marqués había salido con lo puesto. A diferencia de Enrique, su palidez sí hablaba de un susto real.

—¡Hija mía! Me cuentan que te has precipitado desde lo alto del torreón. ¿Cómo demonios ha pasado algo así? Ordené tapiar la entrada.

—Un golpe de viento me desequilibró —relató Mencía de modo atropellado—. Enrique me agarró la muñeca, pero, en lugar de subirme, el muy canalla me soltó.

—¡No es cierto! —impugnó el mentado—. Se tiró en voluntad.

Me espetó que prefería morir a casarse conmigo y se lanzó al vacío. Aunque logré atraparla, forcejeó hasta desengancharse. Traté de persuadirla, pero está loca, señor. No me escuchó.

—¿Asesinato o suicidio? —recapituló don Gonzalo con el semblante desvaído porque no acertaba a digerir ninguna de las dos opciones—. ¿A quién he de creer?

—Mi doncella es testigo —saltó Mencía—. Díselo, Teresa. Di que le viste soltarme.

Un brillo perverso en los ojos de Enrique advirtió a la criada que, si le delataba, sus padres lo pagarían.

—Bueno, yo… —farfulló, retorciéndose los dedos presa de los nervios—. Pataleabais mucho mientras él luchaba por sujetaros; como si…, bueno…, como si no desearais… vivir.

—Te ha amenazado, ¿no? —adivinó Mencía tras captar el soslayado cruce de miradas entre la muchacha y Enrique—. ¿Con qué? ¿Con atacar a los tuyos? No temas. No lo permitiré. Pero ¡te lo suplico! ¡Di la verdad!

—Esa es la verdad, ama.

—No lo es y tú lo sabes —la increpó Mencía para luego cogerla de los hombros y zarandearla—. ¡Tú lo sabes, mentirosa! ¡Di la verdad! ¡Di que ha intentado matarme!

—Algo en este entuerto asoma palmario: has allanado mi casa, Enrique —acusó don Gonzalo en tono suspicaz—. Eso te convierte en sospechoso.

—Sospechoso de ser un marido en ciernes ansioso de disfrutar de su futura esposa. Mencía declina mis invitaciones a pasear, a compartir charla, algún que otro arrumaco… En fin, las cosas normales de los novios. Reconozco que la frustración de verme privado de esos desenfados me ha incitado a colarme en vuestra propiedad, pero para cometer una pequeña travesura antes de las nupcias, no un asesinato, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué iba a hacer semejante barbaridad? Es ella la que reniega de nuestra unión, no yo. ¿No resulta más lógico pensar que se ha demenciado hasta el extremo de atentar contra sí misma? Además, acaba de admitir que la agarré de la muñeca. Si hubiera querido matarla, ¿habría intentado rescatarla? ¿Qué sentido tiene sujetarla y después soltarla?

—Me soltasteis, ¡maldito embustero! —se encrespó Mencía, ofuscada al darse cuenta de que tan razonable argumento había

convencido a su padre.

Y no se equivocaba. Don Gonzalo no pudo por menos que abrazar la versión de Enrique, y ello muy a su pesar. Nada le habría gustado más que cazarle en un delito susceptible de pena capital. Quizá le delatase camino del cadalso y también él saludase al verdugo, pero, al menos, ni su hija ni su fortuna terminarían en manos de aquel miserable.

—¡Basta ya, Mencía! ¿Cómo se te ha podido ocurrir tamaña atrocidad? ¿Qué pretendes? ¿Acabar en el infierno? ¡El suicidio es un pecado mortal!

—¡Pecado mortal es obligarme a casar con esta rata! —chilló la muchacha, fuera de sus casillas—. ¡Juro por lo más sagrado que me ha intentado matar! ¡Os lo imploro, padre! Cancelad la boda o me condenaréis a muerte. Hoy ha fracasado, pero reincidirá. No dudéis que lo hará.

—Ese tema está zanjado —sentenció don Gonzalo sin creer una palabra—. Tienes diecisiete años y madurez suficiente para asumir tus responsabilidades, así que deja de comportarte como una histriónica consentida. De lo contrario, me hartaré y, lejos de cancelar el enlace, lo adelantaré y que se ocupe entonces tu marido de domeñarte y enseñarte la educación que, a todas luces, yo no he sabido darte, porque no reconozco la gallardía de nuestro apellido en tu conducta de esta noche. Te confinarás en tus aposentos hasta el matrimonio. Enrique, desiste de visitas y no compliques más las cosas. Doña Úrsula, custodiad a mi hija. Que no abandone su alcoba bajo ningún concepto. En unos días nos mudamos a la casa de invierno. Que tampoco allí pase ni un instante a solas.

Enrique se retiró bastante aliviado. No había previsto que el estúpido árbol salvase a Mencía y, si la denuncia de la joven hubiera prosperado, todo se habría ido al traste. Cierto que le habría encantado vengarse de Alonso desangrando a su palomita, pero ya se resarciría después de las nupcias. Nada ni nadie le detendría entonces y no existía inconveniente capaz de empañar esa dulce expectativa.

67

BODA AMARGA

Villa de Madrid, 18 de octubre del año 1624 de nuestro Señor

—En nombre de Dios Todopoderoso y de la santa madre Iglesia, desposo a Enrique Valcárcel y Mencía Soto de Armendía y los declaro marido y mujer —proclamó el sacerdote—. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

La ceremonia se ofició en el pórtico de la parroquia de San Salvador escoltados los novios por una doña Francisca exultante y un don Gonzalo pálido, de riguroso luto e inmerso en una vorágine de impotencia que lo tenía a punto de reventar. Había tratado de postergar el enlace pretextando el fallecimiento de Beltrán, pero Enrique le advirtió que, o comparecía en la iglesia el día pactado, o lo haría en el cadalso.

El marqués estaba hundido. Perder a su primogénito lo había destrozado, el conato de suicidio de Mencía echó sal en la herida y entregarla a un chantajista puso la puntilla a tan nefasto paño. Y eso que había intentado neutralizar a Enrique por todos los medios. El Abogado de las Causas Imposibles y él mismo removieron cielo y tierra para agenciarse la documentación delatora de sus contubernios en la Carrera de Indias, pero, como no habían dado con ella ni con la persona encargada de enviarla a las autoridades si le ocurría algo a Enrique, no le había quedado otra que tragarse el sapo de la maldita boda.

Ahora bien, sus pesares eran un grano de arena al lado del inmenso desierto que arrostraba Mencía. La joven miraba incrédula la alianza que le enjoyaba el dedo. ¿De veras Enrique llevaba una igual? ¿En serio ese trozo de metal los unía para siempre? ¿Cómo había llegado a semejante tesitura? ¿Y dónde estaba Alonso? ¿Dónde que no

había venido a rescatarla? El mensajero que mandó a Alcalá le había confirmado que dejó el paquete en la casa de pupilaje del chico, aunque no en su mano porque, al parecer, andaba de farra. Esto sorprendió a Mencía, pues las juergas no encajaban en el perfil de Alonso, pero, como el tiempo pasaba y él no se pronunciaba, terminó asumiendo que las distracciones universitarias habían apagado el amor y encendido el olvido.

A la tristeza de tan colosal desengaño se añadieron la del deceso de Beltrán, la de la marcha de Álvaro y la de la ausencia de Isabel, un surtido de cuitas y nostalgias poco útil para enfrentar los preparativos de una boda amarga que no lograba digerir. A mayor desastre, la ceremonia resultó de un desangelado que dolía. De sus íntimos, solo don Gonzalo se encontraba junto a ella delante de aquel sacerdote que, en el nombre del Padre, acababa de refrendar sus nupcias con un bellaco detestable. El abatimiento por la pérdida de Beltrán había postrado en cama a su madre; Álvaro seguía en Breda; Alonso la ignoraba, e Isabel estaba confinada en las Descalzas Reales. Las viudas de alcurnia debían cumplir el período de luto retiradas del mundo y consagradas a la oración, cosa que muchas hacían ingresando en un convento voluntariamente o, como en el caso de su amiga, bajo mandato paterno. La clausura en un monasterio proporcionaba más respetabilidad ante la sociedad que permanecer en el hogar, y don Rodrigo, férreo protector del buen nombre de la Casa Salazar, había escogido esa opción sin prestar oídos a las súplicas de una Isabel mitad afligida, pues algo sí la apenaba la muerte de Beltrán, mitad encantada porque sentía renovadas sus esperanzas. No en vano la flamante primogenitura de Álvaro le convertía en un magnífico sucesor de don Rodrigo.

Así vivió Mencía el día de su boda; sin nadie cercano y rodeada de gente que no le importaba. Aunque el auténtico desafío estaba por llegar. Tras el convite, celebrado en la mansión Valcárcel y con suma austeridad en atención al duelo por Beltrán, sus doncellas la condujeron a los aposentos de Enrique y allí la acicalaron para el acto carnal.

—Tomad esta pócima, mi señora —le sugirió una de ellas al tiempo que le tendía un frasquito de cristal—. Os adormecerá y no sufriréis tanto.

—Necesito espadas, no sedantes, porque no consentiré que ese

desgraciado me toque —masculló Mencía, que temblaba de rabia y miedo.

—Si oponéis resistencia, se enfadará y será peor —dijo otra—. No hay forma de esquivar lo que viene, pero sí de padecerlo menos. Actuad con inteligencia y bebéoslo.

—De acuerdo —accedió Mencía antes de agarrar la botella y tragarse el brebaje—. Ya pensaré mañana cómo fugarme de este infierno.

Cuando quedó sola en mitad de la habitación, de pie, oliendo a lavanda, envuelta en una túnica de muselina blanca que barría el suelo, con la melena suelta y descalza, respiró más tranquila. La pócima empezaba a surtir efecto, y ella, a flotar.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió y Enrique cruzó el umbral. Llevaba una camisa larga y el rictus torcido por la lujuria.

—Momento de consumar, querida —anunció en un tono siniestro que estremeció a Mencía—. ¡Ah! Ojalá pudiera vernos el de Armenteros. ¡Cuánto disfrutaría!

—Y de lo lindo, además, porque de un tajo os cortaría la yugular —escupió la joven.

—¿En serio? —ronroneó Enrique mientras le cogía varios tirabuzones con la suavidad sinuosa que precede al ataque—. ¿Y dónde está vuestro quijote? Creí que acudiría al rescate de su dulcinea, pero, al parecer, el gallito peca de gallina. Mucho presumir de arrestos y, cuando se trata de apoyaros en un trance complicado, no se atreve a dar la cara.

—Ya quisierais ser la mitad de hombre que él —espetó Mencía.

Enrique pegó su rostro al de ella y tiró de los bucles que sostenía entre los dedos hasta doblarle el cuello hacia atrás.

—En breve comprobaréis mi hombría y, de paso, yo constataré si la de ese mequetrefe os ha desflorado. ¡Y ay de vos como lo haya hecho!

Acto seguido, cogió una daga de encima de un bufetillo.

—¿Os proponéis reincidir? —inquirió Mencía, convencida de que planeaba matarla—. Fallasteis en el torreón y ahora vais a intentarlo cuchillo en ristre, ¿no?

—Disculpad mis vehemencias de aquella noche —repuso Enrique con un mohín de cínico pesar—. Me arrebaté y el asunto se me fue de las manos. Y nunca mejor dicho, pues de ellas se me escapó vuestra

adorable muñeca.

Riendo el chascarrillo, aproximó la daga al pecho de una Mencía trémula y le delineó los senos con el filo. Después se lo introdujo bajo la túnica y lo deslizó por la pierna rumbo al muslo. Tiesa y erizada de puro terror, la muchacha aguantaba el magreo suplicando a la Providencia que el potingue de su criada acabara de anularle la lucidez.

—No, princesa —musitó Enrique—. No voy a mataros. Al menos, no de momento. Antes os fornicaré hasta dejaros como una uva pasa. Luego Dios proveerá. Si engendráis un heredero, quizá conservéis la vida, pero, si ni para eso me servís, entonces...

A modo de amenaza, acercó la daga al gaznate de Mencía. El gesto espantó tanto a la joven que no acertó ni a moverse. Esbozando una sonrisa maléfica, Enrique le cercenó un rizo y lo puso sobre el vasar de la chimenea.

—¿A esto se reducen vuestros logros carnales? ¿A un miserable mechón de pelo? —desdeñó Mencía tras reponerse del susto—. Porque Isabel me contó que le hicisteis lo mismo cuando abusasteis de ella. Me figuro que así actúan los de vuestra ralea, ¿verdad? Dais tanto asco a las mujeres que necesitáis robar lo que ninguna os ofrece en voluntad, ya sean sus cabellos, su cuerpo o su amor.

Por toda respuesta obtuvo un bofetón.

—No más ofensas, zorra —la increpó Enrique—. A partir de ahora, pagaréis caro cualquier insolencia. Sois mía y puedo arrancaros el pelo, los dientes o incluso la cabeza. Procurad, pues, balar a mi capricho y antojo. De lo contrario, penaréis mucho.

Para suscribir lo dicho, le propinó el segundo guantazo de la feliz velada. La trompada la derribó. Mareada a causa del brebaje y con dos moratones incipientes en el rostro, lo alzó. Un intenso brillo, fruto de la droga y también del odio, le incendiaba la mirada.

—Bale o muerda, penaré lo que no está en los escritos tal grima me inspiráis. Pero vos lo pasaréis igual de mal, señor pastor, porque esta oveja os ha salido díscola y no os facilitará el gozo.

De tan poco halagüeña forma comenzó el fin de la virginidad de Mencía. Entre golpes, azotes e insultos, Enrique la embistió una y otra vez hasta saciar las ansias de sexo, sangre y revancha. Gracias al brebaje ingerido, la muchacha soportó el calvario sumida en un letargo que le impedía presentar batalla, pero, lejos de lo augurado

por la doncella, esa apatía no la benefició. A Enrique le gustaban belicosas y, al no encontrar guerra, intentó conseguirla incrementado la violencia.

—Mi venganza contra Alonso González de Armenteros y contra vos está servida —le susurró al oído cuando, exhausto y satisfecho, se desplomó sobre ella—. Aunque esto es solo el principio. Desde hoy, así transcurrirán todas vuestras lunas, mi dulce palomita: en mi lecho y conmigo encima.

Luego se acostó en su extremo de la cama y casi al instante empezó a roncar. Anegados los ojos de lágrimas y con una angustia superlativa oprimiéndole el pecho, Mencía cubrió su cuerpo desnudo e infestado de cardenales y se tumbó de espaldas a Enrique. Al cabo de un rato, sucumbió al sopor originado por la pócima y se sumergió en una deliciosa ingravidez donde no había ladrones de felicidad.

68

EL RECONDUCIR DE LAS COSAS

Villa de Alcalá, 20 de octubre del año 1624 de Nuestro Señor
Dos días después

La resurrección comenzó en sus dedos. De manera tenue, se estiraron y, como si ese indicio de actividad hubiera accionado el resto de la maquinaria, los demás miembros también se tensaron. Frunció el ceño y se removió en el lecho. Le dolía mucho el cuerpo, aunque la cabeza se llevaba la palma. La sentía a punto de reventar.

—¡Vamos, vamos! —oyó que le animaba una voz masculina—. Un último esfuerzo.

Alonso abrió los ojos y miró en derredor. Distinguió un montón de camas, algunas ocupadas y la mayoría no. La suya se ubicaba junto a un ventanal cuyo papel encerado atravesaban los flácidos rayos de un sol otoñal. Un enfermero le arregló el embozo y otro hombre con el anillo en el pulgar típico de los médicos le palpó la frente.

—¡Aleluya! —exclamó, alborozado.

—¿Dónde estoy? —farfulló Alonso, deslizando la lengua por los labios acartonados.

—En Alcalá, en el hospital de Antezana —respondió el galeno mientras le ofrecía un vaso de agua—. Os encontraron en una callejuela, apaleado y en cueros. Debisteis de sufrir un atraco, aunque no lo sabemos seguro porque nadie vio nada.

—No fue un atraco, sino una novatada —musitó Alonso, en cuya mente los nublados empezaban a disiparse—. Unos malnacidos me emboscaron y decidieron divertirse a mi costa. Traté de resistirme, pero eran demasiados y me sacudieron a placer.

—Pues casi no lo contáis. Cinco semanas inconsciente entraña un riesgo enorme.

—¿Cinco semanas? —balbuceó Alonso, perplejo—. ¿Y cómo no me he muerto? El cuerpo no aguanta tanto tiempo sin comer ni beber.

—Habéis ingerido alimento a través de supositorios. Se fabrican con miel, sal, papilla de acelgas, borrajas o berzas, frutos secos triturados… Luego se mojan en aceite para facilitar su introducción en el recto. El agua la recibíais por medio de un embudo, os aplicábamos enemas que favorecen la evacuación y os movíamos las extremidades a diario, pues, de lo contrario, los músculos se atrofian. Así os hemos mantenido las constantes vitales. Gracias a Dios, habéis superado el lance. Durante estas semanas, las heridas han ido sanando, de modo que, si no recaéis, dentro de unos días podréis marchar.

El médico no se equivocaba. Una vez despierto, Alonso se recuperó rápido y, al cabo de cinco jornadas, abandonó el hospital. El curso había empezado y quería incorporarse cuanto antes. Suerte que el asalto le sorprendió con el examen de ingreso aprobado y la matrícula diligenciada porque, cumplimentados esos trámites, no le pondrían problemas.

Su reaparición en la casa de pupilaje revolucionó el lugar, y el relato de lo sucedido espoleó la compasión de don Tobías, el bachiller dueño del negocio. Ahora bien, el hombre no cayó totalmente en las redes de la misericordia.

—Gastaré clemencia y no te denunciaré al rectorado. Bastante penitencia arrastras con la tunda que te dieron. Pero a la próxima me reservaré las piedades para la iglesia. De no haber estado zascandileando de madrugada, no habrías sufrido ningún percance. Aquí tenemos unos horarios, joven, así que procura respetarlos porque, como vuelvas a pasarte las normas por el forro de tus caprichos, te mando a la calle. Ve a tu cuarto. Encontrarás tus cosas tal cual las dejaste. Luego arrea al comedor. El almuerzo se servirá en breve.

Alonso se encaminó a su habitación con el ánimo por los suelos y las fuerzas bajo mínimos. Estaba exhausto. El mes postrado no perdonaba y la bronca del bachiller no era el mejor reconstituyente. Se tumbó en el camastro y ya se disponía a echar una cabezadita cuando algo se le clavó en la espalda. Hurgó en las sábanas y sacó una bolsita de cuero. Extrañado, la abrió y, al ver lo que contenía, un escalofrío le acalambró el espinazo.

Interrogó a la casa entera respecto a la entrega de aquel paquete,

pero solo averiguó que un mensajero lo había traído —nadie recordaba cuándo— y después se había esfumado. Presa de la angustia, abortó sus planes de reengancharse al curso. Mencía necesitaba socorro e intuía la cuestión de extrema gravedad porque, de lo contrario, no le habría enviado el caballo de ajedrez sin saber siquiera dónde se alojaba.

Avió la impedimenta y se dirigió al establo. Allí había cavado un agujero y ocultado dentro sus pertenencias de valor: el libro regalo de Juan, el testamento de don Pelayo, la faltriquera y el estuche con la pluma de don Rodrigo. La visión de esto último lo enardeció. Sopesó tirarlo a la basura, pero un instinto superior a la ira se lo impidió. Mascullando improperios contra el duque, lo metió todo en un morral de piel desgastada, montó en su rocín y partió rumbo a Madrid.

Al llegar, se encaminó a la calle del Sacramento, donde se alzaba, soberbia e impresionante, la residencia de invierno de los Soto de Armendía. Cuando entró y la vio enlutada de arriba abajo, las piernas le flaquearon. ¿Quién había fallecido? ¿Se trataría de Mencía? Don Gonzalo lo recibió en la biblioteca, una estancia similar a la de la mansión del Prado y hogar de una colección de libros más prolija si cabe que la de allí. Aunque el aspecto del marqués, triste, demacrado y falto de su entrañable chispa, ya le impactó sobremanera, lo que le heló la sangre fueron las novedades. Beltrán estaba muerto; Isabel, en un convento; Álvaro, en Breda, y Mencía, viva de milagro tras intentar suicidarse, casada y, para colmo de negruras, ¡con Enrique! La noticia que cerraba tamaño rosario de desgracias lo exaltó de una forma exagerada y nada lógica considerando lo poco que, en teoría, había frecuentado a la muchacha.

—¿Cómo se os ha ocurrido? —reclamó enloquecido—. ¡La habéis entregado a un demonio!

—¿Y cómo te atreves tú a exigirme explicaciones? —rebatió don Gonzalo, sorprendido ante la violenta reacción—. ¿Quién rayos te crees que eres?

—Alguien que mataría por los Soto de Armendía —esquivó Alonso, tratando de controlarse—. Por cualquiera de sus miembros.

—Alabo tu lealtad, pero Mencía se ha convertido en una Valcárcel y, dada tu afición a insultar a Enrique, te sugiero limar asperezas. Los desprecios dispensados a él se extienden a su esposa y, si tanto idolatras a los míos, abstente de ofenderla siquiera de manera

indirecta. Ahora retírate. Asuntos urgentes requieren de mi atención. Instálate en tu alcoba de siempre, márchate a Alcalá o haz lo que te dé la gana, pero procura no incordiarme porque acabo de perder a mi primogénito y estoy de muy mal humor.

Alonso salió de la biblioteca aturdido. No daba crédito. ¿Qué diantres había pasado en su ausencia? ¿Por qué Enrique había desposado a Mencía si a quien parecía perseguir era a Isabel? De haber sabido que los había pillado juntos en Aranjuez, quizá habría deducido que todo formaba parte de un maquiavélico desquite, pero solo Mencía manejaba aquel dato. Enrique se lo había revelado antes de soltarla en el torreón y no había tenido ocasión de trasladarlo ni a Álvaro ni a Isabel, los únicos al corriente de sus amoríos. De ahí que el muchacho no acertase a discernir de qué modo había transcurrido el cuento para desencadenar tan nefasto desenlace. Se increpó a sí mismo. Debió impedir esas nupcias. ¿Cómo había podido fallarle así? ¡A ella! ¡Al *siempre* de los dos! Sacudió la cabeza. De nada servía ahora ni fustigarse ni hundirse. Tocaba intervenir. ¿Enrique se las había ingeniado para colocar una alianza en el dedo de Mencía? Muy bien. Él se ocuparía de quitarla de ahí y hacérsela tragar.

Aunque la manera de romper aquel aciago matrimonio asomaba meridiana, implicaba tomar una decisión trascendental. Debía adelantar el plan de probar la autoría de Enrique en los Crímenes del Ritual y restaurar así el honor de los Castro. Esa codiciada conquista también supondría la liberación de Mencía, pero no podía esperar a graduarse para proceder. Ella no aguantaría junto a Enrique los tres años mínimo que le llevaría obtener el título más los precisos hasta convertirse en un jurista prestigioso. Si de veras había recurrido al suicidio, no tardaría en reincidir. O lo mismo moría a manos de ese hideputa. No le quedaba otra que actuar ya. Le habría gustado ceñirse a la estrategia de Sebastián y acometer la venganza como abogado, pero tendría que conformarse con encomendar la misión a uno capaz de ejercer hoy, no mañana. Y un nombre encabezaba la lista de candidatos.

Resuelto a visitarle sin demora, cogió el testamento de don Pelayo y cabalgó hasta la Puerta del Sol. Allí debía adentrarse en la calle de los Preciados, pero, en lugar de eso, volvió sobre sus pasos rumbo a la plazuela del Cordón. Lo hizo de forma indeliberada y, al darse cuenta, comprendió que el corazón lo estaba guiando hacia don

Rodrigo.

Aunque se resistía a admitirlo, lo echaba terriblemente de menos. Además, desde su abrupta despedida, percibía la decepción de Margarita. Le rogó que cuando lo encontrase permaneciese junto a él y, lejos de obedecer, le había mandado al infierno. Y ello pese a lo mucho que necesitaba la cercanía del duque. En Alcalá, habría enterrado ese anhelo en libros y universidad, pero regresar a Madrid había reactivado el terremoto emocional que le provocó descubrir su origen Salazar. Nada más pisar la ciudad, su ánimo había cobrado trazas de veleta. Igual odiaba a don Rodrigo que lo quería. La víspera se planteaba tirar a la basura el cofre y la pluma. Ahora el regalo le inspiraba ternura. ¡Cuánto cuidado había puesto el hombre en transmitirle la verdad sin destrozar la mentira de una infancia cambiada! Las dudas comenzaron a resquebrajar el enojo. ¿Con qué derecho censuraba las calaveradas nacidas del amor y sus pasiones cuando, por Mencía, no vacilaría en cometerlas todas? ¡Por no hablar de Álvaro! Desfloró a la esposa de su hermano. ¿Le convertía eso en un bellaco? Cierto que no la había preñado y desamparado como don Rodrigo a Margarita, pero aceptó acudir a la Pilarica, una remiendavirgos de muy peligrosos métodos. ¡Él mismo le persuadió de hacerlo! Así pues, ¿quién demontres era para juzgar a don Rodrigo? «El fruto y gran perjudicado de sus desmanes, ¡caramba!», reivindicó, enfurruñado. De pronto notó que saberse fruto del duque ya no le generaba la repulsión del principio, sino una mezcla de pena e ilusión. Pena de no llevar la sangre de Sebastián; ilusión porque eso le suscitaba compartir la de don Rodrigo.

En la plazuela del Cordón, accedió al palacio ducal. No bien lo hizo, le inundó esa sensación de estar en casa; como tantas otras veces, solo que ahora entendía el motivo.

Don Rodrigo se hallaba en la biblioteca. Pasaba allí las horas muertas abismado en la contemplación del pergamino donde años atrás había dibujado el antebrazo de Margarita. La tristeza lo consumía. No lograba sobreponerse ni a la ausencia de su amada ni, mucho menos, a la de Alonso. Desde la trifulca con este, deambulaba por la vida sin ánimo ni sonrisa. Se sentía vacío y solo le consolaba perderse en los trazos de aquel boceto que le transportaba a una época feliz.

Un toque en la puerta lo sacó de su particular universo negro y

toda la sangre se le puso en pie cuando escuchó el anuncio del lacayo.

—Alonso González de Armenteros solicita ser recibido por su excelencia.

Un terror incontrolable le saboteó la respiración y lo dejó temblando. ¿Para qué había regresado? ¿Para volver a escupirle? Rogaba a Dios que no fuera así. No soportaría una segunda arremetida. Pero ¿de qué otra cosa podía tratarse entonces? Porque dudaba mucho que buscase una reconciliación.

Convencido de que una nueva tormenta se avecinaba, irguió el cuerpo mientras aguardaba la entrada de su juez y verdugo. Cuando lo vio cruzar el umbral, la tensión estuvo a punto de ahogarlo. Sin embargo, al distinguir una expresión suave e incluso achantada en el semblante del joven, una pizca de oxígeno vino a resucitar sus pulmones.

Alonso avanzó hasta quedar frente a él. Durante un momento, guardó silencio. Ambos se miraron. Don Rodrigo, con la congoja encogiéndole el corazón; Alonso, con una oleada de cariño inflamándoselo.

—Lamento las groserías que os dispensé antes de marchar a Alcalá, señor —empezó el muchacho tras aquel mudo acercamiento de posiciones—. No tengo derecho a cuestionar vuestros actos. Cierto que me atañen, pero, a fuego y con fuego, he aprendido que ni la vida ni el amor suelen escribir la historia como nos gustaría.

Tan reconfortantes palabras barrieron el azogue de don Rodrigo y, de paso, todos sus miedos. «Le costará, pero es noble y no conoce el rencor», había dicho Margarita. Y en verdad la brújula de la esperanza señalaba ese jubiloso norte.

—En nuestro último encuentro, dijiste que nunca me perdonarías —apuntó con voz entrecortada por la emoción.

—Dije muchas tonterías —admitió Alonso—. Pero haceos cargo. Me asestasteis un mazazo de enjundia y perdí los estribos. Llevo a mi padre muy dentro, don Rodrigo. No sé si podré asumir que no lo es. Tampoco sé si quiero.

—Nadie te lo pide. Sebastián Castro siempre será tu padre porque como tal te crio. Solo aspiro a que me cedas un trocito de esa función y me permitas disfrutar del placer de ejercerla. Durante todos estos años los remordimientos no me han dado tregua. Ya no tengo manera de expiar mis vilezas cuidando de Margarita, pero sí puedo cuidar de

ti. Déjame intentarlo. Déjame ayudarte a reconducir las cosas.

Esa frase final, «reconducir las cosas», fabricó una idea en Alonso.

—Construyamos un futuro sobre la base de la persona que nos unió en el pasado: mi madre. Yo persigo restaurar su dignidad, y vuesa merced, resarcir el daño que le hicisteis. ¿Y si cumplimos ambos anhelos demostrando su inocencia en los Crímenes del Ritual?

Don Rodrigo reprimió un brinco entusiasmado. No se le ocurría mejor forma de estrechar lazos con Alonso e inaugurar así el principio de una etapa distinta. No ya la de dos amigos, sino la de un padre y un hijo unidos en un frente común.

—Me parece maravilloso —dijo con el talante de quien ansía ponerse manos a la obra—. Tienes todos mis recursos e influencias a tu disposición. Cuéntame, ¿por dónde empezamos?

—Por esto —contestó Alonso en tanto le tendía el testamento—. Es la prueba de que mis padres pagaron la fechoría de otros.

Mientras don Rodrigo lo hojeaba y el pasmo iba blanqueándole la tez, el joven le reveló todo lo sucedido: cómo Sebastián le ordenó custodiarlo, la incursión de Enrique en la escribanía para robar el original y esconder allí el corazón, el análisis de las descripciones de Antonio hasta concluir que Enrique y Márquez habían matado a Candela y Mateo, y el modo en que había terminado compartiendo banco de escuela con Miguel Valcárcel. Cuando acabó, el duque boqueaba estupefacto.

—Al fin me cuadra tu inquina hacia Enrique y ese imperioso afán de estudiar Leyes. Imagino que quieres impartir justicia desde la Justicia.

—Exacto, pero todo se ha precipitado y ya no puedo esperar a graduarme.

—¿Y por qué ayer sí podías esperar y hoy no? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

De primeras Alonso barajó soltar un embuste. Luego desestimó esa opción. Le había contado a don Rodrigo casi todos sus secretos. ¿Qué importaba participarle el último?

—Mencía es la causa. Ayer no estaba casada con Enrique. Hoy sí. O disuelvo su matrimonio de inmediato, o esto acabará en tragedia, y la única forma de lograrlo pasa por dejarla viuda. He ahí mi meta: prender una hoguera que calcine a ese canalla.

—¿Mencía? —bizqueó don Rodrigo, cuyo asombro iba en

aumento—. ¿Tanto te interesa que vas a aparcar tu proyecto universitario por ella?

—Por ella haría cualquier cosa. Nos amamos, señor. Pretendía convertirme en abogado para limpiar el honor de mi familia, pero también para estar a la altura de los Soto de Armendía cuando pidiera su mano a don Gonzalo.

—¡Caray! —sonrió don Rodrigo—. Me dejas patidifuso. ¡Y muy contento! Nada me gustaría más que mi primogénito desposara a la hija de mi mejor amigo. La muerte de Beltrán ha extinguido la alianza de nuestros apellidos y me encantaría restablecerla.

—No os ofendáis, pero me casaré con Mencía como un Castro, no como un Salazar.

—Ya discutiremos eso —concilió don Rodrigo, consciente de que no era momento de tratar aquel peliagudo tema—. Centrémonos en lo que nos ocupa. Si no puedes atacar a Enrique en calidad de letrado, ¿qué te propones entonces?

—Contratar a uno con habilidad suficiente para exprimir la baza del testamento.

—Sírvete del mío. No hay otro mejor en todo Madrid.

—Prefiero recurrir a Bernardo Núñez de Belmonte.

—¿El Abogado de las Causas Imposibles? —se extrañó don Rodrigo—. ¡Pero si está defenestrado! Además, es un tipo sumamente vidrioso.

—Y el único capaz de fabricarle una pira a Enrique —apostilló Alonso—. Le ofrecí el caso tras el arresto de mis padres y, aunque lo rechazó, ni me facturó la reunión ni me denunció. Y creedme: tuvo ocasión de hacer lo uno y lo otro. Pese a su mala fama, me parece de fiar. Sin mencionar que maneja las leyes como un pájaro las alas. Me figuro que, de aparecer yo solo, volvería a darme con la puerta en las narices, pero quizá lo reconsidere si se lo pide un grande de Castilla.

Don Rodrigo se mesó la perilla meditabundo. No convenía involucrar a demasiada gente en aquel asunto, ni siquiera al discretísimo abogado de los Salazar. Bernardo Núñez de Belmonte ya se abstuvo en su día de delatar a Alonso y, en efecto, era un portento jurídico, cualidades ambas esenciales para el desafío que enfrentaban y muy difíciles de encontrar en un mismo letrado; tanto que no lo pensó más.

—De acuerdo. Vamos a verle. Pero ¿qué te parece si antes

pasamos por casa de Gonzalo y le contamos la perla de yerno que le ha caído en suerte? Enrique es la deshonra de los Valcárcel y ahora también de los Soto de Armendía. Respaldará cualquier contubernio que le permita desvincularse de él y su apoyo nos sería de enorme utilidad.

—¿Y si me denuncia a la Santa? —titubeó Alonso.

—No perjudicará a quien puede ayudarle a reparar el craso error que ha cometido ligando su linaje al de un delincuente. Te lo garantizo.

—¿Seguro? —insistió Alonso, poco convencido—. Me juego el pellejo, don Rodrigo.

—Confía en mí. No tienes nada que temer. Eso sí: mejor no le decimos que pretendes casarte con Mencía. Ya cruzaremos ese río cuando lleguemos a su puente.

Tal como vaticinaba el duque, tras escuchar las truculencias de Enrique y proferir mil maldiciones atónitas, don Gonzalo se sumó a la conjura, aunque no tanto para desvincularse de un delincuente, sino porque el delincuente en cuestión podía revelar que él también lo era y necesitaba cerrarle la boca. Idéntica razón movió a Bernardo Núñez de Belmonte a aceptar el caso. ¡Qué curiosa la vida! Si la vez anterior había declinado enredarse en los Crímenes del Ritual por miedo a que sus conchabanzas con don Gonzalo salieran a la luz, el mismo motivo le obligaba ahora a zambullirse de cabeza en aquel escabroso y muy arriesgado charco. Aunque no le importaba. Al revés. Se frotaba las manos. Si ganaba, desmontaría una injusticia colosal y ese triunfo calaría tanto en la sociedad que provocaría su inmediata reinserción en ella. Además, recordaba bien a Alonso Castro. Cuatro años atrás, aquel muchachito valiente y lenguaraz le soltó una demoledora arenga sobre los abogados de raza y los de barro que triplicó sus ganas de dejar de traficar con las leyes para dedicarse a honrarlas. Y he ahí que justo el mozo que le enmendó la plana respecto a lo primero le iba a brindar la oportunidad de conseguir lo segundo.

Por descontado, cuando Alonso y don Rodrigo aparecieron en su estudio junto a don Gonzalo, fingió no conocer a este, e igual hizo el marqués. Debían ocultar su relación y, gracias a esa mutua indiferencia, ni el chico ni el duque se apercibieron de nada.

—A tenor de la cláusula final de este testamento, Sebastián se compromete a comunicar la derogación de otro previo al fedatario que lo validó, Froilán Giraldo, pero, según Alonso, el arresto le impidió cumplir —recapituló después de leer el documento que Alonso le había dado—. En consecuencia, o acreditamos que Enrique sabía abolido el testamento que ejecutó, o alegará que lo desconocía porque ni don Froilán ni nadie le notificó la existencia de uno nuevo. Si logramos probar que sí estaba al corriente de la mudanza sucesoria y que la silenció, obtendremos el móvil del delito: sabotear la verdadera última voluntad de don Pelayo neutralizando al escribano que la autorizó. Y, si intrigó contra Sebastián, es lógico deducir que iguales métodos consagró al resto de involucrados: el propio don Pelayo y los testigos.

—Mi padre sospechaba que envenenaron a don Pelayo —dijo Alonso—. Le chirriaba la súbita muerte de un hombre sano al poco de otorgar un testamento inconveniente.

—¿Insinúas que Enrique asesinó a su padre? —se escandalizó don Gonzalo, cada vez más asustado porque empezaba a convencerse de que Mencía no mentía cuando aseguraba que aquel miserable la había intentado matar en el torreón.

—Es posible que así ocurriera y demostrarlo nos beneficiaría mucho —aseveró Bernardo—. Pero, transcurridos cuatro años, dudo que el cadáver revele la causa de la muerte. No obstante, llegado el caso, solicitaríamos la exhumación. De momento, centrémonos en los testigos: Lorenzo Santiesteban, Munio Cuevas y Manuel Encinas.

—Me temo que el pobre Lorenzo no podrá hacer nada por nosotros —se lamentó Alonso con gesto triste—. Era el oficial de mi padre. Lo acusaron de ayudarle a perpetrar los crímenes y lo prendieron. Aunque falleció en la cárcel, lo declararon culpable y quemaron sus restos.

—Esto se complica —suspiró Bernardo—. Así pues, solo nos quedan Munio Cuevas y Manuel Encinas. ¿Qué sabemos de ellos?

—Absolutamente nada, señor.

—Entonces, esa será nuestra primera tarea: localizarlos.

—Tengo un colaborador experto en rastrear personas desaparecidas —anunció don Rodrigo, pensando en Simeón Figueroa, el hombre que había investigado a Margarita.

—Yo también moveré hilos —propuso don Gonzalo—. A ver si

encuentro algo.

—Alonso, informa a Miguel Valcárcel de lo que se encarta y luego tráemelo —estipuló Bernardo—. Necesito su firma para representarle en la impugnación del testamento que Enrique ejecutó. Como heredero de don Pelayo, es el único legitimado a hacerlo. Yo intentaré ahondar en el juicio contra los Castro. Un pleito inquisitorial suele iniciarse con una delación. Trataré de averiguar quién la formuló y en que la basó.

—Soy familiar del Santo Oficio —dijo don Rodrigo—. Podría conseguir ese dato.

—Fantástico. Adelante, pues. Todos a trabajar. La partida ha comenzado.

69

LO HARÉ POR ÉL

A la mañana siguiente, Alonso visitó a Miguel en el taller de pintura y le solicitó hablar en privado. Sorprendido, este lo llevó escaleras arriba hasta el despacho del maestro.

—He averiguado por qué os resultó tan sencillo retratar a Mencía —soltó Alonso sin perderse en rodeos—. Los Valcárcel tenéis amistad con los Soto de Armendía. Ignoro el motivo que os induce a callar vuestro apellido, pero ha llegado el momento de desenterrarlo.

—¿Cómo os habéis enterado? —balbuceó Miguel, blanco del susto—. ¿Os lo ha contado don Pedro? Es el único que está al corriente de mi identidad.

—No ha sido él, aunque me alegra que le confiaseis vuestro secreto —sonrió Alonso—. Recuerdo que, durante la primera entrevista, reaccionasteis de una manera muy rara. Pasasteis de morir por ingresar en el taller a negaros en rotundo. Luego me pedisteis que os dejara a solas. Me figuro que fue entonces cuando se lo dijisteis.

—No se puede saber que soy un Valcárcel —musitó Miguel, perdido en su carrusel personal de miedos y fobias—. Si ellos lo descubren, no me permitirán estudiar pintura.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Enrique y quién más?

Ese nombre afectó a Miguel como la picadura de una pitón. Primero pegó un respingo; después desorbitó los ojos, y, por último, se echó a temblar.

—¿C-c-conocéis a Enriq-q-que?

—Demasiado bien —masculló Alonso—. Se ha casado con mi dulce Mencía.

—¡Dios mío! ¡Pobre infeliz! La hará muy desgraciada.

—No por mucho tiempo. En breve la libraré de sus garras. Pero, decidme, ¿a quién más os referís aparte de él?

—A su madre, doña Francisca —desveló Miguel.

Cierto que lo dijo con un hilo de voz, como si temiera que la mujer pudiera oírle y se plantase allí mismo presta a despellejarlo vivo, pero aun así lo dijo, y eso ya era un paso de gigante. Expresarlo, sacarlo de dentro y lanzarlo al mundo suponía el fin del destierro. Aquellos años junto a don Pedro, las enseñanzas de este, sus constantes estímulos, palmadas en el hombro, palabras de ánimo, halagos y cariño habían curado su autoestima vapuleada. No del todo, pues las heridas del alma nunca cicatrizan, pero sí lo suficiente como para incitarle a hablar.

Harto de esconderse y pensando que tampoco tenía caso seguir haciéndolo porque Alonso parecía muy bien informado, le reveló lo que en su día confesó a Pedro de las Cuevas. Su vida. Su infierno. A medida que escuchaba, Alonso ataba cabos y, al final, concluyó que Enrique no actuaba solo. La madre era su cómplice. Tendió el testamento a Miguel cuando el chico terminó de desgranar la historia.

—Aquí encontraréis el origen de vuestro calvario.

Miguel cogió el documento y lo hojeó con una apatía que fue cobrando brío y perplejidad según avanzaba en la lectura.

—¿Soy... hijo de... mi tío? —preguntó atragantado.

—Y beneficiario de un legado suyo —añadió Alonso a modo de confirmación—. Enrique orquestó una conjura para sabotear este testamento y vuestra herencia. Y deduzco que su madre, la tal doña Francisca, le ayudó. Hemos de acudir a los tribunales, Miguel.

—Ni de chanza. Mi tío... o mi padre... o lo que diantres sea está muerto, y yo, a punto de ascender de aprendiz a oficial. No arriesgaré mi sueño por un miserable legado. Ni quiero riquezas ni las necesito.

—¿Tampoco queréis recuperar vuestra identidad? ¿Volver a llamaros Valcárcel?

—Ese maldito apellido solo me ha traído penurias. Por su culpa, doña Francisca me sepultó en vida. Si he de elegir entre ser Valcárcel o ser pintor, lo tengo muy claro.

—¿Y qué hay de don Pelayo? —insistió Alonso—. ¿También vais a supeditar la última voluntad de un difunto a los pinceles? ¿No intentaréis cumplirla? Don Pelayo os quería y modificó su testamento para incluiros en él. Es más: quizá ese acto le costó el féretro, porque apostaría la diestra a que, cuando doña Francisca y Enrique descubrieron sus intenciones, trataron de truncarlas matándolo.

—No me extrañaría. Ese par son la personificación del mismísimo

demonio. No me atrevo a enfrentarme a ellos, Alonso. Me arrancarían la piel a tiras. Lo lamento, pero no los denunciaré. Que se queden con el dinero y se pudran en él.

Alonso suspiró. Si Miguel no cooperaba, ahí concluía la aventura. Y de eso nada. Ser un prófugo le había enseñado a extremar la prudencia y no exponerse nunca, pero las guerras no se ganan en soledad. Hace falta confiar en un ejército y, casi sin darse cuenta, estaba reuniendo el suyo. Además, a esas alturas de la contienda, sobraban los escudos y las trincheras. Tocaba luchar a pecho descubierto. O quemaban a Enrique o lo quemaban a él. Era tiempo, pues, de prodigar sinceridad y poner toda la carne en el asador. Literalmente.

—De acuerdo. Vos me habéis contado vuestra tragedia. Ahora yo os contaré la mía.

Abrió entonces el portal de sus misterios y franqueó el paso a Miguel. Este entró y se topó con el resto de la tropa que combatía por aquella causa noble. Conoció al capitán de la brigada, Bernardo, y reconoció a los dos tenientes: don Rodrigo y don Gonzalo.

—Ya veis que este testamento os dejó a vos sin nombre, a mí, sin padres, y a demasiados, sin un mañana —sentenció Alonso tras acabar el relato—. Enrique y doña Francisca han destrozado muchas vidas para agenciarse un patrimonio que no les correspondía: la de don Pelayo, la de mis padres, Lorenzo, Candela Bouza, Mateo, la de su hermano Antonio, la del mío, que a poco muere en la Inclusa, la vuestra, la de un servidor… Todos merecemos que los responsables de tanta calamidad rindan cuentas y asuman las consecuencias de su barbarie. Nosotros podemos conseguirlo. Podemos enderezar los mil caminos que esos hijos de Lucifer han torcido, pero hemos de hacerlo juntos. Os prometo que ni entorpecerá vuestros estudios ni los estancará. Don Pedro no lo permitirá ni yo tampoco. Además, don Rodrigo y don Gonzalo nos apoyan y disponemos del mejor abogado de Madrid. Ambos tenemos la oportunidad de abanderar nuestro apellido con orgullo: yo, restaurando el mío, y vos, hundiendo a quienes han enfangado el vuestro. Os ayudaré a lograrlo. ¿Me ayudaréis vos a mí?

Miguel guardó silencio. Se debatía entre las ganas de guarecerse en la quietud de los cobardes y las de plantar cara al enemigo de una vez por todas.

—El diablo no es tan feo como lo pinta el miedo —le había asegurado don Pelayo cuando, en la celebración del dieciocho cumpleaños de Enrique, le aconsejó no huir ni de este ni de doña Francisca—. Saca las uñas y defiéndete. El lobo te devorará si te conduces cual cordero, pero, si le imitas, no te atacará, porque lobo no come lobo.

Recordar aquella arenga le proporcionó el valor que necesitaba. No se consideraba un cordero. Ya no. Tampoco un lobo. Al menos, no todavía. En realidad, se sentía más cómodo integrando el rebaño que zampándoselo, pero, dado que balar no le había rendido demasiado, probaría a aullar. El linaje de los Valcárcel no merecía ahogarse en ruindad. Lo rescataría de esa ciénaga. Y también redimiría la memoria de don Pelayo, su tío..., su padre... ¿Qué importaba? Era el único familiar suyo que le había querido de verdad. Le cuidó; le crio; le colmó de cariño; un cariño sincero, ese que nutre perdones y borra rencores. No le defraudaría. Pelearía en su nombre. Lo haría por él.

—Está bien, Alonso. Limpiaré mi estirpe de pérfidos y perfidias. Además, gracias a vos, he cumplido mi sueño. Si el vuestro consiste en llamaros Castro de nuevo, no os dejaré solo en la tarea de conquistarlo.

70

EL MENTIDERO DE LA VERDAD

—Damián Palacios —anunció don Rodrigo a don Gonzalo, Alonso y Bernardo un día en que los cuatro se reunieron en el despacho de este último—. Es el tipo que delató a los Castro.

—¿Damián, el cerero? —se sorprendió Alonso—. Pero ¿por qué? Le comprábamos las velas y mis padres se echaban sus buenos párrafos con él cuando les servía los pedidos.

—A lo visto, también se echó algún que otro párrafo con el Santo Oficio —replicó don Rodrigo, tendiendo un pergamino a Bernardo—. He movido hilos dentro de la institución y he conseguido una copia de la denuncia. Acusó a Sebastián de rechazar una invitación suya a comer cerdo asado, y a Margarita, de ultrajar la sagrada forma.

Alonso palideció al recordar las razones que desencadenaron los supuestos agravios de su madre contra el símbolo de Dios.

—Lo del ultraje fue culpa mía —se lamentó—. Fernando, un criado de mi casa, gustaba de provocarme y un día nos enzarzamos. Cuando mi madre intentó separarnos, tropezó con un crucifijo que se había caído al suelo y lo pisó. Sus amigas estaban presentes. Divulgaron el accidente y lo disfrazaron de herejía.

—¡Caray con las amigas! —bufó don Gonzalo—. Así no se necesitan enemigos.

—He investigado al tal Damián Palacios —repuso don Rodrigo—. Nada le une a los Valcárcel. Ni siquiera les vende las velas.

—Le enviaré un mensaje pidiéndole que venga a verme —decidió Bernardo—. Hemos de averiguar si actuó de buena o mala fe.

—¿Buena fe? —rezongó Alonso—. Ese canalla nos traicionó.

—No precipites las conclusiones, muchacho —aseveró don Gonzalo—. Los Crímenes del Ritual asustaron mucho a la gente y quizá el terror lo cegó. Si, como dices, congeniaba con tus padres, algo debió indisponerle tanto contra ellos que los creyó involucrados.

—Algo o alguien —apostilló don Rodrigo.

—¿Me permitiréis asistir a la entrevista, don Bernardo? —inquirió Alonso, encorajinado—. Me gustaría mirarle a la cara y preguntarle por qué nos destrozó la vida.

—Ni hablar. Eres un prófugo y ese hombre te conoce. Cuando derroquemos a los Valcárcel, quedarás libre de cargos y se terminó el esconderse, pero, de momento, mantente en la sombra. Si te descubres y luego la cosa se tuerce, te arrestarán.

A la mañana siguiente, Damián Palacios compareció ante Bernardo encogido de miedo. La llamada de un abogado solo podía significar problemas. Quizá le habían demandado. Un cliente insatisfecho, algún proveedor harto de no cobrar, un vecino cabreado... Ni se acordó de los Castro. Por eso se quedó de una pieza cuando Bernardo aludió a ellos.

—Si descoso los labios, quebrantaré el secreto inquisitorial y me meteré en un buen lío —esquinó, tan nervioso que ni siquiera acertó a negar su intervención en el asunto.

—Sospecho que otros cometieron los Crímenes del Ritual y estoy recopilando documentación en aras de solicitar al Santo Oficio la reapertura del caso —aclaró Bernardo en tono conciliador—. Soy un letrado ajeno a la institución y nada os obliga a colaborar. En cambio, sí os garantizo que no sufriréis reproches de los inquisidores. Primero porque no sabrán de esta charla. Segundo porque, si consigo demostrar mi barrunto, bastante tendrán con la que les caerá encima por haber quemado a dos inocentes.

Damián no daba crédito. ¿Inocentes los Castro? Si eso era cierto, él les había fabricado una muerte horrible e injusta. ¡Semejante torpeza lo atormentaría el resto de sus días! En el fondo, siempre dudó si había hecho lo correcto al denunciarlos. Intentaba convencerse de que sí, pero algo dentro lo desmentía y le azuzaba los remordimientos.

Consciente de que su argumento había dado en la línea de flotación, Bernardo continuó debilitando las reticencias del cerero.

—Vuestra conducta habla de un hombre temeroso de Dios y supongo que, de barajar siquiera un instante la inocencia de los Castro, apoyaréis mi afán de probarla con la misma ejemplaridad que desplegasteis cuando los creísteis culpables. Además, os facilitaré las cosas y no os interrogaré sobre nada relativo al momento posterior a la denuncia, pues, a partir de ahí, ya estáis sujeto al secreto

inquisitorial. Solo quiero saber qué os empujó a formularla. No me parecéis la clase de persona aficionada a buscar la ruina al prójimo por diversión. Me figuro que algo os llevó a recelar de los Castro. ¿Qué fue?

—Sebastián me declinó un agasajo porcino —contestó Damián, a quien las incipientes dentelladas de la mala conciencia lo indujeron a cooperar—. Pretextó la celebración de su cumpleaños y, como la excusa no me escamó, olvidé el asunto. Pero lo recordé cuando un forastero se acercó a mi corrillo habitual en las Gradas y se interesó por Candela Bouza. Nos dijo que una secta de judíos sedientos de sangre había acampado en Madrid, que andaban enredados en el secuestro de la chica y que Sebastián militaba en ella. Días después apareció la Bouza violada del derecho y del revés junto al chiquillo sin corazón y... bueno... Los mentideros señalaban al escribano y encima la esposa la había emprendido a patadas contra un crucifijo. No pude por menos que advertir a la Santa. Mi hijo era de la edad del crío muerto y me aterraba que le pasara lo mismo.

—¿Qué aspecto tenía ese forastero? —preguntó Bernardo, intrigado.

—Iba embozado y apenas se le distinguía. Tampoco resulta insólito. Estábamos a finales de noviembre y el relente congelaba.

—Aun así, ¿no os chirría? Por mucho que helase, apuesto a que sí podíais ver la cara de los demás contertulios. Sin embargo, él permanecía embozado. Como si, en realidad, no fuera foráneo y temiese que, de mostrar el rostro, lo reconoceríais.

—Pues no se me había ocurrido, pero no es ninguna tontería porque el tipo de veras porfiaba en esconderse bajo el ala del chapeo —refrendó Damián—. Y, ahora que lo pienso, apresuró la partida al notar inminente el ángelus, justo cuando tocaba descubrirse.

—Todo apunta a que solo se sumó a vuestro corrillo para sembrar cizaña en torno a Sebastián. Y poco antes de que aparecieran los cadáveres. ¡Qué oportuno!

—¿Insinuáis que era el asesino y estaba infamando al notario para cargarle el muerto?

—Y no le cargó uno, sino dos muertos —gruñó Bernardo—. Sí, Damián. Creo que conversasteis con el asesino. ¿Recordáis algo de su físico? ¿Por pequeño que sea?

—Lo lamento, pero no. Sucedió hace años y, aunque retengo bien

las caras, me resulta difícil si no las veo. Quizá mis amigos se fijaron más que yo. Son casi las once y a esta hora nos reunimos en las Gradas. Si me acompañáis, podréis preguntárselo.

—¿En serio me haríais tan enorme favor? —se sorprendió Bernardo—. He tenido que afinar mi verborrea para persuadiros de soltar prenda.

—Si estáis en lo cierto y los Castro no masacraron a esas pobres criaturas, cometí un error digno de infierno. Necesito invocar un atenuante en el juicio final, así que os ayudaré. Eso sí: ni una palabra a nadie de que yo fui el chivato. Tampoco a mis amigos. Los curas me exigieron silencio y he cumplido. Hasta ahora, claro, pero nobleza obliga.

El estudio de Bernardo se ubicaba en la calle de los Preciados, de modo que tardaron un suspiro en plantarse en la Puerta del Sol y alcanzar las Gradas de San Felipe. Las campanas repiqueteaban las once y el lugar estaba a rebosar.

Damián condujo a Bernardo hasta una camarilla de tres hombres y le presentó, pero se abstuvo de hacerlo como un abogado que, enterado de que fue él quien denunció a los Castro, le había mandado llamar. Ahora menos que nunca le apetecía que sus compadres supieran que él era el soplón. En vez de eso, afirmó que se trataba de un jurista amigo de su suegro interesado en reabrir el caso. Luego añadió que, al hablarle del foráneo que en su día incriminó a Sebastián en el secuestro de Candela Bouza, había querido conocer al resto del grupo porque sospechaba que ese individuo era el verdadero asesino.

—Me acuerdo bien de aquel forastero —apuntó un pañero de la calle Postas.

—Os acordaréis de su palique, pero no de él —rebatió un latonero de Puerta Cerrada—. Yo estuve en esa tertulia y recuerdo que el tipo iba entoldado de arriba abajo.

—Era rubio, listillo —insistió el pañero—. Y lucía un zafiro en el dedo que ya lo quisiera yo para mí. Me chocó porque esa piedra no cuadraba en su modesta indumentaria. Y sé lo que me digo. No en vano soy yerno de joyero y me dedico al negocio de las telas.

—¿Rubio y con un zafiro? —repitió Bernardo eufórico, pues Enrique encajaba en esa descripción.

—Sí, señor. Cuando se despidió, le seguí con la mirada. No

recuerdo el motivo. Quizá me desconcertaron sus repentinas prisas. Después de haber estado dándole a la húmeda con la pachorra de quien no tiene otro quehacer, de pronto le entraron las urgencias; como si, expulsada la boñiga, le molestase el tufo y temiera que se le pegase a las costuras. El caso es que bajó la escalera y se internó en el caos de la calle Mayor. En ese momento, sonó el ángelus y tuvo que frenar. Al deponer el sombrero, divisé una pelambrera trigueña. Aunque intenté centrarme en mis rezos, confieso que los diligencié con la atención puesta en él. Por eso, concluida la oración, vi cómo se quitaba el guante para santiguarse y se pasaba la mano por el pelo. Entonces el zafiro emitió un fulgor azul impresionante.

—¿Le visteis la cara y os lo callasteis? —recriminó un colchonero de la calle Toledo.

—¡Como para hablar estando vuecencia! —se reviró el otro—. Si no dejáis a nadie meter baza en el coloquio. ¡Lo vuestro es una cháchara que nunca termina! Además, no le vi la cara, sino la espalda. Fue al repeinarse las crines hacia atrás que distinguí el anillo.

—Si yo transcribiera vuestro testimonio, ¿lo firmaríais? —le preguntó Bernardo.

—No tendría inconveniente —accedió el pañero—. Parece que ese hideputa nos embaucó para enfangar a los Castro y amoscar al Santo Oficio. Y, cándidos de nosotros, picamos el anzuelo. Sobre todo, vos, Damián. Estabais emperrado en ir a los dominicos con el cuento de que el notario os declinó una invitación a comer gorrino. ¿Os acordáis de esa chuminada vuestra? ¡Anda que...! Lo nuestro nos costó disuadiros.

—Menos mal que lo conseguisteis —mintió Damián, tratando de controlar el rubor que empezó a teñirle las mejillas—. ¡Imaginad mi cargo de conciencia si el señor letrado no desvaría y resulta que la pira de los Castro correspondía al extranjero!

—Pues, por si acaso es así, firmaré lo que me pongáis delante —sentenció el pañero, dirigiéndose a Bernardo—. Pifia enmendada, mitad perdonada, decía mi madre que en paz descanse.

—Yo también firmaré lo que se encarte —se ofrecieron los demás.

—Os quedo de corazón agradecido —sonrió Bernardo—. Tan pronto prepare la documentación, me serviré de Damián para enviaros aviso.

—Yo, en cambio, no rubricaré ningún legajo, maese —rehusó Damián cuando Bernardo y él abandonaron el mentidero—. Salvo que el Santo Oficio me lo requiera, claro.

—Y no dudéis que lo hará —respondió el abogado, exultante—. Gracias a vos, lograré reabrir la causa. ¡Habéis sido de una utilidad crucial! La descripción del maestro pañero no tiene precio porque coincide con la de mi sospechoso.

—¿Y de quién se trata?

—De un sujeto muy peligroso, así que mejor os mantengo al margen. Como se entere de que lo estamos acechando, tirará a matar. Por vuestro bien y el de vuestra familia, sellaos la boca, Damián. No me perdonaría que sufrierais algún percance a raíz de este asunto. Os ruego trasladéis idéntico mensaje a vuestra pandilla. Es fundamental que no circule ningún rumor sobre la inocencia de los Castro y el empeño de un abogado en demostrarla.

—No temáis. Mis amigos y yo gustamos de desmandar la sinhueso, pero sabemos callar cuando procede. ¡Para ejemplo, el menda! Acabáis de comprobar que ni una palabra les he dicho a propósito de mi nefasta intervención en este entuerto. Hasta mi parienta lo ignora.

—Me he dado cuenta y no imagináis cuánto me tranquiliza vuestra discreción. Ahora he de retirarme. Seguiremos en contacto. ¡Que Dios os bendiga!

Bernardo se dirigió a su despacho a paso rápido. Anhelaba participar las novedades a don Rodrigo, don Gonzalo y Alonso. Cuando lo hizo, los tres brincaron de contento. Cada vez estaban más cerca.

71

ABORDAJE

Alta mar, cerca del puerto de Cartagena. Noviembre del año 1624 de Nuestro Señor

Un cañonazo sacudió la galera. Por suerte, no alcanzó el casco, pero levantó tal ola que el mar pareció ponerse en pie. De pronto, una formidable tromba de agua llovió sobre cubierta. Era noche cerrada y el asalto sorprendió a todos durmiendo. Al instante, la quietud del sueño se transformó en un caos de carreras, órdenes y chillidos.

—¡Ataque berberisco! —clamó el vigía mientras tocaba la campanilla de manera arrebatada—. ¡Alerta, tripulación! ¡Barco enemigo a popa!

El capitán y el cómitre emergieron de sus camarotes a medio vestir.

—¿Te parece de recibo avisar cuando ya nos están disparando, anormal? —increpó el cómitre al vigía.

—Está muy oscuro y no lo he visto, señor —improvisó este, pues ni loco confesaría que en realidad se había amodorrado.

—Encomiéndate a tus ángeles porque los necesitarás cuando rindas cuentas —le advirtió el capitán—. Ahora regresa a tu sitio y hónralo como merece. ¡Cómitre! Colocad la proa frente al enemigo. Intentaremos clavarle el espolón.

El espolón era un hierro puntiagudo que estiraba el castillo de proa a modo de nariz y se incrustaba cual pica de lanza en los buques adversarios para desfondarlos. Desde ahí, también se efectuaban los abordajes y en esos términos se pronunció de nuevo el capitán.

—¡Soldados de infantería! Tomen posiciones en el espolón. ¡Artilleros! Preparad el cañón, las culebrinas y el pedrero. ¡Mozo! Prende más faroles. No se ve un carajo.

—¡Chusma de babor! —gritó el cómitre a los remeros del lado

izquierdo de la galera—. ¡A toda palamenta! Hay que virar la nave. ¡Vamos, vamos! ¡A toda palamenta!

Los galeotes ya habían salido de debajo de los bancos, donde dormían acurrucados, y esperaban órdenes sentados en ellos. Los buenas boyas descansaban en la crujía, pero también se habían apresurado a ocupar sus puestos. Temblaban de miedo, aunque no tanto como los forzados y los esclavos, a quienes las cadenas impedirían salvarse en caso de naufragio. Pese a todo, los de origen sarraceno sonreían ilusionados. Las huestes enemigas eran compatriotas y, si se alzaban vencedoras, los rescatarían. Les habría gustado ralentizar la boga para debilitar la defensa, pero no se atrevían. Conocedor de este tipo de argucias, el cómitre no les quitaba ojo y la somanta de latigazos que propinaba al primero en flaquear surtía efectos de lo más disuasorios.

De ahí que todos sin excepción, los cristianos por la cuenta que les traía y los moros a la fuerza, agarrasen con brío su respectiva manilla del remo. Era este un artefacto larguísimo y de tan gruesa circunferencia que, como ni los dedos de un gigante alcanzaban a rodearla, tenía asas de hierro de las que poder tirar para mover la pala. Por si fuera poco, pesaba cual saco de piedras, así que su manejo requería de, al menos, tres hombres obligados a trabajar en total simetría y conforme a un método muy estudiado. Debían levantarse, apoyar el pie en la peana inferior del banco, realizar la maniobra, tomar asiento de nuevo y luego vuelta a empezar. Resultaba una coreografía sincronizada al milímetro que, ora rápida ora lenta, pero siempre azuzada a golpe de fusta y silbato, musculaba a unos, devastaba a otros y enloquecía a la mayoría.

Bajo un diluvio de pitidos y zurriagazos, Juan ejecutó aquella danza maldita de la manera mecánica que fabricaba la rutina e indiferente al terror de sus hermanos de fatigas. No acertaba a comprender qué diablos temían. Si morían, adiós a tanto penar, y, si caían presos de los berberiscos, quizá les dispensaran mejor trato que el cómitre. ¡Cómo odiaba a ese desgraciado! Ojalá pudiera ahogarlo y cobrarse así los incontables correazos que le mapeaban la espalda. No llevaba ni dos meses allí y ya la tenía hecha un bosque de sangre y llagas.

Otro tiro fallido provocó un nuevo maremoto. La nave zozobró y una inmensa plancha de agua embistió a los galeotes. El batacazo fue

tal que muchos perdieron el equilibrio y besaron el suelo. Munio, el compañero de Juan, estaba entre ellos.

—¡Arriba! —bramó el cómitre sin dejar de sacudir el látigo—. ¡Blandengues de mierda! ¡Remad! ¡Remad!

En lugar de obedecer, Juan soltó la pala y ayudó a Munio a incorporarse.

—Sosegaos, amigo —le animó—. Si hemos de diñarla, que sea a manos de los turcos y no merced a las palizas de este hideputa.

—Los turcos no matan, Juan; venden a los prisioneros —replicó Munio, lívido de espanto—. Como caigamos en sus redes, pasaremos de forzados a esclavos y nuestra condena se convertirá en perpetua. De modo que remad a conciencia porque os garantizo que hay infiernos peores que este, y el de los moros encabeza la lista.

—¡Capitán! —gritó el vigía—. ¡Veo siete barcos! ¡Madre mía! ¡Nos están rodeando!

—¡Que Dios nos asista! —gimió el aludido—. ¡Son una flota entera!

Se hallaban próximos a Cartagena, un puerto a tres jornadas de la bahía de Argel. La ruta entre ambas plazas era un hervidero de piratas que, unos en nombre de Cristo y otros, en el de Alá, atacaban a los del bando contrario con objeto de capturar rehenes susceptibles de vender como esclavos o de liberar a cambio de sustanciosos rescates. A veces, varios bajeles se aliaban para asegurar el éxito de la ofensiva, estrategia imbatible que abocaba al desastre a la nave víctima del asalto. Y en tales andaba la galera de Juan.

Los oficiales de armamento disparaban sin cesar mientras trataban de esquivar los cañonazos rivales, ninguno de los cuales daba en el blanco. Rogaban que la puntería turca continuara ausente, pero la plegaria no prosperó. De repente, Juan captó un silbido más y más cerca e, instantes después, una tremenda explosión lo dejó sordo. La bala impactó de lleno en el cómitre y lo hizo añicos. Y no solo a él. Brazos, piernas y demás miembros de muchos remeros también viajaron al cielo y, con ellos, sus dueños. Aunque no todo eran malas noticias. La bomba abrió un boquete en la cubierta y entonces las cadenas soldadas a esa parte se soltaron.

Los ángeles protegieron a Juan y Munio, pues estaban entre los escasos supervivientes y, a mayor fortuna, en la zona recién liberada. Sin perder tiempo, divorciaron sus tobillos, durante semanas

enhebrados a la misma traílla, y ya echaban a correr cuando una colisión salvaje estremeció el barco de canto a canto. Los dos quedaron petrificados al ver que el espolón enemigo acababa de empotrarse en el castillo de popa y lo había resquebrajado. Una riada de berberiscos subió a bordo y comenzó el cuerpo a cuerpo. En medio de una barahúnda de aullidos e insultos, las espadas rasgaban el aire y no pocas pieles. La tripulación de guerra presentaba batalla y los galeotes todavía engrilletados pedían socorro desesperados.

Juan cogió un hacha que sostenía un cadáver turco y empezó a asestar tajos a las cadenas. Lo hacía con tal rabia y agresividad que parecía un enajenado, aunque su denuedo no fue baldío. Tampoco el de Munio, que se agenció otro machete para imitarle. Un rato después, la entera dotación de esclavos y forzados hormigueaba por la cubierta sin saber adónde ir, pero aliviados, pues el fondo del mar aún habría de esperar.

Un sarraceno intentó atrapar a Juan, pero él alzó el hacha y se la hincó en el cráneo.

—Trinquemos el esquife y larguémonos —chilló a Munio—. Está a estribor.

—Tiene la madera podrida. No soportará nuestro peso. Nos hundiremos.

—Si no salimos de aquí, nos hundiremos igual. Mirad el castillo de popa. Se ha partido en dos y tardará un suspiro en desmoronarse. Además, no para de entrar agua por el boquete de cubierta. En breve, habrá que nadar en vez de andar.

Sorteando una alfombra de cadáveres, el río sanguinolento que la acanalaba y un revoltijo de hombres enzarzados, se dirigieron hacia la parte derecha de la nave. A medio camino, Juan honró su natural pícaro y le sisó la faltriquera a un oficial muerto. El difunto no la necesitaría y a él le resultaría de enorme utilidad. Si conseguía escapar, claro.

Llegaron a la cámara de boga donde se guardaba el esquife, que no era otra cosa que el bote salvavidas. Ya iniciaban la tarea de arrojarlo al mar cuando Munio vio al capitán tumbado boca arriba con un berberisco a horcajadas sobre su estómago y presto a ensartarle el corazón. De haberlo cavilado despacio, quizá no habría intervenido, pues la crueldad de los altos mandos para con la chusma no le incitaba a compadecerse. Pero no se detuvo a pensar. Actuó por

instinto. Se lanzó en plancha hacia las piernas del sarraceno y lo derribó. Aprovechando esa pequeña tregua, el capitán pegó un brinco y, de un mandoble digno de Hércules, seccionó la yugular del caído. Jadeante y sofocado, se volvió a Munio, que yacía en el suelo junto al recién finado, y le tendió la mano para ayudarle a incorporarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Munio Cuevas, mi capitán.

—¿Eres forzado o esclavo? —inquirió al fijarse en los grilletes de sus tobillos.

—Forzado, señor.

—Me has salvado la vida, Munio Cuevas. Si salimos de esta, intercederé por ti.

Dicho esto, se giró y la emprendió a sablazos contra dos berberiscos que lo habían embestido desde atrás.

Mientras Munio auxiliaba al capitán, Juan se las había apañado para tirar el esquife al mar y descolgar una escalerilla de cuerda.

—¿Qué demonios hacéis socorriendo a los miserables que nos han desollado la espalda? —reprochó a Munio—. Aparcad las proezas y ahuequemos el ala de una vez.

Munio no tuvo ocasión de contestar. Un alud de piedras sobrevoló el aire y una de ellas vino a estamparse en su cabeza. El impacto fue tal que se desplomó.

—¡Maldición! —farfulló Juan, agachándose a su lado—. ¡Despertad! ¡Despertad!

Munio no reaccionaba. Estaba desmayado o, a lo peor, muerto. Juan no lo sabía y, como tampoco había tiempo de averiguarlo, se lo colocó en los hombros. Tambaleante y notando las rodillas demasiado flojas, pasó las piernas por encima de la borda y se encaramó a la escalerilla. Intentó descender lentamente, pero, entre el balanceo de la galera debido a la feroz batalla librada en cubierta, el cuerpo inerte que acarreaba y la inestabilidad de la escalerilla, lo hizo a una velocidad muy poco amable. Los grilletes de un tobillo se le atascaron en los peldaños, trastabilló y se precipitó al vacío en compañía de su carga. Suerte que ambos cayeron al agua porque, de haber aterrizado en el bote, el golpe habría dolido bastante más. Eso sí: no se habrían congelado, pues así se las gastaba el Mediterráneo en noviembre.

Un Munio inconsciente partió rumbo al fondo y allí habría acabado si Juan no hubiera buceado hasta agarrarle de las axilas y

remolcarlo a la superficie. ¡Bendito el Manzanares y la oportunidad que le había brindado de aprender a nadar! De lo contrario, los dos se habrían ahogado sin remedio. Con las fuerzas en vías de extinción y tiritando de pies a cabeza, pugnó por enganchar el torso de Munio en el borde del bote. Se le resbaló cuatro veces y otras tantas tuvo que sumergirse para recuperarlo. Un exasperante rato después, lo logró. Entonces le aupó las piernas, le empujó el trasero y de esta nada elegante forma lo metió dentro. Menos mal que, no obstante la musculatura adquirida en la boga, pesaba poco y eso facilitó la tarea. Luego embarcó él, aferró los remos y tentado estuvo de besarlos, pues le parecieron de un liviano delicioso comparados con los de la galera.

Barajó la idea de recoger a varios galeotes que habían saltado al agua y agitaban los brazos en actitud suplicante, pero no podía permitirse esa misericordia. La madera del esquife albergaba tal colonia de termitas que parecía a punto de desintegrarse. Aun así, sucumbió a la piedad y se compadeció de tres. Iba a sumar un cuarto cuando notó hundida la línea de flotación y no le quedó otra que practicar el egoísmo. Uno de los afortunados que había pescado, un esclavo negro de espalda soberbia y hechuras macizas, le quitó los remos y sonrió.

—Descansad. Nosotros nos ocuparemos de llevaros a tierra firme.

—Pues muy agradecido, porque estoy baldado —resopló Juan—. Conmigo en la boga, los turcos nos echarían el guante en un jesús.

Inquieto, acercó un dedo a la nariz de Munio y chasqueó la lengua. No detectaba la brisa de la respiración. Convencido de que había muerto, se recostó junto a él. ¡Lástima! Ese hombre era clave para restaurar el honor de los Castro. Le habría gustado presentárselo a Alonso. ¡Qué mal fario el suyo! Podía haber purgado la traición a su amigo y una condenada piedra le había truncado la dicha. Bueno, al menos, había escapado, de modo que más le valía aliviar los lamentos e intentar ver la botella medio llena. Decidido a ello, cerró los ojos y, al son de las melodías africanas que el esclavo empezó a entonar mientras remaba, se adormeció.

72

EL BESO DE LOS DUENDES

Manuel Encinas residía en Murcia junto a su mujer e hijos. Oriundo de esas tierras, las extrañaba y, pese a gozar de un buen empleo en la mansión Valcárcel, siempre había soñado con regresar. La ocasión la pintaron calva cuando doña Francisca lo bañó en oro, a él y a Munio Cuevas, a cambio de desaparecer y olvidar el testamento de don Pelayo en el que ambos habían actuado como testigos. Desde entonces, vivía de aquel soborno y lo hacía muy cómodamente.

Simeón Figueroa, el investigador de don Rodrigo, tardó varios días en localizarle y bastantes más en convencerle de viajar a Madrid para romper el silencio prometido a doña Francisca, cosa a la que solo se avino cuando Simeón le puso encima de la mesa el triple de lo recibido años atrás.

En cuanto don Rodrigo, don Gonzalo y Bernardo le mostraron el testamento, confirmó que era el otorgado por don Pelayo ante Sebastián. Luego les relató cómo doña Francisca se había deshecho de Munio Cuevas y de él.

—En resumen: doña Francisca conocía la existencia del segundo testamento y pagó por silenciarlo —recapituló Bernardo.

—Correcto —confirmó Manuel—. Tengo entendido que don Enrique se agenció el patrimonio Valcárcel enterito. Así pues, el niño Miguel no percibió ni un maravedí. Me figuro que tampoco le informaron de los auténticos lazos que le unían a don Pelayo. ¡Pobre zagal! Doña Francisca y don Enrique lo torturaban a capricho. Lo cierto es que todo el asunto chirría bastante. Al parecer, Sebastián Castro envió una copia del testamento a don Pelayo, y don Enrique la interceptó. Lo sé porque me lo refirió Conrado, uno de los porteros y buen amigo mío. El mensajero anunció una entrega en mano para don Pelayo, pero, como no estaba en casa, Conrado se ofreció a recogerlo. El mensajero se negó e insistió en que debía darlo a don Pelayo en

persona. Entonces apareció don Enrique y se hizo con el paquete.

—¿Y de dónde se saca Conrado que lo mandaba Sebastián? —preguntó Bernardo.

—De ninguna parte, en realidad. No sabía que lo mandaba ese escribano en concreto, pero sí reconoció el sello de uno en el envoltorio y, considerando que don Pelayo andaba de connivencias con el de Castro, yo me lo barrunté. Aunque conste que permanecí mudo ante Conrado. El patrón me ordenó tapiarme la boca respecto a su última voluntad y yo amén. Cuando al poco la espichó, intuí a la señora detrás de su muerte. Le odiaba y talmente don Enrique. Si pescaron el testamento antes de que él falleciera, y apostaría la diestra a que así ocurrió, y vieron que legaba un pellizco gordo a un bastardo en detrimento de don Enrique, la guerra estaba servida.

—¿Creéis que Conrado declararía lo que acabáis de exponer?

—Dudo que arremeta contra los jefes. Le va el empleo en ello. Y espero que no se enteren de que yo he hablado. Vuestro esbirro, Simeón Figueroa, me lo garantizó y confío en que cumpláis. A Conrado le costaría el puesto; a mí, la vida. La señora y su retoño no derrochan ni bondad ni piedades.

—La Justicia tampoco y, si consigo llevarlos ante ella, afrontarán tal brete que ni tiempo ni ganas les quedarán para desquites. ¿Podríais pedir a Conrado que me visite?

—Le enviaré un billete citándole lejos de la mansión Valcárcel y le transmitiré vuestro recado —repuso Manuel—. Mejor no me acerco por allí. Como alguien me vea y le vaya con el chisme a los señores, estos maliciarán y empezarán a afilar los cuchillos.

—¿Conocéis el paradero de Munio Cuevas? —lo interpeló don Rodrigo—. No logramos dar con él.

—No me extraña. Marchó a las Indias en busca de fortuna y aventuras.

—Eso me inquieta —dijo Bernardo—. Necesitamos vuestro testimonio y el de Munio y, además, deben coincidir. Una prueba testifical válida requiere dos hombres que afirmen lo mismo; un mínimo de cuatro, en el caso de las mujeres. Don Rodrigo y don Gonzalo, intensificad las pesquisas. Hemos de localizarlo sí o sí.

Varias jornadas después, Conrado acudió al estudio de Bernardo y, tras refrendar el relato de Manuel, lo firmó. Detestaba a doña Francisca y a Enrique. Estaba secretamente enamorado de una de las

esclavas de la casa y harto de que ambos la maltratasen. Si podía contribuir a que pagasen todas sus crueldades para con ella y para con la servidumbre en general, gustoso lo haría.

Así, los duendes que un día dieron la espalda a Sebastián y Margarita se afanaban ahora en besar su suerte. Poco a poco, el expediente que culpaba a los Valcárcel y los exculpaba a ellos iba creciendo. Y en igual progresión aumentaba la esperanza de Alonso. Sin embargo, uno de los cabos cruciales seguía suelto. No había ni rastro de Munio Cuevas.

Una línea naranja coloreaba el horizonte cuando el bote donde viajaban Juan y Munio alcanzó una pequeña cala. La flanqueaba una torre de vigilancia cuya base se encastraba en una roca horadada por las olas y el salitre. De ahí el nombre del lugar: Torre de la Horadada. El trío de hombres que Juan había recogido del agua tras el abordaje berberisco, fornidos e infatigables los tres, habían remado sin pausa y con brío hasta llegar a tierra firme. Aunque se habían orientado a través de la luna y las estrellas, no parecían duchos en astronomía, pues habían desviado la ruta y terminado a cierta distancia de Cartagena.

La playa estaba desierta y no se divisaban ni luces ni vigías en la torre, lo cual aplacó el miedo de los furtivos. El esclavo africano cogió en brazos a un Munio inerte y lo depositó sobre la arena. Juan le pegó el dedo a la nariz intentando detectarle la respiración por enésima vez y por enésima vez el africano lo tranquilizó.

—Os repito que solo se ha desmayado. Pronto despertará. Nosotros marchamos y más os valdría imitarnos. Somos prófugos y, si nos capturan, regresaremos a la mar.

—Entonces, espero no volver a veros —bromeó Juan.

—No en este lance, desde luego. Que Dios os bendiga. Nos habéis salvado la vida.

—Y vosotros a nosotros remando hasta aquí. Estamos en paz.

Tras un emotivo apretón de manos, Juan quedó a solas con Munio. Decidido a resucitarle, lo arrastró a la orilla y le metió la cara en el agua helada.

—¡Reaccionad! Hemos de irnos y yo no puedo con mi alma. Mucho menos, con vos.

Al cabo de un buen rato de incesantes zambullidas, Munio empezó a arrugar la frente.

—¡Carajo! —se quejó cuando al fin abrió los ojos—. ¡La cabeza me va a reventar!

—Y a mí el pecho de puro contento —festejó Juan, alborozado—. ¡Menos mal, camarada! Pensé que no lo contabais.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Munio, mirando en derredor confundido para luego esbozar una sonrisa entusiasmada—. ¡No me digáis que hemos conseguido escapar!

—De la galera y de los berberiscos sí, pero de la condena no. Continuamos siendo forzados y debemos largarnos. Está amaneciendo y supongo que en breve esto se llenará de pescadores. Además, hemos de agenciarnos otro atuendo y un chambergo que nos tape el rapado. Es lo primero en lo que se fijan los guardias cuando buscan galeotes huidos: las ropas y el trasquilado.

Salieron de la playa subiendo una empinadísima cuesta que, aunque les baldó las piernas, también los ayudó a entrar en calor y disminuir su tiritona. Se adentraron en un bosquecillo y desembocaron en una explanada rebosante de naranjos y limoneros. Hambrientos, arrancaron varias piezas y las devoraron. Sin dejar de masticar, avanzaron hasta toparse con un barracón. En el interior había aperos agrícolas apilados en un rincón junto a una montaña de prendas propias del campo que, para su enorme dicha, estaban secas. Acopiaron las imprescindibles, incluidos dos sombreros de paja y un par de alpargatas desastradas pero no tanto como las suyas.

Más relajados ahora que no parecían galeotes, al menos mientras se abstuvieran de descubrirse la cabeza, atravesaron la zona huertana y llegaron a una aldea minúscula, consistente en una batería de chamizos destartalados y una calle principal que moría en una plaza donde se erigía una iglesia humilde pero orgullosa merced a su augusto campanario. El aroma a torreznos recién sacados de la sartén los embriagó. Como si de una brújula se tratara, siguieron aquel perfume y acabaron en una taberna de aspecto terrible por fuera y peor por dentro. Pese a ello, el delicioso olor a tocino frito que despedía paliaba cualquier inconveniente.

Gracias a la faltriquera birlada por Juan durante el abordaje, disfrutaron de un festín: vino, pan y torreznos. Juan mostraba el apetito del famélico en ciernes. En cambio, Munio engullía con el

ansia de quien lleva años comiendo mazamorra mohosa y alubias podridas.

—Ni una eternidad en el Paraíso me sabría tan bien como este desayuno —suspiró, deleitado después del atracón—. ¿De qué manera puedo corresponderos? De no ser por vos, ahora estaría en el fondo del mar o en un mercado de esclavos.

—Se me ocurre una —sugirió Juan—. Acompañadme a Alcalá. Necesito que contéis a un amigo mío vuestra intervención en el testamento de Pelayo Valcárcel.

73

EL SEGUNDO TESTIGO

Alonso enfiló la nevada calle del Arenal con el ánimo tan bajo como la temperatura de aquel noviembre glacial. Regresaba de visitar a don Martín, Diego y Gabriel. Pensaba que un rato en su compañía le templaría la angustia, pero ni la entusiasmada bienvenida de los chiquillos ni el siempre cálido palique del maestro habían conseguido reconfortarlo. Buenas razones le cebaban las penas, desde luego. La investigación se había estancado. Munio Cuevas no aparecía y Bernardo se negaba a iniciar el proceso sin su testimonio. Según él, no tenía sentido hacerlo porque, o declaraban los dos testigos del testamento, o la demanda de impugnación no prosperaría.

Para colmo, no había manera de hablar con Mencía. Solo pisaba la calle del brazo de Enrique y ya ni siquiera acudía a las misas de la Victoria, sino que usaba la capilla de su nuevo hogar. En la rúa, la había intuido a través de las cortinas del carruaje de los Valcárcel, pero, como Enrique también viajaba a bordo, no pudo ni acercarse. La oportunidad se le presentó cuando una de esas tardes de incansable escrutinio vio que la pareja se apeaba del coche en un recodo de la calle Mayor y se disponía a pasear. Ni corto ni perezoso, avanzó hacia ellos. Reencontrarse con ella le impactó, pero más le afectó la inmensa tristeza que irradiaba. Sus ojos azules ya no chispeaban, la sonrisa se había apagado, y el arrebol que solía colorearle las mejillas había adquirido la lividez de los muertos en vida. Al reconocerle, el rostro de la joven se iluminó. No le duró mucho el júbilo, empero. El rictus de asco que se había aposentado en su rostro y en su alma recuperó el trono cuando Enrique le rodeó la cintura y saludó a Alonso con fingida alegría.

—¡Qué sorpresa más… sorprendente! Os hacíamos en Alcalá, ¿verdad, querida?

Anclados los ojos en los de Alonso, Mencía no contestó.

—Ciertos imponderables me han obligado a retrasar mi ingreso en la universidad —replicó este sin dignarse a dirigirle la mirada, pues tampoco la apartaba de ella.

—¿A qué imponderables os referís? —inquirió Enrique con un cinismo insultante—. ¿Es que os habéis enterado de nuestras nupcias y deseabais felicitarnos? Me figuro que no. Tratándose de vuestra «bella señorita», no os supongo festejando la noticia. Lamento habérosla arrebatado, pero ya conocéis el dicho: en la guerra y en el amor todo vale.

Alonso pestañeó patidifuso. Ignoraba que Enrique estaba al corriente de su idilio con Mencía y el revelador discurso lo sacudió como un rayo exterminador. Miró a la muchacha confundido y el imperceptible asentimiento de esta se lo confirmó. Loco de celos y extinguida ya la necesidad de ocultarlos, se arrimó tanto a Enrique que parecía una sombra a punto de engullirlo, pues le sacaba dos cabezas.

—Pagaréis caro todas las lágrimas que habéis causado, hijo de las mil putas —mascculló—. Incluidas las de Mencía.

—Muchas derramará como me fabriquéis la más ligera sospecha de que siquiera un saludo se ha terciado entre los dos sin estar yo presente —amenazó Enrique antes de propinarle un empujón—. No agitéis el avispero porque os garantizo que todos los aguijones se clavarán en ella y, entonces, vos tendréis la culpa de su sufrimiento. Y sufrirá, Alonso. Provocadme y palabra de honor que padecerá lo indecible.

A continuación, tiró de una acoquinada Mencía y la instó a caminar de regreso al carruaje.

Y allí quedó Alonso. En mitad de la calle, con la impotencia corroyéndole las tripas, la rabia en ignición… y el consuelo de una mirada. La que ella le regaló cuando volvió la cabeza y le sonrió.

Al cabo de un rato, todavía víctima de la conmoción y de un sofoco que no aplacaba, empezó a andar a paso arrastrado, pero una palmada en el hombro lo detuvo de nuevo. Al girarse, se topó con la segunda sorpresa del día, aunque esta resultó mucho más agradable. Brincó alborozado.

—¡Juan! ¿Dónde os habíais metido? Llevo tiempo buscándoos y nada que aparecéis.

—Lo mismo me ha pasado a mí en Alcalá. Después de patearme

el lugar de arriba abajo, localicé vuestra casa de pupilaje y el dueño me dijo que habíais regresado a Madrid. ¿Qué diablos hacéis aquí? ¿No deberíais estar en la universidad?

—Cambio de planes —eludió Alonso—. ¿Por qué tenéis la piel tostada en noviembre?

—Porque el infierno quema los doce meses del año —masculló Juan antes de señalar a un hombre de aspecto desangelado que se mantenía en un respetuoso silencio—. Pero aflojad el interrogatorio, que quiero presentaros a un buen amigo.

Tras robar un borrico viejo y cabalgar sin descanso, Juan y Munio habían llegado a Madrid el día anterior y, a falta de casa, se habían refugiado en el antiguo hogar del primero: la covacha del monasterio de Santa Isabel. Pese a las ganas de Munio de saldar la deuda de vida adquirida frente a Juan, este necesitó echar mano de todo su poder de persuasión para convencerle de realizar aquel viaje, pues se negaba en rotundo a destapar el soborno de doña Francisca, mucho menos, delante de un desconocido.

—¿Munio Cuevas? —farfulló Alonso cuando Juan dijo el nombre de su acompañante.

—El mismo —contestó el aludido mientras le ofrecía la mano—. Juan me ha pedido que os revele lo que sé sobre cierto testamento y he accedido a ello. No obstante, espero que cumpláis lo que me ha prometido en lo relativo a mis circunstancias.

—¿Vuestras circunstancias? —titubeó Alonso—. ¿A qué os referís?

—No planeaba contároslo aún, pero supongo que pronto es tarde —intervino Juan—. Vayamos a la gruta de Santa Isabel. Solo allí las paredes no oyen.

—¿Diez años? —boqueó Alonso cuando, ya en la gatera monacal, el muchacho le hubo relatado sus aventuras y desventuras—. ¿Os han caído diez años de galeras?

—Bueno, no he durado ni medio —bromeó Juan—. Tanto látigo y tanto silbato me aburre, de modo que cogí el portante.

—¿Para plantaros en Madrid? ¿Cómo se os ocurre? Es un suicidio.

—Cierto que me urge subirme al viento, pero ¿qué queríais que

hiciera? Los hados me pusieron a compartir remo con vuestro hombre y no podía desperdiciar la oportunidad de ayudaros.

—Sois un insensato —repuso Alonso—. Aunque no imagináis cuánto os agradezco el gesto y la falta que me hace en estos días, porque precisamente ando a vueltas de demostrar la inocenc..., ejem..., bueno..., de cumplir mi misión de vida.

La presencia de Munio le había frenado justo cuando iba a decir «mis padres».

—¿Ya? —se asombró Juan, que lo captó al instante—. ¿Antes de graduaros en Leyes?

—Los acontecimientos se han precipitado. Os lo explicaré después. Don Munio, recibid mi eterna gratitud. Y descuidad. Moveré cielo y tierra para conseguiros el indulto. Hasta entonces, me ocuparé de mantener a las autoridades lejos de vos.

—¿Os dije que mi compadre os sacaría de esta? —se jactó Juan ante Munio.

—Os sacaré de esta a los dos —puntualizó Alonso—. Así que nada de esfumaros. No dejaré que un solo remo os toque de nuevo. Salvo que yo os lo estampe en la cabeza por zoquete, claro. ¿Os libráis de galeras tras sisar a don Gonzalo y luego sangráis la talega de un embajador francés? ¡Es que no se puede ser más tonto, compañero! Vayamos al despacho de mi abogado, anda. Le contaremos lo sucedido y buscaremos una solución.

—¿Vuestro abogado? —rio Juan—. ¡La Virgen! Pero si ya habláis como un doño.

—¡Que no, mendrugo! ¿Sabéis de quién se trata? ¿Recordáis al que ofrecí la Bolsa de la Esperanza y me mandó al carajo?

—¿El de los imposibles? —exclamó Juan.

—El mismo.

—¡Qué magnífico tiro, socio! Ese zorro os llevará a buen puerto.

—¡Estupendo! —festejó Bernardo cuando hubo transcrito el testimonio de Munio y recabado su firma en el documento resultante —. Ya estamos en condiciones de sostener frente a un tribunal la autenticidad del testamento y que los Valcárcel lo conocían.

El abogado se encontraba en su estudio junto con don Rodrigo, don Gonzalo, Alonso y Juan. En gratitud a su inestimable

colaboración, don Rodrigo había prometido a Munio indagar sobre el capitán a quien había salvado de la espada berberisca porque, según él, esa piedad le granjearía el indulto. Mientras, lo mantenía escondido en el palacio ducal.

—Ahora toca acreditar que Enrique cometió los Crímenes del Ritual y que, ayudado por doña Francisca, endosó la prueba de cargo a Sebastián —añadió Bernardo.

—Antonio le vio hacerlo —alegó Juan—. A él y a Márquez.

—Aportaremos su testimonio, por supuesto, pero lo que diga un menor mudo y retrasado no goza de validez jurídica. Encima, solo les distinguió el color de pelo. Cierto que el rubio encaja en el forastero de las Gradas, pero es insuficiente. Necesitamos algo más. Algo que los incrimine de manera indubitada.

—Podríamos llamar a Antonio e interrogarle de nuevo —sugirió don Rodrigo—. Quizá recuerde algún detalle que se le escapó en su momento.

—Iré a por él —se ofreció Alonso—. A caballo, tardaré un suspiro. Juan, ¿me acompañáis?

74

EL RECUERDO OLVIDADO

Cuando Alonso y Juan regresaron con Antonio, el chiquillo exhibía una enorme consternación en el semblante. En el trayecto, sus amigos le habían adelantado lo que los mayores le iban a preguntar y él se sabía incapaz de aportar una información distinta a la ya dada. A petición de Bernardo, describió por enésima vez la masacre de Candela y Mateo a manos de Enrique y Márquez.

—¿No practicaron ningún ritual extraño sobre el cuerpo de tu hermano? —inquirió el abogado, evitando aludir de forma explícita a la extirpación del corazón, pues Juan estaba empeñado en ahorrar al niño aquel escabroso detalle y había exigido silencio al respecto.

Sin entender a qué ritual se refería, Antonio simuló recibir un mandoble por detrás y puso cara de muerto.

—A Mateo le estoquearon la espalda y a Candela le retorcieron el pescuezo —tradujo Juan—. Es la versión de siempre.

—¿Qué hicieron tras el crimen? —insistió Bernardo—. ¿Se marcharon sin más? ¿Se sentaron a descansar? ¿Echaron un trago de vino? ¿Qué hicieron exactamente?

Antonio frunció el ceño y se mordió los labios. Su rictus era de máxima concentración. De pronto, desorbitó los ojos y se golpeó la frente como si acabase de recordar algo. Adoptó entonces una pose militar, alzó un brazo y movió anular e índice a modo de tijeras. Después se agarró el cabello, fingió cortarse un trozo y enganchárselo en el pecho.

—¡Carajo! —saltó Juan, sorprendido—. Eso es nuevo, canijo. Dijiste que no llegaste a distinguir la pelambrera en el manteo del soldado.

Antonio empezó un frenético vaivén de manos que solo Juan y Alonso, expertos ya en el lenguaje de signos, comprendieron.

—Dice que Márquez se quitó la capa al desmontar del caballo y

que no se fijó si colgaban más mechones de la tela, pero que sí le vio arrancar uno a Candela y clavetearlo con alfileres en la pechera de la prenda —descifró Alonso.

Antonio ejecutó otra batería de aspavientos imitando a dos personas enzarzadas en una trifulca. Luego recuperó la pose militar e irguió el pulgar en señal de victoria.

—Enrique y Márquez se pelearon por el mechón y ganó el soldado —tradujo Juan.

—Según nos consta, Márquez conservaba una guedeja de todas las mujeres que mataba —recapituló don Rodrigo, que presenciaba la muda conversación de los tres muchachos tan fascinado como don Gonzalo y Bernardo—. Lógico, pues, que quisiera una de Candela. Pero, si Enrique se la disputó, significa que él también las colecciona.

—¡Claro que lo hace! —exclamó Alonso de repente—. Isabel nos contó que, cuando Enrique intentó violarla, le seccionó una. Márquez lucía su repertorio en la capa, pero Enrique lo esconde. De seguro guarda una caja llena de pelo en algún lugar porque os garantizo que Candela e Isabel no son las únicas víctimas de sus perversiones.

—¿Dónde está la capa del miliciano? —preguntó don Gonzalo.

—En mi casa —contestó Juan y luego se dirigió a Alonso en ademán aclaratorio—. En la covacha de Santa Isabel. Menos mal que no la llevaba puesta cuando me trincaron los justicias. De lo contrario, nos habríamos quedado sin ella.

—¿Te importaría traerla? —solicitó Bernardo.

—Al punto. Vuelvo en un tris.

Un buen rato después, Juan reapareció y extendió la capa de Márquez sobre una mesa. Bernardo profirió un exabrupto al ver el tétrico surtido capilar; don Gonzalo bufó asqueado, y don Rodrigo reprimió una arcada.

—Si, como afirma Antonio, Márquez se prendió en la pechera la reliquia de Candela, debe ser alguna de estas, pero eso no incrimina a Enrique —infirió Alonso.

—Quizá si denunciásemos su agresión a Isabel y ella declarase que le cortó un mechón... —insinuó Bernardo.

—Mejor la dejamos al margen —rehusó don Rodrigo—. Mi hija ya ha sufrido demasiado. Prefiero no hurgar en esa herida. Además, está de luto en la clausura de las Descalzas Reales y no deseo interrumpirlo, mucho menos, para involucrarla en un pleito.

—Un pleito que encima sería baldío en lo que nos interesa, porque demostraríamos que intentó abusar de Isabel, no que mató a Candela —apostilló don Gonzalo.

—Citaré a los padres de la chica y les enseñaré la capa —resolvió Bernardo—. Si reconocieran el pelo de su hija en alguno de estos mechones, tendríamos a Márquez y eso podría llevarnos hasta Enrique.

—¡Que el Señor os conserve el optimismo si de veras creéis que esos infelices reconocerán algo en esta selva, licenciado! —receló don Gonzalo con el mismo escepticismo que mostraban don Rodrigo y los muchachos—. Salvo por el color, no se distinguen en ninguna otra cosa.

—Admito que las probabilidades de que salte la liebre son escasas por no decir nulas, pero debemos tirar de todos los cabos posibles y, por desgracia, no andamos sobrados de ellos. Los emplazaré para mañana por la mañana y quiera Dios hacernos merced. Por la tarde volveremos a reunirnos y os reportaré. Nos veremos a la hora nona, sobre las tres. Juan y Antonio, no es necesario que asistáis. Gracias a los dos. Vuestra ayuda ha sido providencial.

A la mañana siguiente, los Bouza comparecieron en el estudio de Bernardo. El abogado les informó de la investigación en curso no sin antes advertirles que, o preservaban la confidencialidad de esta, o la muerte de Candela quedaría impune, pues todo indicaba que los Castro habían pagado el delito de otros. La noticia hundió el ánimo del matrimonio. Saber a los asesinos de su pequeña reducidos a cenizas mitigaba la pena y la idea de que no era así resultaba insoportable. Hecha un mar de lágrimas, la madre confirmó que, en efecto, a Candela le faltaba un mechón de pelo.

—Cuando nos entregaron su cadáver para darle cristiana sepultura, me ocupé de amortajarla. Le lavé el cuerpo. ¡Mi pobre niña! ¡Hasta las entrañas le desgarraron!

Presa de un ataque de virulentos sollozos, se detuvo. Su esposo la abrazó atribulado y Bernardo aguardó el fin del llanto sumido en un respetuoso silencio. Después de un largo rato, la mujer sacó fuerzas de flaqueza y reanudó el relato.

—La limpié y la vestí. Luego le arrebolé un poco las mejillas para

que luciera más bonita y, por último, la peiné. Fue entonces cuando le noté un trasquilón enorme, pero no le di importancia. Considerando el estado en que la dejaron, me pareció un detalle tan trivial que ni siquiera se lo mencioné a los alguaciles.

Bernardo asintió satisfecho. La ausencia de un mechón en la cabellera de Candela señalaba a Márquez y eso suponía un avance trascendental. Mostró la capa al matrimonio.

—¿Os suena alguna de estas guedejas? Me figuro que no os resultará sencillo diferenciar la de vuestra hija de las demás, pero haced un esfuerzo, os lo ruego.

Lo dijo con el derrotismo grabado en el gesto, pues dudaba del éxito de aquella peculiar rueda de reconocimiento tanto como don Gonzalo. De ahí su sorpresa cuando la madre negó de una forma contundente.

—Ninguna es de mi Candelita. Su melena era rizada y de un moreno azabache, casi azulado. Sin embargo, un grueso tirabuzón blanco le nacía en el lado derecho de la cabeza. Lo tenía desde pitusa. Cuando vino al mundo, ya asomaba esa pelusilla canosa.

—Pero quizá el asesino actuó en la parte izquierda —sugirió Bernardo.

—No, señor. El trasquilón que yo vi abarcaba el tirabuzón blanco y algunos morenos de alrededor. Os garantizo que en esta capa no hay pelo de mi pequeña.

—¿Estaríais dispuesta a declarar lo que me habéis contado ante un tribunal?

—Si sirve para que el alma de nuestra niña descanse en paz, ante Dios mismo lo haría.

—Y, en lo relativo a la discreción que nos requerís, descuidad —añadió el padre—. No diremos una palabra a nadie.

Cuando se retiraron, Bernardo dedicó el tiempo que restaba hasta la llegada de Alonso, don Rodrigo y don Gonzalo a ordenar un expediente cada vez más voluminoso. Poco antes de la hora nona, ya se encontraban los tres sentados frente a él.

—No lo comprendo —farfulló don Gonzalo, desorientado—. Si a la chica le falta un mechón y Antonio vio a Márquez cortarle uno, tendría que estar en la capa.

—Puede que lo perdiera —planteó Bernardo mientras examinaba el montón que colgaba de la prenda—. Los sujetaba con alfileres.

Quizá se le cayó.

—¿Justo ese? —cuestionó Alonso, lanzando una elocuente mirada a don Rodrigo—. Alguien me dijo una vez que no hay casualidades, sino causalidades.

El duque sonrió divertido y le palmeó el hombro con afecto.

—Aprendes rápido, muchacho. Pero piensa que echamos de menos precisamente ese porque es el que buscamos. Podría haber extraviado otros que no tenemos fichados.

—¿Y si, después de marchar y lejos ya de Antonio, Enrique continuó disputándoselo a Márquez y, al final, el soldado se lo cedió? —propuso don Gonzalo.

—Buena observación —apreció don Rodrigo—. Entonces, dondequiera que ese depravado oculte el de mi hija, estará el de Candela. Si los encontrásemos, le cazaríamos.

—No nos aferremos a esa pista, señores —conminó Bernardo—. Me parece endeble e hipotética. Por desgracia, tampoco nos sirve la evidente relación que existe entre el mechón seccionado a Candela y los de la capa de Márquez. De vivir el soldado, sí lo haría porque, pese a ser una prueba circunstancial, nos daría base legal para someterlo a tormento y ahí cantaría. Pero ha muerto y, con él, la oportunidad de que confiese.

—En mala hora le sajé las tripas —masculló Alonso.

—No te fustigues —le consoló don Rodrigo—. De no haberle matado tú, te habría matado él a ti, y tu vida vale mucho más que la de esa rata.

—Desde luego —refrendó don Gonzalo—. Además, te lo agradezco infinito. Si Álvaro hubiera fallecido, ahora no me quedaría ningún heredero varón.

—Sea como fuere, nada vincula a Enrique con Candela —sentenció Bernardo—. No niego que coleccione mechones y que lograse agenciarse el de la moza, pero, a diferencia de Márquez, no nos consta ni lo uno ni lo otro. Y, aunque nos constase, daría igual porque necesitaríamos probarlo y no tenemos medio de hacerlo.

—O sí —dijo Alonso—. Untemos a un criado suyo para que fisgonee en sus cosas.

—No me gustan esos métodos —repudió Bernardo.

Don Gonzalo reprimió una carcajada. Afirmar que el abogado no gustaba de sobornos equivalía a defender que los peces no disfrutaban

en el mar. No obstante, era consciente del motivo de sus reticencias y las compartía de principio a fin.

—A mí tampoco me agradan tan arteras maneras y no acostumbro a recurrir a ellas —repuso don Rodrigo, el cual sí se pronunció con total franqueza—, pero siempre hay una excepción a la regla y lo que nos ocupa bien merece cierta flexibilidad.

—No encontraríamos nada —se enrocó Bernardo.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Alonso, desconcertado.

Bernardo no respondió. El rubor de sus mejillas evidenció que callaba algo, pero la frondosa barba lo enmascaró y ni Alonso ni don Rodrigo se apercibieron. Don Gonzalo, en cambio, sí lo notó y no le extrañó en absoluto. Desde que Enrique le advirtió que, de sucederle cualquier percance, una persona enviaría a las autoridades el expediente acreditativo de sus contubernios contrabandistas, Bernardo y él se habían consagrado a la tarea de localizar esos papeles. No solo los originales. También la copia que, al parecer, Enrique guardaba en un lugar seguro.

Primero trataron de identificar al depositario de los originales y en tales andaban cuando Alonso les mostró el testamento que don Pelayo otorgó ante Sebastián. Al ver que Froilán Giraldo había autorizado uno previo, le investigaron y descubrieron que, aparte de ser el notario de cabecera de doña Francisca, contaba con la amistad y, sobre todo, con la plena confianza de la dama. El dato los indujo a pensar que habían encontrado a su hombre y, a falta de un cabo más sólido, decidieron tirar de ese. Empezaron a husmear en las intimidades de don Froilán en busca de ligerezas reprobables y, a la postre, susceptibles de extorsión, pero las pesquisas dibujaron a un cristiano ferviente, buen esposo y padre devoto. En resumen, un santo varón. Sin embargo, ellos mejor que nadie sabían que los santos solían vivir en el cielo y que ningún varón se resistía a los placeres de la tierra. Al menos, no a todos. Así pues, insistieron e insistieron hasta averiguar que le entusiasmaban los naipes y el sexo. De la adicción al juego sacaron poco jugo. No tenía ni deudas que lo agobiaran ni deudores que lo odiaran. En cambio, su afición al fornicio sí rindió. Y mucho. Resultó que al caballero le gustaban las carnes rollizas, adolescentes… y masculinas. Bernardo no tardó en visitarle y poner las cartas sobre la mesa. La homosexualidad se castigaba con la hoguera y, como sufrirla no atraía nada a don Froilán, pronto soltó la lengua y

los benditos originales.

El problema residía ahora en la copia que Enrique conservaba. Bernardo lo había mandado seguir, espiar, acechar… Incluso había pagado un dineral a un empleado de los Valcárcel para que registrase sus aposentos privados y solo había obtenido un decepcionante «Lo lamento, señor». De ahí su tajante rechazo a la opción de comprar a nadie del servicio. Ya lo había hecho él y se había estrellado.

—Contestad, don Bernardo —reclamó Alonso—. ¿Por qué desestimáis el soborno?

El aludido trató de tapar la verdad improvisando un argumento y, siendo como era un abogado extraordinario, este sonó bastante razonable.

—No podemos confiar en un criado a la buena de Dios. Nos arriesgaríamos a que sea leal a los Valcárcel y les vaya con el chisme, lo cual supondría el fin de nuestra empresa.

—Utilicemos a una de las tres doncellas que Mencía se ha llevado —sugirió don Gonzalo—. Han trabajado en mi casa desde niñas y mueren por mi hija.

—¿Y si se lo encargásemos a la propia Mencía? —intervino don Rodrigo, dirigiendo una mirada cómplice a Alonso—. Detesta a Enrique. Participará encantada si así se libra de él.

—Me parece peligrosísimo —titubeó el joven—. Como Enrique la pille, la matará.

—Le creo muy capaz —musitó don Gonzalo, abatido—. Visto lo visto, fijo que se inventó lo del suicidio. No la expongamos más. Después de perder a Beltrán, no soportaría enterrarla también a ella.

—Que se ocupe, entonces, una de las doncellas —zanjó Bernardo —. Le diremos que actúe a espaldas de Mencía.

—Nos serviremos de Blanca —determinó don Gonzalo—. Su madre es una de mis lavanderas. La haré llamar pretextando que la madre ha enfermado y se está muriendo.

—¡Menuda crueldad! —censuró don Rodrigo—. La pobre se llevará un susto morrocotudo. Mejor la interceptamos en la calle cuando vaya camino de un recado.

—No me extrañaría que Enrique tuviera vigilada a Mencía y a sus doncellas —rebatió don Gonzalo—. Debo traer a Blanca a mi casa y encomendarle la misión sin temor a oídos indiscretos. Además, ¿y la alegría que le dará ver a su madre sana como rosa en abril?

Dos semanas después, volvieron a reunirse. La cara de don Gonzalo era un poema.

—La moza ha logrado colarse en los aposentos privados de Enrique y los ha registrado de arriba abajo. También el resto de la mansión, incluido el sótano, la bodega, las caballerizas, la huerta... Ha llegado a escarbar el césped de las zonas más recónditas del jardín y hasta escudriñado el interior del pozo. Pero nada de nada. O no colecciona mechones, o los guarda fuera de casa.

—Pues esto nos cierra la vía inquisitorial porque los asuntos testamentarios no competen al Santo Oficio —gruñó don Rodrigo, decepcionado—. Habremos de conformarnos con acusarle de alteración sucesoria ante los tribunales ordinarios.

—¿Y que le impongan una simple multa? —protestó Alonso—. ¡Ni de chanza! No me resignaré a esa nadería. Tenemos que imputarle los Crímenes del Ritual.

—Necesitamos pruebas irrefutables y solo manejamos indicios —replicó el duque.

—Indicios que componen una historia de lo más coherente —insistió Alonso—. Podemos acreditar que Enrique sembró cizaña contra mis padres en los mentideros, que era amigo de Márquez, que vieron a un prócer rubio y a un soldado masacrar a Candela y Mateo, que ambos coleccionan guedejas y que a Candela le faltaba una. Por no mencionar el zafiro. El pañero de las Gradas lo divisó en el dedo de Enrique y mi padre también, lo cual demuestra que allanó la escribanía y colocó allí el corazón de Mateo.

—Todo circunstancial —objetó Bernardo—. En especial, la presunta manía de Enrique de coleccionar pelo. Solo Antonio e Isabel están en disposición de certificarlo. Y si el testimonio del uno carece de valor legal y el intento de violación de la otra debe permanecer silenciado, ¡ya me contarás qué camino tomamos!

—Cualquiera menos el de la rendición, ¡por el amor de Dios! —se sulfuró Alonso.

—Reabrir un caso juzgado y sentenciado es muy difícil —arguyó don Rodrigo—. Si encima entraña reconocer la quema de dos inocentes, la cosa se complica. A los del Santo Oficio no les gusta admitir pifias, mucho menos, de semejante calado.

—¡Me importa un ardite que no les guste! —se revolvió Alonso—. No pienso parar hasta que condenen a Enrique. De lo contrario, los

Crímenes del Ritual seguirán lastrando la memoria de mis padres. He custodiado el testamento todos estos años con el objetivo de usarlo como medio, no como fin. Era el vehículo para mandar a Enrique a la hoguera, no para que pague una miserable multa.

—El fraude sucesorio no es una cuestión menor —repuso don Rodrigo—. Supondrá un varapalo irreparable para el predicamento de los Valcárcel. El conde de Olivares defenestrará a Enrique y la élite madrileña lo excluirá de sus círculos. Y lo mismo le espera a doña Francisca. No volverán a invitarlos a ningún evento, a ninguna velada, a ninguna fiesta... Muchos les retirarán el saludo y hasta la palabra. Eso duele más que cualquier multa.

Bernardo esbozó una sonrisa amarga. ¡Y tanto que dolía! ¡Bien lo sabía él!

—Pero menos que el fuego —señaló Alonso.

—El ostracismo en el que caerán los Valcárcel también afectará a Mencía y, por extensión, a los Soto de Armendía y a mí —intervino don Gonzalo—. Yo opino igual que Alonso. Aquí no hay medias tintas. O acusamos a Enrique ante la Inquisición, o nos quedamos quietos. Aunque su muerte en la pira manche mi apellido, cosa que de seguro hará, la viudedad de Mencía disolverá nuestra alianza y, más temprano que tarde, los Soto de Armendía nos quitaremos de encima ese baldón. En cambio, si Enrique vive, continuaremos siendo familia y sufriremos la misma deshonra que él. Y de eso nada. Si no tenemos base para recurrir al Santo Oficio, prefiero dejarlo correr.

Pronunció este discurso con unos ojos cómplices clavados en Bernardo. Mientras no consiguieran la copia del expediente relativo a sus tejemanejes en la Carrera de Indias, solo podían atacar a Enrique a través de la Inquisición. Lo necesitaban enfrentando la pena capital, no una sanción pecuniaria. Además, este Tribunal nunca desglosaba la identidad de los denunciantes, de modo que, si Enrique lograba esquivar las llamas, no se enteraría de quién lo había delatado. Cosa muy distinta sucedía en el ámbito civil. Las demandas llevaban nombre y apellidos. Cierto que se consignarían los de Miguel Valcárcel, pero, como el de su abogado también se publicitaría, Enrique descubriría que Bernardo y, a la sazón, don Gonzalo, estaban detrás. En cuanto lo averiguase, destaparía las intrigas de ambos y entonces serían ellos los que pisarían el cadalso.

—Me temo que tenéis razón —respaldó don Rodrigo para enorme

alivio del marqués—. El linaje prima sobre todo lo demás. Si hundir a los Valcárcel acarrease la deshonra de los Salazar y no mediara una viudedad o algo de similar enjundia capaz de romper nuestro parentesco, yo tampoco movería ficha.

A regañadientes, pues quería ayudar a Alonso, pero consciente de lo que don Gonzalo y él se jugaban, Bernardo aprovechó las palabras del duque para unirse al bando disidente.

—En ese caso, olvidamos el asunto. Lo lamento, chico. Al menos, lo hemos intentado.

—¿Me tomáis el pelo? —se resistió Alonso—. ¿Cómo vamos a desistir ahora? ¡Alguna manera habrá de prender la hoguera con la baza del testamento!

—No conviene tirar la piedra sin apuntar bien —sostuvo Bernardo—. Si no presentamos al Santo Oficio un expediente sólido, esta piedra en concreto podría darnos en la cara. Los Valcárcel tienen jerarquía suficiente y no pocos recursos para batallar y vencernos. No hablamos de unos pobrecitos a quienes nadie avala.

La frase «No conviene tirar sin apuntar bien» trajo a la memoria de Alonso la última conversación que mantuvo con Sebastián.

—Quizá no hablemos de unos pobrecitos... todavía, pero lo haremos en cuanto un juez los condene por haber adulterado la voluntad postrera de un difunto y la noticia llegue a los mentideros —murmuró para sí—. Perderán el prestigio que hoy los protege y devendrán en gente sin autoridad y, en consecuencia, vulnerable. ¡Claro! ¡He ahí la primera parte del plan!

Con los ojos chispeantes de esperanza, miró a los tres hombres que, a su vez, lo observaban confundidos y sin entender tan repentino entusiasmo.

—A mi padre le gustaba mucho el ajedrez y siempre andaba maquinando formas de obtener el jaque mate. Se inventó una coplilla a tenor de eso: «Sin estrategia, ni en cien golpes acertarás; con ella, uno solo y ganarás la partida». Cuando lo visité en la cárcel, me ayudó a urdir la venganza de los Castro. Me dijo que, como los ilustres llevan el predicamento grabado en la piel, debía buscar la forma de mondársela a los Valcárcel para así despojarlos de su buena reputación, pero que lograrlo exigía medios que yo no tenía. Me animó entonces a convertirme en un jurista célebre y a granjearme las reverencias de todo Madrid ejerciendo un derecho honesto.

Conquistada esa meta, me conminó a investigar los delitos de Enrique hasta reunir pruebas palmarias de alguno, lo cual garantizaría la condena y aniquilaría su prestigio. Ese sería el momento de esgrimir el testamento y acusarle de los Crímenes del Ritual; justo cuando la sociedad le hubiera marginado y ya nadie quisiera abogar por él. «He ahí tu estrategia —me dijo—. Solo necesitas un golpe, pero no uno nacido de la rabia y asestado con rabia, sino uno certero nacido del honor y asestado con honor; el honor de la justicia». «Igual que en el ajedrez —contesté yo—: preparación, acecho, paciencia y jaque mate».

—No está mal pensado —sopesó don Rodrigo—. Si la denuncia por fraude sucesorio prospera, y con los testimonios que aportaremos no dudo que así ocurrirá, el descrédito para los Valcárcel alcanzará tal magnitud que incluso perderán su condición de familiares del Santo Oficio. Ya me ocuparía yo de sugerírselo a la Suprema.

—¿Y si luego no conseguimos incriminar a Enrique en los asesinatos? —saltó don Gonzalo, asustado ante el repliegue del duque —. Mencía no enviudaría y el vacío social a los Valcárcel salpicaría a mi familia. ¡Ni hablar! O vamos por lo penal, o no vamos.

—A mí también me gusta el plan de Sebastián —declaró Bernardo—. ¡Hagámoslo! Calcinemos primero la nombradía de los Valcárcel y después a ellos.

Muy nervioso ahora, don Gonzalo le lanzó una mirada atónita e incendiaria. Bernardo ni se inmutó. Es más, ignoró al marqués y se dirigió a Alonso.

—Necesitaré el testamento, muchacho. He de unirlo a la demanda.

Al comprender lo que tramaba, don Gonzalo se serenó. Incluso hubo de reprimir una sonrisa. ¡Qué zorro! Pretendía apoderarse del legajo, aunque no para denunciar a los Valcárcel, sino para dárselo a Enrique a cambio del expediente de la Carrera de Indias. Lástima que la respuesta de Alonso no surcase los derroteros deseados.

—Habréis de disculparme, señor. Mi padre me ordenó custodiarlo a todo trance y eso implica entregarlo a las autoridades sin intermediarios. Cuando vayáis a presentar la demanda, os acompañaré. Entonces y solo entonces, soltaré el documento.

—Soy tu abogado, zagal, no un simple intermediario —reivindicó Bernardo, ofendido—. ¿Acaso no confías en mí?

—A ciegas, licenciado. Sucede que me juego mucho. Si yo

perdiera el testamento, jamás me lo perdonaría, pero, si lo pierde vuesa merced, me sentiría peor porque me atormentaría pensar que, de habérmelo quedado, no habría desaparecido.

—Bueno, también podrían quitártelo a ti, en cuyo caso, te atormentará pensar que, si no te hubieras emperrado en esa chuminada, otro gallo cantaría.

—Cierto, pero, si está en mis manos, yo controlaré la situación; si no, la situación me controlará a mí. Y don Gonzalo me enseñó que lo primero aprovecha más que lo segundo.

—¡Qué bien mandado eres cuando te lo propones! —rezongó el aludido, frustrado—. A ver, ¿dónde tienes el bendito testamento?

—Atado al cuerpo, su ilustrísima —contestó Alonso mientras se tocaba el torso con gesto ufano—. Desde que empezamos la investigación, no me separo de él.

—¿Y te parecen maneras de controlar la situación? —reprobó don Rodrigo, que, ajeno a las verdaderas intenciones del abogado y del marqués, consideraba sensatos sus argumentos, y tercas, excesivas e infundadas las malicias del chico—. ¿Y si te atracan? Mira lo que ocurrió en Alcalá. A Dios gracias, no lo llevabas encima.

—Tampoco se lo cedí a nadie. A lo largo de estos cuatro años me ha pasado de todo y el testamento continúa conmigo. Creo que puedo custodiarlo unas semanas más.

Bernardo silenció un exabrupto. Estaba convencido de que el ardid de agenciarse el testamento pretextando la interposición de la demanda funcionaría, pero Alonso no era fácil de embaucar. Tendría que recurrir a medidas menos amables y habría preferido no hacerlo. Para sorpresa de don Gonzalo, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, jovencito. Tú ganas. Guarda el testamento. Yo redactaré el escrito de impugnación. Tardaré unos días. Preciso ordenar la historia y darle una secuencia lógica.

—Se van cumpliendo las fases de la estrategia de mi padre —sonrió Alonso, emocionado—. Primero, preparación y acecho. Ahora, paciencia. Ya queda menos para el momento cumbre: el del jaque mate.

—No podemos atacar a Enrique en la jurisdicción ordinaria —recriminó don Gonzalo a Bernardo cuando ambos volvieron a citarse,

esta vez a solas—. En cuanto vea que representáis a Miguel, irá a por nosotros.

—Si me niego, Alonso acudirá a otro abogado y entonces perderemos el gobierno de este barco. Debía transigir, aunque decirle que tardaré un tiempo en redactar la demanda nos permite un período de reflexión.

—¡No hay nada que reflexionar! La cosa está clara: tenemos que quitarle el testamento.

—Lo sé —contestó Bernardo, compungido—. He intentado que me lo cediera por las buenas, pero no se ha dejado engatusar.

—Pues peor para él porque ahora será por las malas —decretó don Gonzalo—. Aprovechemos que lo lleva encima. Que uno de vuestros esbirros simule un atraco, se lo robe y problema arreglado. Él no podrá aportarlo a ningún pleito y nosotros se lo daremos a Enrique a cambio de los papeles delatores de nuestras intrigas indígenas.

—Me siento fatal, su ilustrísima —se lamentó Bernardo—. Alonso ha confiado en nosotros y le vamos a traicionar.

—Yo también ando lejos de celebrarlo. Lo creáis o no, le profeso un enorme afecto. Me salvó el pescuezo, pero de nada habrá servido su hazaña si ahora me lo corta el verdugo. Además, la piedad hace débil al hombre y nuestra situación ya es bastante precaria como para agravarla con misericordias. Así que orquestad el asalto y no lloréis más. Eso sí: que no suceda de inmediato. El chico se las sabe todas y, como nos precipitemos, recelará.

—Esperaré unos días. Y que Dios nos perdone.

75

UNA CAJA ENTRE PAPELES

Mencía vivía atrincherada en la indiferencia. Solo así, anquilosando la piel y esterilizando el alma, había conseguido no sentir el asedio de la pena ni la claustrofobia de una jaula que pocas veces abría la puerta. Pasaba la mayor parte del día en casa porque, como Enrique únicamente le permitía pisar la calle de su brazo y a ella le repugnaba pasear con el carcelero, prefería permanecer en la cárcel. Allí dentro había urdido la estrategia de acercarse a doña Francisca. Bordaban juntas, leían la Biblia, charlaban del mar y de los peces... A Mencía le resultaba soporífero, pero se aguantaba pensando que, si conquistaba la confianza de la madre, quizá el hijo bajaría la guardia y le daría alguna libertad. Sin embargo, no había funcionado. Ni Enrique aflojaba el yugo ni doña Francisca se lo sugería. Al revés. Según la augusta dama, el mundo de la buena esposa se reducía al hogar y tras sus muros debía hallarla el marido, siempre presta a satisfacerle de día y de noche. ¡Y a fe que Mencía proporcionaba grandes satisfacciones a su marido! Sobre todo de noche. No transcurría una sin que Enrique la reclamara en sus aposentos. El asco y la impotencia le roían las tripas, pero había decidido no pelear. ¿Para qué? No lograría nada, salvo bofetones y correazos. Cuanto más pacíficamente discurriera el acto, menos sufriría ella y antes terminaría él. Así las cosas, previo a acostarse, su doncella le llevaba el mismo brebaje que le ofreció la noche de bodas. El amodorramiento que producía aquel somnífero elaborado con semillas de amapola, vino y cerveza la ayudaba a tolerar las vomitivas prácticas que Enrique le imponía, a guarecerse luego en los brazos de Morfeo y a no soltarlos hasta el alba. Lástima que, superado el envite marital, Enrique no la dejara regresar a su alcoba.

—¿Y si me activo en mitad de la madrugada, princesa? —le decía en un tono depravado que la repelía sobremanera—. Debéis estar

aquí, dispuesta y abierta para mí.

Por desgracia, no hablaba en balde. A menudo, después del coito inicial, la despertaba y la requería de nuevo. Encima, esa segunda vez siempre la embestía de una forma virulenta, casi animal. No ocurría a diario, aunque sí con dolorosa frecuencia. Inerte y sedada, ella se dejaba hacer. El narcótico del que ya era adicta le cerraba los ojos. La evadía. Le permitía echar a volar el pensamiento y el sentimiento rumbo al regazo de Alonso. ¡Cuánto se había alegrado de verlo aquella tarde en la calle Mayor! Y él también parecía conmovido. Además, había contestado a las provocaciones de Enrique tratando de protegerla. Como si aún la amara. Esa posibilidad la confundió y emocionó a partes iguales. Creía que la había olvidado. De lo contrario, no se explicaba por qué no había vuelto a tener noticias suyas. ¡Ni que Alcalá estuviera en los confines del mundo! Más lejos quedaba Breda y Álvaro sí enviaba misivas. Cierto que apenas habían llegado una o dos, pero al menos daba señales de vida. ¡Su querido hermano! ¡Ojalá no se hubiera ido! La habría ayudado a esclarecer qué mosca le había picado a Alonso. ¡Vaya con el gentil caballero! ¡Había salido rana! Nunca lo habría imaginado, la verdad. No era de esos engañabobas que prometían aire para conseguir carne. ¿O sí? ¿Qué otra cosa cabía deducir de su comportamiento? Desde que marchó, ni un triste mensaje le había mandado. Ni siquiera se dignó a acusar recibo del caballo de ajedrez. Quizá no le llegó y por eso no vino a rescatarla. Quizá sí y lo tiró a la basura. En fin... ¿Qué importaba ya? El sueño se había roto. Solo quedaban añicos, y en ellos, en los restos de una sonrisa muerta, se refugiaba mientras, luna tras luna, un esposo indeseado e indeseable le desgarraba las entretelas.

Por su parte, Enrique había entrado en una fase de hastío. Lavadas las afrentas de Alonso y Mencía dejando al uno sin su «bella señorita» y confinando a la otra en la guarida del lobo feroz, ahora se aburría. Lo que le excitaba era luchar con las féminas hasta doblegarlas. Así se desarrollaba su particular ritual de seducción, pero Mencía no le seguía el juego y eso le frustraba. Se la había figurado menos mansa y le decepcionó toparse con la docilidad personificada. De haber sabido que la joven se drogaba antes de meterse en la cama, lo habría comprendido y, a buen seguro, abortado. Pero, como Mencía ingería el jarabe a hurtadillas, veía asombrado que se conducía cual

furcia obediente y servicial. Abría las piernas cuando él se adentraba en ellas y las cerraba cuando salía. Si la insultaba, callaba; si la azotaba, hacía de su cuerpo un ovillo; si la sodomizaba, se petrificaba. ¡Le parecía estar montando a una maldita momia! A tal punto le exasperaba tanta frialdad que en no pocas ocasiones la tundía a golpes para arrancarle una mínima reacción.

¡Cuánto extrañaba a Márquez y las orgías compartidas! ¿Dónde habría acabado la colección capilar del soldado? La suya crecía a buen ritmo porque, pese al matrimonio, no había renunciado ni a violar mujeres ni a cortarles el mechón símbolo de sus viles conquistas. Le encantaba recrearse en aquel muestrario de trofeos. Contemplarlos, manosearlos, olerlos, chuparlos... También se regodeaba leyendo las etiquetas que pendían de ellos con los nombres de sus dueñas. Márquez le había advertido hasta la saciedad que corría un riesgo enorme colgándoles papelillos identificativos y él lo sabía perfectamente, pero la lujuria le vencía. Se aguaba con solo rememorar cada cópula de manera independiente a las demás, y el placer que hallaba en ese bajo instinto le anulaba todo atisbo de prudencia. Julia, Paula, Isabel, Candela, María, Alicia, Clara, Inés, Diana, Urraca, Catalina... De todas se acordaba gracias al papel enganchado a su reliquia y, según tuviera el ánimo, elegía una u otra. Y en verdad tenía donde escoger, porque acumulaba tal cantidad que podía estar semanas sin repetir. No obstante, reservaba momentos muy concretos a cultivar aquel fetichismo. Siempre lo hacía de madrugada y en la privacidad de su habitación. Aunque, después de desposar a Mencía, había descubierto que, si actuaba mientras ella dormía, el éxtasis adquiría cotas delirantes. No se le escapaba cuán peligroso resultaba sacar la caja de su escondite en presencia de la joven y al principio se refrenaba, pero comprobar que esta parecía muerta, tan profundo tenía el sueño, le indujo a mermar las cautelas. Además, justo en ese detalle residía el epicentro del terremoto sexual que experimentaba. Observar las guedejas de las mujeres a quienes alguna vez forzó delante de esa con la que yacía a diario le volvía loco. Era entonces cuando saltaba sobre Mencía y la penetraba de un modo encarnizado. ¡Ah! ¡Esas cabalgadas sí que le procuraban gozo! Porque ya no fornicaba solo a una, sino a muchas. A todas. De ahí que no permitiera a la muchacha abandonar el lecho. Así, tan pronto le surgía entretenerse con su lúgubre baúl de juguetes y los recuerdos

venían a envararle la hombría, disponía de un pozo donde vaciarse y alcanzar un clímax apoteósico.

Narcotizada y aferrada a Morfeo como náufrago al madero, Mencía no se enteraba de nada. Hasta que un día su doncella se despistó y no le llevó el somnífero. La expectativa de estar lúcida durante el asalto sexual le suscitó tal espanto que un nudo de miedo le apretó la garganta y lágrimas despavoridas le anegaron el semblante. El lance fue incluso más horrible de lo esperado; tanto que a las arcadas le siguió el vómito y lo almacenado en su estómago desembocó en una bacinilla situada en un rincón de la estancia. Intentó pretextar una indigestión, pero Enrique no se lo tragó y, ofendidísimo, sacó la mano a pasear. Tras consumar el coito y concluir la paliza, suspiró satisfecho y, en el colmo de la burla, le musitó un nauseabundo «Buenas noches, princesa».

Mencía se acurrucó en su esquina del lecho. No se atrevía ni a pestañear. Solo cuando percibió los primeros ronquidos, logró relajarse, aunque no del todo porque la zozobra de ignorar si habría una segunda ronda le cortaba la respiración. Al final, se sumergió en un duermevela ligero, de esos que transcurren con un ojo abierto y el otro cerrado. Y no era para menos. Entre el terror al ataque enemigo, que la tenía cual vigía en la almena, la falta de droga, que no le aplacaba el pánico, y el síndrome de abstinencia, que le multiplicaba el azogue, estaba más atenta al peligro que liebre ante galgo. Hasta el vuelo de un mosquito la habría despabilado. Y eso ocurrió. Un ruido encendió la luz roja en su cerebro. Se trataba de un chasquido mínimo; imperceptible a oídos de cualquiera, excepto a los de alguien en estado de alerta máxima.

Estremecida, entornó los párpados y miró en derredor. Las tinieblas reinaban en la habitación, salvo por la llama vacilante de un farolillo que titilaba junto a la chimenea. Esta se erigía frente a su lado de la cama y en ese momento en que las ascuas se habían reducido a cenizas ni calentaba ni alumbraba. Ahí estaba Enrique, de espaldas a ella, agazapado y hurgando en el interior de algo. Mencía se incorporó una pizca y le pareció ver que tenía un cofrecillo en las manos. De repente, advirtió que empezaba a girarse hacia atrás, tal vez para confirmar que continuaba dormida. Por suerte lo hizo con extrema lentitud en el afán de no romper el silencio y eso le brindó el lapso que necesitaba para tumbarse y simular un sueño profundo. Ya

no se atrevió a volver a abrir los ojos. Al poco, sus peores temores se materializaron. Enrique regresó al catre, la agarró del pelo y, tras colocarla boca abajo, la embistió. Sufrió la arremetida con la cara empotrada en el colchón y mojándolo de llanto. Después de la tempestad, llegó la calma. Y ahora sí que sí porque, perpetrada la segunda agresión, el suplicio había acabado. Hasta mañana, claro. Aunque eso mejor no pensarlo. Encogió las rodillas y se las abrazó. Morfeo se retrasaba, pero, al final, se apiadó de ella y acudió al rescate.

Blanca, una de sus tres doncellas, le rozó el hombro mientras las otras dos descorrían la cortina de terciopelo que cubría la ventana. Un sol deslavazado iluminó la pieza y diciembre la congeló. Las criadas estallaron en maldiciones al ver el rostro amoratado de Mencía y se deshicieron en disculpas cuando esta les recriminó el despiste del somnífero.

—También olvidasteis las hierbas que impiden concebir —añadió, encorajinada—. Rezad para que ese cerdo no me haya preñado esta noche porque, como suceda, primero aborto al engendro y después os estrangulo a vosotras.

—Ahora os traigo la pócima contra el embarazo —contestó Blanca—. Si se toma dentro de los dos días siguientes, surte el mismo efecto.

—Entonces, aguardaré a media mañana, no sea que Enrique nos pille en plena componenda y ¡para qué queremos más!

—El señor ha salido muy temprano, ama. Le ha dicho al mayordomo que regresará por la tarde.

—Tanta paz encuentre como descanso deja, ¡mal rayo lo acalambre! —masculló Mencía mientras se levantaba con la torpeza del herido de guerra—. Aprovecharé su ausencia para comprobar una cosa y vosotras tres me ayudaréis. Verónica, echa la llave.

Más a rastras que caminando, se dirigió a la chimenea, junto a la cual había sorprendido a Enrique enredado en algo. Separó el tapiz de la pared sin reparar en nada de interés. Luego retiró la alfombra que enmoquetaba las piedras del pavimento y comenzó a palparlas una a una. De pronto, notó un hueco entre dos de ellas. Introdujo los dedos y, cuando alcanzó la base de ambas, las empujó hacia arriba. Apenas necesitó forzarlas. Ascendieron con facilidad hasta emerger sobre las demás. Las extrajo y así descubrió una cavidad excavada en el suelo.

La caja que Enrique sostenía la víspera estaba dentro. Era de madera, rectangular y alargada. El interior, forrado de un tejido afelpado, albergaba un montón de mechones de pelo. Estaban ordenados por colores y de cada uno pendía un hilo con una etiqueta en el extremo donde se leía un nombre de mujer. Al reconocer el de Isabel y el suyo propio, Mencía bizqueó estupefacta. Las criadas también. En particular, Blanca, la misma que había recibido dinero de Bernardo a cambio de registrar las pertenencias de Enrique hasta encontrar precisamente lo que ahora tenía delante: una caja llena de cabello femenino.

La cavidad ocultaba dos cosas más. Había un morral con restos de lo que parecía sangre y un cartapacio repleto de papeles. Reacia a prestar atención al morral tal aprensión le suscitaba, Mencía cogió el cartapacio y examinó el contenido. Según pasaba hojas, su semblante fue adquiriendo el tono de los muertos. No entendía demasiado de asuntos empresariales, pero juraría que aquella documentación hablaba de contrabando y contrabandistas. En concreto, de uno: Gonzalo Soto de Armendía. ¿Sería posible que...? ¡Claro! ¡De ahí el súbito y apresurado matrimonio con Enrique! Por mucha influencia que este ejerciera sobre el conde de Olivares, nunca le cuadró que su padre la entregase a un hombre carente de títulos nobiliarios. Ahora lo comprendía. Enrique debió de averiguar sus irregularidades comerciales y lo había extorsionado. Por eso no le importó soltarla en el torreón. Le daba igual si vivía o moría. Con o sin ella, mientras conservase tan demoledor expediente, obtendría de don Gonzalo cuanto le pidiera. Una oleada de rabia la embargó. ¿En serio su padre la había vendido a un degenerado para esquivar al verdugo? ¡Maldito y mil veces maldito! Jamás se lo perdonaría. ¡Ojalá lo atraparan y lo degollaran! Ni una lágrima derramaría. Pese a todo, el instinto la indujo a socorrerle. O quizá a socorrerse a sí misma, pues desbaratar el chantaje podía librarla de Enrique.

Sustituyó los papeles de la carpeta por un taco de los viejos que, apilados en el hogar, se usaban para prender los troncos y luego devolvió esta al nicho del suelo. Prefirió robar el contenido y dejar el continente en lugar de arramplar con todo. Así, salvo que Enrique inspeccionase las tripas del cartapacio, y rogaba a Dios que no lo hiciera, no se percataría del cambiazo. Después de introducir también la caja de guedejas, colocó las piedras de nuevo y alisó la alfombra.

—¿Te acuerdas de Alonso González de Armenteros? —le preguntó a Blanca.

—Sí, ama. El paje de don Álvaro; el que marchó a Alcalá.

Mencía le tendió el fajo de papeles que incriminaban a don Gonzalo. Sacarlos de allí era prioritario y, pese a tener la duda de si Alonso aún la amaba, no confiaba en ninguna otra persona. Ya cavilaría luego qué significaba el extraño acopio de mechones de pelo y la mejor manera de exprimir ese secreto en su favor.

—Ha regresado a Madrid. Lo vi hace poco en la calle Mayor. Entérate de dónde vive ahora. Tal vez continúe en casa de mis padres. Búscale y dale esto.

—¿Y qué le digo? —inquirió Blanca en tanto se escondía el expediente en las ropas.

—Que se lo he quitado a Enrique. Sabrá qué hacer. No se lo entregues a nadie más que a Alonso. A nadie más. ¿Me has entendido?

Blanca se encaminó a la calle del Sacramento y, como Mencía le había adelantado, confirmó que Alonso residía en la mansión de los Soto de Armendía. Gracias a una criada allí empleada y amiga suya, consiguió reunirse con él en una discreta costanilla aledaña. Entonces le dio el expediente y le transmitió el mensaje de Mencía. Al hojearlo, el muchacho palideció. ¡Don Gonzalo y Bernardo se conocían de antes! ¡Y delinquían juntos! Ahora le encajaban las reticencias de ambos a formular la demanda por la vía ordinaria. Necesitaban a Enrique muerto, no multado. ¡Zorros mentirosos! ¡Le habían engañado! Y a don Rodrigo también, porque apostaría la diestra a que el duque estaba al margen de aquello.

Rojo de cólera, le llevó un tiempo reaccionar. Blanca lo observaba expectante. Había echado un ojo a los papeles, pero, como no sabía leer, no sacó nada en claro y esperaba que Alonso saciara su curiosidad. Se quedó con las ganas, pues el chico se limitó a mirar inquieto en derredor.

—¿Estás segura de que no te han seguido? —la interpeló—. Es posible que Enrique tenga vigilada a tu señora y, por extensión, a sus doncellas.

—Segurísima —contestó Blanca, aunque silenció que le constaba porque espiaba para Bernardo y este la había prevenido de lo mismo

—. Y, si don Enrique anduviera tras mis pasos, no le amoscarían mis viajes a esta casa. Mi madre trabaja aquí y la visito a menudo.

—Cuida bien tus espaldas de todas formas. Y no te fíes de nadie. Ahora regresa con tu ama y tranquilízala. Haré buen uso de esta documentación. Dile de mi parte que pronto será libre; que el final de Enrique se acerca, y que yo me ocuparé de precipitarlo.

Sin referir a Alonso el hallazgo de los mechones, pues ignoraba lo que este se traía con Bernardo y cuánto le habría interesado esa confidencia, Blanca marchó al estudio del abogado. Suspiró abatida cuando el lacayo le dijo que el patrón había salido un momento y la invitó a esperarle en la salita degustando un chocolate caliente. Habría aceptado encantada el descanso y la golosina, pero no podía retrasarse más. Debía reincorporarse en su puesto a escape. «Lo intentaré mañana», respondió. Luego se giró y echó a correr.

Esa noche Alonso acudió a la covacha de Santa Isabel, donde Juan permanecía atrincherado mientras don Rodrigo trataba de obtener su indulto y el de Munio. El aristócrata había ofrecido a ambos un cuarto en el palacio ducal, pero, a diferencia de Munio, el joven había declinado. Cierto que preferir una gatera inserta en la pared de un monasterio a una señora mansión pecaba, cuando menos, de raro, pero lo que unos consideran amargo a otros les endulza y, comparado con la galera, a él le parecía que aquel cuchitril superaba en esplendor al mismísimo paraíso. «Además, nada como el hogar de uno y este es el mío», añadió en el tono resuelto de quien no cambiará de opinión.

Alonso había decidido no desvelarle las intrigas de don Gonzalo. No se las contaría a nadie. Tampoco a don Rodrigo. Tenía clara la estrategia a seguir respecto a los papeles que las acreditaban y su plan exigía un mutismo absoluto.

—Echemos un trago en la taberna de Blas —propuso Juan—. Sirven un tinto de Valdemoro que quita el sentido.

—¿De qué sentido habláis? ¿Del común? ¡Pues lo que os faltaba! Perder el poquito que os queda. Más os valdría usarlo pegando el trasero a esta cueva en lugar de andar zascandileando de acá para allá todo el santo día.

—Soy un pájaro, hermano —repuso Juan, tocándose el pecho en ademán histriónico—. O muevo las alas, o muere mi alma.

—¡Qué bonita combinación! —rio Alonso—. Pájaro y poeta.

—¡Y listo como el hambre! De modo que no temáis por mí. Los corchetes me creen en el fondo del mar. El barco se hundió y, según he oído en los mentideros, solo se libraron el capitán y un artillero.

—Esos son los supervivientes oficiales. Munio, vos mismo y los tres que pescasteis del agua también salisteis ilesos y no os habéis pronunciado para que no os devuelvan al remo. De seguro hay más forzados y esclavos en idéntica situación. Los alguaciles lo saben y están con los ojos bien abiertos.

—Pues que los cierren, no sea que se les sequen porque, antes de trincar al menda, naufraga toda la flota imperial. ¿No veis que buscan rapados y a mí ya me han crecido las crines? Además, la mugre me tapa el bronceado de la cara, y estos trapos, el GAL que me tatuaron. Encima, son ropas de calle, no de mar.

—Son ropas de pordiosero —replicó Alonso, mirando el harapiento traje del mozo.

—Cierto, pero, como esa logia abunda en Madrid, paso desapercibido —bromeó Juan—. ¡Vamos a la taberna de Blas, por favor! Es 21 de diciembre. Casi Navidad, compadre. Hasta los curas empinan el codo para celebrarlo. Un pichel y volveré a casa.

Entre los bufidos del uno y las risas del otro, ambos amigos enfilaron Santa Isabel hasta Atocha y allí entraron en una de las muchas tascas de la zona. Tras unas cuantas rondas de buen vino y mejor conversación, se retiraron.

Avanzaba la madrugada y el recién estrenado invierno desempeñaba a la perfección su tarea de escarchar el aire. Alonso compelió a Juan a regresar a la gruta de Santa Isabel y dejar de exponerse, pero el chico, sediento de libertad, se empecinó en acompañarle un rato.

Inmersos en una agradable charla, se internaron en una de las costanillas que vertebraban las inmediaciones de la calle Atocha y tomaron camino rumbo a la del Sacramento. De pronto, dos embozados emergieron de la oscuridad y los interceptaron.

Todo sucedió a tal velocidad que no acertaron ni a presentar batalla. Los bandidos tumbaron a Juan de un puñetazo y luego acorralaron a Alonso. Uno le sujetó los brazos y el otro se dedicó a registrarle. Cuando le arrancaron la faltriquera del cinto, Alonso creyó que ahí terminaba el atraco, pero, para su sorpresa, continuaron cacheándolo como si buscaran algo más. Al notar el cartapacio que

llevaba atado al torso, le rasgaron la vestimenta y cortaron la cuerda. Aunque Alonso forcejeó y pataleó furioso, no pudo evitar que se lo quitaran. Al final, los rufianes le soltaron y huyeron con el botín. Salió disparado tras ellos, pero aún no se había recuperado del mes en coma y las fuerzas le abandonaron. Profiriendo maldiciones e increpando a la Providencia entera, volvió junto a Juan, que acababa de recobrar el conocimiento y se palpaba un chichón incipiente en la sien.

—¿Qué demonios es esto? —bramó Bernardo mientras inspeccionaba las cuartillas en blanco que contenía el cartapacio.

—Nos ordenasteis afanar lo que el zagal llevaba amarrado al cuerpo y eso hicimos —contestó un tipo de aspecto siniestro que, sin embargo, ante el jurista parecía acoquinado.

—¡Condenado ladino! ¡Nos ha tendido una trampa!

En ese mismo instante, en la calle del Sacramento, el ladino en cuestión encaraba a don Gonzalo en la biblioteca del marqués.

—¿Qué te ha ocurrido? —inquirió este con un asombro fingido, pues conocía el origen y causa de las magulladuras que le amorataban el rostro—. ¿Otra vez de pendencias?

—Anoche me asaltaron, su ilustrísima —respondió Alonso muy serio—. ¿No sabéis nada al respecto?

—¿Yo? ¿Y por qué iba a saberlo yo?

—Porque organizasteis la celada para apoderaros del testamento —espetó Alonso.

—¿De qué hablas? —protestó don Gonzalo cuyo ostensible sonrojo confirmó las sospechas del muchacho—. Yo no lo tengo.

—Gracias a que me olí el paño y tomé precauciones. De lo contrario, sí lo tendríais.

Tras descubrir el auténtico motivo que disuadía a Bernardo y a don Gonzalo de atacar a Enrique por la vía ordinaria, Alonso recordó la insistencia del abogado en hacerse con el testamento y el súbito interés del marqués en averiguar dónde lo ocultaba. Decidió entonces curarse en salud. Quizá exacerbaba la prudencia, pero esta virtud nunca sobraba, de manera que, cuando Blanca le explicó cómo Mencía había reemplazado por morralla los papeles robados a Enrique, resolvió copiarle la idea.

—No… no te comprendo —titubeó don Gonzalo desconcertado

porque, en efecto, pretendían quitarle el testamento, pero Bernardo no le había dicho aún que habían fallado.

—Pues yo a vuesa merced sí os comprendo. Y a las mil maravillas, además. Sin el testamento, no hay caso y, sin caso, no hay peligro de que Enrique saque a la luz... esto.

Don Gonzalo cogió los papeles que Alonso le tendía y, al estudiarlos, el arrebol de la culpa adquirió la palidez del miedo.

—Me habéis traicionado, señor. Y talmente don Bernardo. Simulasteis no conoceros, pero de esos legajos se desprende la cantidad de negocios que os unen. Ilícitos todos, claro. De ahí el empeño de ambos en involucrar a Enrique en los Crímenes del Ritual y las reticencias a denunciarle en el ámbito civil. Os consta cuánto significa para mí demostrar la inocencia de mis padres y no habéis dudado en tratar de impedírmelo. No me lo esperaba, don Gonzalo. De don Bernardo, quizá. Ha renegado del derecho; de su vocación; de sí mismo. Es de natural desleal y no se puede pedir nobleza a la deslealtad. Pero nunca lo imaginé de vuesa merced. Siempre os he considerado un hombre de honor y, desde el inmenso respeto que eso me inspira, he defendido vuestro apellido a ultranza. Y ¿así me lo pagáis? ¿Saboteando la única posibilidad que tengo de recuperar el mío?

—Lo lamento —musitó el marqués, presa de tal bochorno que la humildad vino a ocupar el trono de su arrogancia—. Me jugaba la vida.

—¿Y acaso vuestra vida importa más que las demás? ¿Que la de vuestra hija? ¿O la de mis padres? ¿O la del sinfín de personas que la perdieron a manos de Enrique?

—Supongo que no, pero, cuando bordeas la muerte, actúas por instinto.

—Justo ahí, en el instinto, se manifiesta la catadura moral de cada uno. Según lo honestos o rastreros que somos, así nos comportamos en las situaciones límite.

—¿Y qué te sugiere ahora tu instinto? —retó don Gonzalo, que, agotada ya su provisión de humildad, volvió a vestirse de soberbia—. ¿Delatarme? Pues ve con cuidado. Quizá no llegues de una pieza a la Sala de Alcaldes.

—¡Basta de amenazas! —se sulfuró Alonso—. Os engañé anoche y me sobra inteligencia para hacerlo de nuevo, así que no intentéis

achantarme porque en estos momentos mi poder supera al vuestro.

Calló un instante tratando de reunir el temple que la rabia le escamoteaba. Luego clavó unos ojos brillantes de decepción en los de don Gonzalo.

—Una vez os dije que solo el que concede segundas oportunidades las merece y que, si perdonabais a Juan el robo de la faltriquera, obtendríais mi eterna gratitud. «Imaginad que en el futuro se os presenta un problema legal y precisáis de un abogado —añadí—. De recurrir a mí, yo os ayudaría en retribución a la clemencia que dispensasteis a mi amigo». Pues bien, ha llegado la hora de honrar ese discurso. Arrimaré el hombro en el brete judicial que enfrentáis. No como el abogado que aún no soy, pero sí como alguien fiel a su palabra. A nadie contaré vuestros delitos; ni siquiera a mi sombra. He ahí la segunda oportunidad que os prometí. Eso sí: no tentéis a la suerte porque no habrá una tercera.

—Agradecido —acertó a balbucear don Gonzalo, tan aliviado que necesitó sentarse.

—No obstante, tengo tres condiciones —apostilló Alonso.

—Adelante. Te daré lo que me pidas.

—En primer lugar, apoyaréis la solicitud de indulto de don Rodrigo en favor de Juan y de Munio. Después financiareis la educación de Juan y lo convertiréis en un caballero.

—De acuerdo.

—En segundo lugar, abandonaréis el contrabando y demás contubernios ilegales.

—Cerré todos en cuanto Enrique los descubrió. Ahora estoy limpio y con tal susto en el cuerpo tras verle las orejas al lobo que solo aspiro a la tranquila existencia de los temerosos de la Ley. Pero no entiendo esta imposición tuya. ¿A ti qué te importa si delinco o me hago santo?

—Me importa, señor, porque de eso depende la tercera condición. No os quiero en el cementerio, sino en el altar cuando Enrique muera en la hoguera y yo… despose a Mencía.

76

CASTRO Y SALAZAR

Tras quemar la copia del expediente que delataba sus chanchullos, don Gonzalo fue a informar de las novedades a Bernardo, quien no pudo por menos que aplaudir la astucia de Alonso. Al poco de retirarse el marqués, el abogado recibió la visita de Blanca y, tan pronto la criada le refirió el hallazgo de los mechones, redactó un manifiesto, le rogó firmarlo y la envió a recabar la rúbrica de las otras tres mujeres testigos del suceso.

Una mañana de enero, recién estrenado el año 1625, se reunió en su despacho con Alonso, Miguel, don Rodrigo y don Gonzalo. Al rato apareció Juan. Lucía irreconocible y hecho un pincel. Ya se encontraba bajo la tutela de don Gonzalo, camino del indulto, limpio, perfumado, vistiendo ropas de postín, ocupando una habitación en la planta noble de la residencia Soto de Armendía y padeciendo el riguroso báculo de los tres preceptores que lo fueron de Alonso: don Luis, el maestro de danzar; don Leandro, el de técnicas militares, y don Leonardo, el de latín y humanidades.

El plan de Alonso de transformarle en un caballero al abrigo de don Gonzalo había sorprendido al chico porque no se esperaba ni poder ni, desde luego, querer. Pero la experiencia naviera había sido tan terrible como aleccionadora. Había escapado de milagro y nadie esquivaba el infierno dos veces. Ya no le apetecía hacer nada susceptible de escarmiento en ninguna cárcel: ni en la de tierra ni en la del mar. Decidió entonces renunciar a su adorada libertad callejera y cultivar otra más aburrida aunque menos peligrosa: la que brinda el estudio. Así, cuando un Alonso temeroso de cabrearle por haber maniobrado sin su permiso, le propuso aceptar el mecenazgo de don Gonzalo, Juan lo dejó turulato pronunciando la palabra mágica: *sí*.

—Estamos preparados para denunciar a los Valcárcel a la Santa Inquisición sin necesidad de acogernos antes a la jurisdicción

ordinaria —anunció Bernardo—. Blanca me trajo ayer la declaración sobre los mechones encontrados firmada por ella, las otras dos criadas y Mencía. Suerte que suman cuatro. Las mujeres son inhábiles y su testimonio constituye prueba plena cuando concurren más de tres iguales. Si no, se inadmite.

—¿Todo listo entonces? —inquirió Alonso, nervioso y, al tiempo, entusiasmado.

—Todo listo —respondió Bernardo, guiñándole un ojo cómplice cuyo significado solo don Gonzalo entendió, pues el resto lo atribuyó a la alegría del momento, no al secreto que los tres compartían y que ya languidecía bajo la alfombra del silencio—. Hoy mismo marcharé al convento de Atocha. Allí funcionan las dependencias del Santo Oficio. Alonso, tú vendrás conmigo e incluirás el testamento en la documentación que presentaremos en nombre y representación de Miguel.

Aquella tarde, cuando los engranajes inquisitoriales ya empezaban a chirriar en torno a Enrique y doña Francisca, Alonso acudió al palacio de don Rodrigo, el cual le había reclamado para tratar un asunto pendiente de resolver.

—Me gustaría reconocerte como mi primogénito e investirte sucesor de la Casa Salazar. Le prometí a tu madre que, si algún día, los hados me traían al fruto de nuestro amor, le ofrecería lo que entonces no podía ofrecerle a ella. Ese día ha llegado y el momento de cumplir también. Tú estás aquí y todo lo mío es tuyo.

—Gracias, pero no —declinó Alonso con una contundencia que dio de lleno en la diana de las ya tambaleantes esperanzas de don Rodrigo.

—¿Por qué? Creí que me habías perdonado.

—Y lo he hecho. Al menos, en intentarlo ando, pero, después de mucho tiempo y un sinfín de penurias, estoy a punto de restaurar la memoria de los Castro. No la mancharé de nuevo proclamando a los cuatro vientos que mi padre no lo era y que mi madre se casó con él encinta de otro.

—Has de comprender que quiero presumir de mi hijo ante el mundo entero —insistió don Rodrigo.

—No a costa de la dignidad de mi familia, señor. No lo permitiré.

—Entonces, ¿qué diablos propones?

—Se me ha ocurrido una solución intermedia al problema. Yo

adoptaré vuestros apellidos si vuesa merced me adopta a mí. Soy huérfano y menor de edad.

—¡Y condenadamente zorro! —bizqueó don Rodrigo admirado, pues, pese a no comulgar demasiado con la idea, debía admitir que terminar en tablas aquel pulso de paternidades quizá fuera la mejor manera de armonizar ambos bandos.

—Y, además, eso —rio Alonso.

Aunque intuía lo poco que el arreglo seducía al duque y trató de relajar el ambiente broma mediante, hablaba muy en serio.

—Así presumiré de dos padres: el que sembró la semilla y el que me dio un hogar.

—Pero todos adjudicarán el primer papel a Sebastián, y el segundo, a mí. Y sucede al revés —reivindicó don Rodrigo.

—Lo sé y no creáis que actúo a lo loco. Lo he meditado mucho y me temo que es el único modo de conciliar pasado y futuro sin resquebrajar el uno ni truncar el otro. Nunca renunciaré ni a Sebastián Castro ni a su apellido. ¿Cómo podría? Ambos forman parte de mí; de lo que fui, soy y seré. Abjurar de ellos equivaldría a abjurar de mí mismo y poco me conocéis si aspiráis a que lo haga. No obstante, confieso que os quiero más como un hijo que como un amigo. No deseo matar ese cariño. Tampoco olvidarlo. Al contrario. Quisiera incorporarlo a mi camino. Me encantaría que me acompañaseis; que me ayudaseis a recorrerlo, pero sumando, no restando; sin vaciar mi mochila de lo que pasó para dejar sitio a lo que viene. Añadiré un padre al que ya tengo y sus apellidos a los míos. Alonso Castro de Carvajal y Salazar Hernández de Somoza. Ese será mi nombre. Por él lucharé y, de terciarse, por él moriré. Es todo lo que puedo ofreceros, señor.

El discurso fulminó las reticencias de don Rodrigo y multiplicó el orgullo de haber engendrado una persona de tan gallarda huella. Presa de la emoción y a punto de sucumbir a ella, sonrió. «No le despojéis de su pasado —le había dicho Margarita en la alucinación que sufrió tras descubrir lo ocurrido a los Castro—. Regaladle un nuevo ciclo que enlace con el anterior para que pueda ensamblar las dos etapas... Solo así le procuraréis un mañana sin arrebatarle el ayer». Desde entonces, se había devanado los sesos intentando discernir la forma de ejecutar semejante maridaje y he aquí que venía el propio interesado a mostrársela con la nobleza, lealtad e inteligencia de los hombres

extraordinarios.

—De acuerdo —transigió mientras trataba de deshacer el nudo que le atenazaba la garganta—. Iniciaré los trámites de adopción y luego te nombraré mi heredero.

—Seré vuestro hijo, don Rodrigo, no vuestro sucesor —sentenció Alonso.

—¿Qué? ¡No, no! ¡De eso nada! Tu destino es encabezar la dinastía Salazar.

—Mi destino es honrar la justicia y lo haré como abogado. No codicio vuestros títulos y no los aceptaré. Pertenecen a mi hermana Isabel y a su esposo.

—Pero ¿qué esposo si está de luto y, encima, loca? —rezongó don Rodrigo, frustrado—. A poco me obliga a ceder mi linaje a ese demonio de Enrique. ¿Y si organiza una componenda similar y la Casa Salazar acaba en manos de otro degenerado?

—Os garantizo que, concluido el período de duelo, volverá a contraer matrimonio y que el elegido os gustará mucho —sostuvo Alonso, feliz ante la idea de convertirse en cuñado de Álvaro—. Además, capitaneará el barco tan bien como vuesa merced.

—Entonces, ¿no te encargarás tú?

—Lo haré, aunque indirectamente. Encumbraré a los Castro y a los Salazar ejerciendo un derecho honesto. He ahí mi misión de vida. Sor Casilda, la monja tornera de la Inclusa, me dijo hace años que todos tenemos una. También yo. Desde ese día, no he dejado de buscarla y, ahora que al fin se ha revelado ante mí, no la defraudaré.

77

LA JUSTICIA LLAMA A LA PUERTA

Madrid, 1 de febrero del año 1625 de Nuestro Señor

La leña chisporroteaba en la chimenea y varios pebeteros sahumaban algalia. Un cálido olor a campo, hogar y chocolate aromatizaba la salita donde se hallaban Mencía, doña Francisca y Enrique. Era víspera de la Candelaria y la mansión Valcárcel estaba sumida en los preparativos del convite que la familia siempre ofrecía a la alta sociedad madrileña con motivo de esta festividad.

Doña Francisca y Mencía bordaban un bellísimo palio que pensaban donar a la ermita de San Blas, cuya romería se celebraría justo después de la Candelaria, el 3 de febrero. De pie frente al ventanal que daba a la calle de San Bernardo y con una jícara de humeante cacao en las manos, Enrique contemplaba absorto la nieve que armiñaba la avenida mientras un viento huracanado y glacial la congelaba.

De repente, una barahúnda de voces y pasos apresurados alteró la paz del momento. Al rato, un eclesiástico enjuto y de expresión severa irrumpió en el salón seguido de una nutrida comitiva de hombres. Se trataba del licenciado Juan González de Centeno, comisario de Corte del Santo Oficio y el mismo personaje que, hacía poco más de cuatro inviernos, el 23 de diciembre de 1620, interrumpió la cena de los Castro y les quebró la felicidad.

Doña Francisca y Enrique se irguieron asustados; Mencía lo hizo emocionada. Blanca le había dado un mensaje de Alonso donde, después de ordenarle que lo destruyese no bien lo leyera, le comunicaba su inminente libertad. Como no le detalló lo que se terciaba por precaución, la muchacha ignoraba de qué manera se materializaría tan gloriosa noticia y aguardaba acontecimientos presa de una mezcla de angustia e ilusión. Por eso, cuando el séquito

inquisitorial cruzó el umbral de la estancia para entrar, dedujo que, al fin, lo haría ella para salir.

—Señor comisario, ¡qué grata sorpresa! —saludó doña Francisca, la cual ya se había recuperado del impacto inicial y tendió una mano al fraile con la pretensión de que, previa reverencia, se la besara—. Supongo que venís a agradecer nuestro reciente donativo. Sé que es mayor de lo habitual, pero vuestra encomiable labor lo merece.

Lejos de hacer lo que ella esperaba, el comisario se mantuvo tieso como un palo de escoba y luego lanzó una mirada conminatoria al alguacil. Al instante, este desenrolló un pergamino y empezó a leer en tono rimbombante.

—«Villa de Madrid, 1 de febrero del año 1625 de Nuestro Señor. Don Gonzalo Chacón, inquisidor residente en Corte, decreta el arresto de Enrique Valcárcel y de Francisca Cabrera de Montilla en cumplimiento de la normativa procesal rectora de las ejecutorias del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición».

—¿Arresto? —boqueó doña Francisca—. ¿Cómo os atrevéis?

—¿De qué se nos acusa? —reclamó Enrique tan atónito que la jícara se le cayó al suelo y el chocolate vino a aterrizar en el terciopelo rojo de la alfombra.

—Se os explicará lo que corresponda cuando corresponda —espetó el comisario sin la menor deferencia—. De momento, consideraos presos y a disposición de la jurisdicción inquisitorial. ¡Alguacil! Embozadlos y encadenadlos.

Ante la perplejidad de madre e hijo, el aludido les engrilletó muñecas y tobillos para luego enfundarles la cabeza en un tupido capuz que les escamoteaba el oxígeno.

—¡Soltadnos! —forcejeó Enrique—. ¡No oséis ponerme la mano encima!

—¡Cerrad el pico! —increpó el alguacil, asestándole un bofetón.

—¡Esto es inaudito! —jadeó doña Francisca, medio asfixiada a causa del capuz—. Palabra de honor que os arrepentiréis.

—¿Qué parte de «cerrad el pico» no habéis entendido, mujer? —ladró el alguacil antes de atizarle un guantazo más virulento aún que el encajado por Enrique.

—Llevadlos a las secretas de la Cárcel de la Corona —ordenó el comisario.

—¿Los vamos a meter en esas pocilgas? —cuestionó uno de los

familiares del Santo Oficio que integraban el escuadrón—. A los notables siempre se les confina en la habitación de una casa ilustre o, si acaso, en algún castillo o fortaleza.

—Así se actúa con los dueños de títulos nobiliarios y estos dos no ostentan ninguno. ¡Alguacil! Los quiero en el sótano de la Cárcel de la Corona, incomunicados y aherrojados de día y de noche. Sacadlos a la vía pública e iniciad viaje. El alcaide ya está avisado y a la espera de vuestra llegada. Tan pronto acabe yo aquí, acudiré al penal y diligenciaré la burocracia pertinente.

El funcionario se situó detrás de los cautivos y les propinó un empujón. Estos avanzaron arrastrando las cadenas, ciegos, a trompicones y temblando desde los pies hasta la coronilla. Cuando salieron, el comisario se dirigió a Mencía.

—El inmueble queda precintado, señora. No podéis permanecer en él.

—¿De qué se los acusa? —preguntó la joven, que, no obstante su estupor, a duras penas lograba refrenar las ganas de brincar de alegría.

—Eso forma parte del secreto inquisitorial, al cual os halláis sujeta a partir de este momento. Tenéis estrictamente prohibido mencionar a nadie lo que acabáis de presenciar y os recomiendo obedecer. La vulneración del deber de secreto es un delito muy grave y acarrea prisión, de modo que, si no queréis terminar como ellos, procurad sellar los labios. Ahora os escoltarán dónde indiquéis.

—¿Puedo recoger mis cosas? —inquirió Mencía por pura curiosidad, pues en cueros se habría ido con tal de acelerar la huida.

—Me temo que no. Continente y contenido están confiscados y afectos a litigio. ¡Aguilar! ¡Medina! Reunid a la servidumbre y largadla de aquí. Y transmitidle las normas relativas al secreto que rige nuestra institución. ¡Osorio! ¡Contreras! Ocupaos de conducir a los esclavos al convento de Santo Domingo. Ayer avisé de la redada a la madre priora y os aguarda. Pernoctarán allí hasta nueva orden de la Suprema.

Entre los que se habían retirado rumbo al presidio, los que habían acompañado a Mencía, los responsables de despachar criados y los que andaban agrupando esclavos, el batallón de arresto había quedado reducido a cinco familiares y el comisario.

—Recopilad ropa de cama y cuerpo e inventariad los bienes a incautar en concepto de posada carcelaria —conminó este a tres de los hombres para luego mirar a los otros dos—. Averiguad dónde están los

aposentos de Enrique Valcárcel. Según la delación, ahí localizaremos las pruebas de cargo.

Al tiempo que los acusadores departían en estos términos, los acusados se adentraban en dos celdas claustrofóbicas. Engrilletados, tiritando, sentados sobre orines y heces secas, con ratas mordiéndolos e inmersos en una negrura impenetrable, rompieron en llanto.

De haber tenido luz, habrían visto unas letras talladas en la pared. S. CASTRO, DICIEMBRE DE 1620, decía la del zulo de Enrique. MARGARITA, 1620, habría leído doña Francisca. Detrás, se distinguía una sucesión de palitos. Así computaron los Castro las lunas allí penadas, desde la primera a la última, esa en que una hoguera vil prendió de injusticia el cielo de Madrid y luego los quemó.

Mientras, en la alcoba de Enrique, alineados sobre una mesa, descansaban un morral con restos de lo que parecían vísceras humanas en el interior, una carpeta llena de cuartillas viejas y una colección de mechones ordenados por colores dentro de una caja. Uno destacaba entre los demás. Era un tirabuzón blanco con rizos morenos alrededor, una etiqueta en el extremo y un nombre escrito en ella: CANDELA.

78

JAQUE MATE

Bernardo había montado un expediente tan contundente e irrefutable que el proceso avanzó a una velocidad vertiginosa. Los tres ciclos de amonestaciones resultaron baldíos porque, como ni doña Francisca ni Enrique sabían qué delitos les achacaban, cuando el Tribunal los conminó a confesar sus culpas, quedaron mudos. Los dos arrastraban pecados para dar y tomar, pero se cuidaron mucho de desvelarlos. De poco les sirvió, no obstante. Ya se ocupó el fiscal de enumerar algunos de ellos en la fase de acusación. Al oírlos, Enrique creyó desfallecer.

—Digo y propongo que, a instancia de Belcebú y con nulo temor de Dios, Enrique Valcárcel orquestó una conjura contra Sebastián Castro en aras de alterar y corromper la última voluntad de Pelayo Valcárcel. Al efecto, después de ultrajar, martirizar y asesinar a Candela Bouza, mató al infante vagamundo cuyo cadáver apareció junto al de la doncella, le extirpó el corazón y lo escondió en la escribanía de Sebastián Castro con el avieso afán de incriminarle y evadir así la censura que de estas prácticas descarriadas hace la santa y recta justicia de la Inquisición.

»Ítem, digo y propongo que, si bien el fraude sucesorio afecto a la herencia de Pelayo Valcárcel atañe a la jurisdicción ordinaria, la sacrílega naturaleza de los homicidios derivados de dicho fraude la inhabilita para pronunciarse sobre él y lo encuadra en las competencias del Santo Oficio.

»En prueba de los abominables actos arriba reseñados, se aportan testimonios de las personas involucradas en el curso de los acontecimientos, el mechón cortado a Candela Bouza y el morral donde se presume que el acusado transportó el corazón seccionado, pues se han detectado restos de tejido humano en su interior que, según peritaje de dos galenos especializados y con las reservas inherentes al tiempo transcurrido, podrían ser parte de un corazón.

Tanto el mechón como el morral se hallaron entre las pertenencias de Enrique Valcárcel, reo y criminoso.

»Ítem, aunque todavía no se han descubierto evidencias al respecto y, en consecuencia, la fiscalía no le acusa oficialmente, se estima a Enrique Valcárcel muy sospechoso de haber provocado la muerte de Pelayo Valcárcel en el contexto de la vil trama urdida para apropiarse de su entero patrimonio y sabotear un cuantioso legado otorgado en favor de Miguel Valcárcel. A lo largo del procedimiento y según se desprenda del mismo, se determinará si este delito ha de sumarse a los restantes.

»Ítem, habiéndose comportado Enrique Valcárcel como un confitente negativo durante el trámite de amonestaciones, pido y suplico que, si tras evacuar todas las fases del pleito, porfiare en tan recalcitrante actitud, sea puesto en cuestión de tormento para forzarle a manifestar lo que ahora en malicia calla y que el dicho tormento se reitere conforme a derecho hasta que de su boca brote verdad.

»Ítem, pido y suplico que se declaren veraces estas imputaciones, y a Enrique Valcárcel, culpable de adulteración hereditaria, fraude, desfalco, herejía, apostasía, asesinato ritual y perjurio.

»Ítem, pido y suplico que, como castigo propio y ejemplo de otros, se le imponga la pena de incautación patrimonial, excomunión mayor y relajación de su persona al brazo seglar de la ley para que, en el ejercicio de sus funciones, este le aplique el fuego purificador. Dada la gravedad de los hechos, pido y suplico que se decrete el calvario de la hoguera en vida y completo sentir y que no se autorice el piadoso garrote ni aunque medie confesión o arrepentimiento. Si así, conscientes, sufrieron los Castro unas llamas equivocadas, que igual de lúcido las afronte hoy quien debió padecerlas ayer. Es justicia que solicito, jurando sobre las Sagradas Escrituras que ni artería ni maldad laten en la letra de esta querella.

Desastrado, maloliente y víctima de los temblores que fabrica la aleación del frío y del miedo, Enrique se tambaleó incrédulo. ¡Pero si habían pasado nada menos que cuatro años desde los Crímenes del Ritual! ¡El asunto se había resuelto y olvidado! ¿En serio volvía ahora por sus fueros y, encima, para llevarle al horno? ¿Cómo diablos habían dado con el mechón de Candela? Era imposible encontrarlo, salvo que… ¿Le habría sorprendido Mencía rindiendo culto a su fetichismo? ¡No, no! Eso quedaba descartado. No había parado de

vigilarla en ningún momento. Además, cuando la despertaba para requerirle el segundo coito, pegaba el respingo propio del sueño profundo interrumpido. No lo fingía. Entonces, ¿quién había mostrado el escondite a los guardias? Candela, sin duda. De seguro su ánima los había guiado hasta allí. ¡Puta zorra! ¡En negra hora se fijó en esa condenada criaducha! Ni muerta lo dejaba en paz. Ya se la cruzaría en el infierno. ¡Que se fuera preparando! Le ajustaría las cuentas a lo grande. ¡Estúpido, estúpido! ¡Cuántas veces se lo advirtió Márquez! ¡Si le hubiera hecho caso! He ahí ahora el fruto de su torpeza. «Por los pelos, camarada; os han trincado por los pelos», se habría burlado el soldado. Esbozó una sonrisa amarga. ¡A fe que sí! Después de tanto violar, de tanto matar...; después de tantas correrías, le habían cazado por un mechón de pelo. Una miserable guedeja. Esa sería la cuerda que lo ataría a la pira.

La voz del inquisidor le sacó de aquel loco vaivén de disquisiciones.

—¿Deseáis alegar algo en vuestra defensa? Recordad que estáis bajo juramento.

Pese a saber que no existía forma de escurrir el bulto, lo intentó.

—¿Quién ha vertido sobre mí esas infamias? ¡Soy un Valcárcel! Mi familia lleva décadas apoyando la labor de la Santa Inquisición, recibís de nosotros muchas y muy generosas limosnas, respetamos las leyes de Dios y las de los hombres... Ostentamos un prestigio intachable. ¿Cómo podéis creer la sarta de barbaridades que me imputáis?

—Porque las pruebas halladas entre vuestras posesiones nos incitan a hacerlo. Decidnos algo que las desvirtúe y lo analizaremos.

Pero, excepto una reputación diezmada que ya no le protegía, Enrique tenía nada a favor y todo en contra. Sus titubeos, sudores y vacilaciones acreditaban lo primero; el gesto severo de inquisidor y comisario indicaban lo segundo. Así las cosas, el trámite discurrió por muy oscuros derroteros, los mismos que surcaría una doña Francisca igual de desharrapada y macilenta cuando, justo después, el fiscal la acusó de complicidad en los Crímenes del Ritual y solicitó para ella idéntica pena: hoguera en vida y pleno sentir sin posibilidad de acogerse a la misericordia del garrote.

Diligenciado el pleito en su totalidad, el tribunal dictó sentencia interlocutoria, lo cual implicaba arrancarles por las malas lo que se

negaban a confesar por las buenas. Se decretó entonces la cuestión de tormento.

Ni Enrique ni doña Francisca aguantaron los rigores del potro inquisitorial. Entre alaridos, llantos y clamores de clemencia, escupieron todo: el libelo de sangre contra Sebastián, el envenenamiento de don Pelayo y la adulteración testamentaria. Cuando les exigieron enumerar a los cómplices, doña Francisca se resistió, pero el intenso dolor en las extremidades luxadas le sacó el único nombre que sabía y no quería pronunciar: Enrique. Aunque este también intentó cuidar de su madre, acabó sucumbiendo. La delató a ella y a Márquez. Y a otro más. Acusó al teniente Salcedo de conocer el origen de su colección capilar y de la de Márquez e incluso de haber participado en algunas de las liturgias previas a aquel cercenado.

La suerte estaba echada, y los cuatro, camino del brasero.

Como si casualidad y causalidad se hubieran aliado para rendir tributo a los inocentes, el auto de fe se celebró en el mismo sitio y fecha que el de los Castro: el 21 de marzo en la plaza de San Salvador. Igual que entonces, hacía frío y en el recinto no cabía un alfiler. Sobre un escenario muy parecido al que en su día pisaron Sebastián y Margarita, luciendo un sambenito negro con llamas y demonios pintados en la tela y metido en una jaula, Enrique escuchó su sentencia.

—Veredicto: culpable de apostasía judaizante. Se considera acreditado que la extirpación del corazón no se ejecutó para honrar el credo hebreo, sino con el objeto exclusivo y excluyente de viciar la voluntad postrera de Pelayo Valcárcel. No obstante, mutilar a un niño encaja mejor en la conducta de un siervo de Yahvé que en la de los hijos de Dios. Quien así actúa, reniega de la santa madre Iglesia y apostata de los mandamientos de Cristo para someterse a la alevosía de Moisés. Conste, por consiguiente, que el caso atañe a la jurisdicción inquisitorial y no a la ordinaria, que es secuencia y consecuencia del ya instruido en el año 1621 y que, conforme a la normativa vigente, el presente fallo goza de absoluta legitimidad. Sanción: excomunión mayor y relajación al brazo seglar de la ley sin beneficio de garrote.

»Quedan redimidos el nombre y la memoria de Sebastián Castro y Margarita Carvajal. Retírense sus sambenitos de la parroquia de

Santiago donde están expuestos, sustitúyanse por un paño con la proclamación de su inocencia y manténgase ahí de manera indefinida hasta que Dios y sus vientos se lo lleven o el tiempo y su transcurrir lo desintegren. Levántese un sanctasanctórum en honor de ambos frente al altar mayor de todas las iglesias de Madrid y alrededores vinculadas a la orden dominica y al Santo Oficio. Desde esta nuestra institución, rogamos excusas por el craso error cometido. No hay justificación ni remedio, somos conscientes, pero manifestado queda para lo que pueda servir. Nos ahincamos tanto en limpiar de herejía este valle de lágrimas que, en ocasiones, arrancamos flores en vez de mala hierba. Es nuestro riesgo y penitencia. Asumimos el primero y arrostramos la segunda. Así lo exige nuestra misión como custodios que lo somos de la doctrina católica y así lo acatamos. Dios nos perdone en el cielo porque en la tierra siempre acarrearemos el remordimiento de haber condenado a dos inocentes que murieron a destiempo y sin merecerlo.

»Quedan también redimidos de carga y sospecha Alonso y Diego Castro. Se ordena devolverles toda la hacienda en su día confiscada, incluidos los solares donde estuvieron la casa y la escribanía de Sebastián Castro, e iniciar las gestiones pertinentes para abonarles la indemnización que proceda por los daños y perjuicios causados. Al menos, los patrimoniales, pues bien sabemos y de corazón lo lamentamos que los personales son irreparables. Previo a esta ceremonia, el comisario en Corte del Santo Oficio se ha entrevistado con ambos. Se encuentran aquí presentes, de modo que suban por favor al estrado para recibir las disculpas que el pueblo y sus autoridades les tienen reservadas.

Mientras un murmullo de curiosidad e impaciencia recorría las filas del público, Alonso y Diego se plantaron en medio del escenario. Un silencio sepulcral congeló el momento. De pronto, un tímido aplauso emergió de alguna parte y, al instante, todos se sumaron a esa iniciativa anónima. Una explosión de vítores y ovaciones precedió a una bella polifonía que la banda musical del Concejo de la Villa dedicó a los Castro.

El pequeño Diego miraba en derredor asombrado y sin entender qué sucedía. Con el semblante contraído de emoción y anegado en lágrimas, Alonso se agachó a su lado y lo abrazó.

—Escucha, hermano —le dijo, elevando los ojos al cielo—. Esto va por padre y madre. Al fin, hemos restaurado su dignidad y nuestro

apellido. Al fin, somos libres.

Después de aquel maravilloso baño de cariño y absolución, Diego regresó junto a Gabriel, don Ramón y un don Martín que sollozaba conmovido. Antes de seguirle, Alonso se detuvo frente a Enrique. Le impactó el sambenito en su cuerpo consumido, su depauperado aspecto, la rigidez de las piernas, sin duda secuela del tormento... Le impactó, pero no le apenó. Al revés, se recreó en la estampa. No existía ninguna más hermosa. Bueno, acaso sí. La de ese miserable aullando en la hoguera, venturoso cuadro que, a mayor dicha, el brasero no tardaría en dibujar.

—¿Sois Alonso Castro? —bizqueó Enrique, aferrado a las rejas de la jaula.

—Para serviros. Un placer conoceros; sobre todo, en estas circunstancias.

—Ahora comprendo vuestras afrentas. ¡Maldito embustero!

—¡Maldito vos, hijo de las mil putas, que destrozasteis mi vida y la de mi familia!

—¿Y para eso entrasteis en la mía? —espetó Enrique—. ¿Para destruirla también?

—No me hizo falta. Ya os encargasteis vos. Yo me he limitado a barrer de mentira la verdad para que pudiera brillar y alumbrar vuestras vilezas. ¡Cuántos años acechándoos! ¡Cuántos preparando el único golpe, el letal! ¡Cuántos ansiando deciros algo!

—¿El qué? —escupió Enrique con la derrota tatuada en el rictus.

Alonso se acercó a la jaula y susurró las dos palabras que tanto había acariciado en la soledad de sus nostalgias.

—Jaque mate.

79

ARDE, MALDAD

El Tribunal también envió a la hoguera a doña Francisca, al sargento Salcedo y al difunto Márquez. Así pues, concluido el auto de fe, comenzó el desfile hacia el quemadero.

Montados en borricos y rodeados de alguaciles que trataban de contener a la turba, avanzaron. Enrique viajaba enloquecido de dolor porque, tras el tormento, sus piernas eran dos colgajos descoyuntados y víctimas de agudos e incesantes calambres. Doña Francisca, perdido su escuálido esqueleto en un sambenito donde cabían cinco como ella, yacía desmadejada sobre el rucio, herido el cuerpo por el potro inquisitorial y vejada el alma ante la humillación de verse en semejante tesitura. Salcedo, en cambio, cabalgaba erguido y desafiante... hasta que una piedra le dio en la cabeza con la fuerza de una catapulta y lo derribó. La fortuna solo sonreía a Márquez, pues quizá ya estuviera achicharrándose en el fuego eterno, pero, desde luego, el terrenal no lo iba a sufrir. Su cadáver no había podido recuperarse, de modo que el Tribunal decretó la quema en efigie. Al efecto, un cuarto burro remolcaba un muñeco de tamaño natural representativo del soldado que, aunque también chorreaba esputos y porquería, no era una piel sentida como la de sus compañeros de procesión.

Cuando llegaron al brasero, los reos desmontaron y subieron la pequeña escalinata que lo separaba del suelo. La imagen de cuatro piras clavadas en un bosque de chasca y leña seca resultaba tan estremecedora que hasta el muñeco de Márquez pareció encogerse de puro terror. Entre sollozos histéricos, doña Francisca y Enrique suplicaron el garrote. ¿Acaso no habían confesado y delatado a sus cómplices? Tenían derecho a esa piedad.

—No, no lo tenéis —les contestó el comisario—. Permitisteis y provocasteis que los Castro penaran un fuego que os correspondía a

vosotros. Enfrentadlo ahora como ellos: vivos y conscientes. Quien a hierro mata a hierro muera.

Doña Francisca creyó morir de bochorno cuando le desvistieron el torso y quedó desnuda delante de una multitud que no paraba de abuchearlos e insultarlos. Luego los ataron a las estacas. Enrique y ella ocupaban las dos centrales, Salcedo estaba a la diestra de la madre, y el muñeco de Márquez, a la siniestra del hijo.

El verdugo prendió los troncos y la sonata del fuego comenzó. El chisporroteo arpegiado; el crujido hueco de las ascuas; el tenue silbido del humo; el dramático silencio previo al punto álgido. De pronto, sonó un rítmico tarareo hecho de lamentos que, poco a poco, fueron ganando volumen hasta convertirse en chillidos. El público ejercía de coro, y el rezo de los sacerdotes modulaba la partitura.

La lumbre se apoderó de los pies de Salcedo, dueños de huella vil; de las manos de Márquez, empapadas de sangre ajena; de la cabeza de doña Francisca, paritorio de perfidias; de la boca de Enrique, hogar del rictus perverso; de sus ojos, azules como el océano de un sadismo innato; de su pelo, rubio y seráfico, igual que el del ángel caído. Poco después, los cuatro eran una tea flameante. Al fin ardía la maldad. Aunque no del todo. Lo único de aquel cuarteto de demonios con traje humano que las llamas no lograron engullir fue su alma. El fuego los recorrió de arriba abajo buscándola, pero no la localizó. ¿Cómo hacerlo si ninguno la tenía?

Desde lo alto de la colina donde cuatro años antes murió de pena y orfandad, Alonso observaba la escena junto a Juan y Antonio. Vestía la capa y el chambergo testigos de su tragedia. La una ondeaba al viento; el otro le ocultaba el rostro. Aguzó el oído. Quería captar mejor el bramido de los malos. Regodearse en esa melodía. Sumergirse en ella, no para llorar como entonces, sino para deleitarse. Porque aquel recital de aullidos estaba lejos de abrirle heridas. Al contrario. Cerraba las que un día desangraron su felicidad. Cierto que no totalmente, pero sí un poquito. Al menos, ya no rezumaban rabia y la terapéutica costra de las promesas cumplidas comenzaba a germinar.

Cuando los reos dejaron de serlo y devinieron en cenizas mudas, Alonso y Juan se fundieron en un abrazo. Antonio se les unió y los tres quedaron así, aferrados a mil peripecias y un cariño indeleble.

—Lo conseguimos, amigo —dijo Juan, emocionado—. Hemos vengado a los nuestros; a los que se nos fueron.

Alonso miró al cielo. Una columna de humo que ascendía en vertical lo empañaba. Luego el viento la diseccionó y fabricó líneas curvadas hacia arriba. Le parecieron sonrisas. Quizá lo fueran. Las de Luisa, Mateo, Candela, Lorenzo, Sebastián y Margarita. En memoria de los seis el fuego volvió a enrojecer Madrid esa tarde. Pero era un escarlata distinto. No tenía el rubor de la vergüenza, sino el del júbilo. Porque aquella hoguera se había encendido en nombre de una causa noble. Crepitaba por y para la justicia.

—Misión cumplida, padres —musitó con un nudo en la garganta —. Ya podéis volar libres. Ya podéis descansar en paz.

80

EN MEMORIA DE LOS MUERTOS

Madrid, junio del año 1635 de Nuestro Señor
Diez años después

—Sebastián Castro de Carvajal y Salazar Hernández de Somoza Soto de Armendía, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Alonso y Mencía esbozaron una sonrisa tierna cuando el sacerdote vertió el agua bendita sobre la cabeza del bebé y este prorrumpió en un fuerte e indignado llanto.

—Gracias por tanta felicidad, mi bella señorita —susurró Alonso a su esposa.

—Juntos la hemos logrado —contestó Mencía—. Y seguiremos luchando por ella, mi gentil caballero. Por nuestro *siempre*. Si Dios quiere.

Estaban en la iglesia de Santiago y acababan de cristianizar a su primer hijo varón. Concluida la liturgia, abandonaron el recinto y salieron a la calle. Las felicitaciones de los invitados empezaron a lloverles y ellos recibieron alborozados aquel gozoso diluvio. El protagonista de la jornada, poco acostumbrado a tanto alboroto, se removía agitado en el regazo de Alonso. Este lo mecía mientras, presa de un embeleso que no amainaba, observaba el hoyuelo que le cincelaba la mejilla al reír; el cabello, rizado como el suyo y rubio como el de Mencía; el mentón partido heredado de don Rodrigo y la caricia que la luna le había dibujado en el brazo. Juan interrumpió la magia cuando le arrebató al crío.

—Dejad de mirarle con ese embobamiento, que me lo vais a afeminar, y mi ahijado tiene que convertirse en un hombre de pelo en pecho. Ven con tu padrino, canijo. ¡Caray! ¡Cuánto pesas! Fijo que se debe a la ristra de apellidos que arrastras. ¡Pobre desventurado!

Morirás de aburrimiento o de anciano antes de ponerlos todos en una firma.

Sin parar de hablarle como si el chiquillo pudiera entenderle, lo levantó por los aires, provocándole un jolgorio de grititos y gorjeos.

—Dame a la criatura, Juanillo —exigió don Martín—. La vas a descrismar.

—Pues sí que con vos estará seguro, viejo carcamal —resopló don Ramón—. Como se descuide, acaba en el suelo.

—Déjamelo a mí, zagal —intervino sor Casilda—. Recojo decenas de churumbeles en la Inclusa y conozco bien la manera de tratarlos.

—Sin ánimo de ofender, hermana, pero quien lo sabe soy yo —rebatió sor Horacia en tanto apartaba a la otra de un empujón—. Las responsables del torno los atendéis un rato; la menda lo hace de sol a sol.

—Me parece a mí que este caballerete gusta demasiado de brazos —rezongó don Luis, el maestro de danzar que, a trancas y barrancas, algo de su ciencia había logrado inculcar en Alonso—. Debería usar más los pies y aprender desde ya a moverlos al compás de una vihuela. Solo así adquirirá la soltura que le falta a su padre. Aprecio a Alonso, pero las cosas como son: una rana ejecuta la gallarda mejor que él.

—Estoy de acuerdo en que ha de aprender a mover los pies, aunque para dejar huella y gloria en el campo de batalla, no para abrillantar el mármol de un salón de baile —desdeñó don Leandro, el maestro de técnicas bélicas—. Hice de Alonso un soldado de músculos pedregosos y el mismo denuedo invertiré en su pequeño cadete.

—Sería mejor que se aficionase a las letras —sentenció don Leonardo, el maestro de humanidades—. Bien utilizadas, resultan más letales que un comando de artillería. Yo le enseñaré a emplearlas con inteligencia y, sobre todo, con nobleza, no sea que le ocurra lo mismo que a don Hugo, el ayo del señorito Álvaro. Su despotismo hartó a don Gonzalo y acabó despedido con tan mediocres referencias que no halló trabajo en ninguna casa ilustre. Según me han contado, no le ha quedado otra que irse de profesor a una aldea toledana invisible hasta en los mapas. A ver si aprende la lección y se da cuenta de que incluso las torres más altas se desploman si no hay humildad en sus pilares.

Así, dirimiendo la vida de un niño que no llevaba en ella ni dos meses, el grupo se dirigió en jubilosa comparsa al palacio de los

Salazar, donde don Rodrigo ofrecía un ágape para celebrar el nacimiento de su nieto. Y pronto organizaría otro porque el cuarto retoño de Álvaro e Isabel estaba a punto de desembarcar en el mundo.

Tras pasar el período de luto confinada en las Descalzas Reales, Isabel había recibido un aluvión de propuestas nupciales, pero una en concreto llevaba las de ganar. Ajenos al romance que Álvaro y ella habían mantenido durante años, don Rodrigo y don Gonzalo se sorprendieron cuando el joven les trasladó su deseo de desposarla. Primero bizquearon estupefactos, luego brincaron de alegría. Álvaro era ahora el heredero de los Soto de Armendía y, aunque ese detalle jugaba en beneficio de los amantes furtivos, había más cariño que interés en el entusiasmo de don Rodrigo al conceder la mano de su adorada hija a su no menos querido ahijado.

—Ya os dije que el siguiente marido de Isabel os gustaría mucho y que estaríais encantado de nombrarle vuestro sucesor —comentó Alonso al duque la primaveral mañana de mayo de 1627 en que la pareja intercambió el soñado *sí, quiero*, esta vez sin poderes ni representaciones mediante.

—¿Y por qué lo tenías tan claro, charlatán? —refunfuñó don Rodrigo.

—Porque soy muy listo, su excelencia —bromeó Alonso.

En agosto de 1629, Isabel alumbró a un varoncito moreno como ella y con los ojos color miel de Álvaro que acababa de cumplir los seis abriles y respondía al nombre de Beltrán en memoria de quien podría haber sido el padre, pero, al final, devino en su tío. Dos veranos después, en julio de 1631, parió mellizos: Rodrigo y Gonzalo, en homenaje a los abuelos, los cuales discutían de continuo porque, mientras el duque los sentaba durante horas delante de un tablero de ajedrez, el marqués les inculcaba amores en su opinión más útiles como la literatura o los caballos. En aquellos días de 1635, el abultado vientre de Isabel anunciaba la llegada inminente del cuarto vástago. Aunque ella todavía no lo sabía, tendría una niña a la que llamaría Herminia en recuerdo de su entrañable y muy añorada aya, fallecida hacía tres semanas.

Álvaro e Isabel no eran los únicos sumidos en esa dulce espera. Miguel estrenaría paternidad en los próximos meses. Ni un ápice había equivocado sus vaticinios Pedro de las Cuevas. El apellido Valcárcel ostentaba una enorme fama en Madrid, aunque, por suerte, se debía al

arte, no a los Crímenes del Ritual. Cierto que había sufrido un descalabro monumental tras hacerse públicas las atrocidades de Enrique y doña Francisca, pero, tan pronto Miguel empezó a plasmarlo en cada lienzo con todas las letras en lugar de la V inicial, los laureles del éxito difuminaron su desprestigio y resurgió de las cenizas en que habían quedado reducidos quienes lo destruyeron.

Miguel gozaba de una popularidad inmensa. Se le consideraba uno de los mayores talentos de la Corte y ningún aristócrata se resistía a encargarle un retrato que, además, nadase en el prohibitivo color azul. Había conseguido participar en el colosal proyecto que Vicente Carducho ejecutó en la cartuja de El Paular entre 1626 y 1632 y ahora formaba parte de la dotación artística responsable de decorar el Real Sitio del Buen Retiro, un palacio gigantesco comenzado a construir en 1629 a instancia del conde-duque de Olivares junto a los Jerónimos para que Felipe IV pudiera «retirarse» a descansar, y de ahí el nombre, cuando los sinsabores del trono o de la vida le quebrasen el ánimo.

Aunque la Inquisición confiscó la totalidad del patrimonio Valcárcel, incluida la mansión en la calle de la Palma, se salvaron las propiedades contenidas en el legado que don Pelayo otorgó en favor de Miguel. Ese capital había permitido al joven comprar una casa en la plazuela de la Leña, cerca de su venerado mentor Pedro de las Cuevas, abrir un taller de pintura y desposar a Dorotea Simón, la hija de un aparejador de lienzos de cuyas entretelas vivía enamorado y a quien cuidaba como si fuera una pieza de porcelana, sobre todo desde que quedó encinta.

A menudo visitaba a don Martín y don Ramón. Aunque la ancianidad ya agarrotaba los huesos de ambos, seguían al frente de sus respectivos centros y repartiendo caridad a raudales, pues no habían variado el sistema de honorarios: cobraban las clases a los que podían pagarlas y las donaban a quienes tenían más ganas de estudiar que dinero en el bolsillo.

Diego y Gabriel habían asistido a la escuela de primeras letras de don Martín durante todo aquel tiempo, pero acababan de concluir esa etapa. Cumplidos los catorce años, debían iniciar una nueva y lo harían el próximo otoño bajo el magisterio de don Ramón, cosa que disgustaba a un don Rodrigo empeñado en proporcionarles una instrucción a cargo de preceptores privados. Aunque terminó cediendo a las súplicas de los afectados, en verdad le sobraba legitimidad para

intervenir en el asunto porque los ayer hermanos de leche hoy lo eran a efectos legales y compartían apellido. Tras adoptar a Alonso, don Rodrigo los había sumado a la familia y ahora los tres pertenecían a la eminente dinastía Salazar. La esposa del duque nunca habría consentido tamaño exceso, pues herencia dividida herencia enflaquecida, pero, al fallecer de viruela en 1626, el viudo no perdió la ocasión de desplegar sus alas de padre vocacional. Rodeado de nietos y de hijos, unos de sangre y otros de vida, el hombre no cabía en sí de felicidad. En el colmo de la dicha, los remordimientos de conciencia por desamparar a Margarita habían aflojado gracias al perdón de Alonso. La fuerza del cariño venció a la del rencor y el chico decidió dar rienda suelta al primero en lugar de fajarlo con las cinchas del segundo. Cierto que Sebastián continuaba reinando en el señorío de sus afectos, pero el que le inspiraba don Rodrigo, ese que le nacía en las entrañas y de ellas se alimentaba, iba creciendo como las buenas viñas: despacio, férreo y sano. Nunca trascendieron los auténticos lazos que los unían. Constituía un secreto de dos y esa complicidad les agradaba. Más a Alonso que a don Rodrigo, la verdad sea dicha, pero, entre tener a su hijo en la sombra y no tenerlo, el duque no lo dudó. Además, el sacrificio no cayó en saco roto. Le reportó la eterna gratitud de Alonso, quien se deshacía en atenciones para con él y le dispensaba la misma devoción que habría consagrado a Sebastián.

Como todos, Antonio también se había hecho mayor. Aunque Juan seguía llamándole «canijo», ese adjetivo ya no encajaba ni en su edad ni en su estatura. Tenía veintiún años y había pegado tal estirón que casi alcanzaba la barbilla de Alonso. Eso sí: conservaba inalterable el optimismo, la contagiosa alegría, la simpática chispa en los ojos y esa enorme expresividad en el semblante que tanto compensaba su mudez. Dueño de un extraordinario sentido de la responsabilidad e infatigable trabajador, a pulso se había ganado la confianza de don Gonzalo y, a raíz de ello, el marqués acababa de nombrarle jefe de las caballerizas Soto de Armendía. Nadie trataba mejor a los caballos, si bien Catalina Velasco, una moza de lavandería morena y regordeta recién incorporada al servicio de la casa, vino a mostrarle que su amor por la raza equina no estaba reñido con el que podía dar y recibir de una mujer.

Su adorado Juan continuaba bajo la tutela y el mecenazgo de don

Gonzalo. A sus veintiocho primaveras, limpio de mugre y vestido cual señor, parecía otro, aunque de puertas afuera, porque no había renunciado ni a los naipes ni a florear a todo incauto que le retase a una partida, incluido don Gonzalo, al que más de una vez había dejado con la boca abierta y el bolsillo vacío. Salvo este pequeño vestigio de aquella época de indigencia y picardías, se había convertido en un caballero apuesto, elegante, culto y, contra todo pronóstico, enamorado de la hija de un aristócrata a la que rondaba soltándole las mismas ñoñerías de las que tanto renegó y se burló cuando era Alonso quien las decía. Y, desde luego, surtían efecto. La afortunada en absoluto le rechazaba y el padre tampoco. El protegido del insigne don Gonzalo suponía un excelente partido, de modo que el cortejo bien podía medrar a noviazgo formal. Pero Juan no solo suspiraba por una dama. Para asombro y contento de Alonso, también lo hacía por Justiniano; tanto que ya no le llamaba Justinio y llevaba dos años estudiando su obra como colegial de San Ildefonso en la Universidad de Alcalá. A mayor ventura, superados los celos y eclipsadas las rivalidades, su tirria hacia Álvaro se había transformado en honda estima y ahora lo tenía en un altar.

Idénticos derroteros de camaradería y aprecio surcaban la relación de Alonso con don Gonzalo. El marqués había acatado las tres condiciones que el chico le impuso a cambio de recuperar el expediente acreditativo de sus delitos: apadrinar a Juan, desistir del contrabando y aceptarle como yerno.

Alonso y Mencía se prometieron en cuanto la viuda pudo prescindir del luto sin granjearse la censura social, pero el siguiente paso no lo habían dado hasta que Alonso hubo concluido la universidad, lo cual sucedió en junio de 1630. La lluviosa mañana del 15 de noviembre de aquel año, en la iglesia de Santa María, se juraron la eternidad y luego colocaron en el anular del otro una alianza donde habían grabado su *siempre* sobre la fecha de la boda. Desde entonces, y ya iba para casi cinco otoños, nadaban en amor del bueno, ese que endulza lo amargo y pone algodones en las púas de la vida.

Se instalaron en la calle del Espejo, en una coqueta residencia que don Rodrigo mandó construir en los terrenos del antiguo hogar de Alonso y que regaló a este con motivo de su enlace. En enero de 1632 nació la primogénita, una preciosa niña a la que llamaron Margarita. Después llegaría el pequeño Sebastián y otras dos personas muy

especiales. Teodora y Bieito, el matrimonio norteño que había faenado para los Castro, volvió a Madrid y aldabeó su puerta en busca de empleo. Loco de alegría, Alonso se la abrió de par en par. Ellos trajeron de regreso los días de chimenea y chocolate. Bieito encendía la primera cada alba, y Teodora despertaba a la familia con un tazón de lo segundo, humeante, delicioso y sistemáticamente acompañado de las entrañables, rezongonas e impenitentes gallegadas que tanto solían animar los amaneceres de aquellos tiempos felices.

Alonso había cursado los estudios superiores en el colegio de San Ildefonso y compartido aula con Álvaro, aunque no ya como su escudero, sino de igual a igual. Tras licenciarse en Leyes, había montado un despacho en la calle de San Salvador, allá donde antaño funcionó la escribanía de Sebastián. De la puerta colgaba una tablilla cuya madera exhibía su flamante nombre y una palabra soñada: LICENCIADO CASTRO DE CARVAJAL Y SALAZAR HERNÁNDEZ DE SOMOZA. ABOGADO.

Previo a ejercer, había realizado la pasantía con Bernardo Núñez de Belmonte. El otrora Abogado de las Causas Imposibles había devenido en el más célebre y solicitado de Madrid y alrededores. Destapar la conjura de los Valcárcel le había sacado del ostracismo y restituido en el olimpo de los dioses jurídicos. Sus clientes ya no escondían que lo contrataban. Al revés. Lo pregonaban a los cuatro vientos, pues usar lo mejor otorgaba prestigio y, en cuestiones forenses, Bernardo era el mejor. También presumían de él don Gonzalo (ahora sí) y don Rodrigo. Este habría preferido encargar a Alonso los asuntos legales de la Casa Salazar, pero el joven declinó la oferta. Solo trabajaba para los que carecían de recursos. Por ellos peleaba y no cejaba hasta demostrar su verdad. Pese a no ingresar demasiado metal, recibía constantes obsequios: gallinas, huevos, hogazas de pan tierno, trozos de queso, abalorios para Mencía, juguetes para los niños... Incluso vacas y gorrinos le habían llevado alguna vez. Así cobraba su labor, aceptando lo que cada cual tuviera, y ese río de cariño e inmensa gratitud le proporcionaba mayor deleite que un mar de oro. Los madrileños, faltos ya de un abogado de las causas imposibles, habían suplido esa laguna endilgándole un alias similar, aunque no denigrante como el sufrido por Bernardo, sino rebosante de gloria. Le llamaban el Abogado de las Causas Pobres. Cierto que un Salazar podía permitirse el lujo de ser altruista y no

pasar hambre, pero, según la gente, eso no le restaba mérito. Y Alonso opinaba lo mismo. Si el dinero enjoyaba un linaje, la bondad lo dignificaba. ¿Acaso no decía eso la inscripción del relicario que de nuevo le adornaba el pecho? La nobleza no reside en el apellido, sino en nuestros actos. Pues tal hacía él: ennoblecer el apellido a través de sus actos, no los actos a través del apellido.

Se sentía pletórico y muy orgulloso de sí mismo. Después de penar sin tregua y luchar sin pausa, había satisfecho la última tarea que Sebastián le encomendó; su voluntad postrera. El honor de los Castro volvía a brillar inmaculado. Nada lo lastraba. Nadie lo escarnecía. Ni negruras ni malicias lo ensombrecían ya.

Y no solo había cumplido esa promesa. Sor Casilda le dijo que los humanos venían al mundo con una misión bajo el brazo y que, cuando descubriera la suya, comprendería la razón de todo lo sucedido, descifraría los enigmas ocultos en las innumerables curvas del camino y aprendería de la vida; de sus rosas y sus espinas. No estaba equivocada. Al fin entendía el motivo de aquel truculento peregrinar: por qué ganar un padre requirió perder otro; por qué su estirpe de sangre exigió la muerte de Margarita, pues de lo contrario el relicario habría continuado escondido en el cajón de las segundas oportunidades; por qué necesitó vaciarse de lágrimas antes de empezar a coleccionar sonrisas; por qué debía catar la soledad y el dolor para darse cuenta de que la felicidad es un puzle, y sus piezas, instantes que valorar y jamás despreciar. Y lo más importante: por qué su vocación, esa que, pese a latirle dentro, él no pensaba ni considerar ni mucho menos cultivar, se vio forzada a manifestarse hundiéndole en las hieles de la injusticia.

El destino lo quería en tierra de leyes. Le conminaba a luchar contra la arbitrariedad, a practicar un derecho leal y desprendido, a socorrer a los inocentes, sobre todo a los que no tenían ni posibles ni posibilidad de acreditar que lo eran. Le había costado averiguar qué se esperaba de él, pero, tan pronto lo hizo, convirtió esa meta en el norte de sus anhelos. No se le ocurría mejor forma de rendir tributo a los suyos. A los que forjaron y tejieron las historias de esta historia. A los que se fueron. A los que, desde el cielo, regalaban faro y brújula a su misión de vida: defender la justicia y hacerlo en nombre de ellos. En su memoria. En memoria de los muertos.

AGRADECIMIENTOS

Dado que todas las personas que me han acompañado a lo largo de la creación de esta novela ya se encuentran nombradas en el rincón de afectos confesados de *Libelo de sangre* y que ninguna de ellas ha parado de brindarme su apoyo y algodonarme el transitar con toneladas de cariño, sirvan estas letras de agradecimiento para refrendar aquellas.

No obstante, permítame el lector cuatro menciones específicas.

Gracias a Planeta, por confiar en mis letras una vez más; a Raquel Gisbert, Zoa Caravaca, Elisa Sánchez Sousa, Gonzalo Rute, Fátima Santana y al resto del fantástico equipo de la enciclopedia de sonrisas que esta editorial crea y recrea a diario, por un trabajo excepcional, una profesionalidad sin límite y una calidad humana que lo hace todo bonito.

Gracias a Sandra, Berta, Joan, Rosa... Gracias a la entera familia Bruna, por procurarme tantos momentos entrañables y mostrarme cómo laten los corazones buenos.

Gracias a mis queridos libelianos, por continuar conmigo en esta noria de cuento de hadas y nunca permitir que deje de girar. Gracias de corazón, mi linda Comunidad del Libelo.

Y, de nuevo, culmino este pequeño glosario de alusiones con él; con Manolo, mi marido. Aunque la historia de amor entre Alonso y Mencía tiene muchos aspectos autobiográficos, me gustaría resaltar dos: el *siempre* sobre el que la pareja asienta su relación y el poema a través del cual ambos personajes se reúnen en los feudos de la luna llena. A ti, mi gentil caballero, dedico esas referencias, pues no en vano llevan tu nombre. Con un *siempre* grabé aquella medalla que te regalé, y ese mismo poema nacido de la pluma de Mencía es el que te escribí con motivo de nuestro primer aniversario. Gracias por ser la ola que, desde entonces, barre mis tristezas; el verso que me colma de poesía, y la huella incansable que tantos años lleva acariciando la mía.

Gracias por construirme un castillo de sueños y convertirme en la princesa; por ese beso que cada noche pones en mi almohada, y por ese *siempre* con el que cada día me abrazas. Gracias por hacerme tan feliz, mi vida. Te quiero.

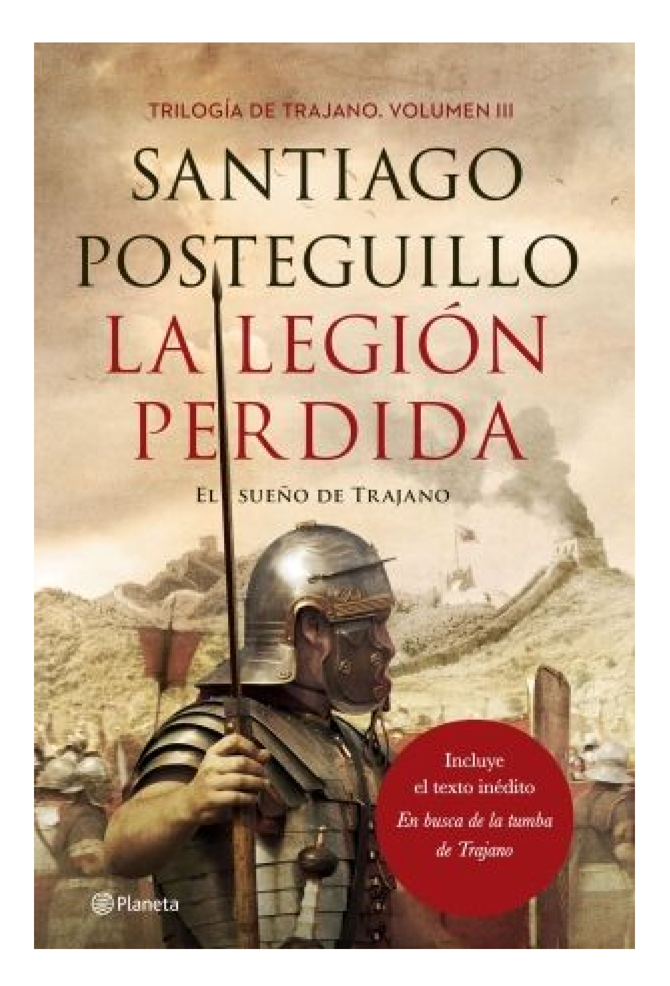
Estirpe de sangre
Sandra Aza

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29345-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


TRILOGÍA DE TRAJANO. VOLUMEN III
SANTIAGO POSTEGUILLO
LA LEGIÓN PERDIDA
El sueño de Trajano
Incluye el texto inédito En busca de la tumba de Trajano
Planeta

La legión perdida

Posteguillo, Santiago

9788408151784

1184 Páginas

Intrigas, batallas, dos mujeres adolescentes, idiomas extraños, Roma, Partia, India, China, dos Césares y una emperatriz se entrecruzan en el mayor relato épico del mundo antiguo, *La legión perdida*, la novela con la que Santiago Posteguillo cierra su aclamada trilogía sobre Trajano. Hay emperadores que terminan un reinado, pero otros cabalgan directos a la leyenda.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


EL CEMENTERIO
DE LOS LIBROS
OLVIDADOS
CARLOS
RUIZ ZAFÓN
EL PRISIONERO
DEL CIELO
Planeta

El Prisionero del Cielo

Ruiz Zafón, Carlos
9788408110927
384 Páginas

Barcelona, 1957. Daniel Sempere y su amigo Fermín, los héroes de *La Sombra del Viento*, regresan de nuevo a la aventura para afrontar el mayor desafío de sus vidas.
Justo cuando todo empezaba a sonreírles, un inquietante personaje visita la librería de Sempere y amenaza con desvelar un terrible secreto que lleva enterrado dos décadas en la oscura memoria de la ciudad. Al conocer la verdad, Daniel comprenderá que su destino le arrastra inexorablemente a enfrentarse con la mayor de las sombras: la que está creciendo en su interior.
Rebosante de intriga y emoción, *El Prisionero del Cielo* es una novela magistral donde los hilos de *La Sombra del Viento* y *El Juego del Ángel* convergen a través del embrujo de la literatura y nos conduce hacia el enigma que se oculta en el corazón del Cementerio de los Libros Olvidados.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ADRIAN McKINTY
LA ISLA MALDITA
Buscaban unas vacaciones tranquilas en familia,
hasta que un terrible error lo cambió todo.
Planeta

La isla maldita

McKinty, Adrian

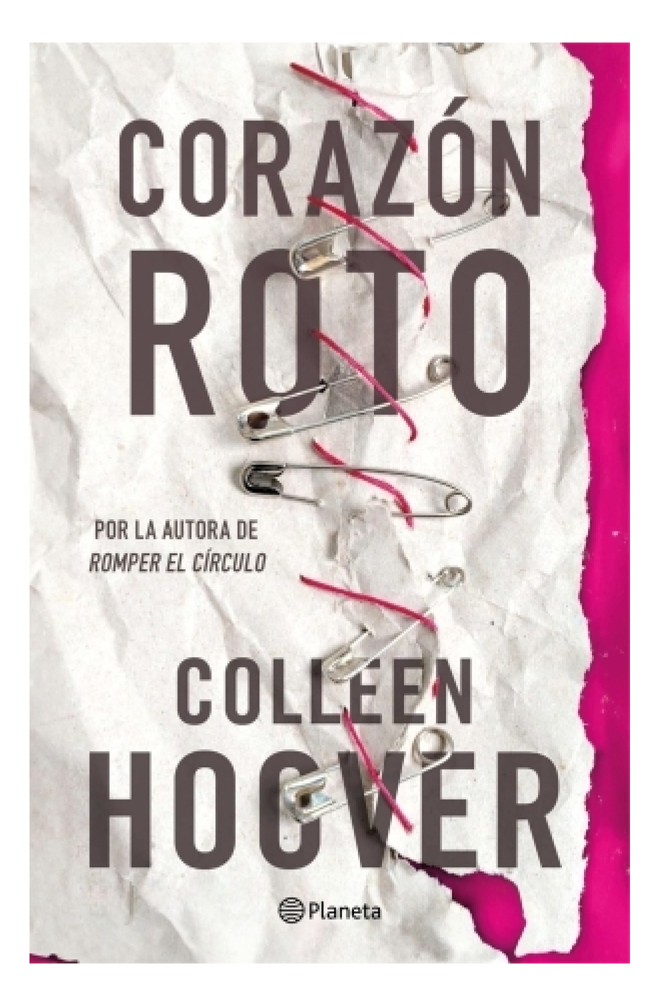
9788408291480

480 Páginas

Vuelve el autor del bestseller La cadena con un thriller del que no podrás huir. Bienvenidos a la isla.

Heather ha logrado cambiar de vida: se ha casado con Tom, un joven y brillante médico viudo con dos hijos. Cuando su marido recibe una invitación para asistir a un congreso en Australia, deciden que la familia al completo lo acompañe para afianzar la relación entre Heather y los hijos adolescentes de Tom y lograr que la nueva familia funcione. Pero las que iban a ser unas idílicas vacaciones acabarán tomando un rumbo muy distinto.

Inicialmente, visitar la minúscula Isla Holandesa parece un sueño hecho realidad: koalas, pingüinos... animales fascinantes al alcance de la mano, algo imposible de experimentar en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo, la Holandesa es una isla privada dominada por el clan de los O'Neill, una familia que no perdonará un accidente, convirtiendo las vacaciones de Tom y Heather en una auténtica pesadilla.


CORAZÓN
ROTO
POR LA AUTORA DE
ROMPER EL CÍRCULO
COLLEEN
HOOVER
Planeta

Corazón roto (Without Merit)

Hoover, Colleen

9788408296072

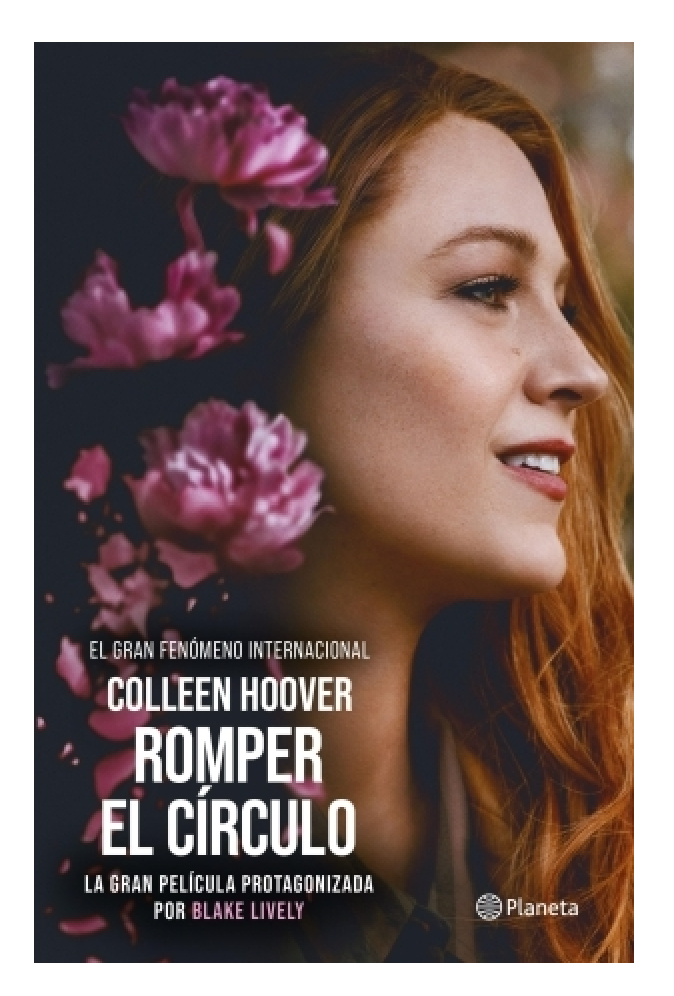
400 Páginas

Colleen Hoover, un fenómeno imparable. Una novela sobre el poder del amor y la verdad por la autora de Romper el círculo (It Ends with Us).

No todos los errores deben tener consecuencias, a veces lo único que necesitan es el perdón.

Los Voss no son una familia normal: para empezar, viven en una iglesia reutilizada. La madre, que años atrás tuvo cáncer, vive en el sótano; el padre está casado con la antigua enfermera de la madre; el pequeño medio hermano no tiene permitido hacer o comer nada divertido; y los hermanos mayores son irritantemente perfectos. Y luego está Merit.

Merit Voss colecciona trofeos que no ha ganado y secretos que su familia la obliga a guardar. Mientras navega por la tienda de antigüedades local en busca de su próximo trofeo, se encuentra a Sagan. Su conexión es inmediata hasta que descubre que él está completamente fuera de su alcance. Merit se encierra profundamente en sí misma, observando a su familia desde la distancia, cuando descubre un secreto que ningún trofeo en el mundo puede arreglar.


EL GRAN FENÓMENO INTERNACIONAL
COLLEEN HOOVER
ROMPER
EL CÍRCULO
LA GRAN PELÍCULA PROTAGONIZADA
POR BLAKE LIVELY
Planeta

Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen

9788408259015

400 Páginas

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace.

Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido con él se ve amenazado.

«Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)